



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
SOCIOLOGÍA

**CULTIVANDO COCA EN EL CAQUETÁ: VIDAS Y LEGITIMIDADES EN LA
ACTIVIDAD COCALERA**

PARA OPTAR EL GRADO DE DOCTORA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES CON
CAMPO DISCIPLINARIO EN SOCIOLOGÍA

PRESENTA:
ESTEFANIA CIRO RODRIGUEZ

TUTOR PRINCIPAL
DRA. CRISTINA BAYÓN CHERNICOFF
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNAM

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR
DR. HUBERT CARTON DE GRAMMONT
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNAM

DR. ADRIÁN SOTELO VALENCIA
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
UNAM

MÉXICO, CIUDAD DE MÉXICO. OCTUBRE DEL 2016



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Don Alirio murió de una embolia meses después de que lo entrevisté debajo de un árbol cuando iba camino a su parcela, a tres horas de camino subiendo la cordillera. Lo encontraron a unos metros de donde hablamos, sentado debajo de un árbol, descansando. Tenía más de 70 años y desde los seis salió de su casa en el Tolima a buscar la vida después de que su madre murió y su madrastra la asesinaron en La Violencia. A los 20 años supo que su padre estaba en el Caquetá y se vino a buscarlo, lo encontró y vivió cerca de él hasta que su padre murió. Se convirtió en un poblador del campo caqueteño, tenía sus animales, cultivaba lo del pancoger y claro, tenía sus maticas de coca. Cuando hablamos meses antes, estaba contento porque por fin iba a tener papeles de su tierra y pensaba sacar un crédito para invertir en su finca. Todos los domingos bajaba y subía esa montaña por 3 horas para traer la remesa. Su casa tenía una vista única del paisaje caqueteño: miles de hectáreas deforestadas en las luchas por la tierra caqueteña.

Para don Alirio y cada uno de las mujeres y hombres que se han dedicado a cultivar y procesar coca y que han sido tercos en su deseo de permanecer el campo caqueteño, resistiendo la violencia brutal de una política global anti-drogas sin sentido, la miseria a la que han sido arrinconados por las políticas agrarias del país y la persecución del estado colombiano que no ha sabido ni ha querido entender la colonización amazónica.
Que su orgullo perviva por encima del estigma.

Para Juan que nunca permitió que me rindiera. Este ha sido un viaje familiar inconcebible sin él.

Para Alicia, mi canastico de saberes.

Conacyt y el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México me dieron la oportunidad de dedicarme a formular y desarrollar esta investigación. Resalto su apuesta compartida por abrir las fronteras académicas más allá de los límites de México y creer en los proyectos que se desarrollan desde todos los rincones de América Latina. Esto reafirma a México y la UNAM como un faro para la investigación en todo el continente y da razones suficientes para que el mapa de nuestra región haga parte de su escudo. Como mexicana que ya soy, hago un llamado para que esta política que acoge a tantos latinoamericanos nunca se detenga sino que se multiplique, y los mexicanos y mexicanas nos sintamos orgullosas de esta.

Ingresar a las áreas cocaleras no hubiera sido posible sin la ayuda de varios guías, organizaciones sociales, amigos y amigas, mujeres y hombres del campo caqueteño. Yo agradezco a todos ellos a los que puedo nombrar y a los que no - por seguridad-: a COORDOSAC, don Fernando y Yesid, a la Vicaría del Sur y a Ximena, a ASOCOSURC y a la Corporación Educativa Amigos Instituto Jean Piaget. A todos ellos mi admiración por su trabajo organizativo en medio de la guerra, de la estigmatización y la desconfianza entre los actores, y por la tenacidad por la defensa del territorio caqueteño. Aspiro a que en tiempos de posconflicto, todos puedan generar espacios de convergencia y armonía claves para el futuro del departamento.

En este camino, agradezco también a Jhon Edinson, a Óscar, a Edwin, Esarith y a Everth que me acompañaron en mucha de las travesías. Desde su experiencia, su juventud, su generosidad y su preocupación por la región, me permitieron entrar a muchos lugares y me presentaron a muchas personas que fueron claves para entender la actividad cocalera caqueteña. También agradezco a Óscar Conde, a Linda Azcárate y Luis Eduardo Pizo que desde el derecho me explicaron los intrínquilos del ejercicio de la Ley 30 de 1986 en el Caquetá. También a Roberto Ramírez y Elsy Castillo que desde sus experiencias de primera mano en la región y sus trayectorias académicas compartieron conmigo charlas y discusiones.

El resultado de este trabajo no hubiera sido posible sin las puertas abiertas con las que me recibió cada una de las personas que entrevisté y su confianza a la hora de contar sus vidas, mostrar sus matas de coca y ofrecer un tinto. A todos ellos les estaré eternamente agradecida y dispuesta a seguir trabajando por la defensa de los pobladores rurales del Caquetá y la Amazonia colombiana. En particular agradezco a las mujeres campesinas, cultivadoras y no cultivadoras, que a través de sus relatos me enseñaron las múltiples violencias de las que son objeto en el campo y su férreo compromiso al resistirlas, su apuesta por permanecer defendiendo sus tierras y su deseo tenaz de transformar su realidad. A ellas toda mi admiración.

Sobra decir que conocer sus vidas transformó la mía y que la lucha por cambiar la política anti-drogas sigue siendo una apuesta personal. Además fue un viaje que me permitió tener más herramientas y más preguntas sobre los retos del campo caqueteño en el posconflicto.

El proceso de la investigación y llevar adelante este posgrado no hubiera sido posible sin el compromiso juicioso de Dra. Cristina Bayón con este trabajo. Gracias a su vehemencia y guía me adentré en nuevos caminos y líneas de análisis, y elaboré formas de cuestionarme a mí misma por ideas preconcebidas y los retos de cuestionar lo obvio. Disfruté la ruta de entrada a la sociología por la que me introdujo y que me seguirá inspirando en el futuro.

El Dr. Hubert Carton de Grammont me dio luces valiosas sobre las discusiones sobre el campesinado en las ciencias sociales. Agradezco su rigurosidad y su compromiso académico pero también su generosidad y disposición; es un ejemplo de lo que la academia debería llegar a ser. También agradezco al Dr. Adrián Sotelo, con el que comparto la mirada revolucionaria y latinoamericanista que no se reduce a esta investigación sino a un compromiso de vida.

La lectura del Dr. Salvador Maldonado fue un aporte central para cerrar discusiones dentro del estudio de la violencia, la construcción del estado y los territorios cocaleros. Poder tener sus comentarios me permitió también fortalecer un diálogo y contrastar el fenómeno de la economía de la coca tanto en México como en Colombia. Me alegra enormemente haber entablado este diálogo que espero siga más allá de esta investigación.

El acompañamiento de la Dra. María Clemencia Ramírez fue la raíz en Colombia de la investigación, lo que me permitió articular un diálogo con las discusiones centrales que se venían realizando, con sus autores y nuevos trabajos en mi país natal. Siempre estuvo atenta a charlar y conversar sobre su larga

experiencia en campo y en la academia, dando luces e ideas que siempre agradeceré. Pero también estaré siempre agradecida por su capacidad de formar redes y personas, por dinamizar oportunidades de participación para los jóvenes investigadores en los temas como las márgenes, los territorios y actores coccaleros, y la violencia en el país.

Mis compañeros del posgrado fueron con quienes compartí las penas y las alegrías, las subidas y bajadas del tobogán de un doctorado. A todos les agradezco sus consejos y sus ánimos, y su paciencia a la hora de ayudarme a comprender los intrínquilis de las oficinas, los compañeros y los maestros en un nuevo país: Luz, Vero, Jorge, Ana Joaquina, Ana Belia y Susan. En mi infinita incapacidad para resolver los trámites burocráticos por mi misma, agradeceré la paciencia, amabilidad y la disposición generosa de Dulce, de Gaby, de Yeimi y de las demás personas de la oficina de posgrado.

Le doy gracias a mis padres, Claudia y Walter, a mis suegros, Gustavo y Olga, y a mi tía Carolina por apoyarme en el trabajo de campo y en la escritura del texto pues por su compañía pude sortear la maternidad y la investigación, imposible de lograr en otras condiciones. Desde esta experiencia hago un respetuoso llamado a CONACYT para que abra la puertas a una reflexión con las investigadoras que son madres para crear políticas que permitan articular ambos proyectos de vida (becarias y académica) que en ningún momento deben ser vistos como discordantes u opuestos. Por el contrario, la política educativa debe ser dirigida para permitir que todos los proyectos de vida de las mujeres encuentren un espacio digno y dinamizado.

A mis padres, gracias a sus redes y referencias en la región, conocí a mucha gente que me abrió sus puertas con confianza y el trabajo de campo también fue un viaje de reencuentro familiar. Mi hermana Alejandra y mi cuñado Julián son dos investigadores que admiro y con los que concuerdo en el proyecto de AlaOrillaDelRío cuyo objetivo de construir una academia rigurosa y propositiva en regiones en conflicto es una apuesta que se hace más motivante y excitante por su apoyo incondicional.

Juan y Alicia son mi pálpito en cualquier lugar que esté. A Juan por su paciencia y confianza a la hora de resistir los ritmos y la dedicación que requiere una investigación, y a Alicia por ser una viajera incondicional, fuerte y adaptable que le ha sacado el mayor jugo a todo esto.

Madre de tetas grandes, para grandes y ávidas bocas, matriz y tierra dividida de lo mayor a lo grande, o más a gusto unida de lo grande a lo mayor, por compra decimos o alianza, o robo experto, o crimen extremado, herencia de los abuelos y de mi buen padre, que en gloria estén. Siglos se tardó en llegar a esto, ¿quién puede dudar de que permanecerá así hasta la consumación de los siglos?

¿Y esta otra gente quién es, suelta y menuda, que ha venido con la tierra, aunque no registrada en la escritura, almas muertas, o todavía vivas? La sabiduría de Dios, amados hijos, es infinita: ahí está la tierra y quien ha de trabajarla, creced y multiplicaos. Creced y multiplicadme, dice el latifundio. Pero todo esto puede ser contado de otra manera.

Levantado del suelo. José Saramago.

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN. “ SEMBRAR COCA PARA TENER QUÉ COMER”: TRAYECTORIAS DE VIDA Y LA LEGITIMIDAD DEL CULTIVO DE COCA EN LOS CAMPESINOS COCALEROS DEL CAQUETÁ.....	8
CULTIVAR COCA COMO UN PROBLEMA DE ESTUDIO.....	8
PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN Y OBJETIVOS.....	13
RELEVANCIA DE LA INVESTIGACIÓN.....	14
ESTRATEGIA METODOLÓGICA.....	15
ORGANIZACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN.....	17
CAPÍTULO 1. COMPRENDIENDO EL PAPEL DEL CAMPESINO CULTIVADOR DE COCA: ESTUDIOS Y NUEVOS CAMINOS PARA LA APROXIMACIÓN AL PROBLEMA	20
LA CUESTIÓN AGRARIA EN COLOMBIA: CONTEXTO Y APROXIMACIONES.....	20
<i>Comprendiendo la actividad cocalera.....</i>	<i>26</i>
<i>Pensando la “cuestión agraria” de los campesinos cocaleros.....</i>	<i>30</i>
¿CÓMO LLEGAN A SER CAMPESINOS COCALEROS? EXPERIENCIAS SOCIO- BIOGRÁFICAS DE LOS CAMPESINOS CULTIVADORES DE COCA.	34
¿LEGITIMANDO LO ILEGAL? EL CAMPESINO Y EL CULTIVO DE COCA	36
<i>Definiendo la (i)legalidad y la (i)legitimidad: conflictos entre los actores locales y el estado</i>	<i>37</i>
<i>Economía moral de los campesinos cocaleros: formas de legitimar su actividad.....</i>	<i>39</i>
CAPÍTULO 2. CAMPESINO COCALERO Y LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO-NACIÓN EN EL CAQUETÁ.....	43
EL CAMPO Y EL CAMPESINO EN EL CAQUETÁ ANTES DE LA LLEGADA DE LA COCA, 1950-1970.....	47
LA COCA Y LAS NUEVAS VIOLENCIAS: RECRUECIMIENTO DEL CONFLICTO EN EL CAQUETÁ EN LA DÉCADA DEL OCHENTA Y NOVENTA.....	50
EL PLAN COLOMBIA, LAS NEGOCIACIONES DE PAZ EN EL CAGUÁN Y EL EMBATE PARAMILITAR: CLÍMAX DE LA GUERRA.....	53
PROFUNDIZACIÓN DEL PRESIDENCIALISMO: DEL PLAN NACIONAL DE REHABILITACIÓN AL PLAN CONSOLIDACIÓN.....	57
COMENTARIOS FINALES.....	62
CAPÍTULO 3. POBLANDO EL CAMPO DEL CAQUETÁ: FUNDAR, SOBREVIVIR Y PRODUCIR ..	65
IDENTIDADES Y EXPERIENCIAS DE LOS COLONOS.....	66
ESCENARIOS DE LA DISTRIBUCIÓN DE LA TIERRA EN EL CAQUETÁ.....	71
TENSIONES ENTRE ESTADO Y CAMPESINOS: INFRAESTRUCTURA RURAL	82
VIVIENDO “A LA BUENA DE DIOS”: SOBREVIVIENDO EN EL CAMPO.....	87
COMENTARIOS FINALES.....	91
CAPÍTULO 4. “TOCA SACAR EL RINDE”: LA EXPERIENCIA DE CULTIVAR LA COCA.....	95
EL CAMPESINO EN LA CADENA DE PRODUCCIÓN DE LA COCAÍNA.....	96
CULTIVANDO LA MATA, RASPANDO LA HOJA: DE RINDES Y SEMILLAS.....	98
“NOS ENSEÑARON A <i>QUIMIQUEAR</i> ”.....	106
MOCHILA AL HOMBRO: LA VENTA.....	109
COMENTARIOS FINALES.....	114
CAPÍTULO 5. EXPERIENCIAS E INTERPRETACIONES DE VIOLENCIAS EN EL CAQUETÁ: LEYES Y AUTORIDADES ARMADAS	117
EXPERIENCIAS DE VIOLENCIA EN LA VIDA DE LOS CAMPESINOS COCALEROS DEL CAQUETÁ: DESDE LA VIOLENCIA HASTA EL PLAN PATRIOTA.....	119
REGULACIÓN DE LA VIDA E INTERPRETACIONES DE LA VIOLENCIA EN TERRITORIOS COCALEROS.....	131
COMENTARIO FINAL.....	139
CAPÍTULO 6. “YO NACÍ DEBAJO DE UNA MATA DE COCA”: LLEGAR A SER CAMPESINO COCALERO	142
FAMILIAS QUE SE “ABREN”, HIJOS QUE SE VAN: ENTRE LA VIOLENCIA Y LA POBREZA.....	144
<i>Campesinos y campesinas caqueteñas que se van de la casa: transiciones “previsibles”.....</i>	<i>146</i>

<i>Campesinos y campesinas caqueteñas que se van de la casa: transiciones con “rupturas” ...</i>	149
LA EDUCACIÓN EN LAS TRAYECTORIAS DE LOS CAMPESINOS COCALEROS.....	152
IRSE DE LA CASA: LA COCA COMO UN APOYO PARA LA TRANSICIÓN A LA INDEPENDENCIA	156
ANTES DE SER CULTIVADOR DE COCA: SER RASPACHÍN.	159
LAS MUJERES Y LA ACTIVIDAD COCALERA: LA DESIGUALDAD Y LA COLABORACIÓN DENTRO DE LA UNIDAD FAMILIAR EN UN CONTEXTO COCALERO.....	162
LOS TIPOS DE PEQUEÑOS COCALEROS: INGRESOS COCALEROS Y ASPIRACIONES	167
<i>La coca como el camino de vida: coqueros o los cocaleros campesinos.....</i>	167
<i>La coca como un paso para migrar a la ciudad: el cocalero migrante</i>	169
<i>La coca para permanecer en la finca: el campesino cocalero</i>	169
COMENTARIOS FINALES	172
CAPÍTULO 7. SALVADOS POR LA COCA, CONDENADOS A CULTIVARLA: ILEGALIDAD Y SUS LEGITIMIDADES EN LA ACTIVIDAD COCALERA.....	176
EL DISCURSO HEGEMÓNICO SOBRE EL CULTIVADOR: REPRESENTACIONES DEL ESTADO COLOMBIANO SOBRE EL CAMPESINO COCALERO EN LA “LUCHA ANTI-NARCÓTICOS”	177
LA COCA COMO CONDENA.....	182
LA COCA COMO SALVADORA	188
DE LA ILEGALIDAD A LA LEGITIMIDAD DEL CULTIVO DE COCA	191
COMENTARIOS FINALES.....	195
CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES	198
CAMPESINO Y COCALERO: VIDAS Y EXPERIENCIAS.....	199
PERCEPCIONES Y LEGITIMIDADES DE LO CAMPESINO Y LO COCALERO: DILEMAS	206
CAPÍTULO 9. ANEXOS.....	217
REFLEXIONES EN TORNO AL TRABAJO DE CAMPO EN TERRITORIOS EN CONFLICTO	217
IMÁGENES.....	227
REFERENCIAS.....	245
PRENSA Y MATERIAL DIGITAL	256

INTRODUCCIÓN. “Sembrar coca para tener qué comer”: Trayectorias de vida y la legitimidad del cultivo de coca en los campesinos cocaleros del Caquetá.

Cultivar coca como un problema de estudio.

El Paro Nacional Agrario del 2013 convocó a miles de campesinos colombianos en contra del TLC firmado con los Estados Unidos. En el Caquetá también se movilizaron y cerraron varias vías que conectan a Florencia, la capital del departamento, con el resto de la región. En la concentración que cerró la vía hacia el norte conocí a Luis, un campesino que venía de Cartagena de Chairá. Me contó que se dedicaba a la coca y cuando le pregunté por qué, me respondió con una carcajada “la coca no tiene TLC”.

Investigadores han llegado a un consenso sobre la ineffectividad de las estrategias de la guerra contra las drogas del Plan Colombia para reducir la producción de cocaína¹. Estas se han basado en debilitar la cadena de oferta del producto atacando los cultivadores de coca y los productores de pasta base². No obstante, hay un disenso sobre la responsabilidad y el rol que ocupa el campesino cocalero en esta actividad considerada ilegal.

Los cultivadores de coca han sido tratados por las políticas públicas y estrategias de atención a cultivos ilícitos en el país³ como “desviados” o “delincuentes” que necesitan aprender sobre la ley, o como víctimas de los grupos al margen de la ley⁴ (Acción Social/ UNODC, 2007). En la lista de responsables de la expansión de los cultivos y sus consecuencias, el campesino aparece como un títere de los grupos al margen de la ley, como un individuo sin voluntad. También se plantea que el campesino queda inmerso en un contexto en el que se confunden las consecuencias y las causas; el cultivo de uso ilícito se entiende como algo que viene de afuera, impuesto y que rompe “una situación ideal” de cohesión, de vida campesina (Jaramillo, Mora & Cubides, 1986).

Algunos trabajos han considerado al campesino como reflejo de un capital social negativo (Thoumi F., 2002) y como unos fugitivos históricos que deben ser atrapados y disciplinados (Palou &

¹ *Plan Colombia* o también conocido como *Plan para la Paz, la Prosperidad y el Fortalecimiento del Estado*, es un pacto de

² La pasta base es la primera transformación en el proceso de producción de la cocaína, basada en un proceso químico que aísla el alcaloide. Este paso lo hacen generalmente los campesinos.

³ Por ejemplo, en un informe de la oficina de *Presidencia de la República Acción Social* sobre Cultivos Ilícitos se plantea que un impacto social de la coca es la “sustitución de valores, la disolución de lazos familiares y el individualismo extremo”. Las lista de consecuencias de los cultivos de coca son las siguientes según este informe: en el ámbito institucional, la desconfianza en las instituciones del Estado y la desestabilización de las instituciones democráticas; en lo social, la fragmentación de las estructuras sociales y pérdida de valores entre las comunidades afectadas, el incremento de la violencia y el desplazamiento forzado de la población; en el ámbito económico, el desarrollo de una economía artificial, caracterizada por una alta inflación de precios locales generada por la elevada disponibilidad de efectivo proveniente del narcotráfico y el abandono de los cultivos legales y su consecuente impacto negativo sobre la seguridad alimentaria; ambientalmente, la erosión de tierras ubicadas en pendientes y áreas selváticas, la deforestación por la expansión de los cultivos ilícitos y la contaminación de fuentes de agua por residuos químicos usados para el procesamiento. Con base en estos principios se diseñó la *Estrategia Andina de Desarrollo Alternativo Integral y Sostenible de la Comunidad Andina* cuando Colombia presidió este organismo en el 2005 (Acción Social/ UNODC, 2007). En el marco de las negociaciones de paz en La Habana con las FARC, el nuevo plan de intervención estadounidense en Colombia anunciado por Obama se denomina *Paz Colombia*.

⁴ Por ejemplo, el ex presidente Álvaro Uribe Vélez señaló en una presentación del informe de Acción Social y la UNODC: “Cuando las familias deciden cambiar la actividad productiva ilegal por la legal, rompen el yugo, la esclavitud a la cual las sometieron los terroristas, cuya savia y vitamina es el comercio nefando de la droga”. Y agrega “Con la cultura de las familias guardabosques se está expandiendo también la cultura de la legalidad, del amor al emprendimiento empresarial y el trabajo honrado...[...] Sin droga no habrá terrorismo. Nuestros campesinos fueron engañados o esclavizados por los terroristas y afectados en su dignidad. Ellos añoran alternativas”. (Acción Social/ UNODC, 2007)

Arias, 2011). Estos estudios e informes no problematizan el estatus “ilegal” de este grupo campesino, es decir, no cuestionan esta ley como una construcción social, política e histórica y descartan comprender al campesino en situaciones históricas particulares, por ejemplo, las que se refieren a la violencia del conflicto armado y la lucha contra la drogas en el campo colombiano. La “llegada de los cultivos ilícitos” se convierte en un antes y un después, de paz y tranquilidad a una crisis de valores y legalidad, una foto instantánea de la situación. El peligro de esta mirada es que estos argumentos podrían terminar legitimando la violencia de las estrategias de lucha contra las drogas sobre cierta población (cuya ineficacia a la hora de resolver el problema ya ha sido discutida) al plantear escenarios de un mundo legal vs. un mundo ilegal, una población con Estado y otra población sin Estado, unos campesinos ideales y otros perversos.

Algunos estudios han contribuido a desarrollar una mirada más compleja del campesino cocalero y del contexto en el cual se desenvuelven. Se trata de diversos trabajos etnográficos, publicados antes del Plan Colombia, que se han centrado en la vida cotidiana del cultivo de coca (Molano, A., 1987; 1990; Ferro, Osorio, Castillo & Uribe, 1999). Algunos de estos análisis han enfatizado el carácter rebelde de los colonizadores de la Amazonia y han reforzado la idea de esta tierra como un espacio sin ley; estas imágenes del “margen” como “inhabitadas”, “salvajes”, “rebeldes” y los usos políticos de estas han sido profundizadas por Serje (2005).

Así, considerar a los cultivadores de coca como pobladores de una tierra “sin ley”, “sin Estado” ha sido utilizada políticamente por las autoridades estatales para legitimar el Plan Colombia, y en particular, la más reciente etapa denominada Plan Consolidación. Esta última busca el fortalecimiento de la ley y la presencia del Estado, basada en el argumento de que es necesario terminar con una larga historia de “ausencia del Estado” y un interés particular en fortalecer la “cultura de la legalidad”. De esta forma, el Estado Colombiano llega a ser un “educador” y la solución a la persistencia de los cultivos de coca es “traer los campesinos hacia la ley”.⁵

Otro argumento que ha primado tanto en la academia como en el debate público sobre el cultivador de coca es el de la maximización económica o el enriquecimiento fácil. En esta investigación consideramos que estudiar el cultivo de la coca como una cuestión de maximización y racionalidad instrumental de los campesinos podría omitir la complejidad de la construcción de estas trayectorias en este contexto particular.

Teóricos del crimen como Gary Becker y otros autores sostienen la idea del crimen como parte de una elección racional y maximizadora (Becker, Murphy, & Grossman, 2004). Esta manera de comprender lo ilegal en la sociedad ha sido utilizada para pensar los problemas del tráfico de drogas y cultivos ilícitos en Colombia. Si bien puede resultar útil como una foto instantánea, esta perspectiva no permite comprender de manera satisfactoria la dinámica de la vida de los actores en contextos complejos en los que maximizar, más que jugar con los recursos y sacarles el mejor provecho, significa salvar la vida y superar el hambre en circunstancias cambiantes.⁶ Siguiendo a Howard

⁵ Para el momento de esta investigación, el Programa de Cultivos Ilícitos (PCI) estuvo a cargo de la Unidad Administrativa de Consolidación Territorial (UACT), basado en planes de transición, proyectos comunitarios y de desarrollo alternativo. Dos tipos de estrategias se dividen del PCI: Por un lado la erradicación manual forzada que ejecuta el Grupo Móvil de Erradicación (GME) y por otro, la estrategia de erradicación manual voluntaria, que se basa tanto en las Familias Guardabosques (PFGB) y los Proyectos Productivos (PPP) (Acción Social/ UNODC, 2007).

⁶ La teoría del crimen y la ilegalidad de Becker ha inspirado muchos estudios que buscan comprender el comportamiento de los actores que hacen parte del narcotráfico en el país (Becker, Murphy, & Grossman, 2004). La idea de Gary Becker de que a medida que aumenta el crimen, es necesario crear mecanismos que lo desincentiven, como el castigo, son cuestionadas en trabajos como los Wacquant acerca del papel penalizador del Estado y su relación con las poblaciones marginadas (reflejado

Becker, se plantea que no todas las personas actúan siempre de acuerdo a “su personaje”, a “su tipo”; los contextos cambian por lo que “no hay razón alguna para esperar que actúen de manera consistente”. Y aún más, la supuesta “desviación” del comportamiento de los campesinos no obedece a una característica intrínseca de los individuos sino a la interacción entre el señalamiento y estos sujetos (Becker H, 2009; Becker H., 1991).

Sin ánimo de descartar las explicaciones economicistas, creemos que el escenario que explica el comportamiento del cultivador es más complejo. En el caso de la economía de la coca, por ejemplo, es importante no solo el análisis de los grupos dentro de la economía de la coca (un cultivador es diferente a un narcotraficante), sino también comprender cada actividad considerando sus lógicas, sus factores, sus dinámicas⁷. Además, un elemento central que atraviesa las experiencias de los campesinos cocaleros es precisamente la violencia.

¿Es la carencia de la cultura de la legalidad lo que explica la persistencia de los cultivos de coca entre los pequeños cultivadores del Caquetá? ¿Es el enriquecimiento fácil o los intereses económicos lo que conduce a los campesinos a cultivar coca? Consideramos que estos supuestos no permiten dar cuenta de la complejidad del contexto del cultivo de la coca, así como su lugar en las vidas de los campesinos.⁸ Esta investigación pretende contribuir a comprender la complejidad del problema explorando tanto las trayectorias de vida de los campesinos cocaleros, como las maneras en que conciben su actividad.

A tal fin, se abordan dos cuestiones centrales: cómo llegaron a cultivar coca y cómo legitiman la decisión de involucrarse con una actividad “ilegal”, enfatizando su condición de campesinos pobres y desplazados en guerra en medio del fortalecimiento militar de “la lucha contra las drogas”. Esto no significa descartar que la importancia de lo económico, sino plantear que la comprensión de esta decisión es más compleja que lo que se discute en el debate público nacional, reduciéndola a un problema de elección racional o al (des) conocimiento de la ley.

Esta investigación intenta problematizar la idea de la “ilegalidad” como un asunto de culpa individual o como un destino “desviado”, indagando, a partir de la experiencias biográficas de los cultivadores de coca, cómo es que los campesinos llegan a una actividad definida como ilegal, donde la “ilegalidad” en la que viven es el punto de llegada de un largo y sinuoso camino. En tal sentido, se propone una aproximación teórico-metodológica que pretende abordar el problema desde la vida y voz de los campesinos, resaltando el escenario campesino y de violencia en el que se inserta la actividad

en el aumento acelerado de la población encarcelada en los Estados Unidos) que han mostrado cómo esta relación “racional” entre crimen y castigo no es tan clara (Wacquant L., 2010).

⁷ El hecho de estudiar a los campesinos, introduce nuevos elementos que impiden adaptar el argumento maximizador en este contexto. En el ejemplo del café en Colombia, Marco Palacios muestra cómo la “racionalidad técnica” (sobre-especialización y la eliminación de otros cultivos) no era tan racional para el caficultor con baja tecnología y mucha incertidumbre en el mercado (diversificaba e intercalaba cultivos) (Palacios, 1979). Un elemento central de la dimensión campesina es la idea de “autoexplotación” es decir, el campesino trabaja hasta donde él considere (subjetivamente) necesario, hasta el punto de la satisfacción de las necesidades de consumo de su unidad doméstica, no bajo el cálculo de la productividad marginal como lo plantean los neoclásicos, en quienes se basan Gary Becker. Esto lo señalan autores como Chayanov (1974) y Shanin (1979), y también Marco Palacios en su libro sobre el café en Colombia (1979).

⁸ Cuando se habla del campesino cocalero en esta investigación, el lector debe comprender que se habla del *pequeño campesino cocalero*, descrito de múltiples formas. Torres establece que la empresa cocalera se divide en cinco tipos de producción, las más pequeñas están entre 5 y 150 hectáreas de propiedad que dedican no más de tres para el cultivo de coca, que comparten con pancoger y ganadería (Torres, 2000). Ortiz también hace una caracterización del pequeño campesino, de 0-5 hectáreas, como un típico colono-campesino que reside en el predio; algunas veces es propietario de la tierra y en otros es arrendatario “dueño del lote de coca más no de la tierra”. Este es el perfil general de los campesinos entrevistados, tanto cocaleros como no cocaleros (Ortiz, 2003). Como mostrará esta investigación más adelante, dentro de este grupo hay diferencias.

cocalera⁹. A fin de articular el lugar que la vulnerabilidad, pobreza y violencia ocupan en la vida de los campesinos, la perspectiva socio-biográfica nos permite comprender la complejidad en la que se desenvuelve el cultivador de coca.

Esta investigación consta entonces de dos partes. En la primera se examinan las trayectorias de vida de los campesinos cocaleros, a fin de comprender cómo llegan a cultivar coca. Abordar al campesino cocalero como un actor supone que éste es parte de múltiples procesos históricos, es la síntesis de muchas historias que conjugan tanto sus decisiones individuales como las coyunturas y procesos en los cuales ha estado inmerso, consciente o inconscientemente (Mills, 2010). A su vez, los procesos históricos son formados por las diferentes trayectorias que cada uno de los actores recorre. Ser capaz de comprender el lugar que ocupa en un momento histórico dado no solo es la promesa de la que nos convence Mills, sino también, parte de nuestro trabajo como sociólogos e historiadores (Ibíd.). De esta manera, las experiencias socio-biográficas nos permiten realizar un análisis dinámico donde el cultivo de coca en el marco de las trayectorias puede ser pensado como el resultado de un proceso de acumulación de desventajas (Dewilde, 2003; Roberts, 2009; Chamberlayne, Rustin & Wengraf, 2002)

En la segunda parte, se analiza la construcción de la actividad cocalera como una actividad legítima. Es decir, cuando ya se han dedicado a cultivar coca, ¿cómo justifican su actividad dado el contexto de ilegalidad? A tal fin, se analizan las percepciones de los campesinos sobre la actividad cocalera. Esto permite comprender de qué manera la constituyen como una actividad legítima. Esta actividad, que es ilegal, podría ser también constituida como un trabajo legítimo por parte de los campesinos que se lo ejercen, ¿por qué cultivan? ¿cómo lo justifican?.

El Caquetá es el departamento más poblado de la región amazónica colombiana y es un territorio en el que ha confluído la guerra colombiana en sus múltiples expresiones: un conflicto civil entre las guerrillas y el Estado, aunado a la intervención de los Estados Unidos a través de “la lucha contra las drogas”¹⁰. La criminalización del campesino cocalero por parte del Estado colombiano es doble, tanto por ser cultivador de coca, como por compartir territorio con las FARC, quienes han tenido allí una presencia histórica. Ambos ejercicios de violencia, la contra-insurgente y la guerra contra los cultivos de coca, son dos ingredientes de un contexto en el que se ejerce una vigilancia y terror sobre la vida de los campesinos.

En el 2014, la región Putumayo-Caquetá fue la segunda en incidencia de cultivos de coca con 20 mil hectáreas cultivadas, de las cuales 6 mil 500 pertenecen al Caquetá, departamento que tuvo un aumento de hectáreas sembradas del 51% con respecto al año anterior. Los cultivos de coca en los últimos años han tenido un aumento significativo en la región Putumayo-Caquetá pasando de 12 mil hectáreas a 20 mil entre el 2013 y el 2014 (UNODC, 2015). Los cultivos siguen concentrados, como afirma el monitoreo de cultivos ilícitos, sobre el piedemonte, al sur del departamento el municipio de Curillo que limita con el Putumayo, y en el centro del departamento, en el municipio de La Montañita,

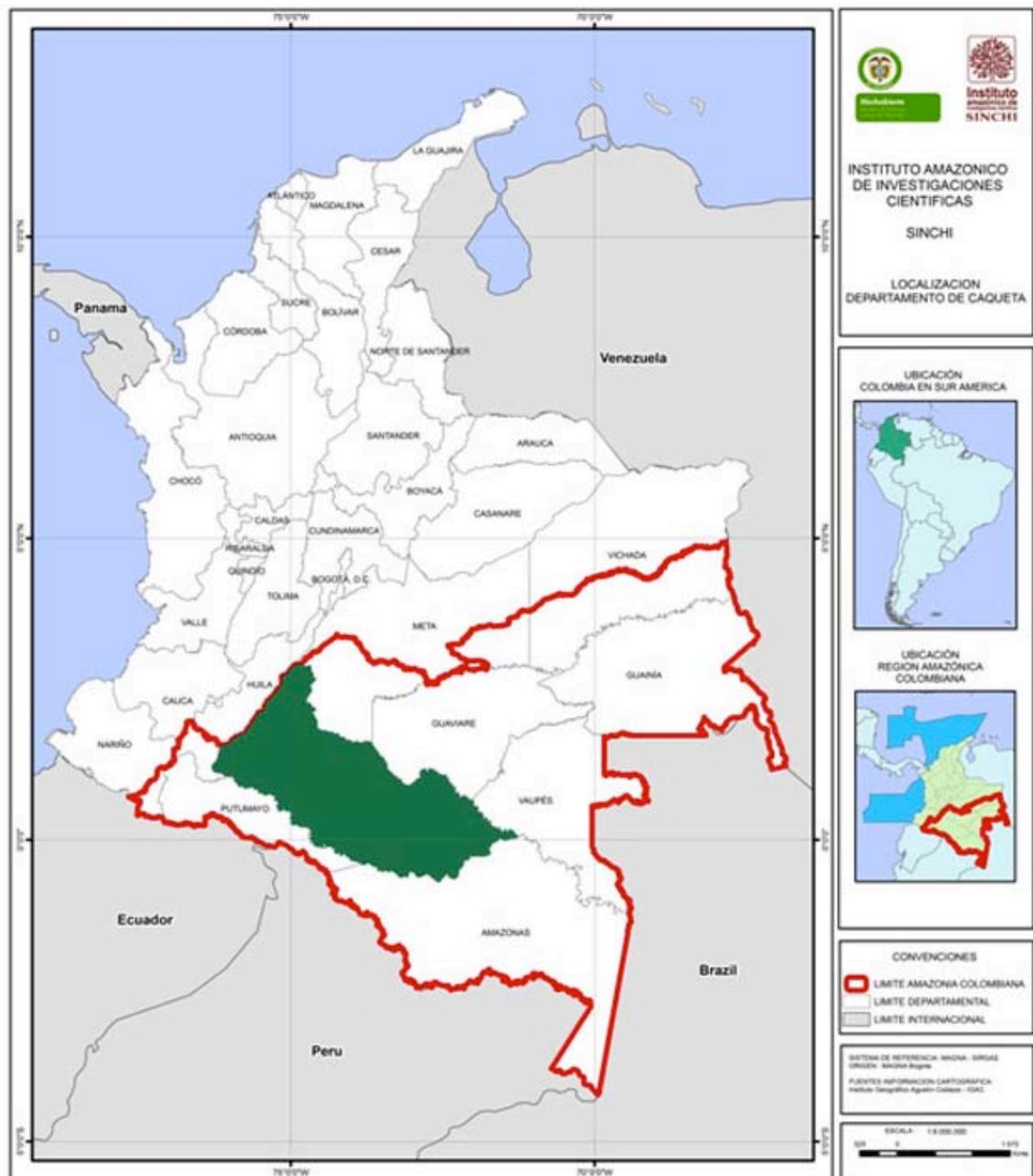
⁹ Esta categoría campesino va más allá de la que se limita a las labores agropecuarias. Con propuestas como la de la *Nueva Ruralidad*, se propone que estos campesinos están relacionados a otras esferas productivas como la silvícola, las acuícolas, el sector servicio, se relacionan con lo urbano de manera diferente, pero se distinguen porque tienen una relación vital con los espacios rurales (González Cangas, 2003). También se intenta superar la idea del campo como un lugar atrasado, conservador, tradicional y homogéneo, donde el actor protagónico ha sido el campesino hombre y adulto.

¹⁰ El Caquetá es un poco menos del tamaño de Oaxaca en México pero su población es de 450 mil habitantes, mientras Oaxaca tiene 4 millones. Gran parte del departamento se mantienen como selvas que están empezando a ser colonizadas.

en la Unión Peneya. Frente al fortalecimiento de la lucha contra las drogas, los campesinos han tomado decisiones; por ejemplo,

Los lotes se han hecho más grandes y hay expansión del fenómeno principalmente en el piedemonte de la cordillera occidental, al occidente del departamento municipio de San José del Fragua. Las operaciones de aspersión se mantuvieron en el mismo nivel que en 2013 y la erradicación manual se duplicó (UNODC, 2015, 33).

Mapa 1. Ubicación del departamento del Caquetá



La más reciente movilización campesina nacional fue el Paro Nacional Agrario. Este convocó entre ellos a muchos cocaleros. “La coca no tiene TLC”, me dijo un campesino en una entrevista. Esto resume este doble juego del Estado colombiano que empobrece al campesino caqueteño y a la vez lo reprime. Al día siguiente (4/09/2013), el ESMAD entró a la concentración campesina con ayuda de un helicóptero y la disolvió con gases lacrimógenos y armas, destruyó la comida acumulada y judicializó a varios. Entre la montaña se vio correr decenas de campesinos huyendo de los golpes. Los compromisos firmados en ese paro entre el Estado y los campesinos aún no se cumplen como ocurrió ya en las marchas campesinas de 1996¹¹.

Preguntas de investigación y objetivos

Esta investigación pretende responder a dos preguntas centrales:

- ¿Cuáles son los procesos y trayectorias que conducen a los campesinos a cultivar coca?
- ¿Cómo construyen los campesinos los sentidos de legitimidad de una actividad considerada “ilegal”? O en otros términos, ¿de qué manera y a través de qué procesos los campesinos conciben el cultivo de coca como una forma legítima de ganarse la vida?

Como se señaló previamente según algunos estudios, pareciera que los campesinos cultivan coca básicamente porque no tienen otra forma de vivir, porque ignoran la ley o bien porque quieren enriquecerse de manera fácil. Creemos que estas respuestas pueden ser más complejas, es decir, si bien muchos llegaron a ser campesinos cocaleros en una situación y contexto muy precario y de carencias, sus experiencias biográficas y los modos de significar la “ilegalidad” del cultivo de coca, pueden ser diversos. Se trata de pensar el individuo en relación a la sociedad y al contexto específico del que es parte y, en el marco de estos estreñimientos y oportunidades, comprender qué tan razonables son sus elecciones (Bourdieu, 2009; Perelman, 2011)¹².

¹¹ El *Paro Nacional Agrario* movilizó a campesinos de diferentes productos y regiones de todo el país. El pliego de peticiones incluyó 6 demandas que denominaron los campesinos como “obligaciones políticas y legales básica”. Estas consistieron en la implementación de medidas y acciones frente a la crisis de producción agropecuaria, el acceso a la propiedad de la tierra, el reconocimiento a la territorialidad campesina, a la participación efectiva de las comunidades mineras en la política minera, en la defensa del ejercicio político de la población rural y la inversión social en la población rural y urbana del país en educación, salud, vivienda, servicios públicos y vías (Rural, 2013). El Caquetá fue parte de la movilización, miles de campesinos llegaron a las salidas de la capital del departamento, Florencia y fueron duramente reprimidos por el ESMAD.

¹² Bourdieu señala que la teoría de la elección racional y la racionalidad economicista impone, en sus términos, una filosofía intelectualista de la acción. Entre otras cosas, defiende que el investigador tiene prejuicios sobre la acción del objeto por la falta de un proceso de reflexión de este sobre su lugar, *de objetivar esa distancia objetivante*. Bourdieu propuso la idea del *sentido práctico* para analizar la práctica, la acción (Bourdieu, 2009: p.30), insistiendo en que en vez de pensar en términos de acciones racionales, se piense en actos *razonables*, la condición de posibilidad de la sociología,

“La gente no está loca, es mucho menos excéntrica o ilusa de lo que espontáneamente creeríamos precisamente porque ha internalizado, mediante un proceso de condicionamiento múltiple y prolongado, las oportunidades objetivas que enfrenta” (Bourdieu, 2008: 170).

Los objetivos de esta investigación son:

- a. Comprender la articulación entre las experiencias biográficas de los campesinos, el contexto en el que se desenvuelven y los procesos que los conducen a cultivar coca.
- b. Analizar las diversas maneras en que los campesinos conciben la actividad cocalera como un trabajo legítimo. O, en otros términos, explorar los modos en que se legitima, como fuente de sustento, una actividad considerada “ilegal”.

Relevancia de la Investigación

La prohibición y persecución del cultivo de coca dice tanto sobre la sociedad en la que se insertan los campesinos cocaleros como sobre ellos mismos. Parafraseando a Durkheim, no se reprueba porque es un crimen sino que es un crimen porque la sociedad lo reprueba (Durkheim, 1999).

Esta investigación podría contribuir a abrir espacios de discusión acerca del campesino cocalero que aún deben profundizarse, por ejemplo, su descriminalización. Diversos estudios sobre el campesino cocalero se han centrado en el análisis de la movilización social y la identidad colectiva a partir de la experiencia de los movimientos cocaleros en Colombia¹³ y en Bolivia de finales de la década de 1990 que demandaban la persecución por parte del Estado y exigían el cumplimiento de las garantías constitucionales que tienen como ciudadanos.

Estas marchas fueron un desafío para la comprensión de la relación de los campesinos con los grupos armados. Por un lado, los cultivadores habían sido considerados “títeres” de la guerrilla cuya dependencia a esta les impidió una real emancipación (Ferro & Uribe, 2002). Por otro, han sido considerados como actores organizados para rebelarse contra el Estado (Molano, 1988). Varios grises aparecen entre estos extremos. Por ejemplo, en el caso del Putumayo, se reconoce el papel cumplido por los actores al margen de la ley pero también del impulso de los cocaleros como demandantes independientes frente al Estado (Ramírez M.C., 2011)¹⁴.

A su vez, se destaca que entre los cultivadores de coca y el Estado hay una lucha simbólica por un lugar en el abanico político del país. La lucha de los campesinos es resultado de una herencia de pobreza rural histórica y la ausencia de espacios de participación ciudadana, no necesariamente por la ausencia del Estado. Esta supone un esfuerzo por lograr un lugar en la Nación, por romper los estigmas y por re-significar su lugar en el contexto del conflicto armado y el narcotráfico ya que representa la condensación de la problemática rural en el país- como campesino empobrecido y expulsado de sus tierras-. Algunos autores afirman que lo que está en juego en la relación entre el

Una de las tareas de la sociología entonces es comprender la acción en las condiciones de posibilidad en el que son *razonables*.

¹³ Estas marchas movilizaron alrededor de 200 mil campesinos en 1996 en Colombia.

¹⁴ Es el caso también de la justicia guerrillera y comunitaria en las zonas rurales del Caquetá. Es importante seguir indagando en la compleja coexistencia, autonomía y dependencia de los campesinos y los actores armados. En esta dirección Nicolás Espinosa ha hecho varios aportes. (Espinosa N., 2009; Espinosa N., 2010)

campesino y el Estado es el significado del actor social en el contexto de la ilegalidad (Ramírez M.C., 2011; Machado, A., 2003).

A partir de estos aportes, esta investigación se orienta a examinar la experiencia de la “ilegalidad” (es decir, de ser cultivadores de coca) del campesino cocalero enfatizando el estudio de los cultivadores de coca desde su experiencia subjetiva como individuos, más que como actor colectivo. Las experiencias biográficas nos permiten indagar tanto la heterogeneidad como los denominadores comunes de las voces y trayectorias campesinas dentro del cultivo de coca.

De esta manera, se problematiza y cuestiona la criminalización del cultivador de coca que ignora o rechaza la ley caprichosamente, examinando las múltiples formas en las que el campesino se relaciona con la ilegalidad (es decir, con el cultivo de coca). Esto permite aprehender la complejidad y ambigüedad de las relaciones del campesino con la ley, elementos raramente considerados por la política pública. Esto podría contribuir a explorar nuevas formas de analizar el problema, a fin de plantear vías alternativas a las estrategias penalizadoras que han primado hasta ahora.

Profundizar el análisis de la relación del campesino caqueteño con el cultivo de coca contribuye a aproximarse regionalmente al problema de los cultivos de uso ilícito. La problemática del campesino en el Caquetá, por ejemplo, debe ser entendida desde su relación con la tierra amazónica y con la presencia del Estado (por ejemplo los programas e inversión social) en sus territorios. Por eso es importante resaltar tanto las particularidades como las generalidades de su actividad. Una caracterización de lo que ocurre con los campesinos caqueteños es el primer paso para abonar en la comprensión de estas diferentes dinámicas rurales en Colombia y un insumo a la hora del diseño de políticas públicas con enfoque territorial. Este reto adquiere mayor importancia en el escenario de las negociaciones de La Habana entre el gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC.

Estrategia Metodológica

Para comprender las experiencias, trayectorias y representaciones de la actividad cocalera y sus protagonistas, en esta investigación se ha privilegiado una metodología cualitativa. A tal fin se realizaron entrevistas semi-estructuradas en profundidad con campesinos del Caquetá, sobre sus historia de vida y las percepciones sobre el cultivo de coca (Atkinson, 2002; Atkinson, 1998).

Se realizaron trabajos de campo piloto en el 2012 (Diciembre) y 2013 (Junio y Agosto-Septiembre) para preparar el trabajo de campo definitivo que se realizó entre Noviembre (2014) y Febrero (2015) en el Caquetá. En este último, se realizaron en total 48 entrevistas y 4 conversaciones grupales en los municipios de Florencia, Belén, Morelia y Montañita en el Caquetá (Tabla Anexa).

El trabajo de campo se realizó tanto en los pueblos como en las veredas (espacio rural) del Caquetá. La mayor parte de entrevistas no fueron grabadas por consideraciones de seguridad que se reflexionan en anexo. En las mismas se buscó explorar sus historia de vida, centradas en su relación con el campo y el cultivo de coca. La guía de entrevista incluyó temas como las trayectorias familiares, laborales y educativas, sus dinámicas migratorias y las experiencias y percepciones en su actividad como campesino y cocalero. Las preguntas fueron abiertas y las entrevistas tuvieron una duración de entre 45 minutos y 1 hora y media. Los temas que se exploraron fueron:

1. Su condición de campesino: trayectorias de vida y experiencias como campesino en el contexto específico del Caquetá.
2. Su condición de cultivador de coca: experiencias, trayectorias y percepciones del campesino con el cultivo, con la actividad cocalera y lo que esta representa para él.
3. Su vida comunitaria. Se exploraron los modos en que los cultivadores de coca, establecen relaciones con su comunidad, cultivadores o no cultivadores.
4. Su relación con las autoridades (Estado y otros actores que operen en el territorio). Experiencias con el Estado, con la violencia y la garantía de los derechos.

Las entrevistas se hicieron en los municipios de Florencia, Belén, Morelia, San Vicente del Caguán y Montañita, tanto en zonas urbanas como rurales, dependiendo de la disponibilidad y seguridad de la entrevista. Florencia (172 mil habitantes aproximadamente) es la capital del departamento del Caquetá, donde hice entrevistas en barrios de invasión y en las oficinas de una organización campesina que me dio entrada a sus talleres y eventos en los cuales participaban campesinos de todo el departamento. En Belén (11 mil habitantes) y Morelia (4 mil habitantes), dos municipio al sur de Florencia, también se realizaron entrevistas a través de una organización campesina que funge como un centro de talleres, eventos y paso de campesinos del sur del departamento bajo el apoyo de la Vicaría del Sur. En La Montañita (23 mil habitantes), al norte de Florencia hice entrevistas en las áreas rurales y urbanas a campesinos, y fue donde se realizaron las visitas de campo. En San Vicente del Caguán (68 mil habitantes), se hicieron entrevistas en el marco de eventos y talleres en el área urbana.

Durante el Paro Nacional Agrario (Agosto-Septiembre, 2013), visité las tres concentraciones que agrupaban campesinos (En Florencia en las salidas a Neiva, La Montañita y Morelia). Con base en estas visitas, se entrevistaron campesinos de todas las regiones del departamento, porque muchos iban de paso por los lugares, estaban de visita o asistían a algún evento. Los campesinos entrevistados pertenecen entonces a lugares tan lejanos como el Río Lozada, Brisas del Lozada, Aracacara, la Unión Peneya, Solano, Paujil, Milán, como de lugares más accesibles como Florencia, La Montañita o Paujil. Con respecto a la presencia de cultivos de coca, fue una muestra muy útil porque me permitió analizar la diversidad regional de esta actividad, de los actores que participan y de las diferentes violencias que se ejercen en este territorio¹⁵. Las entrevistas y las visitas se hicieron a personas que viven en lugares neurálgicos del fenómeno cocalero, como la Unión Peneya o la cordillera en el municipio de La Montañita. Estas visitas fueron tanto a la cordillera como a las planicies.

La muestra fue elegida con base en la edad, el género y su condición de campesinos. La mayoría de los entrevistados eran cocaleros al momento de la entrevista o lo habían sido a pesar de que también se entrevistaron campesinos que viviendo en una región cocalera, nunca habían cultivado coca. La manera en que se consideró que eran cocaleros fue porque ellos mismos contaron que cultivaron coca. La muestra se obtuvo a través de la técnica de bola de nieve a partir de las redes de conocidos, amigos y otros campesinos. El nombre y la información de los entrevistados ha sido

¹⁵ La presencia de cultivos de coca llega a las áreas cercanas a la capital. Por ejemplo, en una visita a una maloca en Florencia iban a preparar el mambe. Un joven llegó con una bolsa de ramas de hoja de coca para prepararlo y el cacique le preguntó dónde lo había conseguido, a lo que respondió el muchacho que había sido en una parcela cerca, se lo había robado. Fue reprendido por el cacique pero esto mostró que los cultivos están más cerca de lo que se puede suponer.

mantenida en anonimato por cuestiones de confidencialidad y la composición de la muestra se presenta en el apéndice.

Además de las entrevistas, se realizaron notas de observaciones sobre las parcelas y fincas con cultivos de coca visitados tanto en la cordillera como en las planicies del departamento. Las caminatas para llegar a esos lugares eran de entre 3 a 4 horas de montaña y las mismas de regreso, y me permitieron observar la vida cotidiana de los campesinos, sus condiciones de vida, sus parcelas, conocer las diferentes clases de plantas de coca y compartir con ellos parte de su vida cotidiana.

Paralelamente, en cada uno de los viajes tomé notas de campo donde incluí observación directa, comentarios y diálogos de las personas y reflexiones que iban surgiendo en el camino. No obstante, detrás de esta recolección de información se resolvieron una serie de decisiones relacionadas principalmente por las condiciones de seguridad en la que se desarrolló esta investigación (Emerson, Fretz, & Shaw, 2011).

En Diciembre del 2012 se realizó un primer trabajo de campo piloto en el marco del evento en San Vicente del Caguán sobre construcción de Paz en el territorio en el que participaron la mayoría de juntas de acción comunal en el norte del Caquetá. En esta se realizaron varias entrevistas sin grabadora y asistí a la mesa de los campesinos sobre “cultivos ilícitos”.

En el 2013 se realizaron dos experiencias piloto de campo. Una en Junio, en el marco de un taller sobre narcotráfico, y otra entre Agosto y Septiembre, durante el Paro Nacional Agrario. Estas se realizaron en Florencia, Belén, Morelia y Montañita.

El análisis de esta información se hizo a través del programa de análisis cualitativo ATLAS-T que permitió no solo el manejo de esta información, sino la posibilidad de codificarla y de construir categorías analíticas. Estas estuvieron agrupadas en 6 familias de códigos generales compuestas en total por 52 códigos.

Organización de la Investigación

Este trabajo está dividido en siete capítulos y un anexo. El primer capítulo da cuenta de la aproximación teórica de esta investigación y presenta los debates sobre el comportamiento del campesino cocalero y su relación con la ley. Para esto hace énfasis en primer lugar, en el estudio de la experiencia sociobiográfica por medio de las trayectorias de vida de los cultivadores y segundo, en el análisis de las percepciones del cultivador sobre su actividad que legitiman la actividad cocalera.

El segundo capítulo se centra en el contexto en el cual se ha desenvuelto el campesino cocalero del Caquetá, caracterizado por los procesos históricos de la colonización amazónica, la violencia desde mediados del siglo XX, la presencia guerrillera y la llegada de la coca en la década de los ochenta. También se exponen las coyunturas históricas de las últimas décadas, representados en la aplicación de la política de lucha contra las drogas en el país y la agudización de la guerra en la región tras el embate paramilitar y del Plan Colombia. Finalmente se muestra el proceso de criminalización del campesino cocalero a partir de cómo ha sido visto por el Estado colombiano. Esta revisión histórica evidencia las condiciones de pobreza y violencia que atraviesan, permean y moldean las trayectorias biográficas de los campesinos del Caquetá, cocaleros y no cocaleros, y el lugar de la actividad cocalera en este escenario.

El capítulo tercero da cuenta de la manera en que los campesinos representan las condiciones en las que realizan su actividad rural, enfatizando el rol que ha tenido el Estado en la Amazonia caquetena. Para esto se ilustran los retos que enfrentaron los entrevistados en el proceso de la colonización y vivir en la selva, la falta de infraestructura vial, los obstáculos del acceso a la tierra y a la salud. Finalmente se hace un balance de los programas de desarrollo rural con base en la sustitución de cultivos. Esto permite comprender la relación que establece el campesino con el Estado en tanto que sujeto de derechos y las condiciones de posibilidad de la persistencia del cultivo de coca.

El capítulo cuarto se orienta a familiarizar al lector con la actividad cocalera a partir de la manera en que el propio campesino lo relata y le da sentido. Antes de analizar las trayectorias de los campesinos, es importante que el lector conozca en qué consiste esta actividad y la manera en que el campesino la entiende. Para esto se muestra el lugar del campesino en la cadena productiva de la cocaína, los procedimientos para cultivar y raspar la hoja de coca, la etapa del procesamiento de la pasta base y cómo opera la venta desde la voz de los campesinos entrevistados. Esta experiencia muestra la dimensión campesina de esta actividad, toda vez que hace parte de un trabajo atado a la tierra, pero también el proceso de valor agregado del procesamiento, los peligros y condiciones en las que el cultivador ejecuta esta fase. El uso de la tierra, la selección de las semillas, la lucha por el rinde, los obstáculos para la venta son algunos de los elementos claves que muestran a qué se enfrenta el campesino cocalero en el momento de cultivar.

El capítulo quinto pretende dar cuenta del campesino cocalero en su condición de víctima de la violencia de mediana duración en la región a través del análisis de las coyunturas de violencia en las trayectorias de vida de los campesinos entrevistados, tanto cocaleros como no cocaleros. Un primer momento es el periodo de La Violencia y la llegada de los campesinos como colonos a la Amazonia. Posteriormente se estudian las experiencias de violencia de los campesinos en la confrontación de guerrilleros, paramilitares y el Estado durante el Plan Colombia. Para terminar se presentan algunas maneras en que el campesino ha sorteado esta situación de violencia en su vida cotidiana.

El capítulo sexto se centra en la experiencia socio-biográfica de los cultivadores de coca, analizando sus trayectorias de vida, evidenciando las transiciones y las dinámicas acumulativas que los lleva a cultivar coca. Partiendo de la unidad familiar campesina, se muestra a la pobreza y violencia como elementos que desintegran la familia campesina y las desventajas en la manera en que se afronta la transición a la independencia de la casa de los padres. Posteriormente, también se resalta el proceso de aprendizaje del oficio cocalero por medio del trabajo de raspachín que constituye una introducción a este mundo y es donde las desventajas de la juventud campesina se interrelacionan con las oportunidades de la coca. Se exploran también las particularidades de las trayectorias de las mujeres en la actividad cocalera. Finalmente, estudiando este proceso, se analizan los caminos a los que la actividad cocalera conduce a los campesinos en relación con permanecer en el campo o su migración a la ciudad.

En el capítulo séptimo, donde se abordan las percepciones de los campesinos, se indaga la manera en que estos legitiman la actividad cocalera. Se resalta el papel de las memorias del boom cocalero en esta justificación y la manera en que la coca aparece como salvación pero también como condena, una oportunidad de sobrevivir pero también que trae violencia y descomposición social. Posteriormente, se analizan los sentidos de lo “aceptado” y “no aceptado” por el pequeño cultivador de

coca, resaltando la idea del uso de esta actividad ilegal como una estrategia para lograr en un futuro la estabilidad en una actividad legal.

Finalmente, en las conclusiones se hace un recuento de los principales hallazgos de esta investigación con relación a las trayectorias de vida de los campesinos y las percepciones de legitimidad con respecto a su actividad cocalera. También resalta la importancia de la dimensión socio-biográfica y la etnografía para cuestionar la criminalización del campesino cocalero y las políticas de la lucha contra las drogas en torno a él. Se enfatiza la dimensión campesina del comportamiento del sujeto estudiado, su arraigo a la tierra y su apuesta por la legalidad, en el marco de una exigencia por la defensa de sus derechos como ciudadanos de Colombia y de la exigencia del Estado colombiano de pensar el campo amazónico de una manera diferente, basada en replantear la política de la lucha contra las drogas, en crear espacios de participación de los campesinos para superar sus dificultades y la estigmatización que los criminaliza, y en fortalecer procesos de desarrollo rural acorde a sus necesidades y a las del ecosistema amazónico.

CAPÍTULO 1. **Comprendiendo el papel del campesino cultivador de coca: estudios y nuevos caminos para la aproximación al problema**

Un elemento fundamental para comprender cómo y por qué los campesinos llegan a cultivar coca en el Caquetá, es reconocer el papel de la violencia en sus trayectorias biográficas. En este sentido, se busca responder a dos interrogantes básicos. El primero se refiere a cómo llegan a ser campesinos cocaleros en el Caquetá y el segundo interrogante se centra en cómo los campesinos perciben y legitiman su actividad –el cultivo de coca– en un contexto de violencia y pobreza.

En este sentido, es preciso descentrar el debate de los cultivos de coca de la perspectiva de la (i)legalidad, penalización y la lucha contra las drogas. A tal fin, esta investigación enfatiza la centralidad de la mata de coca de la vida del campesino y procura reflexionar sobre lo rural en el contexto de pobreza y violencia. En suma, se busca resaltar al cultivador de coca como campesino y como pobre, colonizador de la Amazonia colombiana, y rechazar su señalamiento como “criminal”.

En general, los estudios sobre el campesino cocalero han tendido a centrarse en comprender su lugar en la economía de la coca, pero es poco lo que se ha explorado sobre cómo este entorno de violencia y pobreza permea y moldea las trayectorias biográficas de los campesinos. Sus historias contribuyen a entender que el campesino cocalero es antes que nada un poblador del campo; sus biografías están insertas en las transformaciones rurales en el país, en su situación confluyen una serie de procesos históricos que involucran la cuestión agrícola en la construcción del estado-nación. Así, la dimensión campesina de la actividad cocalera contribuye a comprender la complejidad del entorno al que éste se enfrenta y el papel que juega la coca en su vida cotidiana.

En segundo lugar, la ilegalidad suele entenderse como un manto que impide a los sujetos reflexionar, entender y discutir sobre la ley. En contraste, puede argumentarse que es precisamente desde la ilegalidad que puede comprenderse mejor cómo opera la ley, y cómo los sujetos legitiman actividades, como el cultivo de coca, consideradas “ilegales”. De lo que se trata es de comprender cómo los campesinos construyen formas legítimas y razonables (en el sentido de Bourdieu [2009]) de ganarse la vida y de justificar su relación con el cultivo de coca.

Con base en estos dos ejes (las trayectorias de los campesinos y las percepciones sobre la legitimidad del cultivo de coca), es que se estructura este capítulo. En la primera parte se expone en qué ha consistido la cuestión agraria en Colombia, la manera en que ha sido visualizado el poblador rural amazónico y en particular, el cocalero. En la segunda parte, se presentan las herramientas teóricas que permiten comprender las trayectorias del campesino enfatizando su lugar como pobre y poblador rural amazónico. La tercera parte aborda el problema de la construcción de lo legítimo desde la ilegalidad, cómo justifican su actividad los campesinos cocaleros. Para esto se expone la manera en que el campesino cocalero y su relación con la ley han sido estudiados y se sostiene que la ilegalidad no necesariamente implica ilegitimidad.

La cuestión agraria en Colombia: contexto y aproximaciones

Hay un consenso en la academia en torno a la relación de la violencia y el campo¹⁶. En particular en el caso de Colombia, la tierra es un “factor desencadenante” del conflicto social y armado y en este, el estado no ha fungido como árbitro, sino como otro actor más de poder que inclina la balanza de manera desfavorable para los campesinos, protegiendo al gran capital y los terratenientes (Fajardo, 2015).

La economía campesina ha estado en medio de dos proyectos de sociedad que se confrontaron a lo largo del siglo XX y cuyas tensiones aún en el siglo XXI no desaparecen: por un lado un sector y modelo ideológico de defensa del latifundio como una de las formas de mejorar la productividad y eficiencia del campo. Por otro lado, hubo diferentes intentos por defender la mediana y pequeña propiedad en el país, protegiéndola de la dispersión. Estas tensiones se reflejaban principalmente entre los que hacían parte del Partido Conservador, en el poder hasta 1930, y el Partido Liberal, que los suceden ese mismo año. Mientras los primeros eran mayoría en el campo, los segundos tenían su base política en las ciudades. La persistencia del conflicto, defiende Fajardo, se basa en la lucha por imponer un modelo de desarrollo agrario, basado en la expropiación al pequeño campesino y la defensa de la gran propiedad o la plantación (Fajardo, 2009: 40).

Atravesando el contexto de violencia y la dinámica legal de los modelos de apropiación del espacio en el país, se desarrollaron dos coyunturas políticas que marcaron el rumbo del campo colombiano: periodo de la sustitución de importaciones (1950-1990) y el de la apertura del mercado (1990 en adelante). Durante el primer modelo, la intervención del estado fue fundamental; en un contexto en el que el 40% de la población era analfabeta, fue un modelo que consideró a los campesinos como productores tradicionalistas o irracionales, sobre los cuales era necesario actuar (Vergara, 2011).

Buscando la modernización, los gobiernos liberales a partir de 1930 fueron más receptivos y hubo intentos de fortalecer la clase media rural pero estos dos modelos del campo colombiano chocaron en este periodo con mucha violencia reflejada en masacres, violencia y guerra civil. El proyecto modernizador fracasó; por ejemplo, entre 1927 y 1931 se otorgaron grandes extensiones para la formación de latifundios (Fajardo, 2015). La fundación de la Hacienda Larandia en el Caquetá hace parte de este periodo que representa un modelo de enclave en medio de campesinos y colonos que fungió como motor de tumba de montaña y desplazamiento de colonos.

La disputa entre modelos de país sobre lo rural se reflejó en el tipo de leyes y pactos que se desarrollaron en el siglo XX. Aquellos quienes buscaban el fortalecimiento de una clase media rural firmaron la sentencia de la Corte Suprema de Justicia de 15 de Abril de 1926 en la que establecía la recuperación por parte del estado colombiano de tierras baldías y exigían defensa del territorio campesino para fortalecer la pequeña y mediana propiedad. En esta misma dirección se redactaron las leyes 56 de 1905, la ley 71 de 1917, los decretos 839 y 1110 de 1928; estos buscaban fortalecer el aprovechamiento productivo de la tierra, recuperar baldíos que no estuvieran siendo explotados por el gran capital y fortalecer la propiedad a través de titulaciones de fincas menores a 20 hectáreas. También en estas leyes están los precedentes de las actuales Zonas de Reserva Campesina (Ley 160

¹⁶ Marx fue uno de los que reconstruyó la relación campo y violencia a partir del estudio sobre el despojo violento del campo inglés en la transición del feudalismo al capitalismo. En el proceso histórico de escisión entre el productor y los medios de producción, reconstruye “la prehistoria” del capital, el proceso histórico de formación del proletariado que tiene como base “la expropiación que despoja de la tierra al trabajador” (Marx, K., 2009: 895). El interés de los capitalistas burgueses de convertir en la tierra en un artículo comercial destruyó las relaciones de ocupación y usufructo de la tierra que habían operado durante siglos como las tierras comunales. El último gran proceso que reseña Marx es el del *clearing of estates*, es decir, “limpiar” violentamente de campesinos o trabajadores agrícolas el campo, un proceso masivo de desahucio (Marx K., 2009).

de 1994) vehementemente defendidas por los campesinos, y saboteadas por el estado colombiano y la gran propiedad en la actualidad (ILSA, 2012).

En la década de 1930, algunas regiones y sectores del partido se plantaron en una defensa a ultranza de la gran propiedad. Cuando llegó al poder el Partido Liberal, estos impidieron la modernización del campo colombiano lo que hizo que cualquier transformación del campo fuera considerada como una afrenta política que podía llevar al conflicto entre partidos, sobre todo cuando el Partido Conservador mantenía el poder de las áreas rurales (Fajardo, 2015).

La respuesta a la promulgación de la sentencia de la Corte señalada fue la Ley 200 de 1936 y la ley 100 de 1944, que favoreció la gran propiedad y legalizó la apropiación de tierras de las cuales habían sido expulsados los campesinos. Esto provocó a su vez mayor movilización y el levantamiento social por ejemplo en forma de guerrillas. Las demandas por la cuestión agraria fueron centrales en su constitución política; este es el caso de las guerrillas de Guadalupe Salcedo que reclamaron, como se puede ver a través de las Leyes del Llano, un cambio en el tratamiento del problema agrario del país exigiendo la democratización de la tierra, la confiscación del latifundio, la elevación del salario mínimo y la dignificación de los trabajadores agrícolas, el aprovechamiento productivo de las tierras, la restitución de tierras tras la guerra y protección de minorías étnicas y cooperativas (Fajardo, 2015).

Para 1948, la instauración de la ganadería como estrategia latifundista de control de la tierra ya era un hecho; 43 millones de hectáreas estaban dedicadas para pastos, con 15 millones de cabezas de ganado en las planicies del país, mientras las vertientes de las montañas estaban dedicadas a la agricultura, que ocupaban poco más de 2 millones de hectáreas. En 1954 había 800 mil propietarios rurales, más de la mitad solo poseían parcelas de menos de 2 hectáreas. Solo había 25 mil propietarios de los cuales 3% de ellos monopolizaban el 55% de las tierras utilizables que no estaban trabajadas; solo eran usadas para la ganadería o con cultivos sin técnicas eficientes de explotación (Fajardo, 2015: 27).

El periodo de La Violencia representó una ruptura radical en la organización del campo colombiano tras el desplazamiento de miles de campesinos (Pecaut, 2007; Pecaut, 2001). Al final, una de las peleas que se libró entre los dos modelos de país fue el futuro de la restitución de las miles de hectáreas que quedaron en manos de los latifundistas. Posteriormente, la “Alianza para el Progreso” planteó una limitada reforma agraria por medio de la ley 125 de 1961, pero también consolidó los intereses estadounidenses en el país a través de la aplicación de la doctrina contrainsurgente que afectó la dinámica política colombiana (Fajardo, 2015).

Una de las políticas centrales fue la repartición de baldíos a los campesinos, a través de las Unidades Agrícolas Familiares (UAF) que tenían como objeto facilitar la apropiación de tierras a campesinos en áreas de colonización, parcelaciones de propiedades intervenidas o concentraciones parcelarias. El debate sobre si era más eficiente una parcela campesina o una gran propiedad tendría como objeto en parte apoyar o desmontar este sistema de adquisición de tierras por parte de los campesinos. El resultado de estas políticas de restitución de tierras fue incipiente. Como señaló Fajardo (2015) con base en un trabajo de Mariano Arango,

Entre 1962 y 1982 se entregaron 648.234 hectáreas del Fondo Agrario Nacional (constituido por tierras compradas, expropiadas o cedidas) a 34.918 familias, a razón de 18.5 hectáreas por parcela y 2.111.236 hectáreas de extinción de dominio a 27.933 familias de 75.5 hectáreas cada una. Es decir, en 20 años, de las 800.000 familias sin tierras del censo

agropecuario de 1970 fue favorecido el 4.36% por el Fondo Agrario Nacional y 7.9% si se incluye la extinción de dominio (Mariano Arango. 1994 137 pg. 29). (Fajardo, 2015)

Uno de los más certeros ataques contra la reforma agraria la dio el Acuerdo de Chicoral, una reunión entre el alto gobierno, la Iglesia, los terratenientes y empresarios con los partidos tradicionales para desmontar el trabajo que estaba haciendo el INCORA en términos de restitución de tierras en el interior de la frontera, es decir, en el espacio andino. La última opción que le quedaban a los campesinos fue colonizar los Territorios Nacionales, entre ellos la Amazonia, como efectivamente sucedió (Fajardo, 2009).

La apertura agraria hacia zonas de frontera no solo constituyó daños ambientales irreparables sobre ecosistemas frágiles sino también la reproducción de la concentración de la tierra. Entre 1984-2010, la frontera agraria pasó de 35.8 millones a 40.2 millones de hectáreas, del cual el 24% fue apropiado por fincas superiores a 1000 hectáreas¹⁷. Es en este proceso en el que ocurrió la colonización en la Amazonia colombiana y la posterior aparición del cultivo de coca.

La segunda coyuntura política e histórica fue el modelo de la apertura económica que se inició en la década de 1990 y que tuvo como base ideológica la aplicación de los principios neoliberales en el funcionamiento de la economía nacional tras el Consenso de Washington. En el pensamiento neoclásico, las economías se especializan en lo que tienen ventaja comparativa; en este contexto, no hay ninguna preferencia por un sector en específico, para la agricultura solo era necesario esperar la dinámica del mercado que reasignara factores en términos de utilidades y competitividad. De esta forma, si la economía campesina desaparecía solo era una señal “de corrección” del mercado sobre eficiencia y competitividad que era necesario que ocurriera (Vergara, 2011).

Para este periodo se reestructuró la institucionalidad que había funcionado por décadas en torno al campo, se redujo el presupuesto del ministerio de Agricultura y se revaluó la moneda, provocando un aumento de las importaciones. Si en la década anterior había aparecido la coca, la crisis agrícola tras el debilitamiento de las formas de protección al mercado exacerbó la pobreza rural, convirtiendo en 1990 a Colombia como el primer productor de hoja de coca en el país (Pérez, 2006; Ortiz C., 2003).

No obstante, es en este periodo en el que se consolidaron los grandes complejos agroindustriales pero también se siguió extendiendo el paramilitarismo y con ello la gran propiedad en el país. El desplazamiento de ese periodo desorganizó y debilitó aún más las economías campesinas que operaban en esta época (Vergara, 2011; Fajardo, 2014).

La crisis de esta época significó la pérdida de 100 mil empleos rurales y el abandono de un millón de hectáreas que dejaron de cultivarse y fueron usadas para la ganadería. En este contexto, la coca se convirtió en una alternativa para miles de campesinos. También la expansión de la ganadería, la reestructuración productiva con la caída de los cultivos temporales y el éxito de los permanentes como la palma africana (muy estrechamente relacionada a la expansión paramilitar). El café, otrora una oportunidad de estabilidad económica para la clase media rural, quedó a merced de los precios internacionales, lo que la convirtió en una opción volátil e incierta.

¹⁷ El marco jurídico de la “legalización” de la apropiación “ilegal” durante el gobierno de Álvaro Uribe [2002-2010] fue la Ley 975 del 2005 (Ley de Justicia y Paz), Ley 1152 de 2006 (Estatuto de Desarrollo Rural), Complementada Ley 1182 de 2007 donde se legalizan títulos de bienes apropiados de manera ilegal. El último proyecto de la defensa del modelo latifundista del país es del de las ZIDRES defendido por Juan Manuel Santos en el proyecto de ley 133 de 2013. Un de los puntos críticos más importantes de la coyuntura actual del pos-acuerdo es la restitución de tierras; tras años de haber sido desplazados, los campesinos colombianos no han encontrado respuesta firme en el programa de restitución de tierras por parte del estado y han tenido que enfrentar una violenta arremetida de los terratenientes y narcotraficantes que se niegan a devolver las tierras.

La apertura económica hizo más vulnerable el campo colombiano, pero fue la articulación de estas políticas con la instauración del modelo latifundista en el país acompañada de la violencia del narcotráfico y el paramilitarismo lo que se constituiría como una coyuntura nefasta para la economía campesina.

Los últimos 30 años han sido muy difíciles para el campesino colombiano. La introducción de la coca representó una nueva etapa del conflicto armado en el país; el campesino estaba entre el cultivo de coca y la presión del latifundio por apropiarse de sus tierras. La expansión paramilitar y narcotraficante significó para algunos autores una contra-reforma agraria que se apropió de miles de hectáreas (Vergara, 2011). Las consecuencias han sido desfavorables para el campo colombiano; para el 2008, se contabilizan 6 millones desplazados (en un país de 45 millones), un millón de víctimas, una pérdida patrimonial significativa dado que el 91.3% de las víctimas abandonaron sus tierras (un total de 5.5 millones de hectáreas que corresponde al 10.8% de la superficie agropecuaria del país para el 2008) (Fajardo, 2015). De ahí la centralidad del proceso de restitución de tierras que se lleva a cabo durante el gobierno de Juan Manuel Santos y la violenta reacción de algunos sectores para frenarla y sabotearla.

Entre esta tensión entre dos modelos de apropiación de la tierra (el latifundismo y la pequeña/mediana propiedad), y dos proyectos estatales de manejo del campo en Colombia (sustitución de importaciones/ apertura económica) es que surge el campesino cocalero a finales de la década de 1970. La intervención de factores externos, como la lucha anti-insurgente de los Estados Unidos y el crecimiento acelerado de la demanda de la cocaína en ese país, y de dinámicas internas del conflicto como la consolidación del paramilitarismo, dejaron al campesino expuesto a unas condiciones difíciles para su sobrevivencia ¿Cómo comprender el papel del campesino en la dinámica nacional y a partir de allí cómo caracterizar al campesino cocalero en este entorno de transformación del campo colombiano?

¿Cómo ha sido estudiado el campesino y el sector agrario? Para la década de 1950, cuando inicia el debate sobre el campesinado en Colombia; los campesinos fueron considerados productores irracionales y tradicionales porque en términos económicos no se guiaban por los incentivos que la economía capitalista les planteada. La manera de articularlos a la sociedad “moderna”, era por medio de su conversión en empresarios agrícolas, como por ejemplo, defendió la “revolución verde” (Vergara, 2011: 51).

Este enfoque dual de la modernización (industria- campo, modernos- primitivos, innovadores-tradicionales) fue reemplazado a mediados del siglo XX en la academia colombiana por el enfoque de la dependencia, un estudio sobre la manera en que se articulaban las regiones periféricas del mundo al centro, la discusión entre el desarrollo y el subdesarrollo. En este caso, el mundo rural se insertaba en la economía capitalista con base en una serie de relaciones centro-periferia como las de intercambio asimétrico, que lo subordinaba.

Un primer impulso para la investigación sobre el sector rural en Colombia fue dado por misiones extranjeras como la del Banco Mundial en 1950 a cargo de Lauchlin Currie cuyos estudios también sirvieron para diseño de políticas públicas sobre este tema.

En los 60´s, las interpretaciones de la problemática rural en el país criticaron las posiciones de estas misiones. Con base en autores como Antonio García y Fals Borda se inauguró una época de reflexión teórica y empírica sobre problemas rurales, metodologías y políticas públicas en el campo colombiano (Fals Borda, 1982; Fals Borda, 1961). En la academia, los debates marxistas sobre el

campo eran prolíficos, articulando el análisis de la dependencia y del impacto del imperialismo estadounidense; dos vías se plantearon para solucionar la pobreza rural, por un lado, la marxista pregonó la revolución y la estructuralista la industrialización,

Las vías de desarrollo de la agricultura fueron la discusión de la época por ejemplo si el camino era *junker, farmer*, campesina, socialista, cooperativa, así como el carácter del desarrollo del agro: si capitalista, semifeudal o feudal (Machado, 2004: 4).

Las disparidades urbano y rural eran evidentes y los economistas cambiaron su opinión en torno a la “racionalidad” de los campesinos. El discurso que diseñó la política pública en torno al campo fue el de Crecimiento con Equidad del Banco Mundial, y se fundó el programa Desarrollo Rural Integrado (DRI) que se aplicó en el país basado en tres premisas: la relación entre la pobreza y el sector rural, la baja productividad y la incapacidad de la industria urbana de absorber la población que del campo migraba a la ciudad (Vergara, 2011: 53). Se buscó entonces orientar el mercado a las sociedades campesinas, tratando de convertirlos en microempresarios. Tras el DRI, aparecieron otras perspectivas sobre la relación del capitalismo con el entorno basadas en el boom de los movimientos ecologistas y los informes del Club de Roma, el Informe Brutland y su propuesta sobre el “crecimiento cero”.

No obstante, desde la década de 1980, Margaret Thatcher y Ronald Reagan inauguraron un nuevo proceso histórico de liberalización de las economías mundiales con la aplicación de políticas económicas ortodoxas. Reflejado en el Consenso de Washington, esta nueva política se aplicó en Colombia en la década de 1990 con el periodo de la “apertura económica” tras las reformas estructurales. Paralelamente se fortaleció una nueva línea de investigación acerca del fenómeno de la violencia y el campo acompañada del creciente impulso del pensamiento único macroeconómico en la academia basada en ideas de la economía neoclásica (Machado, 2004: 5).

Un primer tema que esta investigación enfatiza es el papel del fenómeno colonizador en la formación de actor cocalero y poblador rural amazónico. La colonización es un fenómeno estudiado en el país y existe un consenso sobre el papel de la política agraria y la violencia que llevaron a los campesinos a migrar a regiones como la Amazonia y la Orinoquía. Tres tipos de análisis se han trabajado en torno al tema: en primer lugar la descripción y análisis de la colonización como proceso espacial; después la articulación de estas regiones con la dinámica nacional a partir de relaciones políticas como la ciudadanía, el reconocimiento, la configuración de los actores sociales y políticos y finalmente el análisis de los espacios urbanos en relación con este proceso (Machado, 2004; Ramírez M.C., 2011).

En estos estudios, se discutió sobre el colono principalmente en relación con el estado colombiano, pero mucho menos se profundizó el papel del colono y el poblador rural amazónico en la dinámica campesina nacional y su relación con la sociedad colombiana. La “frontera” fue concebida como una válvula de escape para esta población dadas las dinámicas excluyentes del interior, pero los trabajos no han ahondado mucho más en qué significó esta colonización y cómo se llevó a cabo la transformación del colono en campesino¹⁸ ¿Cómo pensar la formación del actor colonizador y su lugar

¹⁸ Graciela Uribe ha hecho un trabajo de análisis cultural, social e histórico extenso sobre el proceso colonizador y el colono caqueteño con trabajos como *Veníamos con una manotada de ambiciones: un aporte a la historia de la colonización del Caquetá (1997)*. También ha desarrollado una línea de investigación sobre los imaginarios religiosos y la colonización con trabajos como *Caquetá: Colonización e itinerancia en la recreación de los imaginarios religiosos*. (1998)

en el surgimiento de nuevos actores como el campesino amazónico? ¿Se podría hablar de un campesino amazónico a partir de la experiencia colonizadora?.

Lo que plantea esta investigación es que se puede aportar en el papel de la colonización en la dinámica rural colombiana, más allá de la descripción de los procesos históricos y su relación con el estado- colombiano; comprenderlo como un paso histórico en la configuración del campesino de la selva en el país, el surgimiento del campesino amazónico.

Este paso, de campesino andino a colonizador de la selva y después poblador de la selva (es decir, un campesino vinculado medianamente al mercado a un sujeto rural desvinculado de las redes mercantiles y en la lucha de volverse a insertar) muestra una ruptura en las trayectorias teóricamente planteadas sobre el campesino. Por ejemplo, Wolf desarrolla una explicación del campesino como un actor entre la “tribu primitiva” y la sociedad industrial, donde esta última aparece edificada sobre “las ruinas de la sociedad campesina”. Los campesinos entonces se comprenden como una fase de la sociedad humana, una parte de la evolución cuyo lugar (como “atrasados”) debe comprenderse mejor (Wolf, 1971). Adherimos en este sentido a Roseberry cuando señala que los procesos de acumulación de capital pueden mantener y generar nuevas formas de campesinos, de pobladores rurales (2014).

Es difícil articular este concepto sobre el campesino, y en particular sobre el amazónico, dado no solo que la dicotomía primitivo-moderno ya ha sido cuestionada en la literatura sino porque asume la transformación del campesino en habitante urbano como un proceso lineal. Al pensar la colonización en el proceso histórico de formación del campesinado en Colombia en el marco del siglo XX, ¿podría pensar uno el surgimiento del campesino cocalero y el amazónico como una línea secuencial de “evolución”?

De otro lado, los estudios de los cultivos de uso ilícito han estado centrados en temas como la relación de estos con el estado colombiano, con la “cultura mafiosa”, con la relación de estos cultivos y la inestabilidad política e institucional han sido prioritarios (Thoumi, Uribe, & Rocha, 1997). El énfasis ha sido dado principalmente al narcotráfico, lo que ha opacado la dimensión del cultivador como un campesino resultado y parte de dinámicas históricas particulares, como un actor social que se ha formado en procesos específicos. La comprensión de las experiencias socio-biográficas de los campesinos a través de sus trayectorias de vida permite aportar en el conocimiento sobre la persistencia del cultivo respondiendo cómo llegan a convertirse en campesinos cocaleros.

Comprendiendo la actividad cocalera

El narcotráfico tomó fuerza en Colombia a finales de la década de 1970 y principios de 1980. Este no solo se convirtió en un reto para una sociedad que apenas soportaba el conflicto de baja intensidad entre las guerrillas y el estado colombiano, sino que desde ese momento también fue un desafío para la investigación social. Un primer conjunto de estudios sobre los cultivos de uso ilícito enfatizó las condiciones de desigualdad, pobreza y marginación política que enfrentaron los campesinos en el siglo XX, en particular en las regiones de colonización.

La hipótesis general de estas propuestas, reconociendo varios matices, fue que la crisis agrícola, la concentración de la tierra, las políticas rurales del estado colombiano y los intereses de las élites políticas y económicas del país fueron determinantes para la degradación del conflicto y la

transformación del campo colombiano en uno de los principales proveedores de hoja de coca y pasta base en el mundo.¹⁹

Estos trabajos fueron predominantemente cualitativos, basados en entrevistas, testimonios y observación directa a las zonas de colonización (Molano A., 1987; Molano A., 2006; Molano A., 1990; Jaramillo, Mora & Cubides, 1986). Los hallazgos principales mostraron una fuerte correlación entre la colonización amazónica y la consolidación de la hoja de coca, como ocurrió también en Bolivia (Eastwood D.A. & Pollard H.J., 1988). El campesino colonizador se convirtió en reflejo de exclusión y la colonización consecuencia de la carencia de una reforma agraria en Colombia (Machado A., 2003).

Estos estudios corresponden principalmente a la década de 1980, cuando se produjo el boom cocalero. En particular sobre el Caquetá, autores como Jaramillo, Mora & Cubides (1986) escribieron sobre el Caguán explicando la historia y las transformaciones económicas, sociales y políticas de la colonización en medio de la dinámica cocalera en esta área. Los campesinos fueron parte de la tensión entre el estado y la guerrilla en un contexto de negociaciones de paz y su posterior ruptura. Parte de la solución al conflicto, se planteaba en ese momento, pasaba por la erradicación exitosa y pacífica de la coca en la región. Este libro planteó dos ideas centrales sobre la transformación social de la región por la llegada de la coca, como un fenómeno retratado en

los flujos y la composición de la población migrante, las relaciones de trabajo, la utilización de los suelos, los intercambios mercantiles, las modalidades de la acumulación de capital, los niveles de precios, el sistema de estratificación social, la ética y la cultura de sus habitantes, etc. (Jaramillo, Mora & Cubides, 1986: 58).

La llegada de la coca, según los autores, provocó una revolución demográfica que desembocó en mayor diferenciación social con la aparición de nuevos actores representados en una población flotante de jornaleros, un grupo de comerciantes e intermediarios, grandes y pequeños cultivadores. Esta irrupción de “valores y pautas de conducta disruptivos” contrastó según los autores, con el “ethos campesino y colono” de quienes ya estaban establecidos, basado en la vida campesina andina (Jaramillo, Mora & Cubides, 1986: 61). Señalan los autores que este encuentro de conductas dispares (una especulativa y urbana frente a otra una basada en la supervivencia, la tradición oral y rural), es lo que se da a principios de la década de 1980, en pleno auge cocalero. A raíz de esta coyuntura, surgen nuevos patrones de consumo como el del alcohol y la prostitución.

Este texto se escribió hace 30 años. En 1985 ya se habían vivido varias crisis y buenas temporadas cocaleras; la tensión entre la “población flotante” y un grupo tradicional de campesinos, como los autores señalaron, era un conflicto vivo y latente. Esta idea del campesino cocalero como portador de valores “negativos”, sólo interesado en el dinero y en conflicto con los valores tradicionales del campo ha permanecido hasta ahora.

En el Caquetá, el fortalecimiento del campesino cocalero no significó necesariamente el surgimiento de un poder emergente que hiciera contraposición a la guerrilla y a las juntas de acción comunal. El grupo cocalero se constituyó como parte de la dinámica organizativa del departamento y de la guerrilla, sin convertirse necesariamente en una amenaza para las juntas de acción comunal que aún hoy permanecen como ejes de la dinámica rural, como sí pudo haber ocurrido en otros lugares del país. En este contexto el papel policivo y regulador por parte de las FARC fue central.

¹⁹ La versión más reciente de esta lectura es la de Fajardo (2015).

También, es importante reflexionar sobre el “conflicto de valores”, la existencia de un “ethos” campesino que se enfrenta al cocalero. Esta idea de unos “valores” campesinos es relevante, a pesar de que no es analizada con suficiente profundidad por estos autores, quienes, si bien tratan de comprender al sujeto rural en su especificidad, con base en su herencia de la relación con la tierra y con su familia particular, enfatizan los aspectos socio psicológicos y culturales de la familia colonizadora, mostrando al colono como portador de “valores regresivos”, culpable de su situación.²⁰

La discusión sobre el narcotráfico y en particular sobre los cultivos de coca tuvo un viraje desde hace poco más de una década a raíz de estudios inspirados en la economía neoclásica y de investigaciones de corte cuantitativo. Estos autores reclamaron la necesidad de realizar “estudios desideologizados” sobre el tema del narcotráfico y los cultivos de coca. Un conjunto de trabajos desde esta perspectiva criticó la manera en que el problema del narcotráfico había sido estudiado por “posturas ideológicas y las opiniones preconcebidas” basadas en “suposiciones”, descartando el aporte de más de una década de trabajos sobre el narcotráfico y los cultivos de coca desde diferentes disciplinas²¹.

Estos autores propusieron nuevas hipótesis sobre la relación del campesino cultivador de coca con el estado, con el narcotráfico y los actores armados del conflicto, avivando el debate con las ideas que se habían trabajado en la décadas pasadas. Sostienen que la desigualdad y la pobreza no son causas del conflicto, al contrario, sí lo es la búsqueda de rentas, riquezas y recursos por parte de los grupos armados a lo largo del territorio colombiano. Desde esta propuesta, el mercado de cocaína compone un espacio en disputa entre diferentes actores racionales que buscan maximizar sus beneficios, desde el campesino cultivador hasta el traficante en las calles de Nueva York.

En medio de estas dos posiciones han surgido diferentes matices y diálogos en torno a la pregunta sobre cuál es la relación del campesino con el cultivo de coca en este contexto de violencia y pobreza.

Los estudios basados en la economía neoclásica modelan el negocio del narcotráfico a partir de la Teoría de Juegos en el contexto del Plan Colombia. Un trabajo de Daniel Mejía por ejemplo, plantea lo siguiente; existen “los productores” y los “traficantes”, entre los que están las FARC y los paramilitares, que se comportan como actores que maximizan de ganancias. También introducen actores como el gobierno estadounidense y el colombiano, que esperan minimizar la cantidad de droga que entra y los costos asociados con la lucha anti-drogas, respectivamente. Es con base en la comparación entre los costos y los beneficios que se explican las decisiones que toman cada uno de los actores (Mejía & Gaviria, 2011).

Sus conclusiones indican la ineficacia de los resultados de la lucha contra las drogas y la necesidad de replantear la criminalización del cultivador de coca. Cuando estudian al campesino, su decisión de cultivar coca depende del precio de los cultivos y de la probabilidad de que su cosecha

²⁰ Jaime Eduardo Jaramillo se refiere a “rasgos socioculturales y psicológicos” propios de la familia colonizadora que se expresan en “valores y actitudes” específicos o una “personalidad básica”, unos “síndromes culturales” arraigados que se evidencian en las relaciones familiares, los métodos de crianza, los hábitos alimenticios, los usos y funciones de la vivienda, las prácticas higiénicas, las creencias sobre la salud y la enfermedad, los hábitos de consumo, las actitudes sobre la educación y la socialización, las creencias religiosas y mágicas (Jaramillo, Mora & Cubides, 1986). Se señala que es muy arraigada la idea del colono como un hombre sin tierra, sin arraigo y sin formas de convivencia aceptables, mirada que desde nuestro punto de vista es cuestionable.

²¹ Dos textos fundamentales que sirvieron como inspiración a esta serie de estudios fue el de Paul Collier sobre la convergencia de los intereses económicos y los conflictos armados, que hace que muchas guerras contemporáneas se conviertan en el fondo en conflictos por los recursos. También el de Gary Becker sobre el funcionamiento de los mercados ilegales y su teoría del crimen desde la perspectiva neoclásica. El impulso definitivo a esta línea de investigación en el país es de Alejandro Gaviria (actual Ministro de Salud en el gobierno de Juan Manuel Santos) y Daniel Mejía, quienes hicieron un balance sobre las políticas de éxito y fracaso en torno a la lucha contra las drogas y marcó el inicio de lo que se conoce como el Centro de Estudios sobre Seguridad y Drogas (CESED) de la Universidad de los Andes (Collier, 2001; Mejía & Gaviria, 2011; Becker, Murphy & Grossman, 2004).

sea destruida en las campañas de erradicación. Así, si el campesino decide cultivar lícitamente, el menor precio se compensa con la alta probabilidad de destrucción del cultivo si fuera ilícito (Mejía & Gaviria, 2011: 84)²².

Otros estudios en la misma perspectiva pero desde una mirada microeconómica se preguntan por qué los campesinos del Putumayo cultivan coca. A través de encuestas en escala doméstica se construyó la extensión del modelo del crimen que consideró tanto el impacto de las normas de comportamiento social como la carencia de opciones en la economía legal (Ibañez, 2010). La conclusión es que los campesinos reaccionan positivamente a los incentivos económicos y que la erradicación y los programas de sustitución reducen el cultivo de coca. Agrega además que las decisiones de cultivar coca se explican tanto por consideraciones morales como por la imposibilidad de encontrar formas legales de sobrevivir en el campo (Ibañez, 2010).

Según este estudio, la coca es cultivada porque es más rentable que otras alternativas legales y porque aún la desaprobación social y personal no es suficiente para desincentivar la actividad. Ibañez (2010) plantea que una herramienta útil para la lucha contra las drogas es que las autoridades fomenten una preocupación popular por los efectos negativos de la coca, haciendo ver esta guerra global como una necesidad social. Otra conclusión tiene que ver con el programa Familias Guardabosques como un ejercicio importante en la construcción de cohesión y participación social que inculca respeto hacia la ley (Ibañez, 2010).

Bajo esta misma perspectiva, Fabio Sánchez y Ana María Díaz han aportado en el debate sobre la relación de los grupos armados y los cultivos de coca, enfatizando el carácter subordinado del cultivador frente a los actores armados, es decir, los campesinos cultivan porque son obligados. La hipótesis que defienden es que la intensificación geográfica del conflicto es la principal causa de la expansión de los cultivos de coca y que la actividad armada ilegal explica en gran porcentaje la expansión de esta actividad ilegal, como resultado de la necesidad de financiación de los grupos al margen de la ley, principalmente las FARC (Díaz & Sánchez, 2004).

Esta perspectiva neoclásica ha contribuido a la compilación, uso y discusión acerca de las fuentes estadísticas disponibles en torno al problema del narcotráfico y al mercado de la cocaína, así como examinar el comportamiento económico de los actores involucrados en la economía de la coca, explorar la relación del conflicto armado con los cultivos ilícitos y evaluar la eficacia de la lucha contra las drogas. Sin embargo, su manera de abordar la acción de los cultivadores carece de una articulación analítica más dinámica entre el cultivador y su contexto, que vaya más allá de la simple maximización de los beneficios. Es necesario analizar las lógicas de los actores no sólo en términos económicos a fin de entender con mayor profundidad qué ocurre en los territorios controlados por las FARC, en los paramilitares y en los lugares donde estos se están enfrentando. Existen asimetrías entre los actores; el cultivador de coca y el narcotraficante no actúan bajo los mismos principios y bajo los mismos contextos y coerciones. Lo mismo ocurre con actores más macro, como el estado colombiano, que se convierte en un simple árbitro encargado de repartir incentivos a nivel nacional y cuyos programas (como Familias en Acción) son legítimos solo por el hecho de venir desde la institución estatal.

²² Paradójicamente, algunas de sus conclusiones concuerdan con las de trabajos que ellos han criticado. Por ejemplo, señalaron la necesidad de cambiar la lucha contra las drogas del ataque al eslabón más débil, como el campesino, hacia un esfuerzo más directo sobre los eslabones medios y altos de la cadena. También, plantearon la ineficacia de las fumigaciones y la ilegalidad de la economía de la cocaína. El impacto de ambas ideas ha sido central para el viraje reciente de las políticas públicas; Alejandro Gaviria, como actual Ministro de Salud, ha influido para la decisión histórica del desmonte de las fumigaciones y en la legalización de la marihuana para fines medicinales y científicos.

Por otro lado, la perspectiva neoclásica omite las diferencias regionales en la dinámica del conflicto y los cultivos de coca, centrales en el estudio del fenómeno en Colombia. El campesino se concibe pasivo, sin contexto y sin historia, cuya motivación para la acción es eminentemente económica. Así, la agencia de los actores –aunque el margen de maniobra sea estrecho- desaparece, no hay reflexión ni espacio para la resistencia.

En contraste, analizar sus trayectorias de vida contribuye a una comprensión dinámica de la relación del campesino cocalero y su contexto, donde confluyen su condición de pobre y campesino, con situaciones de violencia persistente. La cuestión agraria del campo colombiano se hace entonces central para comprender cómo llegan a cultivar coca.

En términos generales, los cultivos de coca han sido investigados a partir de dos aproximaciones: una enfatiza la dinámica del narcotráfico, el tema del castigos y los incentivos de cultivar coca (económicos, por ejemplo), y la otra, un análisis desde la colonización como fenómeno histórico central en la apropiación del territorio.

No obstante, es necesario estudiar qué ocurre específicamente con el campesino cultivador de coca (más allá de igualarlo al narcotraficante o pensar en la penalización), y profundizar en el fenómeno cocalero después de 30 años de su aparición. Es decir, mientras la colonización fue central en la dinámica de expansión cocalera en el Caquetá en la década de 1980, luego de tres décadas hay muchos menos colonos y más campesinos caqueteños cultivando coca; estos últimos se han articulado al mercado tanto legal como ilegal de diversas formas.

El interés es insertar el tema de los cultivos de coca en un debate más amplio que ha sido menos profundizado: cómo pensar el fenómeno de los cultivos de coca a partir de la economía familiar campesina y lo rural en Colombia. Se busca construir una caracterización de la dimensión campesina del cultivo de coca comprendiendo el papel del campesino cocalero en la dinámica de la economía campesina, de sus debates y conceptos. Tres aspectos resultan claves para comprender la aproximación teórico-metodológica de esta investigación: el campo visto más allá de lo agrícola, las discusiones sobre la economía campesina en intersección con el tema de la construcción de la legitimidad y el papel de la perspectiva socio- biográfica que articula los sujetos con sus entornos históricos.

Pensando la “cuestión agraria” de los campesinos cocaleros

La relevancia de la dimensión campesina requiere profundizar el análisis de la dinámica de la unidad familiar campesina, incorporando el estudio de las trayectorias de vida de los campesinos y la manera en que se construyen como sujetos de lo rural, sus percepciones de la ciudad y de su actividad. No obstante, es importante, como también señala Llambí (Llambí, 1994) y Carton de Grammont, ubicar al poblador rural en los procesos históricos en los que se inserta y participa, en particular el de la coca.

En Colombia, parte de la reflexión sobre el campo se ha orientado a superar la atención exclusiva en lo agrario, examinando nuevas formas en las que se expresa lo rural. Carlos Salgado señala la necesidad de pensar los ingresos extra prediales, la revalorización de lo cultural y el replanteamiento de la dicotomía rural-urbano por una relación local-global (Salgado, 2002). Absalón

Machado, siguiendo a Salgado, en su balance sobre la producción académica en torno al campo colombiano señala los vacíos que existen en el estudio del campesino, sobre su evolución y su rol,

la precariedad institucional y la poca preocupación por el estudio del campesinado es el reflejo de la desvalorización del tema, no obstante la importancia relativa del sector y de sus actores en la economía nacional y en el desarrollo del conflicto político [Salgado, 2003]. (Machado, 2004: 107)

Estudios acerca de los campesinos como el María Clemencia Ramírez han privilegiado el tema de la ciudadanía y su lugar como sujetos de derechos. A su vez, han mostrado que los campesinos no son sujetos arcaicos, incapaces de adaptarse estudios como resalta Jaime Forero y Carlos Salgado ha criticado el énfasis de la política pública en atender la pobreza en el campo a través de la asalarización, planteando su caracterización del campesino colombiano como un sujeto social con capacidades de desarrollar procesos productivos, multiactivo, participativo y cosmopolita [Salgado, 2002, p. 30]. Estas miradas hacen cuestionar la idea del campesino como un actor tradicional, primitivo y estático.

En una misma línea, Jaime Forero ha trabajado el tema de la conceptualización de los tipos de agricultura familiar en Colombia a partir de la monetización parcial o completa del modelo de producción, entre campesinos y agricultores familiares – no campesinos- capitalizados. Ambos pueden llegar a ser eficientes desplegando dos tipos diferentes de estrategias; en contradicción con la literatura convencional, el autor defiende que el pequeño campesino puede llegar a ser muy eficiente [Forero- Álvarez, 2013].

Este autor también resalta el carácter cultural de la vida del campesino, los lazos tanto físicos como simbólicos con sus comunidades. La desaparición del campesino no es posible en la medida en que la crisis reafirma más esta relación con la comunidad y su identidad [Forero- Álvarez, 2013, p. 31]. Señala la alta migración intra-rural que se evidencia en el campo colombiano y argumenta que las actividades no agropecuarias en el medio rural en el país tienen un peso creciente pero aún el ingreso central de las familias rurales son agrícolas.

En sus análisis afirma que no hay una transformación del campo colombiano hacia actividades no agrícolas por ejemplo de pequeña industria rural o de nuevos servicios en el campo como la venta de servicios ambientales o turismo y señala que la crisis del empleo agropecuario se debe a crisis de los cultivos que obliga a la gente a actividades precarias informales. Este retroceso del paso de ingresos agrícolas a no agrícolas también se explica porque los centros urbanos pequeños sirven para las actividades agropecuarias y porque en las cabeceras municipales, la producción agropecuaria es una fuente de ingresos, es lugar de domicilio de jornaleros agrícolas o de quienes administran estos negocios desde ahí [Forero, 2003, p. 7].

El caso del campesino cocalero es particular; los lazos de estos con lo urbano se hacen más cercanos dada la conexión con el mercado de la coca vía el cambio en los niveles de consumo (la monetización) pero a la vez, persiste como una actividad rural, que lo ata a permanecer a la tierra, lo que representa una oportunidad y una apuesta de estos de mantenerse en el campo, de invertir en su finca sea a través del ganado o de la agricultura para evitar la informalidad en las calles de las ciudades.

La coca hace más lento el proceso de migración del campo a la ciudad de este grupo de campesinos, particularmente en un contexto sumamente desfavorable para los campesinos

migrantes a la ciudad y donde el Caquetá ha sido expulsor de población en la última década. Darío Fajardo señala por ejemplo el desmantelamiento del empleo productivo entre 2000 y 2010 eliminó 900 mil contratos de trabajo asalariado. Los mercados urbanos componen 582.493 puestos de trabajo, de los cuales 60% son trabajadores cuenta propia, 24% son contratos asalariados y 16% son trabajadores urbanos sin remuneración. El 55% de los trabajadores por cuenta propia recibe menos de medio salario mínimo mensual. En el 2013, el ingreso promedio de los trabajadores fue de 816.646 pesos, mientras el de la agricultura fue de 448.693 y la industria de 832.531 pesos (Fajardo, 2015). Esto en el contexto de guerra significa además que se suman a los migrantes campesinos a la ciudad, los millones de desplazados que han llegado a las cabeceras municipales y capitales del país en busca de refugio.

Algunos estudios han enfatizado el estudio de los cultivos de uso ilícito a partir de la transformación rural en Colombia. Edelmira Pérez y César Ortiz han estudiado esta nueva relación campo-ciudad del campesino cultivador de coca y sus trabajos que describen cuantitativamente las transformaciones estructurales del campo y su impacto en las familias campesinas (Pérez, 2003). Ortiz por ejemplo, identifica una serie de cambios en estas regiones, entre ellos la disminución del apoyo gubernamental al sector agropecuario lo que se refleja en la caída de la competitividad y aumento de pluriactividad entre los campesinos; transformación de la institucionalidad pública que conlleva a la deslegitimación del gobierno; incremento de migración multidimensional (urbana-rural, rural-rural, rural-urbana); dinamización de las economías locales por los cultivos ilícitos y afectación en la organización campesina por la introducción de racionalidades monetarias; nuevas actividades económicas y flujos financieros y hábitos de consumo; fortalecimiento de la ganadería, dependencia a la agroindustria y aparición de nuevos actores legales e ilegales (Ortiz C. , 2003; 158).

Andrés Molina hace un estudio desde la nueva ruralidad sobre cultivos de uso ilícito en el sur del departamento de Bolívar, enfatizando la evolución del paisaje, las economías campesinas y la tenencia de la tierra, en el marco de las políticas de erradicación de cultivos de coca. Encuentra que la economía campesina es dinámica y está integrada al mercado; el consumo de la familia campesina se satisface por medio del negocio de la pasta base pero también de sus trabajos esporádicos en la palma africana, el oro o el petróleo, y los productos forestales. Los campesinos, tras la transformación de las relaciones urbano-rural, han podido diversificar sus ocupaciones y capacitarse por medio de tecnologías de la información. También ha habido cambios en hábitos culturales, de consumo, de producción y de migración, y el mismo espacio de los pueblos ha sido alterado con nuevas formas de entender “lo urbano” como la aparición de billares, hoteles, discotecas y prostitución (Molina Portuguez, 2012, p. 155). En términos de tenencia de la tierra, persiste una alta concentración de la tierra y una fuerte pelea por tierras aptas para usos agrícolas, conflictos atravesados por la violencia, el desplazamiento y el narcotráfico. Existe también una fuerte migración rural-rural, urbana-rural y rural-urbana dada la violencia y las estrategias de fumigación, que obligan a los campesinos a colonizar, abandonar tierras y tomar nuevas abandonadas (Molina Portuguez, 2012, p. 155).

Andrés Fonseca et al. hacen un trabajo también sobre cultivos de uso ilícito en Bolívar pero desde la economía política. Sobre el campesino cocalero establecen que las consecuencias de los modelos de desarrollo alternativo aplicados ponen entre la espada y la pared a los campesinos, entre “el beneficio” pero también la estigmatización por parte de los actores armados. Son además programas impuestos sin participación de los campesinos, que no fortalecen la economía local. En

medio de la guerra y del cultivo de coca, los autores afirman que ha habido una pérdida de la tierra e identidad cultural. (Fonseca, Gutiérrez, & Rudqvist, 2005).

Estos trabajos muestran primero, las múltiples dimensiones de lo campesino que desbordan el determinismo económico y segundo, el papel del contexto de conflicto armado en la vida de las familias campesinas.

Hay también una serie de estudios que abordan el problema de los cultivos de uso ilícito en países como Brasil, Paraguay y México, principalmente en relación con la marihuana, que buscan llenar un vacío en la comprensión de la dinámica del cultivo de cannabis²³. Pontes Fraga muestra la estrecha relación que los cultivadores establecen entre el cultivo de uso ilícito y lícito en las finanzas familiares, compensando las pérdidas en los cultivos legales, la escasez de recursos financieros y el efecto negativo de las políticas agrícolas (2012)

El autor presenta los resultados de diversas investigaciones en África y en América Latina, mostrando por ejemplo cómo en estos diferentes lugares, el cannabis es un cultivo de compensación donde priman los cultivos de exportación y áreas que enfrentan degradación ecológica y disminución de superficie cultivable. También resalta conclusiones de estudios sobre cómo paradójicamente, el cultivo de cannabis mejora los indicadores sociales como el índice de desarrollo humano pero también desincentiva el mejoramiento del índice de desarrollo local, pues los pobladores promueven un cierto aislamiento que le permita florecer al cultivo de marihuana²⁴.

El caso de Vale do Sao Francisco que Pontes Fraga analiza muestra lo que ocurre en la concentración más grande de plantaciones en Brasil, pero también una de las más pobres, donde se ha desarrollado ganadería extensiva y caña de azúcar. El autor resalta el papel del contexto en la decisión de los campesinos de cultivar coca: conflictos por la tierra, papel dominante de familias locales sobre el negocio y la tierra, la construcción de hidroeléctricas que desplazaron hasta 6000 familias y la movilización a favor de los derechos civiles de los trabajadores locales. Ante la lucha del estado brasileño en contra de los cultivos de cannabis, los cultivadores y los dueños de los terrenos han desplegado una serie de estrategias como lo es sembrar en áreas protegidas, en predios ajenos y mantener mediante violencia y amenazas la continuidad del cultivo²⁵.

Esta aproximación dilucida la manera en que se organiza la producción agrícola del cannabis; la participación familiar en el mercado, la dinámica del proceso productivo, la relación con las élites locales, y los sistemas de aparcería y también la manera en que es usada dentro de las finanzas familiares. Una de las conclusiones del autor es que efectivamente, los ingresos del cultivo de marihuana sirven como un complemento para el sostenimiento familiar, pero no resuelve los temas más graves de la agricultura, dado que son las que necesitan mayor inversión en infraestructura y un mejoramiento en las condiciones de comercialización y distribución (2012; 166).

En un esfuerzo comparativo, Maldonado (2012a) desarrolla un análisis de las economías regionales de cultivos de marihuana, amapola y hoja de coca en América Latina, llamando la atención en la necesidad de articular en el análisis de estos fenómenos el estudio de la construcción histórica

²³ Según el estudio de Pontes Fraga, la producción agrícola de cannabis se extiende por todo el mundo y se basa en el tipo de producción agrícola extensiva a pesar de que han aumentado los cultivos hidropónicos. Requiere de considerable fuerza de trabajo. A diferencia de otros cultivos como la coca y la amapola, el cannabis se dispersa geográficamente a un ritmo mucho más rápido y se encuentra en todos los continentes, y no tiene un mercado negro tan extendido (2012).

²⁴ Esta conclusión es a partir de un estudio hecho en Marruecos. En este punto hay una diferencia con lo que ocurre en el Caquetá, donde las demandas históricas de los campesinos ha sido el mejoramiento de la infraestructura y la garantía de sus derechos sociales, económicos y culturales por parte del estado (Pontes Fraga, 2012; Ramírez, 2011)

²⁵ En el contexto del pos-acuerdo en Colombia, lo que ocurre con la marihuana en Brasil y el papel de las élites locales es un ejemplo de lo que ocurre con un mercado agrícola ilegal cuando no hay guerrilla, por ejemplo, cuando se deben resolver temas como las de la delincuencia y la protección sin la presencia de la guerrilla y del estado.

de los territorios y su relación con la configuración del estado-nación. Este llamado a ubicar la comprensión de las economías de la droga en un espacio y tiempo específicos involucra entonces el análisis de los diversos actores nacionales y regionales, los patrones migratorios y la articulación económica de estas regiones a la economía nacional y global. También involucra la crítica a la idea del “estado fallido” o del “estado ausente”, demostrando cómo históricamente el estado sí ha sido un actor central en estas regiones y su configuración.

Estas herramientas analíticas señaladas para el estudio comparativo de Bolivia, Perú, Colombia y México le permiten, entre otras cosas, señalar la relación entre los procesos de colonización y construcción de Estado-Nación con la consolidación de las economías regionales de la droga. El autor señala que estas economías ilícitas surgen a raíz de “modernizaciones no sostenidas”, caracterizados por el retiro de apoyo al campo y la aplicación de políticas neoliberales (Maldonado, 2012a). En este sentido adherimos a Roseberry cuando llama la atención sobre la necesidad de enfocarse en estudios de escala regionales rurales o comunitarias para poder realizar análisis verdaderamente sociológicos e históricos y capaces de generalizar (2014). Esto implica en sus términos, reconocer la unidad y la diversidad de los sujetos y sociedades que se estudian, reconocer la manera en que actores y formas sociales diversas surgen entre lo que permanece y lo que cambia.

¿Cómo llegan a ser campesinos cocaleros? Experiencias socio-biográficas de los campesinos cultivadores de coca.

Una manera de complementar la discusión desarrollada sobre el cultivador de coca desde las diferentes perspectivas es aproximarnos a sus experiencias biográficas para entender cómo llegan a ser campesinos cocaleros. La “elección” de cultivar coca se relaciona con procesos más amplios tales como las transformaciones en el campo amazónico en las últimas décadas o las coyunturas de violencia.

Comprender el papel del campesino más allá de lo económico contribuye a entender su complejidad como sujeto y del contexto en el que se desenvuelve. Permite escuchar una pluralidad de voces y de puntos de vista de los sujetos sobre sus vidas, y en nuestro caso, nos permite explorar qué elementos influyen en su camino a llegar a ser cocalero.

En este contexto, la incorporación de una perspectiva sociobiográfica (Chamberlayne, Rustin & Wengraf, 2002; Dewilde, 2003; Roberts, 2009) permite dar cuenta de las trayectorias de vida que los llevan a ser campesinos cocaleros, es una forma de articular lo macro y lo micro y de acceder a su subjetividad (Zinn, 2004). Dicha perspectiva nos permite explorar la articulación de las biografías con las dinámicas, procesos, estructuras sociales e históricas que influyen pero también son influidas por la vida de las personas (Roberts, 2009). Como Mills afirma,

Hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica. Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de su historia, aun cuando él está formado por la sociedad y por su impulso histórico (Mills, 2010: 25).

Se trata de entender al campesino como un actor que ensaya diversas respuestas para adaptarse, sobrevivir, mejorar o mantener su calidad de vida; sus decisiones son complejas, y en éstas confluyen diferentes lógicas y dimensiones. El estudio de las trayectorias biográficas del campesino cocalero busca cuestionar la idea de que se trata de un curso de vida “desviado” (Dewilde, 2003). Por el contrario, el cultivo de la coca es entendido como parte de un proceso en el que las desventajas se van acumulando haciendo de la actividad cocalera una “opción” que emerge en el contexto de estructura de oportunidades específica²⁶

Esta aproximación enfatiza los procesos, la articulación de las vidas individuales con las dinámicas históricas y sociales en los que está inserto el sujeto; la vida de los sujetos no se da en el vacío. En términos de Saraví,

El curso de vida y, en particular las trayectorias biográficas, constituyen la unidad de análisis en que accidentes o eventos aleatorios pueden constituirse o en desigualdades desencadenantes o en nuevos engranajes, de procesos de acumulación de desventajas. (2005: 34)

La decisión de cultivar coca puede ser pensada como el resultado de un proceso acumulativo de desventajas, atravesado por la pobreza y de la violencia²⁷. Este es un concepto importante que permite explorar la relación individuo-sociedad en el estudio de las trayectorias de vida que llevan a los campesinos a cultivar coca. Este concepto ha sido usado en estudios acerca de la exclusión social o la fractura de los lazos sociales en los nuevos y específicos contextos de la cuestión social latinoamericana (Saraví G., 2005).

Varias preguntas específicas sobresalen en esta discusión. En primer lugar, dos elementos centrales en esta acumulación de desventajas es la violencia y pobreza que los campesinos enfrentaron en su proceso de colonización de la tierra caqueteña y instalación como campesinos ¿Cuál es el impacto de estos elementos en las trayectorias de vida de los campesinos cocaleros?

En segundo lugar, hay momentos específicos del curso de vida en los que la propensión a cultivar coca puede ser más alta, porque se conjugan una serie de factores en las que el cultivo es parte de la transición a la adultez entre muchos jóvenes campesinos. ¿Cómo se articulan estas desventajas acumuladas y la introducción al cultivo de coca en estas etapas?

En tercer lugar, el cultivar coca es un oficio, en el sentido en que se debe aprender, se transmite entre los involucrados y se adquiere una experiencia y experticia. ¿Con base en las

²⁶ El análisis de la pobreza se ha nutrido de recientes y diversas perspectivas y metodologías que han fortalecido la discusión para comprender nuevos fenómenos de rompimiento de lazos sociales en la sociedad contemporánea (Bayón, M.C., 2013). Es así surge la línea de investigación que busca mejorar la comprensión de la vulnerabilidad definida como “la insuficiencia del portafolio de activos de los individuos y/o hogares para ajustarse a los requerimientos de las estructuras de oportunidades que dan acceso al bienestar” (Katzman, 2002: 24). Este paradigma surge de una reflexión sobre el asset-vulnerability-approach de Caroline Moser, que concibe a los pobres como “agentes activos en la superación de su situación”, articulando el análisis de sus condiciones, recursos y oportunidades. La propuesta de Rubén Katzman, apoyada en la de Moser, enfatiza el rol de las bases estructurales en las que se sostiene la sociedad y por ende, la vulnerabilidad de los individuos,

Estas [las situaciones de vulnerabilidad] son concebidas, ya no solo – o principalmente- en términos de las debilidades de los recursos que manejan los hogares, sino como resultado de la relación dinámica que se establece entre esos recursos y los cambiantes requerimientos de las estructuras de oportunidades de acceso al bienestar. (Katzman, 2002: 24)

Las estructuras de oportunidades en sus términos, se definen como las probabilidades de sujeto o el hogar para acceder a bienes, servicios o la capacidad de llevar a cabo actividades que influyen en el bienestar. Estas probabilidades están influidas por el mercado, la familia y la comunidad y el estado (Katzman, 1999).

²⁷ Como señala Bayón, el concepto de ventajas o desventajas acumulativas fue acuñado por Merton en 1968 y ha sido trabajado posteriormente por Paugam en 1995 bajo el concepto de “espiral de precariedad” (Bayón, C., 2015: 21). Trabajos como el de Saraví (2005; 2009) y Bayón (2015) son ejemplos del uso y análisis del término para los estudios de la construcción de la pobreza y experiencias socio-biográficas en grupos sociales específicos.

trayectorias de los campesinos entrevistados, cómo es el proceso de introducción a esta actividad y de adquisición de este conocimiento?

En cuarto lugar, estas trayectorias tienen diferencias según el género ¿Cuáles son las características más sobresalientes de estas trayectorias en las mujeres cultivadoras de coca?

Finalmente, la actividad cocalera se inserta de manera diferencial en la vida de los campesinos, en aquellos que quieren permanecer en el campo y aquellos que no, y estas condiciones permiten cuestionar la idea de los cultivadores de coca como un grupo homogéneo ¿En qué consisten estos procesos de diferenciación que puede encontrarse entre los campesinos cocaleros?

En base a lo anterior, es oportuno destacar que los procesos de acumulación de desventajas pueden pensarse de dos maneras: una diacrónica y otra sincrónica. La primera refiere a los puntos de partida de las desigualdades y desventajas de los actores, “casos en que una desventaja en tiempo cero tiende a traer aparejada otras desventajas” (Saraví, 2005: 35). Por ejemplo, las familias migrantes que vienen de la región andina al Caquetá huyendo de la violencia tuvieron que dejar todas sus propiedades atrás y llegan a la región buscando de nuevo iniciar una nueva vida. Sus hijos nacen con una desventaja frente a aquellos que migran para expandir sus propiedades y ya tienen ingresos estables por otros medios. Don Jeison, un campesino cocalero entrevistado, fue desplazado de Peñas Coloradas en el 2004 y nació en una familia que huyó después de que su papá fue asesinado. Su madre encontró en Peñas Coloradas refugio para sostener su familia. Cuando se le preguntó si volvería a Peñas Coloradas señaló que no, que ya no volvería, porque a él le tocó muy duro salir adelante ahí, criarse en una zona cocalera y guerrillera, asediada por el Ejército, tumbear selva y abrir la finca, tuvo que sacrificar mucho en su juventud; no quería que sus hijos vivieran lo que ellos tuvieron que vivir.

La dimensión sincrónica refiere a los casos en que una desventaja desencadena otras; en este caso como unas bolas de boliche, provocan otras desigualdades. Las coyunturas de violencia, la pérdida por enfermedad de uno de los padres o la desintegración familiar por algún motivo tiene que ver con esto. Por ejemplo Doña Martha nació en una familia campesina pero su padre los abandonó cuando tenía 5 años dejando a su madre sola a cargo de la familia. Desde ese momento, tuvo que empezar a trabajar, dejar de estudiar y como señala, cansada de ver a su mamá trabajar tanto, se casó adolescente y se fue de la casa para ayudar desde afuera. Después cultivó coca.

¿Legitimando lo ilegal? El campesino y el cultivo de coca

La segunda cuestión que aborda esta investigación se refiere a la manera en que los campesinos justifican esta actividad cuando llegan a ser cultivadores de coca. Analizar los modos a través de los cuales los campesinos legitiman el cultivo de coca implica por un lado, que lo ilegal puede ser objeto de legitimación, es decir; que lo legal no necesariamente va atado a lo legítimo y viceversa. Por otro lado, plantea que la legitimidad es construida por los sujetos en situaciones diversas y en diversas posiciones. En este caso nos interesa indagar cómo los campesinos cocaleros legitiman una actividad que es considerada ilegal. A tal fin, a continuación se problematizan los conceptos de (i)legalidad y la economía moral del cultivador de coca.

Definiendo la (i)legalidad y la (i)legitimidad: conflictos entre los actores locales y el estado

Varias paradojas han sido estudiadas sobre la experiencia de la ilegalidad de los cultivadores de coca y su relación con el estado en el contexto del conflicto armado. Estas tiene que ver con el diálogo entre el carácter “ilegal” de la actividad cocalera y las demandas de los campesinos cocaleros en relación a sus derechos como ciudadanos: se trata de “ilegales” exigiendo “legalidad”.

Un primer ejemplo de esta tensión entre legalidad e ilegalidad se hizo visible fue a través de la experiencia de la organización campesina del Bajo Caguán, epicentro de la actividad cocalera en el Caquetá en la década de 1980, reseñada por Jaime Eduardo Jaramillo, Leonidas Mora y Fernando Cubides en el contexto de las negociaciones de paz entre las FARC y Betancur. La construcción de las propuestas campesinas para el desarrollo de su región en el contexto del boom cocalero mostró una capacidad organizativa y política sobresaliente (Jaramillo, Mora & Cubides, 1986; Ciro E, 2015).

Un segundo ejemplo de esta tensión entre la criminalización y la construcción del cocalero como un sujeto político ocurrió en la década de 1990 durante las movilizaciones campesinas cocaleras, cuando Colombia se convirtió en el primer productor mundial de cocaína y la penetración de los actores armados en este negocio ya se había hecho mucho más compleja. En este momento surgieron más preguntas por parte de los investigadores como la construcción de identidades en medio de esta movilización (Ramírez M.C., 2011), la relación de los campesinos con la guerrilla, (Ferro & Uribe, 2002; Uribe, 1997) el papel de los grupos armados en el narcotráfico (Echandía, 2013; Vásquez, Vargas & Restrepo, 2011; Cubides, 2004) y el balance de la lucha contra las drogas en el país que puso al campesino en el centro de la represión (Camacho & Thoumi, 1999).

Desde la misma región, varios investigadores hicieron sus balances en torno a las marchas cocaleras y el futuro de la Amazonia ante la expansión de los cultivos de coca y la lucha contra las drogas (Castillo, 1998; Castillo, 1997)²⁸. Las demandas por la garantía de sus derechos como ciudadanos al estado de los “ilegales” seguía llamando la atención.

De estos estudios han surgido varias hipótesis. Se quiere enfatizar las que refieren al papel del campesino, su relación con el cultivo y su formación como un sujeto político. Algunos situaron al campesino como un revolucionario y otros lo hicieron ver como un sujeto con interés en integrarse a la discusión política nacional no necesariamente desde la oposición sino desde la búsqueda de un espacio de participación política, del fortalecimiento de la toma de decisiones locales y del ser reconocidos por el estado como actores políticos válidos (Machado, 2003: 33).

Esto ha conducido a reflexionar sobre las implicaciones políticas de la experiencia de la “ilegalidad” del cultivador de coca y el papel del estado colombiano en sus territorios. Uno de los aportes centrales es que la relación entre el este y el campesino en el contexto de lucha contra las drogas y movilizaciones campesinas reflejaron una lucha por el significado de actor social y político en el contexto de la ilegalidad, una pelea por el reconocimiento de la ciudadanía en áreas del país donde el rol del estado colombiano estuvo caracterizado por la represión y por espacios estrechos de participación política. Como afirma Machado, “la gente que vive en la Amazonia es invisible para el Estado y poco a poco los colonos interiorizan esa invisibilidad” (Machado, 2003: 33).

²⁸ Una síntesis del más reciente debate en torno a la relación entre conflicto armado y narcotráfico lo expone Teófilo Vásquez (Vasquez, Vargas, & Restrepo, 2011).

También los autores resaltaron que este proceso de “hacer invisibles” estos grupos sociales a partir de la ilegalidad de la actividad cocalera, no se da en un contexto cualquiera sino en las regiones “periféricas” del país, donde el estado colombiano ejerce su papel de formas particulares. Esto ha sido estudiado en La Guajira, a partir del fenómeno del contrabando y la poligamia. La estigmatización de los pobladores de esta región (vivir “al margen de la nación”), se convirtió en un elemento distintivo de su identidad (Orsini, 2007). La población interiorizó (si se puede considerar así parcialmente este proceso) su carácter de “invisibles”. Como La Guajira, la Amazonía también es objeto de estos discursos e identidades que se construyen en las “márgenes” del país y una de las más importantes es la de la ilegalidad y los cultivos de coca: “espacios sin ley” y “sujetos sin ley”.

Una serie de trabajos sobre la región y las economías regionales de los cultivos de uso ilícito cuestionan las dicotomías clásicas sobre la ausencia y la presencia del estado que pretenden explicar el subdesarrollo-desarrollo de las regiones, o el ejercicio de las violencias (“la violencia está en las márgenes”), y que tienen su base en la idea convencional de este como un ente monolítico y homogéneo, poseedor absoluto del monopolio de la violencia (Vásquez, 2015; Serje, 2005; Ramírez, M.C., 2011; Maldonado, S., 2012). Para estos autores, la “ilegalidad” del cultivo no es una característica intrínseca del territorio y su población sino resultado de los procesos (violentos) de construcción del estado-nación y la integración de ciertas regiones a estos proyectos nacionales²⁹.

Esta investigación retoma el cuestionamiento de estas dicotomías (ausencia-presencia del estado; territorios de legalidad- territorios de ilegalidad), y se adscribe a estas investigaciones que enfatizan la construcción del este como un proceso histórico y sociológico en el que el discurso de “las márgenes” ocupa un papel central. Esto con el fin de explorar cómo y con qué fin el estado determina territorios y poblaciones recipientes de “legalidad” e “ilegalidad” a medida que se va construyendo en lo local (Migdal, 2001; Mitchell, 1991).

“Hacerlos invisibles” no significa que la región “desaparezca” para el estado sino que este discurso es utilizado como una manera de articularla en condiciones de subordinación a la dinámica nacional, por ejemplo, a través de la criminalización de sus campesinos. A partir de la “ilegalidad” se construyen las relaciones con lo local, sus políticas se ejecutan con base en la idea de “la falta de estado”, “la necesidad de educarlos”, “la urgencia de llevar la legalidad” y se legitima el uso de la violencia estatal. La política de la lucha contra las drogas en el Plan Colombia se ha basado en gran medida en esta estrategia.

En este sentido, diversos estudios han mostrado que la “ilegalidad” no significa ausencia del estado, discursos anti-estatales o escenarios sin juegos de poder. Torres (2008) muestra cómo a pesar de estar ejerciendo una actividad ilícita, el campesino cocalero es un actor fundamental en el ejercicio de la gobernanza y la construcción del estado colombiano en el departamento del Putumayo.

²⁹ El análisis de la economía de la coca y su estrecha relación con la construcción del estado nación en las márgenes del territorio ha sido extensamente planteada por diversos autores como por ejemplo Teófilo Vásquez y sus trabajos sobre las economías regionales de la coca y la transformación de la violencia en Colombia, como su más reciente trabajo sobre el Caquetá (2015) y Gustavo Duncan en su estudio sobre las dinámicas políticas del narcotráfico tanto en México como en Colombia (2015).

La guerra de las drogas en Colombia ha sido, en consecuencia, parte del proceso de construcción del Estado hacia los márgenes de sus territorios (Duncan, 2015: 199).

Los autores también concuerdan en la centralidad de los procesos de colonización en esta articulación de las márgenes. Teófilo Vásquez concluye por ejemplo que

Las FARC son, sin duda, la institución que mejor ha leído el mundo agrario de las zonas de colonización colombiana (Vásquez, 2015, 182).

Ambas ideas (la economía de la cocaína en relación con la construcción del estado colombiano en las márgenes y los procesos de colonización), son recogidos en esta investigación.

Por su parte, Ramírez (2011) destaca cómo la movilización de los campesinos cocaleros fue un proceso de construcción de identidades que puso en el centro del debate al actor campesino cultivador de coca. Algo similar ha sido encontrado en Bolivia, donde la organización y movilización campesina cocalera se dinamizó en el marco de la lucha por el espacio político frente al estado (Healy, 1988). Así, más que un campesino opuesto a este, ellos mismos lo demandan. La misma ilegalidad es parte de la construcción de este.

Estas contribuciones han permitido avanzar y profundizar en la comprensión del campesino como actor colectivo. Así, en Bolivia los logros políticos del MAS han sido un fenómeno que ha llamado la atención y lo mismo ocurre en Colombia tras las marchas cocaleras. Sin embargo, es menor la atención que se ha dado al actor campesino en sus vidas y resistencias cotidianas.

La centralidad del actor campesino, sus experiencias y narrativas, contribuye no sólo a entender la relación del estado con el campesino desde la ilegalidad, sino que nos permite explorar, a partir de sus propias historias, cómo legitima esta “actividad ilegal” o su experiencia de “ilegalidad” que impregna la actividad de los campesinos cocaleros. Tras cultivar coca, ¿cómo estos han construido de esta una forma legítima de ganarse la vida?

Siguiendo a Heyman y Smart, la ley del estado y su evasión deben ser estudiadas juntas dado que lo ilegal no está por fuera de este; por el contrario, son complementarias. Esta investigación plantea que la delimitación de lo “criminal” es parte de su dinámica clasificatoria y no como la anomia o desviación; los discursos de la legalidad son formas del estado de subjetivar y crear grupos sociales para ejercer el control sobre territorios y su población. Pero la pregunta va de abajo hacia arriba, cómo los sujetos “ilegalizados”, “criminalizados”, se relacionan con estos discursos hegemónicos sobre lo que es permitido y lo que no. Para esto, se hace útil el concepto de hegemonía de Roseberry, como un marco de lenguaje común en el que discuten y debaten diferentes autores, que no se caracteriza por un consenso sino una lucha por establecer sentidos y significados (2002).

Es así que la idea de un estado que combate el crimen debe ser revaluada. Los autores plantean que el interés de clasificar lo “legal” e “ilegal” como condiciones dadas, intrínsecas e inevitables de ciertas poblaciones, actividades y territorios también entraña decisiones de dominación sobre grupos sociales específicos. El concepto de ilegalidad comprende no una categoría anormal o desviada de un grupo social específico sino una herramienta de clasificación que ubica a ciertas poblaciones en una situación particular.

En particular, la (i)legalidad y (i)legitimidad de ciertas actividades se convierte en un conflicto de poder discursivo y práctico entre algunos actores locales y las autoridades: la criminalización, señalan los autores, es parte de estas estrategias y estas luchas (Heyman, 1999). De este modo, la persecución a los campesinos cultivadores de coca es un ejemplo que involucra la relación entre la cuestión agraria y la construcción del estado-nación en la Amazonia colombiana; el campesino cocalero debe comprenderse como parte de la sociedad colombiana, en relación con esta y con el estado (Heyman, 1999). Y en esta lucha entre actores locales y las autoridades estatales, la ilegalidad no necesariamente significa ilegitimidad, su definición es parte del conflicto. La pregunta a responder es entonces ¿cómo legitima la actividad cocalera el campesino caqueteño?

Economía moral de los campesinos cocaleros: formas de legitimar su actividad

Algunos trabajos resaltan la heterogeneidad de los campesinos, las dimensiones simbólicas y subjetivas de sus experiencias con el cultivo, tales como la memoria y la victimización. Por ejemplo, en Santa Cruz (Bolivia) se ha mostrado cómo la memoria y los recuerdos de los campesinos sobre los años de oro de la economía cocalera de la década de 1980 y 1990 influyeron en las decisiones de cultivar coca de nuevo. La idea de que la simple erradicación física de la coca o la regulación de los espacios legales/ilegales (como ocurre en Bolivia) como las soluciones al “problema de la coca” se puso en duda a través de la recopilación de los recuerdos y las experiencias del campesino; más que la erradicación física de la mata de coca, “el fantasma” de la coca como experiencia vivida guiaba las decisiones y las alianzas políticas de los pobladores en el presente (Valdivia, 2012).

En su estudio sobre El Placer, en Colombia, Ramírez (2012) analiza la vida cotidiana y resistencia de la población en zonas cocaleras y afectadas por el conflicto. La autora observa cómo en el contexto de la crisis alimentaria resultante, entre otros factores, de la extensión del monocultivo de la coca y la violencia contra la mujer, se desarrollan procesos de organización social de las mujeres como forma de resistencia (Ramírez, 2012). Los cultivadores de coca entonces no son concebidos como títeres o pasivos, sino inmersos en un entorno que los obliga a desplegar estrategias en pos de salvar sus propias vidas tanto de la guerra como del hambre.

Tanto en Santa Cruz como en El Placer, los campesinos son actores que a través de sus vidas y en medio de este entorno, han construido su memoria y desplegado formas de enfrentar la vida cotidiana de violencia e incertidumbre: sus vidas, memorias e interpretaciones han estado fuertemente influidas por estos escenarios de guerra. Así, la cuestión de esta investigación no es comprobar si se toma la decisión de cultivar al borde de la desesperación o la quiebra, si está justificada o no económicamente, sino comprender el lugar que ocupa la coca en sus vidas y la manera en que justifican y legitiman su decisión. Esto lleva a comprender el fenómeno del cultivo de la coca como resultado tanto de procesos estructurales como de experiencias subjetivas donde es importante discernir la manera en que los sujetos piensan sus vivencias y construyen sus justificaciones. Este ejercicio no puede entenderse por fuera de los procesos que estructuran su vida, de las relaciones de poder, de la desigualdad y dominación en las que están insertos (Perelman, 2011; 2013).

Sobre esta actividad se han construido diferentes significados. La coca inicialmente se convierte en una actividad que, como muestran Jaramillo et al., enfrentó a algunos campesinos con otros valores. Actualmente, después de 30 años, ¿este conflicto de valores culturales y de justificaciones ha cambiado?

Nos interesa entender sus percepciones respecto a su vida como campesino; ¿cómo se ven a sí mismos y cómo construyen su relación con el resto de actores de la cadena? Se trata de incorporar la perspectiva del actor (Guber, 2005) la cual permite darle voz a los sujetos, comprender desde su perspectiva los cambios sociales que experimentan a través de su vida, contrastar los estereotipos que tanto los medios de comunicación y las políticas públicas utilizan para estigmatizar ciertos grupos, en este caso los campesinos cocaleros como delincuentes y buscadores de renta fácil con sus propias justificaciones (Shantz, 2009; Roberts, 2009).

El concepto de “economía moral” permite estudiar las normas sociales y patrones económicos en sociedades campesinas en medio de transformaciones que amenazan su existencia. Es la manera

en que los campesinos legitiman y construyen sus propias ideas sobre lo justo, como lo plantean tanto E.P. Thompson como Scott³⁰ y Brook Larson. Este último afirma,

la economía moral es el estudio de las nociones campesinas de justicia e injusticia que legitiman (o deslegitiman) las relaciones de poder entre las élites y los campesinos (Larson, 1986: 76)³¹.

El cuestionamiento de E.P. Thompson consistía en debatir la idea de que todo “hambriento” se convertía en criminal, la relación que defendían algunos que existía entre el hambre y los amotinados. Además de esta explicación, propone el autor, hay unos supuestos morales que deben ser revisados, sobre lo que la sociedad consideraba justo, su derecho, y para lo que suponía que servían los motines. En el caso de los campesinos, hay casos en los que la situación de subsistencia es extrema pero no cultivan coca, es decir no hay única respuesta al hambre. ¿Qué ocurre con quienes cultivan? ¿Cómo legitiman su actividad?

E.P. Thompson fue el primero que planteó la discusión sobre la “economía moral” de los campesinos y otros autores han ampliado el concepto y su uso. Scott por ejemplo lo utilizó no para hablar de motines sino de las ideas campesinas de justicia social, de derechos y obligaciones de reciprocidad (Thompson, 2000). Temas como formas de intercambio, relaciones de clase y hegemonía han sido sumadas al debate de la economía moral.

Scott y Thompson, a pesar de los matices, ponen en evidencia la construcción subjetiva de lo justo y lo moral por parte de los campesinos, en entornos de transformación, particularmente el paso del feudalismo al capitalismo o la llegada de relaciones mercantiles a las sociedades no mercantiles. Pero ¿En medio de qué contextos y qué procesos surgen estos discursos? No son simples ideas que aparecen aisladas, sino que lo hacen en medio de una construcción de un discurso de la legalidad/ilegalidad en la política contra las drogas. Se hace útil entonces el término de hegemonía, su construcción y reproducción explorados por Roseberry y Scott quienes se alejan de la idea del discurso hegemónico como un espacio de consenso ideológico sino que resaltan las luchas (explícitas y menos evidentes) por este campo, que intenta construir identidades “aceptadas” y “rechazadas” y que es experimentado y reproducido en lo cotidiano. Las categorías “ilegal”, “legal”, “bueno”, “malo” dentro de la actividad cocalera por parte de la política global van a ser leídas por todos los actores a partir de este. También es importante resaltar que este discurso no emana de un centro unitario y homogéneo, sino que se elabora, se confronta y se reproduce en múltiples puntos, agencias, instituciones de poder, de dominación (Roseberry, 2002; Scott, 1985).

En este sentido, comprender la economía cocalera en el Caquetá se convierte en un desafío analítico de particular relevancia pues más allá de confirmar si necesitan vivir de eso o no, este estudio busca responder la manera en que legitiman o justifican los campesinos cocaleros su

³⁰ Un ejemplo de esta aproximación es la propuesta por Scott, cuando enfatiza su análisis en las formas cotidianas de resistencia que se pueden encontrar en falsa aceptación, en disimulos, en la simulación de la ignorancia o el sabotaje subrepticio, tiene que ver con lo oculto, con lo informal e inmediato que tiene expresiones simbólicas; para tener en cuenta las acciones, dice Scott, es necesario tener en cuenta la conciencia de sus actos, los significados que la gente le otorga [1985: 38]. Según Scott, el éxito de esta resistencia tiene que ver con los velos simbólicos en los que está oculta y tiene raíces importantes en la idea de justicia,

Lo que está ausente del escenario de las explosiones periódicas es la visión subyacente de justicia que informa eso y sus metas e intereses específicos, los cuales son bastante racionales (Scott, 1985; 37)

³¹ Este concepto de “economía moral” ha sido utilizado para estudiar la rebelión campesina en contextos preindustriales como lo hace E.P. Thompson (2000) que aporta en la reflexión a partir de su estudio sobre los motines del campesinado inglés en el siglo XVIII mostrando que había una lógica moral para la acción de estos grupos más allá del hambre y debatiendo las miradas eminentemente economicistas que había primado para explicar estos levantamientos. Existía detrás de su comportamiento una defensa por la violación a unos derechos que sentían propios. Lo legítimo, en sus términos, era la manera en que concebían los amotinados que estaban defendiendo un derecho o una costumbre aceptada por la comunidad (2000: 216).

actividad en un contexto de transformación económica y violencia política que los expulsa de las zonas agrícolas tradicionales, los desvincula del mercado y luchan de nuevo por integrarse. Específicamente, se busca comprender cómo el campesino cocalero construye la actividad cocalera como una ocupación legítima, es decir, ¿cómo construyen la legitimidad en contextos de “ilegalidad”?

Pero esta construcción no se hace aislada, por fuera de un discurso estatal. La política anti drogas global no solo ha sido un ejercicio de persecución policiva sobre una población sino también ha construido unos argumentos en torno al cultivo de coca, la planta, los cocaleros y los consumidores que penalizan, criminalizan y persiguen, y que al final todos en cierta medida naturalizamos.

CAPÍTULO 2. Campesino cocalero y la construcción del estado-nación en el Caquetá

En este capítulo busco exponer los procesos históricos nacionales y regionales que dan pie al surgimiento del campesino cocalero y en el cual desenvuelven sus vidas los entrevistados en las últimas tres décadas. En gran parte, este ejercicio analítico examina el papel de la región en la historia del país y cuestiona el carácter de “periferia” con el cual ésta se ha estigmatizado en el imaginario nacional. Más que frontera³², la región podría ser pensada como el corazón de las contradicciones rurales en Colombia; un ejemplo es que los obstáculos para solucionar las condiciones desventajosas de la población rural de este departamento podría pesar en el éxito o el fracaso de los acuerdos firmados entre el gobierno de Juan Manuel Santos [2010-2018] y las FARC.

Una característica central de las coyunturas históricas en el Caquetá es la presencia de una violencia continua sobre la población rural por parte del ejército, la policía, la guerrilla y los paramilitares. En el Caquetá, la presencia del conflicto por la tierra y con la insurgencia desde hace más de 30 años creó órdenes de dominación parciales en forma de soberanías fragmentadas. Estos surgen por la ineffectividad de las políticas públicas para resolver las contradicciones y la violencia en el territorio y por el conflicto que surge de la lucha estratégica política y militar de todos los actores involucrados en la guerra (Vásquez, Vargas & Restrepo, 2011).

El estado colombiano no ha sido un actor pasivo y replegado del escenario regional como sostiene el argumento de “las márgenes” y su “ausencia” en la región³³. Por el contrario, este ha tenido un rol central en las dinámicas de control espacial y poblacional, por ejemplo a través de los planes de desarrollo alternativo emprendidos desde hace 30 años para enfrentar la expansión de los cultivos de coca y que no se han constituido como soluciones reales para el desarrollo rural en esta región.

En esta región, la presencia más reciente del estado tiene dos caras: la de la lucha contra las drogas y la anti-insurgente. Por un lado se vive cotidianamente la vigilancia y la represión, a través de amenazas, retenes, desaparición y listas negras, la persecución a los cultivos de coca, control del transporte de insumos y de pasta base. También, se ha extendido una red de programas sociales de transferencias condicionadas como Familias en Acción y Familias Guardabosques para la atención a la pobreza.

El Caquetá ha sido protagonista de cinco olas de violencia desde el siglo XX. La primera ola a principios del siglo fue el genocidio de los caucheros a las comunidades indígenas, caracterizado por una violencia cruel y sanguinaria. El segundo corresponde al periodo de La Violencia a mediados del

³² El término “frontera” se refiere a las áreas de colonización reciente en Colombia que hasta hace 50 años constituyeron los límites de poblamiento del país. Estas regiones corresponden principalmente a las que fueron denominadas Territorios Nacionales en la división administrativa de Colombia durante el siglo XIX y XX; no eran zonas invisibles para los mapas y las políticas públicas del país en ese entonces. Una problematización de este término “frontera” (también “márgenes”) y una reflexión sobre sus usos políticos para justificar cierto tipo de políticas públicas arbitrarias y la violencia sobre el control de la población y el territorio son analizados por Margarita Serje en su libro *El Revés de la Nación* (Serje, 2005).

³³ La idea del “estado ausente” como el causante del conflicto en Colombia ha sido la base del diseño de los programas como el Plan Consolidación, que busca “fortalecer” la presencia institucional del estado colombiano de arriba hacia abajo. La justificación de la violencia estatal es que son zonas sin control y en caos, y es necesario intervenir. Esta intervención debe ser objeto de reflexión, particularmente cuando es un ejercicio de imposición de arriba hacia abajo, sin mejorar los canales de participación entre lo local y las instituciones estatales, y cuando la violencia sobre la población sigue siendo un denominador común (Vasquez, Vargas, & Restrepo, 2011).

siglo XX, cuando recibió desplazados a cientos de campesinos. La tercera violencia corresponde a la lucha contra las guerrillas liberales y las FARC, que tuvo como precedente el ataque a las “repúblicas independientes” por medio del bombardeo de El Pato, por parte del ejército. La cuarta ola correspondió a la denominada Guerra del Caquetá, que consistió en la aplicación del Estatuto de Seguridad de Turbay a finales de los setentas y comienzos de la década de 1980 contra las guerrillas como el M-19³⁴ y las FARC. El último periodo es un continuum de las dos últimas décadas donde las FARC le apostaron a la estrategia militar antes que la política con graves consecuencias en la vida política de la región como la amenaza a periodistas y a concejales municipales. También fue el momento en que se consolidó la economía cocalera, se ejecutó Plan Colombia e incursionaron los paramilitares en el departamento, dejando una estela de sangre sin precedentes.

Estas olas de violencia han sido paralelas a procesos de configuración territorial y agraria del Caquetá y de la Amazonia colombiana en general. La Amazonía fue durante La Conquista y hasta finales de La Colonia territorio al que los conquistadores y las misiones esporádicamente pudieron entrar. Siempre estuvo en medio del manto del exotismo, como el lugar de “los salvajes”, “El Dorado” y “las amazonas”. El territorio amazónico estaba dibujado en mapas de Colombia, de Brasil y de Perú, hasta las primeras décadas del siglo XX no se resolvieron definitivamente las fronteras de la Amazonia en estos países. Esta idea de la “última frontera por conquistar” se mantuvo hasta estos años; muchas veces la idea de la opinión pública en torno a la región se mueve entre un estoicismo y desconocimiento de larga duración³⁵. Roberto Pineda al respecto señala,

Estos paradigmas (paraíso, mundo de degeneración o infierno verde) siguen siendo ventanas a través de las cuales nuestros contemporáneos perciben la Amazonía. Forman puntos de vista con frecuencia traslapados, imbricados de diverso grado y naturaleza, ninguno completamente desterrado de la historia de los imaginarios contemporáneos de la selva [Pineda R., 2011: 90]

Al contrario de la reiterada idea de “una tierra sin hombres”, este territorio estaba poblado por miles de indígenas organizados en diversas naciones o, como un cacique Huitotos me comentó en una entrevista, “imperios”. La Amazonia había tenido también una activa relación con el territorio andino, mediado por el piedemonte oriental, por el cual iban y venían bienes de intercambio, conocimientos y sujetos. De ninguna manera había sido un área aislada o desconectada [Ciro, E., 2008: 9].

Es esta característica de “bisagra” lo que ha caracterizado la configuración regional del piedemonte oriental, y en el interés de esta investigación, el caqueteño. Ha sido un punto de encuentro entre el “mundo andino”, que gira en torno al Río Magdalena, y al mundo amazónico, que tiene como ejes los ríos que corren hacia el sureste, hacia el Amazonas.

En el proceso de articulación de esta región a los proyectos de estado- Nación, basadas principalmente en torno a la extracción de recursos o migración, esta conectividad fue central. Por ejemplo, en el Caquetá, la falta de una conexión navegable directa de sus ríos con el Amazonas hizo

³⁴ El M-19 o movimiento 19 de Abril fue una guerrilla que surgió a raíz del fraude electoral contra Rojas Pinilla en 1970. Fue principalmente urbana pues tuvo gran apoyo en las ciudades pero con restricciones para actuar en las zonas rurales, como el Caquetá, donde se adentraron a formar el Frente Sur. Se desmovilizaron en 1990 y su máximo líder Carlos Pizarro, candidato a la presidencia, fue asesinado ese mismo año por Carlos Castaño, líder paramilitar de las Autodefensas Unidas de Colombia.

³⁵ Sobran los ejemplos de cómo los lugares comunes acerca de la Amazonia persisten hasta la actualidad. El ministro del medio ambiente Gabriel Vallejo respondió en una entrevista a medios de comunicación sobre el Parque Nacional Chiribiquete (ubicado en el Caquetá) que “no hay vida humana, salvo los indígenas que se considera que todavía están allí, que nunca han salido de allí, pero allá no hay vida humana”. [Semana, 2016].

que sus productos fueran extraídos principalmente hacia el río Magdalena, por el Huila. La Guerra de los Mil Días provocó la migración de habitantes de los departamentos limítrofes hacia el Caquetá.

Un segundo elemento en la configuración de este territorio ha sido el extractivismo. Esporádicamente se extrajeron pieles y especies durante La Conquista hasta el periodo colonial tardío pero todo cambiaría con el surgimiento y la consolidación del mercado global del caucho que encontró en las heveas amazónicas una fuente inigualable de “oro blanco” entre 1875 y 1930 (Domínguez & Gómez, 1990). Esto tuvo dos impactos centrales; por un lado la migración y fundación de pueblos no indígenas que por primera vez veían la luz y permanecerían en las selvas amazónicas de Colombia (Ciro, E., 2008) y por otro, el genocidio de los pueblos indígenas amazónicos, que acabó con la vida de miles de personas y destruyó toda la dinámica poblacional y adaptativa de los diferentes pueblos en el territorio amazónico colombiano, peruano, brasilero y boliviano (Pineda R., 1985; Llanos, H. Y Pineda R., 1982; Pineda R., 2000).

En el imaginario de la construcción del estado-nación colombiano, esta región fue estigmatizada como el espacio de la “barbarie” y “salvajismo” que era necesario “civilizar”, por lo que su control fue por mucho tiempo delegado a la Iglesia católica, principalmente a los capuchinos, consolatos y franciscanos (Bonilla, V., 1968).

Tras el fin del boom del mercado global del caucho, las planicies selváticas fueron imaginadas como un espacio para la ganadería. Las vías abiertas por los caucheros que cruzaban la cordillera para extraer el caucho, fueron intercambiados con el estado colombiano por grandes extensiones de tierra que se convirtieron en praderas ganaderas dando inicio a los primeros pasos para la deforestación caqueteña (Ciro, E., 2008).

En la siguiente etapa, que inició en 1930 pero tiene su fuerza mayor en la década del cincuenta y sesenta, se consolidaron los intereses nacionales en torno a la ganadería en el Caquetá. Con ayuda de inversión de fondos nacionales e internacionales, como los del Banco Mundial y los de los proyectos Caquetá I y II, se fortaleció la idea del Caquetá como la despensa ganadera del país y se consolidó un discurso sobre el futuro ganadero de la región (Ciro, 2009). Este nuevo panorama productivo trae consigo una serie de contradicciones sobre el acceso a la tierra, la propiedad y los recursos productivos que enfrentan a los campesinos, colonos y terratenientes, y también fue el escenario en que se consolidaron las primeras élites regionales que van a servir de puente con la nación y a establecer sus condiciones en la dinámica de esta región.

El mercado global de la cocaína, y en general de los estupefacientes, se convirtió en uno de los negocios más lucrativos del siglo XX; el boom de las drogas, como lo denomina Paul Gootenberg, inició entre 1965 y 1975, y se ha mantenido desde ese momento. La oferta principal de cocaína se hizo históricamente en los países andinos (Bolivia, Perú y Colombia) y se instaló en todos los niveles de estas sociedades; desde el campesino productor, los políticos y autoridades estatales hasta el consumidor final. Es en medio de esta etapa ganadera que aparece la coca en el campo caqueteño en la década del setenta.

Roseberry examina la tensión entre las continuidades y discontinuidades en procesos históricos en los que se crean formas sociales y plantea el reto de ponderar tanto las dinámicas globales como dentro de un grupo en específico para comprenderlos y explicarlos, en particular de los campesinos. Aproximarnos a la situación de los campesinos cultivadores de coca en el Caquetá implica esta tensión entre reconocer las dinámicas globales, como las del desarrollo capitalista y los mercados considerados ilegales, y las desigualdades que este proceso genera a lo largo y ancho del

planeta, la variedad de formas específicas en el espacio y tiempo que surgen, y cómo persiste esta variedad de expresiones (Roseberry, 2014, 2002).

Es necesario entonces ver al cultivo de coca como parte de un mercado global pero que se articula de manera diferenciada a los procesos históricos locales (nacionales y regionales). Así, el surgimiento o formación del campesino cocalero en Bolivia son diferentes a los de Perú y los de Colombia. Aún dentro del país hay particularidades, como las que expresan en sus estudios Ramírez (2011) y Fonseca, Gutiérrez y Rudquist (2005) sobre el Putumayo y Bolívar. Aún hay regiones como Nariño, que son las más recientes regiones cocaleras, que es necesario explorar.

En este diálogo entre lo global y lo local, este capítulo busca contextualizar los elementos centrales de la formación social del cultivador de coca caqueteño. El concepto de *campo social* de Roseberry (2003; 2004) y de *presencia diferenciada* del estado del grupo de investigación ODECOFI del CINEP (Vásquez, 2015), permite problematizar un modelo de dominación absoluta sobre las poblaciones, y examinar los diferentes patrones de dominación y desigualdad con que los programas, leyes y discursos del estado central se imponen sobre las regiones, que a su vez tienen procesos históricos particulares pero también insertos en dinámicas más amplias.

En respuesta a la propuesta de Roseberry sobre la necesidad de comprender los procesos regionales y locales para comprender los globales, este capítulo busca aportar en el análisis del mercado global de la cocaína a partir del estudio del surgimiento del campesino cocalero y su lugar en la configuración regional del Caquetá (Roseberry, 2002). El elemento central de esta configuración regional han sido la violencia, principalmente la que parte del estado colombiano. El campesino caqueteño ha sido protagonista de violento proceso de construcción del estado-nación en la Amazonia colombiana, que articula la irresuelta “cuestión agraria”, el aislamiento físico y político al que obliga a los campesinos, los señalamientos a la movilización social, el estigma de “rebeldes” que le impone, la falta de espacios políticos de participación y finalmente, con “la lucha contra las drogas”, su calificación como “criminales” y “delincuentes”, que amenazan al “bien común”. El campesino cocalero es entonces parte central del proceso de construcción del estado-nación colombiano en la Amazonia, la imagen de un campesino “que sobra para el país” que ahora se mezcla con que es “peligroso”.

En este capítulo contextualizo la última etapa del proceso de configuración regional del Caquetá: el surgimiento del campesino cocalero en el Caquetá como parte de la convergencia histórica del conflicto armado y el narcotráfico. Para esto expongo los procesos anteriores a la llegada del cultivo como la colonización amazónica, la movilización social y la influencia de las FARC. Posteriormente estudio la manera en que la llegada de la coca transformó estas relaciones entre el campesino, la guerrilla y el estado colombiano, agudizando la violencia entre estos actores. También expongo el contexto del Plan Colombia y las diferentes violencias subregionales en el territorio caqueteño. Finalmente presento los programas de desarrollo rural en la región³⁶.

³⁶ Una de las relaciones estado- campesino de la región es a través de las redes clientelares o gamonales entre los políticos y los actores locales. Para hacer un puente, construir el alcantarillado, abrir caminos o lograr una inversión es necesario mediar a través de los gamonales políticos, articuladores de la dinámica nacional y regional. Por ejemplo, en la década del ochenta, el turbayismo ejerció este poder de manera monopólica. Es un tema central que es importante señalar pero que no será profundizado en esta investigación. A esto nos referimos cuando señalamos la falta de participación política y canales de comunicación entre las autoridades estatales y los campesinos, que están fuertemente monopolizadas por las élites regionales.

El campo y el campesino en el Caquetá antes de la llegada de la coca, 1950-1970

El cultivador de coca es parte de un proceso más amplio de surgimiento del campesino amazónico, del caqueteño, es decir, la llegada de la coca supuso un nuevo elemento en un proceso más amplio de consolidación del campo en el Caquetá. Este ocurre por la desvinculación (violenta en la mayoría de los casos) de los campesinos andinos del mercado agrícola y de sus tierras, y de su posterior migración al Caquetá que los convierte temporalmente en colonos. Es a partir de ahí que emprenden su lucha por vincularse de nuevo a la propiedad de la tierra y al mercado agrícola como nuevos pobladores de la selva. El cultivar coca se articula en esta dinámica de lucha del campesino por vivir de la tierra, por permanecer en el campo.

La colonización en Colombia ha sido clave para comprender la configuración política, económica y social del país. Dos han sido los procesos más importantes en la construcción regional y del estado-nación en el siglo XX: la colonización cafetera, y la colonización de la Amazonía y de la Orinoquía. La primera moldeó no solo la transformación del paisaje de las vertientes cordilleranas sino la manera en que el país se articuló a los mercados globales del café (Machado, 1988). La segunda estuvo influenciada por la actividad guerrillera y el extractivismo e impactó la forma en que el país se articuló al mercado global de cocaína.

La historia de los campesinos de la Amazonia colombiana tiene que ver con el huir y con la esperanza; el campesino ha sido el motor de la colonización amazónica, un proceso que se desarrolló con más fuerza desde la segunda mitad del siglo XX. Esta colonización explica parte del rezago de la descampesinización en el país pues permitió al campesino encontrar miles de hectáreas disponibles, escapando momentáneamente de la presión del capital de la agro-exportación y del estado, amortiguando las masivas migraciones del campo a la ciudad y aumentando la asalarización agrícola³⁷.

El mayor flujo de campesinos hacia la región se produjo en las décadas del cincuenta y sesenta cuando cientos de éstos fueron expulsados forzosamente de la "frontera interna"³⁸ del país durante La Violencia³⁹. Ellos encontraron en la región miles de hectáreas baldías, difíciles de trabajar por las condiciones ecológicas de la selva pero al fin al cabo, era tierra disponible.

³⁷ En el libro *Colonización y protesta campesina*, Catherine Legrand reconstruye las tensiones históricas que enfrentaron los campesinos frente al capital y al estado en la primera mitad del siglo XX en Colombia. Muestra la manera en que los intereses agro-exportadores de las élites entraron en conflicto con el control de la mano de obra campesina y el rol que cumplió la colonización como válvula de escape. (Legrand, 1988).

³⁸ La frontera interna se le denomina a la región central de Colombia, cuyo eje económico fue principalmente el Río Magdalena durante la colonia y que ahora constituye el triángulo de oro: Bogotá, Medellín y Valle, centros políticos y económicos del país. En contraposición están los Territorios Nacionales, las áreas de colonización reciente como la Amazonia, el Pacífico y la Orinoquía. El Caquetá entonces fue denominado administrativamente como Comisaría Especial e Intendencia durante la mayor parte del siglo XX, lo que es relevante en términos de políticas públicas porque estuvo bajo un régimen administrativo especial. Es hasta 1981 que se erigió como Departamento, alcanzando el mismo estatus que las demás divisiones territoriales en el país. Eso no necesariamente significó que el ejercicio democrático y militarización cambiaran su dinámica, el narcotráfico irrumpió como un argumento legitimador para la militarización de la región (Artunduaga, 1999).

³⁹ La Violencia es una de las coyunturas históricas más importantes de Colombia. La historiografía tradicional marca su inicio el 9 de Abril de 1948, día del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán quien era el candidato disidente del Partido Liberal con gran apoyo popular (Braun, 2007) en el contexto de un rompimiento político radical de las relaciones entre los partidos liberal, conservador y disidentes que redundó en la extensión de la "ley de sangre y fuego" en todo el país. Este rompimiento es la expresión de diversos y agudos conflictos rurales de décadas atrás.

En 1948 ocurrieron confrontaciones políticas que provocaron que se adelantaran las elecciones a la presidencia, en las que no participó el Partido Liberal, lo que facilitó que Laureano Gómez, un conservador con ideas franquistas, llegara a la presidencia y extendiera un discurso fiero contra la República y las doctrinas liberales.

La Violencia se extendió en las ciudades y en el campo; las cifras de muertos entre 1948 y 1953 fueron de 140 mil víctimas en un país de 15 millones de habitantes, repartidos principalmente en el Tolima, Caldas y Norte del Valle (Pecaut, 2001).

El golpe de estado del General Rojas Pinilla en 1953 pareció el fin de la confrontación y dio pie al denominado Frente Nacional, un pacto entre las élites políticas de ambos partidos, liberal y conservador, pero que dejó irresueltas las causas latentes de la confrontación como

El campesino amazónico enfrentó el reto de “domesticar” la selva con sus métodos de la cordillera (Molano, 1987; Jaramillo, Mora & Cubides, 1986). Su reproducción social se basó en el ciclo que también se repite en otros países de América Latina, denominado migración permanente o migración- colonización-conflicto-migración (Fajardo, 2009) y en las de Brasil como colonización-expropiación de tierras- colonización (Forewaker, 1981)⁴⁰. Este ciclo consiste en la presión constante de los intereses de la acumulación de capital a la que están sometidos los campesinos en las selvas y que se da principalmente vía endeudamiento. Las raíces de las demandas y luchas políticas del campesino caqueteño frente al estado colombiano se basan en la necesidad de romper las condiciones adversas y vulnerabilidad, el motor de la pobreza rural (Delgado, 1987)⁴¹.

A pesar de que inicialmente el Caquetá fue concebido como un “oasis de paz”, pronto se extendieron condiciones de miseria en los colonizadores. Buscando romper el ciclo de dependencia, se incentivó el cultivo de arroz que llegó a ser la principal actividad económica en la década de los sesenta⁴². No obstante, las fluctuaciones de los precios, la falta de infraestructura vial que conectara los pueblos de la región, la ausencia de servicios públicos como la electricidad, la alta concentración de la tierra y los bajos precios de los jornales determinaron el fracaso del arroz y acrecentaron el empobrecimiento del campesino (Delgado, 1987: 20).

La llegada de la coca contuvo el problema de la pobreza rural pero no resolvió el problema pues se creó una nueva dinámica de desventajas y desigualdad rural⁴³. La coca apareció en medio de este ciclo de desventajas como una herramienta para romperlo; una actividad que le permitía al campesino acceder a nuevos niveles de consumo y ahorro, pero también lo insertó en una actividad extractiva donde los mayores beneficios se fueron del departamento o hacia los eslabones más poderosos de la cadena de producción. Por ejemplo, mientras la coca abrió nuevas fincas tumbando la selva también los latifundistas se apropiaron de los desmontes, forzando a los campesinos a seguir adentrándose a la selva. Los campesinos pudieron encontrar una manera de sobrevivir pero no resolvió completamente los problemas que los agobiaban en el mercado “legal”.

Un segundo elemento en la configuración del campesino caqueteño es la influencia de las guerrillas liberales y la fuerte politización del entorno. En algunas subregiones del departamento, la colonización amazónica estuvo acompañada de lo que William Ramírez denominó la colonización

la representación política de las disidencias y de las izquierdas. La violencia adquirió un carácter de conflicto de baja intensidad que se extendió hasta nuestros días tras la conformación de las guerrillas liberales, posteriormente las FARC, el resto de grupos guerrilleros y los ejércitos conservadores que mutaron en nuevas formas de paramilitarismo relacionados estrechamente con el narcotráfico (López, 2010).

⁴⁰ Los testimonios de los colonos que llegaron a la región abriendo selva ilustran la colonización de esta. Graciela Uribe ha reunido una serie de relatos y testimonios como este: “Pues yo diría que un campesino es una persona del campo, que tiene una parcela, que la ha recibido en herencia (sic) o la ha comprado, tiene unas vacas, unas gallinas, unos cerdos, una escopeta, un perro y un ánimo de trabajar, de organizar la parcela, de surtirla, de cultivarla pues, y un colono, es el que llega con un hacha y un machete, porque yo llegué así, se entra en una selva, a recorrer selva, con la ambición de que en diez o veinte años pueda tener una finca”.

“El primer clarito o descubre, lo hacíamos alrededor del campamento, el ruido de los pájaros y de los animales de piel era tremendo. Nos sentíamos ahogados y a uno solo le empieza a dar un miedo, una angustia que no lo deja respirar. Y entonces, lo que más le interesa es tumbiar y tumbiar, ver el sol, no dejar que la selva se lo coma a uno. Y vuelve otra vez la ilusión de tumbiar montaña, ver que tenemos algo de tierra, que podíamos sembrar pasto para tener algún ganadito. Nosotros solo pensábamos en eso. Manuel, colono caqueteño”.

[Uribe, 1997].
⁴¹ Este fenómeno es una colonización forzada: la precariedad en la que se encuentran los campesinos, la baja calidad de los suelos amazónicos que hace caer la productividad en la tercera cosecha y el sistema de endeude que los quiebra, los ata a los intereses de los comerciantes y los obliga a seguir migrando, abriendo más desmontes selva adentro donde se repetirá el ciclo de quiebra del campesino y la apropiación del latifundista (Fajardo, 2009).

⁴² Alejandra Ciro señala que el censo de este año muestra que en 1964, el 70.5% de la población se dedicaba a actividades de tipo agropecuario. El arroz ocupaba el 26.6% del área de explotación agrícola y principalmente era usado para la comercialización en otros departamentos. En 1963 llegaron a producirse 19 mil toneladas pero al año siguiente, la producción cayó a 11 mil por una plaga (Ciro, A., 2009: 33).

⁴³ Fraga, en su estudio sobre los cultivos ilícitos en América Latina, hace una aseveración similar cuando señala cómo el cultivo de coca compensa financieramente y le permite al campesino sobrevivir pero no resuelve los problemas estructurales del campo que el poblador rural debe enfrentar, como infraestructura y mercado (Fraga, 2012: 166).

armada⁴⁴. Esta tuvo como precedente la violencia del estado y cuyo ejemplo se evidenció en los ataques a las comunidades campesinas como la de El Pato, que sería parte del surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia en 1964.

Desde la década del sesenta el campesino caqueteño empezó a organizarse en Juntas de Acción Comunal que no estaban controladas pero sí influidas por la organización de bases del Partido Comunista, buscando articularse a formas institucionalizadas de administración de los territorios constitucionalmente reconocidas, y como herramientas para organizarse y regularse ante la expansión latifundista del Caquetá (Delgado, 1987: 39). Ante la expansión ganadera del latifundio, iniciaron las movilizaciones, las tomas de tierras, las marchas y protestas para exigir al estado colombiano apoyos para el campo por medio de la Caja Agraria o el Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (INCORA). Por ejemplo, redactaron pliegos de demandas exigiendo programas de desarrollo campesino, el cumplimiento de los compromisos de las instituciones públicas y la construcción de infraestructura y de servicios públicos. En una región sin vías, sin alumbrado eléctrico y sin acceso a los servicios públicos, faltaba mucho por hacer.

No obstante, el contexto nacional y global estas movilizaciones fueron consideradas una amenaza. Colombia estaba envuelta en la coyuntura anti-comunista de la Guerra Fría, se rompieron relaciones con Cuba y se allanaron las instalaciones del Partido Comunista. Esto exacerbó el temor por alzamientos armados campesinos que llevaron al presidente Lleras Camargo [1958-1962] a extender el estado de sitio entre 1961 y 1962. Paralelamente surgió una organización de derecha que actuó como un brazo armado de ataque contra los partidos de izquierda y grupos de oposición⁴⁵.

Un punto de quiebre regional de esta política de represión fue el ataque militar del gobierno a los campesinos de El Pato, en 1964, quienes habían levantado varias demandas educativas, de infraestructura y salud. En adelante se llevó a cabo lo que Álvaro Delgado denominó “la versión caqueteña de la Guerra de Marquetalia”, en los sesenta, y después la durante la administración de Julio César Turbay [1978-1982] (Delgado, 1987: 59)⁴⁶. Este triángulo entre colonización, el campesino y la violencia política caracterizó las siguientes décadas en el Caquetá. Esta violencia se extendió no solo desde el estado colombiano sino desde los partidos tradicionales (el Liberal y el Conservador) sobre las organizaciones sociales campesinas o de izquierda como el Movimiento Revolucionario Liberal o el Frente Democrático en la década del setenta y ochenta.

Esta violencia contrastó con el fracaso de los programas de desarrollo rural. Unos de los programas fueron Caquetá I y los del Banco Mundial Fase I [1972-1976] y Fase II [1976-1983].

Caquetá I fue un proyecto de colonización que buscó fomentar la palma africana, el ganado y en general la agricultura en la región por medio de créditos y del INCORA (Instituto Colombiano para la Reforma Agraria). Los impactos positivos en producción y en ingreso en algunos sectores como los ganaderos contrastaron con los efectos negativos por falta de experiencia técnica y las condiciones crediticias impuestas a los pequeños campesinos que sin recursos y sin la suficientes asesoría

⁴⁴ La colonización armada se define como una migración “de campesinos que se hacen acompañar de sus armas no porque orienten éstas contra las bases del estado burgués sino porque ven en ellas la garantía de una inscripción gananciosa dentro del sistema, a cubierto de las violencias, trampas y manipulaciones de que han sido objeto desde que tienen memoria” (Ramírez, W., 1990). Uno de los nudos por resolver en el pos-acuerdo es la situación de muchos campesinos que encuentran en las FARC una forma de protección de la delincuencia y la violencia general ¿cómo articular esta colonización armada en unas formas institucionalizadas que le aseguren la semi-tranquilidad que los campesinos piden y que hasta ahora las armas (ajenas) les han dado?

⁴⁵ En este contexto, la formación de grupos, organizaciones, frente y movimientos de izquierda fue prolífico. El país no fue ajeno de la ebullición global de discusiones entre marxistas, maoístas, leninistas, estalinistas, trotskistas, la experiencia cubana y demás, como lo muestra Mauricio Archila en su texto sobre protesta en Colombia (Archila Neira, 2003).

⁴⁶ El asalto a Marquetalia es el hito fundacional de las FARC que se dio el 18 de Mayo del 1964. Marquetalia fue conocido como un movimiento agrario compuesto por familias campesinas que ocupó un territorio entre los departamentos del Tolima y del Huila, y que surgió a partir del incumplimiento del estado colombiano frente a los desmovilizados de las guerrillas comunistas y liberales.

tuvieron problemas para cumplir los préstamos. Por ejemplo, con la palma africana y el caucho, debían esperar años antes de ver las utilidades (Serrano, 1994).

Los programas de apoyo del Banco Mundial Fase I igual que los del INCORA fortalecieron la ganadería. Sus objetivos fueron el desarrollo agrícola y de infraestructura, la salud y educación, la reforestación, el control de la erosión y la administración. La primera fase del programa fue considerada como un éxito pues mejoraron los índices de legalización de tierras e infraestructura. A pesar de esto, se consolidó la ganadería extensiva como el modelo de explotación legal más importante de la región que iba provocando un proceso de expulsión de campesinos que sumado al endeudamiento y la violencia, provocaron la concentración de tierras en la gran propiedad y la deforestación del paisaje amazónico (Serrano, 1994).

En estas décadas, la esperanza de convertirse en “la despensa agrícola nacional” se estrelló de nuevo contra las prácticas usureras de las condiciones crediticias, la rígida formulación de los planes de desarrollo rural por falta de participación campesina, el desinterés del gobierno en la región, la creación de redes clientelistas de las élites regionales con estos dineros y la falta de conocimiento técnico de los programas de las condiciones de los cultivos en la región (Ciro, 2009; Marsh, 1983)⁴⁷.

La falta de resultados de las políticas rurales fue paralela a la militarización y represión, lo que influyó en la relación conflictiva que se establecería entre los campesinos y el estado colombiano. Un fenómeno como la colonización quedó a merced de la represión y la resistencia campesina para sobrevivir en la selva. Tras la formación de las FARC, este territorio se convirtió en un espacio central de su proyecto revolucionario. En medio de estas tensiones apareció la coca.

La coca y las nuevas violencias: recrudecimiento del conflicto en el Caquetá en la década del ochenta y noventa

Si bien no está claro el momento preciso en que apareció la actividad cocalera en la selva colombiana, hay consenso sobre la llegada de narcotraficantes extranjeros y nacionales que regaron la semilla en la región y dieron las primeras guías para el cultivo y su procesamiento. Los estudios indican que se introdujo inicialmente en el bajo y medio Caguán, extendiéndose en áreas de colonización en los ríos Sunciya, en el medio y bajo Orteguzza y en la zona de colonización del río Caquetá y la región de la bota caucana (Vásquez, T., 2014). Esta actividad se convirtió en la oportunidad de sobrevivencia para los ya miles de campesinos que se habían instalado en la selva y atrajo a otros más. Al respecto, Henry Salgado afirmó

los narcotraficantes tenían los mejores argumentos y condiciones socio-económicas para incentivar al campesinado de la región amazónica a sembrar hoja de coca: a un campesinado que vivía bajo extrema condiciones de pobreza, alejado de los centros de consumo y en territorios sin ninguna presencia estatal, le ofrecieron un cultivo con alto rendimiento económico, que se puede cosechar cinco o seis veces al año, que crece en terrenos con bajos niveles de nutrientes y que, en definitiva, era un recurso financiero que les permitía

⁴⁷ El ejercicio del poder por parte del principal gamonal local Hernando Turbay restringía la ejecución de proyectos de inversión social en la región que no fueran en beneficio de su carrera e influencia. Para este, su oficio como representante regional en el Senado funcionaba a través de una red clientelar estrecha explotando la queja generalizada de la “ausencia del estado” en la región. Ahora, la corrupción en torno a estos recursos de apoyo rural sigue ocurriendo; uno de los más recientes casos es de los beneficiarios de Agro Ingreso Seguro, un programa nacional de apoyo al campo por el cual el ex ministro de agricultura Andrés Felipe Arias fue condenado y está huyendo de la justicia. Dos incentivos de capitalización rural fueron adjudicados a Arnulfo Gasca (más de 400 millones de pesos), un personaje central en la política [candidato a la gobernación en el 2015] y conocido por sus nexos con el narcotráfico, escenario donde es conocido como el Patrón de Patronos (Radio, 2011).

establecerse y satisfacer de manera exitosa sus necesidades de reproducción social y biológica [Salgado Ruiz, 2009: 133].

Así comenzó una nueva etapa de tensiones entre los campesinos caqueteños y el estado colombiano. En un principio tanto las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) como las organizaciones campesinas rechazaron la coca por temor al deterioro de la dinámica política y participativa que había logrado construir el campesinado entre veredas, juntas de acción comunal y el sindicato de campesinos. También utilizaron argumentos morales y religiosos frente al consumo de la coca. A pesar de esto, las difíciles condiciones y la necesidad de sobrevivir en el campo caqueteño primaron y el cultivo se extendió [Salgado Ruiz, 2009: 134].

Las FARC tuvo que ceder pues parte de la base social descansaba en los lazos que había construido con la colonización. Así, empezó a regular los precios de la hoja y de la pasta base. Progresivamente se desarrolló una relación con la economía de la coca mucho más compleja y diferenciada espacialmente que fue desde la intermediación, regulación de precios hasta la aplicación de impuestos al cultivo o al gramaje.

El año de 1984 fue un parte aguas en la dinámica del conflicto en Colombia: se iniciaron los primeros diálogos entre las FARC y el gobierno de Belisario Betancur, y los cárteles del narcotráfico atentaron y amenazaron algunas instituciones del estado colombiano buscando evitar la firma del tratado de extradición con los Estados Unidos. Estos últimos también se enfrentaron abiertamente contra las guerrillas por el secuestro de miembros de su familia y por la competencia por el control de las áreas de producción de pasta base [Cubides, 2004]. A la par, el país vivió la expansión del paramilitarismo en coalición con el narcotráfico.

La negociación entre las guerrillas y el gobierno de Belisario Betancur fue un momento de esperanza para los campesinos caqueteños que buscaban soluciones a sus demandas. Esta fue acompañada de propuestas locales para dejar la coca y desarrollar cultivos legales a la vez que se dinamizó la discusión sobre alternativas políticas y desarrollo regional a través de promover la participación local en la construcción de los planes de desarrollo y su ejecución [Vásquez, Vargas & Restrepo, 2011; Jaramillo, Mora & Cubides, 1986].

Esta efervescencia política en los pueblos del Caquetá se vio afectada por el abrupto rompimiento de estos diálogos lo que provocó el endurecimiento militar de las FARC, del estado colombiano, del narcotráfico y los grupos paramilitares. Esta coyuntura unió definitivamente al narcotráfico con el paramilitarismo, una alianza macabra que disparó las violaciones a los derechos humanos de campesinos y líderes de izquierda.

En el Caquetá, Gonzalo Rodríguez Gacha alias “el Mexicano”, empezó a perseguir a movimientos y organizaciones de izquierda, en especial el recién fundado partido político Unión Patriótica, y ejecutó varias masacres⁴⁸. Esta se denominó la Guerra del Yarí y fueron los primeros intentos del paramilitarismo por incursionar en la región [Ciro A., 2015].

⁴⁸ La administración de Turbay Ayala [1978-1982] ejecutó el Estatuto de Seguridad, un despliegue de represión sobre movimiento social y popular. Posteriormente, el presidente Betancur [1982-1986] buscó una salida política al conflicto y firmó los Acuerdos de La Uribe. Uno de estos acuerdos dio pie al surgimiento de la Unión Patriótica, un partido político que representaba la izquierda y servía como espacio de transición a la política para los miembros de las FARC. Este partido fue sistemáticamente atacado en la operación denominada “Plan Golpe de Gracia” donde 5000 de sus representantes fueron asesinados por una alianza entre el narcotráfico, el paramilitarismo y el estado. La falta de un espacio político legal fue el argumento de las FARC para preferir de nuevo apostarle a la toma de armas en vez del diálogo. Por ejemplo, en esta operación cayeron políticos, abogados e intelectuales como José Antequera (1985), Jaime Pardo Leal (candidato presidencial, 1987), José Miller Chacón (1993), Teófilo Forero (1989), Bernardo Jaramillo Ossa (candidato presidencial, 1990), y Manuel Cepeda Vargas (1994). En la investigación de este último, cuyo caso fue condenado por el CIDH, se declaró al estado colombiano y las fuerzas paramilitares como los culpables. En el Caquetá fueron asesinados 27 militantes de la UP entre 1986 y 1993 por el Ejército, la Policía Nacional y los Paramilitares [Vásquez, T., 2015: 97].

Paralelamente, por primera vez se permitió la elección de alcaldes en Colombia, por lo que esto se reflejó en disputas políticas entre los gamonales tradicionales y nuevos movimientos que terminaron en violentos sucesos de venganza y exterminio político a lo largo del país. El Caquetá no fue ajeno a esto; el enfrentamiento entre el turbayismo (principal fuerza política de la región cuya cabeza fue el gamonal Hernando Turbay⁴⁹), las FARC, los frente de participación civil de izquierda y la Unión Patriótica (UP) aumentó la violencia en esta región⁵⁰. La crisis de la participación política de otros partidos diferentes a los tradicionales sirvió para la endurecimiento militar de las FARC que le apostaron mucho menos a la salida política del conflicto.

Además de este, un foco central de violencia fue la denominada Guerra del Caquetá que consistió en el enfrentamiento entre el estado colombiano y el Frente Sur de la guerrilla del M-19. Este grupo rebelde primordialmente urbano fue fuertemente reprimido en el departamento, a través de técnicas de guerra que implicaron graves violaciones de los derechos humanos sobre campesinos, líderes sociales y la población en general en el Caquetá.

En la década del noventa, la relación entre las FARC y los campesinos se hizo más compleja, dado el recrudescimiento del conflicto, la apuesta de esta guerrilla por confrontar localmente el estado. También por la necesidad de regular los territorios cocaleros para hacerle frente a los intereses y expansión paramilitar y controlar el caos propio de esta economía en la ilegalidad como los pactos, acuerdos, pagos, compradores y precios. A finales de la década del ochenta y a principios del noventa, con una izquierda debilitada por la persecución política, esta guerrilla empezó a incidir en la política local a través de la amenaza e intimidación. Para este periodo lanzaron una campaña “anti-corrupción” que consistió en realizar “juicios revolucionarios” a funcionarios bajo la sospecha de malos manejos lo que acrecentó la amenaza sobre políticos, funcionarios públicos y periodistas⁵¹.

La respuesta del gobierno a la creciente ola de violencia fue decretar al Caquetá como zona especial de orden público, quedando bajo el control del Ejército. Esto no tuvo los efectos esperados; en 1997 y 1998 las FARC decretaron el boicot a las elecciones locales, amenazando y asesinando candidatos.

En la década de 1990 con el incremento acelerado del cultivo de coca, el rol de las FARC fue más de actor policivo, controlando a la población y los intercambios, la resolución de los castigos, ejecución de penas y multas, y definiendo el acceso a los compradores en la región. Para la guerrilla, la coca significó el acceso a una fuente de financiación para la lucha política; para los campesinos, además de ser una fuente de ingresos, representó una manera de resistir y hacerse visibles política y socialmente en el país (Vásquez, Vargas & Restrepo, 2011).

Paralelamente, se activaron procesos de construcción de identidades y estigmas en los campesinos. En algunos casos, como en Bolivia, facilitó la formación de un movimiento político fuerte a nivel nacional pero en Colombia, restringió el acceso a la negociación política nacional al ser objeto de una “identidad negativa” por parte del estado. La lucha de parte de este grupo social fue y sigue siendo el ser reconocidos como sujetos de derechos, como ciudadanos (Ramírez, 2011; Salgado Ruiz, 2009). Un ejemplo fundamental de esta lucha fueron las marchas campesinas a finales de la década

⁴⁹ Hernando Turbay era sobrino del presidente Julio César Turbay (1978-1982).

⁵⁰ A pesar de que la UP fue un partido que surgió a raíz de los acuerdos de La Uribe entre el gobierno y las FARC, en abril de 1987, el V Plenum de la Junta Nacional de la UP rompe relaciones con esta guerrilla. A pesar de eso, siguió siendo objeto del exterminio político (Ciro Rodríguez, 2015).

⁵¹ El ataque a los partidos de izquierda debe leerse en el contexto en el que surgieron dos reformas trascendentales en la manera de hacer política en el país, por un lado la elección popular de alcaldes y por otro la Constitución Política de 1991. Es así que este nuevo actor se convirtió también en una amenaza para los actores de la política tradicional que habían monopolizado el ejercicio de la administración pública y la política durante la historia del país.

de 1990 y la más reciente en el 2013. En estas últimas movilizaciones, en el pliego de demandas estaba incluido el tema de los cultivos de coca, pero los campesinos no se presentaban a sí mismos como cocaleros ni era el eje de la movilización. En el Caquetá se presentaban más como pequeños ganaderos, a pesar de que muchos de ellos también son cocaleros. El diálogo con la mesa del Caquetá fue difícil por la estigmatización, lo que se notó en las dificultades para acceder a una voz en las mesas de diálogos nacionales.

En la década del noventa, en esta coyuntura de violencia y consolidación de la economía de la coca se llevaron a cabo las marchas campesinas contra las fumigaciones de glifosato en todo el país. La intención de estas marchas fue poner en el centro de la discusión nacional las demandas sobre el desarrollo rural y la sustitución de cultivos que en el periodo anterior no habían sido atendidas o habían quedado paralizadas tras el rompimiento de las negociaciones de paz.

En este periodo, nuevos elementos transforman los conflictos que venían de décadas atrás. La coca, los paramilitares, las guerrillas y los actores políticos se enfrentan en medio de un escenario distinto en el que los intereses también cambiaron. El Caquetá se consolidó como un territorio cocalero y surgió una nueva guerra heredera de los conflictos de las décadas anteriores a la que se le sumó el control de los cultivos de coca y el mercado de pasta base.

El Plan Colombia, las negociaciones de paz en el Caguán y el embate paramilitar: clímax de la guerra

El último periodo de violencia en la región inició tras la conjunción de tres procesos: la firma del Plan Colombia, los diálogos de paz con las FARC en el Caguán y la incursión paramilitar en el Caquetá.

Los diálogos de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las FARC duraron cuatro años (1998-2002), se ubicaron en San Vicente del Caguán en el Caquetá y su rompimiento representó un portazo a la salida negociada al conflicto. Esto se debió a la manera en que las FARC aprovecharon este territorio para rearmarse y cometer delitos como secuestros, como por la manera en que el estado colombiano siguió permitiendo la operación de grupos paramilitares que rodearon la Zona de Distensión y extendieron el terror por el país⁵². En las alocuciones de las FARC, estos señalaban que el ambiente se había enrarecido por el envío de agentes encubiertos a asesinar jefes guerrilleros, el paso de aviones de guerra sobre los campamentos y los retenes paramilitares alrededor de la zona de distensión. Pastrana, en su discurso de fin de las negociaciones, acusó a las FARC de intensificar los actos de guerra en todo el país y de hacer parte del narcotráfico. (Cárdenas, C. Julio, 20

El compromiso del estado colombiano en la negociación se hizo menos claro por la firma del Plan Colombia el mismo año del inicio de las conversaciones con las FARC. Este plan se constituyó en un acuerdo de rearmamento con los Estados Unidos en contra del narcotráfico y la insurgencia. Poco antes del fin de los diálogos de paz, a cuatro años de la aplicación del Plan Colombia y la presencia

⁵² La Zona de Distensión se le llamó al área pactada por las FARC y por Pastrana en 1998 para las negociaciones de paz. Esta comprendió 42 mil kilómetros cuadrados entre el Caquetá y el Meta y fue abolida por Pastrana en el 2002. Este es uno de los retos que enfrenta la negociación actual en La Habana pues se ha mostrado un proceso de reorganización paramilitar que amenaza y asesina a los líderes campesinos y políticos de izquierda, y hace peligrar la ejecución de los acuerdos de paz firmados (Cárdenas, C. J., 2012).

paramilitar, los informes de Vicepresidencia de la República indicaron que en el departamento operaban 11 frentes guerrilleros y 3 grupos paramilitares (DDHH, 2003)⁵³.

La reacción de las fuerzas paramilitares frente a los diálogos entre el gobierno y la guerrilla fue agresiva. Primero llegó al Caquetá un grupo paramilitar denominado Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá de los hermanos Castaño Gil y no pudieron instalarse. En el 2001 llegó alias Macaco, con el Bloque Central Bolívar, reconocido narcotraficante, que denominó su ejército como Héroes de los Andaqués y tuvo estrechos vínculos con algunos niveles militares de la región. Este ejército se ubicó entre el centro y el sur del departamento (VerdadAbierta, 2011; Ciro Rodríguez, 2015).

La incursión paramilitar se sintió como una invasión por la llegada de hombres armados traídos desde el norte del país hacia el Caquetá. Fue una ola de terror sobre la población civil que tuvo como estrategia hacerse al control de distintas instituciones y oficinas del estado, buscando hacerse al poder de la administración pública de los lugares donde llegaban (López, 2010)⁵⁴.

La pérdida de confianza en la negociación política por parte de todos los actores, particularmente de la opinión pública, fue fundamental para la elección de Álvaro Uribe Vélez como presidente de Colombia [2002-2010], la representación del ala más radical de la lucha anti-insurgente con investigaciones abiertas sobre paramilitarismo (Cepeda & Rojas, 2013; Tiempo, 2015).

El Plan Colombia y la posterior Política de Seguridad Democrática del presidente Uribe Vélez representaron una adaptación de la guerra contra el “terrorismo” estadounidense en Colombia. Entre otras, esta política defendió la inversión extranjera por medio de la “restauración del imperio de la ley” y tuvo como objetivo establecer un clima de “tranquilidad” para el capital extranjero. El Plan Patriota fue diseñado para atacar directamente a los comandantes de la guerrilla; el Ejército se expandió en el piedemonte mientras la guerrilla se replegó hacia las zonas montañosas de El Pato, Balsilla, los llanos del Yarí, el medio y bajo Caguán y el medio y bajo Caquetá.

Tras los primeros años de su aplicación, se publicitó la “derrota” de la guerrilla (que había sido seriamente golpeada aunque no estaba derrotada) y el “éxito” de la Política de Seguridad Democrática de Uribe. Este tuvo un impacto en la opinión pública internacional pero fue duramente criticada por organizaciones de Derechos Humanos Nacionales e Internacionales que reclamaron la crisis humanitaria y la violación a los DDHH de esta política⁵⁵. Fue en este momento donde la población vivió momentos de mayor afectación, un ejemplo de esto fue la ofensiva militar sobre Peñas Coloradas, el 11 de Febrero del 2004 (Teófilo). Como afirma Teófilo Vásquez, “la recuperación de la seguridad a nivel nacional representó el aumento de la inseguridad y la vulneración de los derechos humanos de la población”. 29

En el 2006, los paramilitares se desmovilizaron en el departamento, por lo que disminuyó el clima de violencia e incertidumbre, a pesar de que siguen presentándose amenazas y violencia esporádica, por ejemplo a través de los panfletos amenazantes y las listas negras que circulan en

⁵³ Las FARC establecieron tres corredores militares estratégicos para cumplir sus objetivos de expansión militar y territorial. Uno que comunicaba el Caguán con el Pacífico a través del sur del Tolima, norte del Huila, sur del Valle y norte del Cauca; otro se extendía desde el sur del Caquetá y buscaba una salida hacia el pacífico nariñense. El último pasaba por los llanos del Yarí, medio y bajo Caguán y el río Guaviare. Paralelamente, los grupos paramilitares construían una serie de cerrojos alrededor de la zona de distensión; su centro de operaciones fue en el sur del departamento los municipios de Morelia y Belén de los Andaqués y en el norte El Doncello (Teófilo: 25). <http://www.co.undp.org/content/dam/colombia/docs/Paz/undp-co-caqueta-2014.pdf>.

⁵⁴ En las últimas décadas, las FARC mantuvieron diversas relaciones con los campesinos, por ejemplo, promoviendo organizaciones pero también impidieron la normalidad del ejercicio de la institucionalidad estatal. Por el contrario, el paramilitarismo desplegó una estrategia de cooptación de la administración pública y enfatizar la “normalidad” (Vasquez, Vargas, & Restrepo, 2011).

⁵⁵ Human Rights Watch hace anualmente una serie de informes sobre la situación del país. Amnistía Internacional también presenta sus balance sobre la violación a derechos humanos. Uno de los casos más sonados de violación a Derechos Humanos es el de los Falsos Positivos, resultado de las políticas de premios entre los militares que recibían beneficios si mostraban caídos en combate lo que desembocó en una serie de asesinatos a jóvenes que no tenían que ver con la guerra pero que eran pasados como guerrilleros.

nombre de las Águilas Negras (Bacrim), en contra de organizaciones campesinas de la región como Coordosac o Caguán Vive (Movice, 2014; Prensa Rural, 2014; Prensa Rural 2015; Restrepo, 2014).

Para este momento, el Plan Patriota había logrado “logros” militares significativos en la lucha contra las FARC como era el control de los cursos medios de los ríos Guayabero, Caguán y Yarí. Las rutas de conexión entre el piedemonte y la planicies selváticas de la guerrilla fueron neutralizadas también y muchos frentes habían visto disminuir el número de sus combatientes radicalmente (Teófilo). 28. La ofensiva militar de las FARC para repeler el Plan Patriota afectó a la población también; el reclutamiento de menores, el asedio y asesinato de concejales, el control impositivo sobre la población civil se hicieron más comunes⁵⁶.

Tras la presidencia de Uribe Vélez, su ministro de defensa y sucesor fue Juan Manuel Santos quien sorpresivamente anunció el inicio de las negociaciones de paz en La Habana con las FARC en Agosto del 2012. La agenda de estos diálogos tiene cinco puntos: política de desarrollo agrario integral, participación política, fin del conflicto, solución al problema de las drogas ilícitas y víctimas. El cuarto punto es el tema de la sustitución de cultivos de uso ilícito, planes integrales de desarrollo con participación de comunidades en el diseño, ejecución y evaluación de los programas de sustitución y recuperación ambiental de las áreas afectadas por dichos cultivos⁵⁷.

Es importante resaltar que la dinámica de la violencia en el departamento no ha sido homogénea ya que tanto como los actores del conflicto como las economías subregionales e intereses en juego varían regionalmente. La situación que enfrentan los campesinos entrevistados dependen de la zona en la que han vivido, sobre quién ejerce la autoridad y qué tipo de intereses estratégicos tiene estas para la guerra. El reconocimiento de estas divisiones subregionales de la dinámica del conflicto son claves para comprender qué ocurre con los campesinos.

Existen tres dinámicas subregionales del conflicto según propone Teófilo Vásquez; una que comprende el norte del departamento, otra centrada en Florencia y alrededores y otra en el sur, sobre el río Caquetá. La primera región refiere al norte del departamento, caracterizada históricamente por la presencia de las FARC desde su colonización. El conflicto se ha notado principalmente en los combates y la lucha por el control territorial entre el estado y las FARC. La segunda subregión es Florencia, la Costa Azul y La Montañita, donde por un lado está el centro administrativo que concentra la mayoría de los servicios del estado colombiano en la región y por otro, un área de cultivos de coca, con infraestructura deficiente (por ejemplo el camino a la Unión Peneya al área de San Isidro y Miramar).

La última región es la zona de colonización del Río Caquetá que va desde la cordillera oriental hasta las llanuras de la selva amazónica limitando con el Putumayo. Esta ha tenido influencia cocalera y minera, con alta presencia de la guerrilla (Vásquez, Vargas & Restrepo, 2011: 235).

¿Qué ocurre con los cultivos de coca en este periodo? Un arma fundamental en la política de Seguridad Democrática de Uribe Vélez fueron las fumigaciones y el Caquetá fue una de las regiones donde más se utilizó la aspersión de glifosato. Esto, como señala Vásquez, afectó seriamente la viabilidad de la economía campesina (Vásquez, 2014: 52). El efecto del aumento del conflicto y las aspersiones fue la disminución del cultivo de coca; una relación entre guerra y cultivos de coca que ya

⁵⁶ En un análisis de la violencia en el Caquetá según modalidad de victimización, las Fuerzas Militares y los Paramilitares son los principales responsables de las detenciones arbitrarias (97% y 3% respectivamente), de los desaparecidos (33% y 67%), de las amenazas (82% y 3% respectivamente) y de las torturas (95% y 4%). Las FARC tienen responsabilidad en la mayoría de los asesinatos políticos (47%), y los heridos (62%) (Vásquez, T., 2015: 33).

Los documentos oficiales están en la página web www.mesadeconversaciones.com.co

ha señalado Teófilo Vásquez anteriormente y que ha sido corroborada en los testimonios de los campesinos y campesinas entrevistadas⁵⁸. Estos cultivos pasaron a ocupar de 14.516 hectáreas en el 2001 a 3.695 en el 2012 (UNODC, 2015). Hace unos meses, el informe del SIMCI del 2015 corroboró un giro en esa tendencia decreciente de los cultivos de coca, que ahora vienen en acelerado aumento⁵⁹.

Paralelamente, la opción del campesino caqueteño históricamente ha sido la ganadería doble propósito. El sector pecuario ha sido central para la economía de este departamento, tanto con respecto al sector lechero como el de carnes. Desde la fundación de la hacienda Larandia que llegó a tener 36 mil reses, se consolidó un eje de producción ganadera muy importante con varias haciendas cuyo número de cabezas de ganado subía de las 1000 reses. En la década del sesenta se exportaban aproximadamente 10 mil cabezas de ganado que llegaron a los mercados de Cali, Neiva, Bogotá, Ibagué y hasta Perú (Ciro, A., 2009:34). Este crecimiento de la actividad productiva pecuaria (ganadera) y agrícola (arrocera), estuvo acompañada de la apertura de instituciones nacionales como el Fondo Ganadero del Caquetá (1959), la Federación Nacional de Arroceros (1965), el Banco de la República, el Banco Popular, el Ganadero, el Banco Central Hipotecario y el Banco de Colombia, las oficinas de la Caja Agraria y el Incora (Ciro, A., 2009: 35).

El paradigma de desarrollo de la clase política caqueteña estaba ligada al de los intereses históricos del Huila en la región. Estos se basaban en la consolidación de la ganadería como fuente de actividad económica regional principal, y surgió en contraposición y negación de lo indígena, de lo amazónico y de otras formas económicas que no fueran el ganado, la praderización, la leche y la carne (Ciro, A., 2009: 40)⁶⁰.

En la actividad lechera, el papel de la multinacional Nestlé desde mediados de la década del 70 ha sido clave. Esto aseguró un mercado para la oferta de leche y una serie de procesos de mejoramiento de razas, inversión en infraestructura y apoyo para los campesinos ganaderos pero también se convirtió en un actor capaz de imponer el precio del litro de leche. Paralelamente se fortaleció tanto un negocio de quesos como de yogures. Según Vásquez, entre el 2001 y el 2009 la actividad ganadera dejó ligeramente de crecer a los ritmos de las décadas del setenta y ochenta; las regiones donde más aumentó fue en Cartagena del Chairá (un municipio históricamente cocalero), Curillo y Solano, cuya variación porcentual en cabezas de ganado fue de 209.29%, 45.81% y 22.30% (Vásquez, p 56).

⁵⁸ Acerca de la relación entre la economía de la coca y el conflicto, suscribimos a la propuesta de Vásquez que critica la relación directa que muchos autores establecen entre la coca y los altos niveles de violencia:

“Sin embargo, las gráficas 17 y 18, en la que se relacionan los cultivos de hoja de coca con el conflicto armado en el Caquetá, muestran que entre 1992 y 1996, cuando el conflicto no era tan intenso, los cultivos de hoja de coca se expandieron; y, entre 2002 y 2010, cuando el conflicto alcanzó su máxima intensidad, los cultivos de hoja de coca disminuyeron. Por eso, más que una relación mecánica entre la economía de la coca, la persistencia del conflicto y la expansión territorial de los grupos armados es necesario mostrar que las transformaciones en las decisiones estratégicas del Estado y las FARC-EP explican la expansión o disminución de los cultivos ilícitos” (Vásquez, 2014: 50).

Los campesinos entrevistados señalaban que muchos dejaron de cultivar porque no había a quién venderle en época de mayor conflicto, pues las FARC restringían el acceso a compradores y se quedaban con “la merca” meses sin poder venderla.

⁵⁹ Una de las preguntas centrales de los investigadores y la opinión pública este año es qué explica este aumento de los cultivos de coca en los últimos años. Una de las hipótesis de esta investigación, siguiendo la línea de Vásquez, es que el cese bilateral al fuego y la relativa calma que se ha sentido en el campo caqueteño evidente en los comentarios de los campesinos y campesinas con las que hemos conversado recientemente, han permitido que el negocio fluya, es decir, entren compradores y se pueda mercadear fácilmente. A esto se le suma la eliminación de la fumigación como forma de erradicar la coca que anunció Juan Manuel Santos en el 2015 y el precio del dólar. En un reciente foro al que asistí en Febrero del 2016, los campesinos y campesinas insistían en la enorme cantidad de gente que estaba llegando y contaron sobre el más reciente fenómeno, el arrendatario cocalero: el campesino sin tierra que arrienda por hectáreas para cultivar coca. Su participación en el foro fue muy significativa.

⁶⁰ Esto no fue solamente un discurso sino que tuvo efectos claros en los patrones de colonización del departamento. Por ejemplo, los Huitotos estaban asentados en la Montañita, pero el Consejo Municipal de Florencia los obligó a vender este espacio para así fundar el corregimiento y establecer a los colonos huilenses. (Trujillo, S., 2008).

Durante la Seguridad Democrática, uno de los mercados más afectados fue el de la leche por el rompimiento de acuerdos informales que existían entre la guerrilla, los ganaderos y Nestlé en el periodo anterior. Esto hizo que la multinacional fuera objeto de diversas acciones violentas que afectaron directamente la industria lechera del departamento (Vásquez, p. 57). La respuesta de los ganaderos ante este escenario fue la creación de quesilleras que permitieron aprovechar la leche que no encontraba mercado en Nestlé y la oferta de encargarse de pagar el “impuesto” que Nestlé debía pagarle a las FARC⁶¹.

Profundización del presidencialismo: Del Plan Nacional de Rehabilitación al Plan Consolidación

¿En qué han consistido los programas de desarrollo alternativo y rural en el Caquetá? En este aparte analizamos el panorama en el cual la política rural ha sido dirigida en la región y en particular, a territorios cocaleros. Lo que se observa ante el despliegue de estos programas estatales en el Caquetá es por un lado cómo la política pública sobre los ex territorios nacionales es contradictoria con el proceso de descentralización que se ha intentado llevar a cabo en las últimas décadas en el país; los planes especiales de atención a estas regiones han sido oficinas directamente dependientes de la Presidencia de la República desde el Plan Nacional de Rehabilitación, la Red de Solidaridad Social, el Plante, Acción Social durante el gobierno de Uribe y el reciente Departamento de Prosperidad Social. Ha sido una política que ha usado el discurso de la “ausencia del estado” para legitimar la política pública en torno al conflicto y al narcotráfico (Ramírez, M.C. & Iglesias, J., 2010).

En las regiones, como en el Caquetá, las políticas de desarrollo alternativo con esta dependencia a la oficina del presidente de turno no solo se afectan por la falta de continuidad como señalan Ramírez e Iglesias (2010) sino también porque operan como oficinas clientelares que conecta al presidente directamente con la política local; algunas veces como caja menor, otra como herramientas políticas de influencia, todos instrumentos de la construcción del estado colombiano en las regiones⁶². Esto contradice un proceso de descentralización real que constitucionalmente invoca la participación de diferentes instituciones, personas y regiones en el ejercicio de la política pública y la garantía de los derechos. El resultado, por lo menos en el Caquetá, ha sido el cierre cada vez más estrecho del espacio de la participación local sobre las decisiones públicas⁶³.

La expansión de la coca ha sido paralela a tres programas del estado en la región. Un primer programa de incidencia relevante en la política pública en la década de 1980 fue el Plan Nacional de Rehabilitación (PNR) que surgió como un programa anti-insurgente de intervención en zonas de violencia que inició con Betancur [1982-1986] y continuó con Barco [1986-1990]⁶⁴. La Consejería

⁶¹ Es importante resaltar que Nestlé actúa como un monopsonio en el mercado lechero del departamento. Es un actor que determina el precio de la leche, por lo que en cierta medida, que dejaran de comprar la leche fue comprendido como un proceso de democratización que le dio mayor margen de acción al comercio local de leche (Vásquez, T., 2015).

⁶² Por ejemplo, en el Caquetá en el 2015 se sabía que el Departamento de Prosperidad Social “pertenece” a una cabeza política regional. Al respecto, Ramírez e Iglesias señalan “Vale la pena enfatizar que estos dos momentos, el haberle asignado el desarrollo alternativo al PNR y posteriormente haberle constituido su propio programa presidencial, producen un salto cualitativo en la política, porque introducen al desarrollo alternativo en una dinámica que apunta a la ampliación del poder de acción inmediata por parte del ejecutivo” (Ramírez, M.C., & Iglesias, J., 2010: 543)

⁶³ Según Ortiz, este programa alcanzó una cobertura de 21 municipios con zonas productoras de coca en el Cauca, Nariño, Caquetá, Guaviare y Putumayo (Ortiz, 2003). En su formulación, el Plan Nacional de Rehabilitación señala que “tiene como objetivo beneficiar a las personas, zonas y actividades que hasta hoy han permanecido afectadas por situaciones de pobreza y desintegradas del progreso

para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación era una oficina directa de la Presidencia de la República, que se conectaba con la Secretaría de Integración Popular que a su vez conectaba con los ministerios y el Departamento Nacional de Planeación (Presidencia de la República, 1988: 170).

El objetivo de este programa consistió en llevar al estado en regiones donde antes “no había llegado” y luchar contra la pobreza. Así inició su operación en zonas de enclave, colonización, áreas deprimidas y territorios indígenas. Tuvo la particularidad de crear mecanismos de participación local en la toma de decisiones sobre las obras y administración de recursos. Este programa permaneció hasta la presidencia de Cesar Gaviria [1990-1994]. No deja de llamar la atención la normalización del uso de la palabra “rehabilitación”, como un ejercicio de “recomponer” que ejerce el estado de arriba hacia abajo sobre territorios “deteriorados”.

En entrevistas a funcionarios e investigadores de esta época acerca de este programa, afirmaron que a pesar de los limitados presupuestos y el problema clientelar que muchas veces se impuso en el ejercicio local del programa, se fomentó un clima de organización comunitaria y la comunidad participó medianamente en el diseño de soluciones a problemas locales como la falta de acueducto y de vías, de espacios de recreación, etc.

En reemplazo del PNR surgió el Plan Nacional de Desarrollo Alternativo- PLANTE en 1995 como un programa de sustitución de cultivos, que buscó crear alternativas lícitas a los cultivadores de coca. Esta estrategia se basó en la identificación de necesidades locales, apoyo gubernamental para la inversión y la convocatoria al sector privado. Se extendió por 10 departamentos y fue complementaria a la erradicación forzosa pero no tuvo el éxito esperado (Ortiz, C., 2003). Un cambio central fue el fin de la participación local de las comunidades y el énfasis en dinámicas privados-locales que no tuvieron buenos resultados.

En 1998, Pastrana redactó el Plan para la Paz y la Prosperidad y el Fortalecimiento del Estado o Plan Colombia para la Paz, bajo la dirección de los Estados Unidos. En particular sobre las políticas públicas, el componente militar estuvo estrechamente relacionado a la política social, y redefinió las relaciones entre el estado colombiano y la sociedad civil por ejemplo convirtiendo a los ciudadanos en informantes de guerra (Ramírez M.C., 2009). Tras esto, el gobierno de Uribe Vélez [2002-2010] creó la oficina de Acción Social que se transformó durante el gobierno de Santos [2010-2018] en Departamento para la Prosperidad Social, un ejecutor de diversos programas de atención a grupos sociales distintos (ancianos, campesinos, cocaleros, niños, madres solteras, pobres) basado en los modelos de transferencias condicionadas. Ambos, Acción Social y Prosperidad Social, son oficinas que dependían directamente de presidencia de la república. Actualmente, el Departamento de Prosperidad Social tiene bajo su sombra el Instituto Nacional de Bienestar Familiar (ICBF, encargado de la atención a la familia y a los menores), el Centro de Memoria Histórica, y la Unidad Administrativa de Consolidación Territorial.

Actualmente se lleva a cabo una nueva fase del Plan Colombia denominada Política Nacional de Consolidación y Reconstrucción Territorial del Estado Colombiano (PNCRT) que consistió enfatizar la necesidad de la presencia institucional del estado colombiano (la idea de “consolidar”) en los territorios “recuperados” de la guerrilla. Esta política dio un giro de la atención a lo militar hacia el “fortalecimiento” de la institucionalidad y el ejercicio de los derechos fundamentales de los habitantes de regiones en conflicto y con cultivos de coca a través de la Unidad Administrativa para la

económico y social del país, de modo que el Plan se convierte en expresión concreta del Gobierno para erradicar la pobreza absoluta”. (Presidencia de la República, 1988: 27)

Consolidación Territorial- UACT (adscrita al Departamento para la Prosperidad Social, que depende directamente de Presidencia de la República)⁶⁵. Esta tiene programas como Colombia Responde, una estrategia que tiene el apoyo de la Cooperación Internacional para implementar el PNCRT en regiones focalizadas, o Respuesta Rápida, mecanismo de ejecución de recursos de inversión encaminados a desarrollar proyectos urgentes en municipios focalizados.

Esta estrategia ha sido considerada como la militarización de la política social y su énfasis sigue siendo perseguir a los cultivadores de coca sin ofrecer opciones reales al campesino⁶⁶. El diseño y ejecución de programas e inversiones en la región obedece a los intereses militares del conflicto mas no a demandas específicas de la población. Paralelamente, a nivel nacional se aplicaron programas de manejo de la pobreza por medio de transferencias como Familias en Acción o Familias Guardabosques, enfatizando soluciones más asistenciales que estructurales⁶⁷.

Un eje central de la política del Plan Consolidación es la sustitución de cultivos o el Programa de Sustitución de Cultivos (PCI). En entrevista con la encargada del PCI en el Caquetá, ella comentó que en este programa entran los campesinos de manera voluntaria y que desde Bogotá se focaliza un municipio para trabajar. En la región se hace una Mesa Técnica, compuesta por Corpoamazonia, la Alcaldía, la UMATA, la Gobernación, el PCI, un profesional de Planeación y de Consolidación, y se decide qué veredas se focalizan del municipio previamente escogido. Esta decisión también la acompaña una Mesa de Seguridad, compuesta por la policía, el ejército, del PCI y de la UACT. Ellos deciden en cuáles veredas se puede entrar y en cuáles no. El tercer paso es un foro municipal con la presencia del alcalde y los funcionarios de UACT en el que se convocan a los líderes comunales y los pobladores en general para mostrar el programa.

Las condiciones del programa de sustitución de cultivos son cinco, según señalaba la funcionaria: primero cumplir la escuela de campo basada en el trabajo de profesionales sobre las fincas, ayuda humanitaria monetaria, el desarrollo de un proyecto productivo, la transferencia económica coordinada y el monitoreo del SIMCI para comprobar que no se reincidió. La unidad de medida es la vereda, es decir que si algún campesino no entra, la vereda no entra. Entre el año 2012 y 2013, hubo 5 municipios y se inscribieron 1354 familias mientras entre 2014 y el 2015 hubo 6 municipios y se inscribieron 890 familias. Se busca mantener la vereda libre de coca dándoles casi 7 millones de pesos en 2 años, de los cuales se descuentan paradójicamente un millón seiscientos para el profesional que los asesora, 480 mil para las estrategias de comunicación y 12 mil pesos para el SIMCI. Todo el programa es diseñado en Bogotá (Entrevista Funcionaria PCI).

La funcionaria señaló que lo importante de estos programas

⁶⁵ En un folleto que la UACT reparte señalan "... la UACT ayuda a reconstruir los territorios que han sido afectados por el conflicto armado y los cultivos ilícitos, contribuyendo con el goce efectivo de los derechos fundamentales de sus pobladores".

⁶⁶ La militarización del contrato social es un término utilizado por María Clemencia Ramírez, para explicar el ejercicio de la política social en el Putumayo durante el periodo de Seguridad Democrática del gobierno de Uribe. Este término resume la manera en que la Fuerza Pública ejerció funciones que son propias de otros organismos del estado como lo son la provisión de servicios públicos o el diseño de política social en las regiones denominadas "periferia" en Colombia. Una entrevista con concejales de un municipio del Caquetá confirmó que una situación similar ocurre en ahí.

⁶⁷ Molano hace una descripción crítica del funcionamiento de este programa en el campo colombiano. Haciendo una crónica sobre Marquetalia en la actualidad, afirma:

El corregimiento forma parte de la Zonas de Consolidación Territorial, que es una versión de la acción cívico-militar puesta al día para recuperar la soberanía y llevar a cabo proyectos de desarrollo. Es un instrumento de la guerra psicológica y por eso las obras siempre quedan a mitad de camino. La administración del organismo es repartida entre empleados civiles y altos mandos militares regionales. En Gaitania se dice que la consolidación se maneja como un semáforo. Al verde pertenecen las cabeceras municipales y los caseríos principales, donde la comunidad colabora con la Fuerza Pública y el Gobierno adelanta programas de desarrollo; al amarillo, las veredas por donde la guerrilla no pasa frecuentemente y se hace infraestructura básica- un aula escolar-, la acera de una calle, la banca de un parque, y al rojo, las veredas donde está presente la guerrilla y el Gobierno castiga porque la gente no colabora. La colaboración es un término para hablar de información de inteligencia. De las 32 veredas de Gaitania, cinco están en semáforo en amarillo, el resto, en rojo. [Molano, 27/07/2014].

es ir sobre lo espiritual, porque la pobreza es una condición espiritual también; nosotros les enseñamos a tener una actitud positiva porque tienen una mente como arraigada. Entonces por ejemplo la ganadería... nosotros les damos talleres... de rentabilidad, de manejo de ganancias (Notas de Visita, 21 de Enero, 2015).

Estos programas dependen de la cooperación internacional solamente (de ahí la urgencia por encontrar financiamiento internacional y su fragilidad frente a la percepción internacional del éxito o el fracaso). En el documento que explica el programa, entre las entidades responsables señaladas no están ni el Ejército ni la Policía, lo que contrasta con lo que cuenta no solo la funcionaria entrevistada sino lo que ocurre en las juntas según también se lee en prensa.

Es entonces que a la par que el estado colombiano ha desplegado una política de violencia y criminalización sobre el campesino caqueteño, ha desarrollado una política social “especial” para este territorio, basado en un fuerte presidencialismo, atención asistencialista a través de la transferencia condicionada de recursos. Estas iniciativas han girado en la división del territorio de atención de políticas públicas entre los que están dentro y fuera de la frontera agraria, reproduciendo estigmas y legitimando la violencia sobre estas poblaciones (Ramírez, M.C., & Iglesias, J., 2010). Estas dos caras del estado colombiano recuerda a las dos caras del estado neoliberal o el estado centauro de las que habla Wacquant y Bourdieu: un ala penal y un ala paternalista.

El estado colombiano y sus funciones en el Plan Consolidación son percibidas por los campesinos tanto como migajas como corrupción. Las tensiones entre la guerrilla y los campesinos para permitir la entrada del programa Familias en Acción ilustran lo que implica recibir estos apoyos económicos en el contexto de guerra. Mientras las FARC prohibieron la inscripción a este programa, como afirmó Don Fabio, los campesinos no hicieron caso (Entrevista 6, Don Fabio, 45 años). La discusión del por qué las FARC terminaron cediendo a los argumentos de los campesinos la relata Don Segundo,

¿No lo dejaban [Familias en Acción] porque?

Porque la guerrilla no dejaba. No la dejaba. En estos momentos sí está libre, a nivel nacional y todas la Familias en Acción está libre a nivel nacional. Porque esto fue debatido y se acordó que esto debería funcionar.

¿Quién lo debatió?

Lo debatimos nosotros como campesinos con ellos, entonces se hicieron acuerdos de que ellos dejaban funcionar eso tras de que el gobierno le da migajas al pueblo colombiano y si nosotros no las recibimos pues más roban ellos ahí. La consecuencia es que nosotros hicimos acuerdos y se acordó que se debía de cobrar.

¿Entonces ya están recibiendo eso ...?

Sí, claro, todas. En mi territorio el 90% de las familias están cobrando Familias en Acción (Entrevista 23, Don Segundo 60 años).

Esta idea de la ayuda del Estado como migajas hace parte del resto de respuestas de varios campesinos.

Lo de Familias en Acción ... eso ha llegado a cuentagotas. Y en una muy mínima cuestión, eso es una limosna que reciben las familias diciendo que están haciendo una grande labor cuando es una limosna que reciben las comunidades porque la persona que vista cuatro o cinco seis

horas para venir a reclamar 70 mil pesos que es lo que le dan mensuales por un niño. Si le toca venir le toca pagar 30 o 40 mil pesos de ida y otros de vuelta, le quedan 20 mil pesos para llevarle escasamente dos o tres libras de arroz al hijo. Entonces esos son cuestiones que son limosnas, del estado para las comunidades (Entrevista 1, Don Roberto, 47 años).

En Diciembre llega la hora en que la alcaldía reparte los regalos de navidad a los niños. Citaron a los presidentes de [Junta de acción comunal] en el salón parroquial y estaba el comandante militar el Ejército de la móvil X⁶⁸. El discurso que dio consistió en comprometer a la gente en los programas sociales del ejército. Cuando hicieron la fiesta para entregar los regalos, había balones que decían “desmovilícese ya!” que son los logos y propaganda del Plan Colombia, petos y camisetas. El mismo reclamó por involucrar a los niños en el conflicto. Por eso decimos que persiste el estigma; atraen a la gente con engaños como el caso de la rifa de 4 bicicletas que dejan ganar a sus informantes a costa de todos los niños. (Entrevista 25, Don Roberto, 47 años).

Y la segunda percepción es que el Plan Consolidación tiene un alto grado de corrupción, donde la mayoría del presupuesto se va en nómina y contrataciones fraudulentas,

¿Y las ayudas del gobierno?

Las ayudas del gobierno... Que día dijeron que apoyo de la alcaldía. A 10 familias le daban 25 láminas de zinc. En el núcleo fueron 250 láminas. Eso pedían SISBEN, 2 fotocopias de cédula, documentos y le entregan a uno un formato que dice que es de parte de la alcaldía, que firme si fue beneficiado de entrega e “instalación”. Pero yo digo, si dice “instaladas”, quiere decir que construyeron la vivienda? ¿No?

Pero tocó firmar. Y después hice cuentas y fue un robo. Por 25 láminas de zinc por familias cobraron 7 millones de pesos. En Florencia cuesta 10.000 la lámina de zinc... ¿a cuanto sale allá? A 57 mil pesos la lámina acá, y en Florencia a 10.000. Entonces se robaron 700 millones y nos taparon los ojos con 25 láminas.

Otra cosa es por ejemplo, los niños. Bienestar Familiar y el restaurante Escolar. ¿Cuándo recibe cada niño? 700 pesos mensuales, 1.200 pesos diarios. Eso se pelean por recibir los contratos. Las remesas son en especie, a duras penas una libra de frijol y eso por un mes para 40 niños. (Entrevista 39, Doña Diana, 45 años)

Lo de familias en acción son pañitos de agua tibia son cositas que a la verdad la gente la toma porque no hay otra alternativa. Porque le vale más venir desde la finca a cobrar la chichigua que es lo que dan, y se lo gastan en pasaje yendo y viniendo y si le toca quedarse porque a veces vienen y le toca hacer colas interminables para que lo atiendan, lo atienden a la 5 de la tarde, ya le toca quedarse entonces le vale más la venida y la estadía que lo que le dan para ese niño que es dizque la ayuda. Son cuestiones que no benefician en nada, porque son... lisonjas. Desafortunadamente el estado, los gobiernos de turno cree que con lisonjas la gente ya va a suplir la necesidad y los 200 años de olvido y todos los que tiene este país, la gente lo toma porque no hay otra opción y porque la necesidad de todas maneras lo obliga. No es justo, no justifica, no justifica el beneficio que ellos pretenden decir que estamos recibiendo, cuando no es ningún beneficio, ese beneficio tal no existe. (Entrevista 25, Don Roberto, 47 años).

A lo largo de las últimas décadas, mientras en el país crece el discurso de la descentralización, lo que ha habido en la región es un proceso de centralización de las decisiones que han descansado en las oficinas de la presidencia de la República; la política pública social de los territorios como el Caquetá depende directamente de presidencia y las dinámicas de los intereses del conflicto, mucho menos de los pobladores de estas regiones.

En los programas de desarrollo rural y sustitución de cultivos lo que se ve es mayor distancia entre la participación de la comunidad y las decisiones sobre la inversión y el presupuesto local. Actualmente, la política social está atada a los intereses de la guerra, y los programas sociales se

⁶⁸ Cambiados los nombres y lugares por seguridad.

basan en transferencias condicionadas que poco resuelven los obstáculos estructurales a la pobreza rural del campo caqueteño.

Frente a esta situación, hay alto nivel de desconfianza sobre el estado y el Plan Consolidación entre los campesinos entrevistados. La falta de legitimidad de estas políticas contrasta con la legitimidad del cultivo, como se verá más adelante.

Comentarios finales

El surgimiento del cultivador o cultivadora de coca es parte de la formación histórica del campesinado caqueteño. También su presencia debe ser entendida como parte de la configuración histórica y regional de la Amazonia colombiana y en particular del Caquetá. Como señala Roseberry (2014), es importante estudiar esta formación social no como un fenómeno aislado o un accidente histórico sino como parte de procesos más amplios sin perder el estudio de lo local; en este caso articular la construcción del estado nación en Colombia y de la expansión geopolítica de los Estados Unidos en el continente con el surgimiento del campesino y la campesina cocalera.

El mercado global de la cocaína encontró opciones distintas en lugares y momentos diferentes a lo largo del planeta; los procesos históricos locales en el Caquetá se basaron en la imposición de actividades extractivas y de violencia sobre este territorio desde la colonia. Ni la coca ni la ganadería deben verse como procesos aislados en estos de mayor duración, son parte de estas dinámicas extractivas que se superponen sobre dinámicas de conflicto por la tierra, de violencia sobre los campesinos y las campesinas, apropiación del territorio amazónico, formación de élites regionales y proyectos de estado nación, por ejemplo, el que consolida la ganadería a pesar de los negativos efectos sobre el ecosistema amazónico y la negación de otras fuentes de actividad económica. Las particularidades consisten en que estos discursos y agendas globales sobre las drogas a finales del siglo XX operan como intermediadores entre el estado colombiano y las regiones, como lo señala Ramírez e Iglesias (2010); en el caso del Caquetá esto refiere a temas centrales como la cuestión agraria o el conflicto armado. Uno de los reflejos de esta intermediación fueron las políticas públicas en torno al Desarrollo Alternativo en el país caracterizadas por un fuerte presidencialismo y la criminalización del campesino cocalero (Ramírez, M.C., & Iglesias, J., 2010).

La política social que se ha priorizado en el Caquetá se basa en esta serie de clasificaciones sobre la población y sobre el territorio; esta relación entre las autoridades estatales y el departamento reflejan el proceso de construcción de estado nación. Una de las particularidades es el creciente presidencialismo en la definición de la política pública en la región, atada directamente a las dinámicas del conflicto. Al respecto Ramírez e Iglesias señalan

Esta dinámica se inicia a mediados de los años ochenta con la creación de consejerías o programas presidenciales en respuesta a la escalada del conflicto armado y la necesidad de profundizar los acuerdos de paz. La importancia que fueron adquiriendo estas consejerías condujo a que se convirtieran en estructuras paralelas a los ministerios, por cuanto podían implementar acciones de manera rápida, contaban con presupuestos generosos, que podían ser ejecutados directamente sin recorrer todo el entramado estatal, y tenían el apoyo directo del presidente (Bejarano, 2001). (Ramírez, M.C. & Iglesias, J., 2010: 543).

El estudio de la violencia muestra las diferentes luchas en las que estuvo inserto el poblador rural del Caquetá. Muestra también las dinámicas de la esfera económica y las relaciones que se establecieron entre los campesinos y los grupos armados, tanto estatales como no estatales. También las diferentes formas en las que la violencia se expresó en el territorio, por ejemplo, en un norte ganadero y que convivía más con la presencia de las FARC con una región sur del departamento que tuvo que enfrentar la arremetida paramilitar.

Wacquant define al neoliberalismo como la reingeniería y la reorientación del estado como una agencia que configura las reglas y fabrica las subjetividades, las relaciones sociales y las representaciones colectivas apropiadas para construir la ficción de los mercados reales e importantes, en este caso, los mercados ilegales y los mercados legales. El cultivador de coca, sus vidas y sus discursos son parte de este fenómeno; este clima de intimidación y persecución no solo debe verse en las afectaciones físicas sino también como un escenario que permite la construcción de subjetividades y clasificaciones específicas sobre la población, en este caso, el campesino fue recipiente de estigmas como el de “delincuente” y “auxiliar de la guerrilla”.

Todas estas “luchas” (anti-insurgentes, contra las drogas), suponen la construcción de un enemigo: el campesino y la campesina caqueteña pasaron a ser vistos por el estado desde la colonizadora sin raíces y un residuo del sistema económico capitalista hasta una auxiliar de la insurgencia, una delincuente o una persona que necesita ser “educada en la legalidad”. La “lucha contra las drogas” se ha alimentado de este discurso y ha dinamizado otros más que legitiman esta violencia que viene desde el estado colombiano y el resto de actores armados y en los que se basa la construcción de una política social centralizada en la que los campesinos y campesinas del Caquetá no tienen voz.

Los campesinos del Caquetá fueron señalados como enemigos o por lo menos ciudadanos de una menor categoría. La situación se ha agravado recientemente con la creciente explotación minero-energética en la región, exacerbando los conflictos socio-ambientales con la incursión petrolera en este departamento en medio de la relativa tranquilidad que ha traído el cese al fuego bilateral. Según Wacquant, el estado es visto como una maquinaria institucional específica que influye en la configuración de la ciudadanía (Wacquant, 2010). Por ejemplo, la defensa de Uribe a la inversión extranjera la empresa privada y a los terratenientes del país moldeó un tipo de ciudadanía específico, definió quiénes tenían derecho a ser parte de la ciudadanía y quiénes no; los campesinos y campesinas cultivadoras de coca fueron insertados como sujetos subordinados que necesitaban ser “dirigidos” por el camino “del bien”, de la “legalidad” o castigados por su carácter de “delincuentes” y “guerrilleros”.

Concordamos con Maldonado sobre ciertos patrones comunes que comparten las regiones que producen cultivos de uso ilícito: que son zonas templadas o semi-tropicales, que han vivido procesos de colonización territorial y han sufrido el deterioro económico resultado de integraciones asimétricas al mercado global. En el Caquetá ocurrió así con la quina y el caucho a finales del siglo XIX y principios del XX, que dio impulso suficiente a la ganadería y a finales del siglo XX a la economía regional de la coca. Ha habido un continuum extractivista que caracteriza la manera en que la Amazonia ha sido integrada al mercado global capitalista (Maldonado, A., 2012: 572).

Como ha señalado Maldonado (2012) y Vásquez (2015), las economías regionales de la coca no surgen en medio de territorios donde el estado ha estado ausente, o es fallido. Esto lo que permite es la justificación para la intervención militar. Todos los procesos de transformación de actividad

extractiva (quina, caucho y ganadería) han sido fuertemente influido por decisiones del estado colombiano sobre la región como el traspaso de tierras a caucheros huilenses (convertidos en ganaderos) a cambio de las vías de comunicación construidas por ellos (Ciro, E., 2008) o los proyectos nacionales e internacionales de promoción y fortalecimiento del Caquetá como territorio ganadero. Son procesos similares que han sido evidentes en lugares como Chapare, en Bolivia, como señala Maldonado o el Alto Huallaga (2012) ⁶⁹,

Los procesos que han configurado las regiones de drogas son una respuesta a la forma en que los estados han manejado los términos de población, territorio y seguridad para salvaguardar soberanías y fincar subordinaciones subregionales (Maldonado, 2012: 581).

En la dirección de Roseberry, las pistas para comprender al campesino cocalero están en la comprensión de su lugar en el proceso de construcción del estado nación colombiano y en general del latinoamericano. De ahí la necesidad de esta investigación de entender regionalmente su configuración histórica y su relación con el estado.

Dos particularidades se pueden señalar en torno al caso colombiano en el Caquetá específicamente. Por un lado, el ejercicio de la violencia política sobre el territorio caqueteño ha determinado radicalmente la relación entre los campesinos y el estado colombiano. Y por otro lado, el papel de la guerrilla como un actor que controla los compradores y establece impuestos sobre el mercado de la pasta base.

Una de las consecuencias de este escenario de violencia en el que se ha instalado la ganadería y la coca como opciones es la diferenciación social, no solo económica sino también la que tiene que ver en la forma en que se relaciona y concibe el campesino lo legal y lo ilegal. Unos se dedican a la ganadería, otros a la coca, otros más alternan ambos. Unos la conciben como una forma de aspirar a la legalidad, otros como una carrera difícil de dejar a un lado; unos son medianas propietarios, solo que carecen de títulos; otros son pequeños propietarios cuyo título es legal pero difícilmente pueden vivir de una actividad legal por la falta de un mercado agrícola estable. Su relación con los grupos armados también es múltiple; algunos apoyan la insurgencia porque sus hijos están ahí, otros se desplazaron para evitar negociar con ellos, otros tuvieron que callarse ante la arremetida paramilitar y otros están cansados del control guerrillero. Resultado de décadas de violencia es toda esta variedad de pobladores que convive en el territorio del Caquetá y los múltiples proyectos de nación que se les intenta imponer; actualmente los caracteriza que tienen que convivir con un mercado común: la coca. En los próximos años deberán cohabitar con la incursión petrolera y tal vez, aún con la criminalización del cultivo de coca.

⁶⁹ En Chapare los migrantes crearon sindicatos (en el Caquetá fueron Juntas de Acción Comunal) que distribuyeron tierras, crearon sistemas de justicia y grupos de construcción de obras públicas.

CAPÍTULO 3. **Poblando el campo del Caquetá: fundar, sobrevivir y producir**

Esta investigación argumenta que el cultivador de coca es parte de un proceso de adaptación del campesino andino a un nuevo entorno, caracterizado por las condiciones particulares del ecosistema piemontano y amazónico, la violencia del conflicto civil y el narcotráfico, y la falta de garantías desde el estado colombiano para su sobrevivencia y para conectarse de nuevo al mercado agrícola.

Es así que cuando hablamos de “campesinos”, nos referimos a los pobladores rurales que tienen múltiples actividades, no son solamente agricultores, sino que también son ganaderos, por ejemplo, y a las diferentes estrategias de sobrevivencia que los *campesinos* despliegan y por lo tanto sus identidades. La aproximación al estudio del campesino cocalero del Caquetá corresponde al creciente interés por pensar nuevas formas en las que lo rural y lo campesino persisten y surgen en el mundo contemporáneo. Para esto, es necesario problematizar las dicotomías tradición-civilización que se traducen en las maneras convencionales de comprender al campesino. Al contrario, como afirman Llambí y Pérez es necesario involucrar en el análisis del poblador rural y surgimiento del campesino cocalero “la teorización de las transiciones. Es decir, la contextualización histórica de los procesos de cambio social estructurales y sus manifestaciones territoriales. Dos, la teorización de la agencia. Es decir, el análisis del papel de los diferentes actores sociales en estos procesos. Tres, la teorización del espacio. Es decir, la contextualización territorial de los procesos de cambio estructurales” (2007; 42). El surgimiento del cocalero no puede entenderse por fuera del análisis del estado nación colombiano en la Amazonia colombiana y de la vida de los pobladores rurales en su construcción.

En este capítulo analizo la manera en que los campesinos representan los obstáculos para desarrollar su vida y su actividad productiva, esta lucha por conectarse de nuevo con los mercados agrícolas legales. Este trata la vida cotidiana del campesino cocalero en su actividad productiva y en su relación con el estado, por ejemplo, en términos de las garantías productivas y de vida de las cuales carecen, y de la forma en que las narraron en las entrevistas.

En el capítulo anterior se estudiaba cómo la construcción del estado nación colombiano en el Caquetá ha consistido en un ejercicio de violencia y de estigmatización con los cuales este legitima una serie de políticas públicas; “la lucha contra las drogas” es la más reciente herramienta. Lo que supone este capítulo es que no es un proceso de arriba hacia abajo, en la construcción de subjetividades también hace parte fundamental el campesino y la campesina cocalera, ellos experimentan y perciben este contexto.

No solo son discursos creados por el estado nación y la política internacional para el control de la población, del territorio, de los recursos o de formas ideológicas sino también estos discursos producen estigmas específicos, posicionan a los campesinos y son transformados por ellos en su vida diaria para poder vivir. Roseberry señala la importancia de comprender la cultura como creación cultural pero también como productora (Roseberry, 2002), así, por ejemplo, el discurso de la “ilegalidad” de los cultivos ilícitos no solo es una creación de una coyuntura política y económica específica sino también los campesinos y campesinas construyen un significado de lo legal/ilegal en

reflejo de sus experiencias y de sus trayectorias de vida, le otorgan un sentido al papel del estado en la región, la manera en que perciben la violencia, el poder, la vulneración de sus derechos y sus vidas como campesinos.

La Violencia es entendida como un proceso cruento de desarraigo campesino masivo. No solo los expulsó de sus tierras sino que los desarticuló de las redes agrícolas de intercambio. La colonización significó una fractura en la dinámica económica rural del país, por lo tanto, una ruptura en la vida de sus protagonistas principales, los campesinos. Esta fractura significó el aislamiento de miles de familias campesinas de los mercados agrícolas, que quedaron en una especie de autarquía dependiendo de sus capacidades y de la selva. Y desde este punto reiniciaron la conformación de un mercado agrícola caqueteño.

Este capítulo lo organicé de la siguiente manera. En primer lugar doy cuenta de cómo los colonos, campesinos recién llegados al Caquetá, empezaron a articularse de nuevo con la tierra, con el estado y la comunidad. Posteriormente, señalo tres elementos que ellos expresan para entender el camino que han transcurrido estos colonos en convertirse campesinos caqueteños: el acceso a los mercados, a la propiedad y la mano de obra familiar.

Estas experiencias se construyen a partir de lo narrado por los campesinos, por lo que no solo expresa las condiciones en que hacen su vida en el Caquetá sino también por la manera en que ellos perciben y conciben al estado y le dan sentido a lo que ellos le demandan en su vida diaria.

Identidades y experiencias de los colonos

El colono caqueteño fue un campesino mercantil desarraigado, aislado en la selva. Quedó en sus manos la capacidad de adaptarse y aprender de esta, con ayuda de los que iban llegando o lo recibían. Esta sección muestra qué significa para los campesinos esta etapa en sus vidas.

Los cocaleros tienen sus raíces en esta colonización, son colonizadores o hijos de colonos⁷⁰. Esta característica representó la configuración de un nuevo sujeto social, que se había adaptado a nuevas condiciones de la tierra, del clima, de los cultivos y los animales. El campesino, como un hombre de saber y de práctica, tuvo que reaprender y apropiarse de este nuevo entorno.

¿De dónde provienen? ¿Cuáles son sus orígenes? Dentro de la herencia campesina de los colonos e hijos de los colonos entrevistados sobresale el papel de la actividad cafetera; poco menos de la mitad de los campesinos entrevistados que son colonos o hijos de colonos se refirieron al café como fuente de sustento familiar de sus padres o abuelos antes de migrar al Caquetá, como lo señala Don Roberto,

¿Cómo era esta vida como recolector de café?

Era una vida muy dura, porque la cosecha de café se da en tiempo de mucha lluvia entonces por lo tanto uno todo el día está mojado. Es una experiencia muy tremenda. Yo nací y fui criado en una finca productora de café y por lo tanto... es un trabajo muy arduo, es muy extenuante, mucho sacrificio... (Entrevista 25, Don Roberto, 47 años).

⁷⁰ Más de la mitad de los entrevistados son hijos de colonos o colonos.

Este cambio de vida, sea del café o de otra actividad, iba acompañada de imágenes sobre lo que esperaban encontrar en el Caquetá. Con base en las entrevistas se puede inferir que la oferta de tierras del Caquetá y su capacidad agropecuaria se convirtió en un atractivo para los campesinos y campesinas andinas. En las opciones de estos estaba migrar a la ciudad o al campo, y quienes llegaron al Caquetá habían decidido apostarle a este último.

Así, las percepciones sobre el Caquetá giraron en torno al acceso a la tierra en una región que prometía agricultura⁷¹. Por ejemplo, Don Juan comentó que su padre se casó, vivió un tiempo en el Huila y luego decidió venirse con su familia al Caquetá,

mi papá sí me comentaba que él en una ocasión que él hizo un viaje le gustó el modo del Caquetá, como para vivir, para el trabajo. A él le gustó mucho lo de la agricultura, porque en ese entonces se daba muy bueno la agricultura y a él le gusta mucho la agricultura (Conversación Grupal 4, Don Juan, 39 años)

También se refirieron en las entrevistas a los recuerdos de la década del cincuenta y del sesenta en el Caquetá como una región prometedora para la agricultura. Por ejemplo Don Alejandro relató que en la década de 1960 sacaban el plátano y arroz en mulas para Neiva. Eran los tiempos en los que el “Caquetá tenía comida”, que se vendía con el apoyo de los silos del IDEMA y tiendas al por mayor. Recordó que esos silos existieron hasta la década de 1980 en Itarca; estos servían para recoger el arroz que compraban, y después lo dividían, lo pesaban y lo revendían. También había ganadería pero era más agrícola y la gente con eso se sostenía (Entrevista 60, Don Alejandro, 40 años).

Posteriormente, la promesa de tierras para la agricultura de las primeras colonizaciones contrastó con más recientes percepciones. En la década del ochenta, el panorama del conflicto se extendió con mucha violencia en el departamento y la llegada de la coca lo empeoró. Los colonos de este periodo encontraron otras condiciones; el relato de Francisco ilustró este cambio,

En esa época el Caquetá era visto como una zona peligrosa de muerte y narcotráfico. La visión no era alejada de la realidad, muchos querían acabar con la mafia, la guerrilla... Lo primero que me dijeron cuando llegué es que de dónde era, como no era del Caquetá, me dejaron pasar porque me dijeron “si usted es del Caquetá es porque usted es guerrillero”... y era cierto [risas]. (Entrevista 32, Don Francisco, 50 años).

La actividad colonizadora muestra la manera en que ellos se relacionan con el territorio caqueteño y con la selva⁷². Por ejemplo, Don Darío inició su entrevista con la frase “Y la vida mía ha sido la selva”, y Doña María a lo largo de su relato expresa su relación con la selva así,

A mi me mandaron a Yurayaco, a los 7 años. Con una pareja. Por eso yo quiero tanto la selva, porque para mi la selva fue un paño de lágrimas...
[....]

Pues para mi la selva es muy sagrada, yo quisiera tener una casita con árboles. Yo soy muy feliz, por ejemplo, en Portales de la Fragueta, esos lugares tan bonitos. (Entrevista 45, Doña María, 52 años)

⁷¹ El establecimiento de la colonización significó para los campesinos una “batalla contra la selva”. La imagen de la selva se basó en el peligro y lo primitivo, lo que era necesario “domesticar” y derrotar. De ahí que el proceso colonizador fue también una transformación radical del paisaje, que resultó en la destrucción de miles de hectáreas donde por ejemplo la madera se perdía, como comentó Don Eliécer. Hasta hace pocos tiempo, ha crecido la idea acerca de la protección del medio ambiente entre las juntas de acción comunal campesinas, por ejemplo, reglamentos sobre regular la tumba de montaña (Notas de Campo y entrevistas con campesinos).

⁷² La selva en la construcción del estado-nación ha sido vista desde la política o la literatura a través de categorías como las de “infierno”, “incivilizado”, “el dorado”, “territorios nacionales”. Menos se ha estudiado la manera en que los campesinos colonizadores de la selva la han concebido y se han relacionado con ella en este marco de dicotomías.

Y más que una conexión con la naturaleza, en el relato de Doña María la selva aparece como el espacio de protección; la selva es el lugar adonde ella huye con su hijo cuando se separa de su primer pareja, donde encuentra trabajo mientras tiene su segundo bebé y donde aprende a leer. Es el lugar de promisión para poder mantenerse porque además es el lugar en el que se ubican en este periodo las plantaciones o enclaves de coca que emplearon a mucha población campesina y les dio el sustento económico. Ella nombra esta relación varias veces en su entrevista como “y busqué la selva”.

En estos relatos de colonización también sobresalen dos ideas: la ilusión y el sacrificio. Los términos que utilizan como “fundar la finca” o “abrir el monte” se convierten en expresiones básicas de conexión y apropiación del territorio como la transición a la independencia⁷³. Por ejemplo, ellos hacen la distinción entonces cuando hablan de esta colonización, pues no es cualquier finca, las denominan “fincas de colonización”, “de fundación”, diferente a “las mejoras” que son las tierras que ya les tumbaron la selva o tienen desmonte y han tenido algún cultivo o están listas para cultivar. La manera como se nombra la propiedad son muy importantes, tanto para los campesinos cultivadores de coca como para los que no cultivan. Muchas veces en las entrevistas ellos mismos hicieron las correcciones, como por ejemplo, “yo no tengo cultivo de coca, yo tengo una parcela, un cultivo es algo grande”. En el lenguaje cotidiano es importante diferenciar bien la finca y la hacienda. El tamaño de la propiedad es central no solo en un contexto donde el acceso a la tierra es tan importante, sino donde la distinción social y económica se basa en el número de hectáreas y reses que se poseen.

Las ilusiones de tierra propia son claves en la colonización. Por ejemplo Don Eliécer es hijo de colonos huilenses nacido en Belén, tiene 50 años y no ha cultivado coca pero vivió la llegada de la mata a su región. En su relato enfatizó su preparación en la educación y cuenta cómo fue su proceso “abriendo finca” y las ilusiones que tenía:

Y yo siempre dejé a mi señora y a mis hijas en la finca paterna y me iba a abrir el fundo, como le llamábamos nosotros. Y en tres o cuatro años armé yo una finca, con una perspectiva y por mi cuenta yo seguí estudiando veterinaria, y entonces yo dije aquí voy a plantar mi ganadería, y seguí como haciéndola al acomodo de uno, para más adelante no bregar, sino la casa, el establo, la cochera, el establo con pesebrera y adecuación para la parte de inseminación artificial que fue lo que yo pensaba.

La aspiración de esa época de uno era 30 hectáreas de montaña, tumbárlas y quemárlas, sembrárlas y poner uno maíz, arroz y el pasto, el resto era potrero. Eso era lo que uno pensaba, uno no tenía otra visión. Y la ganadería era la que hacía [el dinero]; primero el maíz y el arroz, y segundo, la que quedaría generándole a uno el ingreso permanente sería la ganadería. Ese era el pensamiento (Entrevista 58, Don Eliécer, 50 años).

Este plan de vida con base en la ganadería y el pancoger fue común entre los campesinos entrevistados. Este se basaba en la ilusión era tener una finca propia y de “quitarse el jornal de encima” (Entrevista, Don Alejandro, 40 años).

La colonización cocalera también es parte de estos relatos. Don Javier, campesino hijo de colonos desplazados de La Violencia que llega con meses de edad a El Doncello en el Caquetá, donde creció,

Mi ilusión siempre fue tener finca entonces nos fuimos a Solano a colonizar. Antes estaba muy solo, ahora está muy lleno.

⁷³ “La principal actividad desarrollada por esta población inmigrante era la del desmonte de selva. Si en el periodo de 1962 a 1965 anualmente se desmontaban para el cultivo 4090 has, y una familia de colonos desmontaba entre 2 a 5 has. al año, encontramos que un promedio de 1168 familias de colonos se ocupaban anualmente en el desmonte de selva y su conversión en pradera” (Ciro, 2009).

¿y cómo es eso de colonizar?

Antes eran puros hombres solos, después uno se busca una compañera y va fundando. Yo entré con mi primo y con dos hermanos. A punta de hacha entramos y nos dividimos en dos sociedades. El primer año tumbamos 6 hectáreas y sembramos yuca, plátano, arroz, maíz, caña y pasto. La visión es que habiendo comida no hay necesidades, el día que no hay comida, no hay nada. Después pensar tener una vaca, ni soñar. Llegamos sin nada, solo con una peinilla y a trabajar con ilusión.

Tuvimos ayuda del señor José Rojas, el patrón. Ese señor fue muy buen consejero, por él cogimos tierra y tuvimos mucho apoyo. A él le trabajamos en la coca, como raspachines, eso era lo que movía la economía por allá....

A los dos años vendimos, llegó un señor proponiendo hacer un cambio, él se enamoró de esa tierra y negociamos (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

No obstante, cumplir su aspiración de tener una finca propia no era un proceso fácil. En los relatos de los campesinos entrevistados enfatizan el esfuerzo y los sacrificios como experiencias centrales de este objetivo. Una descripción de lo que implica “abrir monte” la hace Doña María, campesina del Huila que la envían al Caquetá cuando era apenas una niña tras una crisis económica y familiar,

... porque yo a la edad de unos siete u ocho años, yo duré ocho años donde Fanny, cuando ya se desbarató el matrimonio de papá y mamá nos regamos unos para una parte y otros para otra....[....]A mi me cogió una señora, por allá para las tierras baldías de Yurayaco, en ese tiempo la banca iba ahí adelantico a una vereda que le llaman La Recreo, de ahí para allá era a pie, más o menos unas cuatro o cinco horas a pie por barriales que le llegaban a uno al pecho y me metí por allá para la selva, pura selva, baldía, y pues por allá duré ocho años con ellos.

¿Ellos qué tenían allá?

Ellos se fueron a coger tierras baldías a trabajar, sembrar arroz, plátano, yuca...

Doña Carmen (Madre de María): jajaja, maticas de yuca, jaja, de hojita... (de coca).

Doña María: No mamá, en ese tiempo no existía la coca. No, no, no, en ese tiempo era comida, y aserrió. Nosotros llegamos allá a un *campuchito* en plena selva de pura palmita, y dormía uno en una parcelita de puros palitos, a uno le tendían tulas o cartones, mientras ya se sacó madera para hacer la casa.

Y cuando entramos allá el médico de nosotros en la selva era el Indio Apolinar⁷⁴, ese era el médico de nosotros, pues Dios y la Virgen, primeramente Dios y la Virgen, por encima de todo está Dios. Ese señor era el que cualquier cosa... picaduras de culebras, picaduras de cualquier animal, picadura de raya, él era el que nos facilitaba los remedios así y él nos daba cuando recién estábamos allá íbamos allá donde él y nos regalaba una sepa de una vaina que le llama bore, que eso se le echa a los pescados también.

[...]

De salir a la calle llevaban panela y llevaban sal para salar y así supervivíamos (sic) de eso, al año que llegó comida y ya se tumbó montaña para sembrar arroz y plátano.

Allá desde los 7 años aprendí a utilizar la peinilla y a zocular montaña, o sea se va limpiando lo que son bejucos y todo eso, y ya la tumba esa era con hacha, eso la hacían los hombres. Luego se quemaba y luego sí se sembraba comida (Conversación Grupal 2, Doña María, 52 años).

Los colonos tenían la motivación central en fundar su propia finca, tener su propia tierra donde poder instalar su actividad campesina o ganadera. En estos relatos ellos insisten también el sacrificio, en que estaban solos y levantaron su finca por sí mismos y con mucho esfuerzo. Para los campesinos entrevistados, este proceso de transición en la migración familiar a una región inhóspita, jugándose la

⁷⁴ El “Indio Apolinar” es uno de los grandes Taitas del pueblo Inga en el Caquetá. Un personaje muy importante en la historia local de la región, particularmente del área de Yurayaco.

vida y partiendo de la ilusión de tierras, significó sacrificio y esfuerzo. Por ejemplo Ana, una mujer de 32 años que vivió en el campo hasta los 17 años,

¿y su familia?

Somos cuatro hombres y tres mujeres. Dos no nacieron en La Montañita, de resto sí. Nosotros trabajamos fuertemente como colonos, abrimos esa parte y nos fuimos para la montaña.... Y desde ahí hicimos una finca de 2 o 3 hectáreas y allí nos llevaron y crecimos. Eso fue bastante esfuerzo, no había transporte, todo era a pie. Ellos cuentan que para llevar la economía, la remesa, tenían que cargar 4 horas al hombro. Mientras tanto cultivábamos maíz, teníamos cerdos y así sacaban y vendían. Así subsistíamos [Entrevista 46, Ana, 32 años].

Doña Rosa relata los retos para subsistir a partir de la caza mientras se cosechaban el pancoger. Ella fue colonizadora proveniente de Natagaima, Tolima, que llegó en la década de 1950 al piedemonte caqueteño traída por sus padres junto con sus 4 hermanos, quienes llegaron a un desmonte sin dueño, donde construyeron la casa y vivían de la caza de animales de la selva. También vivían del maíz y de las gallinas, “Eso fue muy duro, tocó aguantar mucho” [Entrevista 52, Doña Rosa, 65 años].

Otro relato que enfatiza el esfuerzo de tumbar montaña en esa época lo hace Don Santiago, campesino cocalero de El Paujil, uno de los 10 hijos de una pareja de migrantes de tierras de altiplanicie en Cundinamarca,

Como mi papá era guapo para el trabajo, nosotros fundamos eso a punta de hacha, fueron 90 hectáreas. En un año, tumbamos 25 hectáreas entre 3 hermanos, toda la madera se perdía. Hoy en día por lo menos hay motosierra, eso sirve para sacar madera, pero en esa época era a punta de peinilla para la roza, con pala. Ahora hay guadaña, eso es la tecnología. Antes bajábamos los árboles con serrucho, ahora hay motosierra. Antes para fumigar había una bomba que uno se cargaba al hombre, ahora no, hay una bomba estacionaria que uno cuando va a fumigar, jala la manguera [Entrevista 50, Don Santiago, 45 años].

Este momento de “abrir monte” se percibía como una “lucha contra la selva”, un obstáculo a vencer y cuyo ideal campesino era crear un potrero, aún desaprovechando hasta la madera que podían extraer y vender. Esta lucha implicaba cazar, aguantar mientras “domesticaban” el terreno con el pancoger, y desplazarse lejos de los mercados y los pueblos⁷⁵.

Estos relatos del proceso colonizador resaltaron también el papel activo de la comunidad en la colonización y la búsqueda por conectarse al mercado y crear espacios como la escuela. La narración Don Roberto lo muestra así,

¿Y qué encontró?

La exuberancia del terreno, la madera, mucha fauna, mucha fauna acuática, mucho pescado, había mucho mucho, era una fortaleza eso. En el 90 había una fortaleza lo que había en esa zona. Y entonces pues ahí ya, llegar a La Macarena y hasta un estrecho, un estrecho que hay,

⁷⁵ Esta forma de comprender la selva por parte del colono aún persiste. Además de ser el Caquetá una de las regiones de mayor deforestación del continente, la protección del medio ambiente, de las fuentes hídricas y de la fauna es un tema que ya lentamente aparece dentro de las preocupaciones de las Juntas de Acción Comunal como se pudo constatar en las entrevistas y visitas de campo. En una de las visitas, una campesina que administraba una parcela de coca comentó que la noche anterior habían matado con una pala un chigüiro, simplemente porque lo habían encontrado escondido. Cuando lo vieron muerto se dieron cuenta que era hembra y estaba preñada. Es la misma pelea que tienen los campesinos que tienen ganado con las boas en los pantanos o con las babillas en los ríos. En otra visita, en el camino había más de 50 hectáreas desmontadas recientemente para meter pasto pero se dieron cuenta después que el pasto no crecía ahí. Ahora no sabían qué hacer con lo talado y habían destruido un ecosistema difícil de recuperar. Con la reciente incursión petrolera, una nueva ola de conciencia sobre el territorio y la defensa del agua ha surgido a partir de la creación de la Comisión por la Defensa del Agua y el Territorio en el sur del departamento y de la Mesa Regional por la Defensa del Agua y del Territorio a nivel departamental (www.Alaorilladelrio.com).

y continuar Río arriba hasta arriba nos asentamos y ahí trabajamos hasta organizar las fincas, empezando desde luego a construir caminos, a construir escuelas, a construir vías, a construir. Todo lo construimos nosotros, y nosotros empezamos desde cero, desde romper la montaña, desde romper ese monte, a tumbarlo, a sembrar pasto, a sembrar plátano, yuca y el pancoger, todo lo que es de nosotros y ahí empezar a centrar una que otra res para el sustento, para la leche, y ahí se fue entrando la leche, se fue fundando y ya se fue fundando la gente, primero entrando por río y ya luego se dio la carretera de San Vicente allá a la zona” [Entrevista 25, Don Roberto, 47 años].

Otro elemento de organización comunitaria que señalan los entrevistados tiene que ver con el ordenamiento territorial a través de la fundación de veredas y de personerías jurídicas. Las respuestas sobre su origen y su lugar de residencia, los campesinos señalaban su rol (y con orgullo) como fundadores de veredas, un elemento central de su identidad colonizadora,

Mi papá vendió la finca y se van de El Doncello a Solano, Vereda el Sábalo. Él es uno de los fundadores en 1987, el 2 de Octubre de 1987. [Entrevista 33, Don Javier, 50 años].

Yo soy fundador de la vereda Villavicencio, en El Paujil. Yo nací en El Paujil pero mi papá es de Chiquinquirá. La fundamos en el 67 y logramos la personería jurídica en el 75. Lo primero que llegó fue un profesor, fue la primera ayuda. Nosotros hicimos la escuela. [Entrevista 34, Don Jorge, 47 años].

Esta apuesta por lo comunitario, que les permite enfrentar el reto de adentrarse en la selva, va paralela con esta apuesta de la comunidad de ir organizando espacialmente el territorio en forma de veredas, la unidad más pequeña que el Estado usa para la administración del territorio, y de juntas de acción comunal por medio de las personerías jurídicas, figuras creadas por el estado colombiano. Ellos se convierten en agentes de transformación y ordenamiento tanto del paisaje (de la selva a la pradera) como del territorio. A esto se suman las escuelas, una preocupación central de la comunidad campesina y que se ha construido por iniciativa de estos, y las fondas, como el espacio del ocio en el campo⁷⁶.

Todos estos son mecanismos que surgen como formas de arraigarse al territorio en esta transición de colonos a campesinos caqueteños, a través de los lazos con la comunidad, con la tierra y por supuesto, con el estado y el mercado agrario. Estas identidades campesinas, lejos de la estigmatización a las que el estado colombiano las ha expuesto, son asumidas con orgullo.

Escenarios de la distribución de la tierra en el Caquetá

Los campesinos y campesinas cocaleras no son un grupo homogéneo. Parte de esta heterogeneidad descansa en las diferencias en el acceso (legal) a la tierra por ejemplo durante el proceso colonizador.

La colonización caqueteña es un ejemplo de apropiación del territorio. Es la base de la reproducción social de los campesinos y campesinas, en la que se materializa la relación del campesino con el estado. Ellos fundan veredas y juntas de acción comunal y extienden las reglas del

⁷⁶ Estas fondas tienen básicamente una tienda, un bar o un billar. En una de las que se encontraron camino a una de las visitas a un cultivo de coca, se encontró un letrero del programa del Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones de Colombia de que era un punto de conexión de internet del estado. Esto contrastaba con una vereda que a duras penas tenía una vía medianamente transitable que en época de invierno no podía ser utilizada.

juego comunitario, buscan consolidar un mercado de tierras y la propiedad legal (Arcila Niño, Gonzalez León, Gutiérrez Rey, Rodríguez Salazar, & Salazar, 2002)⁷⁷.

Esta dinámica de apropiación de la tierra se refleja en las dos principales actividades económicas del departamento: la coca y la ganadería. Entre ambas se reflejan las relaciones entre lo ilegal y lo legal y los proyectos de nación impuestos sobre este territorio. La aspiración de los campesinos entrevistados, y de la mayoría de pobladores del departamento, es ser ganaderos; tener su potrero y establo, y levantar sus reses, sea para engorde o para la leche⁷⁸. El discurso del Caquetá como despensa ganadera impuesto por los proyectos de nación promovidos por las élites ganaderas huilenses se enraizó con fortaleza en los proyectos de vida de los pobladores caqueteños.

Estos proyectos de nación - ser ganaderos, ser cocaleros, ser campesinos- se reflejan en el diario vivir que los campesinos relatan sobre su vida en el Caquetá, en este apartado se muestra el que tiene que ver con el acceso a la propiedad legal. Esta tensión legal e ilegal y las aspiraciones con respecto a la ganadería las expresa Don Pedro claramente,

Todos por allá [Unión Peneya] quieren la ganadería, pero las vías no sirven para nada, por allá no hay quien compre la leche. Y sacar del pueblo cuesta más. Eso es difícil para uno ¿qué alternativas? ¿Cambiar a los ilícitos? Con el ganado uno progresa por mejoramiento genético, con razas ganaderas de calidad, que le den calidad. Que uno tenga 15 vaquitas pero que sean buenas vacas, que uno pueda sacar 100 litros de leche, de ahí uno se puede mantener y puede mejorar. (Entrevista 30, Don Pedro, 45 años).

Cuando se habla de cultivar por necesidad, no se tiene en mente a un campesino que busca apenas sobrevivir, pasivo a la espera de una ayuda sino de actores que buscan mejorar, aumentar su finca, el número de animales, las hectáreas sembradas, la tecnología y la producción. No se conforma con recibir mensualmente el mínimo sino que varios de los entrevistados señalaron su aspiración por la movilidad social, como don Pedro cuando insistió “el campesino, nosotros, nosotros somos como todo el mundo, lo que queremos es mejorar, cada vez hacer mejor las cosas, ganar más, ir comprando cositas, como todo el mundo. Por eso la coca era buena...” (Entrevista 49, Don Pedro, 45 años). La coca entonces resuelve lo básico, sobrevivir, pero también la promesa de mejorar, de construir un futuro al que se aspira.

Y es inevitable que en esta tensión entre coca y ganadería, el papel estado en el Caquetá sea también objeto queja,

Por acá se da ganado, bueno, da leche. En el Líbano, la Unión, saca mucha leche pero sin carreteras, ¿quién la compra? ¿quién entra allá? También hay porcino y la agricultura, la yuca y la caña. Eso es para el sostén de la familia. Para mi no es difícil, no es difícil. Dejé de tener eso [coca] pero tenía tierra y recursos. A mi me gustaría tener 10 vacas, poquitas pero bien seleccionadas. Pero necesitamos inversión, asistencia técnica, pasto, semillas. Préstamos, pero con garantías. Con un tiempo muerto para obtener las utilidades, y con intereses bajos. Los préstamos que dan son como de 5 millones y ya toca pagar, la producción así no da (Entrevista 30, Don Pedro, 45 años).

⁷⁷ A pesar de la disponibilidad de tierras, la economía de la coca había atraído para la década de 1980 una población campesina sin tierra que aparecía en las estadísticas de la época. La categoría “otros” de la encuesta sobre tenencia de tierra en el Caquetá hecha por el PNR corresponde al 7.2% de las familias encuestadas. La mayoría de estos son personas sin tierra, principalmente jornaleros o raspachines de las plantaciones de coca, también mayordomos, que estaban en la parte baja de la cadena de producción de coca en específico, pero también de la actividad agrícola del Caquetá. (Arcila Niño, Gonzalez León, Gutiérrez Rey, Rodríguez Salazar, & Salazar, 2002: 100)

⁷⁸ El campesino tiene en general parcialmente resuelto el acceso a la tierra en la región pero no tiene ni la tecnología para el desarrollo de pastos adecuados, ni la capacitación para aplicar una ganadería amigable con la fragilidad del territorio amazónico. Tampoco el dinero para invertir en razas que les permitan mejorar la productividad, tanto para producir leche o carne. Una de las formas de establecimiento de ganaderías en la región consisten en el ganado “avaluado”, un tipo de renta de reses en la que se liquida cada cierto tiempo lo producido entre el dueño de la tierra y el dueño de los animales.

La crisis del campo está compuesta por diversos elementos que se refleja en la multiplicidad de obstáculos (acceso a la tierra, propiedad legal, inversión, infraestructura, etc.) y la diversidad de campesinos coccaleros que hay en la región: algunos son medianos propietarios sin propiedad legal, otros son pequeños propietarios con papeles, algunos no tienen nada, ni propiedad ni papeles y arriendan en terrenos de otros, algunos tienen acceso al crédito, tienen tierras y papeles. Los coccaleros, en general dueños de una o dos hectáreas de coca, pueden ser medianos propietarios que tienen una ganadería, pequeños campesinos que tienen algunas vacas que cultivan un plante, campesinos sin tierra que arriendan o son jornaleros.

La cuenca ganadera del Caquetá se caracteriza por tener formas de explotación extensivas y de bajo componente tecnológico. Según informes oficiales, en el 2009 se contaban poco más de un millón de cabezas de ganado bovino, principalmente ubicadas en San Vicente del Caguán (45.1%), seguidas por Puerto Rico (10.9%), Cartagena del Chairá (6.7%) y Florencia (5.5%) (Alliance, 2014: 2).

Las críticas sobre el modelo ganadero instalado en el Caquetá son su carácter eminentemente extractivo y las altas tasas de deforestación. Los estudios sobre este fenómeno en Colombia muestran que las mayores tasas de deforestación del país entre el 2005-2010 se ubicaron en los Andes y la Amazonía. En estas última, el Caquetá es el departamento con mayor deforestación. De las casi 9 millones de hectáreas que tiene el departamento, el 27% está dedicado a la ganadería. La capacidad de carga de esta ganadería es de 0.76 (Unidad Gran Ganado-UGG por hectárea), mientras su potencial de carga, hablando en términos de productividad en el sector, debería estar entre 2 y 3 cabezas de ganado (Alliance, 2014: 2).

Las consecuencias de esta actividad son la disminución de la calidad y cantidad de agua, el aceleramiento de los procesos de erosión y sedimentación de los suelos amazónicos⁷⁹. También el uso sub-óptimo de la tierra hace que la frontera ganadera cada vez más absorba espacios de gran valor forestal y que se abandonen tierras ganaderas que ya han sido altamente erosionadas sin ningún proceso de recuperación y una baja rentabilidad. Como afirma Rainforest Alliance, “en la ausencia de mejoras, el modelo de negocio actual no es rentable ni sostenible” (Alliance, 2014).

En términos de la estructura de la propiedad de la tierra, Vásquez señala que no estamos hablando de una región donde la dicotomía sea latifundio y minifundio; históricamente se ha consolidado una mediana propiedad muy representativa acompañada de la consolidación de la economía ganadera y la colonización. Entre 1971 y 1991 se mantuvo el predominio de la mediana propiedad, lo que lleva a Vásquez a concluir que el departamento tiene una estructura bimodal con predominio de la mediana propiedad (Vásquez, T., 2015). La bimodalidad de esta estructura resulta de la economía ganadera, donde hay un peso significativo de la pequeña y mediana propiedad (piedemonte central y sur), y procesos de colonización (Cartagena del Chairá, San Vicente y Solano) donde hay mayor peso de la gran propiedad y residual pequeña propiedad (Vásquez, T., 2015).

El proceso de praderización va de la mano con la colonización y la consolidación de la gran propiedad desde mediados del siglo XX. Para el pequeño y mediano campesino es un mecanismo de sobrevivencia legal, una manera de insertarse en el mercado, pero para el latifundista es diferente. Entre este último existen varios grupos de los cuales resaltamos dos: las familias migrantes huilenses (o de otros departamentos) que tuvieron el capital para establecer haciendas ganaderas y vivir de ellas, o por el contrario, el que encuentra en la gran propiedad una forma de lavar dinero (del narcotráfico) o

⁷⁹ Por ejemplo, una de las principales consecuencias es el daño sobre la tierra. El uso extendido de semillas de pastos como la braquiaria esteriliza la tierra y no permite que otro tipo de plantas crezcan alrededor.

apropiársela por motivos simples del poder político y la distinción social que confiere la propiedad de la tierra más no la producción.

La colonización ofreció oportunidad de permanecer en el campo a un flujo de población campesina muy importante pero activó dinámicas de diferenciación social que la coca y la ganadería han agudizado. Entre los entrevistados, un grupo de ellos consiguió trabajo en la región como jornaleros de las grandes haciendas ganaderas que se iban formando en el Caquetá antes de tener acceso a la tierra. Otros pudieron consolidar una pequeña propiedad con papeles y otro grupo pudo acceder a una propiedad mediana pero sin documentos legales.

Estas dos zonas áreas, de colonización y latifundio, no están desconectadas o pertenecen a fenómenos aislados, son parte de un mismo proceso de integración desigual de la frontera amazónica. Dos elementos son importante resaltar: Por un lado, la falta de procesos democráticos de titulación de baldíos muestra parte de la contradicción que enfrentan los campesinos ante el capital que busca apropiarse de sus tierras y que acrecienta la vulnerabilidad del campesino por ejemplo restringiendo el acceso al crédito y a la inversión. Como ya varios autores han afirmado, la colonización como mecanismo de sustracción de tierras reproduce la desigualdad de la estructura agraria, de lo que mucho de los campesinos huían en la zona andina.

Pero también, no es un proceso de colonización-latifundio convencional: la colonización ha tenido efectos diferentes en la distribución de la tierra en comparación con el resto del país. Algunos estudios para la década del noventa indicaron el avance de la gran propiedad en Colombia, el menoscabo de la mediana y pequeña propiedad, acompañada de violencia y aumento de los cultivos de uso ilícito (IGAC, 2012: 65). La particularidad del Caquetá es, como lo señaló Vásquez, la consolidación significativa de la mediana propiedad; el problema no es necesariamente el acceso a la tierra sino la incapacidad de producir con esta tierra. La carencia de un título legal es uno de estos obstáculos.

Diferentes fenómenos se articulan en torno a esta dicotomía latifundio-colonización en el departamento que caracterizan la cuestión agraria allí y que aparecen en los relatos y las vidas de los campesinos entrevistados: el papel político, social y económico de las grandes haciendas ganaderas en el departamento, las invasiones de tierras urbanas y rurales por parte de campesinos y la desigualdad frente a la titulación de tierra entre el pequeño campesino (en especial el cocalero) y el gran latifundista (en particular el narcotraficante).

La estructura bimodal economía ganadera-colonización es un proceso histórico que viene desde la formación de las primeras haciendas en el Caquetá en la década del treinta. El ejemplo más emblemático fue Larandía, que ofreció trabajo a muchos hombres y mujeres, como a Don Sigifredo o Don Segundo que fueron mayordomos, tumbadores de monte o colonos jornaleros. Esta última experiencia es relatada por Don Segundo así,

Ya acá en el Caquetá ¿Cuántos hermanos nacen?

Ellos llegan acá en el año 49-48.... Llegan al Caquetá. Nosotros en la familia somos 8, seis mujeres y 2 hombres. Todos nacidos en el campo, todos campesinos.

...

¿A qué se dedican ahí?

Mi papá llega como jornalero a la hacienda Larandia, como contratista de montaña. Para derribar montaña.

¿Y como era la vida en esa época?

En ese tiempo la vida me cuenta mi papá y mi mamá que él llega como contratista a zocular monte y a tumbar. A pura hacha. Así fue que se hizo la hacienda Larandia en ese entonces.

...

¿Dónde vivían?

Nosotros vivíamos alrededor de La Montañita. Cuando mi papá ya tuvo un poco más de solvencia, entonces él se fue a fundar su propia finca hacia los lados de La Montañita, sí [Entrevista 23, Don Segundo, 60 años].

Esta hacienda se convirtió en un modelo de enclave ganadero y latifundio en la colonización de la Amazonia, reproduciendo el principio extractivista pero con base en la economía ganadera. A pesar de que alrededor de Larandia había también grandes latifundios, ninguno alcanzó el tamaño ni el número de reses de esta [Ciro, C.A.: 34].

Este latifundio fue un ejemplo de cómo estas haciendas se convertían tanto en foco de atracción como de expulsión de colonos y campesinos caqueteños⁸⁰. Con esta mano de obra, la Hacienda conformó un “ejército de desmonte”, que extendió los límites del latifundio selva adentro atrayendo a campesinos de todo el país. Entre 1935 y 1965, la finca creció en 25 mil hectáreas [Arcila Niño, González León et al., 2002: 61]. La expulsión de campesinos se daba cuando los colonos eran incapaces de seguir viviendo en sus colonatos alrededor de la Hacienda, los cuales esta iba absorbiendo, muchas veces de manera violenta. Los campesinos y campesinas estaban obligados a seguir selva adentro y a colonizar o trabajar como jornaleros.

Lo que los convierte de colonizadores de la selva en campesinos caqueteños precisamente es el acceso a esta tierra (con o sin papeles), el conocimiento y el saber que van acumulando sobre trabajar en el Caquetá, las relaciones de sociabilidad con su comunidad y los retos estructurales que enfrentan en una economía agrícola naciente sin el apoyo del estado colombiano. Pero estas condiciones son diferentes para todos estos migrantes, no todos logran al final tener una propiedad o tener documentos de sus tierras. Este proceso de instalación en el Caquetá está lejos de ser fácil y muchos aún, como don Darío, 40 años después, siguen esperando la promesa de tierras,

¿Y tenía su finca o como jornalero?

Como jornalero. Como siempre, como aquí.

¿Y nunca le interesó hacer su finquita?

Claro, pero eso es muy trabajoso, muy difícil. Muy difícil para hacerse uno una finca porque tiene que tener una alguna ayuda, algún crédito o alguna vaina.

....

¿En qué le gustaría que le ayudara el estado por ejemplo?

⁸⁰ Desde la década del cincuenta hay testimonios que ilustran esta situación. Por ejemplo un campesino en la plaza central de Florencia pregunta a un local sobre dónde buscar empleo y le responde “hombre, allá en la Lara, a todo el que llega le dan trabajo (...). Eso iban un bus lleno de trabajadores para donde había hecho el contrato el señor que nos había enganchado” [Ciro, C.A., 2009: 46].

Pues del estado... me gustaría pues una finquita. Una finquita. Que mediera una finquita para uno entretenerse ahí sembrando una cosa y otra. Que diga uno que es de uno.
[...]

¿Qué le gustaría entonces?

A mi me gustaría que hubiera una Reforma Agraria pero sin engaños. Que hubiera una reforma agraria sin engaños pero que saca el gobierno con sacar un poco de plata.... (Entrevista 15, Don Darío, 60 años)

La experiencia reciente de Don Darío ilustra uno de los cuellos de botella del acceso a la tierra que enfrenta recientemente el Caquetá. Este campesino de 60 años mantiene su interés por conseguir esta tierra; a los pocos meses de la entrevista, invadió con otras decenas de campesinos una finca en la vía Florencia- La Montañita, una de las tantas invasiones que han ocurrido en las últimas décadas en la región.

Las invasiones de tierras se han convertido en válvulas de escape para el acceso a la tierra tanto para hombres y mujeres del campo migrantes a la ciudad⁸¹. Es una presión por la tierra que se ha mantenido desde hace varias décadas; no es una casualidad que el barrio Las Malvinas, uno de los más importantes de Florencia, surgiera como una de las invasiones más importantes del país y que se haya apropiado de tierras de Larandia que bordeaban la capital a 20 kilómetros de la casa principal de esta.

Al margen de estos rumores, lo que se evidencia es la continuación de las tensiones por el acceso a la tierra por parte de los campesinos caqueteños. Es insostenible en términos del mercado agrícola pretender vivir de la agricultura lejos de los mercados a cientos de kilómetros de cualquier centro urbano y sin infraestructura. Muchas zonas consolidadas susceptibles a ser explotadas se han convertido en grandes propiedades del narcotráfico o en propiedades de la clase política departamental, restringiendo el acceso a tierras de los campesinos⁸².

En los últimos años, el factor del narcotráfico ha sido central para delimitar nuevos escenarios en la propiedad de la tierra. Muchos de los latifundios ahora se han consolidado en torno al narcotráfico; los grandes propietarios de tierras en el Caquetá ya no son ganaderos sino propietarios ausentes que se dedican a este negocio desde México o España⁸³. Eso se puede evidenciar en el paisaje rural sobre la carretera que conecta Florencia con Morelia o Florencia con La Montañita: grandes extensiones de tierras sin casa campesinas con reses pastando⁸⁴.

Uno de los fenómenos más recientes en términos del acceso a la tierra es el que se está viviendo en el Caquetá ante el aumento de las hectáreas cultivadas con coca. En el foro realizado en

⁸¹ Algunas invasiones no dejan de ser vistas con suspicacia. Algunos afirman que algunas veces son mecanismos que utilizan los narcotraficantes para mantener sus tierras que han sido sujetas a extinción de dominio. Utilizan a los invasores como testaferros.

⁸² La clase política del Caquetá no ha estado exenta de escándalos sobre su relación con el narcotráfico. En la última campaña a gobernación, uno de los candidatos es Arnulfo Gasca, conocido nacionalmente por nexos con el narcotráfico, tanto que tiene su propio corrido prohibido. Una alcaldesa de la capital del departamento fue reconocida porque su ex esposo era Evaristo Porras, otro reconocido narcotraficante en el país.

⁸³ En una visita a un cultivo de coca, en el camino pasamos por una hacienda, cerca de donde se desarrolló la invasión a la Hacienda Santa Bárbara. Los trabajadores nos comentaron que los dueños de la finca no vivían en el país, vivían en España.

⁸⁴ Actualmente una de las propiedades más representativas entró en extinción de dominio. Su dueño era Leonidas Vargas, jefe del Cártel del Caquetá, asesinado en Madrid en el 2009 y heredero del emporio de Gonzalo Rodríguez Gacha, alias el Mexicano, dueño entre otras, de la Plaza de Toros de Santo Domingo en Florencia y de la Hacienda el Puerto, que se extendía kilómetros entre Florencia y Morelia. Otro ejemplo es Hugo Cuéllar, dueño de la Hacienda Santa Bárbara, que hace parte de la Lista Clinton y que fue invadida por campesinos en el 2014. Don Darío fue parte de los campesinos que invadieron la finca, pero pronto fueron desalojados por la policía (EL Tiempo, 2014; SEMANA, 2014). Muchos rumores se levantaron en torno a esta invasión, por ejemplo que el mismo Cuéllar había mandado a invadirla para evitar su entrega al estado colombiano, que los campesinos eran testaferros de Cuéllar para no perder la finca.

Este paisaje ha cambiado radicalmente del camino entre Florencia y Morelia en los últimos años. Antes era una sola hacienda, pero después de la extinción de dominio, se dividió en parcelas. Todavía hay suspicacias sobre quiénes accedieron a estas parcelas, pero independientemente de eso, el paisaje cambió. Después de ser un solo latifundio, ahora a lado y lado de la carretera se alzan parcelas y casas campesinas con cultivos y ventas sobre la carretera.

Febrero del 2016 en San Vicente del Caguán, un gran número de los campesinos participantes se presentaron como arrendatarios. Al preguntarles en qué consistía esto explicaron que ellos venían de afuera y no tenían propiedad, arrendaban un pedazo de tierra para el cultivo de coca y vivían ahí; señalaron que era un fenómeno reciente y que iba en aumento. En efecto, sorprendió el número de campesinos que se identificaron como arrendatarios.

La desigualdad en el acceso a la tierra y en la distribución de su propiedad legal es un obstáculo para el desarrollo de un mercado agrícola. Pero es importante resaltar como en el acceso a la tierra se reproducen también las asimetrías del mismo negocio de la cocaína sobre los beneficios que trae a los diferentes actores de su cadena. Mientras los traficantes pueden acceder a grandes extensiones de tierras y se convierten en latifundistas como forma de lavar su dinero, los pequeños cultivadores siguen peleando por la propiedad legal de sus fundos y la articulación a un mercado legal.

En medio de esta tensión – campesinos cocaleros y narcotraficantes latifundistas- ¿qué ocurre con los procedimientos legales de acceso a la tierra de los campesinos? Estas experiencias fueron relatadas por ellos ilustrando las contradicciones de la política de titulación de baldíos.

El acceso a la propiedad legal de la tierra por medio de la titulación de baldíos es un elemento central para la economía campesina y expresa una relación central entre el colono del Caquetá y el estado colombiano. La propiedad le da no solo un reconocimiento frente al estado como propietario sino también frente al mercado, como sujeto de subsidios, inversión y crédito. Esta relación es explicitada en las entrevistas de los campesinos, cuando señalan como Don Yesid un cultivador de coca,

¿Allá en Curillo, eran propietarios?

No hemos sido propietarios nada más de un terreno como tal. Hace, como te digo, nada más hace como 40 años porque a mi me llevaron de 2 años a la finca. Y ha sido el contrato [trabajo] de la finca porque estamos en esa finca porque nunca hemos tenido acceso a créditos... eso ha sido trabajar y trabajar. Hablemos en agricultura, maíz, yuca y lo que son las agriculturas, ventas y compras en tema de arroz y maíz. No queda ganancias, uno invierte una cantidad de plata y lo que queda es debiendo. Entonces uno mantiene es ahí, pero nunca se supera porque se mantiene entre cultivarlo, vender... y antes queda debiendo es uno porque si uno hace cuentas a la zocola, la tumba, a la semillas, a los abonos que le invierten, no salen las cuentas. Por eso uno vive en la misma inestabilidad, pobre siempre. Y además en las vías como tal no dan acceso para sacar, el costo es muy pésimo, es altísimo, por ejemplo, son ocho kilómetro de transportes y son como 5000 o 6000 pesos por la carga entonces eso hace que no le quede a uno plata de lo otro (Entrevista 29, Don Yesid).

Los procesos de migración interregional o de reasentamiento humano antes de 1985 incorporaron el 91.6% del territorio en forma de colonatos a finales del siglo XX. A medida que las zonas de colonización se iban consolidando legalmente también se convirtieron en grandes latifundios que reprodujeron la dinámica de expulsar a los colonos. Las zonas que aún recibían esta población desplazada para la década de los ochenta eran el Río Lozada y el Balsillas, los límites con el Huila, Guacamayas y La Sombra (Arcila Niño, González León et al., 2002: 100). El proceso de colonización sigue estando activo sobre los ríos Caguán y Caquetá.

El problema de la legalización de fincas ha sido un problema de largo aliento con diferencias subregionales. Para la década de 1990, el departamento se dividió en dos zonas diferenciadas en términos de acceso a la propiedad. Un área que comprende Solano, Valparaíso, Milán, Puerto Rico y

San Vicente que tuvieron índices de titulación muy bajos en contraste con el área que rodeaba a Florencia, Albania o Belén, donde la titulación llegó hasta el 70% de los predios en 1997.

Por ejemplo, en el caso de San Vicente, hubo un proceso colonizador fuerte en la sobre el Meta, Caquetania, La Cristalina, Las Delicias, La Sombra, Los Pozos y San Juan de Losada. A esta zona llegaron también desplazados de fumigaciones y por la concentración de tierra dentro y fuera del Caquetá. En el Caquetá, las zonas del hervor colonizador eran entonces las ubicadas sobre el río Caguán, Cartagena del Chairá, Solano, La Bota Caucana, Curillo y San José del Fragua. Esto se refleja en la experiencia de Don Roberto, que migró del Meta para La Macarena (zona de litigio entre el Meta y el Caquetá) y fundó su finca en este periodo.

Estas áreas contrastaron con zonas como Albania y Morelia que representaron la consolidación del latifundio y de la titulación de predios a partir de la ganadería extensiva y bajo la influencia de multinacionales como Nestlé. Como ilustra Arcila sobre Morelia, “donde algunos funcionarios del Incora comentan que entre Florencia y este municipio, 12 kilómetros. (IGAC, 2012), y sobre la marginal solo existen dos dueños que se enriquecieron con el lucrativo negocio de la coca” (Arcila Niño, González León et al., 2002: 108).

Otro ejemplo de la desigualdad del acceso a la titulación entre campesinos y grandes terratenientes es el problema de la colonización de Parques Naturales de La Macarena y la Ley Segunda. De acuerdo con Fajardo, los colonos que llegaron al Parque Natural La Macarena por el Río Duda y Losada iniciaron conversaciones con el INCORA para poder tener acceso a la titulación de su tierra a cambio de que ellos se encargaban de la protección de bosques. Fue a partir de este momento que empezó a tomar impulso la idea de las Zonas de Reserva Campesina que se concretó en la Ley 160 de 1994. No obstante ha sido fuertemente sabotada por diferentes intereses, lo que ha impedido que surjan en el panorama rural de Colombia. Estas se han constituido en un tira y afloje entre el Estado y los campesinos del Caquetá, que reflejan también el nivel de desconfianza y estigmatización. Los campesinos involucrados en este proceso comentan sobre esta y las aspiraciones en las Zonas de Reserva Campesina,

Entonces las Zonas de Reserva Campesina son llamadas republiquetas, como dijo el ministro de agricultura y José Obdulio Gaviria es otro de los que ha tildado a las Zonas de Reserva Campesina de esa manera como forma de estigmatización y una forma de no entender y no querer que las organizaciones como tal puedan tener su propio plan de desarrollo y ejecutar al menos a medias, es a medias como lo estamos haciendo porque el estado no ha invertido nada en esa región

¿Y qué ventajas le ven a la Zonas de Reserva Campesina?

A ver, eso tiene ventajas y desventajas. Las ventajas es que por medio de las Zonas de Reserva Campesina, el estado debería obligatoriamente invertir en la zona, y arrancar con unos proyectos piloto que tenemos en este momento, tenemos unos proyectos que son prioritarios para la región como son salud, educación, infraestructura, mejoramiento de vías, construcción de hospitales, construcción de colegios, estamos pensando en una universidad en la zona y estamos pensando en unas cosas en grande. Estamos pensando hasta construir una pista de aterrizaje en la zona para obtener la posibilidad de llegar a Villavicencio por medio de avionetas para que se acorten las distancias en salud por ejemplo. Por si salimos con un herido de una finca de allá de los últimos extremos nos demoramos uno o dos días para ir a San Vicente. En San Vicente se demoran un día y mientras se demora o remiten a Florencia y lo mandan para Neiva entonces se me muere al paciente. Entonces entre tres o cuatro días que le den la atención. En cambio de allá salimos a San Juan de Lozada, y llegamos directamente a Villavicencio y ahí a Bogotá la tenemos más cerca, ¿no es cierto? Entonces póngale poquito en

cuatro o cinco horas tenemos a Villavicencio, tenemos la pista de aterrizaje, que es una de las prioridades que tenemos en la zona para la comunidad [Entrevista 1, Don Roberto, 47 años].

Actualmente este tema está en el centro del debate de las negociaciones con las FARC en la Habana. El impulso de las Zonas de Reserva Campesina hace parte de lo acordado hasta ahora en los diálogos con las FARC pero no obstante, una contrapropuesta en el marco jurídico agrario nacional surgió desde la iniciativa de los dueños de la gran propiedad. Esta consiste en las Zonas de Interés de Desarrollo Rural y Económico (ZIDRES), un Proyecto de Ley aprobado por el Congreso de Colombia en Diciembre del 2015 como la Ley 1776 de 2016 que en los términos de Oxfam, “legalizaría la acumulación irregular de predios – con antecedentes de baldíos- por parte de empresas nacionales y extranjeras, causando efectos negativos en términos de concentración y expropiación de la tierra” [Colombia, 2014].

La legislación colombiana tenía restricciones y candados sobre al acceso a la tierra de baldíos que favorecía al pequeño campesino. Esta nueva ley permite a la gran propiedad, como las multinacionales, acceder a grandes baldíos en el país.

En Marzo del 2016 esta ley fue demandada por un abogado y por congresistas ante la Corte Constitucional. Según esta demanda, “Los empresarios obtienen mayores beneficios asumen menos riesgos, mientras que los campesinos pierden autonomía frente al manejo de la tierra, del proyecto productivo, de los incentivos públicos y además pierden su autonomía como sujeto campesino”. Otra de las críticas que hacen los congresistas es que las decisiones en torno a la asignación de tierras y de los proyectos será determinado por la Unidad de Planificación de Tierras Rurales, Adecuación de Tierras y Usos Agropecuarios (UPRA), adscrita al Ministerio de Agricultura, el Consejo Nacional de Política Económica y Social (CONPES) y el Consejo de Ministros. Esto en desmedro del proceso de descentralización del estado colombiano que busca el fortalecimiento de la participación ciudadana, el derecho a la consulta previa de indígenas, comunidades afrocolombianas y las víctimas el conflicto [El Espectador, 2016].

En el escenario de la colonización, algunos lograron ubicarse en terrenos que fueron fácilmente titulados y adjudicados, por ejemplo por medio de los proyectos de colonización dirigida del estado. Pero otra gran población quedó repartida en territorios que pertenecían a Parques Nacionales o a zonas de colonización más aisladas donde el estado no tuvo ni ha tenido interés en formalizar su propiedad.

El efecto de la seguridad sobre la tierra por parte de los títulos se evidencia en el caso de algunos campesinos entrevistados que no cultivaron coca. Tres personas favorecidas por estas políticas de acceso a la tierra y préstamos. Unos de ellos fueron beneficiarios de la división de una hacienda que era propiedad de la familia Lara comprada por el estado colombiano por medio del INCODER. Tras este proceso, este latifundio fue adjudicado a campesinos y amnistiados del M-19 en el Caquetá, que pagaron el crédito y tuvieron acceso a unas parcelas privilegiadas por su ubicación y acceso a servicios: a 30 minutos de Florencia sobre la carretera principal con electrificación y agua potable.

Algo similar ocurrió con Don Jorge, cuyo padre, colonizador de Boyacá en el Caquetá, recibió un préstamo y ganado en los programas del Banco Mundial en el Meta, con intereses bajos. Así, con ganadería, pudo levantar su familia.

Pero desafortunadamente, todos no han tenido esta opción. Don Roberto, cocalero y ganadero, es colonizador de La Macarena, y contó,

En esa finca, ¿es propietario?

Soy propietario de hecho, porque desafortunadamente el estado no ha permitido lo que es la titulación por medio del INCODER, que es quien hace las titulaciones... allá hay muy poquitos títulos que hay en la zona. De más o menos 3000 familias que hay en esa zona, entre el Lozada y Guayabero, yo creo que no hay 20 títulos.

¿Y los que han logrado títulos lo han logrado cómo, sabe?

Lo lograron porque anteriormente por medio de la Caja Agraria y por medio de amigos que había ahí que estaban muy cercanos a la Caja Agraria, en los préstamos y el INCORA entonces se hicieron a esos medios, y organizaron, tiene sus títulos.

¿Y el estado tiene algún argumento porque no da los títulos?

Primero porque eso era declarado Ley 2 del 59, ahora ya se levantó la reserva, por lo tanto ahora estamos en un proceso de trabajo para lo que es la titulación de la zona, por medio de las Zonas de Reserva Campesina de Lozada y Guayabero que es lo que se está solicitando al INCODER. Y eso ya tenemos el plan de desarrollo, un trabajo adelantado, ya tenemos 17 años de trabajo adelantado ahí, ya estamos presentándole al INCODER el plan de desarrollo actualizado de todo el proceso de las 3000 familias, de los 12 mil pobladores que tenemos en esa zona. Y ahí estamos, de todas maneras cercanos al estado, el estado ha hecho presencia pero ahí la ayuda del estado nos llega es por helicóptero. Bomba y metralla. (Entrevista 25, Don Roberto, 47 años).

Esto ocurre también por ejemplo con Don Segundo que señala sobre la propiedad de su tierra,

¿Es propietario de su tierra?

Soy únicamente dueño de las mejoras porque no tenemos títulos porque esos son terrenos que colonizamos entonces por lo tanto no tenemos títulos. Esta es la otra que nosotros hemos luchado por nuestros títulos cuando el gobierno municipal, departamental y nacional ha sido muy esquivo en esa cuestión también. No hemos podido que el gobierno nos títule nuestras tierras.

¿Qué dicen las autoridades?

Ellos le ponen a uno una cantidad de requisitos y cosas, que espere, que mañana, que pasado mañana, que ya viene el Incoder, y hasta la fecha no hemos podido que nos titulen nuestras tierras (Entrevista 23, Don Segundo, 60 años).

Estos procesos de titulación parecen ser accidentados, es decir, sin el acompañamiento adecuado. Y los campesinos lo ven como una alternativa para acceder a créditos⁸⁵. Don Andrés, que vive en la cordillera, cuenta su experiencia con la titulación y su interés en conseguir un crédito, sin mucha desconfianza hacia el banco,

⁸⁵ Es importante aclarar que el acceso al crédito por sí solo no asegura que la unidad familiar campesina logre la independencia, solo cuando existen una serie de condiciones que lo permiten, como fueron los bajos intereses del préstamo del Banco Mundial que recibió el papá de Don Jorge en la década de 1970, o la posición privilegiada de la parcela para acceder tanto al mercado y a los servicios como ocurrió con Don Alfredo y su esposa Doña Teresa, Don Alejandro y Doña Rosa en los predios del programa de tierras para los desmovilizados del M-19, que les permitió vivir de la leche y el queso desde la década de 1980 y seguir accediendo a créditos. También el caso de Omar, que se ha endeudado para su ganadería que ha crecido en un área que permite la comercialización del producto y el acompañamiento familiar que lo apoya. Ninguno de ellos ha cultivado coca. La desconfianza sobre el riesgo del crédito está acompañada por la incapacidad del campesino de estabilizar económicamente su unidad familiar, sea por la falta de acceso a mercado por las distancias, por el contexto de guerra y la falta de proyectos de crédito sostenibles para sus condiciones.

¿Y ya tiene papeles...?

Vino lo de la titulación, tocaba sacarlo y ya. Y salió. El señor alcalde y el gobierno dijo que tocaba titular para lo de la inversión. Los alcaldes mandaban los topógrafos para hacer las medidas pero nunca se aparecieron, nunca llegó el topógrafo. Y pues sin titulación no hay inversión, y mis hermanos tenían ganas de pedirle plata al banco entonces pagamos el topógrafo. Pero eso es muy caro y pensamos ¿entonces qué hacemos? Yo dije que sí hacía medir y nos embarcamos varios en eso y sí, así fue. Sirvió, para los bancos y esas cosas. Yo voy a ver si me hacen un préstamo pero tengo que tener papeles.

¿No desconfía del banco?

No, el banco no se queda con la tierra, ellos son consientes de que si me pasa algo o me muero, los hijos deben pagar para que no les quiten la finca. Ahora vienen dos hijas para ver quién puede representar, a quién le pueden prestar. Y con eso, yo pienso poner ganado [Entrevista 36, Don Andrés, 77 años].

Pero para otros, el acceso al crédito es un riesgo latente. Así, el acceso al crédito, la necesidad de financiación y la estabilidad del campesino tiene varias aristas. Por un lado, hay una queja recurrente a la falta de préstamos, pero también a la inexistencia de oportunidades de financiación que se adapten a la incertidumbre de producir en el Caquetá; los mecanismos de financiación se los dejan a los bancos privados y son escasos los proyectos estatales de desarrollo y crédito rural.

La incertidumbre y desconfianza frente a la titulación y el crédito está presente, aún en las propuestas sobre las zonas de reservas campesina y los procesos de titulación que fortalecería un mercado de tierras agrícolas pero también pondrían en peligro las posesiones de los campesinos. No es simplemente el acceso al crédito sino la posibilidad de producir, tener utilidades y crecer mediante la actividad agrícola del campesino. Doña Diana y Don Roberto comentaron sobre el crédito,

¿es difícil sacar un crédito?

Para los títulos, sacar un crédito es difícil. Necesitan alguien que lo referencie a uno, una fotocopia de la cédula y el número de cédula de dos conocidos. Un prestatario, que ya haya trabajado con el banco que haya quedado bien. Una referencia. Infinidad de papeles, con el que los va a financiar, 2 o 3 citas. Siempre es preocupante. Cobran intereses altos y poco plazo y no se prestan esas condiciones en el campo para cumplir. Entonces hay mucho miedo para meterse en un crédito. Le toca a uno pagar la cuota, uno le toca vender un ternero, pero para que le paguen a uno el ternero uno le toca esperar 20 días y si se vende a un comerciante que pasa, recoge 1 o 2 camionadas y los vende. Toca esperar que los venda y facture el cheque o también hay la posibilidad de que lo atraquen. Entonces toca esperar a que se recupere y pague. No hay garantía de que la plata que uno gana de vender los animales alcance para pagar el crédito a tiempo. A mi me da miedo de perder todo en el crédito. [Entrevista 39, Doña Diana, 45 años]

¿Y que desventajas le ven?

Las desventajas serían que los títulos de propiedad darían para que los campesinos fueran a los bancos para entregar el título por unos recursos que posiblemente por la falta de capacidad de ejecución de los proyectos que se mencionan, no pueda ejecutarlos de manera que pueda sobresalir. Además no hay posibilidad de que lo que produzca tenga un mercado asegurado entonces el campesino va a perder la tierra y esa va a ser una de las desventajas. [Entrevista 25, Don Roberto, 47 años]

De otro lado, los campesinos también señalaron que varios de sus vecinos habían dejado de cultivar coca porque ya habían conseguido los documentos de propiedad legal de sus tierras. Ante esta situación, el miedo era que por ser cultivadores de coca, les quitaran la tierra en procesos de extinción de dominio.

La familia campesina caqueteña carece de factores claves para su reproducción social: el acceso al mercado y a la propiedad de la tierra. Son dos elementos en los cuales un actor central es el estado; su desatención y negligencia para actuar sobre estos temas contrasta con el clima de violencia, vigilancia y estigmatización con la que hace presencia en los territorios campesinos del Caquetá; el ritmo con el que resuelve la cuestión agraria en el departamento es muy diferente al que estigmatiza y criminaliza a su población rural. Los mecanismos por los cuales las autoridades han resuelto estos problemas es esporádica y individualizada, por ejemplo, un caso es el de Doña María, cocinera en plantaciones de coca y transportadora de pasta base que se fue a Florencia a vivir buscando mejor educación de sus hijos y huyendo del conflicto. Ella invadió un lote en un barrio de Florencia, al lado de un río que en una de sus inundaciones casi muere uno de sus hijos,

Yo tengo que ver por los hijos...y me metí a invadir y la policía llegó. Y caí un día con todos mis hijos, la gente decía que era bazuquera⁸⁶ y me detuvieron. Y me volví y me armé una piccita porque cuando uno mete eso, no lo sacan. Yo en esa época era amiga de Jesús Ángel, el gobernador, porque yo le lavaba la ropa a él. Yo hablé con él y le dije lo que me pasaba y me dijo que lo llamara si tenía problemas. Yo me metí un sábado otra vez y llegó el de Planeación y me dijo que saliera. Y yo le dije mire, llame al Gobernador y él dijo déjenmela ahí quietica. Y ahí fue que pude quedarme. Y yo no tenía alcantarillado ni agua y eso fue una pelea con todas hasta que por fin. Yo les decía que me dieran agua o luz, que yo pagaba igual pero no dejaban. Al final me dejaron y ahí hice un ranchito de machimbre, serruchando y martillando y cuando logré cuadrarme trabajé, en una lechonería, en la universidad, en el palacio de justicia, en la cocina y en aseo (Entrevista 45, Doña María, 52 años).

El estado colombiano o las autoridades civiles y locales se insertan en el ejercicio de la garantía de los derechos de los pobladores a través del trato personalista y clientelar. Hace dos años, su mamá y padrastro, cocalleros, llegaron a Florencia desplazados del conflicto; también llegaron a una invasión, la más fuerte en este momento, la de El Timmy⁸⁷. Ahí se mudó Doña María, de una invasión a otra invasión y su situación de pobreza sigue siendo una constante.

Tensiones entre estado y campesinos: infraestructura rural

Dos regiones espacialmente dispares se pueden identificar en el territorio caqueteño según lo relatan los campesinos entrevistados. Uno es denominado por los campesinos como la cordillera o la montaña y refiere a todo el camino de piedemonte hasta las alturas de la cordillera oriental que se alzan al norte- occidente del departamento. La otra región es el plan o la vega, que se refiere a las planicies del departamento, donde estaba la selva y ahora en parte se ubican las principales ganaderías y cultivos de coca. En ambas regiones se visitaron campesinos.

En una de las visitas que se realizó a una parcela con coca en la cordillera, el camino duró alrededor de 4 a 5 horas saliendo desde Florencia, la capital del departamento. Más que la distancia, el principal obstáculo fueron las difíciles condiciones de acceso. El trayecto fue el mismo que hacen los campesinos que visitamos cada vez que van y vienen “del pueblo”: salimos de Florencia por la Vía Marginal de la Selva, que une los principales pueblos del departamento y va paralela a la cordillera

⁸⁶ Consumidora de bazuco, una droga que sale de la cocaína.

⁸⁷ Gonzalo Galindo Escárpeta, ex torero y amigo del extinto narcotraficante Leonidas Vargas, compró el terreno en el 2002 y fue el encargado por la Dirección Nacional de Estupefacientes (DNE) de la administración de la Plaza de Toros Santo Domingo de Florencia. En el 2008, la propiedad fue invadida y después de pleitos, acordaron la compra de 16 hectáreas. Un grupo de personas compraron el terreno en el 2011, con documentos. Pero en el 2011 fueron de nuevo invadidas. Es la historia de un predio doblemente invadido.

oriental en carro o en bus. Después tomamos un camino hacia la montaña, cruzamos un río en un “potrillo”⁸⁸ y subimos a pie por una trocha donde difícilmente sube un caballo. Esta escalada a la montaña duró 2 o 3 horas.

En el trayecto en subida siempre hubo casas de madera entre las montañas, pequeñas planicies con ganado, parcelas de plátano y coca. A veces se pasaba entre el bosque húmedo de la montaña del piedemonte y otras veces entre potreros en la montaña. A medida que se sube, se pueden ver las planicies de la selva que se extienden en el horizonte y las vegas de los ríos deforestadas de las haciendas ganaderas. El camino era angosto, de herradura, apenas transitable caminando y difícilmente transitado a caballo por la pendiente de las montañas en algunas partes. Por ahí subían y bajaban los campesinos que vivían en estas veredas; la finca a la que me dirigía estaba a 3 horas caminando de la vía más cercana incluyendo el paso por el río.

Los campesinos en esta región viven del queso y de la coca. El ganado que tienen les produce leche pero no pueden venderla en los mercados por la distancia a la carretera principal. Tampoco tienen sistemas de refrigeración que compense medianamente la distancia por lo que deben cuajar la leche, que sacan a vender cada 15 días⁸⁹.

En estas condiciones viven las familias campesinas ubicadas en la montaña que ocupan con la coca y la ganadería un territorio clave para la riqueza hídrica de la Amazonía. Algunos lograban tener un buen establo con vacas gordas, otros no tenían la capacidad de engordar sus reses y se veían (Imagen 4).

Otra visita se llevó a cabo “al plan”, que consistió en tomar esta misma vía, la “Marginal de la Selva”, hasta una desviación donde el camino se iba haciendo más estrecho. A diferencia de la otra visita, fue un camino plano o medianamente ondulado. A dos horas de Florencia, debimos dejar el carro y seguir a pie porque la vía no estaba en condiciones de ser transitada si llovía. En invierno, la carretera hecha de barro se convierte en un barrial intransitable.

Al igual que en la visita a la montaña, había ranchos y casas a lo largo del camino, esta vez algunos de madera pero también casas de material. Esto permitía distinguir así cuáles eran las casas de las haciendas o de los plantes cocaleros y cuáles las parcelas de campesinos más pobres. El paisaje era ecológicamente desolador; este lugar era el corazón de lo que se conoce como una de las zonas de mayor tasa de deforestación⁹⁰ en el continente, las planicies medias del piedemonte caqueteño. Sin manera de repeler el calor por falta de bosque, los grandes pastizales se convierten en reflectores del sol.

En el camino se pudo ver que quedaron algunos pedazos de la selva como retazos mostrando cómo era el paisaje anteriormente: árboles altos, arbustos, hojas en el piso, una temperatura más fresca y sonidos de animales. Por uno de estos pedazos caminamos, fueron escasos 200 metros y al salir de nuevo a los potreros, solo se veían árboles aislados entre los potreros y restos de cananguchales.

En esta zona había ganado y coca; apenas podía acceder un carro y motos. Uno de estos era un pequeño carro adaptado para recoger la leche de las fincas que pasaba esporádicamente. Cuando llegamos a la parcela a la que íbamos, habíamos recorrido 3 horas en un carro particular desde que

⁸⁸ Canoa ligera y pequeña

⁸⁹ Dedicarse al ganado en la cordillera es una apuesta riesgosa no solo en términos de sacar el producto sino también para desarrollar una actividad rentable. Lo quebrado del terreno se constituye en una dificultad para mover los animales, abrir los potreros, levantar el pasto y comercializar la leche. Aún así, los campesinos encuentran en el ganado un mecanismo de ahorro.

⁹⁰ En Colombia el cultivo de coca habría contribuido a la deforestación de alrededor 800 mil hectáreas de bosque talado desde 1981, es decir, una quinta parte del total de esta década (Molina Portuguese, 2012: 25)

salimos de Florencia, en un trayecto de aproximadamente 60 kilómetros. Algunas casas tenían energía solar o eléctrica, pozos sépticos y sistema de agua potable construido por los propios pobladores⁹¹.

En estas condiciones las familias colonizadoras ya instaladas como campesinos en la Amazonia caqueteña, llevan a cabo su actividad campesina y su vida. Con base en este panorama luchan por integrarse al mercado. Un gran obstáculo a la reproducción social del campesino caqueteño es la carencia de infraestructura en el Caquetá, tanto para el transporte como para el acceso a los servicios básicos como agua potable y alcantarillado que debilita en el mediano y largo plazo la capacidad de consolidación de una economía campesina.

Este problema se hace evidente en los relatos de los campesinos con sus quejas sobre la falta de acceso a la energía eléctrica y al agua, los altos costos de transporte que tienen que pagar por sus productos, lo que desincentiva la producción agrícola, o la falta de acceso a tecnologías, como los tanques de enfriamiento en el caso de la leche, que les permita sortear estas dificultades.

Los campesinos relatan desde su perspectiva cómo el mejoramiento de la infraestructura tiene un impacto en sus vidas cotidianas. Algunos campesinos logran resolver los problemas de acceso a infraestructura, como aquellos que viven cerca de los cascos urbanos, pero no es una generalidad. Muchas regiones carecen de acceso a servicios, como el agua potable. Don Segundo señaló su situación en el Yarí, el norte del departamento,

No, nosotros no tenemos energía ni electricidad. Incluso nosotros carecemos de agua potable. No tenemos nada, carecemos de agua potable, el agua que consumimos la sacamos de aljibes que tenemos, inclusive es un territorio donde es muy escasa el agua (Entrevista 23, Don Segundo, 60 años)

La falta de una infraestructura de transporte (que no necesariamente se debe limitar a vías pavimentadas), tiene efectos directos sobre el costo del transporte afectando el mercado local agrícola de la región. Es decir, como ellos afirman, estas condiciones les obligan a “trabajan a pérdidas”,

¿Y qué opina de los precios de los cultivos?

Mire, se puede decir que nosotros no podemos en proyectar algo como supongamos el maíz o el plátano. La yuca para sacarla. Únicamente podemos cultivarla para nuestro consumo. Para el autoconsumo porque como le digo, las vías no me permiten sacar, si usted saca una carga, para ponerla allá en Florencia le vale 30 mil 40 mil pesos la carga del transporte y no es más. Trabaja uno a pérdidas. (Entrevista 22, Don Jesús, 50 años)

Pero más allá del estado de las vías, esto refleja uno de los enfrentamientos principales de los campesinos con el estado colombiano y que hace parte del discurso recurrente de los pobladores rurales: el abandono del estado y la desidia de las autoridades locales,

Pues sí, pues en esos tiempos a estos las cosas han cambiado bastante. El sentido en que han cambiado es que día a día el estado ha abandonado el campo como tal

....

⁹¹ El Índice de Necesidades Básicas Insatisfechas para el Caquetá en las cabeceras municipales es de 33.5% y en el resto es de 59.2%. En total es de 41.7%. [DNP, 2014].

Y tiene que ver con el tema de las vías, y el estado tiene desafortunadamente muy abandonado el tema de las vías [Entrevista 30, Don Pedro, 45 años].

La administraciones están olvidando las vías, de los campesinos y esas son las bases de por qué estamos acá [en el Paro Agrario], exigiendo unos derechos como tal.

...

Y en Curillo, el alcalde tiene la maquinaria, pero según él no se puede. Yo he ido decirle al alcalde: señor alcalde necesitamos maquinaria, y me dice: lo que pasa es que nosotros no tenemos legalmente las balasteras y si lo sacamos es ilegal, que si saco eso, me pueden estar hasta quemando las volquetas, y le dije que quién? y me responde que la policía. Entonces yo le manifesté que si ellos mandaban esas volquetas a recoger balastro es para echarlos en la vía, para yo poder sacar el arroz, entonces dijo que no, que ellos no regaban una volqueta, que la quemaran, entonces le dije señor alcalde, si usted no riega una volqueta que es del municipio que nos compete a todos, entonces yo voy a arriesgar mi cosecha, que es lo único que tengo, a que se pierda? Me dijo: hermano ahí si no hay nada que hacer. Y eso es todo lo que uno tiene que ver. Es decir, no hay una respuesta clara, si uno va al municipio a decirle al alcalde algo, esto es lo que le responden a uno. Uno campesino que se puede hacer si ellos son los que tienen la herramienta y le están diciendo a uno eso [Entrevista 29, Don Jesús, 50 años].

Este “abandono” en muchas ocasiones aparece relacionado con una idea de épocas mejores; “antes” el estado sí estaba, el estado “ha empezado” a olvidarnos.

Pero además de estos dos elementos, aparece también la idea del papel de la comunidad como la alternativa (con restricciones), la contra-cara de este “abandono del estado”. Las carreteras terciarias y secundarias han sido construidas y cuidadas por las comunidades, pero con las restricciones de inversión, sus condiciones se deterioran rápidamente; en época de invierno están cerradas por mal estado. Los campesinos en las veredas y los pueblos entran a pie, a caballo o en moto entre montañas o entre caminos de selva difíciles de acceder. Don Segundo y Don Roberto contaron,

Las vías que nosotros tenemos que son más de 5000 kilómetros. No son vías terciarias, son vías comunitarias porque nosotros los campesinos las hemos construido, no las ha hecho el municipio ni el estado. Entonces por lo tanto yo no las considero como vías terciarias, yo las considero como unas vías comunitarias porque nosotros los campesinos las hemos construido y les damos mantenimiento⁹² [Entrevista 23, Don Segundo, 60 años].

Sí, tenemos 1000 kilómetros de vías, construidas por el campesinado de las regiones, empezando por San Vicente del Caguán. Para allá las vías son todas construidas por los campesinos. Y por lo tanto ahorita entró la petrolera, la Emerald, que es la que está saqueando los recursos de nuestra región y ni siquiera están pavimentando las vías por donde están sacando el petróleo. Están acabando con las vías y por lo tanto están robándose los recursos naturales porque es un robo, al pueblo no le llega nada, ya lleva más de un año la explotación y ahí ni siquiera las vías la han arreglado, ni siquiera han construido un puente sobre el río Caguán que les sirve para seguirse robando el petróleo porque es un robo que están haciendo de los recursos. Digo robo porque no redunde en beneficio de los campesinos, aquí seguimos en la miseria, la misma explotación y la misma pobreza [Entrevista 25, Don Roberto, 47 años].

⁹² La red nacional de vías en Colombia se divide en tres: primarias, secundarias y terciarias. Las terciarias son vías que unen las cabeceras municipales con sus veredas o entre veredas. Estas deben estar en condiciones de afirmado o pavimentación. Su mantenimiento está a cargo de los municipios.

Este reclamo sobre las condiciones de la infraestructura va más allá de una queja puntual. Es parte de la manera en que el campesino se ha relacionado con el estado colombiano y debe ser interpretada en este contexto.

Esta situación indirectamente marca la relación entre el estado y el campesino caqueteño: una tensión entre una fuerte represión y control violento de la población reflejado en un ejército presente a través de retenes, batallones y hostigamientos, con el ejercicio de una política social de manejo de pobreza y desarrollo rural que criminaliza al campesino y mantiene inalterada su condición de subordinación económica y política. No es un estado que abandona la región, porque claramente ejerce la violencia, pero sí ejerce una presencia desigual y clientelar que no promueve ni el mejoramiento de las condiciones del campesino ni del mercado agrícola. No obstante, el elemento central es que el campesino sí lo asume como un abandono y sí lo representa así ante las demandas de sus movilizaciones y de sus quejas en las diferentes autoridades locales y nacionales: el problema para ellos es el “abandono del estado”.

Además, no debe dejarse a un lado que en el contexto del conflicto, la infraestructura se ha convertido en un instrumento de control del territorio y la población frente a la presencia de la guerrilla. Negar el acceso a servicios públicos a las poblaciones campesinas es una estrategia para “sacar al pez del agua”, generando presión sobre la vida del campesino⁹³. Y paralelamente, la inversión de infraestructura se ha hecho principalmente en torno a los intereses recientes de la extracción petrolera y al fortalecimiento de las bases militares en la región⁹⁴. En medio, quedan las poblaciones que tienen que dar vistos buenos en consultas previas que son presionados por todas las partes del conflicto. Esto se ilustra en el relato de Lorenzo, una experiencia cuando fue líder de su comunidad, quedó en medio de la confrontación entre la guerrilla y el ejército por un proyecto eléctrico que entre otras cosas tenía como fin proveer a un batallón. La guerrilla lo presionaba para que se negara al proyecto mientras en las consultas previas con trampas, el estado le hacía firmar asistencias para legalizar la obra,

¿Y les parecía que valía la pena [el proyecto]?

Pues unos decían que sí, otros decían que no, miramos a ver cómo se va a ser porque eso a veces es favorable y otras veces no. Siempre tiene cosas, ventajas y desventajas. Entonces nosotros mirábamos eso entonces decíamos que teniendo energía uno puede trabajar de noche, de pronto la persona que quiere tejer mochilas de pronto en el día puede hacer otra cosa y en la noche puede ocupar. En últimas decíamos pues sí.

¿Y por qué cree que la guerrilla se oponía?

No, porque ellos no les gustaba nada de eso porque ellos sabían que eso iba para Base Militar 3. Pues hasta ahora eso está paralizado. Iba para Municipio 2, por ese motivo no pudo continuar el proyecto y hasta ahorita el senador caqueteño está dando la propuesta para ... a ver si el proyecto puede continuar [Conversación Grupal 3, Lorenzo, 38 años].

⁹³ Por ejemplo, el acceso al suero antiofídico está regulado por el estado, para evitar que la guerrilla lo utilice. Esto hace que la picadura de culebras se convierta en la muerte si no se accede a un lugar con provisión del suero.

⁹⁴ Un análisis sobre la conexión entre la política social y la dinámica de la guerra fue hecho por María Clemencia Ramírez, que muestra cómo la política social se ha militarizado y obedece a principios de la guerra. Esta transformación del ejercicio de la política en la región hace parte de un proceso histórico de la relación política de la región con el estado-nación; desde la política de participación de las comunidades en el diagnóstico, diseño y solución a sus problemas con presupuestos a su alcance en la década de 1980, hasta una política social que es ajena a la participación de las comunidades y se rige por comités políticos dirigidos por el Comandante del Ejército de la región, como ha sido en los últimos años en el marco del Plan Consolidación.

El visto bueno para inversión en carreteras y la aprobación de presupuestos para las comunidades está fuertemente influido por los intereses del conflicto y de la inversión extranjera. Uno de los ejemplos más emblemáticos es la inversión sobre la carretera “Marginal de la Selva”, que atraviesa parte del departamento de Norte a Sur paralelamente a la cordillera y hace parte del PLAN IIRSA de interconexión del continente. No es una autopista, simplemente es una vía de dos carriles mayormente pavimentada por la que están sacando el petróleo en carro tanques desde hace pocos años⁹⁵.

Viviendo “a la buena de dios”: sobreviviendo en el campo

En las entrevistas varios campesinos señalaron la importancia de los ingresos de la coca para solventar las emergencias familiares, tener un “colchón” de ahorro para las contingencias, principalmente relacionadas con la salud. Además el estudio de sus trayectorias de vida mostró cómo la salud es un elemento que radicalmente cambia sus proyectos de vida, en un contexto campesino en el que la mano de obra familiar es central para la reproducción de la familia.

También es preciso señalar que aunque no es un tema que se ha tratado en los estudios sobre los campesinos y los cocaleros, sí hace parte de la tensión que enfrenta a los pobladores rurales del Caquetá y al estado colombiano. Un tema paralelo, como el de la educación, ha movilizó cientos de campesinos en el departamento; con la salud ocurre algo similar. Finalmente, la conexión entre el sobrevivir y la colonización es directa; el contexto agreste de vivir en la selva hace que los colonos y sus identidades estén marcadas por esta idea de que quien habla es un sobreviviente.

La vida cotidiana campesina en medio de la colonización y de la reproducción social en el Caquetá ha estado marcada por el quiebre de la unidad familiar a raíz de la vulnerabilidad de sus integrantes; la salud, cuentan los campesinos, ocupa un papel central en su vida cotidiana y en la manera en que conciben su relación con el estado colombiano⁹⁶. Por ejemplo, Doña Belén, madre de dos hijos y cocalera cuenta cómo la falta de acceso a la salud les implicó costos altísimos para afrontar las emergencias,

En términos de salud, no hay centro de salud. Hay uno más lejos, en la Unión Peneya. De ahí hasta donde estamos de 5 a 6 horas. Tengo mi hija enferma por ejemplo, tengo que pagar expreso de 600 mil pesos cuando se enferma y cuando no hay ambulancia, nos toca pagar más⁹⁷ (Entrevista 40, Belén, 26 años).

⁹⁵ La inversión en esta vía se aceleró en los últimos años. Por ejemplo este año se entregó un puente sobre el Río San Pedro; un puente vital que conecta el departamento pero que hasta este año se hizo en concreto [antes era un puente provisional de ingeniería militar]. Esta decisión corresponde a los intereses de las multinacionales petroleras que hace unos años empezaron a explotar el petróleo de la región y que transportan el crudo por tierra en carro tanques. El objetivo principal de estas vías es la extracción de crudo. Estos últimos años, en las carreteras y pueblos del Caquetá, los carro tanques se constituyen en un elemento que destaca en el paisaje pues irrumpe en vías estrechas y caminos campesinos. En una región que se mueve principalmente en moto, un carro tanque se convierte en una amenaza; en la prensa local llegó a darse la discusión sobre el número de accidentes de tránsito y muertos que había dejado la introducción de los camiones petroleros en el departamento. También se lee en los periódicos cada tanto noticias sobre nuevos puentes que se caen por el paso de carro tanques.

⁹⁶ En el trabajo de campo realizado, durante las conversaciones con la gente de manera informal y formal siempre salió a relucir el tema de los accidentes. En las mujeres por ejemplo, me encontré con varios relatos de caídas de árboles que claramente no fueron atendidos más que por sobanderos. Este es el caso por ejemplo de Doña Olga o Doña Fernanda, que tienen la paleta hundida. También es muy frecuente la picadura de serpientes, cuya atención es cada vez más restringida porque el suero anti-ófidico es muy controlado para evitar que sea utilizado por la guerrilla de las FARC para sus combatientes.

⁹⁷ 600 mil pesos son 215 dólares aproximadamente.

Pero una consecuencia radical es la pérdida de vidas dentro de la unidad familiar. Además de la tragedia que esto implica, la familia debe también reorganizar su dinámica de producción y consumo, y enfrentar hasta la desintegración. La muerte de los padres, por ejemplo, implicó hasta la desintegración familiar, como lo sufrieron algunos campesinos entrevistados.

La falta de acceso a un servicio de salud de calidad contrasta con la presencia en la misma región de las principales bases militares del país. A pesar de que las bases y batallones están en zonas de acceso limitado, como en las zonas de colonización, no prestan servicios de salud ni de transporte a enfermos. La atención en estas regiones se hace por medio de brigadas, de las cuales se quejan constantemente los campesinos entrevistados. Por lo tanto, la probabilidad de morir o verse afectado ante una enfermedad o un accidente aumentan a medida que están más lejos de Florencia, la capital.

La falta de acceso y de atención en temas de salud en la región tiene efectos importantes y esta sección expone la manera en que ellos perciben estos riesgos. Para los habitantes de la ciudad, esta preocupación puede ser irrelevante pero para un campesino, se debe considerar que es sobreviviente de la violencia y de las duras condiciones del campo “a la buena de Dios”, es decir, con pocas probabilidades de una atención seria y digna.

Como lo señalan en las entrevistas, varios son los temores y situaciones. Por un lado, el riesgo de morir en estas condiciones depende del tiempo que puede aguantar el paciente hasta que llegue a ser atendido en Florencia, la capital del departamento. Por ejemplo, cuenta Doña Olga, esta falta de atención lleva a la muerte,

Una vez teníamos una vecina que le dio... [no especifica de qué] estaba enferma. Eso hace casi 25 años. [...] Le dio una fiebre, escalofríos, en ese tiempo yo creo que fue el paludismo. Y como no había posibilidades de llevarla al médico duró como tres días así y el día que hablaron con la junta comunal de sacarla a Solano o llevarla a Tres Esquinas pero se murió en el camino. Y una niña también una noche que por allá las casitas eran de cartulina, unas cosas como tejas que vendían de cartón como fuertes que no las deterioraban ni el agua ni el sol entonces o de palma eran las casitas. Y entonces las paredes eran de chonta charriada [...] Y por allá es muy común a que viniera a las casas, esos bichos que son así como largos que tienen como una ponzoña en la cola...

...alacranes.

Sí, alacranes. Una noche un alacrán le pico un alacrán a una niña de 5 años y al otro día a las 5 de la mañana se murió. Porque era muy difícil transportarse o como ser aquí que uno a horas de la noche a uno le da un dolor y corre al médico. Pero allá...y como eran como dos horas de para abajo por el agua para llegar a Solano o a Tres Esquinas... [Entrevista 16, Doña Olga].

Sobrevivir a una emergencia médica depende en gran parte de la capacidad de salir hasta Florencia o hasta el hospital más cercano⁹⁸. En accidentes comunes como cuando un árbol se cae encima de un aserrador, la situación se hace muy delicada porque se debe transportar desde selva adentro, por río y carretera, al paciente hasta Florencia⁹⁹. El transporte se convierte en un peligro adicional al paciente.

⁹⁸ La red de atención está compuesta por nueve hospitales de baja complejidad, 8 centros de salud y 70 puestos de salud o nodos de servicios habilitados para la prestación de servicios de baja complejidad. El Hospital María Inmaculada, en Florencia, es la única institución pública departamental de segundo nivel de complejidad que presta además algunas actividades de tercer nivel inscritas en el registro especial nacional. Si es necesario un mayor nivel de atención, los pacientes son remitidos fuera del departamento. Hay instituciones privadas de baja complejidad en 6 de los 15 municipios del departamento.

⁹⁹ Don Segundo se refiere que en época de aserrío tienen muchos accidentes porque se caen los palos encima de las personas. En estos casos los trasladan de urgencia a San Vicente.

Además de los accidentes y enfermedades, el conflicto es un elemento que aumenta los riesgos de los campesinos. Una experiencia de este tipo le ocurrió a Don Roberto,

Una emergencia médica fue cuando unas tropas de la móvil del ejército nacional me dieron estando en una labor de limpia de potrero y ahí nos dispararon a cinco campesinos a quemarropa hiriéndome a mi y fue cuando me tocó desplazarme a un puesto de salud y fue donde escasamente me prestaron los primeros auxilios, me suturaron y me limpiaron la herida. Y de ahí me tocó trasladarme a San Vicente del Caguán y de ahí a Florencia porque desafortunadamente no hay una inversión estatal para que se puedan atender pacientes con enfermedades graves o heridas graves, eso no existe. Entonces ese es el llamado paseo de la muerte al que estamos condenado los pobres, más que todo los campesinos, porque hay unas distancias muy grandes para llegar a los puestos de salud y a las capitales y a los pueblos (Entrevista 25, Don Roberto, 47 años).

Estos traslados también implican gastos extras para la unidad familiar campesina. Por ejemplo, diagnosticar una enfermedad llega a ser un proceso dispendioso y caro para los campesinos. Esto ocurrió con Don Jairo cuya esposa que murió de cáncer en la matriz hace unos años. Ellos estaban afiliados al SISBEN pero afirmó que el tratamiento fue malo, que “la dejaron morir” (Entrevista 27, Don Jairo, 75 años).

Las alternativas que tuvieron los campesinos consistieron en recurrir a enfermeros o promotores de salud que vivieran cerca o a la medicina tanto indígena como campesina, esta última constituida a partir de la práctica. Así, actores como el curandero o el sobandero fueron claves para sobrevivir a accidentes principalmente caídas y picaduras de culebras.

Relatando sus experiencias en términos de salud con la mujeres, surgió el tema de la atención en casos de embarazos y partos. Esta atención también es precaria según cuentan los campesinos y campesinas entrevistadas,

Y a nivel de salud en las veredas no hay nada, no hay promotora, no hay nada. Lo que es el núcleo de Santiago de la Selva, no hay nada. Es muy difícil y además como esta la situación del terreno, de vías, es muy difícil... mi esposa, ella iba a dar a luz a la niña y tocó sacarla al municipio. Y en el camino dio a luz a la niña. No tuvo ningún doctor... (Entrevista 29, Don Yesid).

En el centro de salud de la Unión Peneya hay 2 médicos y 3 enfermeras. Pero para tener niños, toca tenerlos en Florencia. Tengo a mi hija en embarazo y todos los controles toca venir a Montañita y a Florencia, eso nos cuesta, venir hasta acá (Entrevista 49, Don Pedro, 45 años).

Ante esta situación, algunas familias campesinas, es común que las parteras, las madres solas o con los esposos sean quienes reciban a los niños en el parto. Uno de los relatos más intensos sobre la atención a la mujer campesina caqueteña en el embarazo entre las entrevistadas la ofrece Doña María sobre cómo ella tuvo sus dos primeros hijos sola. Esta experiencia muestra las condiciones en las que la mujer campesina en un territorio cocalero¹⁰⁰,

Eran unos cultivos (de coca) inmensos, en ese tiempo estaba el gramo a 15 mil pesos y yo llegué, necesitaban a unas señoras para cocinar y yo era una de ellas. Y yo llegué con dos

¹⁰⁰ La historia del primer hijo de María es un ejemplo de las trayectorias de la violencia en Colombia. Huye con el niño al Caquetá después de pelear con su pareja y a los dos años aparece el papá. En una cita con el Instituto Nacional de Bienestar Familiar sobre la custodia, él se lo quita y no lo vuelve a ver hasta hace pocos años, cuando él ya tiene poco más de 30 años. Se contactan por Facebook y cuando va a conocerlo en Villavicencio, se entera que es parte de un grupo paramilitar que opera en la región. Su hijo le contó que su padre lo había abandonado a los 10 años y empezó trabajando entre narcotraficantes y paramilitares.

meses de embarazo y allá pasé todo el embarazo. Ya al final la patrona me dijo ya usted no trabaje mas, coma y descanse. Y descansé. Y a comer. Hasta que me llegara la hora y ya una noche, en plena cogida fue. Eso era un rancho inmenso, había ochenta trabajadores cogiendo, por allá como dormíamos en la selva en un rancho de palma, porque no se podía tener zinc porque nos miraban, era todo en palma y debajo del monte. Y se dormía en cambuche en lo alto porque había mucho zorrillo, ochenta sesenta, cuarenta, treinta manadas de zorritos entonces siempre dormíamos en lo alto (Conversación Grupal 2, Doña María, 52 años).

Ese sábado yo sentía dolores, fui a parir y le avisé al patrón. Recogí el caucho de los que utilizan para secar la hoja de coca y me encerré en una pieza ahí y alisté todo lo que necesitaba. Y a las 10 nació la niña. Igual que el otro, yo recogí la placenta. Y en esas empieza a bajar todo el mundo y se bajó mundo de esos zancos. La medí con las cuartas de la mano y me la recibieron. Pasaba de mano en mano. Entonces le avisaron al comandante que me había enfermado¹⁰¹, yo seguía en el cocal. Entonces llega un poco de gente, de guerrilla y el comandante recogió un poco de ropa y me llevó todo eso. Yo salí con la niña, estaba toda gordita. (Entrevista 45, Doña María, 52 años)

En la visita realizada a Milán a un cultivo de coca, conocí a Mariana, que junto con su esposo administraban una parcela de coca. Viven en un rancho de madera con un cuarto para las camas, uno para las herramientas y la cocina con sus dos hijos, Juan Francisco y Andrea, de 6 y 2 años respectivamente. A simple vista se veían desnutridos, Juan Francisco muy por debajo de su talla y Andrea con el pelo reseco, quemado y con el estómago inflado. Mientras hablábamos relató la muerte de su bebé el año pasado,

Una niña se me murió. En la Medilaser en Florencia. Yo estaba yendo a los controles pero ya no volví porque no tenía plata. Yo creo que estaba mal de cuentas, a mi se me hacía, y entonces la doctora decía que yo me enfermaba para un día, para el 14 de septiembre y se me adelantó para el 20 de Agosto. Mi mamá siempre había sido la partera, pero entonces acá tan lejos no pudo venir. En la Curva del Toro, yo me puse mala y me sacaron. La ambulancia llegó pero la enfermera no me dejaba tener el niño en el carro, me cerraba las piernas y yo no podía más, yo le decía que me lo dejara tener ahí. Hasta que en una vuelta, salió volando la enfermera y yo tuve a mi bebé. Ella nació negrita, ya estaba negrita. Estaba enfermita. Después le empezó un vómito, ella no se movía. Le salía agua con sangre. Cuando la dieron de alta, me le dio gripa, tenía una infección en los pulmones. Ya era tarde, estuvo en el hospital tres días. Le dio un ataque a las 10 de la noche y a esa hora quién iba a salir, no había quién me sacara, no había luz. Y se murió. Me quedé con cinco, Benjamín que está con el abuelo, Beto que tiene 12 años, la otra niña que está en Ibagué que tiene 8 años, Juan Francisco que tiene 7 y Andrea que tiene 2. (Notas de Campo: Entrevista, Visita 2).

Un elemento central en este proceso de sobrevivencia en un entorno tan hostil como el campo caqueteño con las deficientes condiciones de salud y atención médica que tiene esta población es el apoyo de la comunidad. Es esta la que se encarga de proveer la colaboración para atender y transportar a los enfermos, y lograr “sacarlos a la ciudad”.

Pero en muchos casos, esto no es suficiente. Hay situaciones que solo la atención inmediata y de calidad, o el seguimiento en términos de prevención, diagnóstico y tratamiento hace posible que los campesinos salgan adelante, procedimientos que solo pueden hacerse por medio de los servicios y la inversión del Estado.

La única manera en que hay una referencia a la atención del Estado en términos de salud es por medio del carnet del SISBEN; cuando uno pide referencias a los servicios del Estado, la mayoría concuerdan con las oportunidades de acceso a la salud que les ofrece este carnet. Como algunos

¹⁰¹ En México se suele utilizar el verbo “aliviarse” al parto, mientras en Colombia se utiliza “enfermarse”.

afirmaron, para las consultas con los doctores, el carnet no sirve porque toca esperar hasta meses por la cita, pero cuando hay emergencias como operaciones costosas y atención hospitalaria, el carnet es esencial. La mayoría de las personas lo tienen y es un programa estatal que es aceptado en diferentes regiones, aún donde otros programas como Familias en Acción no han tenido acceso.

No obstante, las experiencias con el SISBEN no son del todo aceptadas. Se critica que solo sirve para las emergencias pero no para consultas,

Lo del carnet le sirve a uno para una operación porque uno se enfermó por ahí de una enfermedad leve y no, pero no, siempre dan la misma clase de droga, el ibuprofeno y por ahí pastillas que no le sirven a uno. El único beneficio es la operación, que le vale a uno 7 u 8 millones, o cinco, o cuatro, eso es lo único. En caso de la operación le sirve a uno pero de resto no, eso no. (Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años).

Las personas que están más alejadas de los centros urbanos y las clínicas de las EPS o IPS son quienes menos les sirve el carnet porque no pueden acceder a la atención de urgencia. Por el contrario, para los campesinos entrevistados que están cerca de Florencia, generalmente se convierte en un programa útil y que les ha servido en momentos de crisis, de consultas y de prevención.

Las pocas atenciones de salud a los campesinos en estas regiones cocaleras por parte del estado colombiano, además del SISBEN, son las denominadas brigadas,

No queremos brigadas, que cuestan 1700 millones de pesos. Llega la brigada de salud y resultan todos ciegos, a todos nos dan gafas y eso cada vez que pasan nos dan nuevas gafas, nueva graduación, solo adaptan. A todos nos dan ibuprofeno, ensure... a todos nos dan los mismo, todos parece que sufrimos de los mismo.

Un día al año cuesta 1700 millones de pesos. Con esa plata ¿cuántos podrían ser promotores de salud? ¿Una brigada al año? No hay quien haga nada. (Entrevista 32, Francisco, 50 años).

Lo que hay detrás de la discusión sobre la infraestructura, las obras y la salud por un lado las experiencias de exclusión o de inclusión desventajosa del campesino a la sociedad representada en falta de acceso a estas garantías. Y en segundo lugar, la percepción que los campesinos construyen del estado colombiano y de su relación con este. La falta de acceso entonces no solo hace más vulnerable la unidad económica familiar sino también deslegitima el papel del estado colombiano como garante de los derechos ante los campesinos en general y los cocaleros en particular.

Comentarios Finales

A lo largo de la configuración histórica de la región caquetena, ha sido central el fenómeno del conflicto armado y la irresuelta cuestión agraria, relacionada con las contradicciones de la colonización amazónica y la consolidación de la ganadería. La dinámica del mercado global de la cocaína a finales del siglo XX transformó la relación entre el estado colombiano y este departamento, esto afectó las políticas públicas ejecutadas y legitimadas con el discurso de la ausencia/presencia del estado, pero a la vez activó procesos identitarios dentro de los grupos objeto de estas políticas, en este caso, los campesinos cocaleros: “los marginales”, “los pobres”, “los abandonados”, los que necesitan las políticas públicas del estado.

La estrategia del estado colombiano a esta región se ha basado en aislar territorial y políticamente a los campesinos y campesinas de la región. Pero también crear un discurso

criminalizador en torno al lugar que ocupan los campesinos para ejercer el control de la población, del territorio y de los recursos.

Ahora, también se debe hacer un análisis de abajo hacia arriba; Roseberry señala la importancia de comprender la cultura como resultado, creación pero también como productora (2002). Por ejemplo, el discurso de la “ilegalidad” de los cultivos ilícitos no solo es una creación de una coyuntura política y económica específica sino también los campesinos y campesinas construyen un significado de lo legal/ilegal en reflejo de sus experiencias y de sus trayectorias de vida, le otorgan un sentido al papel del estado en la región, la manera en que perciben la violencia, el poder, la vulneración de sus derechos y sus vidas como campesinos.

Lo que buscamos en este capítulo fue examinar, en este proceso de aislamiento y desconexión, la manera en que los campesinos y campesinas, y el estado se “encuentran” a partir de sus experiencias de vida relatadas: la colonización, infraestructura rural, apropiación (legal) de tierras y salud.

La colonización es una etapa central que representa el primer paso de configuración del campesino cocalero: uno que se adapta a las exigencias del nuevo territorio y que lucha por conectarse de nuevo a la economía agrícola. Lo que ofrece el Caquetá para los campesinos es disponibilidad de tierras y ellos se establecen en la región a partir de la ilusión del acceso a la tierra, el sacrificio que implica tumar montaña y selva, y el apoyo de la comunidad. En esta etapa fue central también la organización campesina, la apropiación del espacio a través de formas legales como las juntas de acción comunal y la fundación de veredas. Al final lo que se va consolidando es un arraigo al territorio caqueteño por parte de los campesinos; la identidad colonizadora descansa en esta experiencia.

Mientras el estado colombiano ha buscado estigmatizar al colono y a los pobladores de las regiones “fuera de la frontera agraria” por ejemplo a través de políticas diferenciadas del desarrollo alternativo y denominándolos “buscadores de fortunas”, esta experiencia colonizadora es relatada con orgullo por los campesinos entrevistados.

El primer punto de “encuentro” que aparece dentro de las entrevistas con los campesinos es el acceso a la tierra. El territorio caqueteño está en medio de la coca y la ganadería, y su estructura de distribución es bimodal, es decir un fuerte proceso latifundista al lado de uno colonizador. La particularidad regional es que al contrario de otras regiones del país, prima la mediana propiedad, seguida por el latifundio. Este escenario (coca-ganadería/ latifundio-colonización) establece un escenario espacial y socio-económico heterogéneo en el que se desenvuelven diversos tipos de cultivadores de coca: el pequeño propietario que solo se dedica a la coca en las puntas de colonización, con uno o varios lotes que explota en compañía o solo, el pequeño y mediano ganadero que se equilibra financieramente con una hectárea de coca y el gran latifundista que también la cultiva o la trafica¹⁰². La aspiración generalizada es “levantar” una ganadería, resultado de una identidad ganadera históricamente construida y mantenida por el estado colombiano y las élites regionales. Este campesino se identifica como cocalero y ganadero.

¹⁰² Entre los campesinos entrevistados se podría encontrar la madre soltera que vivía en unas hectáreas de coca con sus padres y sus hijos, y una familia joven con 6 niños que administraban un cultivo en una tierra que no era de ellos. Pero también el campesino que tenía una mediana propiedad con ganadería, que recibía llamadas de los bancos para ofrecerle tarjetas de crédito y que repartía a sus hijos y esposa una hectárea de coca para cada uno para solventar sus gastos. Vivía del queso que sacaba cada quince días y de la coca, en una casa de madera sin piso. Para terminar, una familia cocalera que solo vivía de esto, tenía un par de hectáreas propias y otras en compañía.

Mientras los pequeños cultivadores de coca tienen grandes dificultades para acceder a la propiedad legal de la tierra, los otros actores de la cadena como los narcotraficantes acumulan miles de hectáreas. A pesar de esto, el campo caqueteño debe verse de manera dinámica: hay espacios consolidados de mediana propiedad, otras puntas de lanza de colonización donde prima la pequeña propiedad, hay subregiones donde prima la gran propiedad; el campesino se mueve entre estos lugares dependiendo de la movilidad económica. El resultado desafortunado de esta dinámica colonizadora-latifundista es un proceso de deforestación con consecuencias gravísimas sobre el medio ambiente y el futuro del departamento.

Pero la tierra no es suficiente a pesar de que haya una mediana propiedad consolidada en la región. La siguiente etapa de esta configuración del campesino cocalero es la consolidación de la unidad familiar como un sistema productivo, hacer de esta tierra un espacio productivo pero las condiciones de transporte no permiten la formación de un mercado agrícola y ganadero fuerte. La carencia de condiciones mínimas de infraestructura, de acceso a la tierra o a la salud es un problema estructural que impide el desarrollo tanto de una agricultura como de una ganadería viable económicamente para el campesino caqueteño. Es un ejemplo de cómo el campesino busca conectarse al mercado mientras el estado colombiano no responde resueltamente a estas demandas. Por ejemplo, en el contexto de los cultivos de coca, una de las principales comparaciones que hacen los cultivadores de coca es que “la pasta base me la echo en la mochila”, mientras las ganancias de los demás productos como plátano o maíz, se van en el pago del transporte.

La manera en que se ha resuelto este problema es a través de la organización comunitaria, basada en las juntas de acción comunal. Ellas proveen de mantenimiento a las vías, principalmente. También por medio de su organización es que la demanda por infraestructura sobre los alcaldes y la gobernación es constante. No obstante, su organización comunitaria tiene sus limitaciones; la inversión para mejorar y mantener las vías es mucho más alta de lo que estas pueden solventar.

La guerra, donde los actores armados operan junto a la población, se convierte en un obstáculo central para estas economías locales y las vías y la inversión pública se distribuye con base en estos intereses. La queja constante del campesino es el “abandono del estado” y la “desidia de las autoridades locales”.

El tercer elemento es la vulnerabilidad de la unidad familiar por la falta de acceso a la salud, lo que los hace propensos a la desintegración familiar o a su debilitamiento ante accidentes, muertes y enfermedades. Las experiencias de los campesinos sobre la garantía del derecho a la salud muestran la falla de un sistema que no respeta sus derechos como ciudadanos y los hace más vulnerables; la falta de atención a las mujeres en embarazo son un ejemplo. La comunidad es un elemento de apoyo pero con grandes limitaciones y sistemas como el SISBEN tienen un significado ambiguo para los campesinos: por un lado reconocen su importancia a la hora de atender operaciones o tratamientos, pero es inútil, en particular para las regiones apartadas, a la hora de consultas menores o de prevención.

Este reclamo sobre las condiciones de la infraestructura va más allá de una queja puntual. Es parte de la manera en que el campesino se ha relacionado con el estado colombiano y debe ser interpretada en este contexto. Así como durante el siglo XX, el Caquetá estuvo bajo administración pública especial por medio de figuras como “Territorios Nacionales”, “Intendencia”, “Comisaría”; a finales del siglo, cuando logra el mismo estatus que el resto de departamentos, esta región vive en una condición especial caracterizada por el despliegue de programas de desarrollo rural y sustitución

de cultivos que reemplazan la política pública en torno al campesino y que han obstaculizado la participación del campesino en la toma de decisiones.

Dentro de las familias campesinas, tanto el acceso al mercado como a la propiedad y las condiciones de la mano de obra familiar son elementos claves para su reproducción. La precariedad de estos tres factores generan empobrecimiento que el campesino no puede superar por los límites de las formas comunales de organización; la inversión en carreteras solamente requiere mucho más de lo que la comunidad puede sostener. Entonces, un elemento transversal en las condiciones de estos factores es el papel del estado colombiano y sus funciones en un territorio de guerra. La relación que se establece entre el estado y la población, además de la cara represiva, exalta la cara paternalista, que castiga y da premios, que asiste pero no garantiza el respeto de los derechos.

Lo que se buscó señalar en este capítulo es que ni la coca ni la ganadería o la agricultura están separadas. En la dinámica económica del departamento, están estrechamente entrelazadas, la coca le permite al pequeño y mediano ganadero sostenerse y aspirar a mejorar sus ganados, a aspirar a “lo legal”. La identidad rural del Caquetá se basa en gran medida en su aspiración por ser ganaderos, con un pasado colonizador que evocan. Esto hace que la división de lo legal e ilegal de difumine.

En este sentido, un paso fundamental es la firma de los acuerdos de paz en La Habana entre la guerrilla, su refrendación y la aplicación de los mismos en estos contextos regionales. El punto 2 de la agenda negociada entre el gobierno de Santos [2010-2018] y las FARC es sobre la participación política y uno de los temas acordados tiene que ver con la creación de la circunscripción transitoria especial de paz para las regiones afectadas por el conflicto. Estas permitirían aumentar la representación política de estos territorios en las cámaras nacionales, transformando el escenario político en el que se toman las decisiones, por ejemplo, en términos de desarrollo agrícola e infraestructura. También se buscará garantizar la participación de las comunidades en los planes de desarrollo¹⁰³.

¹⁰³ No obstante, esta participación política tienen que ir más allá de talleres, como ocurre actualmente con el Plan Consolidación, que convocan a los campesinos para socializar las decisiones ya tomadas en otras instancias. Esta participación debe estar sustentada también en la posibilidad de estas poblaciones de manejar presupuesto.

CAPÍTULO 4. “Toca sacar el rinde”: la experiencia de cultivar la coca

Belén es una mujer campesina joven. Es madre soltera de dos niños y también hija de colonos tolimenses en el Caquetá; ella misma ayudó a abrir la finca de sus padres. La conocí en un taller de mujeres campesinas, una serie de encuentros que han creado las juntas de acción comunal con ayuda de organizaciones nacionales. Conversando sobre el cultivo de coca señaló,

Es importante el amor de la mata, sembrarla, fumigarla, toca pagarle al trabajador, comprar la semilla, pagar lo de las obras, hay que dedicarle tiempo. Toca administrar los venenos para controlar la plaga, hay que cuidarla. (Entrevista 40, Belén, 26 años).

Este relato contrasta con las miradas hegemónicas del cultivo de coca en Colombia. Durante el Plan Colombia se reprodujo en la opinión pública y los medios de comunicación el mensaje de la planta de coca como “la mata que mata”, parte de los estudios hechos sobre el campesino cocalero han reproducido la idea de su “interés por el enriquecimiento fácil” y la “maximización” de las ganancias. También se ha visto al cultivo como una actividad enmarcada en la dupla del crimen y el castigo.

A su vez, la atención sobre la economía de la coca ha girado en torno del narcotráfico; no solo los estudios sobre la lucha global sino los asuntos anecdóticos, como la vida de los narcotraficantes, o el funcionamiento de los cárteles y la relación con otros actores como el Ejército o los estados en general. Menos atención se ha puesto a la manera en que se vive la vida cotidiana de los eslabones más débiles, los cultivadores, los consumidores o las “mulas”; es decir, la manera en que los cultivadores comprenden y viven su vida como cocaleros. La respuesta de Belén muestra la dimensión cotidiana y campesina de “la mata” que hay que querer y cuidar.

El objetivo de esta sección es comprender cómo se constituye la actividad cocalera como una experiencia social para los campesinos. Dubet y Martuccelli afirman que la heterogeneidad de la vida social ha puesto a prueba las categorías clásicas de comprender la sociedad y reafirman la heterogeneidad de las lógicas de la acción (Dubet & Martuccelli, 2000; 58); la acción social no se explica a través de una sola lógica, por ejemplo la integradora que refiere a la idea de una “cultura” que implanta valores sobre los sujetos que determinan su actuar, o la estratégica, que lo convierte en un actor que establece unos intereses y se desenvuelve según un plan para lograrlos. Para Dubet el sujeto no es un yo único sino que reflexiona, se ve a sí mismo, se contradice, actúa, critica y resuelve problemas (2011). Parafraseando, pregunta es de qué manera los actores construyen sus prácticas y sus racionalidades locales, cómo construyen sus problemas y cómo se esfuerzan por resolverlos (Dubet & Martuccelli, 2000: 71).

La experiencia social, en términos de Dubet, refiere

...a la cristalización, más o menos estable, en los individuos y los grupos, de lógicas de acciones diferentes, a veces opuestas, que los actores deben combinar y jerarquizar a fin de constituirse como sujetos (Dubet, 2011: 117).

La experiencia social puede concebirse como la manera en que los actores articulan lógicas de acción a fin de tener el mayor dominio posible de ella (Dubet, 2011: 123).

La actividad cocalera concebida como un trabajo implica entonces comprender cómo los campesinos la ejecutan, miden, verifican, resuelven, es decir, cómo es tanto una actividad cognitiva, normativa y social (Dubet, 2011: 125).

A la hora de entrevistar a los campesinos cocaleros, fue natural que saliera el tema de en qué consiste su actividad, cómo eran los procesos, los retos y las cosas que tenían en cuenta a la hora de procesar, y sus descripciones de las condiciones de las diferentes etapas. Era un momento de las entrevistas donde la información se hacía más fluida, los campesinos se desenvolvían con propiedad y seguridad, era adentrarse en los temas que conocían muy bien y en la que podían mostrar su maestría.

Se percibía a un campesino reflexivo de su actividad, de los retos y obstáculos que enfrentaban, adaptable y creativo, un actor que desplegaba diversas estrategias. Y no es para menos, su vida depende de esto. Esto contradice estudios que conciben al campesino como “irracional” o “tradicional”, tanto por su carácter rural como el “ilegal” de su oficio.

Ellos hacen parte de la economía de la cocaína. Este es un mercado agroexportador cuya prohibición le otorga características particulares al negocio. Este mercado se define por la manera en que se combinan recursos económicos, políticos y militares, por la forma en que los costos de transacción se multiplican por la calidad ilegal de las acciones y finalmente por los instrumentos sui generis que utilizan los narcotraficantes en ausencia de un aparato formal de derecho que pueda “ordenar” el mercado ilegal (Krauthausen & Sarmiento, 1993: 25).

El narcotráfico en Colombia en el 2008 fue estimado en un mercado de 13.6 billones de pesos, es decir, el 2.3% del PIB del país. De este, el 1.2 correspondieron al valor de la hoja de coca, 0.2 al de la pasta base, dos billones a la etapa de la transformación definitiva en cocaína y la mayor porción de las ganancias quedaron en el tráfico alcanzó los 9.6 billones (Mejía & Rico, 2010: 4)¹⁰⁴. En el más reciente informe del SIMCI sobre el monitoreo a cultivos de coca en Colombia, se establece que esta actividad equivale al 0.3% del PIB nacional, el 3% del PIB agrícola. El ingreso promedio anual bruto por persona en la producción de hoja y pasta base es de 1.160 dólares (UNODC, 2015).

La actividad cocalera tiene una lógica; los campesinos buscan sacar el máximo rendimiento de la hoja de coca, para poder obtener el mayor provecho de sus tierras, de su tiempo y de la planta. Pero como toda actividad que involucra la tierra, también tiene que ver con la calidad del suelo, con el clima, con las plagas y una serie de saberes, maestrías y estrategias que los campesinos han creado para vivir de la mata de coca en medio de la lucha contra las drogas (Tabla 1).

El campesino en la cadena de producción de la cocaína

En manos del cultivador de coca están tres pasos importantes: el cultivo, la raspada de la hoja y el procesamiento. Estas etapas y esta economía tienen algunas características. Primero, es un mercado agro-exportador cuya producción se basa en minifundios donde los campesinos tienen bajo el poder de negociación frente a los compradores de hoja o pasta base. En el Caquetá, la venta no es

¹⁰⁴ A nivel mundial se calcula que el valor total de ventas al por menor de drogas ilícitas es de 320.000 millones en 2003, es decir el 0.9% del PIB mundial (Insulza, J.M., 2013).

libre sino que depende de las condiciones de la guerra en la mayor parte del territorio del departamento donde las FARC ejerce un control de acceso para los compradores de pasta base.

Este mercado tiene como primer eslabón de la cadena el cultivo, donde existe una incipiente división del trabajo: el campesino con o sin laboratorio¹⁰⁵, y el raspachín, encargado de recolectar las hojas de coca. Se cultivan diferentes variedades de la planta de coca (Especie *Erythroxylum coca*), un arbusto que se da entre los 0 y 1700 metros sobre el nivel del mar, y tiene un tiempo de cosecha entre 2 a 6 meses, según la variedad. Produce flores blancas pequeñas y frutos rojos pequeños. Este arbusto es un cultivo de forrajes, no es de alimento, lo que afianza la dependencia y vulnerabilidad social campesina al desincentivar la producción de comida.

A lo largo de la últimas décadas, el cultivo ha tenido cambios en su configuración y dinámica. En la década de 1980, el Alto Huallaga, en el Perú, suplía la mitad de la pasta base del mundo bajo el cultivo y procesamiento de una población campesina cuya pobre condición de vida fue en parte resultado de las intervenciones estadounidenses y del estado peruano en el país a mediados del siglo XX (Gootenberg, P., 2008)¹⁰⁶. De este periodo todavía queda el recuerdo presente: “Tingo María”, un pueblo colonizador del Alto Huallaga, es el nombre de uno de los tipos de plantas de coca que se cultiva en Colombia.

Durante la década del noventa, Colombia se convirtió en el principal productor de cocaína del mundo pero en la última década, el cultivo ha dado señales contradictorias; en los primeros del siglo XXI disminuyó el número de hectáreas cultivadas pero en los últimos años, de nuevo fue en aumento. En el 2008, los cultivos de coca se extendieron en 200 municipios de los 1123 que tiene Colombia y ocupó el 19% de la superficie del país (Mejía & Rico, 2010: 8). En el 2014, el número de hogares que cultivaban coca fue de 64.500 (UNODC, 2015).

Mientras en el 2013 el número de hectáreas cayó a 48 mil, en el 2014 creció en un 44%; el mayor aumento se evidenció en la región Putumayo-Caquetá donde creció en un 68% en el último año y ha habido incremento de cultivo en áreas que anteriormente habían sido sembradas, es decir, que las mismas personas volvieron a cultivar¹⁰⁷ (Gráfica 1). El mayor reto de políticas públicas está en los departamentos del sur del país como Nariño, Cauca, Putumayo, Caquetá y el área del Catatumbo, donde están los focos de mayor densidad de cultivos de coca (Mapa 2).

En el Caquetá, los cultivos pasaron de 14.516 hectáreas en el 2001 a su nivel histórico más bajo en el 2010 con 2.578 hectáreas. Sin embargo la tendencia creciente se mantiene desde ese momento hasta la actualidad. Se concentran en el piedemonte al sur del departamento y en la Unión Peneya, en el corregimiento de La Montañita. El cultivo se ha extendido históricamente a lo largo y entre los ríos principales del departamento¹⁰⁸. Estos sirven como vías de acceso a los colonos que se adentran a la selva (Mapa 2). En el último informe de la UNODC y el SIMCI, señalaron que

Los lotes se han hecho más grandes y hay expansión del fenómeno principalmente en el piedemonte de la cordillera occidental, al occidente del departamento municipio de San José

¹⁰⁵ El laboratorio o la cocina, es el lugar donde se procesa inicialmente la hoja de coca para producir pasta base. Es el primer paso para la producción de la cocaína y los campesinos pueden llegar a realizarlo en sus casas. Esta etapa le otorga mayor valor agregado, por lo que las ganancias pueden ser mucho mayores. Un reportaje gráfico del procesamiento está disponible en Dodwell (2014).

¹⁰⁶ Existen varios paralelos entre el Alto Huallaga y el Caquetá. Uno de ellos es la inversión extranjera en proyectos de colonización: el Alto Huallaga recibió apoyo del Banco Interamericano de Desarrollo y el Caquetá del Banco Mundial (Gootenberg, P., 2008: 296).

¹⁰⁷ Por ejemplo en el área Putumayo-Caquetá, el territorio total afectado es de 18%. De este, ha sido abandonado el 25%, ha sido afectado permanentemente el 31% y de manera intermitente el 41%. Apenas un 3% ha sido afectado recientemente (UNODC, 2015).

¹⁰⁸ Según Teófilo Vásquez, la coca se introdujo primero en el Bajo y Medio Caguán, y de ahí se extendió sobre los ríos Sunciya, en el Medio y Bajo Ortegua y en la zonas de colonización del río Caquetá y en la bota caucana (Vásquez, T., 2014: 51).

del Fragua. Las operaciones de aspersión se mantuvieron en el mismo nivel que en el 2013 y la erradicación manual se duplicó (UNODC, 2015: 33).

Después de raspar las hojas de las matas de coca, inicia el paso de la transformación en pasta base. Este proceso de transformación puede ser hecho por el campesino o por otros actores según coyunturas específicas. Por ejemplo, según los datos del UNODC, en el 2012 hubo un auge del mercado de la hoja de coca aunque históricamente 2/3 partes de los cultivadores no vendieron directamente la hoja de coca sino que la transformaron en pasta base, principalmente por razones de rentabilidad (Mejía & Rico, 2010: 6; Insulza, 2013)¹⁰⁹. Según datos de UNODC y SIMCI, el precio promedio de hoja de coca en el sitio es de 2000 pesos el kilogramo (0.6 dólares); el de la pasta básica fluctúa entre 1.889.100 y 1.967.200 por kilogramo (630 y 655 dólares aproximadamente) y el precio de cocaína en las principales ciudades del país está entre 4.538.200 y 4.710.700 el kilogramo (1,512 y 1570 dólares) (UNODC, 2015).

Los siguientes pasos de la producción, (la elaboración final de la cocaína denominada cristalización y el tráfico) son realizados por redes más complejas de organización militar y productiva, como los grupos narcotraficantes, que se encargan de refinarla en grandes laboratorios y de introducirla en las redes internacionales.

Cultivando la mata, raspando la hoja: de rindes y semillas

“La raspada tiene un orden” (Entrevista 53, Jonathan, 28 años)

Un factor que define la relación del campesino con el cultivo es su ubicación geográfica; el cultivo de coca como una actividad campesina depende y tiene efectos sobre la tierra. Dos espacios centrales surgieron en las descripciones de los campesinos entrevistados: la cordillera y la sabana.

La cordillera o la montaña corresponde a las vertientes de la cordillera oriental colombiana en el departamento del Caquetá. Es el lugar de nacimiento de las principales quebradas y ríos como el Caquetá, el Caguán, el Río Hacha o el Orteguzza que van a desembocar en el río Amazonas por lo que su importancia ecológica es central. En la cordillera prima la pequeña propiedad y la ganadería a pesar de que es difícil de llevar a cabo.

La “cordillera” corresponde a las vertientes de la cordillera oriental que llegan hasta los lomeríos de la planicie amazónica, lugar de nacimiento de los principales ríos y quebradas que van a cruzar la Amazonia y con climas más frescos que la sabana. Es también el lugar donde se encuentran cultivos de coca de menor tamaño, entre 1 y 2 hectáreas. Parte de la cobertura boscosa de la cordillera está restringida a la propiedad privada por la Ley 2ª de Reservas Forestales de 1959 a pesar de que parte ha sido sustraída por el estado colombiano para los campesinos.

El otro espacio es la sabana, más conocido como “la vega” o “el plan”. En este están los grandes latifundios ganaderos y en la década de 1980 y 1990 se ubicaron las grandes plantaciones de coca. Es el área de mayor deforestación.

¹⁰⁹ Por ejemplo una mujer que había cultivado coca en el boom de los ochentas afirmó en una entrevista “la hoja de coca sola no vale nada, eso no sirve de nada, lo que vale es el polvo, eso es lo que vale”.

La infraestructura vial del departamento se basa en la vía La Marginal de la Selva¹¹⁰ que atraviesa paralela a la cordillera el departamento de norte a sur, dividiendo ambos espacios. El acceso hacia la montaña o hacia la vega se hace a través de vías secundarias y terciarias en pésimo estado.

El primer paso del campesino para dedicarse a la actividad cocalera y en general para cualquier cultivo en la región es tumbiar bosque y quemar la tierra porque “si no se quema bien, queda toda la chamba” (Entrevista 32, Don Francisco, 50 años)¹¹¹. El objetivo es dejar limpio el terreno para proseguir con la siembra de la semilla.

La disponibilidad y selección de la semilla es muy importante por varias razones. En primer lugar, la semilla y su adaptación a la tierra define el rendimiento de la producción denominado “el rinde”, es decir, cuántos gramos de pasta base van a producirse por arroba (cuánto dinero se va a recibir por la cosecha) y qué tan buena va a ser la pasta base (la calidad de la “merca”). Estas son las dos variables claves que tienen en cuenta los campesinos a la hora de elegir la semilla. En segunda medida de importancia, tienen en cuenta la rapidez del crecimiento de la mata y su resistencia a las plagas.

El objetivo no era conocer los datos, que ya han sido calculados por diferentes estudios, sino comprender los argumentos y variables que los mismos campesinos utilizan para concebir el cultivo como un “buen negocio” y los riesgos que enfrentan. Es decir, comprender cómo los campesinos ordenan y perciben esta actividad.

En estas cuentas se utilizan varios elementos como el rinde (gramos de pasta base por arroba de hoja de coca), el número de arobas que salen en la hectárea, el precio de la semilla según el tipo, el pago de jornal a los raspachines, y los abonos y los químicos para la tierra.

Algunos campesinos hablaban de “sacar un buen rinde”. Por ejemplo, Don Felipe cultivó en sociedad con un cuñado y produjo 200 arobas de hoja de tres hectáreas lo que le permitió ganar 3 millones de pesos libres. En una siguiente cosecha obtuvo hasta 400 arobas de hoja. De esta experiencia, Don Felipe señaló que “sacó un buen rinde” (Entrevista 7, Don Felipe, 46 años).

Diversos factores juegan para lograr el “rinde” deseado: los insumos necesarios para el cultivo, la mano de obra y la semilla. Don Fabio por ejemplo comentó que para una hectárea de coca los costos comprendían la semilla, el abono y el pago del raspachín. Para él, esa hectárea le daba 200 arobas de hoja de coca, y el rinde era 6.6 kilos. El kilo estaba en 1.8 millones de pesos, es decir, proseguía sin titubear, eran 12 millones de pesos, cada 45 días. Su cálculo le daba que le quedaban 7 millones libres cada 2 meses aproximadamente (Entrevista 6, Don Fabio, 43 años).

El mejoramiento de la semilla es fundamental, cada tanto aparecen nuevas variedades de semillas con mejores rindes. No obstante, esta diversidad hasta donde se pudo indagar, no es hecha por los campesinos; ellos no la mejoran, las variedades aparecen en las regiones¹¹².

¹¹⁰ Carretera Marginal de la Selva también se le llama a la vía paralela a la “montaña” en el Perú (Gootenberg, 2008: 292)

¹¹¹ Chamba viene de chambero, que es lleno de maleza, lleno de palos atravesados.

¹¹² Este asunto no fue profundizado por los campesinos en las entrevistas y en la respuesta ignoraban de dónde venía la semilla, simplemente aparecía y se extendía la noticia en la región. Esto implicó una doble reflexión: en primer lugar acerca del ejercicio del trabajo de campo (entrevistas y visitas) sobre temas y territorios de ilegalidad. Tanto las cosas que dicen como las que se guardan son motivo de análisis. En este caso, puede ser entendido de dos formas, primero como una manera en que el campesino se siente menos responsable e involucrado en el cultivo al señalar que ignora esta información, otorgándole un valor moral a esta actividad (como algo que está “mal”), y segundo, enfatizando la idea de que es un eslabón débil en la cadena, sin capacidad de incidir en otras partes de la cadena que son más poderosas.

No obstante también hay que tener en cuenta el papel del campesino como domesticador de la semilla, una tarea muy común en la actividad rural. Este todavía sigue siendo un tema para analizar porque el uso de la semilla es parte central de la dinámica del cultivo; al respecto por ejemplo Gootenberg (2008) sobre el Alto Huallaga señaló que la planta de coca era vista desde mediados del siglo XX por los agrónomos estadounidenses ubicados en la Estación Agrícola creada en el Alto Huallaga como un cultivo mucho más ecológicamente adaptado que los que ellos promovían y con los que experimentaban, reconocía lo “exhaustas” que quedaban las tierras tras el cultivo de coca y cómo el trasplantarla era parte integral de las estrategias de migración rural (Gootenberg, P., 2008: 295).

La llegada de nuevas semillas es un acontecimiento en las veredas, dado que las utilidades del campesino dependen de la manera en que la tierra y la semilla (además de todos los químicos que utilizan) producen más o menos rendimiento. Llegan con nuevos nombres como La Millonaria y con promesas de rinde, algunos las cultivan de inmediato, otros esperan a que lo prometido sí sea verdad e iniciar la inversión. Para algunos campesinos, es importante saber cuánto se tarda en crecer, de eso depende qué tan rápido tiene la cosecha lista. Haciendo este recuento, Don Jeison señaló,

Aparece coca nueva, la peruana, la boliviana, la blanca, la roja, la cauchuda, la caturra, la montuna, la chipara. La chipara la traen de Bolivia y rinde entre 40 y 50 [gramos por arroba]. Ahora la coca se está dando al pie del mar, y no hay tanto por acá, eso por los riesgos del camino, por allá se da la coca mejor¹¹³ (Entrevista 54, Don Jeison, 48 años).

Las semillas más nombradas son la boliviana, la tinga maría, la caturra o la peruana entre otras. Entre estas, un rinde de 20 gramos por arroba es aceptable, pero ahora los rindes están en 35-40 gramos por arroba. Esos son los rindes a los que los campesinos le están apuntando para que el negocio tenga utilidades suficientes.

El rendimiento de estas semillas no es homogéneo, este depende de la tierra y la ubicación del cultivo, de factores como la temperatura del ambiente, por ejemplo. La misma semilla que da un buen “rinde” en “la vega” no produce lo mismo en la cordillera. Por ejemplo, en la visita a la montaña, decían que la caturra se quemaba por el clima más frío ahí, lo que la hacía no apta para esas tierras (Nota de Campo, Visita a la Cordillera). Estas diferenciaciones las manejan bien los campesinos que la cultivan; por ejemplo, algunos campesinos entrevistados cuentan la manera en que deciden cómo y qué cultivar,

¿cómo eligen cuál cultivar?

Hay boliviana..., caturra..., peruana.... La mejor coca en el Caquetá es la peruana porque da un buen producto pero es un mal rinde, 20 gramos por arroba. Entonces no es buen negocio pero es la que mejor se da¹¹⁴.

La coca que se siembra depende del comprador que dice qué necesita, principalmente es rinde.

La tinga maría da de rinde entre 32 y 35 gramos, al narco no le sirve mucho porque tiene baja calidad en cristalización.

También hay caturra, boliviana blanca/negra y millonaria. Se cultiva de acuerdo a la economía y lo que pida el narco (Entrevista 32, Don Francisco, 50 años).

¿Y es difícil?

La semilla es fácil, se la prestan, se la fían, se la venden. Entre los vecinos, se fomentan. Que se cultiva... es la caturra en partes, y la moñuda, una blanca.

La moñuda no rinde igual que la caturra. La caturra está entre 30 y 35 gr, la moñuda entre 20-21 gr. Casi no se cultiva porque ya de un 25 no cubre los gastos. La caturra se da cada tres

No hay que descartar es que la manipulación y el traslado de las semillas obedece también a otros niveles (otras regiones, por ejemplo, lo que señalaban es que la semilla venía de afuera, de Bolivia, de Perú), lo que quiere decir que es manejado principalmente por la cadena de los traficantes de droga. Callar sobre este asunto además de ser una manera de reafirmar su separación a los narcos, también es un asunto de seguridad.

En segundo lugar, lo que queda para ser respondido es ¿de qué y de quiénes depende el mejoramiento de las semillas que aparecen periódicamente? Parte de la explicación de la movilidad de los cultivos entre los países andinos podría descansar en esta respuesta, ya que los campesinos no se mueven entre países pero la semilla sí.

¹¹³ Este cambio es lo que se ha notado en los últimos años sobre el aumento de cultivos en el Pacífico sur colombiano, en el Nariño como lo constata el monitoreo de la UNODC (2015).

¹¹⁴ Acá se evidencia la distinción entre un “buen producto” (calidad) y “el rinde” (gramos por arroba de hoja recogida). Sobre estas dos variables se articulan las decisiones de los campesinos a la hora de organizar su producción.

meses, mientras la moñuda entre 24 días y dos meses, lo que es una ventaja, mientras saca 2 caturras, saca 3 blancas. Además la moñuda en 15 días está ya *coposita*, y esta harta. La otra tiene ramas largas, no crece mucho pero se abre como dos metros. El moñudo es como un pino, ese se alza alto (Entrevista 39, Doña Diana, 45 años).

Resultó buena la pringa maría que tiene buen rinde, entre 30 y 40 gr. y otra, la peruana, es no es tan buena. La de ahora que salió es muy chiclosa, no es como la peruana porque era de buen aroma, la otra no, huele poco. Y la gente va por el rinde. (Entrevista 36, Don Andrés, 77 años).

El uso de la semilla no está exento de riesgos. Por ejemplo, la información que se extiende sobre un tipo de semilla no necesariamente es la correcta o conseguir la semilla es difícil como le ocurrió a don Ancízar, que tuvo que esperar un año,

Entre los campesinos se engañan y dicen “esta mata saca tanto” y no es cierto. Fue cuando llegó la boliviana, yo esperé hasta ver resultados. Al principio esa semilla costó 500 mil, después la compré a 70, más barata ya experimentada. Al final sembramos boliviana (Conversación Grupal 1, Don Miguel, 42 años).

Sirvió en una época pero no porque fuera fácil. La semilla costaba 20 mil pesos, yo cambié una bestia mular por semilla, 40 arrobas. En total fueron 800 mil por semillas y las trasladamos 2 horas en tres viajes, mas el flete, mas el jornal. Después tocó picar los tajos y sembrarlos. Y en 8 meses me dio solo 15 arrobas, y cada arroba entre el 19 y el 20 de rinde (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

Principalmente en la época del boom cocalero, compartir la semilla entre familiares y amigos se convirtió en un mecanismo por el cual se expandió el cultivo; regalar la coca fue una manera de sociabilidad de las comunidades. Así iniciaron varios sus propios cultivos, como Don Ancízar cuando un hermano le insistió que cultivara, que él le regalaba la semilla. Doña Olga relató este paso así,

¿Y era muy difícil cultivar coca comparado con otro cultivo?

No, no, lo mismo, como cultivar plátano, como sembrar yuca. Eso se cortan las semillitas así y después de que está quemado bien uno va clavando las semillitas. Y nace. Y ya la que se pierde uno va reparando dónde se perdió esa semilla y ya recién. Y para que no se pierda tanto así hacen en bolsitas de las negritas que venden uno clava así la semillita en la bolsita y así menos se pierde. Entonces cuando ya está bien con raíz y hojas uno abre el hueco con la pala y eso así menos se pierde.

¿Para sembrar estas estaquitas y estas cosas tuvieron que endeudarse?

No porque ya habían cultivos de edad entonces uno iba y cortaba. Se raspaba la hoja y se cortaba la rama y esa misma se sembraba. Y como era entre familia entonces se vendían a menos precio o la regalaban y así.

¿Y mucha gente por ahí cultivando?

Uy sí, la mayoría casi de la gente que vivíamos por allá era de la coca (Entrevista 16, Doña Olga)

Otros campesinos se saltan este proceso de conseguir la semilla porque también dentro de la disponibilidad de tierras, hay varias que vienen ya con coca. Esto porque una vez cultivado coca, el nivel de contaminación con químicos de la tierra por los abonos, la fumigación y los plaguicidas es tan alto que como afirmaron los campesinos, esa tierra ya no produce otra cosa. La coca esteriliza la tierra tanto por la planta como por el efecto de la fumigación y los químicos; la regeneración de la tierra con

coca es muy larga y eso se nota en que después de que se corta, la planta que aparece en la tierra es el “rabo de zorro” y otras malezas específicas que aparecen tras procesos de desertificación muy graves.

Esto también genera dificultades a la hora de cambiar de cultivo de coca a otro cultivo pues en la misma tierra no es imposible, pero es difícil. Muchas personas cuando compran un terreno y este viene con coca, lo utilizan. Es otra manera en que se reproduce el cultivo.

Los insumos para el manejo del cultivo también tiene efectos negativos sobre la tierra. Así lo comenta Jonathan y Don Miguel,

También según el clima se abona, en soleado se abona fuertemente y eso le ayuda a la coca, en invierno no, el abono no sirve. En verano le echan químicos para que las hojas salgan fuertes, triple 15, Desarrollo, Norban, Gramson. Pero eso daña la tierra, si uno después quiere sembrar otra cosa, eso no se da.

Un terreno cultivado con coca no da nada, la tierra no da. En la tierra, ese pedazo donde está el plante, no vuelve a nacer nada. Solo yerba y vende-agujas, una espiga, un pasto que no sirve. El terreno donde se siembra un plante es para abandonarlo. Pero la gente solo brinca cuando se muere el pasto. Los años que usted quiera y solo yerba, si crece un árbol es un milagro. La gente vuelve y siembra coca, solo sirve para eso (Entrevista 53, Jonathan, 29 años).

y mire que lo que yo veo también grave con lo de la coca es el uso de agro tóxicos, esa cantidad que le echan, la gente que se llenó de plata con lo de los agro-tóxicos, eso si lo veo más grave aún porque antes pues deforestación, monocultivos de pasto, y ganado pero ahí si [con la coca] se le aumentó el veneno, los tóxicos para mantener esos cultivos, en unas partes con más intensidad, en otras con menos pero era demasiado (Conversación grupal 1, Don Miguel, 42 años).

Ya teniendo la semilla y la tierra, el proceso de cultivarla implica mucho trabajo y paciencia, un conocimiento que se acumula a través de la experiencia propia y la de la comunidad. Por ejemplo, Don Javier relató,

En una hectárea caben entre 40 y 60 palos de coca que se siembran entre 10-15 cm. La semilla costaba 30 mil pesos pero ha costado hasta 300 mil pesos. Entre 10 y 20 arribas, 2 o 3 personas ayudan a sembrar, y se van haciendo los huecos y se va sembrando.

Se siembra y en ocho meses ya está lista para recoger pero se le hace una semi-sobada, porque está biche, se hace sin dañar el cogollo. Solo cuando está *gecha*¹¹⁵, al segundo corte, se raspa bien. (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

La coca se debe cultivar en un lugar soleado y le favorece el verano; el sol hace que la hoja salga más gruesa, con mejor “producto”. El problema es que no se puede esconder y queda está expuesta la erradicación aérea, que la detecta desde el cielo.

Los pequeños campesinos empiezan en general lentamente, porque la inversión inicial para el cultivo es muy grande para sus presupuestos. Don Javier señaló,

Lo primero que hice fue cultivar una hectárea de la peruana. No alcanzaba para más. Eso implicó mucho sacrificio, uno mismo hizo todo, mucha voluntad. Después mejoró la situación, y dio para más, para 3 hectáreas. De ahí la prioridad fueron los otros cultivos. (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

Algunos campesinos usualmente la cultivaban en “sancocho”, es decir, plátano, yuca y coca. Pero con el aumento de la fumigación, empezaron a cultivarla por separado, a una distancia de por lo menos

¹¹⁵ Madura

100 metros. Para estos campesinos, lo mejor es tener todo el tiempo comida y coca. Esta articulación de la coca, ganadería y la agricultura es de diferentes formas. Por ejemplo Don Fabio comentó que en su finca de seis hectáreas, tenía una de coca¹¹⁶. Otros actores, como los coqueros, solo tienen coca.

En términos de mano de obra, en una unidad familiar campesina pequeña hacen parte dos elementos: la familia y el raspachín. La familia colabora en el cuidado de la mata: los hijos y la esposa junto con el marido participan en el proceso de cuidado. La manera en que participan es diversa; por ejemplo, en una de las visitas a la cordillera se vio cómo todos en la familia podían encargarse de un pedazo del cultivo para sus propios gastos, lo que significaba también cómo el conocimiento del oficio se repartía en toda la familia. En la visita al cultivo en la planicie, nuestro guía fue Juan Francisco, un niño de 6 años que iba contando el tipo de semilla cultivado, cuánto le faltaba a las matas, qué se les echaba y cómo se cuidaban.

Otro ejemplo es el de don Javier, que comentó en una de las entrevistas,

¿y quiénes participan en este cultivo?

En esto participan todos en la casa, mi esposa me ayudaba. En el campo es un trabajo de todos. Tengo 7 hijos, mi esposa y yo. El mayor tiene 25 años. (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

Otro actor central en la actividad cocalera es el raspachín; el campesino sin tierra, niño o adolescente campesino o un desempleado urbano que jornalea raspando la hoja de coca, limpiando el terreno o ayudando a procesar. Como se mencionó anteriormente, esta etapa del cultivo fue clave para algunos para aprender e introducirse en el “arte” de cultivar la coca, y conseguir en un futuro una tierra para tener su propio plante, es decir, su terreno con coca.

Una descripción clara de su experiencia como raspachín la ofrece Jonathan, joven hijo de campesinos cocaleros pero criado en la ciudad. Ante la crisis económica de su familia, se fue a trabajar 5 años como raspachín en los límites entre el Caquetá y el Putumayo en una vereda eminentemente cocalera. Su experiencia muestra en qué consiste esta etapa del proceso,

¿Y cómo le pagaban, cómo arreglaban...?

Uno habla el porcentaje. Una arroba saca entre el 30 y el 25%. La peruana es el 20%, más o menos, puede salir buena. La boliviana siempre es fija, no falla, siempre el 30%. Entonces uno repartía de la peruana 15-5 y si salía más quedaba para uno, y de la boliviana pues siempre era igual y se repartía 25-5.

¿Y hábleme un poco de la peruana, y la boliviana...hay diferencias a la hora de rasparla?

La peruana es fácil de raspar, es más tupido, tiene muchos esquejes. En cambio la boliviana, que es una semilla que uno la siembra en bolsa, tiene más rampas, más largas. Es más difícil alcanzarla.

¿Y cómo era la vida allá...?

Yo he trabajado como constructor, como vigilante, yo no sabía pero tocó aprender. Por ejemplo, hoy me tocó picar hoja, revolverle el agua, la gasolina, sacar la mercancía. Eso le van a enseñando a uno entonces toca aprender porque si se lo piden a uno, toca hacerle. Si le toca a uno patear por ejemplo, que es mezclar pateando con las botas para revolver el agua y el cemento...toca.

¹¹⁶ También comentó que si su tierra fuera más grande, podría producir yuca, mandarina, limón, papaya y maracuyá (Entrevista 6, Don Fabio, 43 años).

...

Los jornaleros son principalmente mujeres, jóvenes y ancianos. De 10 raspachines, como 2 o 3 son mujeres y 7 a 8 son hombres. A las mujeres, desde pequeñas las enseñan a trabajar, vienen de familias muy pobres, con una finca pequeña y muchos hijos, les toca irse a jornallear. Y hay más jóvenes que gente adulta, uno ve niños desde los 10 años. Y ancianos también...

Uno allá se levanta, se hace el aseo, toma tinto y a trabajar. A las 8:30 le dan el desayuno, a las 9 a trabajar, uno lleva la tulada de hoja para que la anoten en el cuaderno. A las 12 es el almuerzo y a la 1 a trabajar. A las 5 a la casa. Eso es de lunes a viernes y el pago es quincenal.

Un buen raspachín son 18 arrobas al día, y pagan a 5000 pesos la arroba, ese es muy bueno. Pero yo no, yo hacía 6. Yo era muy malo.

Ahora es más difícil porque el trabajador tiene su cultivo, y hay menos gente.

¿cómo se cortaban las hojas?

Eso tiene un orden. Están las matas de coca en hilera entonces uno se forma a frente haga de cuenta abajo e inicia con los compañeros al lado. Va uno raspando en la hilera que le tocó pero si otro termina la hilera antes, inicia arriba, de arriba para abajo en la hilera que sigue y así es. La raspada tiene un orden. (Entrevista 53, Jonathan, 28 años).

El cultivo ha tenido a lo largo del tiempo varios riesgos, la fumigación con glifosato, la erradicación manual y las plagas. Cuando fumigan, los campesinos reaccionan de diferentes formas, algunos dejan la mata sin tocar hasta que ella misma se recupere, otros le untan melaza, miel de purga o panela en las hojas, la cortan hasta dejarla un palo, otros la limpian de inmediato. Cada uno tiene su propia estrategia, con base en las historias orales y en la experiencia en su propias tierras.

No obstante, el daño de las fumigaciones no es solo su efecto sobre la mata sino las consecuencias sobre la salud de las personas; la contaminación de las fuentes hídricas y los daños directos sobre las personas cuando los químicos caen sobre la población.

Los ejemplos sobre estos abundan en las conversaciones entre la población: la fumigación de un pedazo de la finca, la aspersión sobre la del vecino, la manera en que reconocen el sonido del motor de la avioneta de aspersión, de los demás aviones o helicópteros que la acompañan, monitoreando o defendiendo del ataque de la guerrilla.

Un caso que ilustra la crisis humanitaria de las fumigaciones que está en estrados judiciales internacionales es el de una pareja campesina del Caquetá. En 1998 llegaron avionetas de fumigación y helicópteros sobre la vereda La Cristalina, entre esos la finca de esta familia. La esposa estaba en embarazo y lavaba ropa a unos metros de la casa cuando sintió el sonido de las avionetas de fumigación y corrió a resguardarse en su hogar. Ella no alcanzó a llegar a protegerse por lo que la sustancia química le cayó encima. En los días siguiente, empezó a sentir síntomas de envenenamiento en el cuerpo; su piel empezó a brotarse y empezó a sentirse mal. Enferma la trasladaron a Florencia pero ahí perdió a su bebé y ella duró con quebrantos graves de salud un año más, hasta que murió¹¹⁷ dejando a su esposo y a sus dos hijas. Hasta ahora el estado colombiano no se ha hecho responsable de esta muerte.

De igual forma, la fumigación en áreas no cultivadas de coca es frecuente pero el castigo por estos errores no. Estos hechos no son demandadas al estado por la falta de herramientas de los

¹¹⁷ "El diagnóstico de egreso concluyó en falla orgánica multisistémica, choque séptico, síndrome de dificultad respiratoria aguda, neumonía adquirida en comunidad, neumonía nosocomial, síndrome neurológico piramidal y extrapiramidal, enfermedad autoinmune y granulomatosis de Wegener". Esta información hace parte del documento de denuncia ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos realizada el 15 de Noviembre del 2008.

campesinos para estos procesos, por temor de que los cultivos de sus vecinos sean descubiertos si ellos se llegan a quejar y porque ganar el caso dependen de los jueces. Esta última condición consiste en que comprobar los daños del glifosato sobre la tierra y los pobladores requiere de estudios y pruebas científicas a los que los campesinos no pueden acceder fácilmente¹¹⁸.

La desconfianza que tienen los campesinos al estado colombiano a partir de las fumigaciones es muy alta. Más que simplemente una herramienta contra el cultivo, es considerada por ellos mismos como un instrumento del estado colombiano contra el campesino en el contexto de la guerra, un reflejo de su falta de legitimidad. Para ellos, las fumigaciones son un instrumento para presionar a los campesinos fuera sus tierras y apropiarse de sus territorios, las políticas de estado. La “lucha contra las drogas” es vista como un ataque al campesino que se articula con otros intereses como la del control de los recursos,

Don Giovanni: nos damos de cuenta de la cosa de la fumiga y las reformas que hay es más que todo donde están las zonas petroleras ahora, hacia donde más fumigaron, fumigaron y fumigaron.

Doña Marta: son como estrategias....

Don Giovanni: Son estrategias del mismo gobierno para aburrir al campesino y venir después y comprarle, hacer la negociación con él. Si no hay nada que hacer, si usted llega a que me brinde un jornal, pues de lógico que de una vez lo coge...

Don Miguel: mire Estefanía, tenemos una experiencia en La Cristalina, cerca de la Bota Caucana, allá se vio clarito esa parte, ese interés porque pues había coca pero se dio esa fumigación dos o tres fumigaciones seguidas, fumigaron la carretera, fumigaron los pastos, las plataneras, todo pasaban y acababan con todo, y pum, la petrolera, en seguidita, después de eso. ¿Si mira? (Conversación Grupal 1, Doña Marta, Don Miguel y Don Giovanni; 43,42 y 41 años).

Otra consecuencia de la fumigación (o la erradicación forzada en general) es la económica; este es una pérdida de inversión significativa para los campesinos, que muchas veces emprenden el cultivo endeudándose¹¹⁹. En la entrevista, Celmira contaba cómo su madre le abrazaba los pies a un soldado que llegó a erradicar manualmente desconsolada suplicándole que le dejara las matas (Entrevista 40, Celmira, 26 años).

Otro ejemplo de los riesgos del cultivo es el de las plagas. Las historias de las plagas están rodeadas de mucho misterio, picardía y de desconfianza. Las plagas han estado presentes en el cultivo en los últimos años, uno de ellos es el famoso “gringo”. Al respecto, Don Jesús relató su experiencia,

Vivir de la coca ¿es suficiente?

No, prácticamente de eso no se vive porque si hubiera apoyo del gobierno pues lógico pero no tenemos apoyo del gobierno. El gobierno lo único que nos da es represión en esa área. Entonces uno sabe que la cuestión es la coca, pero en este momento no está dando porque eso le ha caído una plaga y eso se acaba por sí sola. No hay necesidad de que vengan a

¹¹⁸ Entrevista a abogado experto en temas legales de la ley 30 en Florencia- Caquetá.

¹¹⁹ “Lo que más vale plata es esperar a que crezca, casi un año, como 10 meses. Si no se tiene más renta sino eso es duro, poca esperar a que crezca, y la gente pues se la pasa jornaleando, así se sostenían, esperábamos para que produjeran”. (Entrevista 55, Don Ramiro, 47 años).

erradicarla, ella misma se acaba. No, otra plaga, la mata se está muriendo, no se sabe qué es. (Entrevista 22, Don Jesús).

Esta plaga es considerada por muchos como una estrategia más para erradicar la mata de coca. Varios mostraron su desconfianza con experiencias similares como la de Don Orlando. Él relató que “el gringo” llegó en los abonos y los venenos, y esta acabó con toda la cosecha en el 2002 (Entrevista 5, Don Omar, 43 años). También Don Javier y Don Pedro, que comentaron,

[los cultivos de coca] ahora además tienen plaga. Yo hice el experimento, un tajo que fumigo y otro que no fumigo, y el que no fumigo, está bueno. Así es que yo supe entonces los insumos tienen plaga, son los que traen la plaga (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

Ahora hay un “hongo”, parece que viene en los venenos, en los insumos. A esos insumos le echan bacterias que afectan la coca. De un momento a otro, la coca que estaba bonita, se seca. Para mí que son los venenos, el gringo y uno le echa tanta cosa que la mata se termina intoxicando. Esos insumos son como el Tamarón, que es tanto abono como mata plaga (Entrevista 30, Don Pedro, 45 años).

El cultivo de la mata de coca tiene muchas raíces en la dinámica campesina; la experiencia con respecto a la tierra, al entorno y el clima. El objetivo central del campesino es utilizar su conocimiento y las variables, como los insumos, la semilla y el entorno, para sacar el máximo rinde de la hora de coca, es decir, la mayor cantidad de gramos de pasta base por arroba de hoja de coca cosechada. Una parte clave de este proceso es el “amor a la planta” en esta primer etapa. La segunda será en el procesamiento.

“Nos enseñaron a *quimiquear*”

“...la mercancía está en la hoja...” (Entrevista 36, Don Andrés, 77 años).

Cosechar las hojas de coca es una etapa del proceso de producción. La siguiente es procesarlas; producir lo que se denomina la pasta base o “la merca”. La mayoría de los campesinos hacen este proceso porque los ingresos al venderla son mayores que vender solo la hoja.

La historia del procesamiento atraviesa la historia del Perú. Según señala Gootenberg (2008: 298) en noviembre de 1975 se realizaron dos grandes confiscaciones de pasta base producidos con una tecnología barata y práctica que los agentes de la DEA y los periodistas no habían visto antes, reconocida como uno de las mayores innovaciones hecha sobre la fórmula de pasta base de Kitz-Bignon que venía desde el siglo XIX. Esta nueva fórmula se basaba en cemento, keroseno y solventes para hogar que era de fácil adquisición para los campesinos,

De hecho, el gran secreto histórico del Huallaga es cómo esta simple técnica, heredada de la industria nacional de la cocaína deprimida y estancada tecnológicamente cerca de Huánuco, pudo ser fácilmente transferida y vivamente adoptada por campesinos trabajadores analfabetas. En un amplio sentido genealógico, la historia moderna de la cocaína andina estuvo inscrita por la fórmula para la cocaína bruta. Esta fue heroicamente inventada por el farmacéutico Alfredo Bignon, lucrativamente usada por el viajero Kitz en la selva, promovida como una mercancía internacional por el regionalmente hombre fuerte Augusto Durand y

tercamente resguardada en sus años de crisis por el comerciante Andrés A. Soberón antes de ser pasada a los químicos escondidos cuyos nombres solo eran conocidos por los archivos policiales y aún más a los campesinos migrantes sin rostro después de 1950. (Gootenberg, 2008:299)

En el Caquetá, esta etapa ocurre en “el laboratorio”, “la cocina” (en la época del boom se denominó por algunos como “sacatín”). La forma de aplicar este proceso tiene pequeñas variaciones pero en general se lleva a cabo de manera similar: con gasolina se hace una mezcla para aislar la cocaína de las hojas de coca y después, similar al proceso de “cortar” el queso, con soda cáustica se separa la pasta base de la mezcla gasolina-agua. Don Andrés relató este proceso,

La química no es trabajosa, los ingredientes son lo caro. Uno la siembra y por ahí en cuatro meses, como cuando tiene 20 cm y esta repolludita ya la raspa. Cuando está gecha esta de coger, y de ahí a picarla. Antes era con hachas pero ahora es con guadaña y se le puede poner cal o cemento. Se hace bien picadita y se le pone agua en un cuenco macerante.

Coge uno y cuando uno la exprime suelta esa baba, es cuando uno la mete en una caneca y le echa gasolina. Después de la gasolina, se deja entre 15 y 20 minutos y de ahí la saca la primera gasolina, y le echa ácido sulfúrico, dependiendo de las arrobas, y agua. Eso más o menos cinco arrobas de hoja por 10 litros de agua y uno bate eso y le echa gasolina y la coca sale en el agua. Esa agua toca pasarla por soda, pa sacarle el chicle. Coge a echarle soda para matarle el sulfúrico y se bate. Eso es como cuando saca uno queso.... uno revuelve y revuelve, la deja uno asentar y eso se corta, como el queso. Eso es como hacer queso. Se coge el balde para echar eso ahí, esa colada queda como agua soda, le llaman. Se exprime, y a secar.

Eso es fácil, cuando uno le coge el tiro. Esto tiene su problema, los costos del sulfúrico, del cemento y de la cal. Cuando se puso tan verraco, se utilizaba era ceniza. La mercancía está en la hoja. Eso toca hacerle muchas cosas, los cajones, las canecas, exprimir, poner el agua de diferentes modos, tener una caneca con tapa, hay unas cosas que exprimen (Entrevista 36, Don Andrés, 77 años).

Más que conocer el proceso en detalle, lo que interesa conocer son los sentidos de las variables involucradas en este procedimiento con base en sus relatos. Esto quiere decir por ejemplo, comprender la importancia de estos elementos, la manera en que los relacionan, cómo se transfiere estos saberes o las preocupaciones que los campesinos tienen frente a este procedimiento ¿Cuál es la lógica detrás de esta etapa?

Para empezar, esta etapa es clave porque le permite darle un valor agregado enorme al producto. Ellos son conscientes de su lugar en la cadena de producción y conocen muy bien que los principales ingresos se quedan en los otros niveles de la cadena, como Jeison señaló,

El dueño de la finca paga un kilogramo, un millón. Después ese kilogramo cuesta entre 4 o 5 millones y después ese kilo se convierte en 25 millones (Entrevista 54, Don Jeison, 48 años).

Para procesar deben aprender el procedimiento y ganar la experiencia con diferentes insumos. Sobre cómo llegó el conocimiento de “la química” hay muchas versiones, que cambian según el territorio. Por ejemplo entre los relatos recolectados, un gobernador indígena señaló por ejemplo lo que sucedió en su comunidad indígena,

¿aprendieron a procesar?

Sí, hace mucho tiempo. Pues algo de la historia me han contado, dicen que finalmente la coca era para la mafia. Pues inicialmente era la coca para utilizar en el mambe y utilizar para algo de

medicina pero después de eso fue que vino un alemán, dicen, un alemán vino y les enseñó a procesar, cómo sacar la mercancía, qué químicos utilizan y todo. Después de eso todo empezó, el sentido comercial. Entonces la gente empezó a cultivar más coca, en ese tiempo estaba a buen precio” (Entrevista 13, Don Lorenzo, 38 años).

En otros testimonios recolectados en otras investigaciones, por ejemplo, relatan que en Remolinos del Caguán, en la vereda Las Claras, el cultivo de coca llegó entre 1978 y 1979 por un señor que llegaba de Santo Domingo, que entregaba la planta “pajarita” a cambio de venderle a él en época de cosecha. Con él llegó también un señor de Cali, que era el químico, que inicialmente les enseñó el procesamiento de la pasta base,

A cada cosecha lo mismo, y nosotros, un día en que el gringo no estaba, nos pusimos de acuerdo en repetir los pasos, tal cual como lo hacían los venidos de Cali. El afán era tal que nos olvidamos hasta del almuerzo y por la tarde todos contentos porque habíamos dado con el chiste....

[...]

Lo único positivo de todo eso fue que le cogimos el tiro a la cosa y para nosotros ya no era un misterio. Cada uno, día por día, se ponía a trabajar en propio e iba enseñando a los compañeros cómo era el enredo. Después de todo esto, señores, yo digo de que todos los trabajos que uno hace en la vida para sobrevivir él y su familia, no hay sino dos cosas: Dios y coca (Franzoi, 2001: 43).

La manera en que se expandió este conocimiento se hizo de casa en casa, oralmente, a través de la vereda y la familia. Por ejemplo, Doña Olga aprendió por medio de los primos de su esposo y Don Andrés aprendió por medio de sus hermanos. Esta transmisión de conocimiento se adaptó al nuevo contexto; “La quimiqueada” fue adaptada a la experiencia y a los recursos campesinos; Hernando, un joven indígena uitoto, que fue testigo de cómo llegó este conocimiento a su comunidad, relató,

¿y sabían la quimiqueada? ¿O vendían solo la hoja en la comunidad?

Algunos vendían solo las hojas pero habían otros en la comunidad que aprendieron a hacer eso muy rápido entonces eso.... será muy fácil será, yo no sé... es como muy mecánico. Ellos lo aprenden, me decían, algunas veces se enredan con los números y las cosas y los mililitros, y yo les decía por ejemplo, usted aprende así, dos pocillados de esto, una cucharada de esto, un vaso de esto y ya, usted no se ponga a medir que no se qué.... (Entrevista 63, Hernando, 26 años).

Tras aprender a procesar, una condición central para sacar un buen rinde es el manejo de los insumos para procesar la pasta base: la gasolina, el ácido sulfúrico, la soda y el cemento. Algunas veces sustituyen el cemento por la cal, debido a los precios y a la disponibilidad. La dinámica de este paso son claras para los campesinos, que tienen que ajustarse día a día para poder sacar algo,

Se necesitan 50 arrobas para sacar un kilo. Para esto se necesitan 50 galones de gasolina más el jornal que son 30 mil pesos, un kilo de soda y un tarro de ácido sulfúrico y un bulto de cemento.

Esto para una hectárea, máximo 2 hectáreas. Y las ganancias dependen del rinde, que normalmente está entre 25 y 30. Para el campesino todo es muy caro, pero para el que compra la pasta no (Entrevista 54, Don Jeison, 48 años).

En los últimos años, el precio de estos insumos y las restricciones para su acceso han ido en aumento, lo que ha afectado los ingresos de los campesinos. Esta queja fue recurrente en las entrevistas¹²⁰.

El objetivo de esta etapa del procesamiento es sacarle rinde a las hojas de coca. Así como la semilla es crucial en el proceso de tener una hojas con suficiente rinde, el procesamiento es central para aprovechar estas hojas. Con base en este objetivo, los campesinos maniobran diferentes variables que están a su alcance como los insumos y la semilla,

El objetivo es darle rinde, es decir que si sale menos de 22 gramos por arroba no rinde. Tiene que salir entre 28 y 30 gramos por arroba para poder pagar gastos de trabajo y de algo. Y depende de lo que cueste, no todos trabajan igual. Algunos utilizan cal, otros cemento. La cal necesita menos tiempo, solo 45 minutos porque si no se come la coca. El cemento es de un día para otro, más tiempo pero también más caro (Entrevista 32, Don Francisco, 50 años).

La boliviana queda como chicle en cambio la peruana no. A la boliviana toca sacarle la “cachaza”, una cosa muy dura, queda como una piedra. La gasolina entre más utilizada, mejor. Así sale la pasta más bonita, más blanca. La gasolina se vuelve amarilla. Y se reutiliza, en una sacada de 100 arrobas, uno pierde 5 galones (Entrevista 53, Jonathan, 26 años).

La “merca” es lo que sale cuando se exprime con un trapo grueso. Se exprime y se raya para que quede el polvo, como harina, y se seque al sol. Como afirman ellos, “Eso queda como una tiza, blanca” (Entrevista 54, Jonathan, 28 años).

El otro factor que interviene en esta etapa es la mano de obra. Dependiendo del tipo de cultivador (pequeño, grande, coquero), se reparte la mano de obra familiar o se contrata gente de afuera del núcleo. El pequeño campesino normalmente hace él mismo este procesamiento, evitando el pago del jornal e involucra a su familia¹²¹.

Esta etapa de la actividad cocalera le otorga una nueva dimensión a la vida campesina. En términos del oficio productivo, este proceso es paralelo al de los queseros (muchos cocaleros alternan esta actividad con la del queso), la transformación de la leche les permite sacarle provecho pues no pueden venderla directamente por falta de acceso al mercado; sin vías y sin electricidad la leche se les daña de un día para otro. Los campesinos conocen el proceso y tienen los recursos para hacer este procedimiento; el manejo de los insumos se hace central para sacar el “rinde”, un polvo correctamente procesado y secado, que les permite, como en la siguiente etapa, ser aceptado en la “prueba de calidad” para que siga “la merca” su camino al “cristalizadero”.

No obstante, es una actividad ilegal, condición que los hace vulnerables tanto por la persecución del estado colombiano como los actores de guerra que hacen parte de la cadena. Tanto en el cultivo como en el procesamiento están expuestos a la criminalización, al robo o a la incertidumbre de los diferentes actores en la región.

Mochila al hombro: la venta

¹²⁰ Esta tesis no indagó sobre las redes de acceso a estos insumos: mover gasolina no es fácil, en algunas coyunturas es más difícil movilizar cemento, a lo largo de los retenes se piden facturas y se restringe la venta de soda cáustica.

¹²¹ Entre las visitas que se hicieron, los hijos de los campesinos participaron en el procesamiento. También contaron que cuando cada uno tiene su pedazo de cultivo de coca, la esposa y los hijos, ellos mismos hacen “la quimiqueada”.

La venta es el último paso en el que interviene el campesino cocalero. Esta etapa corresponde a una de las mayores ventajas que tiene la coca frente a otros cultivos: la facilidad del transporte, “pues cuando veníamos a venderla a Solita o a Solano uno la echaba al morral y así, en la mochila, la pasaba” (Entrevista 16, Doña Olga).

Esta etapa está influida por dos coyunturas: las de boom y las de desaceleración del mercado regional de la coca. Ambas aparecen recurrentemente en las entrevistas con lo campesinos pues influyen en sus ingresos directamente y están relacionadas con las dinámicas de la guerra en la región.

Como en toda la cadena, existen varios riesgos. Lo que enfrentan los campesinos actualmente es una disyuntiva entre un precio competitivo o la tranquilidad de sus veredas. Esto principalmente porque en el Caquetá, la guerrilla controla el acceso a compradores de pasta base y ejerce tareas policivas en relación con el cultivo de coca. Al controlar el acceso de demanda del producto, mantiene un precio constante del producto pero también el acceso a compradores depende de la coyuntura de la guerra: cuando hay más combates o enfrentamientos, el acceso es restringido, lo que deja a los campesinos esperando a vender su producto.

Las “ventajas” que puedan tener los campesinos al tener un precio de negociación que mantienen las FARC (a favor de los campesinos), se pueden perder cuando los productores deben esperar mucho tiempo la entrada de un comprador como ocurrió en tiempos de mayor guerra. Ahora, también es cierto que en los últimos años, el precio de la pasta base sigue siendo el mismo, a pesar de que el de los insumos aumenta, afectando los ingresos de los campesinos; esto también es motivo de incertidumbre dentro de los productores.

Pero por otro lado, la guerrilla les asegura la tranquilidad que se perdió en los primeros años del boom cocalero. Sin manera de que la policía nacional ejerza control de la delincuencia, de las riñas y de los robos que se pueden dar en medio de este mercado, las FARC les ofrece la seguridad cotidiana que se necesita para vivir en estas regiones.

El mercado en algunas regiones está controlado por la guerrilla, que determina quién puede entrar a comprar la pasta base. Más que un eminentemente interés económico o de extorsión, es una estrategia de guerra por parte de la guerrilla: siendo el narcotráfico financiador del paramilitarismo, no permiten que entren a comprar a territorios que ellos controlan. La explicación desde la economía política de los actores armados dentro del negocio de la coca es expuesta por Vásquez así,

En el caso de las FARC, ese escenario les permite proseguir su incesante proceso de presencia e inserción en las zonas de colonización, ya no mediante la colonización armada de antaño, como indicará William Ramírez [1981], sino desde la actual colonización cocalera. Además, las FARC podrán ahora pasar de cobrar gramaje a los colonos cocaleros e imponer precios de compra a los grandes narcotraficantes a controlar toda la cadena productiva al sur del país, cambiando coca por armas. Por su parte, los paramilitares, en una trayectoria contraria, aparecen a mediados de la década de los ochenta en alianza con los grandes productores y comercializadores y entran, desde finales de la década del noventa, a disputar el control de zonas cultivadas y el control de campesinos cultivadores (Vásquez, Vargas & Restrepo, 2011: 371).

Una explicación parcial acerca de la presencia de la guerrilla en estas regiones es que es resultado de la necesidad del control de la delincuencia: que el mercado de la coca quede libre implica

también la entrada de delincuencia y la cadena de crimen que viene con ella, conectada con redes paramilitares. Es una manera que facilita el cultivo para los campesinos, como estos últimos lo han demandado, y que las condiciones en las que se da este negocio no generen mayor violencia y tengan cierta regulación policiva. Finalmente, esta estrategia de control de la guerrilla se da sobre los territorios cocaleros dado el cambio de coca por armas, mientras el proceso de comercialización y producción de cocaína es percibido como controlado por el paramilitarismo (Vásquez, Vargas & Restrepo, 2011: 371).

Lo que enfrentaron los campesinos son momentos contradictorios: mientras en el boom cocalero hubo mucha delincuencia pero también muchos compradores, en las últimas décadas los ingresos de la coca dependen de la coyuntura de la guerra. Por ejemplo, en momentos de crisis como la aplicación del Plan Colombia y la entrada paramilitar, se hizo más difícil la entrada de compradores de pasta base a la región, lo cual dejó sin mercado a muchos campesinos. Esto que relatan los campesinos cocaleros también lo explica con estadísticas Vásquez, cuando analiza la relación entre la violencia y los cultivos de coca en el Caquetá insiste en que no hay una relación mecánica entre la coca, la persistencia del conflicto y la expansión territorial de los grupos armados y hace un llamado a la necesidad de estudiar estos elementos con base en las dinámicas territoriales de la guerra y la coca: entre 1992 y 1996, mientras el conflicto no fue tan intenso, el cultivo de coca se expandió y entre 2002 y 2010, cuando hubo mayor violencia, los cultivos de coca se disminuyeron (2014: 51). Esta idea de que en la “tranquilidad” hay mercado y en la agudización del conflicto no debería ser parte de las hipótesis que expliquen el aumento de los cultivos de uso ilícito en los últimos años. El reciente aumento de los cultivos de coca en la región podría ser en parte resultado del clima de tranquilidad regional que se ha dado por los diálogos de paz en La Habana entre el gobierno de Santos y las FARC, y a la declaratoria de los Cese al Fuego Unilateral por parte de esta guerrilla, el último establecido desde el 20 de Julio del 2014. Esto permite hacer menos volátil también el funcionamiento del mercado regional de la coca¹²².

En época de las “crisis” (relacionadas coyunturas de guerra) se hace difícil el acceso a los compradores de la “merca” lo que afecta la oportunidad de los campesinos cocaleros de venderla,

¿y cómo es la venta?

Es difícil que entre un comprador, es muy difícil que entre cualquiera. La guerrilla controla la entrada para asegurarse de que paguen, y como la mayoría no invierte en entrar, tiene que tener contactos, es muy difícil. La mafia no va ahí a perder plata. Y uno de campesino no sabe de donde viene ni nada.

Eso llega un comprador un día, y uno arranca [a caminar]. Lo importante es si toca volear pata¹²³. Así sean 100 gramos, y toque echar el viaje de un día, uno va porque toca venderla. Todos van por allá, uno le cuenta a uno y a otro. Eso se pasan la voz, somos conocidos. Algunas veces va uno llevando la de varias, si yo tengo una libra, otro tiene 100 gramos, otro 2 kilos, uno dice, ¿me la lleva? Forma un buen pucho y se va (Entrevista 39, Doña Diana, 45 años).

¹²² El SIMCI mostró en el 2015 un aumento del 44% entre el 2013-2014 en el número de hectáreas cultivadas, lo cual muestra un cambio en tendencia a la baja que venía desde 2008. También señala el incremento notable en el potencial de producción. Este fenómeno ha generado controversia entre diferentes investigadores, políticos y la opinión pública a la hora de explicar por qué ocurre. Las hipótesis son varias: que las FARC están incitando a los campesinos a sembrar coca, que ha sido por la suspensión de las fumigaciones con glifosato decretada en Mayo del 2015, la caída del precio del oro que empujó a muchos jornaleros y mineros pobres a cultivar coca, al aumento del consumo interno y a la falta de una “intervención integral” en los territorios “recuperados” a la insurgencia. A esto se le suma la devaluación. Otros señalan que no hay estadísticas fiables para creer en las tendencias y comportamientos de los cultivos de coca. No obstante, estas dimensiones territoriales de la dinámica del conflicto no se han tenido en cuenta; cómo estas coyunturas de paz facilitan el acceso a los compradores de coca. (Garzón & Wilches, 2015; Uribe, S., 2016; Uribe, S., 2015).

¹²³ Caminar mucho.

El procedimiento de venta incluye que la “merca” pase la prueba de calidad, es decir, revisar que haya secado correctamente pues la pasta base no puede tener agua. Esto se hace poniendo un gramo del polvo en una cuchara que se calienta con una llama tenue; si chispea es porque tiene agua y “está sucia”. Así lo ilustran varios campesinos,

El comprador exige. El pago de la coca es 1800 pesos. Ellos la piden seca, aceitosa, clara, la gota al máximo. Y eso se saca solo con química. El problema es que también puede salir chiclosita, mala.

¿Cómo es eso?

La prueban con una cuchara, si queda con mugre está mal. Se echa aceite en líquido [permanganato] con coca y se revuelve. Si queda color cerveza y salen muchos colores, queda buena, si no, está sucia, es mala. Y eso es por cada persona que llega a vender. Y eso son como 50 personas en la fila para venderla. Pagan ahí pero a veces no pagan, a veces la gente la deja fiada, o les descuentan entre 100 y 200, eso le descuentan porcentaje (Entrevista 32, Don Francisco, 50 años).

Los diversos booms cocaleros son recordados por la cantidad de compradores que llegaban a las regiones, lo que le daba cierta tranquilidad al campesino a la hora de sacar su cosecha y encontrar quién se la comprara. No obstante, era a costa de la seguridad también porque en la década del ochenta durante los buenos precios, este negocio atrajo delincuencia, aumentaron las riñas y lo que ellos consideran como “descomposición social”. Cuando la guerra se agudizó en los años del Plan Colombia, se hizo más difícil el acceso de los compradores de pasta base. Esto deterioró el mercado,

Miguel: Antes hacía competencia en los compradores, eso hace abaratar o encarecer. Ahora no hay competencia, solo 2 o 1 comprar, eso hace que se nivelen los precios, ellos controlan los precios. Ya no compiten entre ellos, son carteles organizados y pactaron los precios. También antes exigían menor calidad. Pero el campesino tiene la culpa porque metían cosas sucias para resolverla. Se van con liga, con productos que le revuelven.

[...]

Giovani: creo que fue una época, cuando fue el apogeo de la coca en Yurayaco y esa parte allá pues cuando fundaron a La Novia y Zabaleta, eso fue algo muy....fue un boom así como echarlecomo arroz.

Nos tocaba ir en veces a La Novia o ir a Zabaleta. Y cuando iba a La Novia, usted no cabía, usted tenía que ir de ladito de la cantidad de gente, y lo otro es que la prostitución y la cantidad de gente que tomaba y gastaba en trago, la cantidad de almacenes y venta de insumos y maquinaria agrícola estaba al día, eso estaba muy actualizado. Y lo otro que era que pasaba lo de Cartagena [del Chairá] y los otros lados del Caguán, pasaba lo de la gramera, la mesa, la plata y se compraban de paso los insumos mismos para volver a trabajar.

Y ponían ellos varias mesas, pero era la guerrilla la que manejaba esa parte y ellos mismos la cuidaban y ellos mismos quienes custodiaban, les pagan a ellos para que les cuidaban eso. Y las mesas eran en la carne, era como vender cebolla o vender carne. Y ya eso se fue cayendo y a lo último a uno le tocaba ir a veces se iba sin plata y le tocaba regresar sin plata con eso al hombro y con el peligro de los ladrones. Terminaba uno mal, imagínese, aguantar usted hambre, sed no porque había buenas aguas, pero eso sí era un problema (Conversación Grupal 1, Don Miguel y Don Giovanni, 42 y 41 años).

Cuando la arremetida paramilitar se hizo más fuerte entre el 2000 y el 2006, la guerrilla tomó medidas extremas en las regiones, entre ellas controlar el flujo de quiénes podían entrar a comprar la “merca”. En el Putumayo, Jansson comenta que durante la política anti-insurgente de aislamiento que entre otras cosas buscaba separar a las FARC de la población entre la cual convivía, el mercado de la

coca no desapareció, solo se organizó diferente. Bajo la “ley” de las FARC, lo primero que hicieron en la década del noventa fue sustituir a los intermediarios, reemplazándolos y controlando sus operaciones. Cuando llegaron los paramilitares, la reorganización del mercado implicó entre otras cosas la aparición de los “comisionistas”, piezas claves para la influencia paramilitar (Jansson, O., 2008: 105). En medio del conflicto en el Putumayo, se crearon dos espacios, el área de influencia de la guerrilla y la de influencia paramilitar. En la primera, el kilo de pasta base se pagaba por encima, se cobraban una serie de impuestos que los campesinos señalaron como muy bajos y la “merca” se compraba en las fincas, por el contrario los paramilitares pagaban menos y los campesinos debían trasladarse a los pueblos a venderla, exponiéndose a decomisos. En áreas paramilitares existían dos formas de venta, los comisionistas, que eran compradores impersonales sin más relación con el intercambio mercantil y los corredores, que actuaban de manera más personalizada, que podían ofrecer adelantos, créditos, y entablaban una relación más cercana con los campesinos (Jansson, O., 2008: 113). La mayor violencia se daba en los límites de ambos territorios de guerra, donde los campesinos podían ser señalados por ambos bandos como enemigos o informantes (Jansson, O., 2008: 104)¹²⁴.

En el Caquetá, los entrevistados hablaban de “compradores”, y a las FARC como quien controla la entrada de estos. Por temporadas, la guerrilla restringió su entrada lo que desincentivó fuertemente el cultivo, impidiendo la circulación del dinero lo que obligó a los campesinos a usar diversas tácticas de sobrevivencia,

¿y siempre ha sido igual...?

Hace como 5 o 6 años, pasaban 6 o 7 meses sin poder vender ni un gramo de coca porque la mafia compraba en otros lados, más fácil, más barato. Así ahorran comprando en otra parte porque acá se puso muy difícil la cosa para entrar, se puso muy grave.

Y algo más grave para nosotros porque tocó hacer trueque: cambiar remesa por coca. Tocaba pagar con coca lo que se necesite al precio que lo vendan.

Y es muy grave porque cada vez que se negocia con un comerciante, se quema un gramo, se prende uno y si uno tiene que ir a varias tiendas pues se van varios gramos, entonces eso le cuesta a uno.

Sin plata entonces los comerciantes se aprovechan. La harina no le vale nada al campesino. Ese tiempo es una cosa muy tremenda para uno. Por ejemplo un día no tenía plata, entonces me dijeron que recibían oro, no harina. Yo le compré un anillo a una señora carísimo y con eso compré la gasolina carísima. Se paga lo que sea. (Entrevista 32, Don Francisco, 50 años).

Krauthausen, C., y Sarmiento, L.F afirman que los precios de la cocaína se determinan por elementos externos a la tradicional oferta y demanda. Primero por los costos extras del proceso de circulación del producto dado el carácter ilegal de la cocaína y los recorridos que hace el intercambio (de países no industrializados a industrializados). Segundo por las condiciones de adicción que establece con el cliente. (Krauthausen, C., y Sarmiento, L.F, 1993: 25). En algunas regiones del Caquetá, según los relatos de los campesinos, el precio no se define en un juego de la oferta y demanda por el reducido número de compradores que entran a los territorios a comprarla. Cuando se controla el acceso al mercado, el precio se determina por las dinámicas de negociación entre los actores con el poder de establecerlo, como los actores armados o los compradores¹²⁵.

¹²⁴ Jansson en el capítulo 4 (Merchandise) de su texto hace una profunda descripción de la manera en que los actores armados (guerrilla y paramilitares) se involucran en el negocio de la pasta base y las relaciones que entablan con los campesinos cultivadores de coca. (Jansson, O., 2008).

¹²⁵ Y esta situación no es exclusiva de la actividad cocalera. Lo mismo señaló que ocurre con el queso Doña Diana,

Esto colma de incertidumbre la actividad del cultivador: la tensión por la inseguridad pero también por la falta de compradores, el papel de la guerra que no solo los afecta físicamente sino también su actividad cocalera, su reproducción social. Ellos viven esta etapa del procedimiento, la venta, bajo los avatares de un mercado que no solo por ser parte de la guerra, sino también por ser capitalista, los ubica como los menos beneficiados de la cadena donde el poder de las armas de la guerrilla juega a su favor.

El balance sobre sus condiciones como cocaleros más repetido entre los campesinos entrevistados es que los ingresos no son suficientes para lo que aspiran. Esta actividad les ofrece lo de sobrevivir; no siempre pueden pensar en un mejor futuro, en comprar animales o mejorar la finca. Esta queja recurrente también es planteada en términos de la memoria de los tiempos mejores, como la época del boom cocalero.

La percepción de la coca y sus ganancias definitivamente han cambiado con respecto a las de bonanza; los insumos han subido de precio, tanto para el cultivo como para el procesamiento. La fumigación, hasta antes de que declararan la suspensión de la erradicación aérea, aumentó radicalmente en los últimos años también. A la vez, el precio de la pasta base ha seguido igual desde hace muchos años, el kilo oscila entre 1.600.000 y 1.800.000, rara vez sube más que esto, y con el control del acceso a los compradores, hay menos probabilidades de esperar un mejor precio¹²⁶.

Así, después de hacer las cuentas para el negocio en la actualidad, el panorama no es tan bueno. Don Ramiro, por ejemplo señaló

Ricos [con la coca] no se hacen. Y eso es jugar con la vida. Porque si uno no le venden, no entran los compradores, si los compradores son la guerrilla porque eso sí, donde hay coca hay guerrilla. Ellos cobran al comprador que entra.

[...]

En el 92 y el 96 había mucho comercio con la coca, mucho comprador y los insumos eran muy baratos, pagaban entre 2000 y 1500 pesos. Además la gasolina estaba barata, todo estaba barato entonces le quedaba a la gente. Y no fumigaban!

Pero ahora fumigan en enero y paran, y regresan en junio (Entrevista 55, Don Ramiro, 47 años).

Esos dos momentos, la crisis y el boom cocalero son centrales para comprender la manera en que el campesino se ha relacionado con el cultivo. Estas dos memorias han permitido reconstruir su percepción sobre el éxito y el fracaso en el mercado de la coca.

Comentarios Finales

¿y es buena la venta del queso?

No, solo entran dos compradores de queso. Llegan con el cuento de que el queso costeño es mejor. Llegan pocos, 1 o 2 compradores. Le dicen a uno que se cayó el precio en Cali, que hubo pérdidas, que se represó. Así le bajan el precio. Pero en tienda el precio nunca baja, pero a nosotros nos lo bajan. Estos compradores también son controlados. Entrar dos mejor porque como la coca, muchos sería peor. Ellos tienen el precio. Los compradores tienen una visión del mercado, eso lo enredan a uno, y a la guerrilla también. La guerrilla exige compromiso de que no van a robar a los campesinos, se asegura de que paguen, así sea barato (Entrevista 32, Diana, 45 años).

¹²⁶ En términos de Jansson, la guerrilla entra a mediar entre los intermediarios y los campesinos, evitando que los exploten vía el precio (Jansson, 2008). Nosotros agregamos que también la guerrilla adquiere la forma de protección a la violencia y explotación que también estos actores como los cárteles o los paramilitares pueden ejercer directamente sobre los cultivadores; como sea por más desgastada por la guerra que esté la relación campesino-guerrilla, sus raíces se mantienen en esta población y sus demandas políticas y su objetivo no está en el negocio. Esta es la diferencia entre un cártel y este grupo armado. Una de las ventajas de la mediación de la guerrilla es la tranquilidad, a pesar de que el precio siga estando por debajo de lo deseado. Ahora, en el escenario de no prohibición y libre mercado, tampoco se asegura un precio digno para el campesino, dada la experiencia de productos como el café, por ejemplo.

El primer paso fue posicionar al campesino cultivador de coca dentro de la cadena general de producción de la economía de la cocaína; es el actor que menos se beneficia en este negocio. En la parte productiva, el campesino (pequeño cultivador) se encarga tanto de la producción de la hoja de coca como del procesamiento de la pasta base. Es en esta fase donde el campesino aplica, desarrolla y pone en práctica sus conocimientos de la tierra y la actividad rural, y también donde usa su entrenamiento en la química de la transformación de la hoja en el alcaloide, que lo pone en contacto con nuevos espacios de ilegalidad como las redes de distribución de insumos, de enseñanza sobre cómo llevar a cabo el proceso o adaptarlo, y con los actores que le compran la mercancía.

La actividad cocalera depende de los territorios (cordillera o sabana), de los climas, de las semillas y los abonos para la producción de la hoja. El campesino y campesina cocalera constantemente debe revisar las matas para cuidar, atenderlo como cualquier otra actividad agrícola. Es el conocimiento sobre la tierra y la planta lo que les da herramientas para desarrollar esta actividad; es una experticia lograda a través de la práctica campesina y de la comunidad rural¹²⁷ y es a partir de esta vivencia compartida que también se extiende el cultivo en la región.

El campesino es un actor mercantil; está articulado a uno de los negocios globales más rentables, a pesar de que ocupe una posición subordinada. Esto hace que en principio, una de las lógicas que existan detrás de la producción sea la de mejorar la cantidad de gramos de pasta base por arroba de hoja de coca y producir una pasta base de calidad con el fin de mejorar los ingresos en cada cosecha.

En este punto se articulan diferentes lógicas: una mercantil de producción de utilidades y también una basada en unos valores compartidos, que es el que subyace a la vida del campesino, y su relación con la tierra y la articulación de estos ingresos con los de otras actividades (ganadería u otros cultivos) en su unidad familiar. Como Dubet afirma, son lógicas que no necesariamente están excluidas sino que se articulan, es decir, no son esferas autónomas (2011; 123). Ninguna de las dos puede ser comprendida separadamente en este caso.

La lógica estratégica se basa en parte en la posición que ocupa el campesino y la dinámica de la cual hace parte. Uno de los elementos centrales de esta lógica son los riesgos que enfrenta en la producción y segundo, la manera en que se accede al mercado.

Los riesgos hacen del cultivo de coca un trabajo diferente al resto de cultivos: las fumigaciones de glifosato, la erradicación forzada, las plagas, al aumento constante de los precios de los insumos y la represión del estado colombiano. Con base en estos peligros, el campesino decide cómo cultivar, qué tipo de elementos utilizar, cómo aprovechar los insumos con el fin de mejorar el “rinde”.

Por otro lado, en este nivel micro de los relatos de los campesinos y campesinas dan pistas para comprender la relación entre el conflicto y los cultivos de coca. Uno de los riesgos que estos señalan es que no es un negocio estable sino que los compradores entran según las condiciones del conflicto. Cuando aumenta la intensidad del conflicto, disminuyen las probabilidades de que entren compradores a los territorios campesinos, lo que paraliza la economía. Esto no implica que la disminución de la intensidad del conflicto permita mejorar el precio porque haya más competencia

¹²⁷ Es muy poco probable que alguien de la ciudad se vaya a cultivar. Cuando ocurre que alguien de la ciudad quiere meterse en el cultivo, contrata un administrador, es decir, un campesino para que cuide un cultivo. Cuando eran grandes plantaciones, los narcotraficantes contrataban administradores también, gente del campo. Todavía este primer paso es eminentemente campesino.

entre los compradores, pero sí que el mercado fluya, que los cultivadores y cultivadoras puedan vender la pasta base. Finalmente, aparecen en las entrevistas los relatos de las épocas de crisis y las de auge.

Así, el proceso de criminalización inicia en el cultivo y atraviesa la elaboración de la pasta base y el tráfico regional. En estos participan los y las pobladoras rurales del departamento al lado de redes de comercialización de insumos, con compradores de la pasta base y con el resto de actores que participan. Esto hace que sea necesario repensar y profundizar en futuras investigaciones estas etapas del mercado de la cocaína y así diluir la líneas estrictas que separan tradicionalmente lo legal de lo ilegal dada la multiplicidad de actores, de formas de dominación y subordinación en juego y que construyen política y socialmente a “enemigos” y “culpables”.

CAPÍTULO 5. Experiencias e interpretaciones de violencias en el Caquetá: leyes y autoridades armadas

En 2012 se cumplieron 100 años del primer tratado internacional contra las drogas, denominado la Convención Internacional de La Haya contra el Opio. Más adelante, en 1961, se redactó la Convención Única sobre Estupefacientes y en 1988 se firmó la Convención de Naciones Unidas contra el Tráfico de Drogas Narcóticas y Sustancias Psicotrópicas que estableció el marco legal para el tratamiento del mercado de las drogas en el mundo, cuyos efectos desde entonces determinaron el rumbo histórico de Perú, Bolivia y Colombia. En este último país, el programa más significativo de esta política global fue el Plan Colombia, firmado hace 15 años entre el gobierno de Andrés Pastrana [1998-2002] y Bill Clinton¹²⁸.

El resultado de estas políticas ha sido la criminalización del campesino cocalero, un ejercicio de violencia en sus múltiples dimensiones sobre los pobladores de los territorios cocaleros¹²⁹. En la vida cotidiana, esto se evidencia por ejemplo en las noticias de los periódicos locales acerca del encarcelamiento constante de personas que transportan coca, las mercancías escondida de las formas más creativas y en la constante violencia en el campo¹³⁰.

Este capítulo busca estudiar las experiencias de violencia por parte de los actores armados en la región relatadas por los campesinos entrevistados y la forma en que ellos la interpretan y la perciben específicamente en la manera en que estos perciben al estado colombiano.

A pesar de las múltiples formas de violencia de parte del estado colombiano que expresaron los campesinos en las entrevistas y sus relatos de vida, hay un meta relato generalizado sobre la ausencia del estado que no solo está presente en la academia y la política pública sino también ha sido apropiada por los campesinos. Esta paradoja entre el discurso de “ausencia del estado” de los diferentes actores dentro de la construcción regional del estado colombiano (campesinos, autoridades estatales, investigadores, por ejemplo), y la experiencia de violencia de los campesinos deja entrever tensiones como la que señalan Ramírez e Iglesias,

...mientras que desde el gobierno central aparece como una región con presencia diferencial y desigual de las instituciones. En la práctica, el efecto de estas representaciones es que mientras sus habitantes demandan la presencia del estado proveedor de servicios, por medio de su auto representación como campesinos pobres obligados a cultivar coca, el estado central actúa policívicamente para controlar un territorio que percibe como fuera de la ley y dominado por cultivos de uso ilícito promovidos por actores armados (Ramírez & Iglesias, 2008: 538)

¹²⁸ El Estatuto Nacional de Estupefacientes (Ley 30 de 1986) contiene las bases de la guerra contra las drogas basada en la criminalización del cultivo de coca sin cuestionar el lugar del campesino. Con base en la Convención de 1988 se gestionó y ejecutó el Plan de Desarrollo Alternativo con ayuda de la ONU que se aplicó en el Cauca y cuatro municipios de Nariño, así como con algunas áreas de colonización como el Caquetá, el Guaviare y el Putumayo (Ramírez & Iglesias, 2010).

¹²⁹ La legislación en Colombia contempla la penalización del cultivo de coca en su artículo 3754 del Código Penal (Ley 599 del 2000) en el Artículo 375 referente a la Conservación o Financiación de Plantaciones, “El que sin permiso de autoridad competentes cultive, conserve o financie plantaciones de marihuana o cualquier otra planta de las que pueda producirse cocaína, morfina, heroína o cualquiera otra droga que produzca dependencia, o más de un [1] kilogramos de semillas de dichas plantas, incurrirá en prisión de seis [6] a doce [12] años y en multa de doscientos [200] a mil quinientos [1500] salarios mínimos legales mensuales vigentes. Si la cantidad de plantas de que trata este artículo excediere de veinte [20] sin sobrepasar la cantidad de cien [100], la pena será de cuatro [4] a seis [6] años de prisión y multa de diez [10] a cincuenta [50] salarios mínimos legales mensuales vigentes”.

¹³⁰ En una conversación con una investigadora de la región, entre risas comentó sobre el caso del “gallo con coca”; unos campesinos intentaron llevar coca debajo de las alas de un gallo, pero en el camino el gallo se murió y llamó mucho la atención, por lo cual fueron descubiertos.

El trabajo de Ramírez e Iglesias ha priorizado el análisis de las políticas públicas que operan en esta región en intermediaciones entre el estado colombiano y agendas globales, donde los discursos de “presencia/ausencia” han servido para justificar la construcción del estado nación colombiano y el papel de regiones y grupos sociales específicos en este imaginario. Los trabajos Ramírez (2001) y de Jansson (2008) en el Putumayo muestran respectivamente que los campesinos construyen una idea paternal del estado y su relación la manera en que el terror y la dominación política real en el que viven los campesinos putumayenses se relacionan entre sí. En esta dirección, Jansson muestra el estado colombiano como “padre” al que se le exige protección pero que despliega (junto con los paramilitares) una ola de terror y violencia sin precedentes se convierte en ejemplo aterrador de las contradicciones que existen a la hora de comprender cómo la violencia se relaciona con la dominación real, la autoridad (Jansson, 2008: 94).

¿Qué ocurre en el Caquetá? Este capítulo busca estudiar la manera en que la violencia atraviesa las historias de vida de los campesinos cocaleros y su relación con el estado colombiano ¿cómo se incrusta la guerra en la vida del campesino caqueteño? Este capítulo está organizado con base en las coyunturas históricas de violencia en las que los campesinos se vieron envueltos. Para su construcción, no se utilizaron solamente relatos de los campesinos cocaleros sino también se incluyeron los de aquellos que no son cocaleros pero hacen parte de estos territorios con coca. Esto porque la violencia de la lucha contra las drogas desborda las fronteras de la criminalización de los implicados en el negocio y se convierte en una experiencia total en la vida de los pobladores de los territorios en disputa. La pregunta es qué genera esta violencia en lo campesinos, en relación principalmente con el estado colombiano.

Es frecuente pensar al estado en estos contextos de conflicto a partir de lugares comunes como “el fracaso del estado”, el “estado como educador”, el “estado articulador o integrador” y la necesidad de “estatalización”, usuales en el discurso oficial y de medios de comunicación. La comprensión del estado en estos casos está basada en la ley, los derechos y la norma, como si fuera una construcción universal y sin historia o en un énfasis en el estudio del estado basado en el estudio de las doctrinas políticas. Las conclusiones principales de estas perspectivas es la idea de que en la era de la globalización y el neoliberalismo, hay menos soberanía y por ende, los estados son más “débiles”. Lo que esta investigación plantea es que por el contrario, es necesario reconocer que la configuración del estado colombiano tiene una trayectoria específica y es una de las formas específicas de la organización del poder político.

Así, en vez de priorizar una mirada instrumentalista del estado que lo concibe como un ente autónomo de la sociedad, dado, fijo, homogéneo y unitario, la idea es darle la vuelta y pensar los aparatos ideológicos y materiales que implican su construcción, es decir, resolver preguntas que refieren a cómo la gente percibe al estado, cómo este se manifiesta en sus vidas y sus prácticas, discursos y representaciones. Como Abrams señala, el estado es un proyecto ideológico en el que se ejerce un proceso de legitimación de la idea de que la fuerza y la represión es justa y necesaria, que busca producir una imagen de homogeneidad en medio de unas prácticas contradictorias (Abrams, Gupta, & Mitchell, 2015). Autores como Gupta y Sharma han ido más allá considerando al estado como un artefacto cultural que se construye a partir de prácticas y representaciones que se configuran en las interacciones entre los actores sociales y los agentes estatales. Venna Das y Poole reflexionan sobre cómo este proceso se lleva a cabo en las márgenes a través de políticas de regulación y

disciplinamiento (Comaroff, Lazarus-Black & Hirsch F., 1994; Das & Poole, 2009; Sharma & Gupta, 2006).

En el Caquetá, esta manera de abordar al estado da herramientas para comprender las políticas y programas derivados de la estrategia global de “lucha contra las drogas” más allá de su carácter instrumental (“el combate a las drogas, el fin de las drogas”) y pensar lo que señala Maldonado como “efectos colaterales” en el caso de los proyectos de desarrollo (Maldonado, 2010). Los objetivos de estos programas es reforzar y expandir el ejercicio del poder estatal burocrático, la construcción de una gubernamentalidad rural en el sentido de Foucault (Sharma & Gupta, 2006). Los dos efectos principales de estos “proyectos” es naturalizar la función administrativa clave para la expansión del poder burocrático estatal, es decir, hace natural pensar al estado como algo necesario y segundo, los usos políticos de esta burocratización (Maldonado, 2010: 293). Es decir, la imagen del estado es un proyecto histórico y político en el que se intenta aparecer como homogéneo y fuerte, a reificarlo, conjuntando procesos de despolitización y reafirmando su autoridad.

En este contexto, el uso de la violencia y lo militar tiene un lugar particular. Por ejemplo en el caso de Michoacán, el papel del ejército a nivel nacional tenía tres ejes: la violencia rural, la oposición política y el narcotráfico pero en específico la llegada del Batallón 49 de Infantería a partir de 1959 tuvo como objetivo cuestiones más cercanas al ataque de la oposición política (el control y vigilancia del General Cárdenas ante su crítica al régimen) que el mismo narcotráfico (Maldonado, 2010: 286); lo que el autor denominó como campañas de saneamiento e higienización en el sur de Michoacán.

Ahora, a partir de este contexto de violencia es importante resaltar la importancia de conocer qué interpretaciones construye el campesino de estas experiencias. Veena Das indaga la manera en que la violencia se integra en las relaciones cotidianas, tanto en las experiencias como en las percepciones del sufrimiento que estas activan. Discutiendo las ideas que conciben al pasado como una prisión, plantea que los sujetos se reconstruyen a partir de estas heridas, les confieren significado a través de actos narrativos. En una dirección similar, Jansson propone que más que un escenario de parálisis, las experiencias de violencia y el terror son el inicio de un proceso de interpretación, en donde los actores toman posiciones sobre su significado y la manera en que se constituye como una relación social que hace parte de la efectividad del terror como un ritual político (Jansson, 2009: 90).

Experiencias de violencia en la vida de los campesinos cocaleros del Caquetá: desde La Violencia hasta el Plan Patriota

El análisis de la política contra las drogas debe desbordar lo meramente instrumental y sus objetivos “oficiales”. Por ejemplo, las estadísticas muestran la gravedad de la crisis humanitaria de esta política anti-drogas en Colombia pero también cómo desborda lo meramente legal y tiene un sesgo hacia la población campesina pobre del país.

Un ejemplo es la criminalización sobre un grupo específico de población: pobre y rural. La participación de la población encarcelada por delitos relacionados a los primeros eslabones de la economía cocalera es alta al constituir el tercer grupo de delitos con más personas privadas de la libertad: entre 2003 y el 2009 fueron privadas de la libertad por este cargo 11 mil personas principalmente “raspachines”, pequeños cultivadores, “mulas” y pequeños distribuidores

(Transnational Institute)¹³¹. En el 2013, el cuarto renglón de encarcelamientos en Colombia fue de acusados de tráfico, fabricación o porte de estupefacientes (24.427 personas), el 14.2% del total.

Las estrategias contra el cultivo de coca ampliamente utilizadas en Colombia han sido la fumigación y la erradicación forzosa. La insistencia en el uso del glifosato va más allá de lo científico: hasta hace pocos meses, Colombia era el único país del mundo que fumigaba con glifosato. Los datos muestran que desde el 2000 hasta el 2006, la aspersión aumentó de 50 mil hectáreas a 170 mil y el Caquetá ha sido una de las áreas de mayor aspersión con dos momentos significativos: el 2002 con 18 mil hectáreas asperjadas y en el 2010 con 17 mil (El Espectador, 2013).

Hasta este punto “la lucha contra las drogas” puede ser entendida como una política neutra y desinteresada que busca proteger los “valores” y la “familia”. A lo largo de estas décadas, lo que se ha evidenciado es que esta criminalización no puede verse como una simple política contra el tráfico de cocaína y por el contrario, el uso y la aplicación de este marco legal internacional ha variado a lo largo del tiempo dependiendo de los intereses geopolíticos de los Estados Unidos y el conflicto armado colombiano. Por ejemplo, al examinar las políticas de Desarrollo Alternativo emprendidas en estas décadas, se puede reconocer que el “problema campesino” se ha convertido en una política de seguridad que desborda lo regional y llega a lo nacional e internacional (Ramírez & Iglesias, 2008).

En los últimos 30 años, esta política converge inextricablemente hacia la lucha anti-insurgente y la presencia militar de los Estados Unidos en América Latina (Estrada, 2001). Tras las experiencias de Vietnam, el caso de Colombia se constituye como uno de los ejemplos de cómo la guerra contra las drogas va mucho más allá de la lucha contra la adicción¹³².

El Plan Colombia es la última expresión de este escenario geopolítico; más que la lucha contra el narcotráfico o la búsqueda de paz de Colombia, representa una política de control territorial, como sostiene Iban de Rementería,

... [es el] ejemplo más paradigmático del uso político-militar de la guerra contra las drogas de la historia reciente de Colombia, donde la ayuda militar de Estados Unidos para luchar contra el narcotráfico fue utilizada para enfrentar a la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y otras organizaciones menores. Lo más importante ha sido la derrota político-diplomática de estas organizaciones, no debido al hecho de que hayan sido declaradas terroristas, sino a que son consideradas un cartel más del narcotráfico. Es esto lo que les ha quitado cualquier legitimidad y respaldo solidario internacional (De Rementería, 2009: 74).

Al principio, la operación del Plan Colombia ligó definitivamente la problemática rural con la estrategia militar y de seguridad donde el 51% de la inversión se fue hacia el fortalecimiento institucional y desarrollo económico, el 32% a combatir el narcotráfico, el 16% para la recuperación económica y social y el 1% para las negociaciones de paz. Lo que inició como un paquete de ayudas contra el narcotráfico desembocó en un plan de ataque contra insurgente y de expansión militar (envío de tropas, mercenarios estadounidenses, uso de tecnología e inauguración de bases militares) bajo la jurisdicción del Comando Sur de los Estados Unidos. En el Caquetá, las consecuencias en términos humanitarios se sintieron con la agudización del conflicto, por ejemplo, en año y medio, el

¹³¹ Los “raspachines” (de raspar) se encargan de recolectar la hoja de coca de la planta cuando es época de cosecha. Las “mulas” son las personas utilizadas para el transporte nacional e internacional de cocaína. Una película que ejemplifica este trabajo es María Llena Eres de Gracia (2004). Esto se da en diferentes trayectos, desde los pueblos hasta las capitales como Bogotá y hacia el comercio internacional, principalmente Estados Unidos y Europa.

desplazamiento de la población aumentó en 3 veces, pasando de 5.670 personas a 15.187 entre 2003 y 2004 (CODHES, 2004).

Como señalan Ramírez e Iglesias (2008), esta política debe ser entendida en el marco de la construcción del estado colombiano en la Amazonia colombiana donde el meta-relato de la “ausencia del estado” ha sido legitimador de violencia, la subordinación de estas poblaciones y el ejercicio autoritario del poder estatal. Un ejemplo ha sido la manera en que los imaginarios nacionales y las políticas se han enredado en un solo discurso de civilización-barbarie, como cuando se establecieron dos tipos de iniciativas de desarrollo alternativo, una dentro de la frontera agraria y otra fuera de esta. La primera incluyó proyectos agroforestales y agrícolas con el objetivo de atraer inversión privada donde los campesinos coccaleros no se beneficiaron y otro plan fue aplicado para las áreas fuera de la frontera agraria en el que se usaron programas de subsidios o transferencias condicionadas como Familia Guardabosques y se justificó el tratamiento primordialmente militarista el problema de los cultivos, por medio de Acción Social, una oficina adscrita a Presidencia de la República (Ramírez & Iglesias, 2008: 554).

Rastreando la relación territorial y global de la política contra las drogas a partir del ejercicio de la violencia, el encarcelamiento y las fumigaciones son parte de un escenario más amplio de propagación de políticas de hostigamiento y de vigilancia sobre las comunidades rurales del Caquetá. La perspectiva temporal permite situar a los campesinos en sus coyunturas históricas y no desligar estas violencias de los procesos históricos específicos dentro de la política de drogas, de la construcción del estado-nación en Colombia y también comprender las transformaciones que ha sufrido esta violencia.

El entorno de guerra se siente desde la llegada a Florencia, capital del departamento. En el aeropuerto se estacionan varios helicópteros militares y aviones de carga como los “Hércules”, aviones tácticos de transporte de carga pesada, como traslado de tropas; al lado se ubica una improvisada base militar con soldados armados ubicados en trincheras. En la ciudad es similar, pues acoge a diferentes estamentos militares como el Batallón de Infantería, de Ingenieros y de Contraguerrilla; los soldados de estas dependencias caminan por la ciudad, de civil en sus días de descanso o en misiones. Desde el Plan Colombia también es común personas extranjeras o gringos, tanto en los batallones como en diferentes lugares de la ciudad.

El Caquetá está bajo la supervisión de la Sexta División, con jurisdicción en la ciudad de Florencia. Está integrada por tres brigadas, la Décima Segunda, ubicada en Florencia y la Vigésimo Sexta, con puesto de mando en Leticia, y la Vigésimo Séptima, ubicada en Mocoa. La militarización de la región es un fenómeno de décadas atrás, así que salir a la calle es encontrarse siempre con soldados, policías, agentes del Gaula, del CTI de civil o uniformados; son hombres jóvenes de corte militar.

Una de las unidades más importantes de las Fuerzas Militares que operan en este territorio es la Fuerza de Tarea Conjunta Omega (FUTCO) o “La Omega”, como se conoce en este departamento, que fue creada en el 2003, está compuesta por 21 miembros del ejército, la fuerza aérea y de la armada, y está acuartelada en la base militar Larandia (la antigua Hacienda Larandia mencionada en los capítulos anteriores que pasó a manos del ejército). Su rango de acción se extiende entre los departamentos de Meta, Guaviare y Caquetá. Recientemente, la reorganización militar en el plan de guerra Espada de Honor fue la activación de la Fuerza de Tarea Conjunta Júpiter, cuyo objetivo es combatir el Bloque Sur de las FARC.

La presencia militar se extiende por fuera de la ciudad. Un primer ejemplo son los retenes militares, donde se requisan los carros que transitan y en épocas de mayor violencia, se pide la cédula y se anota en un cuaderno los nombres de los que pasan. Uno de ellos es el del Batallón Liborio Mejía, a 15 o 20 minutos al norte de la capital. Después de un atentado de las FARC con un carro-bomba que explotó sobre la carretera al frente de las instalaciones del batallón, en las trincheras cuando pasábamos se asomaban los soldados apuntando a todos los carros que pasaban (El Espectador, 2014).

Mientras me trasladaba a una entrevista nos detuvieron en un retén. Después de hacer las preguntas de rigor (hacia dónde vamos y de dónde venimos), el soldado sacó un muñeco en forma de soldado en una bolsa de plástico y dijo que estaban vendiendo esto como un plan de aporte para los soldados heridos en combate y necesitaban de “la contribución”. Cada uno costaba 5000 pesos (1.6 dólares aproximadamente). La presencia militar se mueve entre diferentes facetas: la de la trinchera que apunta y la que pide “contribución”¹³³.

La sensación de estar en medio de tantas armas, helicópteros y soldados adquiere una nueva dimensión al escuchar los relatos de los campesinos entrevistados sobre sus experiencias de violencia que tras el trabajo de campo, se convirtieron en un elemento central en las trayectorias de vida de los campesinos del Caquetá.

En medio de “la lucha contra las drogas” que llegó a la región en la década de los ochenta, y la lucha anti-insurgente, los campesinos del Caquetá se convirtieron hace 30 años en protagonistas de un conflicto civil¹³⁴. De esta forma, son campesinos colonizadores de selva, muchos de ellos fueron hijos de familias desplazadas, y se criaron e hicieron sus familias en medio de la guerra.

Como hemos señalado anteriormente, esta guerra ha ejercido múltiples formas de violencia sobre los pobladores rurales del Caquetá justificadas creando un tipo de “enemigo”: el rebelde, el auxiliador de la guerrilla, el narcotraficante, el desviado, el ilegal, el que quiere enriquecerse fácil. Las consecuencias es que esta violencia influye en la manera en que estos se organizan, se relacionan con los diferentes actores, desarrollan sus vidas como pobladores rurales, y la manera en que construyen la percepción que tienen de sí mismos y del estado¹³⁵.

La introducción de este tema no es caprichoso; antes de entrar al trabajo de campo, no le había prestado tanta atención a la violencia, más que como un contexto general. No obstante, a medida que se fueron desarrollando las entrevistas, los foros y las visitas, este asunto cobró centralidad cuando cada campesino empezaba a relatar cómo había sido torturado, desplazado o atacado. Se convirtió en un denominador común que radicalmente podía cambiar la vida de los

¹³³ Hay que decir que “esta contribución” se pide en el contexto en el que el ejército de Colombia es uno de los más poderosos de la región, con casi 500 mil efectivos. La modernización del ejército se logró a raíz del Plan Colombia y de la estrategia geopolítica de los Estados Unidos en contraposición a la República Bolivariana de Venezuela y Ecuador.

¹³⁴ La idea de la “lucha contra las drogas” debe leerse con cuidado en el contexto del Caquetá. A pesar de que el discurso anti-drogas se hizo más fuerte, central en la agenda de la última década, principalmente en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez [2002-2010], no quiere decir que en la práctica esto ocurriera con esa contundencia. Un libro periodístico de Germán Castro Caycedo muestra las contradicciones de este discurso “anti-droga” en la práctica de los mercenarios y el ejercicio de la guerra en general, desde Vietnam hasta el Plan Colombia, como un continuum geopolítico del accionar de los Estados Unidos en el mundo. Esta “lucha contra las drogas” es entendida en esta investigación como un instrumento geopolítico de los Estados Unidos para tener el control estratégico de la Amazonia, como autores como James Petras lo han señalado, “Terminada la Guerra Fría, el pretexto de la lucha contra las drogas justificó en el Pentágono la continuidad de la presencia militar estadounidense en el hemisferio, y con ella la necesidad que durante décadas tuvieron las fuerzas militares de mantener una política de control en la región” (Castro Caycedo, 2014: 89). Un primer paso fue instalar radares estadounidenses en la Amazonia colombiana, específicamente en San José del Guaviare, Tres Esquinas y Leticia.

¹³⁵ Venna Das ha profundizado las relaciones entre la violencia, el sufrimiento, el poder y la memoria desde la antropología social, buscando hacer una reflexión sobre el lugar que ocupa el dolor en la teoría social. Por ejemplo ha reflexionado sobre cómo la sociedad construye la idea de que hay unos que merecen el dolor por incumplir sus obligaciones como parte de una relación deudor-acreedor en la comunidad, ha estudiado los procesos de restitución de la voz a las víctimas y a las sociedad en su conjunto tras coyunturas de terror cuando otros actores, como el estado, se apropian de esta (Das, V., 2008a; Das V., 2008b; Das V., 2008 c).

campesinos y también que se relacionaban con la forma en que veían al estado colombiano, a sí mismos y los actores en general.

Si planteamos inicialmente esta paradoja de un campesino “ilegal” demandando la presencia del estado colombiano, el ejercicio de la violencia por parte de este se convierte en un elemento que hace más contradictorio este contexto. Es así, examinar la manera como la violencia se inserta en las trayectorias de vida de los campesinos va a aportar en la comprensión de qué significa el estado y cómo se percibe a sí mismo el cultivador en este contexto.

El ejercicio propuesto consiste en estudiar las experiencias de violencia de los campesinos y comprender las diferentes interpretaciones de estas circunstancias. Por esta razón esta sección de este capítulo muestra las distintas formas de violencia que se encontraron en las trayectorias de vida del campesino. Se analizan las coyunturas en las que se agudizó la violencia en el departamento como fue la Violencia [1946-1958], las luchas campesinas en el Caquetá [décadas de 1960 y 1970], la posterior represión estatal durante el gobierno del presidente Turbay [1978- 1982], la guerra contra las guerrillas del M-19 y las FARC paralela a la llegada y expansión de la coca en las décadas de 1980. El último periodo comprende la década de 1990 hasta el presente que incluye la incursión paramilitar [1998-2006] y el Plan Colombia (Patriota-Consolidación) [1998-2015].

El estado colombiano y la nación se han construido a partir de la colonización y la configuración de nuevos territorios que son transformados por los pobladores y que también configuran y moldean nuevos actores sociales. En específico, el papel de la coca, la colonización y la violencia en la construcción de la nación no es un elemento menor y ha sido largamente discutido¹³⁶.

Una tendencia secular que transformó las condiciones rurales del país y la colonización ha sido la violencia que en sus múltiples expresiones en este último siglo ha expulsado a los campesinos de sus tierras en Colombia. Una expresión fue La Violencia; los migrantes andinos que huyeron a las selvas y al piedemonte caqueteño escaparon de este conflicto civil que expulsó a miles de campesinos de sus tierras en Tolima, Huila, Cundinamarca, Boyacá y el Eje Cafetero, principalmente.

Más que una simple expulsión, este proceso de desplazamiento forzado fue un proceso de eliminación física, política y social, que según Salgado Ruiz, refiere a un ataque de latifundistas y empresarios sobre la mediana y pequeña propiedad campesina (Salgado Ruiz, 2009: 120).

La Violencia es uno de los procesos históricos determinantes de Colombia en el siglo XX¹³⁷ que se extendió en las ciudades y en el campo. Las cifras de muertos entre 1948 y 1953 fue de 140 mil víctimas en un país con 15 millones de habitantes y las zonas más azotadas por esta oleada de sangre y venganza fueron los departamentos del Tolima, Caldas y Norte del Valle. Este conflicto significó la expropiación de 400 mil propietarios rurales y la migración de 2 millones de personas de su lugar de origen (Ciro, 2009).

Entre 1951 y 1964 la población del Caquetá, en ese momento intendencia, pasó de 45 mil habitantes a 103 mil. Según datos del DANE, semanalmente llegaban 52 familias, principalmente del

¹³⁶ Los fenómenos colonizadores en Colombia son centrales para comprender la configuración política, económica y social del país. Vale la pena mencionar dos de los procesos de la construcción regional en el siglo XX: la colonización cafetera sobre las vertientes andinas, y la colonización de las selvas amazónicas y las llanuras de la Orinoquía, dirigidas por el extractivismo y por la necesidad de nuevas tierras para los campesinos andinos, e influida por la actividad guerrillera. Algunas investigaciones sobre el papel de la región en la construcción nacional son por ejemplo Silva, 1994; Legrand, 1988; García, 1996; García, 2003 y Fajardo, 1993.

¹³⁷ La historiografía establece su inicio como el día del asesinato de Gaitán (9 de Abril de 1948), un candidato disidente del Partido Liberal con gran apoyo popular, pero en términos históricos este hecho es la culminación de conflictos entre las élites políticas que se ciernen décadas atrás entre las facciones liberal, conservadora y los disidentes, que se van a expresar en las “leyes de sangre y fuego” en lo local. Tras el asesinato del líder popular, se adelantaron las elecciones en las que no participó el partido Liberal y venció Laureano Gómez, un conservador franquista férreo cuyo discurso se centró fieramente en contra de la república y las doctrinas liberales.

Huila, el Tolima, el Valle y Caldas (Ciro, 2009)¹³⁸. Los campesinos entrevistados son partícipes de este proceso de ocupación del piedemonte y la selva caqueteña que inició desde la segunda mitad del siglo XX¹³⁹.

La ocupación colonizadora anterior a 1946 se ubicó principalmente en Guacamayas, San Vicente, Puerto Rico y una zona entre Florencia, Belén y la Montañita. Entre 1946 y 1962, esta colonización se extendió sobre los ríos Caguán, Guayas, Orteguzza y Caquetá, y entre 1962 y 1967, se colonizó esta franja sobre el piedemonte caqueteño entre las principales poblaciones se va ocupando cada vez más (Ciro, 2009).

La Violencia aparece como una ruptura en la vida de las familias de los entrevistados que se representa en el asesinato de sus padres o abuelos o las amenazas que sufren por pertenecer a partidos diferentes constituyéndose en momentos en los que la unidad familiar, su organización y dinámica se ven negativamente afectada. De los migrantes y colonizadores del Caquetá que se entrevistaron en esta investigación, la mitad tuvieron en su familia víctimas durante este periodo.

La primera consecuencia fue el desplazamiento forzado hacia el Caquetá. Por ejemplo, la familia de Doña Rosa viajó desde el Tolima por La Violencia y fue una de las primeras que llegó a Santuario, en el corregimiento de La Montañita, en el Caquetá, después de que en La Violencia fueran asesinados 12 de sus familiares (Entrevista 52, Doña Rosa, 65 años). También la familia de Don Pedro fue desplazada del Tolima por “el sistema de La Violencia” (Entrevista 30, Don Pedro, 45 años).

La Violencia también tuvo como consecuencia la desintegración familiar como le ocurrió a Andrés, cuya madrastra la asesinaron en La Violencia. Con 17 hijos, su papá recurrió a dejarlos “desparpajados”, y la unidad familiar se acabó (Entrevista 36, Don Andrés, 77 años). A raíz de la desintegración de su familia, Don Andrés se fue de la casa a los 6 años y trabajó en Ibagué hasta la adolescencia en una ferretería. A los 18 años se fue a buscar a su padre en el Caquetá. En la cordillera caqueteña, ya cerca de la finca de su papá y a la familia que él había formado, compró unas mejoras y ahí fue donde cultivó coca posteriormente.

Pero establecerse en el Caquetá no fue fácil. Estuvo lejos de significar una transición hacia la estabilidad familiar o procesos de adaptación medianamente manejables, es decir, la llegada a “la tierra prometida”. Esto porque tras el desplazamiento perdieron parte o la totalidad del capital acumulado, o porque las condiciones de salud y accidentes familiares significaron una ruptura. Esto

¹³⁸ En esta investigación entendemos al colono de la forma en que lo hace *Ciro*, más que un primer poblador de un territorio, mejor como “una primera avanzada de una nueva forma de apropiación espacial” (*Ciro*, 2009). No obstante, agregamos que el territorio no solo es el único que se transforma (de la selva a la pradera, como lo reseña la autora), sino que este contacto con un nuevo territorio selvático, completamente diferente al que está acostumbrado el campesino andino, transforma también su saber y exige del colono nuevas formas de comprender la tierra y su entorno. Es así que no solo transforma espacialmente la selva sino también, la selva transforma su saber y ser campesino, configura un nuevo actor social.

¹³⁹ El poblamiento del Caquetá tiene un componente indígena muy importante. Su historia está marcada por el genocidio cauchero del que fueron víctimas en las primeras décadas del siglo XX en la Amazonia Colombiana. La extracción cauchera tuvo un impulso definitivo entre 1875 hasta 1930, por creciente demanda de caucho para el mercado internacional. Este negocio tuvo como principales víctimas a las comunidades indígenas de la Amazonia brasilera, peruana y colombiana, principalmente; las estadísticas indican el genocidio de 50 mil indígenas. Los horrores y la masacre de los pueblos indígenas han sido estudiados y denunciados desde la academia y la literatura (Rivera, 1985; Pineda Camacho, 1982; Domínguez & Gómez, 1990; Casement, 1985). Las comunidades indígenas también han sido testigos y partícipes [algunos] de la expansión de la actividad cocalera en la región. Es importante también aclarar que el proceso colonizador entró en conflicto muchas veces con la población indígena del departamento. Por ejemplo, los Huitotos de La Montañita fueron forzados a migrar hacia La Niña, el Barro, Solita y Maticurú, sobre el río Orteguzza y Caquetá. Quienes no migraban se adaptaban a las condiciones de los “colonos blancos”, perdiendo su identidad indígena e insertándose en las formas occidentales de agricultura y ganadería (*Ciro*, 2009). Entre las personas entrevistadas hay varios campesinos que se reconocen de ascendencia indígena pero no se reconocen como indígenas. Tras esta masacre, los indígenas se reubicaron y reorganizaron en el departamento. Por ejemplo es el caso del padre de un joven huitoto entrevistado que cuenta que los muinane, la comunidad a la que pertenece, habían vivido cerca de La Chorrera en el siglo XIX, pero tras el genocidio cauchero, a su abuelo le tocó “volarse, se fue al Mirití, se internó como si fuera otro indígena, con otros indígenas. Y tuvo a otra señora, no mi abuela. Y ahí él pudo estar mucho tiempo hasta que pasó todo eso, y de ahí regresó y recogió algunas cosas...”. Tras esto, “volvieron y se asentaron ahí en la sabana, con toda la gente que todavía existía, [y revisaron] quiénes quedaron, quiénes no quedaron, como ver la gente. Mi abuelo tenía esa obligación porque él venía de ser el hijo del anterior gobernante de los pueblos indígenas, de los pueblos que somos nosotros” (Entrevista 14, Hernando, 26 años).

tiene impactos muy importantes en la dinámica de la familia campesina dado que la mano de obra es principalmente familiar y el sustento depende principalmente de su propio trabajo.

Esto ocurrió por ejemplo en el caso de Don Gerardo, un campesino criado en el Caquetá, hijo de colonos que en su infancia experimentó la desintegración familiar por cuenta de una sucesión de tragedias, primero el asesinato de su padre y luego la muerte de su madre,

Unos tíos se vinieron al Caquetá a buscar baldíos, seis meses estuvieron por acá para conseguir tierras. Mi mamá estaba sola pero decidió venirse también y después de ir a pie ocho días solos por la carretera entre el Huila y el Caquetá, llegamos. Mi primer recuerdo es el palo de mango del parque principal de Florencia y a los quince días mi mamá se murió en La Montañita. Estábamos solos y no sabíamos qué hacer. Fue un cazador quién nos encontró en la selva. En ese momento nos repartieron entre los tíos y no volví a ver a mis hermanos hasta hace unos años (Entrevista 28, Don Gerardo, 63 años).¹⁴⁰

Además del desplazamiento forzado, un grupo de los campesinos andinos llegaron al Caquetá atraídos por la disponibilidad de tierras. La migración rural, en forma de colonización, fue una forma de salvación también. Eso se indica en las tasas de crecimiento de los centros urbanos del piedemonte caqueteño; Florencia en la década de 1950 tuvo un escaso crecimiento poblacional, convirtiéndose en uno de los índices más bajos del país, lo que contrastó con la tasa de migración al Caquetá, que era la segunda tasa de mayor crecimiento poblacional nacional (Ciro, 2009). La gente llegaba buscando tierras.

Este es el caso por ejemplo de Don José, un campesino de 68 años que nació en el Cauca pero que llegó a Puerto Rico - Caquetá, en el año de 1975, porque el departamento tenía fama de tener mucha agricultura, mucho potencial productivo y tierras. Era de una familia campesina y había sido eso toda su vida y en el Caquetá tuvo dos hijas y un nieto, y nunca cultivó coca (Entrevista 27, Don Jairo, 68 años). Esta mirada del Caquetá como un emporio agrícola y con potencial productivo se encuentra en algunas entrevistas, principalmente el tiempo antes de la llegada de la coca y durante la época en que el Estado medianamente desarrolló sistemas de acompañamiento productivo por medio del IDEMA o de los préstamos del Banco Mundial. De este periodo, entre la década de los sesenta y los setenta, quedan las estructuras abandonadas de los silos de arroz y recuerdan un mercado campesino emergente.

Poco a poco, la relativa tranquilidad de departamento se fue deteriorando. Las experiencias de los campesinos van mostrando nuevos procesos de movilización campesina y de conflicto, en los cuales diversos actores aparecen en el escenario y los que ya permanecían se agudizan. Por ejemplo, en la década de 1980 la guerrilla del M-19 creó el Frente Sur en el Caquetá a lo que el gobierno de Turbay respondió con represión y es el momento también de la llegada de los cultivos de coca a la región.

La intensa movilidad de los campesinos entrevistados por causa de la guerra y falta de oportunidades económicas es otro elemento fundamental en las trayectorias de los campesinos. Por ejemplo Don Evaristo relata,

Por problemas económicos, falta de recursos, tocó parar los estudios y me fui donde mis abuelos, a trabajar en Albania, Caquetá. Y de ahí trabajando para abajo allá, en el campo, en

¹⁴⁰ Para este momento quedaban dos rutas de acceso al departamento, la vía Guadalupe-Florencia y la de Algeciras-San Vicente. Ambas implicaban pasar la cordillera oriental. Florencia se constituía en la capital del departamento, hasta donde llegaban los campesinos y tomaban el camino o hacia el norte o hacia el sur, a lo largo del piedemonte. La segunda ciudad principal era San Vicente del Caguán.

San José donde unos tíos y de ahí me salí y fui a parar por allá al Putumayo.en las labores del campo, voleando machete que eso era ...y después me conseguí en ese tiempo una tierrita para el lado de la Bota Caucana, para el lado de Zabaleta. Pero en ese tiempo fue cuando la arremetida que hizo Turbay para el M-19, tocó dejar abandonado una tierrita, sí, una finquita que tenía por allá, unos cultivos y todo. Me vine para Florencia pero pues yo para trabajos de la ciudad como que no me llamó la atención, como que no me pude adaptar para el trabajo de la ciudad (Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años).

En este contexto, las familias campesinas también enfrentaron el involucramiento de los jóvenes con la guerra. Esto se percibió desde diferentes perspectivas, algunos lo sintieron como un compromiso político, otros como una forma de reclutamiento obligado. Algunos llegaron a ser guerrilleros como don Alejandro, que siendo estudiante se enroló en el M-19 (Entrevista 60, Don Alejandro, 40 años), pero otros lo evadieron y fueron reacios a involucrarse con la guerra como don Miguel y doña Marta, que comentaron cómo la guerrilla se les acercaba para convencerlos de enrolarse y conocían muchos amigos que lo habían hecho o cómo otros actores como los maestros promovían esto (Conversación Grupal 1, Don Miguel y Doña Marta, 42 y 43 años respectivamente).

Este fenómeno es un tema particularmente sensible para las madres de familia campesinas de la región. En un taller de género y proceso de paz desarrollado en Florencia que convocó a diferentes mujeres campesinas de todo el departamento, uno de los argumentos más repetidos para detener el conflicto fue el temor al reclutamiento de sus hijos para la guerra e insistían en la tragedia que significaba este fenómeno para ellas como madres. Por ejemplo, es el caso de Doña Eva, una campesina cocalera de La Montañita que migró al Caquetá cuando se enroló en las filas de las FARC. Ahí duró dos años y después se salió por problemas de salud, y se quedó viviendo en el campo caqueteño. En ese momento, dos de sus cinco hijos han muerto en enfrentamientos con la fuerza pública; el último murió en el ataque donde cayó en poder de las FARC el periodista Romeo Langlois, que fue liberado posteriormente,

Yo dejé la finca, me quedé en el pueblo desde el asesinato de mi hijo. Y trabajó, en lo que salga. Él tenía 17 años y se van porque les gusta mucho, ellos comprenden la situación y uno contra la decisión de los hijos no puede, es muy duro para uno como mamá. Es que además la Fuerza Pública nos insulta, nos trata de auxiliares de la guerrilla, cada poco atropellan, se roban la comida, hay mucho bombardeo y los niños quedan traumatizados. Mi nieta está traumatizada con todo esto, se vive la zozobra, puro miedo. Frente a los diálogos, tenemos temor por los hijos, si se rompen los diálogos se viene la represión. Nos da miedo que toque decidirse por defender la vida de nuestros hijos y uno no espera por parte del estado nada bueno. Son un diálogo por el cese al fuego pero día de por medio *rafaguean* y bombardean. A toda hora y no valen denuncias públicas. Le disparan a lo que caiga. Mientras eso, no hay puentes, no hay enfermeras (Entrevista 38, Doña Eva, 49 años).

La guerra no tuvo límites sobre qué grupos afectó (cocaleros o no cocaleros) pues la militarización, el ejercicio de la represión, la presencia de la guerrilla no se redujo a un espacio o grupo específico sino que afectó todo el territorio en múltiples dimensiones y la vida de sus pobladores. Y en la medida en que la guerra involucraba a la gente alrededor, a los vecinos o a los familiares, se convirtieron en sospechosos,

El ejército me maltrató en 1987. Me rasgó la camisa, éramos cuatro personas estábamos con un novillo, nos encañonaron y nos patearon.

Mi papá era una persona inteligente, él les preguntó por qué nos atacaban y ellos nos golpearon y trataron mal. “Váyase para su rancho”, nos dijeron al final (Entrevista 33, Don Jairo, 50 años).

Recuerdo mucho que en esa época estaba el General Landazábal, iba a decir “Lanzabalas” porque era así como nosotros le decíamos, por ahí. Yo vivo por la vía central que va de Albania a Curillo, sobre la orilla de la carretera, que era que quedaba la comunidad. Eso entraban esos carros llenos de ejército y eso eran disparando a diestra y siniestra, eso ponían esos morteros hacia la casa de uno y eso le aplomaban toda la bala que ellos quisieran entonces eso casi uno los escuchaba, desde que salían de Florencia hasta que llegaban a Curillo, eso desde muy lejos los escuchaban, ya los niños se asustaban, todo el mundo. La gente no podía trabajar, porque ellos graduaban esos aparatos de la manera de lanzar granadas, hacia la montaña y si estaban allá trabajando a escuchar un tiro y todo el mundo hacia la casa. Entonces mataban a veces el ganado y era el terror sobretodo de los niños. (Conversación Grupal 1, Doña Claudia, 43 años).

Los combates, las torturas y el desplazamiento de campesinos se agudizaron en los siguientes años. Los espacios campesinos, como la escuela, fueron también espacios de combate, como lo que le ocurrió a Miguel,

Entonces eso no les importaba a dar candela a lo que vieran, eso silbaban las balas. Nosotros todos tirados de barriga ahí y saliéndonos por detrás de la escuela por los llanos para caer por un hueco y podernos cada uno salir hacia la casa, nosotros haciéndole frente ahí al otro para que no se arrimaran tampoco donde estaban tampoco. (Conversación Grupal 1, Don Miguel, 42 años).

Este escenario de guerra los ponía entre la espada y la pared y tuvieron que hacer su vida con un actor armado que conocían y se movía en su territorio. Mientras tanto, la gente tenía que seguir colonizando, produciendo en su finca, fundando sus escuelas y sobreviviendo. El tiempo de sobrevivir iba al ritmo de la guerra, como cuenta Doña Claudia, sobre la fundación de la escuela de su comunidad, que se vio interrumpida porque el ejército los desplazó de sus fincas (Conversación Grupal 1, Doña Claudia, 43 años).

Las historias de vida de la guerrilla, del ejército y de los campesinos se fueron tejiendo entre muertes, torturas y desplazamientos. Dimensiones tan cotidianas como el amor mismo estuvo inmerso en esta coyuntura, como le ocurrió a Doña María cuyo novio fue guía del M-19 y después fue parte de esta guerrilla hasta que cayó en un combate,

Después atacaron algo en Mocoa. En esas, en el combate, él alzó las manos y se entregó, pero quedó entre el ejército y los compañeros. Y ahí si quien sabe quién lo mató porque unos para que no diera información y otros por enemigo. Vinieron a contarme y yo los *putié* a todos (Entrevista 45, Doña María, 52 años)

Y el cultivo de coca extendió por la región convirtiéndose en un motor de atracción para nuevos colonizadores sobre el Río Caguán y el Río Caquetá¹⁴¹. Por ejemplo, este es el caso de Orlando, cuyo padre nació en Bogotá, y después se mudó al Tolima. Al Caquetá, Orlando llegó a los 10 años con sus 13 hermanos, creció en pleno apogeo de la coca en Remolinos del Caguán, y posteriormente trabajó como raspachín entre el 88 y el 90 en una cultivo de 100 hectáreas.

¹⁴¹ La corriente migratoria cocalera se diferenció de las anteriores en el Caquetá por las

diferencias en los flujos y composición de la población migrante, las relaciones de trabajo, la utilización de los suelos, los intercambios mercantiles, las modalidades de la acumulación de capital, los niveles de precios, el sistema de estratificación social, la ética y la cultura de sus habitantes, etc. (Jaramillo, Mora & Cubides, 1986).

La siguiente coyuntura de violencia tiene que ver con el proceso de militarización y paramilitarización del Caquetá como estrategias contrainsurgentes a partir de la década del noventa. Tres hechos centrales se desencadenaron en 1998: la firma del Plan Colombia, los diálogos con las FARC en San Vicente del Caguán y la expansión del proyecto paramilitar, una coyuntura que se convirtió en el nudo en el que se convirtió la salida política al conflicto en el país.

El resultado de la agudización del conflicto fue el endurecimiento de las reglas territoriales de la guerra de los diferentes actores y el adelgazamiento de la línea que dividía a los enemigos y los armados de la población civil y campesina. La consecuencia fue un despliegue de terror sin precedentes en la historia del departamento¹⁴².

Si antes eran los campesinos señalados como enemigos y subversivos, ahora había una fuerza armada en campo que los ponía entre la espada y la pared entre varios actores con la capacidad de establecer “leyes” y autoridad sobre los territorios. Por ejemplo Doña Marta, campesina del sur del departamento, ha sido víctima a lo largo de su trayectoria de tanto la guerrilla como los paramilitares. A los 17 años se casó y se fue a vivir a San José donde secuestraron a su marido y decidieron irse para Solita, pero tuvieron que migrar por “la problemática” y “el conflicto” y se van a vivir en una finca cocalera del papá. Cuando dejan la coca, se van a vivir a otro lugar dedicándose al queso y el ganado pero son desplazados por la guerrilla, por son obligados a desplazarse a una finca al sur de Florencia (Conversación grupal 1, Doña Marta, 43 años). Cuatro desplazamientos, tres de ellos por razones violentas.

El Plan Colombia inició una nueva etapa de mayor tecnología, presupuesto y presencia de los Estados Unidos; uno de los espacios centrales de esta nueva estrategia fue el uso intensivo de la estrategia aérea: aspersión, bombardeos y bombardeos sobre la guerrilla y las poblaciones rurales fueron algunos de los ejemplos hasta el punto que los campesinos aprendieron a identificar el sonido de los aviones como ocurrió en una de las visitas a un cultivo de coca, donde el tema de discusión era el paso del avión que monitoreaba los cultivos. Uno de los campesinos a los que entrevisté estaba esperando unos días para raspar su cultivo y había sentido esos días que un avión militar pasaba; temía que el avión llevara información para la aspersión.

Este contexto de violencia se reflejó en la política pública: el diseño y ejercicio de la política social y rural dependió completamente de los intereses del conflicto. En una conversación con concejales de San Vicente del Caguán, ellos definieron al Plan Colombia como un ordenador del gasto municipal donde la fuerza pública define el presupuesto, lo que uno de ellos caracterizó como “el ejército suplantando la política” como también lo ha señalado por Ramírez (2009). Así, para que un proyecto salga, debe pasar por el ejército; esta presencia se evidencia en las placas de inauguración de las construcciones y obras en las diferentes áreas del municipio que señalan a las Fuerzas Armadas o al Comando Sur de los Estados Unidos como promotores. También se evidencia en las reuniones de Acción Social y posteriormente Departamento de Prosperidad Social donde participan activamente los comandantes del ejército de este departamento.

¹⁴² La guerrilla también habían aumentado su hostilidad en la región. Tras el rompimiento de las negociaciones de paz entre Betancur y las FARC en la década del ochenta y el deterioro de las relaciones entre el gobierno y la guerrilla que resultó en el bombardeo a Casa Verde en la Uribe por parte de César Gaviria en Diciembre de 1990, la posición de las FARC se endureció en torno a la negociación política y desplegaron una estrategia de ataque contra líderes políticos, concejales y alcaldes en el Caquetá. Esta violencia tuvo su mayor representación en el cruento ataque de las FARC contra los concejales en Puerto Rico en el 2005 en donde mataron 5 funcionarios e hirieron a dos. En las entrevistas desarrolladas, algunos concejales entrevistados señalaron que no entendían el proceder de la guerrilla, ya que ellos habían sido elegidos por las comunidades, algunos representaban partidos de izquierda y tenían indirectamente su permiso (Verdad Abierta, 2016). Este despliegue de violencia más la presencia de grupos paramilitares y la ejecución del Plan Colombia es lo que señalamos como el momento de mayor acorralamiento sobre la población particularmente rural en el departamento.

Otro elemento que aparece en este periodo es convergencia indiscutida de la lucha contra las drogas y la lucha anti-insurgente, que no solo puso en el centro de la discusión el término narco-guerrilla o narco-terroristas (en el contexto del mundo post- 11 de septiembre), sino también implicó un involucramiento directo de fuerzas estadounidenses y mercenarias en el conflicto colombiano, teniendo como centro de operaciones las bases militares colombianas¹⁴³.

La amenaza del ejército se representó en lo relatos de los campesinos en varias formas. Por un lado la estigmatización sobre las comunidades como le ocurrió a Don Ernesto, que lleva 30 años en el Caquetá y ha sido agricultor en una propiedad de 10 hectáreas y es presidente de la Junta de Acción comunal de su vereda. A pesar de no cultivar coca, sufrió el atropello del ejército hace pocos años cuando venía de una junta. Primero le impidieron el paso y luego le preguntaron en forma intimidante si había sido elegido por la guerrilla a lo que él respondió que había sido avalado por la comunidad (Entrevista 10, Don Ernesto).

El hostigamiento del ejército va desde el ataque directo de bombardeos hasta el allanamiento y robo a los campesinos. Por ejemplo, Don Jairo llama al ejército como “robaollas” pues un día el ejército los allanó acusándolos de auxiliares de la guerrilla, les apuntó con los fusiles y les robó toda la comida y, recuerda muy insistentemente, un alicate (Entrevista 27, Don Jairo, 68 años) A Don Diego, campesino cocalero pero también ganadero, el ejército le mató 48 reses y novillos (Entrevista 11, Don Diego). También deben vivir en medio de retenes militares,

Eso ya a los retenes estamos acostumbrados a eso, que cada 5 o 6 kilómetros hay un retén del ejército. Constantemente, de pronto no dejan de fregar uno o dos meses y después llegan otra vez. Hemos tenido otra vez problemas con ellos porque para mantener las vías hemos puesto como peajes, para recoger unos fondos para mantener las vías y eso nos ha puesto en problema con ellos porque ellos dicen que esos peajes que nosotros montamos son peajes de la guerrilla y no, esos montajes que montamos son campesinos, hacemos una pequeña recolecta en el territorio para darle mantenimiento a las vías. Y hemos tenido problemas con la ellos hartos (Entrevista 23, Don Segundo, 60 años).

Algunos campesinos hasta señalaron, como Doña Teresa, de la tranquilidad que se vive ahora que no hay mucho ejército (Entrevista 51, Doña Teresa, 65 años).

La paramilitarización de parte del territorio caqueteño agudizó el conflicto territorial con la guerrilla. La “lucha contra las drogas” quedó convertida en una guerra por aire del estado colombiano y por tierra de un ejército paramilitar con claros intereses de control de territorios cocaleros. La penetración de los paramilitares en el territorio radicalizó el control de los grupos armados por el territorio.

En primer lugar, el despliegue de medidas de seguridad y control territorial extendido por estos está presente en la vida de los campesinos, no solo los cocaleros. Inició una lucha por el control del territorio y la población entre la guerrilla y los paramilitares. Esto redundó un señalamiento sobre los campesinos como guerrilleros o auxiliares por parte de los paramilitares sobre la población. Don Juan y Doña Silvia contaron,

¹⁴³ La presencia de estadounidenses en las bases militares de la región está cubierta de un aura de misterio. En una conversación informal con un campesino relataba sobre cómo operaban los bombardeos con drones sofisticados y cómo existía una especie de “súper” soldados que las FARC no podía derrotar. En el primer trabajo de campo, con nosotros iba un alemán, de fenotipo muy europeo, “exótico” para esta región. Los campesinos no querían hablar con él, le decían que lo habían visto en una de las bases militares del Caquetá.

Don Juan: ya en ese tiempo estaban toreados [FARC] porque ya en ese tiempo estaban los paramilitares. En ese entonces, ya uno viajaba y los encontraba... aquí en Montañita, a las autodefensas. Entonces siempre se ponía complicado para uno salir porque si uno lo miraba medio raro, ah usted es de la guerrilla, usted está por allá, usted viene de la guerrilla. En ese tiempo se puso duro esto, ya no podía viajar uno. Usted por lo menos iba a viajar con un familiar en ese tiempo tenía que pedir permiso, y ya que tenía el permiso usted podía ir, así era entonces. Y si usted entraba como desconocido, lo jalaban.

Doña Silvia: sí, ya para investigarlo, quién es usted o a qué viene, a quién viene a visitar porque ellos no hacían sino eso. (Conversación Grupal 4, Don Juan y Doña Silvia, 39 y 37 años)

En segundo lugar hubo amenazas directas, asesinatos y masacres. Don Evaristo es un campesino que cultivó coca, también se desempeñó como concejal y su trayectoria de vida está marcada por varios desplazamientos forzados: primero en la década de 1980 tuvo que huir con su familia por la represión del Estatuto de Seguridad y la Guerra del Caquetá donde el ejército asesinó a un vecino y violó a su esposa. Huyendo llegó a Florencia, pero no logró conseguir trabajo permanente, lo que hizo que volviera el campo, a Solita, donde consiguió su esposa y trabajó rentando residencias. Tras las marchas campesinas, llegaron los paramilitares,

Y eso otro, pues fue otro problema ahí, ya con los paramilitares, ya empezaron ahí. A mi siempre me ha gustado el trabajo con las comunidades, fui dos veces presidente de la junta del barrio El Centro, entonces ya por eso me buscaban. Llegaron ahí los paramilitares con el ejército, hicieron una masacre, mataron 7 personas y 2 muchachos que se salvaron porque lograron tirarse al río. Entonces cuando a los días, me dijeron unos amigos, pilas Evaristo que a usted lo andan buscando. Van a hacer otra masacre, es mejor que usted se vaya. De ahí salí prácticamente por trochas y tenía un suegro por acá en Cartagena y vine a dar a Cartagena del Chairá.

[...]

Yo sí me siento seguro en el campo en mi tierra porque cuando me ha tocado salir, huyendo del casco urbano de Solita con el ejército ahí, y otra gente ahí en medio de ellos haciendo masacres, matando gente, yo no podía dormir, a las 6 de la tarde la mayoría de la gente del pueblo estaba encerrado, todo el mundo a las 6 de la tarde estaban encerrados. Por el cuento de los tales paramilitares que era la misma gente que andaba con el ejército. Y yo descansé cuando me salí y me fui para el campo, me cambié de sitio y me fui para el campo, podía dormir tranquilo y sentía esa tranquilidad, porque en el pueblo] yo no escuchaba un golpe y ya sentía que me iban a sacar de la casa." (Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años).

Frente a esta situación, la estrategia de muchos fue desplazarse. Otros campesinos ya no pudieron huir más y donde estaban establecidos tuvieron que adaptarse y desplegar estrategias en el nuevo escenario, al nuevo actor y a sus reglas. Es el caso de los pobladores del sur del Caquetá, en los alrededores de Belén, Morelia y Albania, lugar en el que incursionó el paramilitarismo que vivieron el régimen de soberanías fragmentadas, formas de regular la guerra y la población en torno a leyes y reglamentos dictados por los actores armados quienes ejercían soberanías de facto (Vásquez, Vargas & Restrepo, 2011).

La guerra desde la experiencia de los campesinos entrevistados se mostró como un fenómeno total, es decir, no consistió en un ataque directo a la guerrilla, aislado sino que las estrategias giraron en torno a maltratar, aterrorizar, asesinar y hostilizar cotidianamente a los campesinos ubicados en el territorio que compartían con la guerrilla. Ellos vieron afectada toda su vida cotidiana y aprendieron a sobrevivir antes las dificultades económicas como al conflicto armado.

En este sentido la lucha contra las drogas fue más allá de una política de eliminación de los cultivos de coca y de ataque a la cadena del narcotráfico, se convirtió en una política que desplazó, hostigó y asesinó a la población rural del departamento, como lo señalan en sus relatos. La respuesta

de la guerrilla fue recrudecer la presión sobre los campesinos, lo que significó desplazar o asesinar a quienes les parecieran sospechosos.

Las consecuencias de este contexto de guerra es distinta para cada actor aunque hay algunos denominadores comunes. Por un lado, muchos campesinos tuvieron que migrar dentro del departamento hasta encontrar un lugar donde pudieran sobrevivir a las amenazas, a la estigmatización o al control de los grupos armados, estatales y no estatales. Entre las opciones, estaba irse a la ciudad, principalmente a Florencia, y algunas personas la asumieron, como el caso de Ramiro, que vendió su finca y se fue a Florencia a vivir “buscando paz”.

Migrar a la ciudad tras el desplazamiento armado fue una experiencia traumática para muchos, como fue el caso de Don Jeison, habitante de Peñas Coloradas objeto de hostigamiento en el 2004 y que desplazó a más o menos 3000 personas. Otros llegaron a Florencia porque sufrieron atentados directos a sus propiedades como el caso de Don Celso y Doña Carmen que no identificaron el grupo o la persona que les incendió su casa y otros por el miedo a comprometerse con la guerrilla, sus hijos habían sido del ejército y otro era paramilitar, y no querían represalias, como afirmó María. Estos últimos migrantes hacen parte de los barrios “piratas” o invasiones ilegales en Florencia. En las entrevistas, todos ellos se refirieron a la añoranza de vivir en el campo.

Otras de las consecuencias son las secuelas de los enfrentamientos sobre los niños. En las entrevistas, algunos campesinos cuentan sobre lo que sienten sus hijos tras ataques de los actores armados. Por ejemplo, en marzo del 2014, hubo un ataque de las FARC contra soldados atrincherados al lado de un puente en el río San Pedro, en la vía que de Florencia va al norte del departamento. Los guerrilleros llegaron disfrazados de trabajadores de la obra y abrieron fuego contra los soldados, asesinando a cuatro militares y dejando a cuatro civiles heridos (Nación, 2014). Entre 100 y 200 metros vive Don Alfredo y su esposa Doña Teresa, y contaron,

...el orden público, ha estado tranquilo. Lo único que pasó es el ataque al puente. Los niños quedaron con mucho temor, muy nerviosos. Les da miedo los soldados... como ellos no distinguen [entre guerrilla y los soldados]. Entonces vinieron sicólogos, de Florencia, de Médicos Sin Fronteras para tratarlos. Ya mi nieto está mejor. Pero él me preguntaba cuando veía a un soldado, ¿nos van a matar? (Entrevista 48, Don Alfredo, 65 años).

Yo no estaba, estaba el nieto y el abuelo y mi hija. Fue muy duro. Ellos se escondieron y envolvieron al niño en un colchón. Después de eso, el niño ya no salía, ya no corría. (Entrevista 51, Doña Teresa, 65 años).

Como comentaba Doña Marta, sobre sus hijos,

Mis niñas ellas escuchaban un disparo y ellas volaban de una era para debajo del colchón, ni siquiera encima de la cama sino debajo y se enrollaban en los colchones porque eso era como el medio de protección que teníamos. (Conversación grupal 1, Doña Marta, 43 años)

Regulación de la vida e interpretaciones de la violencia en territorios cocaleros

En este contexto de guerra, a los campesinos y campesinas les queda moverse cuidadosamente entre el fuego cruzado, en medio de la estigmatización, el reclutamiento, el desplazamiento forzado y el impacto de la violencia sobre los hijos. Para sobrevivir despliegan

estrategias aunque eso no los exima de las tragedias; como lo decía un campesino cocalero de la Unión Peneya “hay que preocuparse por lo terrenal”.

Quienes no migraron a la ciudad y decidieron quedarse en el campo, tuvieron que adaptarse a esta guerra, a vivir entre actores armados y negociar día a día su supervivencia y su convivencia. La manera en que afrontaron esta violencia y el sufrimiento dependió del contexto subregional de autoridad al que pertenecían: unas zonas eran controladas por la guerrilla, otras por los paramilitares y por el estado colombiano. Otras estaban en disputa por todos estos actores.

Veena Das ha explorado la experiencia y representación del sufrimiento de los sujetos como una relación social, el sentido social del dolor que también puede ser objeto de ejercicio de poder como el que el estado despliega para construir memoria o como el resultado de un proceso de “administración racional” de parte de este, es decir, los factores políticos y económicos que “distribuyen” el sufrimiento en el mundo contemporáneo (Das, V., 2008a; Das, V., 2008b). Finalmente, cómo estas experiencias de dolor se articulan con la vida cotidiana de los sujetos, tanto en sus trayectorias de vida como en la manera en que se reconstruye la herida y se le otorga un significado. Estas formas no son meramente subjetivas e individuales sino se insertan en procesos colectivos de construcción de “lo normal”, “lo permitido” y el sufrimiento.

Espinosa ha abordado la manera en que los campesinos experimentan y representan las vivencias de vida y muerte, dolor y sufrimiento en relación con el conflicto armado, en “la normalidad” de la guerra. Este autor analiza tanto las experiencias de sufrimiento como su representación social y la manera en que se racionaliza para ser naturalizada. El autor encuentra que los campesinos tienen dos formas diferentes de concebir la agresión sea por parte del estado colombiano o por parte de la guerrilla (Espinosa, 2007).

El objetivo en el siguiente apartado es estudiar a partir de estas experiencias de violencia, cómo se percibe la autoridad del estado, de la guerrilla y los paramilitares sobre sus vidas. Para esto no es útil la discusión sobre órdenes sociales y conflicto que propone Teófilo Vásquez en el Caquetá a través de tres trayectorias territoriales que delimita: territorios estructurados por la guerra, que refieren a aquellos donde el conflicto ha sido central en la configuración identitaria y social de la población; los territorios en disputa donde el proceso de configuración regional fue anterior a la inserción del conflicto armado y los territorios integrados, los centros de actividad económica y social del país.

Al contrario de lo que ocurre en el imaginario nacional, el Caquetá no es una región homogénea donde un solo actor ejerce la autoridad sino que está compuesta por subregiones en disputa o bajo en control de alguno de los actores. Así, el medio y bajo Caguán donde se ubican municipios como Cartagena del Chairá y Peñas Coloradas, se convierte en un territorio estructurado por la guerra, cuya dinámica colonizadora se mantiene y en la cual la guerrilla ejerce un orden insurgente.

De otro lado, el territorio en disputa comprende el municipio de San Vicente del Caguán, donde se consolidó una economía ganadera y la formación de unas élites regionales que después se articularon con la presencia de cultivos de coca. En este territorio hay una tensión activa entre el control de las FARC y el estado colombiano por establecer un orden social.

Bajo este análisis, el campesino sobrevive en medio de una multiplicidad de regulaciones en disputa (Vásquez, 2015). Esto rebate las ideas simplistas que conciben al Caquetá como “tierra de las FARC” o “tierra sin ley”; ni es tierra de la guerrilla y tampoco el estado colombiano ha sido un actor ausente, como tantos titulares insisten en repetir.

Una idea se puede profundizar a partir de esta propuesta: el estado colombiano es uno más de los actores que produce legalidad en los territorios del conflicto y es, en esta pluralidad de legalidades o de órdenes en la que se desenvuelve el campesino; el mismo que tiene el carnet del SISBEN, reclama la propiedad legal de sus territorios al estado y sufre la arremetida militar del Plan Colombia, crea unas normas de protección del medio ambiente con la Junta de Acción Comunal a la que pertenece, pide permiso a la guerrilla para el acceso de sus familiares a sus veredas y también le exige al comandante de turno que permita el acceso a Familias en Acción. Más que falta de legalidad, lo que hay es un exceso de leyes y/o regulaciones, según como se aborde analíticamente. Ahora, en medio de estos órdenes, ¿qué papel tiene la violencia que ejercen todos? ¿cómo la interpretan los campesinos?

Un primer elemento a resaltar es la manera en que algunos campesinos se refirieron al tema de la violencia sin nombrar explícitamente quiénes habían perpetrado los hechos, qué había ocurrido y sobre algunas entrevistas quedó un aura de incógnita sobre qué había pasado y quiénes lo habían llevado a cabo. Esto ocurrió por ejemplo cuando uno de ellos comentó que su casa había sido incendiada pero nunca fue explícito en contar quién podría haber sido, los titubeos a la hora de señalar al ejército o a la guerrilla, señalar los hechos de manera indirecta como “se presentó eso” o “el asunto de los paramilitares” o “ellos la habían conseguido”, sin especificar quiénes o qué ocurrió realmente al punto que como entrevistador era difícil tener claridad sobre qué estaban contando. No significa ocultamiento o una forma de olvidar lo que ocurrió sino una manera de reconstruirlo, como señala Espinosa, una manera de hacerlo memoria (Espinosa, 2007).

Esto mismo ocurre con el uso de “nos tocó La Violencia”, “somos víctimas del conflicto”, “cuando nos pasó <eso>” o “actores armados” que como señalara Espinosa, difuminan las responsabilidades individuales. En La Macarena ocurría lo contrario, la responsabilidad no era abstracta sino que se sabían y relataban los detalles de los sucesos en forma de rostros reconocibles. En las entrevistas realizadas en esta investigación, el único nombre directo que surgió fue el de “Paquita”, un comandante paramilitar condenado y el del General Landazábal en la década de 1980 o líderes políticos como Uribe; de resto la indicación más directa fue el de “el comandante que mandaba ahí” (de cualquier ejército) o “llegaron unos costeños” refiriéndose a los paramilitares.

En términos del lenguaje, también los entrevistados usualmente se reconocen como desplazados de la violencia, víctimas de distintos actores armados. Como es el caso de Don Jeison, quien vivía en Peñas Coloradas hasta la llegada del ejército en Abril del 2004 y reclamaba que no lo querían llevar a Cuba como víctima por ser desplazado por “los grupos legales”.

La relación entre la violencia y la autoridad afecta directamente la manera en que el campesino comprende y percibe el papel del estado. Las relaciones entre el estado colombiano, el ejército y los campesinos se caracterizan por una percepción que refleja la tensión entre la represión y el abandono:

Pero no tenemos en sí la comercialización del mercado asegurado y no tenemos el apoyo ni la ayuda del Estado para eso. Entonces estamos totalmente aislados, y desprotegidos por el Estado. Todo lo contrario, ha habido es represión, después de terminar la zona de despeje, la antigua zona de distensión, lo que hemos tenido es represión en la zona porque nosotros estamos en el epicentro de la zona de despeje, entonces por lo tanto lo que hubo fue una represión terrible referente a la zona. Y ha habido muertos, heridos, no desplazamientos masivos pero sí desplazamientos. Yo fui uno de los heridos el 19 de abril del año 2011, donde estábamos haciendo una labor de limpieza de potrero con otros campesinos, estábamos

limpiando un potrero y ellos estaban acantonados en un filo al frente, ellos nos miraban por lo menos donde íbamos a trabajar y a las 11 de la mañana en punto nos dispararon sin previo aviso ni nada, es decir, esa es la tarea de la fuerza pública no es defender al campesino sino atropellarlo y masacrarlo. Esa es la realidad de este país, entonces desafortunadamente eso es lo que pasa. (Entrevista 25, Don Roberto, 47 años).

Para lo único que el gobierno nos ha tenido en cuenta es para enviarnos aviación constantemente,...

[...]

Pues nosotros cuando vamos les hemos exigido como los dueños del territorio que no hagan eso... nos han dicho cosas, pero que así nos *haigan* (sic) estropeado así gente no, pero sí nos han ofendido jurídicamente. Diciéndonos que nosotros somos guerrilleros, que nosotros convivimos con la guerrilla, que nosotros somos terroristas, porque los mismos capitanes nos lo han dicho. Siempre que tenemos encuentro con ellos, nosotros les recalcamos que no (Entrevista 26, Don Marco).

En esta tensión se puede inscribir lo que señala Jansson en torno a la relación de los campesinos con el estado en la medida en que este es visto como un padre protector pero en sus acciones el terror lo convierten en un fenómeno contradictorio. Es esta contradicción entre el protector que violenta en que el terror de los campesinos emerge (Jansson, 2008: 94). Es la relación entre la violencia y la autoridad lo que queremos explorar.

En las entrevistas realizadas, los campesinos muestran abiertamente su desconfianza ante el estado colombiano con frases como “uno no espera del estado nada bueno”, “el estado reprimió a la gente, protege a los grandes capitales”, “el estado es un negocio, la guerra es un negocio”, “El estado ahí es invisible, el estado allá no existe para nosotros”, “la única ayuda del estado es la represión”, “qué autoridad va a tener el estado si no tenemos presencia del estado” o “estamos totalmente aislados y desprotegidos por el estado”. Ninguna de sus violencias es legitimada de alguna forma, todos se sienten perseguidos no por ser cocaleros sino por ser campesinos, como uno de ellos señaló.

Al asumir la “falta de presencia del estado”, su “abandono”, el campesino concibe al estado colombiano como un actor para demandarle y que debe estar presente. No obstante, no como un ente paternal, sino como un actor que tiene un compromiso, que “debe” algo a la población en términos legales. La manera en que expresaron esto es la constante diferenciación que establecieron entre la constitución del 91 y el gobierno de turno,

La constitución dice que el pueblo y la gente son garantes de la protección del medio ambiente. Pero a los Estados Unidos ni al gobierno le interesa la vida de nosotros, nuestros derechos (Entrevista 49, Don Pedro, 45 años)

El gobierno no cumple la Constitución del 91 (Entrevista 27, Don Jairo, 68 años)

Le reclamamos al estado porque ellos tienen una deuda con nosotros, porque si hablamos hay una constitución que nos dice muchas cosas que nos pertenecen y que nos hablan de la educación, muchas cosas, para el campesino y eso nosotros no lo vemos, la constitución dice que debemos reclamar y nosotros salimos a reclamar que nos pertenece, lo que dice ahí. (Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años)

Hay que reclamarle al estado porque si nosotros miramos la constitución, la constitución colombiana dice que el estado es el directo responsable del bienestar de los colombianos, por eso nosotros le reclamamos al estado, pero la constitución dice una cosa y el estado hace otra. (Entrevista 23, Don Segundo, 60 años).

Esta imagen del estado no necesariamente encaja con la de un padre, sino como una autoridad que tiene su base en un documento legal, la constitución del 91, que funge como un acuerdo, un ejercicio legal del cual emana la autoridad pero ante todo las deudas el estado colombiano con la población. El estado colombiano, equiparado a los gobiernos, es un actor que ejecuta fallidamente esa responsabilidad y su autoridad “natural” es puesta en discusión, no es completamente comprendida como la de un padre sino que tiene un sustento “legal” sobre el que descansa su papel. Esto se relaciona con la violencia, como señala Espinosa, porque en medio de la política de vida o de muerte, la lucha por la vida atraviesa las formas de legitimar la muerte (2007:55).

Tras esta relación de los campesinos y campesinas con los actores que ejercen la autoridad en su territorio (estado, guerrilla y paramilitares) hay un sustento de “legalidad”, de “reglamentación” de la vida diaria con el cual ellos se apoyan para estructurar su entorno y su seguridad, su sobrevivencia en el conflicto, y esto se basa también en el tipo del territorio del cual hacen parte.

Esto se puede evidenciar también en territorios controlados por la guerrilla o por los paramilitares. Peñas Coloradas es un ejemplo del orden insurgente que señala Vásquez, era un poblado al lado del río Caguán que se constituyó como un centro de colonización cocalera en el que regulaban las FARC en una articulación comunitaria con la población y que fue duramente atacado por el ejército cuando entró al pueblo y lo desocupó en el 2004. Sobre este lugar se refirió una mujer que creció ahí “yo nací debajo de una mata de coca... peñas era el socialismo real, era la utopía... eso no era comunismo, era socialismo real” (Entrevista 31, Lucía, 27 años) recordando las actividades comunitarias del pueblo, la gente y su infancia¹⁴⁴. La imagen de este lugar no es solo una idea económica sino un proyecto político que se filtró en los ideales y las experiencias de sus pobladores.

Ella y otros entrevistados que vivían en esta zona relataron esta relación cotidiana con la guerrilla: las FARC se vestían de Papá Noel en diciembre, ellos eran la seguridad en los bazares, se encargaban en las fiestas de revisar quién tenía tarjeta de invitación en las fiestas y proveían la seguridad, se aseguraban que los borrachos llegaran a su casa y que no hubiera peleas y repartían los reglamentos. También eran los árbitros en los partidos de fútbol y micro y hasta sacaban su propio equipo, patrullaban las veredas, controlaban la mercancías y daban factura de compra (con el objetivo de que esa mercancía no cayera en manos de los paramilitares). La comunidad y ellos exigían a todos los habitantes afiliarse a la Junta, pagar una cuota mensual (5 dólares aproximadamente) y asistir a las reuniones. Mucho de esto basado en la articulación del trabajo comunitario y en la lógica de la guerra, saber quiénes vivían, quién entraba y quién salía,

Ellos eran como los militares, los que nos protegían, ellos estaban pendientes de todos. Jugábamos con ellos cuando nosotros éramos chiquitos, tenían una relación con los niños del pueblo. Por ejemplo, cuando pasó lo de El Billar, no nos daba tristeza ver a los muertos [del ejército]. Los veíamos ahí y ya. Un día el ejército llegó y se llevó a la población, dividieron a los hombres y a las mujeres. A los hombres se los llevaron para El Filo, las mujeres empezaban a ver que bajaban cosas rojas y las mujeres se pusieron a llorar en sus casas. A los hombres los torturaron toda la noche (Entrevista 31, Lucía, 27 años)

La guerrilla establecía castigos y recompensas en las que algunas veces decidía la comunidad pero en otras ocasiones el comandante. Lucía comentó de la pena de muerte que se le impuso a un violador por parte de la comunidad “ a pesar de que la guerrilla no estaba de acuerdo”, y su Jeison

¹⁴⁴ No obstante, en una entrevista con uno de los desplazados de este pueblo más reciente señaló que a pesar de que su lucha es por volver al pueblo, nunca regresarían porque no quieren que sus hijos vivan lo que les tocó a ellos “algo muy duro” entre tanta violencia y coca, “que tengan oportunidades de educación que nosotros no tuvimos”.

contó que los castigos consistían en ir a trabajar en la carretera, matarlos o “entregarlos al estado”. Había una oficina de quejas y reclamos en la época en que Sonia comandaba esa zona y hacían juicios de comportamiento sobre la población, que como señala él “allá se volvieron muy drásticos, legalmente era un favor, aprendimos a ahorrar, a invertir, a sembrar pasto, pero eran muy drásticos, pero es que era aterrador irse a la carretera...eso era bueno, se volvió cultura” (Entrevista 54, Don Jeison, 48 años). A este balance que señala él con base en su experiencia en la ciudad, se le suma su inconformismo frente a la forma en que “los formaron”, porque los volvieron muy agresivos y no tuvieron derecho a la educación. En su caso, la guerrilla se convierte entre otras cosas en un “educador”, un “formador”, “disciplinador”.

La mirada sobre este orden y la vida de Peñas es ambigua: va desde “la utopía” hasta que era “un pueblo de locos”, entre la unión del pueblo pero también la regulación social, el castigo, basado principalmente en la experiencia que tienen de salir de este lugar y donde lo “normal” ya no es tan normal. Esto es lo que responde cuando Jeison conoció a Florencia hacia donde se desplazó, donde según él no se necesita ser tan agresivo o Lucía cuando señala que fue hasta que salió que empezó a preguntarse que tal vez “los militares no eran tan malos”.

No se busca profundizar en el tema de la justicia guerrillera y la justicia comunitaria, solo resaltar la manera en que la violencia, en forma de castigo, la existencia de la regulación guerrillera legitima un cierto tipo de violencia. Se normalizó este tipo de violencia a partir de una autoridad que regulaba los intercambios comerciales y la vida comunitaria articuladamente con los pobladores, pero quienes ejercían el castigo eran las FARC; este disciplinamiento se hace en torno a reglamentos escritos que se entregan a las comunidades. No obstante en sus relatos siempre insisten en esta dimensión comunitaria en la toma de decisiones, buscando restarle responsabilidad a la guerrilla en la toma de decisiones, “que no son arbitrarios” como dice la prensa y que “uno los ve frecuentemente, ...ellos piden el favor, piden la comida y preguntan cuánto vale...” (Entrevista 7, Don Felipe, 46 años). Esto no quiere decir que haya una relación acrítica, sin discusión entre ambos actores, la comunidad y la guerrilla, algunos de ellos la hacen explícita señalando “que obedeciéramos era una cosa pero que conviviéramos era otra” (Entrevista 50, Don Santiago, 45 años).

Eso ocurre en épocas de relativa “calma” en el conflicto. Cuando la guerra se agudiza, los controles sobre la población se hacen más estrictos y esta articulación entre la comunidad y la guerrilla se hace menos armoniosa, señalada por ellos como “cuando los presidentes hablaban de perseguir a los subversivos, ellos se ponían difíciles”, “se ponen muy controladores”. Estos momentos de tensión muestran cómo la comunidad se aprovecha del poder justiciero del castigo de la guerrilla para resolver sus conflictos (“los envidiosos que hicieron desplazar mucha gente”) y también los excesos de la violencia y disciplinamiento guerrillero sobre la gente. Cuando se rompen estos aislamientos, no estamos hablando de espacios donde prima el orden insurgente sino ya de territorios en disputa, la legitimidad de esta violencia se hace menos evidente y el discurso se torna en términos de que “los malos son los pregoneros, no la religión”. La guerra de la última década golpeó así físicamente las estructuras de las FARC pero también hizo mover las fibras de la legitimidad de estos entre el campesinado.

Estos órdenes no están separados por muros, la gente se mueve entre ellos, particularmente en contextos en que deben migrar para salvar sus vidas: han vivido en áreas guerrilleras, paramilitares y en disputa. Una de las personas que contacte para hacer entrevistas me señaló claramente lo que esta migración hace en la manera de percibir las personas su situación “es que tiene que hablar con

campesinos del campo, que vivan allá, porque los campesinos que se vinieron a la ciudad, esos que ya no viven allá, esos no son lo mismo". Esta percepción de los órdenes, de la legitimidad de los actores queda plasmada en la manera en que se ejerce la autoridad en territorios a partir del reconocimiento de otras justificaciones, otros actores, otros órdenes.

Lo que se quiere señalar es que por ejemplo Espinosa desarrolla su investigación en lo más álgido de la guerra, donde la gente de estas regiones calla y naturaliza la violencia de la guerrilla de cierta forma, la justifica. Pero estas respuestas no son así necesariamente a lo largo del tiempo, no se mantienen, este proceso de interpretación es dinámico. Lo que ha permitido ver estos años de negociaciones en Cuba entre las FARC y el gobierno de Juan Manuel Santos es que esta legitimidad y justificación se ha ido transformando, se naturalizan nuevas interpretaciones como que hubo excesos de parte de la guerrilla ("salió mucha gente desplazada, queremos que vuelvan, ya hemos hablado con la guerrilla para que los dejen volver") por culpa de la entrada los otros actores, y la responsabilidad de la comunidad que se aprovechó. En momentos de distensión de este disciplinamiento pueden emerger nuevas formas de legitimidad antes calladas.

De la misma forma en que en estos momentos de negociación, una de las preocupaciones más presentes en los campesinos es quién va a proveerles la seguridad en sus fincas (libres de delincuencia y de la presencia paramilitar) que la guerrilla hace, en un contexto en el que se desmovilicen.

Dentro de las entrevistas, "lo normal" es un territorio con guerrilla y el estado colombiano, en disputa o en tranquilidad; el paramilitarismo es una experiencia más reciente y menos "cotidiana". El orden paramilitar y su violencia también se articulan en torno con un reglamento, unas "leyes" que regulan el territorio y la población. Un elemento central que se evidencia en la experiencia de Doña Marta es la manera en que "el reglamento" los involucra o no como testigos de la violencia como cuando ella relata su experiencia en este contexto, cómo la "legalidad" de estas relaciones es usada para enfrentar la violencia cotidiana, interpretarla.

A la llegada de los paramilitares, lo primero que hicieron fue reunir a la población y "socializar" el reglamento que iba a regir en su territorio. Doña Marta fue muy insistente en señalar que el reglamento decía que no podían retener gente frente a las casas de los campesinos, meter gente detenida a las casas o guardarles carros o mercancía y fue precisamente eso lo que los subalternos del comandante violaban constantemente en su casa. Dos ejemplos contó ella sobre esta violación del reglamento: un día la pusieron a lavar la moto ensangrentada de un muchacho que acababan de asesinar u otro día intentaron meter en su casa unos detenidos que iban a ejecutar, amarrándolos a un árbol.

La reacción ante las "infracciones" al reglamento fue llamar directamente al comandante a su celular, que llegó y resolvió el problema regañándolos que "ellos bien sabían el reglamento". Los actos de violencia, asesinar a un motociclista, secuestrar y amarrar a dos personas para llevarlos a desaparecer, se traducen en un acto de infracción del reglamento que se resuelve a voluntad de "la autoridad" (y su cercanía, la llamada). Este en este caso ejerció la "justicia" inmediatamente. No quiere decir que no sientan el sufrimiento, el dolor, porque Doña Marta claramente señaló lo que había sentido al lavar la sangre o el recuerdo de los gritos de dolor y desesperación de las personas detenidas que ella relata.

Una de las maneras de interpretarlo y usarlo en la vida cotidiana es por medio del conducto del reglamento cuando Doña Sandra le reclama al comandante "usted muy clarito nos dijo cuáles eran los

derechos de nosotros, y los deberes de ustedes”. Esto ocurre después de que el mismo sujeto armado que ella señaló como haber “violado” el reglamento anteriormente llegó a su casa buscando hacerle daño y abusar de ella por las quejas que ella había presentado. Este apego al reglamento es una forma de protegerse y de interpretar y contener la violencia que los rodea, de proteger su círculo más próximo. No obstante, la dinámica de la guerra va más allá de estas regulaciones y normas que finalmente los paramilitares terminan violando por ejemplo al llevarse a su esposo como chofer por ejemplo.

Al contrario de las formas de legitimar a la guerrilla y sus violencias, para los paramilitares no hay ninguna forma de justificación, el paramilitar es visto como un ser sin sentimientos, cruel y casi demoniaco, relacionado directamente con el ejército y la policía. En los relatos de los campesinos y las campesinas lo que aparecen son estrategias para sobrevivir y deslindarse de la estigmatización, como señala Jansson (2008) no los paraliza sino son reinterpretaciones, paciencias y esperas. El ejemplo de Doña Marta también permite ver esta manera en que sobrevivieron a este periodo cuando empezaron a usar a su esposo como chofer en la noche cuando iban a cometer desapariciones y asesinatos.

Él volvía por allá a la madrugada, calladito, y muchas veces no me contaba, algunas veces llegaba como triste, y pues, no se ponga triste, y me decía: mire vieja, usted no sabe las cosas que le toca a uno ver. Como para ellos ir a matar un ser humano es como ir a matar un pollo, ¿sí? Ellos no tienen sentimientos, ellos se ríen cuando están matando otras personas, además a las mujeres, como las toman, como las violan, entre cuatro y cinco hombres, una sola mujer, no eso no, eso es alto aterrador, y yo estoy aburrido aquí. Y le dije ¿qué podemos hacer? ¿Para donde nos vamos a ir? Que no *haiga* (sic) guerrilla, que no *haiga* (sic) paramilitares, ¿que no *haiga* (sic) ejército?
.....Aguantarnos....nos toca es aprender a vivir en medio de la violencia porque que mas podemos hacer....defender la integridad de nuestros hijos, que no se metan con nuestras hijas, con los hijos, con nosotros pero de resto nos toca quedarnos callados porque ¿que más hacemos? (Conversación grupal 1, Doña Marta, 43 años)

Este “aprender a vivir” tenía que ver con callar, tanto evitar la denuncia pública como no hablar estas cosas en casa, no preguntar sobre lo que se era testigo. La segunda estrategia fue deslindarse de cualquier relación que los pudiera incriminar y enfatizarlo en su lenguaje como Doña Marta ejemplifica

le dije el conflicto de ustedes es con la guerrilla, no es con nosotros, porque lo que yo tengo entendido es que ustedes son amigos de la policía y del ejército en Morelia, se la pasan ahí tomando trago y metiendo perica ahí con ellos, le dije, mientras que acá no hay guerrilla, la guerrilla está en Solita, la guerrilla está en Curillo, la guerrilla está es por allá, en el monte (Conversación grupal 1, Doña Marta, 43 años).

El hecho de que no se rebelaran no quería decir que estaban pasivos ante esta situación. La estrategia para defenderse del terror se tomó, como muestra Doña Marta, muchas veces dentro de las familias, aguantando, resistiendo día a día para sobrevivir y proteger su propia familia. Quienes no pueden migrar o no tienen una amenaza directa que los desplace soportaron estoicamente la situación de guerra que los rodeaba. Como también señala Doña María durante la Guerra del Caquetá,

María: con ese conflicto con el M-19 tenía que pasar uno por el camino, ver dos o tres muertos ahí con letreros que uno no podía hacer nada, tocaba dejarlo ahí. Una violencia dura.

Madre de María: y pensar: no he visto nada y no he escuchado nada..

María: [si preguntan] Ah! ¿que si he visto? sí, por acá pasaron y se fueron pero no sabemos para donde.. ¿que de adonde? pues no sabemos. Así tocaba cuando llegó la represalia del ejército por ahí, porque también el ejército llegó haciendo cagadas con eso, torturaron mucha gente que no era, que sagradamente no era... allá mataron a unos señores aserradores, que sí eran aserradores y que sacaban madera, mandaron los dos niños a llevarles el almuerzo y la señora... ¿qué hicieron? camuflaron a los dos peladitos y a las dos señoras, y las pasaron por guerrilleros. Allá mataron mucha gente como guerrilla pero nosotros que sabíamos quien era, nosotros dábamos fe de quiénes eran.

Muy terrible tener que mirar mucha gente muerta en la selva, pudriéndose, que se la comían los chulos... Una guerra muy verraca en ese tiempo. Y mire, que gracias a dios, acá estoy.

Padrastro de María: dios no lo necesitado a uno todavía...

María: Ah! si uno no se juntaba con ellos tocaba muy buenos días, como están, que un racimo de plátano, que mucho gusto, que si había miel, que sí, que panela, que yuca pero nunca recibirle un arma, si usted le recibe un arma se compromete. A mi me tiraban ahí un poco, fusiles, pistolas, revólveres, fusil, tan solo una vez maté una yegüita que estaba enferma con una pistola, tocó matarla, porque se estaba muriendo de hambre.... [Entrevista 45, Doña María, años 52]

En esta presión por “no comprometerse” se vio envuelta María quien migró al campo por miedo a represalias y al reclutamiento forzado de sus hijos. Esta idea de caminar en medio, de *estar acá* y en épocas difíciles *toca obedecer, el que no obedece lo mataban, entonces tocaba,*

Porque “la vida no es solo para vivirla sino para saberla vivir”, o como dicen también “como va, usted, si usted sigue así, usted no va a conocer cédula. Por ejemplo, en los 80s mis papas mueren, de muerte natural. Uno muere de muerte natural porque se supo comportar. Es un honor morir así, de muerte natural. [Entrevista 50, Don Santiago, 45 años].

El que *cae* es porque *no aprendió* a vivir entre esta violencia.

Comentario Final

En primer lugar se sintetizaron las diferentes experiencias de violencia que el poblador rural del Caquetá ha enfrentado a lo largo de estas últimas décadas, en medio de la presencia de la guerrilla de las FARC, el estado colombiano y los paramilitares en el contexto de la lucha anti-insurgente y contra las drogas. Esto permite tener un panorama del tipo de violencia que los campesinos relatan. Como señala Das sobre el apartheid, el sufrimiento no debe entenderse como una situación contingente en la vida sino como un fenómeno producido y administrado por el estado (444: 2010c), lo que conceptualiza como la distribución del sufrimiento en el mundo contemporáneo donde la lógica del espacio social es central. Algo similar ocurre al sintetizar las experiencias de los campesinos cocaleros con la violencia; el estado administra un dolor infligido por múltiples medios. En un contexto de soberanías fragmentadas, es importante señalar que no es el único que administra esta violencia, los demás ejércitos como la guerrilla y el paramilitarismo también.

En la segunda parte se analizó las formas en que los campesinos y las campesinas relatan esta violencia y se señaló el énfasis que hacen en torno a la relación entre la autoridad (de los

ejércitos armados en su territorio] y la violencia. De esta forma, se encontró que la “legalidad” de esta autoridad se convierte en un elemento central a la hora de interpretar estas experiencias de violencia.

En los casos de los diferentes ejércitos armados, los campesinos interpretan cómo se construye la autoridad y se maneja la violencia. El estado colombiano es comprendido en la ambivalencia entre un agente represor que los tiene abandonados, pero no en términos meramente paternalistas sino en términos legales: el estado es regente de la Constitución del 91 y lo que se le exige es que cumpla su tarea. Así, la violencia es un acto que está por fuera de la constitución, ilegítimo a sus ojos. La autoridad estatal es presentada como una esquizofrenia del estado colombiano, una rebeldía del gobierno al mandato de la Constitución.

Esto lleva a la reflexión de que si los campesinos y campesinas, buscando sostener la imagen de una figura del estado como proyecto ideológico, “fuerte”, “vertical” y única que en la realidad no es tan clara, construyen la idea de la Constitución que les permite darle explicación a su papel excesivamente contradictorio en estas regiones (violencia-paternalismo¹⁴⁵). O por el contrario, la autoridad estatal (que suma en una al estado y a la constitución) aparece ya fracturada, lejos de esta imagen fuerte que se quiere construir ideológicamente por parte del proyecto de estado. Ambas contrastan con los procesos de militarización en otras experiencias de regiones cocaleras y construcción del estado como en Michoacán, estudiadas por Maldonado, en la que la militarización hizo parte de la gubernamentalización de la vida social rural buscando producir una imagen del estado “fuerte” y “vertical”.

Este ejercicio de la autoridad se confronta con los que suceden cotidianamente en los *territorios estructurados por la guerra* como Cartagena del Chairá o Peñas Coloradas (Vásquez, 2015). La cotidianidad del proceso disciplinante de la guerra sobre la población se expresa a través del reglamento y los ejercicios de justicia y castigo como el que señala Don Jeison, la cárcel era irse a trabajar a la carretera por un tiempo determinado, matarlo o mandarlo a una cárcel del estado. Y esto se articula con operaciones de regulación menos “traumáticas” como ser árbitros en los partidos de fútbol, organizar las fiestas, otorgarles seguridad y muy importante, custodiar los procesos de intermediación del mercado de la pasta base. La violencia es entendida como la violación a una “norma”.

En este contexto la comunidad y la guerrilla se articulan en un proceso que no puede ser considerado meramente de dominación, y que se pone a prueba según los contextos de guerra; como señala Teófilo Vásquez,

las FARC son, sin duda, la institución que mejor ha leído el mundo agrario de las zonas de colonización colombiano. De hecho, han organizado y dirigido procesos exitosos de colonización campesina y constituyen, en buena medida, el resultado del fracaso de los proyectos de colonización dirigida del Estado...” (Vásquez, 2015: 184) (cursiva mía).

Cuando se agudiza el conflicto con la entrada paramilitar, los controles se aumentan y los campesinos y campesinas reinterpretan esta autoridad y su ejercicio de violencia y control. Lo mismo ocurre cuando disminuye el conflicto como en la época de las negociaciones de paz donde ellos se

¹⁴⁵ Wacquant señala que el neoliberalismo es una derechización del campo burocrático como resultado de dos luchas, la de la cara liberal e innovadora hacia las clases altas y la paternalista hacia las clases bajas: el estado centauro. En el neoliberalismo entonces hay un crecimiento y glorificación del ala penalizadora del estado, pero también el ala paternalista. El conflicto actual en el Caquetá se debe entender en el marco de la lucha contra las drogas y el proceso de neoliberalización del estado colombiano que viene desde las reformas estructurales de la década de 1990; un estado que reprime y militariza la región a la vez que aplica programas de transferencia condicionada para la atención de la pobreza, tanto urbana como rural (Wacquant, 2012).

sienten con capacidad de discernir con mayor margen de maniobra. Otro de los ejercicios de reinterpretación de esta autoridad se da cuando se rompe este orden como único y legítimo, es decir, cuando los pobladores rurales van a la ciudad, van a territorios de otros actores, y pueden comparar cómo se ejecuta la autoridad y consigo, la violencia.

Los paramilitares también hacen presencia a partir de un reglamento, una “ley” que hacen explícita cuando llegan a los territorios que como interpretan los campesinos son “derechos y deberes”. Como muestra la experiencia de Doña Marta, parte de la interpretación de las experiencias de violencia se traduce en “violaciones” o “infracciones” al reglamento, como le ocurrió a ella, y lo que le permitió exigir ante el comandante y proteger su integridad y familia. Los paramilitares son vistos como un ejército cruel y sanguinario, con conexiones directas con la policía, el ejército y actores políticos como Uribe.

Al contrario de la guerrilla, la violencia paramilitar no es vista como el castigo a la violación de una norma sino un terror que la desborda. Es al revés, en un estado de violencia y crueldad, la norma a parece como un mecanismo para medianamente crear los límites con estos actores. Esto de manera parcial porque aún así, ellos terminan saltándosela, la violencia desborda la norma, el asesinato o la detención arbitraria es traducida por Doña Marta como una infracción a la norma para poder relacionarse con la “autoridad” paramilitar al reclamar sus derechos y deberes ante el comandante paramilitar pero esta lectura sobre la norma se rompe cuando se llevan a su marido de chofer y testigo de sus atrocidades.

En los tres casos, las experiencias de la violencia las leen los campesinos y campesinas a partir de esta relación con la ley, con la autoridad y los fundamentos socialmente y políticamente contruidos de su legalidad. Son la base para darle sentido y estructurar el contexto muchas veces caprichosamente violento en el que se desenvuelven.

Esto se relaciona al orden jurídico de la noción del dolor que analiza Veena Das a partir de Nietzsche donde la relación de la sociedad con el daño se hace a partir de un incumplimiento de las “obligaciones” lo cual justifica la violencia; algunos merecen el dolor. Esto redundo en la construcción de una comunidad moral que justifica y legitima (Das, Venna, 2010a). Esta construcción de la legitimidad y de la comunidad moral en el Caquetá atraviesa las formas en que se articula la relación entre los pobladores y los ejércitos y los pactos de regulación social que se establecen entre ellos (“las leyes”). Queda abierto a discusión cómo se construyen estas y cómo son experimentadas por los campesinos.

CAPÍTULO 6. “Yo nací debajo de una mata de coca”: Llegar a ser campesino cocalero

El cultivo de coca es una actividad perseguida y castigada por el estado colombiano y por la política internacional en el marco del contexto global señalado en los capítulos anteriores. La idea del cultivo de coca como un crimen ha sido naturalizada en el país y ha influido en el estigma recurrente del campesino y la campesina caqueteña como “delincuentes” o “auxiliadores de la guerrilla”, y en la legitimación de la securitización en la política pública en torno al campo caqueteño. Esta estigmatización también se hace frecuente en la literatura sobre el tema en el cual se concibe la “ilegalidad” del campesino como una característica intrínseca a él mismo. Esta investigación por el contrario, busca darle la vuelta a esta idea y examina el proceso por el cual el campesino llega a esta condición de “ilegalidad”: ¿cómo llegan a ser campesinos y campesinas cocaleras?

Esto significa varias cosas: en primer lugar, el cultivador de coca debe ser comprendido como parte del mundo rural, por lo que el análisis debe tener en cuenta las dinámicas globales (como la política de la lucha contra las drogas y la crisis del campo en el capitalismo) que ha llevado a los territorios rurales a que adquieran formas específicas¹⁴⁶. Es decir, llegar a ser cocalero no es un proceso ajeno a las circunstancias en las cuales el/la campesina cultivadora de coca enfrenta entre otras cosas los retos de esta actividad. También significa dejar de pensar a los cultivadores y cultivadoras de coca como actores “desviados”¹⁴⁷.

La “ilegalidad” es una forma de inserción específica del campesino caqueteño al mercado en el contexto de una crisis del campo colombiano. Es a través de este tipo particular de integración al mercado que puede realizarse como campesino a pesar de que lo deja a merced de la persecución e incertidumbre del Estado tanto por ser campesinos del Caquetá como cocaleros¹⁴⁸. Es importante resaltar que esta “ilegalidad” no puede ser considerada como una ventaja, como se quiere hacer ver en los discursos de la opinión pública sobre “enriquecimiento fácil”; si bien es cierto que es una opción que le otorga al campesino cocalero el acceso a niveles de consumo anteriormente inalcanzables en un contexto de pobreza rural, también queda inserto en dinámicas de violencia, riesgos y persecución que están lejos de ser consideradas ventajas.

Para pensar este “llegar a ser cocalero” se estudian las trayectorias de vida de los campesinos entrevistados, resaltando el papel de las experiencias como formas de aprehender el carácter dinámico e histórico de sus vidas¹⁴⁹. El enfoque de la exclusión social planteado por Saraví dirige su atención hacia los procesos de lo que define como acumulación de desventajas o ventajas (Saraví G. ,

¹⁴⁶ Saraví resalta las expresiones locales de la globalización, en las cuales la exclusión “no es una condición que se construye igual en todas las sociedades” (Saraví G. , 2005). Las dinámicas globales no se extienden por igual en todo el territorio, por el contrario, las regiones asumen formas diferentes de articularse a estos procesos globales; por ejemplo, la política global antidrogas toma diferentes formas al igual que la crisis mundial del sector primario en la economía. En esta misma dirección Roseberry (2014) la necesidad de profundizar los estudios regionales de la manera en que estas transformaciones globales se viven.

¹⁴⁷ La perspectiva sociobiográfica permita articular la relación de la historia con la biografía para dar cuenta de la manera en que las experiencias de los campesinos se articulan con procesos históricos más amplios, en donde lo micro y lo macro se conjuntan (Chamberlayne, Rustin & Wengraf, 2003; Dewilde, 2003; Roberts, 2009). De esta forma, se busca cuestionar los estigmas que asumen al cocalero como un “desviado” (Dewilde, 2003) y comprenderlo su vida como parte de un proceso de acumulación de ventajas y desventajas en el contexto de una estructura de oportunidades particular, históricamente determinada (Katzman, 1999).

¹⁴⁸ Que esté inserto no quiere decir que esté integrado equitativamente. Este tipo de inserción es asimétrica, es decir, el campesino es el eslabón más débil de la cadena mercantil de la pasta base y cocaína.

¹⁴⁹ Experiencias en el sentido de Dubet, cuando las define como la actividad por medio de la cual cada uno de nosotros construye sentido y la coherencia de una acción, que permite ver de manera más clara la heterogeneidad de la sociedad (Dubet & Martuccelli, 2000). En la misma línea lo retoma Bayón (2010: 53) cuando afirma que las experiencias como construcciones sociales, constituyen formas de sentir y construir lo real dentro de un inventario cultural disponible.

2005; Saraví G. , 2009]. En una misma dirección, Bayón a partir de sus investigaciones sobre la experiencia del desempleo en Argentina, resalta la importancia de las “condiciones iniciales” de la vida de los individuos en su destino “en un contexto que penaliza cada vez más las situaciones de desventaja heredadas” (Bayón, 2005). Se busca introducir el énfasis en los procesos y dinámicas que activan o desactivan ventajas o desventajas a lo largo de la vida de los individuos.

Dos elementos centrales son importantes resaltar en este proceso: el primero es que el surgimiento del campesino caqueteño hace parte de un proceso histórico que parte de la desvinculación (en la mayoría de los casos, violenta) del mercado del campesino andino y que lo obliga a colonizar en territorios amazónicos a los cuales debe aprender a adaptarse. Es en estas regiones desde donde lucha el campesino por conectarse de nuevo y es en medio de este proceso que aparece la coca como una alternativa.

Y segundo, que en este transcurso es fundamental la formación y estabilidad de la unidad familiar campesina las cuales reorganizan la producción y el consumo en su seno, tiene su propia fuerza de trabajo (la familia) y tratan de sobrevivir produciendo ellos mismos lo necesario para asegurar su reproducción. Son espacios de interacción y toma de decisiones activas en un contexto capitalista y además de conflicto armado.

Dos cosas son importantes resaltar. Por un lado, la aproximación clásica al funcionamiento de la unidad familiar campesina, una mirada micro-sociológica al campo, la desarrolló inicialmente Chayanov a principios del siglo XX. Este autor resaltó la importancia de la unidad de producción campesina como la base de su especificidad como grupo social que se sustenta en tanto es unidad de producción y como unidad de consumo simultáneamente; de ahí en adelante la idea de la familia como un eje central de la dinámica campesina se hizo visible (Chayanov, 1974; Kerblay, 1979; Shanin, 1979; Martínez, 1980). No obstante, la mirada de Chayanov giró en torno a la cuantificación de los ciclos de vida de las familias campesinas y mucho menos a comprender las dimensiones culturales o sociales de las múltiples configuraciones¹⁵⁰. Además sus conclusiones son sobre el tipo específico de campesino de finales del XIX y principios del siglo XX de Rusia, pero no necesariamente fácil de extender a otros contextos¹⁵¹. La familia se convierte en un elemento que persiste central aún en las nuevas maneras de aproximarse a lo rural, como la nueva ruralidad.

El segundo elemento refiere a superar las miradas estáticas de lo rural; Chayanov y las miradas clásicas de lo campesino lo conciben como un continuum entre lo tradicional y primitivo a lo moderno y avanzado. Nuevas miradas replantean esta aproximación, entre ellas la nueva ruralidad que resaltan el papel de nuevos fenómenos como la pluriactividad (creciente papel de los ingresos no agrícolas en el sostenimiento familiar del campesino) y la multifuncionalidad del campo (que desborda lo meramente productor de alimentos). Las familias campesinas despliegan estrategias para asegurar su sobrevivencia, lo que implica una transformación en la manera en que estas se relacionan con la tierra; no son actores arcaicos o estáticos (Carton de Grammont, 2004; 2010).

Los cultivadores de coca son campesinos, ejercen una actividad agrícola aunque no de producción de alimentos que articulan con tareas como el procesamiento de la pasta base. También

¹⁵⁰ Una de las críticas a Chayanov por parte de Roseberry por ejemplo es que la diferencia entre los campesinos la estudia a partir de las decisiones económicas; a pesar de que señalaba que no tomaba decisiones económicas como un pequeño capitalista, los factores que señalaba como claves en su toma de decisiones era los mismos que usaba la economía neoclásica. (Roseberry, 2014). De ahí la importancia en el método etnográfico y de la aproximación histórica y particular de los procesos regionales en los que insiste Roseberry.

¹⁵¹ Chayanov, a pesar de que no extendió el análisis de “lo subjetivo” (como lo denominó), si dejó abierto el tema. Por ejemplo, sobre la auto-explotación que conceptualizó como un proceso “subjetivo” por el cual el campesino (como dueño de su propia fuerza de trabajo), decide hasta dónde trabajar (Chayanov, 1974).

hay un fuerte interés de estos campesinos por dedicarse a actividades ganaderas, dadas las dinámicas identitarias de la región. Son pobladores rurales que hacen parte de una nueva ruralidad, no son arcaicos ni primitivos, tampoco “carentes de educación en la legalidad” o “delincuentes”. Es este nuevo contexto son pobladores rurales con mayor nivel de monetización (no de riqueza), otras dinámicas de consumo, conexión a mercados globales, conocimiento de procesos de transformación, en conexión con otros pueblos y centros urbanos, caracterizados por la itinerancia y el desplazamiento, con acceso a insumos diferentes y aspiraciones diversas. Este poblador rural está lejos de ser concebido simplemente como el productor de alimentos.

Es así que se busca aportar en la comprensión de esta dinámica micro-sociológica de la vida de los campesinos cocaleros a través del enfoque multidimensional de las trayectorias y análisis socio-biográfico. Las experiencias de los campesinos a manera de historias contadas permiten aproximarse a la manera en que los sujetos interpretan su entorno, sus acciones y las de los demás, como señala Bayón, “de lo que se trata es de preguntarse qué es “individual” y particular en sus relatos de vida, y en qué medida representan una experiencia común que puede ser generalizada” (2010:55).

En términos de la vida de los campesinos, se busca mostrar que la coca es una forma de insertarse económicamente en un mercado pero a la que se exponen a la persecución. Es un juego de exclusiones e inserciones – el campesino excluido del mercado legal y de su reconocimiento un actor político tanto por ser cocalero como por ser campesino e inserto como “ilegal” en términos estatales-. ¿En qué consiste sus trayectorias? ¿Cómo llega a ser campesino cocalero?

Tres dimensiones van a tenerse en cuenta en este análisis de la propensión a cultivar coca. Primero, los *eventos* que implicaron una ruptura en la vida de los campesinos cocaleros que afectaron las trayectorias e implicaron un primer paso para la acumulación de desventajas o ventajas. Segundo, una *transición* que se identificó en las trayectorias de vida de los campesinos: el “abrirse de la casa” o el camino hacia la independencia y el trabajo como raspachines (Dewilde, 2003). Finalmente, a partir de estas trayectorias y las aspiraciones de los campesinos, se planteó una tipología de los campesinos cocaleros entrevistados.

Estas trayectorias no se dan en espacios y temporalidades vacías; los procesos de desigualdad son resultado de la manera en que tanto la estructura de oportunidades como las circunstancias históricas influyen en los procesos de acumulación de los sujetos. Los hogares son claves para comprender esta dinámica, así como la estructura de oportunidades, moldeada por el papel del estado y del mercado (Bayón, 2010:55).

Familias que se “abren”, hijos que se van: entre la violencia y la pobreza

Lo que se busca exponer es que la estabilidad de la unidad familiar influye sobre las trayectorias de los campesinos cocaleros y que las dimensiones que pueden afectar esta estabilidad tienen que ver con el acceso a la propiedad, la educación y el conflicto armado, la violencia ejercida por diferentes actores, estatales y no estatales.

Un proceso que apareció en las entrevistas como central en la unidad familiar campesina caqueteña fue la de “abrirse de la casa”, es decir independizarse. Es un paso inminente en la familia

campesina que según las coyunturas y circunstancias históricas y particulares, se desarrolla de diferentes formas. Por ejemplo, algunos de los entrevistados se vieron obligados a salir de la casa a corta edad, por la pobreza o por la violencia. Otros permanecen en su familia hasta después de la adolescencia porque la unidad familiar (como unidad de consumo y de producción) así lo exige y/o lo permite.

Este proceso ha sido estudiado estrechamente a la idea de la juventud rural. Se busca ir más allá de la idea de juventud que la limita a la de un grupo etario y pensarla como una construcción social. Esta transición a la independencia no se hace en contraste a la occidental, industrial y urbana, sino a partir de la cultura y sociedad campesina a través de sus relatos de vida (González Cangas, 2003). Es así que se busca comprender la especificidad de los procesos de transición en los campesinos del Caquetá¹⁵².

La transición a la independencia de los campesinos es un proceso relevante porque parte de la explicación de la persistencia y reproducción de la actividad cocalera, ¿cuando se van de casa deciden seguir cultivando coca? ¿migran a la ciudad? ¿se convierten en ganaderos? Un marcador principal de este proceso de transición según lo reseñan los campesinos es el de irse de la casa, como ellos mismos afirman “abrirse”¹⁵³. Así, lo que se busca en esta parte es mostrar la experiencia de la transición a la independencia de los campesinos y cómo la coca se inserta en este proceso.

La manera en que se afrontó esta transición a la independencia de los campesinos es uno de los factores que podrían influir en la propensión de los campesinos a cultivar coca. Para algunos, esta transición fue parcialmente manejable¹⁵⁴; es decir, los hijos tuvieron un camino previsible hacia la independencia¹⁵⁵. Pero no para todos ocurrió así.

En esta transición estudiada en los campesinos entrevistados se ven dos impulsos:

a. esta define en parte si el individuo va a seguir en el campo o se va a ir a la ciudad, y en qué condiciones asume ambos retos. Tras colonizar y abrir el monte, las familias crecieron y los hijos de los colonos entrevistados (colonos ellos mismos también) buscaron crear sus familias y como mostramos, tener su propia finca.

b. Esta implica también para algunos es casi un ritual, un momento de aprendizaje. Los jóvenes se convierten en jornaleros, viajan por diferentes lugares como trabajadores, se apoyan o no en sus padres. En el contexto de la economía cocalera, ellos

¹⁵² El interés por caracterizar al joven campesino como un sujeto rural se sale de los intereses de esta investigación. A pesar de que reconocemos la importancia del estudio de la juventud rural como un actor social, temas como el de la identidad juvenil en el campo se salen del marco de objetivos de este trabajo. Se tiene en cuenta esta transición como una característica que surge del trabajo empírico relevante a la hora de estudiar las trayectorias campesinas de todos los entrevistados, no solo los jóvenes. Hay elementos como el del cambio generacional que deben ser resaltados en futuras investigaciones.

¹⁵³ Como afirma Saraví, la definición de juventud no es una característica demográfica ni hechos fácticos (estar soltero, ser estudiante..) sino las expectativas sociales sobre cómo debe ser este proceso, qué se espera de él. (Saraví G., 2009: 37). Dos conceptos que desarrollo el autor en torno a la juventud han inspirado esta aproximación: la juventud como transición y la juventud como experiencia. El autor también señala la importancia de considerar la posición de los individuos en la estructura social y el interjuego entre la estructura y la agencia (Saraví G., 2009).

¹⁵⁴ La familia campesina funciona como unidad de consumo y unidad de producción, y como organizadora de los procesos productivos buscando su reproducción. Es así que la familia es la mano de fuerza; los padres y los hijos, hombres y mujeres, cumplen funciones importantes en este proceso. A grandes rasgos hay dos procesos importantes: uno es la conformación de la familia, el número de hijos, si son hombres o mujeres y el otro tiene que ver con la independencia de los hijos, la manera en que ellos se van de la casa. No es que haya un proceso “normal”, pero sí se plantea que lo ideal es que sea un proceso que pueda ser medianamente controlado por los actores, que no lleve a la vulnerabilidad o desventaja. Cuando se hablan de experiencias “traumáticas” o de “ruptura” es porque estas trayectorias de los ciclos familiares campesinos se ven atravesadas por circunstancias que expulsan antes de tiempo a los hijos, o que los pone en situaciones de mayor vulnerabilidad.

¹⁵⁵ Como “rupturas” esta investigación se refiere a las condiciones en las cuales el campesino tuvo que salir de la casa antes de la adolescencia, a la muerte de uno de sus padres lo que impidió a la familia seguir permaneciendo unida hasta que los hijos hubieran pasado la adolescencia. Se considera “traumáticas” porque el individuo afirma que fue un cambio por fuera de su voluntad, estuvo obligado a realizarlo y lo dejó en una condición de vulnerabilidad. Vale la pena aclarar que no necesariamente estos ciclos por los que pasaron las familias campesinas implicaron necesariamente que los hijos se quedaran en el campo. En algunos casos, aunque no muy frecuentes en la muestra, los hijos migraron a la ciudad, principalmente mujeres.

aprenden este oficio siendo raspachines (jornaleros del cultivo de coca) lo que hace su inserción en la actividad más fácil.

Es un momento crítico para el futuro de los campesinos y de las familias, por un lado por lo que implica irse del seno familiar y segundo por lo que significa para la familia quedarse sin mano de obra familiar en un momento de gran capacidad (ya no son consumidores solamente como cuando son más niños, sino su aporte en la dinámica familiar es mayor).

Don Andrés, campesino cocalero de la montaña, señala esta situación como algo “normal” del proceso de la juventud que resume así,

Yo nací en 1938, nací en el Tolima. Mi papá... él no es del Tolima... o sí, él es del Tolima pero es de raza coyaimuna¹⁵⁶. Él se abrió, usted sabe, como la juventud, y donde le parece, le pareció. Y le pareció en una vereda, en Río Blanco [Entrevista 36, Don Andrés, 77 años].

Las razones y el proceso de este “parecer” son diversas y tienen un impacto en la unidad familiar campesina y es la base de la reproducción social del campesinado. Este proceso ocurre de diferentes formas, y es parte del proceso de la diferenciación social dentro del campesinado, tanto cocalero como no cocalero.

Campesinos y campesinas caqueteñas que se van de la casa: transiciones “previsibles”

Varios campesinos entrevistados son un ejemplo de una transición a la independencia medianamente previsible, voluntaria y manejable con diferentes argumentos que no son necesariamente excluyentes. Este es el caso de Don Juan que usó el argumento de una cierta ritualidad (así como lo hace al padre lo hace el hijo) sin alterar la unidad familiar¹⁵⁷,

¿Ustedes vivían con sus papás?

Por lo menos, como nosotros éramos menores y mis papas, ya mi papá era de edad, entonces ya trabajaba pero muy poco entonces nosotros trabajamos en la finca paterna y ya él no trabajaba, los únicos que trabajábamos éramos nosotros. Entonces uno por no dejarlo solo. Uno que ya se formó... pues cada uno coge su rumbo porque pues uno ya necesita conseguir lo de uno. ¿Si me entiende? Entonces ya con el tiempo, pues me fui con ellos, duré con ellos hasta los 24 años entonces ya le dije a mi papá “pues verdá papá a mi me da pena pero así como usted luchó para conseguir lo suyo, nosotros tenemos que luchar para lo de nosotros. Nosotros por no quererlo dejarlo solo, venga, váyase pa Florencia, si nosotros los podemos ayudar lo ayudamos” y entonces pues dijo “que para no quedarse solo...”. En ese tiempo mi papá ya tenía unos 78 años y entonces dijo “bueno mijo...” y le dije “entonces hágale” entonces fue cuando se vino para Florencia y acá ya lleva 18 años. Nosotros tenemos que estar pendiente de ellos y fue cuando ya, nos juntamos aquí con la señora... (Conversación grupal 4, Don Juan, 39 años)¹⁵⁸

¹⁵⁶ Coyaimuno viene de Coyaima, pueblos indígenas del Tolima pertenecientes a la nación indígena Pijao, en el centro del país.

¹⁵⁷ un campesino cuyos padres migraron del Huila al Caquetá y fue criado en un área rural del municipio de Florencia, trabajó administrando una finca cocalera y actualmente vive en la ciudad. Parte de las razones de irse también tiene que ver con que tenía una novia y quería tener su propia familia.

¹⁵⁸ En varias entrevistas salió el tema de los ancianos en el campo. Su vida es muy difícil dado que el valor de la mano de obra en el campo radica en parte de la capacidad física. En contextos sin acceso a la salud, por ejemplo, su vida se hace muy complicada. Esto nos contaba por ejemplo Don Gerardo (63 años), un campesino solo vive entre su finca y el pueblo porque ya es muy difícil para él vivir en el campo. Con respecto a esto, Doña Diana comentó

Hay hombres solos pero su vida es muy abandonada. Unos viejitos sin familia, ellos jornalean y piden posada, dan vueltas por ahí y se quedan en fincas hasta que se aburren, y se van. No tienen ningún apoyo. Cuando muere un anciano, todo lo cubre la comunidad, todas las veredas colaboran, son muy solidarias. Es como si fuera una familia. Y ellos son personas que se han

Y otro argumento para la toma de esta decisión de irse de la casa es la de sentirse capaz. Omar tiene 34 años y no ha cultivado coca,

¿Hasta cuándo vivió con sus papás?

Yo viví con mis papás hasta los 20 años. Decidí abrirme porque ya me sentía con poder de desempeñarme. Siempre fue aburridor para mi papá, claro, acompañándolo 20 años, éramos 6. Yo era de los mayores, los pequeños estaban todavía de cuidar, no podían trabajar. Y yo me decidí a abrirme.

¿Y cómo es eso de irse de la casa...?

Siempre es verraco, es duro. Coger irse uno de la casa. Ser andariego es muy difícil. Yo me fui para el Huila, a trabajar recogiendo café, con pastos, sembrando, yuca, plátano, desyerbando. Estuve como trabajador.

En el Huila hay mucho trabajo para uno trabajar como particular, es verraco. Porque uno depende del patrón, es algo difícil congeniar, hay gente muy difícil, muy exigente, muy complicada [Entrevista 47, Omar, 34 años]¹⁵⁹.

Estos dos elementos, un proceso “ritual” (hacer su propia familia, seguir los pasos de su padre) y el “sentirse preparado” (con lo que esto implica, conocer las tareas de la finca, ser capaz de llevarlas por sí mismo, aspirar a sus propios ingresos), fueron básicos para que ambos dejaran su unidad familiar.

Este paso no quiere decir necesariamente irse lejos de su familia, pueden vivir cerca de los padres pero en su propiedad (que puede ser financiada también por los papás). Un ejemplo es don Pedro,

yo siempre por lo general me he mantenido muy cerca de la familia. Siempre he estado cerca de la casa. Yo me he dedicado a ayudarlo a la familia en la casa, más el trabajo por fuera, en lo que saliera [Entrevista 30, Don Pedro, 45 años].

En la cordillera donde se hizo trabajo de campo vive Don Gonzalo, cuya finca había sido del padre y se había dividido entre los hijos, que poblaban parte de la vereda y vivían al lado de sus padres. Eran la segunda generación que ocupaba esta montaña.

Como en el caso de don Juan mencionado anteriormente, la herencia, la transferencia de las propiedades o de capital, se convierten en un elemento muy importante. Don Jorge heredó la propiedad de su padre, quién falleció hace unos años, pero también sus responsabilidades en torno al cuidado de su madre y sus hermanos¹⁶⁰.

Otra forma de apoyo de la familia la ilustra Don Eliécer que tampoco ha cultivado coca. Él contó con el apoyo familiar (sus padres cuidaron a su esposa y a sus hijas), mientras abrió su colonato en el Caquetá, y también con la ayuda del Estado, por medio de capacitaciones y estudio¹⁶¹.

El proceso de independencia en las mujeres es diferente al de los hombres. No es frecuente que una mujer se vaya de la casa abrir finca sola, por lo general salen de la casa cuando encuentran

ido quedando de la violencia antigua y los hijos se van a la ciudad. Ellos no quieren saber de la ciudad; otros nunca tuvieron hijos, o no saben de la familia. Entonces sus amigos son la familia. Por ejemplo, solo en mi vereda hay tres, hay muchos que viven con lo mínimo, apenas para la semana [Entrevista 39, Doña Diana, 45 años].

¹⁵⁹ Después de un año, regresó y trabajó como mayordomo seis meses en San Vicente. Después regresó de nuevo a la vereda de los padres y nunca ha cultivado coca.

¹⁶⁰ Su padre recibió un préstamo en dinero y en especies (ganado) del Banco Mundial, lo que le permitió consolidar una ganadería con la que mantuvo a su familia, 12 hijos (9 hombres y 3 mujeres). En esa propiedad vive actualmente con su madre, cuatro hermanos y cinco sobrinos; nunca ha cultivado coca [Entrevista 34, Don Jorge, 47 años].

¹⁶¹ Esto le permitió mantener su núcleo familiar y hacer una transición más previsible. Los estudios por ejemplo, le permitieron pensar su actividad campesina diferente: pasó de la ganadería a la construcción de un vivero amazónico.

pareja, quieren seguir estudiando y no están convencidas de su rol en el campo. Para algunas, las condiciones de vida de la “mujer campesina” como la comprenden ellas es un argumento para querer irse de la casa y hasta del campo. Por ejemplo Ana, hermana de Omar, se fue de la casa a la ciudad a los 15 años porque no le gustaba el campo, “uno lo hacía pero no me gustaba” y quería estudiar. Cuando llegó a la ciudad, pidió trabajo en la calle y una señora la recibió, pero no pudo estudiar porque encontró pareja y por celos le impidió matricularse,

¿y su familia?

Ellos siguen allá en el campo, mis hermanos. La única que no soy del campo soy yo. Yo voy donde ellos, me gusta pero de visita. Yo lo que pensaba es que de pronto uno se quedara y se enamorara en el campo y le tocara toda una vida por allá. Yo no quería seguir como mi papá, solo vivir en una finca.

Mis hermanos son mayores que yo y ellos están en la finca. Tienen sus fincas. Trabajan en el campo...si me hubiera quedado, estaría haciendo de comer a los trabajadores, trabajando en la finca, eso es muy duro (Entrevista 46, Ana, 32 años)¹⁶².

El caso más común es irse de la casa cuando se encuentra una pareja. El caso de Doña Rosa ilustra que la transición se puede retrasar unos años más y que también hay un interés en el estudio y hay contacto con el pueblo,

¿y cómo era eso antes por acá?

...

Desde chiquita desyerbaba, sembraba, cultivaba café, cacao. Mi papá era muy arrioso¹⁶³ y en el hogar estaba mi mamá. Él salía a jornalear y le daba contrato al que fuera del lado...había tanta necesidad y nos crecimos. Yo salí de 26 años, ya era madre porque yo fui madre soltera. También hice un curso de enfermería y trabajé en el Hospital María Inmaculada en Florencia, allá hice el curso de enfermería y trabajé de eso hasta que mi esposo ya no quiso que yo trabajara, le daban celos, entonces renuncié.

Yo era promotora en las Iglesias, en el municipio de Santuario en La Montañita. A mi me gustaba servirle a la gente. Pero entonces nos fuimos a la Unión Peneya....

El me dijo que no descuidara la casa. Entonces me salí. Yo no lo deje totalmente, me llamaban y ayudaba. Les prestaba mi servicio, a los que no sabían, le servía a la gente. Yo atendía hernias, cortadas, puntos, suturas. En esa época habían muchas enfermedades y me tocó una epidemia de fiebre palúdica. La gente allá, me reclamaban para entrar (Entrevista 52, Doña Rosa, 65 años).

Otro ejemplo de una transición entre las mujeres entrevistadas es la de Doña Teresa. Ella se fue a vivir joven con su esposo, al que conoció en la misma vereda. Después de su salida, su papá y unos hermanos mueren y quedó su mamá sola. Ya solo con dos hermanas, dejaron la tierra de sus padres en poder de una cuñada y finalmente la abandonaron.

Todas ellas lograron tener su familia de manera relativamente estable y salieron de su casa con intereses diferentes, como irse a estudiar, dejar el campo, o irse con su pareja, hacerse madre de familia campesina y buscando mejores oportunidades. El denominador común, excepto el caso de Doña Rosa y Doña Ceneth, es que salieron de casa cuando encontraron una pareja a temprana edad, alrededor de los 20 años¹⁶⁴.

En estos ejemplos se presenta la tensión de la mujer en el campo ante su futuro; la ciudad para algunas es la manera de lograr cierta autonomía a través del estudio. Pero no es normal que se

¹⁶² Ya en la ciudad, Ana se dedicó a administrar un restaurante primero y ahora una tienda. Ya sin poder estudiar por los celos de su esposo, se convirtió en madre de familia, tuvo dos hijos.

¹⁶³ Trabajador

¹⁶⁴ Una de las entrevistadas es madre soltera de dos niños. Ella, de 26 años, vive aún con sus padres en una parcela en la montaña donde cultivan coca.

queden solas, al establecer una relación, en los casos estudiados, hubo rechazo por parte de sus parejas ante el interés de ellas por estudiar, lo que las alejó de esto.

Campesinos y campesinas caqueteñas que se van de la casa: transiciones con “rupturas”

De otro lado, se identificaron otro tipo de trayectorias que partieron de una ruptura, cuando la unidad familiar campesina entró en crisis y que pudo llevar en el peor de los casos a su desintegración, forzando a los integrantes de la casa a irse. Entre los campesinos entrevistados, esto fue causado principalmente por las coyunturas de violencia social y familiar, por las condiciones de pobreza de las familias y por la pérdida de la “cabeza” familiar por accidentes o salud. Estas rupturas (pérdida de la familia por pobreza o violencia) también aparecen interconectadas, es decir, no son necesariamente excluyentes.

Un primer elemento consiste en que las diferentes coyunturas de violencia han tenido efectos negativos sobre la unidad familiar campesina de las personas entrevistadas. Por ejemplo, una dinámica violenta reciente fue la de la expansión paramilitar en el norte del país en la década de 1980 por lo que Don Roberto (47 años), tuvo que salir de su hogar a los 17 años por amenazas de los paramilitares y anduvo por diferentes lugares del país hasta llegar a colonizar La Macarena en 1990. En este camino cosechó frutas en el Valle, fue jornalero de café en el Eje Cafetero y trabajó como cortador de madera en el Meta. Alrededor de los 25 años llegó al Caquetá buscando tener su finca propia.

Otro periodo es el de La Violencia en el cual como antes se mostró, son asesinados los padres de varios colonos, lo que dejó la unidad familiar desprovista de una o ambos jefes de hogar. Este es el caso de Don Gerardo, cuyo padre fue asesinado y su madre tomó la decisión de viajar al Caquetá, pero a los 15 días de haber llegado a Florencia, ella también murió y fue así que los 6 años él quedó huérfano, en una tierra que no conocía. Es el caso de Doña Adriana cuando su esposo fue asesinado por el patrón y huyó con su familia a Peñas Coloradas en el Caquetá y la historia de la madre de Don Francisco, que fue expulsada de su tierra durante este periodo por lo que tuvo que protegerse en la ciudad.

El siguiente elemento que ejemplifica las rupturas de las unidades familiares tiene que ver con la pobreza y la vulnerabilidad. Es el caso de María pues su familia se desintegró por la crisis de la roya del café y la separación familiar. Tras esto, ella fue enviada a vivir con una pareja en Yurayaco a los 7 años. Otro ejemplo es el caso de Don Andrés que a los 6 años tuvo que irse de su casa por la pobreza en una familia de 17 hijos y encontró trabajo en una tienda en Ibagué donde trabajó hasta los 18 años. Otro ejemplo es el de Don Alfredo, que se va a los 12 años,

Yo viví con ellos hasta los 11 o 12 años. De ahí salí porque siempre estábamos necesitados, siempre faltaban cosas, tocaba ir a buscar la platica. Nosotros éramos muy pobres entonces tocaba irse. Cuando uno es de familia pobre le toca abrirse, para colaborar con ellos. Entonces me dedique a ordeñar, fui vaquero y mayordomo. Y hoy en día tengo una parcela (Entrevista 48, Don Alfredo, 65 años).

Esta situación de pobreza se agudiza por la muerte de uno de los padres a raíz de problemas de salud o accidentes. Un ejemplo es la vida de Don Jesús, pues su padre muere y lo llevaron a vivir

donde un tío a los Llanos Orientales, donde tras terminar de estudiar, regresó al Caquetá. También el caso de Don Segundo pues su padre era jornalero de la Hacienda Larandía y murió cuando su hermano mayor apenas tenía 12 años, lo que los obligó con su mamá a migrar a Florencia y vivir del trabajo de su madre como empleada doméstica durante toda su infancia y adolescencia.

La muerte de la madre también es parte de una fractura en la unidad familiar. Por ejemplo Don Ramiro, al morir su madre tuvo que incrementar su trabajo en la unidad productiva familiar y trabajó con el papá para sacar adelante la familia hasta que se fue a trabajar con la coca. Don Jairo también sufrió la muerte de su madre, y siguió trabajando con su papá en la finca¹⁶⁵.

En síntesis, tanto la violencia como la pobreza y las calamidades familiares (que tienen que ver también con falta de atención médica y condiciones de vida difíciles, es decir, no son sucesos exclusivamente fortuitos) son un ejemplo de factores que fracturan la unidad familiar campesina caqueteña, y hace más vulnerables a los campesinos y campesinas para enfrentar los retos de su reproducción social en este contexto.

La muerte o asesinato de uno de los padres y la llegada de periodos de violencia se convierten en eventos disruptivos, en rupturas que dinamizan la acumulación de desventajas. La pobreza y la vulnerabilidad son procesos relacionados con círculos de desventajas que se acumulan y que refieren a dinámicas que se explicaron anteriormente como al tipo de presencia que ejerce el estado en la región y la manera en que estas poblaciones se articulan con el mercado, caracterizadas por la estigmatización, el paternalismo y la subordinación como campesinos.

Esto hace que la transición a la independencia sin capacidad y sin los recursos suficientes para que sea medianamente previsible o manejable. En este espacio de vulnerabilidad es que la propensión de cultivar coca encuentra mayores oportunidades.

Las coyunturas de violencia que afectaron estas familias por ejemplo a través de las amenazas y los asesinatos caracterizan procesos sincrónicos de creación de desventajas en las unidades familiares campesinas y por ende en los campesinos entrevistados. Estas atentaron contra la unidad familiar campesina, que funge como una suerte de protección y preparación para las transiciones que sufren los campesinos en su vida. Ante su debilitamiento, muchos campesinos tuvieron que salir sin los recursos ni las capacidades suficientes de sus hogares, iniciar de cero sus proyectos.

En estos procesos de acumulación de desventajas también hay una dimensión diacrónica que constituye la dinámica de la colonización. Por ser hijos de colonos, los campesinos entrevistados traen consigo no solo las consecuencias familiares de dejar el capital acumulado atrás al huir y empezar de cero sino también las dinámicas de la colonización que los empuja a seguir migrando dentro del departamento varias veces antes de llegar a un destino final. Como señaló Graciela Uribe, son campesinos criados en la itinerancia y en el desarraigo (Uribe, 1997).

Para terminar, es importante señalar también que “la independencia” no es un evento que marque claramente un antes y un después, un acontecimiento estricto de separación del joven campesino con su familia, sino que es un proceso fluido en el que el joven establece otro tipo de relación con la familia, no necesariamente el rompimiento. A veces durante esta “independencia” esta relación con el núcleo familiar se mantiene como una red de apoyo bidireccional que se activa y desactiva de diferentes formas, por ejemplo los hijos apoyan a sus papás desde afuera y otras veces

¹⁶⁵ Trabaja en la unidad familiar hasta que cae en una batida del ejército y se lo llevan a prestar servicio militar, sacándolo de la unidad familiar campesina.

son los padres los que le ayudan a su hijo por medio de mesadas, pagos de contratos, cesión de derechos sobre la tierra, etc.

Algunas veces “irse de la casa” no es un instante específico, sino que es también el inicio un proceso de idas y de regresos, según las circunstancias. Es una independencia en la medida en que pueda alcanzar lo que se necesita para sobrevivir y crecer ya no como parte de la unidad productiva y de consumo cotidiana de la familia campesina. La lucha por “independizarse”, por “levantar” su propia casa y familia consistirá entonces en sobrevivir en las condiciones de crisis agrícola y violencia en el Caquetá.

Un elemento central en este proceso de independencia es el de la herencia, las relaciones familiares y la reproducción social del campesinado¹⁶⁶. Dentro de las familias campesinas estudiadas la propiedad y su reproducción como grupo social tiene en la transferencia de capital y de tierra de padres a hijos un elemento clave.

En las familias que tuvieron transiciones medianamente previsibles, este acompañamiento existió de padres a hijos de diversas formas: por ejemplo, dejándole a los hijos pedazos de tierra en esta transición. A los padres les favorece al tener la mano de obra cerca ante el inminente envejecimiento de los padres y los hijos encuentran formas de “contratarse” en la finca de sus padres una vez han salido.

Inicialmente la unidad familiar funciona sin transferencia de dinero de los padres a los hijos hasta que llegado un momento, los padres le pagan trabajos a los hijos o les dan especies de mesadas, como se vio en el caso de los campesinos entrevistados. Varias familias cocaleras mostraron cómo esta transferencia de dinero o capital adquiere diversas formas, por ejemplo, al darles una parte de la finca a los hijos para que ellos exploten (una hectárea o menos para su propio cultivo de coca es lo más normal) y retrasar el proceso de independencia de los hijos buscando el mantenimiento de la unidad familiar.

En el estudio de las trayectorias de las familias campesinas colonizadoras, también los hijos vivían en pedazos de las tierras que sus padres abrieron y que ellos mismos colaboraron abriendo cuando eran niños y jóvenes. Cuando crecían habían veredas que habían sido fundadas por sus padres y los hijos ahora tenían sus propias fincas ahí mismo haciendo de la “vereda” no solo un instrumento de administración territorial sino de apropiación, intercambio, convivencia y protección comunitaria y familiar¹⁶⁷.

No obstante, esto tiene un límite. Las tierras disponibles, fértiles y cercanas a los mercados son escasas. En este caso, las diferentes colonizaciones, es decir, de disponibilidad de tierras y el negocio cocalero, descargan la presión que se ejerce sobre las herencias de los padres.

El desplazamiento y desarraigo se convierten en ejemplos de rupturas de esta dinámica padres e hijos dentro de la familia campesina y por lo tanto de la reproducción campesina. El peso de

¹⁶⁶ Esto refiere al ensayo sobre la herencia y la reproducción social que escribió E.P. Thompson en referencia a su debate con LeRoy Ladurie. Mientras este último señaló que durante la Inglaterra pre industrial, la herencia igualitaria promovió la expansión del igualitarismo social, y propuso una relación entre la herencia igualitaria e ideologías sociales más justas, Thompson resaltó que es importante resaltar las diferencias de los grupos sociales y regiones en estos procesos de transferencia de herencias y manejo de relaciones padres-hijos en las unidades familiares. Así la manera en que las clases sociales reprodujeron su dominación o cayeron subordinadas ante nuevos contextos tuvo como base el manejo de la ley y costumbres de acceso a la propiedad sobre las herencias de la propiedad y tenencia de las tierras. La herencia de la tierra es una ilusión, pues no es un elemento fijo sino que depende de la serie de leyes, costumbres y derechos de aprovechamiento que se transforman a lo largo del tiempo y del espacio. [Thompson, 1984]

¹⁶⁷ Esta relación entre propiedad, reproducción social del grupo campesino y tenencia de la tierra es necesario explorarse con mayor atención, para entender las formas en las que los campesinos practican las dinámicas de transferencia de capital y propiedad a sus hijos, cómo sus costumbres chocan con las leyes y cómo esto influye en la reproducción social del campesinado. Por ejemplo en el contexto de falta de propiedad legal, qué tipo de costumbres de transferencia de tierras o tenencia de estas tierras se usan y cómo esto moldea la permanencia de los pobladores rurales en el campo.

iniciar desde cero de los niños y jóvenes que se ven expulsados de la unidad familiar, poniendo el riesgo la reproducción social de los campesinos, expulsando esos hijos a la ciudad, por ejemplo. En el contexto de la economía regional de la coca, encontrar tierras y cultivar la coca se convierte en una opción para permanecer en el campo, con las dificultades (nunca ventajas) que esta actividad implica.

Para terminar, este “abrirse de la casa” dentro de los campesinos del sur del Colombia puede ser concebido como un “rito de paso” social campesino, como lo es el tránsito desde México hacia los Estados Unidos por parte de muchas comunidades rurales de este país. Lo que se reconoce como la “cultura de la migración”, es un “espacio simbólico de la madurez masculina, la cual conlleva el cambio de valores y percepciones culturales que incrementa la probabilidad de futuras migraciones” (García, 2008) y donde la “valentía” de irse y sobrevivir en el otro país es una muestra de prestigio reconocido comunitariamente. Más que enfatizar la simbología en torno al irse de la casa, sí se quiere resaltar que son procesos que adquieren diferentes significaciones en las comunidades rurales y hacen parte de las trayectorias de los jóvenes en el campo. En el caso de las colonizaciones caqueteñas, sería importante examinar qué valor adquiere este fenómeno en relación con el “irse de la casa”, el “tumbar monte”, el hacerse a su finca propia, en términos del “prestigio” social.

La educación en las trayectorias de los campesinos cocaleros

Las trayectorias educativas de los sujetos entrevistados evidencian un proceso fragmentado en la que entran, salen, regresan, desisten y vuelven a intentarlo. También en la que dimensiones como las de género, cercanía con la escuela, dificultades económicas, infraestructura escolar y violencia se mezclan; la primera generación de colonos, sus hijos, tienen trayectorias educativas trucas en la que solo alcanzan la primaria y los de mejor suerte tienen acceso a algunos años de bachillerato. Como señala Bayón, la educación y la pobreza están estrechamente relacionadas: las desventajas familiares son transmitidas de una generación a la siguiente, pero también la educación hace parte de una *ficción* en la cual se construye un discurso en la que los resultados escolares de los alumnos son consecuencia de su trabajo y esfuerzo (Bayón, 2015: 60). En las conversaciones con los campesinos es muy recurrente escucharles decir que son ignorantes, que no fueron a la escuela y por eso son incapaces de salir adelante y de irse a vivir en la ciudad. Estas respuestas son parte de esta ficción, en la que los campesinos se consideran subordinados e inferiores. ¿De qué manera la educación se experimenta en sus vidas?

Por un lado, los campesinos hacen una fuerte relación de ir a la escuela con aprenden a escribir y leer; el valor principal para ellos es la alfabetización, como señalan Don Juan y Doña Silvia: “mi papá ni firma, mi mamá medio firma” y “mi papá si hizo primero y sí sabe escribir y leer y todo”, “mi mamá sí hizo segundo y tiene una letra muy bonita”.

Sus relatos también evidencian la manera en que se ejerce la educación en el campo, con grupos de diferentes edades y niveles con un solo profesor. El éxito de esta etapa descansa para ellos en los profesores y el fracaso en ellos mismos, con argumentos como la inteligencia, el entusiasmo, en una especie de autocolpabilización.

Juan: yo por lo menos tuve cuatro hermanos que hicieron quinto de primaria. Pero otros que no sé, no se sabe si fue porque no estuvieron al frente de las tareas, el estudio, porque tengo hermanos que perdieron cinco años, ahí si no sé si no le servían de pronto la inteligencia o era que de por sí no tenían entusiasmo. Porque tengo una hermana que ella por lo menos estudio primero, duró cinco años en primero. Ella es Ana Beatriz y solamente aprendió Ana, no aprendió más. Los otros hermanos sí....

Silvia: yo también tengo hermanos que fueron hasta quinto pero otros que no llegaron sino hasta segundo. Y tengo una hermana que digamos después de vieja estudió y se graduó de once y estudió como hasta el primer semestre. Ya quedó embarazada y ya se le complicó....Pero sí, unos fueron hasta quinto de primaria, son muy poquitos los que lograron subir hasta quinto [Conversación 21 , Don Juan y Doña Silvia]

Estos estudios se suspenden por las condiciones económicas, por el sentido que sus padres le dieron a la educación, por la distancia de la escuela y por las coyunturas de guerra.

La pobreza y la distancia la escuela fue entonces un primer argumento para dejar de estudiar; el acceso a la educación está conectado a los ingresos y condiciones sociales de las familias,

Mi abuela tiene aborígenes (sic), descendencia indígena, de los Andaquíes, de la cordillera, y soy persona nacida ahí pero prácticamente he recorrido todo el Caquetá. El único municipio que no conozco del Caquetá es Milán pero yo he estado trabajando... inicié mis estudios aquí en Florencia, hice mi primaria en la escuela del 7 de agosto y 2 años de bachillerado en la Industrial. Por problemas económicos, falta de recursos, me tocó parar los estudios y me fui donde mis abuelos, a trabajar en Albania, y de ahí trabajando para abajo allá, en el campo, en San José donde unos tíos y de ahí me salí y fui a parar por allá al Putumayo". [Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años].

Y estudié demasiado lejos de la escuela, era hora y media caminando por caminos así y cuando llovía nos tocaba irnos así, estudiábamos sin zapatos. Porque no sé, no sé porque no, porque éramos pobres, mi papá trabajaba en esa finca era para... para la comida. Y nos íbamos a estudiar descalzos y en unos morralitos echábamos los libros y cuando llovía nos compraban de esos cauchitos así de colores y nos arropábamos con eso y nos íbamos. Llegábamos allá y nos íbamos por ahí a las 6 y allá llegábamos a veces cuando nos íbamos ligero llegábamos a las 7 y no a las 6 y media nos íbamos antes de las 6. Y llegábamos y estudiábamos. *Dentrábamos* (sic) a las 7 y salíamos a las 12. *Dentrábamos* (sic) a las 2 hasta las 4. Allá estudié. Hasta tercero. Ya no volví a estudiar ahí...

....
[trás migrar a otro lugar del Caquetá]

Y luego ... yo ya siendo ya grande, más de 15 años, allá terminé de estudiar, porque la escuela si era cerquita, era como de aquí a Villa Laura, la escuela, entonces allá si comenzamos a estudiar allá yo terminé quinto y mi hermano Hernando y hermanas....también [Entrevista 16 Doña Olga,].

El dilema entre trabajar e ir la escuela, la falta de recursos y las distancias a la escuela contrastan con el interés de las familias de proveerle educación a sus hijos, evidenciando el valor central que las familias campesinas le daban a la educación, marcado por concepciones de género y de privilegios dentro del hogar muchas veces. Don Darío (60 años) fue raspachín y cuenta sobre su infancia y el valor que tenía la educación en su familia,

Pero que estudiar! A trabajar como un macho! Era que en la época de nosotros estudiaba el mayor o el menor.

¿y los de la mitad?

Nada, y las mujeres pues pa´ que. Para pelar yuca y plátano.

¿Y sí habían escuelas?

Era muy (sic) descaso. Muy descaso (sic) los centros de... sí, las escuelas.
Entonces los que le enseñaron a leer eran...

Eran de la misma, de la misma, misma vereda.

¿ y la familia?

Y la familia a trabajar el campo. El que llegara a estudiar entonces él era profesor en las veredas (Entrevista 15 , Don Darío, 60 años)

Para algunos, los espacios para la educación básica, como aprender a leer y a escribir, a sumar, se trasladaron a la vida cotidiana, a una educación informal y oral. Esta experiencia la ilustra Doña María quien vivió en una parcela de colonización desde los 7 hasta los 15-16 años con difícil acceso a la escuela y aprendió a sumar y leer con los trabajadores de la finca,

Y yo quedé allá en la selva. Ahí sí. Y vengo a salir cuando la tuvieron ahí yo tenía como 12 años y yo salí como a las 16 años. Y por allá me pusieron dizque a estudiar pero a mí me tocaba por allá, por pura selva, selva y siempre uno... me daba miedo por ahí cazadores y así. Entonces yo dije yo no voy. Entonces yo bregaba a aprender a leer preguntándoles a los trabajadores cuando había cosecha de arroz, les decía muchachos esta letra como se dice, y así *tatata*, y ahí fui yo a aprender a medio escribir y medio leer. Y sumar pues mire que yo para coger un lápiz y escribir un número yo no sé de eso nada, yo no sé como se colocan los número solo que yo lo hago a mente, digo tanto tanto y tanto y ya. Eso puro cerebro. De resto no más. Y ya cuando mamá fue por allá fue cuando ya logré salirme.

....
Y es que yo pienso cosas. Por ejemplo, para la primera comunión de mi hermana, el padre nos hizo el curso y él me dijo, a usted le gustaría estudiar? Y yo le dije que sí, yo le dije a mi papá pero él dijo que eso para qué, y no me dejaron ir. Yo lloraba, y ya no pude estudiar. Yo pienso a veces qué hubiera pasado si yo hubiera podido ir". (Conversación Grupal, Doña María, años 52)¹⁶⁸

Estos conocimientos, la madurez y saber se transmitían en medio del día a día campesino. Algunos tuvieron la oportunidad de ir a la universidad, como Don Ramiro, pero cuenta la manera en que su padre le transmitía el saber del campo, un contraste entre los contenidos de la escuela y del campo que muchas veces entran en disputa,

....un hijo mío estudio ingeniería de sistemas y otro es futbolista, y tengo una niña de 9 años [estudia en una escuela privada].... Mi papá no sabía firmar, yo le hacía las cuentas. Él me puso a estudiar, yo estudié el bachillerato en Florencia e hice el primer semestre de MVZ [Medicina Veterinaria y Zootecnia]. Pero no, yo quería irme a la finca, y yo me regresé. Mi papá era trabajador, no era amanecedor. Yo le peía plata, y le decía deme plata, para ir a la fonda. Yo pensaba después de trabajar toda la semana, mi papá muy avaro, no me daba plata. Y yo lo veía hacer negocios de millones y a mí no me soltaba nada. Y a uno ninguna plata le aguantaba. Yo le decía que me dejara manejar la finca entonces mi papá me dijo que me iba a dar la oportunidad para manejarla. Entonces me dijo, cuando llegue el cheque de la leche, usted va a ser el patrón, va a pagar trabajadores, va a comprar la carne, va a hacer todas las cuentas y las va a manejar. Entonces yo estaba feliz, yo arranqué, con mi cuaderno. Pagué trabajadores, compré la remesa, apenas alcanzó para la carne. Y llegó el domingo y yo no volví a salir a beber. Un día mi papá me dijo "me voy a jugar un duro de tejo" entonces le di. La

¹⁶⁸ Paradójicamente, fue con estas herramientas con las que Doña María le llevó las cuentas a "la patrona", la dueña de una plantación cocalera durante el boom cocalero,

Y ya para ese tiempo ella [la patrona] me dio la confianza entonces yo cogí el libro de trabajadores y les pagaba a trabajadores y cuentas y todo pero yo le decía a mí no me pongan números, ni me pongan calculadoras ni nada de eso porque yo no sé sino colocar números. Yo cogía era pura mente, cuanto debe fulana de tal... tanto (Conversación Grupal, Doña María, años 52).

misma cantidad, yo pagué todo y no me quedó plata. El otro fin de semana, llegó el cheque otra vez y él me dijo que se iba para Florencia. Yo pagué todo y me faltó la carne. Y me dijo, deme plata para irme a Florencia, voy a comprar ropa. Y pagué la carne, fiada. Entonces me dijo ¿qué pasó que usted no ha vuelto a ir a la fonda? Y yo aprendí la lección, yo aprendí, esa fue la mejor escuela. Eso acabó con mi rebeldía. Y es que mi papá era un campesino antiguo, trabajador. Era de los que hacía cuentas al final del año, hacía las cuentas de las vacas, de la tierra. (Entrevista 55, Don Ramiro, 47 años).

Y finalmente, la guerra ha sido también central en sus trayectorias educativas. A lo largo del conflicto en el país, las escuelas se han convertido en una parte del campo de batalla, tanto como el lugar de reclutamiento de menores como literalmente, el campo de confrontación, donde los estudiantes quedan en medio de las balas.

Y pues igualmente yo sí tuve hartos problemas para ir a estudiar porque como primer lugar nosotros éramos personas de bajos recursos y en esa región si nos tocaba muy duro para poder llegar hasta allá, nos tocaba de caminar una hora de la que estábamos...Y otra vez, estábamos nosotros en plena clase una vez, cuando llegaron "los muchachos" que era como se le decían en ese tiempo al M-19, se quedaron allí y estuvieron dando una clase ahí en la escuela y estando ahí fue cuando nos prendieron a candela el Ejército al otro lado, a otro filo que hay ahí. Como en eso no se respetaba ningún derecho a la vida en ese caso, en eso era lo que estaba que se llamaba el Batallón Tarqui, el Batallón Colombia que eran los que estaban ahí varados...

Otro:asesinosjm

Entonces eso no les importaba a dar candela a lo que vieran, eso silbaban las balas, nosotros todos tirados de barriga ahí y saliéndonos por detrás de la escuela por los llanos para caer por un hueco y podernos cada uno salir hacia la casa. Nosotros haciéndole frente ahí al otro para que no se arrimaran tampoco donde estaban tampoco, y de ahí me salí ya de 12 años de esa región y yo me abrí de la casa. Estuve trabajando por aparte para poder ayudar a mi familia para que siguieran estudiando también, y pues a la casa más que todo, porque es algo de la cual es algo que le queda a uno recuerdos, de la casa. Mirar cuando de pronto el papá se queda corto en las cosas no porque no pueda sino porque por sinvergüenza también, la verdad es esa, entonces uno mirando querer sacar los otros adelante, me abrí a trabajar. Entonces son cosas que uno.....y pues yo vine a terminar mi bachillerato ahorita en Belén, en una vereda llamada San Antonio de Padua, terminé mi bachillerato ahí, en sabatinos, en una escuela de allá para adultos... (Conversación Grupal, Don Miguel, 41 años).

Ser pobre y ser campesino parecen ser dos elementos que están atados a la falta de acceso a la educación en las trayectorias de los cultivadores de coca. Estas también están mediadas por la violencia, y todo se agrava con la condición de ser mujer (Más adelante se verá la relación entre ser mujer e irse de la casa, y el papel que la educación ocupa en este). No obstante, también hay esfuerzo enorme de los campesinos entrevistados, hijos de los primeros migrantes, por educar a sus hijos y llevarlos a la escuela, lo que se ve en que parte de los ingresos de la coca se van a cubrir este objetivo, y por ellos mismos cubrir el resto de educación que les hace falta, en programas sabatinos y para adultos.

La falta de un sistema público de educación que no solo permita el acceso sino que articule los contenidos educativos con los de la vida rural hacen que cada vez más los jóvenes deban enfrentar dilemas como el de trabajo o estudio, decisiones como las de caminar horas para llegar a la escuela, concebir la educación como aprender a escribir, leer y sumar, asumir que ir a la escuela es para personas con recursos y que las mujeres no deben estudiar. Estos dilemas están en una ambivalencia, que señala Bayón, "los relatos son una clara ambivalencia entre un discurso hegemónico que sigue presentando a la escuela como el canal de mejoramiento y movilidad social por

excelencia, y la “realidad de las [limitadas, deficientes y poco atractivas] oportunidades escolares disponibles para los sectores más favorecidos” (Bayón, 2015: 72).

Esta ambivalencia se representa en las narraciones de los campesinos entrevistados que culpan insistentemente a “su falta de educación” como la incapacidad para poder irse a la ciudad y a “mejorar”, y a demeritar y no reconocer el valor del saber campesino sobre la tierra usada para la actividad pecuaria o agrícola, *nosotros somos ignorantes*.

Irse de la casa: la coca como un apoyo para la transición a la independencia

En las entrevistas se encontraron trayectorias que tuvieron “rupturas” o hechos que hicieron que se desintegrara antes de tiempo, convirtiéndose no solo en familias más vulnerables sino en familias desintegradas. De 38 trayectorias de campesinos entrevistados (cocaleros y no cocaleros), 23 son clasificadas como unidades campesinas que tuvieron una “ruptura”. Si estudiamos solo las familias cocaleras, la cifra de familias con “rupturas” aumenta.

Una característica de los campesinos y campesinas entrevistadas que se han dedicado a la coca es que provienen en su mayoría de unidades familiares que se desintegraron principalmente durante el proceso colonizador. Esto provocó en algunos casos una apresurada transición a la independencia por parte de los hijos. Este es el caso de Don Jesús cuando su familia se desintegró pronto por la muerte del papá,

¿Y qué cultivaban?

En esa época cultivaban maíz y arroz y lo de pan coger, como siempre yuca y plátano.

¿Y cómo les iba?

Muy poco, muy poco porque el padre mío murió cuando yo estaba muy joven entonces yo quede con mi madre y yo no me recuerdo mucho de eso pero sé que ha sido todo muy difícil porque el abandono del estado no ha sido desde ahora sino desde un comienzo. Escasamente lo que se producía para sobrevivir.

¿Cómo se mantenía la familia cuando murió su papá?

Nosotros estábamos muy pequeños, el que estaba más grande tenía como 10 años, y yo tenía 6 años cuando él murió y nosotros, como eso era camino real¹⁶⁹ por ahí entonces la gente casi todos los que bajaban por ahí entraban, colaboraban, traían siempre la mantequita y la carne era la cacería, la carne de monte (Entrevista 22, Don Jesús, 50 años).

En estas condiciones, él decidió trabajar desde muy joven y se fue de la casa a la finca de unos familiares como jornalero. Cuando tuvo 17 o 18 años, quiso independizarse y empezó a migrar para trabajar por su cuenta. Encontró un lugar donde vivir en la Unión Peneya en 1986 atraído por la bonanza cocalera y lugar donde aún sigue viviendo. Un situación similar enfrentó Don Segundo pues su familia se desintegró pronto por la muerte del padre lo que los llevó a migrar a Florencia, donde

¹⁶⁹ Camino campesino que se ha usado por un largo tiempo. Un camino común entre las fincas.

crecieron con su mamá que trabajó en casas como “empleada doméstica” y cuando ya decidieron irse de la casa, se regresaron al campo y él se fue cerca al Caguán, “hacia abajo”, donde cultivó coca.

Otro ejemplo de la forma en que la coca se introduce en esta especie de círculo de desventajas es el de Don Javier (Entrevista 33, Don Javier, 50 años). Con su familia llegó muy pequeño al Caquetá huyendo de El Tolima por La Violencia. Su madre murió y se criaron abriendo colonización con su padre; como él era uno de los hijos mayores, tuvo que quedar al frente de la casa. Dos hechos le dan un rumbo particular a su trayectoria: una batida del ejército que se lo llevó a prestar servicio militar y lo obligó a dejar su casa¹⁷⁰. Después cuando regresó, tuvo que huir de su vereda porque un vecino lo denunció al Ejército cuando se dio cuenta que un primo hablaba con la guerrilla. Fue en ese momento en que se fue a Solano, en pleno boom cocalero. Esa colonización estuvo estrechamente relacionada con la siembra de coca y el trabajo de raspachín. Así fue que vivió en esas tierras.

Tuvimos la ayuda de un señor, el patrón. Un señor que fue muy buen consejero, por él cogimos tierra y tuvimos mucho apoyo. A él le trabajamos en la coca, como raspachines, eso era lo que movía la economía allá. No había tropiezo como ahora, se pagaba en efectivo. Ahora ya no hay plata, a los dos años vendimos porque llegó un señor proponiendo hacer un cambio, se enamoró de la tierra y negociamos¹⁷¹ (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

Además de la desintegración de la unidad familiar que les hizo pasar por una transición a la independencia en condiciones adversas, el contexto fue un factor central para decidir cultivar pues ambos procesos, la irrupción de la coca y la transición a la independencia de esta generación, fueron parte de esta decisión. Los campesinos migraron a estas zonas cocaleras porque era la economía central que movía el crecimiento económico de la región,

pues porque todo el mundo en ese entonces andaba con su mata de coca entonces todo el mundo le dio, como por meterse en ese tema de la coca. (Entrevista 23, Don Segundo, 60 años).

Entre las campesinas entrevistadas también se pueden rastrear qué ocurre en estas rupturas tempranas en la vida de las mujeres campesinas. Unos ejemplos son los de Doña Silvia, Diana o Olga, tres campesinas que han cultivado coca que muestran cómo ellas dejaron su casa cuando encontraron pareja. Diana, campesina cocalera, conoció a su esposo cuando llegó del Valle; su familia pasaba muchas necesidades y muy joven se va a vivir con él y lograron levantar su familia en parte con la coca. Doña Olga se fue a los 17 años de la casa, también en una familia con muchas carencias y donde le tocaba trabajar muy duro desde pequeña; se fueron para el Caguán a cultivar coca. Doña Marta contó su experiencia de irse de la casa a los 17 años después de que su padre las abandonó cuando tenía 5,

...después de eso me vine a seguir estudiando que fue como a los 17 años que conseguí esposo, ya aburrida también de ver a mi mamá esclava del trabajo para podernos sacar adelante, que lo que conseguía no le alcanzaba. Ella nunca volvió a conseguir pareja ni nada, y hasta ahora tiene 60 años, ella se quedó sola, ella decía que ponernos un papá a nosotros nunca lo haría, y se sometió a vivir la vida sola.

¹⁷⁰ Las batidas del ejército refieren a los procedimientos ilegales que el Ejército realiza en ciudades y áreas rurales llevándose joven en edad de prestar servicio militar que no tengan libreta militar.

¹⁷¹ Ese primer momento de cultivar coca lo recuerda como un momento de sacrificio. Lo primero que hizo fue cultivar una hectárea de peruana porque no tenía plata para más, “Eso implicó mucho sacrificio, uno mismo hizo todo, mucha voluntad. Después mejoró la situación y dio para más, para 3 hectáreas entonces ahí la prioridad ya fueron los otros cultivos” (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

Entonces yo de ver, yo tenía como una responsabilidad grande porque yo era la mayor y somos tres y comencé también a trabajar para poder darle a mi mamá y poder darme el estudio yo misma. Yo a los 17 años consigo esposo y me voy a vivir a San José (Conversatorio Grupal 1, Doña Marta, 43 años).

En este caso, fue el mismo padre (que apareció años después) el que les da un sembrado de coca para ayudarles en este camino a la independencia.

Esta relación entre la acumulación de desventajas y la presencia de cultivos de coca tiene excepciones. Existen algunos casos en los que las trayectorias con una temprana ruptura de la familia campesina no necesariamente llevan a que los campesinos cultiven la coca. Estos casos en particular comparten que los sujetos han sido beneficiarios de apoyos del Estado.

Esto ocurrió con Don Alfredo, que a pesar de que tuvo que salir pronto de su casa, no se dedicó a la coca. La estabilidad económica de su unidad familiar la encontró cuando el Estado le otorgó acceso a una parcela con beneficios de crédito de la cual ha vivido hace 30 años,

¿Dónde nació?

Nací en San Vicente, mi papá era de Campoalegre y mi mamá no sé porque murió cuando yo era muy pequeño. Tuve 16 hermanos, 3 de mi mamá y mi papá y 13 de mi papá con otra mujer. Mi papá se crió en el campo. Y toda familia, mis hermanos también. En San Vicente nos criamos nosotros.

Yo viví con ellos hasta los 11 o 12 años. De ahí salí porque siempre estábamos necesitados, siempre faltaban cosas, tocaba ir a buscar la platica. Nosotros éramos muy pobres entonces tocaba irse. Cuando uno es de familia pobre le toca abrirse, para colaborar con ellos. Entonces me dedique a ordeñar, fui vaquero y mayordomo. Y hoy en día tengo una parcela". (Entrevista 48, Don Alfredo, 65 años).

Don Alfredo trabajó en Larandia, la hacienda de Oliverio Lara, influyente político y ganadero de la región en 1965. Siguió trabajando ahí y cuando dividieron la hacienda trabajó con Emma Lara entre la década del 70 y 80, como mayordomo y vaquero. Trabajó ahí hasta 1980, cuando se fue a otra hacienda, Santa Bárbara, de la familia Cuéllar, actualmente con nexos con el Cartel de Sinaloa (El Tiempo, 2014).

El acceso a la tierra en este proceso de independencia es muy importante y les otorga a los campesinos parte de la estabilidad. Sobre dejar de ser mayordomo y conseguir su tierra, relató:

Ser mayordomo en esa hacienda era maravilloso, sabroso. Cada uno tenía su oficio. Solamente era la responsabilidad, le sueltan a uno. Desde que uno sea responsable, el patrón lo tiene a uno en cuenta. Si no, no dura en ninguna parte.

Acá [en parcelas] arrendé mientras cuadraba. En la empresa comunitaria trabajaban todos y a todos nos daban 4000 pesos semanales para mantenernos. Había 10 parcelas y se partían; la mitad se dedicaba al ganado y la otra mitad a agricultura. Y después cambiábamos. Todo se repartía por igual. Pero después se parceló, se sabe que el vivo quiere vivir del bobo y como todos ganábamos igual, entonces claro, unos trabajaban más que otros. Entonces se parceló y todos dividimos por igual. Las 600 has. se dividieron en 11 parcelas. (Entrevista 41, Don Alfredo, 65 años).

Don Alfredo pudo tener acceso a una tierra con ventajas evidentes: cerca de la ciudad, sobre la vía principal que conecta al departamento y con propiedad legal para invertir y poder acceder a créditos. Esta parcela, que además cuenta con todos los servicios públicos, le ha permitido a Don Alfredo la independencia económica familiar a través de la ganadería lechera. La inestabilidad de no tener acceso a la tierra fue resuelta gracias al apoyo gubernamental, el plan de parcelación fue un programa estatal.

Los campesinos son actores que toman decisiones en contextos complejos: se van de la casa, se quedan, cultivan coca, se van de jornaleros, se hacen raspachines o se independizan de su hogar. No obstante estas decisiones se toman sobre una estructura de oportunidades política e históricamente construida, no son trayectorias de personas “desviadas” sino que se desenvuelven en dinámicas particulares¹⁷². En la transición a la independencia, el cultivar coca es una decisión que se toma en contextos específicos marcados, como se ha visto antes, por dinámicas de acumulación de desventajas y son procesos diferenciados tanto para los hombres como para las mujeres.

Esta conexión entre el círculo de desventajas en las trayectorias campesinas y el involucramiento en el cultivo de coca por parte de los campesinos pone en cuestión la idea de que cultivar es un simple capricho o interés de enriquecimiento fácil por parte de los campesinos y campesinas. De por medio hay vidas desvinculadas de las redes mercantiles del campo que enfrentaron la sobrevivencia en condiciones de vulnerabilidad, como se ha mostrado anteriormente. Una expresión central de estas circunstancias es la desintegración o debilitamiento de la unidad familiar campesina.

Lo que se mantiene en algunos campesinos entrevistados es una tenaz insistencia en mantenerse en el campo. Cuando se resuelven indirecta o directamente sus desventajas, como en el caso de Don Alfredo el acceso a la tierra gracias a un programa del Estado, se hace más difícil que la actividad cocalera se convierta en una opción.

Antes de ser cultivador de coca: ser raspachín.

El proceso de transición a la independencia por parte de los campesinos se arraiga también en su experiencia como jornaleros. Es principalmente en este momento de la vida donde la coca aparece como una opción.

Una de las trayectorias que comparten algunos campesinos que se han dedicado al cultivo de coca es ser raspachines en su juventud. Ser raspador de coca es una de las actividades más extendidas entre los jóvenes y adolescentes de la región; es algo común que por temporadas se vayan a raspar coca y dejen la escuela, los estudiantes de la escuela por ejemplo se van “de raspa”¹⁷³.

Ser raspachín es un paso para solucionar las urgencias materiales de la vida campesina principalmente de los jóvenes, porque el pago es mucho más beneficioso que el jornal o “volar machete”. Es una población flotante que normalmente no tiene tierra y se convierte en un reto al no ser absorbida por el mercado agrícola legal. Una campesina cocalera lo pone en estos términos,

Los raspachines viven solo de eso, son la mayoría. Pero menos mal hacen eso porque si no imagínese sin eso, se alborotarían los ladrones. (Visita a la Planicie, Doña Ruby).

¹⁷² Como afirma Chamberlain,

Nuestro método biográfico hace posible para nosotros el estudio de la interacción de los sujetos, las estructuras y las cultural al detalle del micro-nivel, desde la perspectiva de los individuos y sus redes inmediatas (Chamberlayne, Rustin, & Wengraf, 2002: p.10)

¹⁷³ Con este término un profesor de una escuela rural en el sur del Caquetá se refirió a esta actividad, según la denominan sus estudiantes.

Pero por otro lado, además de ser una forma de sobrevivencia, también es una forma en la que expande la coca; ser raspachín también es un paso de iniciación para la futura vida cocalera. Es en el momento en que ellos aprenden cómo se lleva un cultivo, cómo diferenciar matas, qué cuidados tiene la planta y cómo se procesa. Es una etapa en la que se transmite el conocimiento de la actividad cocalera y se entrenan para los riesgos que esta implica.

Al respecto por ejemplo Reinel, en la visita que se hizo a su finca, comentó que empezó a cultivar cuando era muchacho,

Acá nos íbamos de muchachos a trabajar como raspachines a “la vega”. Allá mismo nos vendían el palito y lo traíamos para acá, acá lo sembrábamos. Por “la vega” entró la coca y la iban agrandando, 4, 5 y 6 hectáreas. Nosotros raspábamos y traíamos, eso entró muy fortalecido. [Visita de Campo Cordillera].

También se puede rastrear esta situación, donde ser raspachín es la puerta de entrada. Por ejemplo el caso de Don Jeison, ser raspachín fue el primer paso en un camino que lo llevó a ser transportador de carga (entre ellas coca) por el río (una actividad muy importante y de prestigio en estas zonas). A su padre lo asesinaron durante La Violencia por lo que llegó al Caquetá huyendo con su madre y sus hermanos y se instalaron en Peñas Coloradas, donde creció durante el boom cocalero de la década de 1980 y trabajó como raspachín para ayudar en la casa [Entrevista 54, Don Jeison].

Fue raspachín por 2 años, también fue cultivador y tuvo su propio laboratorio. Trabajó con la peruana y con la que fuera apareciendo, la boliviana blanca, roja, cauchuda, la caturra, la montuna y la chipara. Después se dedicó a ser arriero, un oficio de tradición familiar. Según él, conocía cómo era y además pagaban mejor “Raspar era muy duro, eso no era lo mío”. Transportando duró 10 años y entre otras cosas, llevaba carga a los “trabajaderos de coca”, a los cristalizaderos. Sobre esta experiencia como arriero y transportista relató,

Yo empecé con una canoa, y empecé a ganar más plata y pasó lo más duro. Yo no pasé tristeza en la “chonga”, fui motorista de la guerrilla, muy pocos podían, eso era un privilegio. Ellos me pagaban entonces compré un deslizador, una lancha rápida, el bolsillo fue creciendo. Yo me convertí en el hombre de confianza de Vallenato¹⁷⁴, el que estaba antes de Sonia¹⁷⁵. Vallenato se fue y llegó Sonia. Yo era el cocheche de Sonia, y pensaba ya que eso no era vida. Uno sentía helicópteros y salía a correr [Entrevista 54, Don Jeison].

Otra experiencia que ilustra este paso de ser raspachín y ser cultivador es la vida de Don Ramiro. El entorno en el que se desarrolló él estuvo fuertemente influido por la coca a pesar de que su padre nunca quiso cultivar y se dedicó a la ganadería. Los campesinos alrededor de la finca de su padre tenían coca y según sus cálculos, era un momento muy bueno para la coca, “una hectárea producía lo de 30 vacas de ordeño, vivían muy platudos”. Su padre se negó a cultivar y fue el primero que se opuso cuando él le dijo que se iba a trabajar de raspachín. Así lo relató,

Yo tenía 18 o 19 años, y tenía ganas de irme. Todos los que se iban por allá quería irse para *embilletarse*. Yo le rogué a un man que me llevara, y él me dijo que no le dijera a nadie, ni a mi papá. Pero yo le dije. Le dije a mi papá que yo quería mucho eso, que le pidiera a mi Dios que me fuera bien. Mi papá se puso puto, me dijo que si era que no tenía para comer, que él me ayudaba que él me daba todo pero aún así yo me fui [Entrevista 55, Don Ramiro, 47 años]¹⁷⁶.

¹⁷⁴ Jefe guerrillero Luis Alberto Camacho, conocido como Vallenato, muerto en combates en el 2003.

¹⁷⁵ Jefe guerrillera Anayibe Rojas Valderrama, conocida como Sonia, extraditada en el 2004 a los Estados Unidos.

¹⁷⁶ Su historia en el cristalizadero, donde trabajó dos años, es la siguiente. El recorrido inició en Bogotá, y de ahí salieron a Villabo y se les unió más gente, principalmente de Cali. Para cuando se fueron al Guaviare ya eran 14 hombres (“paisas, rolos, caldenses y caqueteños”) y una señora. Después de aterrizar se fueron selva adentro 12 horas hasta que llegaron a una casa, toda equipada para la

Este momento de transición a la independencia fue clave para aprender a raspar y posteriormente iniciar el cultivo, con lo que pudo después levantar su propia finca, hacer su familia y lograr la independencia familiar,

Yo me abrí, me fui sin nada. Compré una finca y en la tierra había semilla [de coca] y yo la aproveché. Yo la compré en 6 millones, eran 180 hectáreas y en 7 años la vendí en 36 millones, con 40 vacas (Entrevista 55, Don Ramiro, 47 años).

Una experiencia diferente sobre el trabajo de raspachín la ilustra la vida de Jonathan. Su diferencia radica en que muestra otra faceta, la de un joven de ciudad, hijo de campesinos y cocalleros, que en una crisis económica familiar encontró en el trabajo de raspachín una oportunidad transitoria de obtener un ingreso familiar sin que necesariamente se convirtiera en el inicio de un camino de vida¹⁷⁷.

Jonathan se crió en una parcela de coca, hasta que sus padres la dejaron y se fueron a vivir al pueblo. En el pueblo su familia se desintegró, sus padres se separaron y su mamá quedó sola sosteniendo a sus 5 hijos. Vivían en un barrio de invasión y a los 17 años se fue de raspachín,

yo estudiaba, pero a mi mamá le tocaba muy duro, yo tenía hermanos pequeños. Pedían muchas cosas en el colegio, y mi mamá lloraba porque no podía darnos todo lo que necesitábamos. Entonces me fui. Mi primo me costó....[...] Me fui en octavo de bachillerado, estaba estudiando acá en Florencia. No tenía la manera y mi mamá lloraba. Le ayudé ese tiempo, no vine acá en todo ese tiempo, solo trabajé. Le mandaba plata por medio de un primo que tiene un restaurante en Curillo (Entrevista 53, Jonathan, 29 años).

Allá llegó por el tío, que fue uno de los primeros que se fue para allá a cultivar coca y consiguió un pedazo de tierra. Allá trabajaba como raspachín pero también en lo que saliera, en la cocina procesando la pasta base y también en obras de mantenimiento de vías locales. En este lugar estuvo cinco años y regresó¹⁷⁸.

La actividad cocallera consiste en un saber, un oficio que se transmite por diferentes mecanismos. Uno de los más importantes fue a través de la experiencia de los jóvenes cuando son raspachines que se articula con el proceso de la transición a la independencia: irse por el jornal. Esta parte de la actividad cocallera es tanto un mercado que absorbe a los jornaleros (y desempleados de la ciudad) como una especie de ritual por el cual pasan los campesinos en el camino a la independencia de su familia, aumentando las posibilidades de que se dediquen a esto en un futuro.

De este modo, se establece una conexión entre la transición a la independencia campesina y el cultivo de coca. Este surge como un elemento central para la formulación de políticas públicas sobre

crystalización y la vida de los trabajadores. El horario era de 6 y media a 7 de la noche. La señora iba para cocinarles pero desde la primera noche, se enfermó grave por lo que al otro día la sacaron de inmediato pero se quedaron sin quién cocinar. Él se propuso para cocinar y se dedicó a eso, de día y de noche,

A los 8 días llegó el Patrón. Y yo lo atendí y ya, se fue de ahí. Estaba muy contento con la comida y dijo que le iba a decir a la señora de lo bien que comió. Y un mes después llegó con la esposa, ya habían trabajado como 400 kilos, entonces pagó el primer mes. Se sentó e hizo las cuentas. Mis compañeros con su trabajo se ganaban cada uno ocho millones pero yo como cocinada pues un millón. Entonces pues yo hacía cuentas y estaba preocupado, porque de todas maneras yo no iba inicialmente allá a cocinar. Entonces cuando me tocó el turno, el patrón me llamó y me hizo las cuentas y me dio lo de la cocina, más la recogida, más un bono, y me gané 10 millones, entonces buenísimo, yo estaba muy contento... [...]...con esa plata yo arreglé la finca y compré el ganado (Entrevista 55, Don Ramiro, 47 años).

¹⁷⁷ En una visita a una parcela de coca, mi acompañante era un estudiante de la universidad. Él me comentó que muchos de sus compañeros tenían parcelas de coca; eso les servía para tener ingresos en el semestre y poder solventar los gastos de vivir en el pueblo. El caso de Jonathan es similar, a pesar de que no es estudiante, es una de las diferentes formas en las que la ciudad se relaciona con lo rural en los contextos cocalleros. A pesar de que el énfasis de la tesis es el área rural, es importante no olvidar que estos lazos existen.

¹⁷⁸ Trabajó un tiempo como moto-taxista y ahora trabaja repartiendo recibos de gas de la empresa local de distribución de gas en Florencia. También ha trabajado como vigilante y en construcción y vive con su pareja con la que tiene una niña.

el cultivo de coca, en el cual la comprensión de esta transición y en general estudios sobre la juventud en el campo deben ser claves para su diseño.

También es importante señalar que la propensión a cultivar no la explica un solo factor sino una serie de encadenamientos que se desarrollan desde esta transición a la independencia. El contexto de boom cocalero tiene un efecto también, por ejemplo por la normalidad con la que se hace el intercambio y cultivo de la planta, y la facilidad de la población para acceder a esta.

Las mujeres y la actividad cocalera: la desigualdad y la colaboración dentro de la unidad familiar en un contexto cocalero

En las secciones anteriores se resalta el papel de la familia campesina y la relación de su consolidación con los cultivos de coca a partir de las trayectorias de los campesinos. Uno de los elementos claves en esta dinámica es el lugar de la mujer y la experiencia campesina cocalera. Esta va desde cultivadora de coca, hasta cocinera de las plantaciones, ayudante en el laboratorio o transportadora ¿En qué consisten las trayectorias de las mujeres dentro de la actividad cocalera?

Las mujeres no son ajenas al cultivo, es decir, no es un “trabajo de hombres”. Un ejemplo es el de Eva que llegó al Caquetá como parte de las FARC pero se embarazó y con su esposo y se establecieron en un baldío, en el que cultivaron coca, y han conjugado con otras actividades como los pollos y la venta de comida en el pueblo¹⁷⁹,

nos dieron un baldío, un pedazo de tierra y sembramos coca porque es el de las finanzas. Con la coquita, ahorramos para ganado y ahorramos para la enfermedad. Eso es un proceso largo, toca trabajar mucho, toca iniciar con una gran inversión (Entrevista 38, Doña Eva, 49 años)¹⁸⁰.

Diana es otro ejemplo de la manera en que la coca se inserta en la vida de las mujeres campesinas del Caquetá. Ella nació en el Quindío pero sus padres son del Valle quienes se vinieron jornaleando y abriendo finca al Caquetá, sembrando maíz y lavando ropa y los terminaron de criar en Solano vendiendo fritanga y madera. En medio de esto, llegó la coca,

Se veía que era un producto para ayudar a la alimentación, con el maíz no valía la inversión. La coca servía para subsistir pero el problema es que las FFMM aumentaron la pelea, la fuerza (Entrevista 39, Doña Diana, 45 años).

Ellos viven en un contexto donde la coca es algo normal; como señala, la semilla es fácil, puede conseguirse prestada, fiada o se la venden los mismos vecinos. Ella participa en todo el proceso, desde el cultivo hasta el procesamiento de la pasta base y el proceso de venta del producto e insiste en que cultivan “por obligación”. También se dedican al queso, pero dependen de los altibajos del negocio. Por ejemplo, señaló que entran solo dos compradores de queso y como tienen mayor

¹⁷⁹ En algunas trayectorias estudiadas aparece esta articulación entre ingresos agrícolas e ingresos no agrícolas. Por ejemplo, tener un negocio en el pueblo pero a la vez la finca, en donde viven. Esto ocurre también con Don Gilberto, que tiene su finca y su carpintería en Belén, una facilidad que poco se pueden dar pero que es muy útil para enfrentar su situación de adulto mayor. También ocurrió con Doña Celia, que llega desplazada del Valle a abrir un restaurante en Peñas Coloradas mientras sus hijos abren finca y trabajan tanto en el pueblo como en las fincas aledañas. Esto muestra en parte que los campesinos no son actores pasivos, sino que en estos entornos tan desfavorables, usan todas las herramientas posibles para sobrevivir.

¹⁸⁰ Este es un ejemplo de cómo muchas veces las fronteras entre la coca, los campesinos y los actores armados se desdibuja. La trayectoria de Eva reta el perfil que ha construido la opinión pública como el guerrillero narcoterrorista que se enriquece con la coca. Ella como ex combatiente encuentra seguridad en este territorio pero para poder sobrevivir debe cultivar coca. Además, a pesar de haber pertenecido a las FARC compartió su sufrimiento por la pérdida de sus hijos, que se han ido a las filas de la guerrilla y de los cuales ya murieron dos.

poder de negociación por ser los únicos que entran, los campesinos están obligados a aceptar sus condiciones. En estas condiciones de escasez y coca, estas áreas rurales son muy costosas.

Ambas, tanto como Eva y Diana hacen parte activa de la producción de su unidad familiar, aportan en la reproducción social de su familia, sea en el restaurante, sea llevando la finca, incluyendo la coca. También toman posiciones sobre esta situación, justifican y argumentan la relación de la familia con el cultivo. Diana por ejemplo, dado que su esposo se ausenta por ser un líder de la comunidad, queda al frente de la finca, contratando trabajadores, al frente de los animales y también procesando la pasta base.

En ambas situaciones, como en los hombres, la coca se articula en el momento de la transición a la independencia. En el caso de Eva, una independencia marcada por la salida de la casa de sus papás, la militancia en la guerrilla, y su posterior salida por su embarazo; en el caso de Diana, se dedican a la coca al casarse con su marido. Ambas trayectorias comparten que ellas expresan que son parte activa de la dinámica productiva de la unidad familiar campesina, es decir, expresan por ejemplo que son recompensadas, que son reconocidas por sus maridos y hacen parte de las decisiones.

Esta característica no es igual en casos como el de Doña Olga o el de Doña Silvia. Ellas, al igual que Eva y Diana, hacen parte de la actividad cocalera cuando se van de la casa y consiguen su marido, ambas antes de los 20 años. De nuevo, la coca apareció en este proceso de transición a la independencia cuando hicieron su propia familia, pero la introducción de los ingresos cocaleros afectaron negativamente la dinámica familiar.

Doña Olga se fue de la casa cuando consiguió marido, a los 17 años. Se casaron, se fueron a vivir a la casa del papá de él, que tenía una finca grande mientras le salía otra opción a su esposo, y posteriormente se fueron para Solano a trabajar con la coca,

Allá estuvimos como dos años. El padrino de él tenía una finca grandísima y entonces había demasiado monte, montaña, entonces rozaba y quemaban y sembrábamos la coca [Entrevista 16, Doña Olga].

La manera en que empezaron a cultivar y procesar la hoja de coca fue a través de las redes familiares. Este proceso se los enseñó unos primos del esposo que ya vivían allá y cuando la tenían lista en forma de pasta base, la iban a vender a Solita o a Solano en un morral.

Ellos dejaron la coca por una cadena de conflictos. Ella quedó en embarazo y tuvo a su hijo, a Jonathan. A los dos años volvió a quedar en embarazo y regresó a Florencia para tenerlo y ya no quiso volver. Así lo relató,

Lo que pasaba es que el papá de mis hijos no supo aprovecharla en ese tiempo porque él era muy tomador. Siempre que se venía a vender a Solita con los primos se venían el martes y duraba por allá hasta el lunes tomando. Entonces pues cogían hasta en ese tiempo dos o tres millones y entonces hacían la remesa así y se ponían a tomar. Entonces ya, uno en ese tiempo pues no tenía la experiencia que tengo ahora, entonces pues ya después de tener el otro hijo, ya uno va madurando y va mirando más la vida y le dije que no. Le dije a mi papá y a mi mamá en ese tiempo que yo no volvía por allá. Entonces él vino y yo le dije que no iba a volver por allá. Dijo que bueno entonces ya teníamos la casita donde habíamos estado vendiendo entonces él fue y vendió allá y se trajo ya ... además porque en ese tiempo ya había empezado a bajar las ventas. Entonces ya, conseguimos acá. El papá ya tenía la finca, teníamos la casita y seguimos trabajando con el plátano y la yuca. Compramos un trapiche y seguimos con la panela también. Allá estuvimos como 5 años más [Entrevista 16, Doña Olga].

Después de irse de Solano y llegar a la finca de los papás, hubo un momento en que la situación se puso difícil porque vivían muchos en la finca, seis personas. Fue cuando decidieron ir para Florencia, compraron un lugar en la galería del pueblo y un lote en una invasión (Las Malvinas), que antes era un botadero de basura. Su esposo se fue a trabajar a la galería a vender frutas y verduras “allá trabajó como dos años y se ajuició un poquito, ya no tomaba tanto entonces ahorramos y seguimos construyendo la casita. Y acá tuve la tres niñas”. Finalmente se separó de su esposo y las cosas en la ciudad no fueron tan fáciles. Su hijo Jonathan, a los 17 años, tuvo que irse de la casa a trabajar como raspachín, para poder ayudar en el sustento de la familia, como se contó anteriormente.

Además de resaltar la importancia del momento de la transición a la independencia y de las redes familiares en su trayectoria, también es relevante señalar que al final migraron a la ciudad y se rompió el ciclo de reproducción social campesina. Sus hijos dejaron todos los lazos con el campo; por ejemplo, la nueva relación que establece su hijo, que se va de raspachín temporal, es de un joven de ciudad que encuentra en la coca una oportunidad para pasar un momento económico familiar difícil, y regresar a la ciudad. Al final Doña Olga paso de ser hija de colonos a campesina caqueteña y cocalera, y terminó como migrante pobre a la ciudad.

Además de los conflictos intra-familiares que el negocio cocalero motivó dentro de las unidades campesinas, otro fenómeno que se evidencia en las trayectorias de las mujeres que llegaron a hacer parte del cultivo de coca es lo que señalan las entrevistadas como “desigualdad” dentro de la familia campesina. Un ejemplo fue la situación de Doña Silvia cuando administraron un cultivo con su esposo.

Ambos, Doña Silvia y Don Juan, se conocieron desde pequeños en la misma vereda y se fueron a vivir juntos cuando Juan tenía 24 años. En esta transición a la formación de la familia, encontraron trabajo de administradores de una finca cocalera y ganadera. La parte más difícil, señaló Doña Silvia, la tenía ella,

Pero a mi sí me tocó duro en la finca donde estuvimos porque a mi me tocó que ir a lavar por allá en una moya, allá subir para hacer de comer, me tocaba hacer de comida a veces para 15 trabajadores porque como raspaban la coca. Cuando hay raspa de coca hay hartos trabajadores y a mí sí me tocaba ir, a mi sí me tocaba duro. A él pues no mucho porque en esa época nos parábamos juntos a las 3 de la mañana para ordeñar y de todas maneras yo estaba embarazada de Leidy, fue duro, ese tiempo fue duro (Conversación Grupal 2, Doña Silvia, 37 años).

Porque ahí le pagaban solamente a él (el esposo), a mi no me daban un solo peso. Entonces de todas maneras, mi trabajo se puede decir era perdido. Porque le iba a producir a él (el esposo), a mi no me iba a producir es nada. Y yo le lavaba la ropa y todo eso. Entonces a mi, a mi no me beneficiaba nada, a él (el esposo) sí porque él estaba bien, porque él era el que se estaba beneficiando. Y si, nosotros pues nos beneficiábamos porque nos estaba dando un trabajito, la comida pero de todas maneras no era justo (Conversación Grupal 2, Don Juan y Doña Silvia, 39 y 37 años)¹⁸¹.

Además de las diferentes formas de involucrarse la mujer con el cultivo, también la condición de la mujer y su lugar en el cultivo es un elemento central en la relación global de la unidad familiar campesina con el cultivo de coca. Por ejemplo, la insatisfacción de Doña Silvia fue un detonante para que ellos decidieran irse, dejar la actividad cocalera y mudarse a la ciudad.

¹⁸¹ En este caso, el tipo de relación contractual con el cultivo influye, es decir, ellos administran el cultivo, no son los dueños. El contrato no incluye el pago a la mujer, como ocurre cuando son mayordomos también de ganaderías o de fincas no cocaleras. No obstante se podría pensar que hay algo diferente en el sentido que ella asume que el que se está beneficiando es su esposo, no ella. ¿Si fuera una finca de otra cosa, la queja sería igual? ¿El hecho de que sea visto este cultivo con base en los mayores ingresos que genera, da una idea de que ella también debe ser recompensada? ¿Tiene más trabajo una mujer en los cultivos de coca que en los otros?

La experiencia de Marta ilustra algo similar, una situación en que la mujer presionó por romper los lazos con la coca solo que la diferencia con los casos anteriores es que la unidad familiar sí se mantuvo en el campo. En medio del boom cocalero de la década de 1980 y 1990, Marta vio cómo se desintegró su hogar. Cuando tenía 5 años, en 1978, su padre los abandonó para irse al Caguán y dedicarse a la coca convirtiéndose en un gran cultivador y no lo volvió a ver hasta los 15 años cuando quiso ir a visitarlo. Esta experiencia la marcó porque vivió el ambiente entre los hombres del cultivo de coca que recuerda estaba marcado por maltrato a las mujeres y la grosería al que no estaba acostumbrada.

En medio de este contraste entre la pobreza de su núcleo familiar y la riqueza de su padre, se fue a estudiar y a los 17 años consiguió esposo. Poco después secuestraron a su esposo para pedirle extorsión a la familia; cuando lo liberaron salieron desplazados. De San José se fueron para Solita, pero por la violencia migraron de nuevo hacia una finca que el papá de Marta les vendió la cual tenía coca, se la recibieron con dos hectáreas y al año se la pagaron. Así relata su experiencia con la coca:

Nosotros trabajamos dos años con esa coca, pero yo salí aburrida de eso, y yo le dije a él que no, que si él iba a seguir trabajando con eso, consígame una empleada porque yo me estoy esclavizando, cómo va a ser que nosotros tenemos dos niñas y las niñas escuchando todas esas palabras soeces que decían los hombres, yo no quiero que mis hijas se críen en ese ámbito, y entonces o sale de eso o buscamos otra alternativa de vida.

Nosotros acabamos con la coca, la cortamos, hicimos un arrume y lo quemamos, le echamos gasolina y la quemamos, habíamos comprado ganadito, una parte era propia y otra parte la habíamos conseguido a utilidades, ordeñábamos entre quince y veinte vacas y sacábamos 5 arrobas de queso semanales, entonces nos pusimos a vivir del queso, del ganado y resulta que ese negocio del ganado no le gustó a la guerrilla y entonces empezaron a ir a quererlo conquistar a él, lo sacaban de la casa, se lo llevaban los niños por allá en el monte, yo muchas veces me iba detrás de ellos en el monte me iba escondida para ver lo que lo llevaban a hacer a él, lo mandaban a espiar al ejército (Conversación grupal 1, Doña Marta, 43 años)¹⁸².

En este ejemplo, la mujer también fue un motor para dejar la coca dado el contexto de violencia, desigualdad y conflicto en el que esta se desarrolla al que ella no estaba acostumbrada.

Una situación que ilustra otra cara de la moneda de esta relación de la mujer, la unidad familiar y el cultivo de coca se encontró en una visita de campo a una finca cocalera a la cordillera. Don Roso comentó a manera de chiste que ya no mantenía a su esposa, porque ella tenía su propio pedazo con coca a lo que su esposa comentó entre risas “la comida la da él... mi trabajo es mío, es para mí”. Lo que señalaron es que todos tienen “su codito aparte”¹⁸³: el papá, los hijos y la esposa. El cultivo para ellos es explotado por cada uno de los integrantes de la familia de manera independiente entre otras, como lo señalaron, para impedir la separación de la unidad familiar. La esposa de don Reinel también señaló que la coca les permitía en otras épocas irse al pueblo a disfrutar, les servía para la fiesta. Lo que hacían era que ambos bajaban al pueblo a vender la pasta base y se acompañaban tanto en las compras familiares como en “la cerveza”. En este caso, la mujer también se involucra en la venta y además cada miembro de la familia tiene una parte de los ingresos para sus propios gastos¹⁸⁴.

¹⁸² La historia de vida de Marta muestra las dificultades de hacer la vida en una zona en conflicto. Después de esto, se llevaron a su esposo al Caguán, de donde tuvo que ir la familia a sacarlo, los amenazaron y boletearon. Finalmente tuvieron que salir desplazados “que si nosotros no cultivábamos coca era porque estábamos en contra de ellos”

Allí duraron siete años, hasta que el entorno se hizo cada vez más hostil, con la llegada de los paramilitares (“pero no eran paramilitares, era el mismo ejército el que llegaba y se camuflaba y se iban allá a tomarle fotos a la gente y se hacían pasar por paras”). Tuvieron que salir desplazados otra vez, dejando botado todo, y llegaron a donde viven ahora, en la finca que les dejó la mamá más cerca de Florencia y a Nestlé, a quien le venden leche y han logrado cierta estabilidad económica.

¹⁸³ El “codito aparte” es una parte de la finca, menos de una hectárea.

¹⁸⁴ Esto ocurre con la coca pero también con cualquier cosa que les pueda dar unos ingresos. Sus hijos estudian internos entre semana en el colegio del pueblo cercano, así que en temporadas de aguacates, les mandan para que vendan allá y sus hijos puedan tener dinero para solventar los gastos de la semana.

Finalmente, la coca también es una de las tantas actividades que una madre soltera puede ejercer para sobrevivir. Al contrario de un peligro para su estabilidad familiar, a falta de ella, la actividad cocalera aparece como una fuente de sustento. Esto ocurre con Belén y con María. Cuando María quedó en embarazo de su segundo hijo, su esposo la presionó para que abortara. María huyó y buscó un lugar donde pudiera vivir y tener a su hija. Encontró que una alternativa era irse a trabajar en un plante de coca, entonces se fue para el Caguán a cocinar para 30 o 40 raspachines. En total eran 78 trabajadores que dormían en los árboles para evitar los animales de la selva en la noche y ella fue parte de los trabajadores de las grandes plantaciones de coca que se extendieron en el Caquetá durante la época del boom cocalero de la década de 1980. En medio del cocal tuvo a su hija y después de eso, salió un tiempo y regresó a trabajar con “la patrona”. Sobre esta experiencia recordó,

Y con la coca, eso fue bonito. La cucha¹⁸⁵ con la que trabajaba metía eso. Yo tenía 15 días de estar allá y yo le arrimaba a ella eso y me dijo *hágale*. Pero yo me puse muy brava, le dije que si a ella le gustaba eso era a ella, pero usted sabe que conmigo nada. Yo no le jalo a eso. Ella no me dejaba salir de allá. Ella me dijo usted es muy verraca pero ella era pura mafia. Yo le pagaba a los trabajadores, eso era con tulas de plata, como si fuera yuca y plátano a vender. Pero me tenía mucha confianza y siempre decía, lo primero es María. Como será que me iban a matar de la envidia que me tenían por mi relación con doña Flor (Entrevista 45, Doña María, años 52).

Su familia creció, tuvo más hijos y tras las dificultades con sus parejas, tuvo que hacer de madre soltera una gran parte del tiempo. Posteriormente, las difíciles condiciones económicas la llevaron a trabajar como “mula” o transportadora de pasta base o cocaína,

Yo aprendí a trabajar honradamente. Pero estaba muy mal económicamente y me puse a transportar cargas con la droga de Curillo a Florencia. Me tocó con unas mellizas. Yo estaba muy mal económicamente, pero llegué bien. La descargué y ya. Me mandaron la plata. Yo solo pensaba en mis hijos, los dejé donde una señora. La primera vez yo salí de noche y nos tocó quedarnos en un hotel esa noche con dos tipos. Yo decía, donde se vengán yo no sé que hacer. Porque la mafia es eso, drogas, trago y sexo. Yo pensaba, que tal me obliguen a quedarme con ese tipo y yo no pude dormir esa noche, yo rezando. Yo sabía que eso era así pero tocaba (Entrevista 45, Doña María, años 52).

Después de esto decidió irse para la ciudad por el temor por el orden público. La manera en que se instaló en Florencia fue invadiendo un lote, hasta donde vivió hasta hace poco. Este lote estaba sobre el lecho de un río por lo que en una inundación perdió casi todo. Al vender allá, se fue a vivir a una nueva invasión a las afueras de Florencia y trabajó como aseadora.

En esta trayectoria, lo que se encuentra es un continuum entre la ilegalidad de la actividad dentro de la economía de la coca, tanto como cocinera como mula y la informalidad del acceso a garantías básicas como la vivienda (tiene que invadir un terreno y vivir en un barrio “pirata”), acompañado de empleos de muy baja remuneración como el de aseadora. Esta trayectoria está marcada por la necesidad de sobrevivir con su familia en un contexto de pobreza muy agudo. Para una mujer en estas condiciones, la coca es una opción inevitable y por eso casos de crisis ella señale “y busqué la selva”. La selva fue su oportunidad de sobrevivir.

En estos ejemplos de la situación de las campesinas a diferentes circunstancias, como colonos, campesinas, cocaleras, desplazadas o migrantes pobres e informales en la ciudad, la coca aparece como una opción para sobrevivir tanto a las angustias de la violencia como los de la pobreza.

¹⁸⁵ La mujer

Las campesinas cocaleras entrevistadas han mostrado que ellas participan también dentro de la actividad cocalera, a pesar de que se relacionan de diferentes formas. Algunas se involucran al mismo nivel que el esposo, sin mayores diferencias en las tareas pero otras enfrentan la desigualdad de remuneración o las dificultades de un ambiente hostil, particularmente en la época del boom cocalero, cuando la prostitución y el trago fueron un denominador común en la vida cotidiana de los pueblos y las familias caqueteñas.

En los ejemplos encontrados, la satisfacción o insatisfacción de la mujer frente a su situación puede ser una razón de rompimiento de la unidad familiar con el cultivo de coca. Finalmente, la actividad cocalera es una opción para mujeres en condición de vulnerabilidad, como las madres solteras, que encuentran en esta actividad una manera de percibir ingresos y sobrevivir con su familia.

Los tipos de pequeños cocaleros: ingresos cocaleros y aspiraciones

Los campesinos cocaleros no son un grupo homogéneo, pues a pesar de que hacen parte de la economía de la coca, tienen trayectorias, intereses y aspiraciones diferentes. Una manera de aproximarse a esta diversidad es comprender las relaciones y expectativas que establecen con el campo y la ciudad y a la manera en que utilizan los ingresos de la coca en sus unidades familiares. Con base en esta diversidad construimos tipos de cultivadores de coca según el nivel de dependencia de los ingresos cocaleros sobre el total de ingresos de la familia campesina, el tipo de estabilidad económica que le otorga estos ingresos y sus aspiraciones.

Un primer grupo son aquellos que tienen cultivados aproximadamente entre tres y cuatro hectáreas y que dependen exclusivamente de los ingresos cocaleros. Es un poblador rural eminentemente cocalero al que denominamos coquero o cocalero campesino. Esto les ha dado una estabilidad económica que les otorga niveles de consumo diferentes a los de los demás campesinos pero sus raíces son eminentemente rurales.

En otro grupo están aquellos que cultivan coca, principalmente menos de 3 hectáreas pero también tienen otras actividades dentro de su finca, como la agricultura, la piscicultura o la ganadería y cuyo interés es permanecer en el campo. Estos son denominados en esta investigación como los campesinos cocaleros.

Entre los dos tipos señalados anteriormente, hay un tipo de campesino cultivador de coca que se caracteriza porque su aspiración es principalmente ahorrar para irse del campo a la ciudad. Este es denominado cocalero migrante.

La coca como el camino de vida: coqueros o los cocaleros campesinos.

El primero de ellos es el “coquero”, que es un sujeto o unidad familiar cuya principal y casi exclusiva fuente de ingresos es la coca. Son hijos de campesinos y viven en el campo y la dinámica productiva de la unidad familiar gira en torno al cultivo de la coca y procesamiento de la pasta base.

Un ejemplo es Federico (39 años), que vive en “la vega” con su familia, su esposa y tres hijos. Su casa es de madera, con una sala abierta, sin ventanas, como las casas campesinas, pero con

energía solar, lo que le permite tener un refrigerador, un televisor y equipo de sonido, algo muy extraño en el ambiente rural, por ejemplo, estos aparatos contrastaban con el piso de tierra de la casa. La cocina tiene un fogón de leña con una placa que confirma que fue construida con el apoyo del Plan Consolidación y al lado de la sala hay tres habitaciones pequeñas. Sus tres hijos, dos adolescentes y una niña de unos 11 años, estaban en la sala; la hija tenía un teléfono en la mano y estaba escuchando música por unos audífonos, otro hijo tenía una tableta y el mayor estaba viendo televisión. Afuera de la casa estaban estacionadas dos motos y alrededor de la casa solo más planicie sin árboles, selva deforestada, ganado, cultivos de pancoger, una carretera de terracería y una escuela veredal a 100 metros.

Detrás de la casa esta el cuarto de las herramientas, como en general en las casas campesinas, donde se guardan los químicos, abonos, la comida de los animales y los útiles de la labor del campo. También hay un plástico negro extendido en el que se seca al sol la pasta base, una harina húmeda con un color entre amarillento y blancuzco. Según Federico, ahí se estaba secando un kilo.

Saliendo de la casa, a unos dos o tres metros, había un espacio techado con plástico y palos de madera, donde se hace el procesamiento de la hoja de coca. Ahí están los botes de gasolina, la hoja de coca picada, la guadañadora y el resto de químicos para el procesamiento. Según nos comentó Federico, la última vez que había recogido y procesado hoja había sido hace 44 días.

Después de mostrar el lugar, Federico dijo que quería enseñarnos “la mercancía”. En uno de los cuartos, sin puertas, solo con una cortina, había colgadas tres mochilas. De una sacó 8 bolsas de plástico que guardaban la pasta. Cada una tenía un kilo; las guardaba esperando a que mejorara el precio para venderla. Haciendo cuentas aproximadas, si el gramo estaba a 2000 pesos (un precio optimista), esas ocho bolsas constaban alrededor de 16 millones de pesos, en ese momento 5.300 dólares.

Alrededor de la casa, a unos 30 metros, estaba el cultivo de yuca y caña, para el consumo de la casa, y un poco más lejos estaban los plantes. Uno cercano tenía alrededor de una hectárea, estaba en la ladera de una montaña. Federico caminó entre las matas, que estaban “copositas”¹⁸⁶ y más altas que él, tocándolas cuidadosamente, como saludándolas. Cuando caminábamos afirmó orgulloso “¿ya le tomó fotos?”.

Otro cultivo estaba más lejano, caminando unos 500 metros. Eran alrededor de 5 hectáreas y lo cultivaba en compañía. Este último estaban fumigándolo con una bomba estacionaria, la tecnología de la que hablaba un campesino en otra entrevista. En este último cultivo, estaban esperando los últimos días para empezar a raspar coca; el avistamiento de un avión que pasó como señal de fumigación los tenía preocupados.

El paisaje alrededor de esta finca era típico de la deforestación de “la vega” caqueteña; estos cultivos estaban completamente a la vista y los acompañaban extensos potreros en el que había una que otra res. No había forma de esconderlos ni tampoco lo hacen porque la hoja de coca, entre más sol, mejor da el rinde.

Federico llegó al Caquetá a los 5 años, su familia venía de Cundinamarca (“duramos tres días para llegar acá, es que allá no había que hacer y hacía mucho calor”). Posteriormente cuando se casó, le compraron la finca al suegro, y pusieron ganado y coca, logrando una estabilidad económica para su familia por más de una década lo que le permitía consumir cosas que no eran comunes en el campo

¹⁸⁶ Llenas de hojas

[motos, tabletas, televisor, refrigerador, teléfonos inteligente, etc.]. También con estos ingresos le pagaba el estudio a sus dos hijos a un pueblo cercano y estaba dispuesto a pagarle la universidad al mayor de sus hijos que acababa de salir de la escuela¹⁸⁷.

Cuando se le preguntó sobre qué pensaba hacer en el futuro, cómo se veía él en 20 años, pensó por unos segundos y respondió poco después, “yo... estar igual, no veo nada...mmmmm, más plata, seguir así pero con más plata”.

El reto entonces es definir al coquero ¿qué relación establece con la tierra, con sus raíces campesinas y su futuro y el de su familia? A diferencia de otros que ya se han ido a vivir a la ciudad, que han migrado, ellos permanecen en el campo, pero cada vez más alejados de las formas tradicionales de producción y consumo del campesino. Su unidad de producción familiar depende menos de la mano de obra familiar, que tiene patrones de comportamiento diferentes como por ejemplo que los hijos estudien en el pueblo.

La coca como un paso para migrar a la ciudad: el cocalero migrante

El segundo tipo de cultivador de coca se refiere al que termina migrando a la ciudad con el ahorro que la coca, en algunos casos mínimo, les permitió hacer; el que encuentra en la coca una opción económica para irse al pueblo. Este es el caso de Don Ramiro y de Doña Olga que se dedicaron a la coca provisionalmente e invirtieron en la ciudad, sea en una casa o en un lote, para finalmente dar el salto: A Doña Olga le alcanzó para comprar un lote con su esposo en un barrio de invasión en Florencia donde aún vive y Don Ramiro logró aprovechar los ahorros invirtiendo en un negocio, en una finca más cerca de Florencia y en una casa ahí.

Tanto en los coqueros como en el campesino migrante a la ciudad, se establece una nueva relación entre lo rural y lo urbano. En estos casos la reproducción social del campesino se ve truncada, tanto porque las nuevas generaciones están más cercanas a los pueblos y las ciudades por ejemplo mediante las rutinas de consumo, como porque su aspiración última es irse a vivir a la ciudad. La coca es un mecanismo para tanto suplir estos intereses de consumo como para invertir en la ciudad, en una casa, en un lote o en la educación de los hijos.

La coca para permanecer en la finca: el campesino cocalero

En el otro grupo están los campesinos que tienen ingresos con la coca pero no dependen solamente de esta, también tienen ganado o agricultura. Además, aquellos cuya aspiración no es seguir con la coca sino lograr un ahorro suficiente para invertir en la finca y lograr en un futuro dejar la coca, es decir, que a través de lo ilegal encontrar el camino para lo legal. No sobra insistir que la

¹⁸⁷ Sus dos hijos mayores afirmaron querer estudiar ingeniería de sistemas. El mayor había presentado el examen para la Universidad de la Amazonia pero no había pasado y estaba pendiente de cupos extras que abrieran. En un contexto rural no deja de llamar la atención que un joven quiera estudiar ingeniería de sistemas, cuando no ha tenido acceso a computadores de la misma forma que un joven de la ciudad. Este es un ejemplo también de este grupo social campesino “coquero”, son hijos de campesinos pero sus dinámicas de consumo y producción no son las tradicionales, por ejemplo sus aspiraciones al estudio en el pueblo. Esto tiene impacto sobre sus aspiraciones y fractura, en este caso por ejemplo, el ciclo de reproducción campesina. Son jóvenes que entran en una relación diferente con lo rural y lo urbano, y donde la opción de permanecer en el campo se hace cada vez más lejana. El reto entonces es ¿cómo definir a este campesino? ¿esta relación del campesino con la tierra?

aspiración de estos campesinos es permanecer en el campo, en su finca, a diferencia de los individuos estudiados en los apartados anteriores.

Ellos mismos señalan que viven en un “círculo”, que se rompe cuando superan la dependencia económica de la coca. La mayoría de los campesinos entrevistados se ubican en el grupo que todavía depende de esta actividad ¿En qué consiste este círculo “vicioso”?

Don Javier por ejemplo vive de las dos cosas, tanto de la coca como de la finca,

la coca es un cultivo artificial, sirvió en una época pero no porque fuera fácil, la semilla costaba 20 mil pesos. Yo cambié una bestia mular por semilla, 40 arrobas. En total fueron 800 mil por semillas y las trasladamos 2 horas en tres viajes, mas el flete, mas el jornal. Y de ahí a picar y sembrar. Ahora es diferente, si uno se pone a cultivar 1 hectárea, ahora se van 12 millones de pesos, antes era la mitad... []... No es una producción estable. A veces da, otras veces no.

[.....]

Se ve uno obligado a cultivar coca, subsistíamos de panela y de cerdos antes pero ya no podíamos tener marranos porque la vecindad es muy cerca. La panela no era negocio. La familia creció, hubo más necesidades. Ni maíz, ni yuca ni panela, mucho pasto. Solo compran lo de afuera entonces nos vimos obligados a cultivar coca porque la coca ha sido algo que lo hemos cultivado es por necesidad, por el abandono que nos tiene el gobierno. No hay vías, solo trochas, no había alternativa. Por mucho que uno quisiera pancoger, no se podía. La comida es indispensable pero no es una alternativa (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

Esta idea del cultivo de coca como un paso en la búsqueda del campesino hacia una estabilidad económica en el campo caqueteño los lleva a insistir en la idea de que esta actividad cocalera “es artificial”. Por esa razón afirman “no hay que abandonar la finca”.

Otro ejemplo es el de Evaristo cuya vida se ha desenvuelto “en todo el Caquetá”. Esto porque ha sido desplazado de manera violenta de muchos lugares así que ha vivido tanto en las zonas rurales como en el pueblo. Entre este desarraigo e itinerancia en el sentido de Graciela Uribe, afirma,

Yo he cultivado de todo, yo he cogido arroz, he voliado machete, azadón, pala, hacha, porque en ese tiempo a principio el asunto de las motosierras, hacha, también he cultivado la coca (Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años).

La primera vez que cultivó coca lo tuvo que dejar abandonado porque llegó la arremetida del Ejército al M-19 y huyó a Zabaleta donde cultivó maíz y coca pero de nuevo tuvo que salir desplazado porque temía por su vida y la de su familia. De ahí viajó a Cartagena y sembró coca hasta que se la fumigaron.

El círculo más que un elemento literario, es la manera en que los campesinos relatan su dependencia a la coca y la dinámica de la economía rural legal,

Siembra uno el maíz, una carga de maíz no vale nada, entonces qué puede hacer uno, volver a sembrar coca, lo más que uno ha conseguido entonces se vuelve y se siembra otra hectárea y vuelven y se la fumigan y entonces buscamos otro vadito y otra vez sembrar, entonces eso se vuelve como un círculo vicioso porque uno no halla más que hacer

[...]

El gobierno no le brinda a uno la oportunidad de sembrar alguna otra cosa, que le produzca, un bienestar para uno definitivo, unos a veces dice bah! yo no briego mas con eso, pero la necesidad lo hace que uno vuelva a sembrar y le insista y le insista... y hace que uno insista y eso es lo que nos pasa a muchos campesinos (Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años).

Ese círculo vicioso que muchos campesinos explican tiene que ver con salir de la coca, cómo utilizan la coca para invertir en una actividad legal por ejemplo la ganadería. Es queriendo zafarse de ese círculo vicioso que terminan enredados, como señala él,

Entonces uno ya se ha conseguido una o dos vaquitas, pero pues qué hago yo con dos vaquitas no tengo gran cosa ahí dos vacas ¿para qué? Entonces las vendo y mejor voy a sembrar, voy a poner otra hectárea de coca para ver uno qué consigue y sí hace uno unas dos cogiditas y vuelve uno ahorra uno, para animal, cuando toca otra vez, y toca vender otra vez y ahí vive uno por vivir, pero uno no puede muchas veces ahorrar (Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años).

Él lo plantea en términos de sobrevivencia, o es sembrar o es morir de hambre. Tal vez migrar fuera del campo, a la ciudad,

Es lógico a todos nos da miedo [sembrar coca], pero primero que todo está la sobrevivencia de uno. Es como el asunto de estos paros, pues uno se viene acá arriesgando muchas veces hasta la vida, pero pues a uno le toca, es algo que por uno no quisiera pero yo me someto a lo que sea porque qué más hago, ¿qué puedo hacer?! (Entrevista 24, Don Evaristo, 58 años).

Una situación similar es la de Don Francisco, un campesino que también resalta la responsabilidad de mantener su familia en las condiciones agrícolas del Caquetá y señala a la coca como una opción para poder, a diferencia de los cocaleros migrantes, mantenerse en el campo, en su finca.

Don Francisco describe el momento en el que llegó al Caquetá como “un auge de la coca muy tremendo” que solo enriqueció a unos pocos, o como señala “solo sirvió de instrumento para algunas personas para llenarse de plata. El campesino nunca se ha enriquecido, todo lo mandan para afuera”. Esa época la describió como un periodo con muchas personas cultivando coca, “el más pequeño tenía entre 3 y 4 hectáreas y todo el mes se cogía hoja de coca. Eso era el 87” (Entrevista 32, Don Francisco, 50 años).

Llegó de Cali, después de que su madre salió del campo por el miedo a La Violencia y su papá se había ido a vivir al Caquetá. Buscándolo, llegó al Caquetá donde se encontraron y su padre le regaló 10 hectáreas; desde esa época empezó a cultivar coca y sigue haciéndolo aún,

Eso fue hace 20 años, yo no he hecho nada con esa coca, no deja nada. Uno nunca le saca cuentas a las cosas, si saca cuentas de lo que hace el campesino arreglando vías y trabajando por lo que el Estado no hace, no hay como.

Actualmente vivo de los pollos, del ganado avaluado y de la coca¹⁸⁸. Tengo 8 hijos y vivo en Solita. No nos hacemos ricos, apenas vivimos con eso y eso porque especulan los precios los comerciantes en el campo, mientras acá la panela cuesta 2700 pesos, en la región cuesta 7000. Todo es más caro allá. (Entrevista 32, Don Francisco, 50 años)

El pequeño cultivador de coca así vive en este círculo de desventajas que no le permite dejar la coca, y que contrasta con la idea generalizada de un campesino que se enriquece y vive entre lujos. Entre la agricultura, la ganadería y la coca, el campesino reparte su finca, dividiendo aspiraciones, formas de uso del dinero e inversión diferente para cada una de estas.

¹⁸⁸ El ganado avaluado es una modalidad muy extendida en el campo caqueteño de manejo de la ganadería, principalmente por parte de aquellos que no tienen capacidad de comprar animales pero sí tienen la tierra. Ellos reciben un ganado avaluado, lo cuidan y producen leche, queso o carne, y cada cierto tiempo (cada año por ejemplo), hacen las cuentas con el dueño del ganado sobre los nuevos animales y la producción que se extrajo de ahí. Este último proceso se denomina “liquidar” el año. Es una especie de renta del ganado.

Comentarios finales

La ilegalidad no es una característica “intrínseca” de los campesinos cultivadores de coca o una condición estática de los individuos; esta es una condición a la que se llega o se sale en contextos y circunstancias particulares. En el caso del Caquetá está involucrado el contexto de violencia y pobreza rural; la ilegalidad es la culminación de trayectorias influidas por “la lucha contra las drogas” como por la crisis rural. De esta forma, “la ilegalidad” es una forma de insertarse en la sociedad, de suplir unas expectativas, pero, es importante insistir, que no dejan de ubicar a los cultivadores en una posición desventajosa.

Las experiencias de los campesinos cocaleros se convierten en unidades de análisis central para comprender la manera en que se teje la actividad cocalera en sus múltiples dimensiones. Un eje central de lo que se encuentra en sus trayectorias de vida es el ciclo de acumulación de desventajas en el cual uno de los eventos más radicales es la desintegración del hogar a raíz de la violencia, la pobreza o los accidentes familiares.

Las trayectorias de los campesinos cocaleros son complejas y están atravesadas por una acumulación de desventajas que vienen desde su desplazamiento (forzado o no forzado) a la región. La propensión de los campesinos a cultivar aumenta cuando ha habido fracturas en su unidad familiar por causa de la pobreza y la violencia, unas condiciones que como se ha explicado en los capítulos anteriores, vienen de problemas estructurales del campo colombiano. Esto les hace más difícil enfrentar procesos sociales y familiares como la transición a la independencia y más fácil introducir a la coca en su vida campesina que llega a estos en forma de una manera de satisfacer sus expectativas de mejoramiento.

Las trayectorias educativas están marcadas tanto por las dificultades materiales y coyunturales para acceder a la educación (falta de infraestructura, el conflicto armado) como por el discurso de las expectativas de mejoramiento social que trae consigo en diferentes contextos, tanto urbanos como rurales; así el campesino y la campesina se mueve entre la apuesta por la educación pero la incapacidad de garantizarla.

La educación está compuesta por caminos fragmentados que muestran cómo entran y salen de la escuela hasta avanzada la edad adulta. Algunos afirman cierta culpabilidad a la hora de ver truncados sus estudios pero la gran mayoría resalta los obstáculos como la pobreza, las distancias y la violencia como causante de estas rupturas. Así mismo se resaltan las dimensiones de género que impidieron particularmente en las de mayor edad el acceso a la educación, consecuencias que se van a hacer más explícitas a la hora que las mujeres jóvenes deciden irse de la casa rural buscando estudiar en los pueblos. También se evidencia manera en que los campesinos conciben su “falta de educación” como la causa de que no puedan migrar a la ciudad (cuando aspiran a esto) o mejorar sus condiciones sociales, por lo que terminan considerándose a sí mismos como *ignorantes*.

En este contexto, la educación se vuelve un mecanismo para aprender a escribir, a leer y sumar pero difícilmente se convierte en una alternativa real de sobrevivencia para los campesinos en este contexto, no está conectada a su medio rural, en términos de infraestructura es difícil de acceder, no compite con la coca que atrae a los niños desde la escuela, la mano de obra para *la raspa*.

Un momento central en la acumulación de ventajas o desventajas es la transición a la independencia, que se convierte en un paso trascendental en el que esta desintegración familiar se materializa como una desventaja donde los campesinos viven las consecuencias de iniciar de cero o con el apoyo de su hogar. La manera como esta es vivida por los campesinos va a ser determinante a la hora de llevarlos a cultivar o no cultivar coca, según se evidencia en las entrevistas ya que la mayoría de los campesinos entrevistados con rupturas en sus transiciones terminaron cultivando coca.

Es en este momento en que la coca se introduce en la vida de los campesinos entrevistados, como una actividad que suple las expectativas de mejoramiento de los campesinos. En medio de un territorio en el que casi todos cultivan a su alrededor, esta expectativa es “normal” y el mecanismo por el cual ocurre esto es a través de la difusión del oficio cocalero a través del ser raspachín, principalmente. Y en el proceso inverso, uno de los factores que llevan a salirse de la coca es la manera como la mujer se inserta en esta actividad; cuando hay formas de desigualdad y hostilidad muy marcadas en la dinámica de la participación de la mujer, las campesinas entrevistadas buscaron salirse de la actividad.

La manera en que los entrevistados llegan a ser campesinos cocaleros está fuertemente relacionada con las dinámicas de la unidad familiar campesina, particularmente con el “abrirse de la casa”, la transición a la independencia. En este momento, la juventud campesina cambia el “irse a jornalear” por “irse de raspachín”, es una etapa fundamental para resolver problemas materiales de la reproducción campesina y también es un eslabón central para comprender la expansión y persistencia de la coca; la transmisión del conocimiento (la actividad cocalera es un oficio) hasta la preparación para el riesgo de los campesinos se hacen en esta etapa. De ahí que por un lado, se insista en la necesidad de estudiar más a la población de “raspachines” y en la necesidad de profundizar el conocimiento sobre esta juventud campesina y las políticas públicas que los cobijan como parte de la solución para impedir la expansión de los cultivos de coca en la región.

Este proceso de acumulación de desventajas tiene una dimensión diacrónica y otra sincrónica. Las primeras refieren a unas condiciones que se arrastran desde que los campesinos andinos se convierten en colonos; los cocaleros como colonizadores o hijos de colonos inician su nueva vida con recursos, capitales o redes insuficientes que les impiden articularse al mercado agrícola fácilmente; quienes las han superado tras una crisis de la unidad familiar ha sido porque han sido beneficiarios de algún tipo de apoyo del Estado como acceso a la propiedad de la tierra o a créditos (no a transferencias condicionadas). Partiendo de esta desventaja, los colonos caqueteños buscan levantar sus familias y sus proyectos productivos.

La dimensión sincrónica de las trayectorias de desventajas tiene que ver principalmente con los efectos de la guerra y la pobreza, que se refleja en asesinatos, amenazas, enfermedades o accidentes que atentan directamente contra la unidad familiar campesina. La vulnerabilidad de la familia campesina implica que sus integrantes van a enfrentar las transiciones a la independencia de manera fragmentada y en desventajas: deben irse antes de la casa, se van sin el apoyo de la familia, deben esperar más tiempo buscando estabilidad económica, las mujeres se van cuando consiguen marido, deben trabajar en la casa para sostener a sus hermanos y reemplazar el rol que ocupaba su padre o madre. Antes esta situación, la coca es la oportunidad que tienen para lograr esta independencia; el primer paso generalmente es ser raspachines.

Al estudiar la unidad familiar campesina es inevitable resaltar el rol de la mujer en esta actividad cocalera. El trabajo de campo mostró que cumplen diversos papeles, algunas se involucran al mismo nivel que el esposo sin mayores conflictos mientras otras enfrentan la desigualdad de la remuneración o las dificultades del ambiente hostil (particularmente en la época del auge de la coca), cuando se extendieron tanto la prostitución como las cantinas en la vida cotidiana de los pueblos caqueteños. Entre las mujeres entrevistadas, se encontraron ejemplos que la satisfacción o insatisfacción de la mujer frente a estas situaciones fue clave para la separación o permanencia de la familia en el cultivo de coca.

Un énfasis de que suele hacerse en los estudios y las políticas públicas sobre los campesinos cocaleros es que son un grupo homogéneo. Lo que muestran sus trayectorias es que a pesar de que comparten condiciones críticas en su proceso de consolidar la economía y vida campesina, a la hora de cultivar coca hay diferentes grupos, divididos por sus aspiraciones (una concepción de lo que es el campo y la ciudad, que se verá en el siguiente capítulo) y por la manera en que insertan la actividad cocalera en la vida productiva de su hogar campesino.

A partir de las entrevistas se pudo determinar tres grupos de campesinos relacionados con la coca: los campesinos cocaleros, los cocaleros campesinos o *coqueros* y los que migran a la ciudad, *cocaleros migrantes*. Los tres establecen diferentes formas de relacionarse con la coca por lo que las políticas públicas sobre la lucha contra el cultivo debe tenerlas en cuenta: el pequeño campesino, el que tiene entre 1 y 2 hectáreas, y donde la coca es solo uno de los apoyos que tienen para poder mantenerse en el campo y su aspiración es mejorar la finca. El otro grupo que se denomina como coqueros, de raíces campesinas pero que su sustento principal es la coca y cuya aspiración es seguir en esta. Y tercero los que utilizaron la coca para dar el salto e irse a vivir en la ciudad, dejando sus raíces campesinas.

Lo que muestra esto también es que las representaciones dentro de los cocaleros sobre qué es la pobreza, qué les ofrece la coca, qué ponen en riesgo, qué les ofrece el campo y qué les ofrece la ciudad tienen que ver con la manera en que se involucran con el cultivo de coca. Elementos como las aspiraciones en la ganadería o el rol del hogar y la mujer en este también influyen en la decisión del campesino de cultivar o dejar de cultivar. Hay una construcción de expectativas y aspiraciones sobre su vida, a partir de la educación, de su hogar, de la manera en que se ve la ciudad y el campo, que es necesario revisar, como se hará en el siguiente capítulo.

Lo que se pretende resaltar con esta tipología que parte de las aspiraciones y el papel de los ingresos en la familia cocalera también es que ninguna ventaja o desventaja es por sí misma un elemento ahistórico y arbitrario sino que son basadas en las representaciones de los campesinos de lo que es válido, de lo que merecen, de lo que aspiran. Esto permite desmoralizar el tema de las trayectorias de los campesinos de si van por buen camino o por mal camino reflexión que queda en un camino cerrado si consideramos a la coca en sus vidas como una ventaja que rompe el ciclo de acumulación de desventajas. La coca es una opción que les permite sobrevivir y el lugar que ocupa en la familia depende de las aspiraciones de esta, por ejemplo, los usos de los ingresos, se convierte en “ventaja” o “desventaja” en la medida que se articula con la manera de legitimarla, representarla en sus vidas. Esta aproximación permite desmarcar el debate en torno a los ingresos cocaleros como un escalón al enriquecimiento fácil por parte de los cocaleros (que contradice la realidad dada la persistente pobreza rural que se evidencia en el campo), que se contradice con los comentarios de los campesinos cuando señalan que ellos tienen derecho a mejorar.

Es necesario establecer diversas políticas públicas que permitan maneras menos penalizadoras y más acordes a sus diversas realidades. La intención no debe ser eliminar el cultivo de coca sino crear mecanismos integrales de articulación de estos grupos con la sociedad urbana y rural, es decir, formas de integración dignas. La acumulación de desventajas a lo largo de la vida de los campesinos se convierten en obstáculos difíciles de superar para ellos y donde la coca permite satisfacer sus expectativas, socialmente construidas, aunque no signifique con eso superar la pobreza. Aún siendo cocaleros, mantienen niveles de vida por debajo de los indicadores de pobreza y de necesidades básicas; sus trayectorias desmontan los discursos que culpabilizan al campesino de apuesta por la ilegalidad, que los tratan como “desviados” o que lo definen como parte de un grupo homogéneo, como un cocalero, hombre, con intereses en el enriquecimiento fácil y sin lazos con la tierra o con la familia.

CAPÍTULO 7. Salvados por la coca, condenados a cultivarla: ilegalidad y sus legitimidades en la actividad cocalera

Don Andrés era cultivador de coca y en la entrevista sobre su vida, comentó que la gente cultivadora de coca era muy “porfiada”, que él la había dejado pero que todavía había gente que “molestaba con esa coca”. Se presentaba así una ambivalencia, él cultivaba coca pero no era “esa gente porfiada”. Esta situación se hizo recurrente en las entrevistas, esta urgencia de los pequeños campesinos por presentar a la actividad cocalera como una actividad legítima bajo ciertos parámetros, por ejemplo al argumentar que ellos lo hacían por necesidad y eran diferentes a la mafia y a los que sí “molestaban” con eso como los coqueros. De ahí, surgió la pregunta, quiénes son esos diferentes grupos y de qué manera a partir de la ilegalidad se construyen diferentes formas de legitimarla ¿Cómo se construye por parte de los pequeños cultivadores de coca este intrínquilis entre la ilegalidad de la actividad y la legitimidad del cultivo?

La presencia de la coca se percibe en un *continuum* que va de la salvación (la actividad que permite realizar sus aspiraciones, mejorar su vida en el camino en que ellos desean, cambiar sus patrones de consumo y tener la vida deseada en un contexto de precariedad) hasta la condena o la obligación (trae consigo violencia, contaminación y descomposición social a cambio de poder tener estos ingresos que sólo les da apenas para vivir y de los cuales quieren prescindir). Esta tensión entre la coca como salvadora pero también como castigo está presente en la vida cotidiana de los cultivadores de coca y con base en esta se construye la legitimación de esta actividad.

Ambas, la salvación y la condena, han sido formas de legitimar la actividad cocalera por parte de los campesinos. A diferencia de lo que plantean las concepciones ortodoxas sobre el estado, la legitimidad en este caso no es inherente a la legalidad, es decir, la ley del estado por sí misma no es legítima sino que entra en resonancia con otras percepciones de lo legítimo en la vida cotidiana de los actores¹⁸⁹. Esta resonancia permite matizar el papel de la legalidad; en este contexto la legalidad no pierde sentido, es decir, la ley del estado sigue siendo un marco común del lenguaje y de poder, solo que es significada, argumentada y articulada a la vida de los cultivadores de coca de formas más complejas que la dicotomía básica legal-ilegal, como se verá a continuación.

¿Cómo los individuos legitiman lo que es considerado ilegal por el estado? Esta pregunta entraña la conflictiva relación de los pobladores rurales del Caquetá y el estado colombiano. Los cultivadores de coca tienen trayectorias que han acumulado una serie de desventajas y que encontraron en la actividad cocalera una forma de resolverlas. A partir de esto, se busca mostrar que la relación que establecen con la coca no es homogénea, sino hay diferentes tipos de actores involucrados en el cultivo, entre ellos el pequeño campesino cocalero o el coquero. Desde su posición de pequeños cultivadores perciben la coca bajo esta tensión, la de la coca salvación o la coca condena; la manera en que integran esta actividad en su vida influye en la manera en que la legitiman. En el fondo implica una discusión sobre la relación del campesino con los discursos criminalizantes del estado y de la política global de la lucha contra las drogas.

¹⁸⁹ Esto no significa que se anula tampoco. Es importante insistir en el término resonancia, es decir, entra en un proceso dialéctico de construcción, aporta también en la formación de nuevas legitimidades.

Este capítulo muestra en primer lugar en qué consiste la imposición de un marco común de representaciones sobre el cultivo y el campesino elaborado y sostenido por el estado colombiano. En segundo lugar, el papel de las memorias de la actividad cocalera (buenos y malos tiempos) por parte de los cultivadores de coca. Finalmente profundiza los argumentos por los cuales justifican el cultivo de coca y la manera en que se representan los “buenos” y los “malos” y se establecen los límites del papel de los sujetos en esta actividad, es decir, se legitiman ciertas prácticas.

Pensar en la manera en que el campesino cocalero se representa no puede ser aislado de la construcción de un discurso de la legalidad/ilegalidad, del crimen y de lo moral, y del mismo estado. Por esta razón la comprensión de la hegemonía en este contexto se hace central. Scott lo plantea en términos del debate entre marxistas y no marxistas sobre qué tanto las élites son capaces de imponer su propia imagen u orden social, no solo en términos de comportamiento sino de conciencia (Scott, 1985: 39). Las dos posiciones se plantean entre quienes creen en la falsa conciencia y quienes explican la inmovilidad por las relaciones de fuerza en el campo, más que las creencias. Lo que plantea Scott y que Roseberry retoma es que la hegemonía no es un consenso ideológico, es más, hay falta de consenso en las situaciones sociales de dominación, de esta forma el trabajo de Scott ha mostrado cómo los dominados despliegan una serie de maneras sutiles de resistir y confrontar (Roseberry, 2002; Scott, 1985).

El poder del estado no es homogéneo y unitario, descansa en diferentes puntos de dominación, agencias e instituciones, que definen sujetos e identidades mientras niegan otras. Así, comprendemos como Roseberry, que la hegemonía no significa consenso sin o más bien un proceso más material, complejo y cotidiano que afecta la manera en que los sujetos experimentan y viven su realidad. En este caso, el discurso de la ilegalidad en el marco de “la lucha contra las drogas” se enmarca como la construcción de identidades aceptadas y negadas. De esta forma, en los otros capítulos se analizó cómo se experimenta y vive esta “ilegalidad” por parte de los campesinos, y en este capítulo se busca estudiar la forma en que se representa esta ilegalidad, como se legitima la actividad cocalera.

Es por esta razón que esta construcción de representaciones se enmarca en el proceso de construcción del estado porque tiene que ver la manera en que diversos grupos sociales se articulan en ejercicios de control estatales sobre las poblaciones y territorios que pueden ser jurídicas, políticas, morales o culturales (Roseberry, 2002). La hegemonía como la comprende Roseberry y la compartimos en esta investigación es la lucha en las palabras, imágenes, símbolos, organizaciones usadas por las poblaciones subordinadas para enfrentar esta dominación, pero que están modeladas por este proceso de dominación, que construye un “material común” o un “marco significativo” compartido para desenvolverse en estos órdenes de dominación (Roseberry, 2002). La “ilegalidad” del cultivo de la coca, como un discurso hegemónico, es un ejemplo de la manera en que primero se construyen sujetos “ilegales” en la construcción del estado nación, y cómo se apropia un discurso por parte de estos mismos. ¿Qué papel ocupa entonces el discurso y la experiencia de la “ilegalidad” de la actividad cocalera en los cultivadores y cultivadoras cocaleras entrevistadas? ¿De qué manera se ejerce este ejercicio hegemónico?

El discurso hegemónico sobre el cultivador: representaciones del estado colombiano sobre el campesino cocalero en la “lucha anti-narcóticos”

Mientras las respuestas sociales y políticas del Estado colombiano a las exigencias de los cultivadores de coca fueron esquivas en la década del ochenta y noventa, se multiplicaron las contestaciones militares y policivas¹⁹⁰. El estado colombiano en términos legales ha comparado como iguales al campesino cocalero y a los intermediarios o traficantes, el resto de actores de la cadena, sin importar la subordinación o las utilidades de cada eslabón, y una de las consecuencias es que esto es que va en contravía a la proporcionalidad de las penas (TNI, Junio, 2012)¹⁹¹.

El tipo de sujeto cocalero creado por el estado colombiano ha estado marcado por la judicialización y persecución y una serie de estigmas. En primer lugar, un endurecimiento de las penas se hizo efectivo por medio de la presión de los Estados Unidos en la lucha interna y externa contra las drogas que extendió en México, el Caribe y en Colombia, persiguiendo la marihuana, amapola y la coca y una de las políticas internas más importantes fue el *Comprehensive Crime Control Act of 1984* (Tokatlian, 2001).

Este contrastó con una política de protección al pequeño cultivador por parte de la Oficina de las Naciones Unidas para las Drogas y el Crimen, UNDCP. En la década del ochenta redactó el “Plan de Acción sobre cooperación internacional para la erradicación de los cultivos ilícitos: para la producción de droga y el desarrollo alternativo” en el cual se presionó políticamente para reconocer al campesino cocalero como un “pequeño cultivador” diferenciándolo de los cultivadores comerciales, concibiéndolo como el resultado de la pobreza en el campo, criticando las políticas de represión y estigmatización e introduciendo la estrategia del Desarrollo Alternativo como mecanismo para fortalecer las oportunidades productivas rurales en Colombia (Iglesias, 2002: 12)¹⁹². Con base en estas dos ambigüedades, la persecución y la política de desarrollo alternativo se ejerció la presencia estatal colombiana en los territorios cocaleros.

Una manera de concebir al campesino cocalero fue como *destructor del medio ambiente*. El debate en la década de 1980 y principios de la década del noventa tuvo un gran componente medioambiental; el campesino cocalero fue responsabilizado del daño que el cultivo le hacía a los bosques y selvas mientras a su vez, estos últimos junto con organizaciones de defensa ambiental respondieron que el culpable del daño era el gobierno por medio de las fumigaciones. Esta discusión involucró organizaciones medio ambientales, nacionales e internacionales, y evaluaciones científicas sobre el impacto de los herbicidas de todos los actores (Iglesias, 2012). Un ejemplo es lo que el presidente colombiano Ernesto Samper [1994-1998] señaló en el Plan Nacional de Lucha contra las Drogas cuando señaló que la colonización es patrocinada por “narco cultivadores” (otro término para el campesino cocalero), cuya actividad

¹⁹⁰ A pesar de los embates del gobierno de Samper contra los cultivos de coca, estos no disminuyeron; por el contrario, las hectáreas cultivadas alcanzaron niveles nunca antes vistos. Entre 1992 y 1998, la cifra aumentó en un 147%. Esto aceleró los procesos de colonización campesina que huyendo de las fumigaciones, se dispersaban hacia la selva virgen, tumban más selva (Vargas, R., 1999)

¹⁹¹ El informe declara que

En el caso de delitos relacionados con drogas que se hayan cometido por una dependencia de sustancias o para satisfacer necesidades económicas básicas, se deberían ofrecer servicios como tratamiento, educación, pos-tratamiento, rehabilitación o integración social como alternativa a una condena (TNI, 2012: 1)

Al respecto, una interesante serie de videos de testimonios acerca de los costos humanos de la lucha contra las drogas en particular sobre los problemas de proporcionalidad de las penas fue hecho por Wola y TNI (WOLA;TNI, 2012)

¹⁹² Las principales leyes sobre erradicación de cultivos ilícitos en la década del ochenta y del noventa son los artículos 8,9,77 y 91 de la Ley 30 de 1986 (Régimen de erradicación de cultivos ilícitos, competencia y procedimiento); Artículo 4 del Decreto 2271 de 1991 adopta el artículo 54 del Decreto 099 de 1991 (Destrucción de cultivos ilícitos por parte de las unidades investigativas de orden público y las de policía judicial ordinaria); Resolución No 0001 de 1992 del Consejo Nacional de Estupefacientes (Políticas sobre destrucción de cultivos ilícitos); Ley No. 368 del 5 de mayo de 1997 (Se crea la Red de Solidaridad Social, el Fondo de Programas Especiales para la Paz y el Fondo Nacional de Desarrollo Alternativo PLANTE, y se dictan otras disposiciones); Decreto No- 2586 del 23 de Octubre de 1997 (Se organiza y se pone en funcionamiento el Fondo del Plan Nacional de Desarrollo Alternativo- Fondo Plante- y se dictan otras disposiciones); Resolución No. 4001 de la Presidencia de la República del 29 de Octubre de 1997 (Se hace la delegación de las funciones del Director del Fondo Plante)

genera a su vez procesos erosivos que destruyen las condiciones necesarias para la llamada lluvia horizontal, agotan y contaminan las fuentes de agua superficial y subterránea y afectan la conservación, mantenimiento y supervivencia de la biodiversidad". A esto le agregan el uso de insumos químicos y control de plaga "de manera indiscriminada e irracional"¹⁹³ (Presidencia de la República, 1998: 8). (Iglesias, 2012)

Los cultivadores de coca también han sido acusados de invasores y destructores de Parques Nacionales, con particular énfasis en el emblemático caso del Parque Nacional La Macarena en Colombia (Presidencia de la República, 1998: 8)

El campesino cocalero también ha sido considerado como *colono* de manera despectiva, intentando borrar su carácter campesino. Para la década del noventa, el señalamiento sobre el "pequeño cultivador" fue mucho mayor dado el crecimiento vertiginoso de la población campesina cocalera y el poder de movilización que demostraron tener en áreas específicas del país, principalmente la Amazonia. En el CONPES 2707 de 1993 se reconocieron los "pequeños campesinos" y los indígenas como interlocutores válidos y objetos de políticas públicas; los colonos, la población típica del campo caqueteño y putumayense por ser zonas de reciente colonización, fueron catalogados como ilegales.

Más adelante, durante las marchas campesinas, en el CONPES 2799 de 1996 se introdujo el término *colono* como el que habitaba la periferia y el campesino como el que habitaba la frontera interna colombiana. Esto profundizó la estigmatización en toda la región de colonización reciente en el país y mientras la amapola y marihuana empezó a ser considerada como el cultivo de "los campesinos", la coca empezó a ser vista como el cultivo de los colonos (Iglesias, 2003: 44)¹⁹⁴. Esto fue utilizado para deslegitimar el movimiento cocalero e impedir la negociación e interlocución política de los cultivadores de coca.

El tema de la definición del campesino cocalero se puede seguir también en el CONPES 2905 de 1997, el Plan Nacional de la lucha contra las drogas 1998-2002, el Informe de Gestión del PNDA 1999-2000 y el Informe del Congreso del PNDA de 2000-2001. Con el fin de organizar quiénes eran los beneficiarios de los programas de Desarrollo Alternativo, donde seguían siendo excluidos los mismos cultivadores de coca, empezaron a hacerse cambios sobre quién era el campesino cocalero. Se hizo la diferenciación entre el pequeño cultivador de cultivos ilícitos y del comercial, se hizo también la diferenciación por el lugar que habitaban (si era periferia, frontera agrícola) y si eran colonos o no. Bajo entelequias discursivas, el *colono* siguió siendo excluido de las políticas de desarrollo alternativo, sin voz política y objeto de la fumigación; por ejemplo, se le seguía exigiendo la destrucción de todo el cultivo para poder tener acceso los proyectos productivos del Desarrollo Alternativo a menos que destruyera todo el cultivo (Iglesias, 2003: 48).

Más allá de la delimitación legal, la definición del *colono* o del campesino entraña un debate académico sobre las raíces de procesos como la colonización. Mientras los historiadores hablan de la colonización de la Amazonia a partir de la expulsión o exclusión de campesinos de la frontera andina, el gobierno asume que la colonización es patrocinada por los "narco cultivadores" (Presidencia de la República, 1998: 8).

En el CONPES 3218 del 2002 se establece el plan de acción del Desarrollo Alternativo en el país entre el 2002 y el 2006 donde señala la existencia de hogares campesinos "establecidos en las

¹⁹³ Presidencia de la República. 1998. Plan Nacional para la Lucha contra las Drogas.

¹⁹⁴ Estas representaciones están construidas en extenso en el trabajo de Iglesias (2003).

zonas afectadas por ilícitos” y de una población flotante jornalera en esta actividad. La situación del campesino cocalero no es clara porque el nuevo discurso habla de las “familias y comunidades campesinas afectadas por cultivos ilícitos” lo que no deja claro si se refiere a aquellas que cultivan o la que viven en regiones donde otros cultivan (DNP, 2002: 7). Más adelante aclara que serán las comunidades (que incluye quienes cultivan y quienes no) las beneficiarias de los programas sociales, específicamente los proyectos productivos y las familias guardabosques (DNP, 2002: 11). La estrategia del Plan Colombia consistió en dividir en país según estrategias de la lucha contra el narcotráfico; mientras los proyectos de inversión productivos fueron desarrollados principalmente en las áreas andinas con coca, las zonas como Putumayo y Caquetá recibieron mayor despliegue militar (DNP, 2002).

Una tercera representación es la del campesino como *un actor sin ética ni moral*. Insistentemente se habla de la “narco cultura” como la cultura del enriquecimiento fácil y la ilegalidad, con la cual acusan al cultivador de coca de hacer parte de “otra sociedad”. Las referencias como “traer al campesino de la ilegalidad”, “separarlo del mundo ilegal” y de la “pedagogía de la cultura de la legalidad” son recurrente en los documentos oficiales. Hacen ver como si existiera otro mundo “oscuro” del cual el estado va a “salvarlos” (Iglesias, 2003: 40). El Plan Nacional de Lucha contra las Drogas 1998-2002 introduce también esta dimensión moral sobre el conflicto cuando afirma que la lucha emprendida por el gobierno “obedece a la convicción moral de que nuestro país no puede encontrar en el narcotráfico la base para su crecimiento económico” (Presidencia 1998: 2).

La extensión de estrategias para “educar” a los campesinos sobre los daños de cultivo de coca se repite en el programa de lucha contra las drogas de 1998 y 2002 que declara que la “pedagogía” les permitirá a los campesinos cocaleros, en sus términos, “mayor comprensión y toma de conciencia...sobre los impactos negativos que estas prácticas tienen sobre los conglomerados humanos y ecosistemas vitales” (Presidencia 1998: 24).

Esta dimensión moral de la lucha contra las drogas también es señalada por Tokatlian (2001),

En efecto, repitió la táctica de la fumigación química, pero esta vez con respecto a la amapola. También, como en situaciones anteriores, se reincidió en el debate sobre la fumigación química con un tono de fuerte elitismo moral: por un lado, los “duros-buenos-inteligentes” no contaminados por el narcotráfico y, por el otro, los “blandos-malos-estúpidos” que expresa o inconscientemente le hacían el juego a éste. Probablemente el comentario de un miembro del gabinete del Presidente Gaviria resume bien este último punto. En medio de la relativamente escasa polémica sobre la erradicación química de la amapola, el 21 de febrero de 1992 el Ministro de Justicia, Fernando Carrillo, señaló que había “una especie de manto de complicidad que se está tendiendo con argumentos ambientalistas (contra la fumigación con herbicidas), haciéndole el juego a los intereses del narcotráfico (12).

Otra representación del campesino es el de *enemigo del Estado*. La idea de la narco-guerrilla y del terrorismo se fortalecieron a partir del Plan Colombia pues antes era un discurso que se mantenía en los círculos de los militares y no se había extendido a la opinión pública nacional. No obstante, a partir de los diálogos de paz en San Vicente del Caguán y de la convergencia de la lucha contra las drogas y la anti-subversiva, el campesino empezó a verse como un enemigo del Estado colombiano que buscaba crear una “para estatalidad” (Iglesias, 2002: 52). Los preparativos para aplicar este discurso en el conflicto civil en Colombia se hicieron en las marchas campesinas, cuando fueron acusados los líderes del movimiento y en general el resto de la población movilizada de ser títeres, rehenes o auxiliares de la guerrilla, estos últimos quienes eran los verdaderos líderes del paro (Ramírez, 2011).

El documento del Plan Colombia condensó la idea sobre el campesino cocalero que en la década de 1990 empezó a tomar fuerza: la del “enemigo interno” que podía poner en riesgo la estabilidad del estado colombiano. Así, se puede leer en el documento

Las enormes utilidades del narcotráfico y su gran poder desestabilizador hacen que el narcotráfico se haya convertido en la generación de violencia en todo el país. Por este motivo, el gobierno deberá enfocarse en el problema y está comprometido a combatirlo en las áreas de tráfico, producción, consumo y cualquier otro elemento que apoye dicha actividad y por ende amenace las instituciones democráticas e integridad de la Nación. (Documento Oficial Plan Colombia)¹⁹⁵

A medida que avanzó la década del noventa, el discurso de las autoridades se hizo cada vez más fuerte también a la hora de individualizar la responsabilidad del cultivador de coca frente a la trasgresión de la ley, dejando en segundo plano todas las referencias a las crisis del campo y la problemática social del campesino colombiano, agudizada por la quiebra del campesino cafetero y la investida paramilitar.

Esta individualización de la responsabilidad y estigmatización de la cual fue sujeto el campesino cocalero se vio acompañada de la aplicación de programas de desarrollo alternativo. En 1995 se creó el Plante, Plan Nacional para la Sustitución de Cultivos Ilícitos que diez años después se convirtió en el Programa de Desarrollo Alternativo. Este consistió en una estrategia complementaria de apoyo a los campesinos, colonos e indígenas involucrados en el cultivo de coca. Como afirma Vargas, fue una estrategia de individualización de la responsabilidad sobre el campesinos,

Uno de los fundamentos de la nueva estrategia es la generación de responsabilidades económicas y judiciales a partir de la calificación como delincuente del cultivador de coca, marihuana y amapola (Vargas, 1999: 146).

En medio de las negociaciones de paz ha aumentado la exposición mediática de los frentes guerrilleros: en los periódicos y revistas nacionales e internacionales es ahora común ver imágenes de los soldados guerrilleros en sus cambuches, en la selva, se retratan a las mujeres y su vida cotidiana. También ocurre con los pueblos y los territorios cocaleros: la mayoría de los artículos señalan que han llegado a “los lugares donde el estado no ha llegado”. La construcción de este argumento es una falacia: esta investigación sostiene que el estado ha llegado a todos los lugares, no siempre ha sido en la forma de acueductos, alcantarillados, servicios médicos, sino a través de la violencia, tanto física como los bombardeos, y simbólica en el sentido de Bourdieu (2000)¹⁹⁶, es decir, la construcción de unos discursos sobre “los buenos”, “los malos”, “los ilegales”, “los legales”, “los que no pertenecen” y “los que sí pertenecen”; la construcción de los imaginarios de nación descansan en gran medida en el estado y sus diferentes agencias, autoridades, instituciones y agentes. Esto desencadena los procesos de naturalización o normalización de estas representaciones sobre la

¹⁹⁵ El énfasis del Plan Colombia consistió en el empoderamiento del Estado por lo que abundan a lo largo del texto referencias a “fortalecer el Estado”, “recuperar la confianza en la ciudadanía”, “restaurar las normas básicas de la sociedad pacífica”, o que “la paz se debe construir” por medio de la “estabilización del Estado” y poco a poco la tensión se redujo al país de los “buenos” y de los “malos”. Documentos oficiales Plan Colombia <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/doc/planof.html>

¹⁹⁶ Bourdieu analiza la capacidad del poder social institucional de imponer significados de lo “legítimo”, es decir, el análisis de la ley como un elemento de dominación política. En este caso, la determinación del cultivo de coca como ilegal y los cultivadores como ilegales es un ejercicio de dominación. Bourdieu propone que no solo las clasificaciones y estigmas son cognitivos sino son ejercicios de dominación política, de violencia simbólica, que se traduce como la imposición de significados sobre el mundo y las relaciones sociales, donde se naturaliza este poder. Así, estas representaciones de los campesinos no simplemente son un ejercicio de reconocimiento, un proceso cognitivo, sino de poder; se legitima la violencia, la integración de segunda de esta población a la nación y al estado, se justifica por qué son reprimidos y no son beneficiarios de derechos constitucionales (Bourdieu, 2000).

población. Esa falacia de “ausencia” le permite justificar las intervenciones arbitrarias sobre estos territorios y sobre su población, sin que medien mecanismos democráticos en tomas de decisiones.

Este estigma del cultivador de coca está atado a cómo piensa el estado la amazonia colombiana. Este ha construido una representación del cultivador de coca como *otro* que le permite legitimar su violencia estatal y justificar la omisión en el cumplimiento de las garantías constitucionales (salud, educación, infraestructura, derechos humanos) ejercido sobre la población que ocupa la Amazonia colombiana, que refleja la medida en que la “ilegalidad”, o “el ilegal” se convierte en una figura política en la construcción del estado que muestra cómo piensa la nación y las regiones amazónicas en el país. Como señala Bayón (2015: 154), surgen imágenes negativas que igualan *tipos de lugares* (La Amazonía) con *tipos de gente* (*ilegales, incivilizados, faltos de educación, guerrilleros*) que vive en estos.

Pero la representación más reciente, aquella que afirma que el campesino es culpable de su condición de cocalero, por lo tanto de su ilegalidad, es el resultado de lo que Bayón denomina la “moralidad neoliberal”, que responsabiliza individualmente a otro de su condición y la solución es planteada en términos de re-educación de estos individuos, en miradas que alimentan el estigma, castigo y discriminación (Bayón, 2015: 155). En el caso de los cultivadores de coca se traduce como la educación en la legalidad, en la que tanto insisten las políticas públicas.

La coca como condena

Dos artículos llaman la atención por enfatizar las experiencias, el rol del campesino dentro de la comunidad y las relaciones cotidianas e informales de la vida cocalera. Por un lado, *Coca's haunting presence in the agrarian politics of the Bolivian lowlands* de Valdivia (2012) explora cómo las memorias de los campesinos cultivadores de coca de la década de 1980 y 1990 afectan la dinámica de la producción agraria actual de Ichilo, Santa Cruz. La autora afirma que aunque la erradicación física de la mata de coca haya sido un efectiva en la región, el “fantasma” de la coca como experiencia vivida guía las decisiones y las alianzas políticas que los pobladores despliegan en la actualidad. La “presencia ausente” de la coca entonces,

Sigue siendo un poderoso discurso y referente psicológico constitutivo de cómo los campesinos entienden su subsistencia con respecto a las políticas nacionales (Valdivia, 2012: 616).

La recopilación de experiencias afectivas y conscientes de la época de los campesinos como cocaleros y la manera en que se insertan en las decisiones actuales de estos contradicen la idea de que la simple erradicación física de la coca o la regulación de los espacios legales/ilegales (como ocurre en Bolivia) es suficiente para resolver el “problema de la coca” (Valdivia, 2012: 628). El “fantasma” persiste aún después de que la mata haya desaparecido.

Las memorias de las ganancias de la coca en la época de bonanza se convierte en un “caldo de cultivo” de imaginarios presentes sobre otras actividades productivas (en el caso del estudio, de la producción de arroz) y sirve para establecer las estrategias para superar, soportar, legitimar o deslegitimar las crisis que ellos enfrentan (Valdivia, 2012: 624). La coca tiene una presencia más que física o práctica, también es parte de distintas memorias, tristezas y alegrías, logros y penas, es representada por los actores de diferentes formas. Esta relación que Valdivia plantea entre el pasado y

el presente a través de la memoria también se ilustra en las experiencias de los campesinos del Caquetá y la manera en que la usan para legitimarla.

El mercado de la coca ha pasado por varias etapas en el Caquetá; en la década de 1980 hubo años de boom lo que significó un flujo de dinero sin precedentes por todo el departamento, atrayendo migrantes y transformando los patrones de consumo de los campesinos en general. Este periodo cambió radicalmente el rumbo de la colonización y la lucha por la articulación del colono con el mercado; de repente hacía parte de uno de los negocios más lucrativos y globales de este siglo.

En las entrevistas apareció la centralidad de los recuerdos de estos periodos de bonanza y crisis en la manera en que los cultivadores y cultivadores se referían a su actividad. Estas memorias están conectadas con la manera en que los campesinos representan sus aspiraciones, sus expectativas y la relación entre el campo y la ciudad. ¿Cómo comprende el campesino este periodo tan turbulento? ¿de qué manera afectó esta memoria sobre el boom cocalero su percepción sobre el contexto actual y sus estrategias? Los diferentes tipos de campesinos señalados en el capítulo anterior han construido diferentes expectativas y aspiraciones en torno a lo que es ser campesino, el papel del estado, su vida en el contexto rural de la guerra y la alternativa cocalera.

En referencia a estas memorias, lo que muestran las entrevistas realizadas es que el campesino siente una especie de arrepentimiento por los excesos en los tiempos del auge y lo que vive actualmente (intermitencias de crisis y estabilidad de precios sin llegar a esos niveles de ganancias de las décadas anteriores) es una especie de “resaca”, lo cual ha hecho cambiar la manera en que perciben y afrontan su situación como cocaleros actualmente. Estas memorias sobre la crisis y el auge han sido fundamentales para que el campesino reflexione sobre su situación, y su relación con la sociedad y la ley.

Del periodo de auge cocalero, dos son los recuerdos que prevalecen: por un lado, el de la “descomposición social” y por otro, el de la violencia. Los campesinos recuerdan una época de mucho dinero y fiesta en los pueblos como lo relata Don Jeison y Don Ramiro, dos campesinos cocaleros de esta época que vivieron en dos pueblos diferentes,

¿Y cómo se vivía con la coca en esa época?

Con la coca como la plata se gana fácil, se gasta fácil. En los pueblos cocaleros del Caguán, solo había vicio, primero trago y las viejas. Las mujeres eran pocas y estaban en los bares, había de 20 a 40 mujeres, esa era su vida, trago y mujeres fáciles.

[...]

Era un pueblo de locos. Uno vivía en las cantinas, borracho, y ¿cómo no esperar que no se acabara? A mi no me da pena de nada, todo se devuelve en la vida. Las mujeres del pueblo era de los bares, las pocas que habían estaban casadas. Uno se enamoraba de ellas, tenía hijos con ellas. Vivía uno el presente, no había respeto... como dormía uno con ellas. (Entrevista 54, Don Jeison, 48 años)

En el pueblo era la ley, pura guerrilla y eso eran 8 a 10 muertos. La gente era loca con el trago, los niños con 12 o 13 años y ya con pistola, con buena plata, eso era como el infierno.

En un pueblo eso había 50 mujeres y 30 eran vagabundas. Ellas eran las que conocían la plata porque todos los domingos les llegaban tipos. Se “enmozanaban” con unos y cuando salían otros, las mataban porque la gente estaba enferma.

[...]

Hubo gente que aprovechó pero de 10 personas 5 han matado. Otros están en la ruina, 3 han salido adelante. Eso es entre los que han matado, los pobres y los que se quedaron si nada.

Los matan porque solo se meten en peleas y trago, problemas con la guerrilla (Entrevista 55, Don Ramiro, 47 años)¹⁹⁷.

En otras regiones, la ola de la coca se extendió en momentos diferentes pero con consecuencias similares. Un ejemplo es el Araracuara, epicentro del genocidio cauchero sobre la población indígena de la Amazonia y que ahora alberga un resguardo. Así lo relata Henry un joven indígena cuyo papá, como cacique de la comunidad, se oponía a la entrada de la coca explicando que consideraba que era una de las diferentes olas extractivas que han explotado a la Amazonía y las poblaciones, sin dejar nada a cambio,

¿Cómo fue esa llegada?

¿De la mafia? Yo en ese tiempo estaba en el colegio y mi papá tenía mucho miedo que nosotros dejáramos de estudiar y claro porque había mucho dinero. Usted hacía cualquier cosa y salía mucho dinero. Pues hubo una deserción en el colegio totalmente, casi la mitad de los estudiantes indígenas se fueron a trabajar. Y nosotros pues, mi papá nunca nos dejó y yo tampoco nunca fui a trabajar en eso ni en la minería. Eso fue como en el año 2000, en el 2000 entró la minería y entró la mafia, las dos al mismo tiempo. Y entonces no había control, eso era peor que ahora. Eso había demasiada gente, es decir, mucha gente que no era de ahí, mucha mafia, muchos aviones, muchos barcos.... Pero siempre digamos la comunidad nunca estuvo metida en el cuento, entonces llegaron a un momento a decir que nosotros no estábamos de acuerdo con eso entonces que iban a matar a mi papá, que mi papá los estaba brujeando, les estaba haciendo maleficios, y por eso no, no digamos la gente no se amañaba, los mineros, los mafiosos, nunca hacían negocios con nosotros pero con otras comunidades sí, ellos vivían en comunidades, sacaban espacios así grandes y construían casas. (Entrevista 61, Henry, 26 años).

Eran tiempos de bonanza que comprendían tanto la fiesta y el derroche como la inseguridad como Miguel señaló,

Eso se fue degradando tanto esa cuestión que los ladrones ya no respetaban ni la misma guerrilla, en veces atacaban a esos escoltas que iban cargados los atacaban y los mataban y les robaban las cosas. Y eso se fue cayendo tanto y derrumbando tanto y a mi me daba tristeza cuando yo volvía a La Novia. Ahora después de que yo tampoco tengo coca ni nada y volví y ver La Novia en lo que quedó (Conversación grupal 1, Don Miguel, 42 años).

De esta forma recuerdan los campesinos la llegada de la coca y la vida en medio de territorios cocaleros y también el deterioro. En algunas zonas del Caquetá, la guerrilla asumió el papel de policía para regular estos pueblos.

Una segunda manera de comprender la coca como “condena” desde la perspectiva de los campesinos cocaleros fue a través de la reflexión que hicieron sobre sus consecuencias, empezando por la violencia. Esta preocupación está presente en varias entrevistas de los campesinos e indígenas, muestra la extensión de la preocupación sobre los efectos de este negocio sobre la población y la relación entre la coca y la violencia en sus diferentes caras: la del conflicto y la de la delincuencia.

¿Qué hubiera pasado si no hubiera habido coca?

...el engaño de la coca... Yo hice un recuerdo de mi infancia, mi papá tenía un plátano, una yuca y se vendían... Diría que siempre el abandono del estado pero no hubiera habido tanta violencia (Entrevista 33, Don Javier, 50 años).

¹⁹⁷ En su investigación sobre el Valle del Alto Huallaga, la región cocalera más grande del país, Van Dun relata el testimonio de uno de los pobladores de esta región “en ese negocio, hay poca gente que puede realmente ser llamada ganadora” (Van Dun, 2009: 23. Traducción autora).

... para quienes tienen tierra es mejor cultivar coca a pesar de que trae violencia. (Entrevista 2, Doña Patricia).

María: Pero yo en ese tiempo... a mí nunca me llamó la atención enviarme con eso. Porque yo miraba las cosas, yo me ponía a mirar las cosas, se metían de lleno y en ese tiempo porque comía gente ese río, en ese tiempo era porque uno miraba que bajaban cinco o seis muertos río abajo, y desenredarlos y que sigan bajando porque esos no los podía sacar nadie. Entonces yo miraba todo eso, si usted se torcía tantico, si usted era una persona honrada verraca en los negocios habían otros encima que estaban detrás del puesto y le daban... entonces yo todo eso miraba. Y de todas maneras eso no, meterse eso así de lleno, como con esa ambición, entonces no, yo digo, si en eso está mi riqueza pues que se pierda...

Madre de María: muere uno pobre pero ... la tranquilidad, dios y la virgen y la tranquilidad. ...

[...]

María: y queda en la cárcel o queda en la tumba. Pero eso es lo que consigue eso, si uno no se sabe comportar con la guerrilla, eso es verraco (Conversación grupal 2, Doña María, 52 años).

Una parte de este temor tiene que ver con el clima de delincuencia que se enquistó en estas regiones lo que generó en la percepción de las personas una relación directa entre violencia y coca. Las historias de robos, delincuencia, riñas, violencia contra la mujer, malos tratos intrafamiliares y venganzas de todo tipo fueron recurrentes en los recuerdos de los primeros años de la coca estas entrevistas.

Por ejemplo, uno de los entrevistados cuenta que unos ladrones llegaron a la casa de un campesino a robarle la "merca", pero terminaron asesinandolo. No encontraron la pasta base y se fueron pero en el camino, alguien los vio y los señaló como los culpables; los ladrones eran conocidos de la vereda entonces se inició una venganza entre familias.

Eso se formó una persecución muy tremenda... hasta ahí fue... yo dije, si esto es coca, conmigo no fue más, en seguida lo que hice fue que le sembré plátano y el pasto, ahí es donde tengo el imperial, ahí fue donde le sembré imperial a esa parte y listo. Yo no. Eso fue la parte de la coca, esa vaina si no, conmigo nunca. (Conversación grupal 1, Don Giovanni, 41 años).

Estuve cuatro meses con él [con su papá], y no me gustó lo que vi, la cantidad de hombres, de mujeres, trabajando la coca, le llamaban raspachines, el modo que trataban las mujeres, el mismo trato entre los hombres en el porte, entre hombres se trataban mal, a las mujeres a veces la desvestían, jugaban con ellas, era como un reto que había entre los mismos trabajadores, yo iba como la dueña del patrón pero uno sí se miraba afectado porque pues sí yo me había criado en otro ambiente, entre puras mujeres y nunca había visto un hombre desnudo, es decir, cosas tan drásticas como me tocó ver allá.

[...]

A mí me marcó mucho eso tanto que yo le cogí como miedo a los hombres, un recelo hacia ellos, muchas veces allá no utilizaban ropa interior, solo pantalón, y entonces cuando ellos se les daba la gana abrían sus pantalones, se los bajaban y se sentaban con las piernas abiertas así, mostrando pues toda "la mercancía", como decían muchos. (Conversación grupal 1, Martha, 40 años).

Yo creo que eso hizo, eso impulsó mucho la muerte de muchas personas, porque como todo el mundo tenía plata, todo el mundo podía comprar un arma, todo el mundo hacía lo que quería porque como tenían dinero, pues se sentían con poder. Entonces uno no podía mirar al otro mal, porque de una sacaba el otro y tenga. Yo de eso sí me marcó a mí porque nosotros jugábamos en el parque y eso cada ocho días tenía que haber cinco, seis muertos en el pueblo, o sea uno escuchaba un poco que la bullaranga, que la peinilla, que el disparo, para la casa, sí pero a veces no lo dejaban a uno salir, si no era con el papá o con la mamá.

[...]

la casa de nosotros quedaba ahí por la central, entonces pasaban por ahí gente cortada, gente con esta mano en esta mano, o sea era algo que uno de niño, a uno no se le olvida. Uno se pone a recordar a pensar bueno, a mí ¿por qué se me quedó eso? Por que era eso tan impresionante, de niño o mirar una persona así o oír gente o ver gente por ahí tirada muerta. Es

algo que de eso, fue lo que me marcó a pesar de que yo estaba muy pequeño (Conversación 1, Marco, 21 años)

Otra percepción de la “plata de la coca” recurrente en sobre este periodo consistía en el poder o la capacidad de comprar lo que el dinero de la coca ofrecía, reflejado en la idea de la “descomposición social” y los efectos dentro de las familias, como la prostitución y el trago.

Esta delincuencia y entorno violento que se vivía en lo pueblos y la vereda iba de la mano con otro tipo de conflictos que hacían parte de la guerra, en relación con la guerrilla y el estado colombiano. Como afirmó Don Felipe, hay un sentimiento de que “el problema es que la coca fortalece los grupos armados contra la sociedad”. (Entrevista 7, Don Felipe, 46 años).

La participación de las FARC dependió mucho de las regiones donde operaban pero en general, fungieron como “policías” en varios pueblos; la percepción de algunos campesinos fue el que eran como “educadores” y “policías”, particularmente después del auge y aumento de delincuencia de la década de 1980. Por ejemplo Don Jeison comentó sobre su pueblo,

Otra crisis fue en 2002-2003, los comandantes se hicieron mujeres y ellas se desquitaban, los castigos era irse a trabajar a la carretera 2 o 3 meses. Pero antes, mejor, decidían si los mataban o los entregaban al estado. Es la época en que estaba la comandante Sonia, había una oficina de quejas y reclamos y todas eran mujeres. Para todos fue duro, si me pillaban tomando trago me mandaban a la carretera.

Allá se volvieron muy drásticos, legalmente era un favor pero se volvieron drásticos, aprendimos a ahorrar, a invertir, a sembrar pasto. Pero es que era aterrador irse a la carretera. Siempre uno está enseñado a trabajar pero allá en la carretera eso era como la cárcel. Yo tres veces me salvé, Sonia no me pudo comprobar, era aterrador ver eso.... Y eso era bueno, se volvió cultura (Entrevista 54, Don Jeison, 48 años)

Esa región siempre ha sido muy así, usted siempre encontraba a la guerrilla como la policía o tal vez más porque en ningún municipio hay tanta policía como había guerrilla en esa época, los botes llenos suba y baje de ellos, y donde llegaba uno y tenía que ir con alguien conocido si no de una vez lo iban sacando, entonces ese apogeo sirvió para que esa gente también tuviera tanta fuerza, para que eso alimentara tanto la guerra, ¿si mira? (Conversación Grupal 1, Don Giovanni, 41 años).

En los territorios donde entraron los paramilitares a disputar territorios con la guerrilla y donde se ejecutó la lucha contra las drogas, la presión sobre los campesinos se hizo más fuerte. La pelea entre ambos actores se dio en parte por el control de los territorios cocaleros, y así relató Claudia como sortearon este periodo,

Yo quería apoyar algo de lo que decía Martha y Giovanni cuando Giovanni decía que volviendo un poquito al apogeo de la coca cuando él decía que primero entraba la guerrilla y luego entraban los paras al mismo negocio, entonces ahí quedó de por medio el campesino. Entonces si este le vendía a la guerrilla, plim! le daban los paramilitares, si este le vendía a los paramilitares y venían y plim!, les daban. Entonces se formó fue una persecución campesina ahí, y como la guerrilla se adentró un poco entonces les tocaba caminadas de un día, de dos días para ir a venderle a la guerrilla. Porque por evitar pues que los mataran porque en últimas los paracos entraban y salían pero el que vivía ahí era el campesino y la guerrilla también entonces preferían eso. Y algunos a escondidas.

Muchas veces las mujeres porque sus hijos muchas veces aguantando hambre se camuflaban un poquito y salían al pueblo porque se sabía que en el pueblo allá estaban comprando los paracos y en medio de toda esa situación lograban vender para sacar el poquito de remesa.

Pero estaban siendo muy vigilados, y por otro lado cuando decía Martha que quemaban [el ejército] laboratorios, hubo mucha casa de campesino que quemaron porque muchos campesinos tenían los laboratorios pegados a las casas, entonces ellos decían que era una casa laboratorio, entonces los quemaban con todo adentro, escasamente salían las personas. Pero sus enseres, todo todo todo era quemado entonces también fue...era mostrar que

quemaban era laboratorios grandes y no, eran los de los campesinos... (Conversación grupal 1, Doña Claudia, 43 años)

El conflicto los puso en la mitad de los actores armados, que los vigilaban, los controlaban y los castigaban. El estado también generaba temor por el miedo a ser encarcelados o a que les quitaran su finca pues siempre existía esa posibilidad y a varios campesinos entrevistados les allanaron sus casas y destruyeron sus cultivos.

Otra tensión violenta se vivió con la comunidad que promovió la percepción de la violencia con la actividad. Separar la guerra (conflicto entre la guerrilla, los paramilitares y el Estado) y el control de los territorios cocaleros (dinámica de compra-venta, el acceso a estos territorios) de las peleas dentro de los vecinos de la comunidad fue muy difícil y la amenaza de los grupos armados también sirvió para el chantaje y los conflictos que hicieron parte de los conflictos cotidianos entre campesinos. Por ejemplo relata una experiencia Don Celso, que hizo una sociedad con un vecino para poner un cultivo de coca, pero de repente el socio quiso todo el cultivo para él y en esa pelea

... un amigo mío me dijo le voy a decir una cosa pero no me vaya a quedar mal. Que paso le dije que le ve si el viejo ese le va a echar el comité porque dizque ya le ha dicho a usted dos veces que le venda y usted no le vende. Y le dije pero se me hace raro porque él no me ha concretado nada a mí.

¿El comité?

El comité de concilio, esas juntas de acción... me quería echar la junta encima. Entonces ya le dije que como era, que habíamos hecho un trato pero no... pero entonces por el cultivo que yo tenía, una gente se enamoró de esa tierra y pues me compraban pero detrás del cultivo que yo tenía. Él tenía un cultivo viejo pero yo tenía un cultivo muy hermoso, eso estaba así. Entonces a mí me dijo que me daba dos millones de pesos por la parte mía. Y yo le pedí... un amigo me dijo que le pidiera cinco millones, y me dijo que me iba a echar la guerrilla y no se qué.

Y yo como soy tan malo para tener problemas con la gente, a mí no me gusta, en fin me dio dos millones y medio por eso. Y yo me iba a ir para afuera para la tierra mía, al fin me había cuadrado con eso, tenía siete millones y medio, pero los otros cinco millones me los debían dos patrones y ahí estaba la línea para sacarlos, y ya me contacte con ellos y les dije que ya me iba que necesitaba la plata, entonces me dijeron que me fuera que ellos me la giraban y yo les decía que no, que de todas formas cuando me dieran la plata y me decían que sí, que para tal fecha me la daban y llegaba esa fecha y nada, y nada.

Y ya me tocó comprar una tierrita allá donde ya se quemó la casa, y pues yo no tengo nada más que hacer que sembrar coca (Entrevista 44, Don Celso).

Una época dura fue cuando llegaron los paracos a Paujil, ellos mataron a tres personas que yo conocía en Paujil, que no le debían nada a nadie y que yo conocía de toda la vida. Ellos matan así porque sí, vieron pasar a esas personas y como no las conocían porque ellos eran nuevos, pues las mataron. Estuvo muy delicado todo, y pues se creó el ambiente de guerra. La guerrilla también se puso muy controladora, no dejaba pasar o salir sin permiso. Mucha gente salió desplazada.

Estaba muy delicado antes. Por cualquier cosa... Hubo mucho desplazado, y mucho desplazado por envidia, por puros chismes. Que llevaban a la guerrilla entonces los sacaban de sus fincas (Entrevista 50, Don Santiago, 45 años).

La economía de la coca es considerada como una condena en la medida que deterioró el orden público en la región, agudizó el conflicto armado y aceleró procesos de lo que los campesinos denominaron como "descomposición social" que consistían en el aumento del consumo de alcohol, la prostitución y en general el "malgasto" de los ingresos de la coca. La memoria de estos tiempos de *boom* son reflexionadas por los campesinos como una condena que tuvieron que enfrentar y que no quieren repetir. La manera en que se controló este desborde de violencia fue a través de la regulación de la guerrilla pero eso significó agudizar la crisis del conflicto armado en el contexto de la lucha contra

las drogas. Este contexto aparece en los relatos de los entrevistados como un precio que debe ser pagado para poder sobrevivir materialmente hablando, deben enfrentar esta violencia y “descomposición social” que surge de cultivar coca, *porque no hay otra opción*.

Hay al final también una normalización de este estado, la coca es violencia, la coca es “descomposición social” y así *debe ser*, es el *precio que hay que pagar* y no necesariamente es así. La “ilegalidad” alimenta en gran medida esta violencia y la lucha por los territorios, mas no la mata o la actividad cocalera; la economía de la coca no necesita de la guerra para funcionar. Es más, en época de violencia reciente, es más inestable el negocio y se desincentiva.

En estos relatos de la violencia, delincuencia y el papel de los actores (estado, guerrilla, paramilitares, juntas de acción comunal) aparecen también desconfianzas y críticas, es decir, no una ceguera absoluta ante los órdenes de dominación ni siquiera en sus propias autoridades locales. Es así que el estado es un actor que los ataca y resaltan su deslegitimación como un actor violento y que no concreta sus funciones constitucionales; la guerrilla es una “policía” y una “disciplinadora”, pero que también “comete errores”; los paramilitares son cruentos y su violencia es impredecible, cualquier puede caer, y las juntas de acción comunal también se mueven por intereses en el contexto de tanta riqueza en disputa.

La coca como salvadora

En la última década el negocio dejó de ser tan lucrativo por el aumento de los precios de los insumos, por la escalada de la violencia del Plan Colombia, las fumigaciones en el contexto de la lucha contra las drogas y el congelamiento de los precios del mercado de la pasta base. En particular este último factor ha mostrado que el precio del kilo de pasta base ha estado congelado y difícilmente sube del tope de 2.000 pesos, mientras los insumos se hacen cada vez más caros, lo que hace que las ganancias del campesino disminuyan a medida que los precios globales de la cocaína siguen otorgando exorbitantes ganancias a los traficantes.

Lo que perciben los campesinos entrevistados sobre esta situación actual es una “crisis” donde la coca apenas les da para sostenerse y que atrás quedaron los tiempos del *boom*. Es un proceso de desigualdad del mercado de la cocaína que les sigue dando de qué vivir pero no a niveles de las décadas anteriores a medida que se profundiza la crisis de la dinámica productiva del campo caqueteño. Así por ejemplo al preguntar sobre qué ha dejado la coca, los campesinos cocaleros respondieron a partir de las dificultades de lo que ha sido vivir del cultivo cocalero,

Eso fue hace 20 años, yo no he hecho nada con esa coca. No deja nada. Uno nunca le saca cuentas a las cosas, si saca cuentas de lo que hace el campesino arreglando vías y trabajando por lo que el estado no hace, no hay como.

El campesino para ganarle algo es muy difícil, porque el campo es muy caro. Mientras acá [en la ciudad] la panela cuesta 2700 pesos, en la región cuesta 7000. Todo es más caro allá [en el campo] (Entrevista 32, Don Fernando, 50 años).

Porque es un cultivo que ya no es rentable. La verdad es que hoy en día los insumos para el procesamiento de esa mata y el precio de eso ya no es rentable, y nosotros los campesinos el que hace eso, lo está haciendo porque no tenemos otra opción. Porque tiene usted sabe que los gobiernos nunca se han preocupado por nosotros los campesinos, entonces un campesino que no tiene más que hacer, no tiene tierra para trabajar, de pronto se ve en la obligación de cultivar esa coca para poder subsistir. (Entrevista 23, Don Segundo, 60 años)

¿Cuénteme un poco, cómo es el asunto de la coca por allá?

Hace tiempo toda la gente vivía de la coca, en San Isidro, en Gaitán, en Miramar. Hace como 3 o 4 años empezó la crisis en los cultivos. Se acabaron solos los cultivos, se secaron. La gente volvió a sembrar y ya. Los insumos están muy caros, ya no queda nada. Pero coja la que coja, la gente no se enriquece así[...]

¿Entonces no da la coca?

No, paga en la tienda y todo se va en sostener el cultivo. La gente trabaja es porque por lo menos eso le sostiene la comida. El que se enriquece es el intermediario, ese sí mueve la plata. Eso los campesinos viven al endeude, le deben a la tienda, al carnicero, al panadero. Cuando les llega la plata, se les va en pagar todas las cuentas y los insumos y otra vez. Es una cadena de endeude.

A los intermediarios sí les hace plata. El transporte no justifica, antes por lo menos los insumos eran baratos y los trabajadores eran baratos también. Antes eran a 15 mil, ahora a 25 mil y libres, todo libres. La coca encareció todo y después cayó el precio (llegó a 2050) y se puso barato. Todo se quedó caro y ya no hubo plata. Por ejemplo, la gasolina, la carga se puso a 450 mil pesos, y sin rinde, es muy difícil. (Entrevista 50, Don Santiago, 45 años)

Es así que es compartida una idea de que esta coca no ha dejado nada al campesino, esta tensión entre “no deja nada para enriquecerse” (en contraste con las memorias del *boom*) pero “da de qué vivir” (presente). Esto es a lo que nos referimos con la coca como *salvadora*, en la medida en que evita el desplazamiento a la ciudad o el empobrecimiento total de este grupo campesinos, y no significa que se vuelvan ricos. Es una respuesta al fuerte estigma que hay sobre el enriquecimiento fácil y también que le permite desmarcarse de los otros eslabones de la cadena, porque *son los intermediarios los que se benefician*.

De esta tensión surge un argumento que refiere a que los tiempos del boom se “malgastaron”, se “desaprovecharon” y en este contexto particular donde el negocio se estabilizó, tiene un precio sostenible pero cada vez más deteriorado, la presión por “no malgastar” se hace cada vez más presente. Entre la memoria del *boom* y el presente que se vive, la coca cumple esa doble función, una *salvadora*, la que les permite subsistir, la que en un tiempo les ayudó para comer pero también una opción alternativa, la de la condena que los sumió en el “caos social”, en la violencia y la persecución,

A uno le toca hasta pasar hambre porque la ambición es sembrar para tener que comer. Y casi cada 6 meses fumigan, todo, hasta la comida. La estrategia nuestra es mochar la coca y esperar a que retoñe, mientras tanto toca irse a jornalear para endeudarse y volver a cultivar. Uno mismo abona, porque la inversión es muy alta y el gramo apenas está a 1700. Mientras tanto uno fía en tienda, para pagar todo, pero todo es muy caro por allá (Entrevista 38, Eva, 49 años)

Y la coca, eso es en todo el departamento, la necesidad lo hace a uno cultivar...El que se dedica a la coca, se dedica solo a eso porque le toca, no porque tenga otro trabajo. Eso le da es al intermediario, el no le pierde nada, el que gana es el que tiene plata, solo espera el corte (Entrevista 30, Don Pedro, 45 años).

Una primer razón por la cual la gente responde que cultiva es la sobrevivencia: los salva del hambre. En las condiciones del mercado agrícola del Caquetá y la lucha histórica del colono por volverse a conectar con los mercados agrícolas, la coca apareció como la salvación debido al “abandono del Estado”, caracterizada por la falta de infraestructura, acceso a la propiedad legal y demás inversiones rurales,

¿Por qué existe la coca? Por el mismo gobierno. Por las condiciones en que nos tiene. Porque ellos no son el estado, porque el estado somos todos, el gobierno son ellos. Por ejemplo, las

vías en pésimas condiciones, es un derecho que nos está afectando. Si el gobierno busca el cambio, ¿entonces qué? ¿Dónde están las vías, los centros de acopio, la inversión, la capacitación?

[...]

¿Es una región que produce qué?

Es una región que produce qué... como lo puedo decir. Mire, anteriormente la producción era de maíz, arroz, yuca y plátano, los marranos. Antiguamente la ganadería era un poco también. Se puede decir ahora que hay ganado, no en cantidades, pero sí lo hay. Pero el tema de no poder trabajar la agricultura... es por eso que el campesino ha tenido que trabajar con la coca. Los campesinos no cultivan eso por un capricho de hacerlo sino que no hay realmente opción de que el gobierno subsidie al campo para trabajar productos agrícolas, o lícitos, como lo llama el estado. Entonces la gente ha tenido que trabajar con la coca. La gente no lo hace por capricho sino por una necesidad, y el gobierno tiene que decir hoy en día que viven de la coca, y que eso es ilícito y por eso entonces muchas veces llegan las fumigaciones, las erradicaciones y hasta la extinción de dominio. Y no es que el campesino tenga muchas hectáreas, son pedacitos para poder subsistir. Pero entonces falta de garantías del estado con el campo (Entrevista 30, Don Pedro, 45 años).

¿Y por qué cultivar coca, por qué no otra cosa?

Vea yo quisiera que usted conociera el área y se metiera a esas carreteras. Hay partes que no pasa uno ni a caballo, totalmente acabadas las vías porque el estado las tiene complementen acabadas. Si yo cultivo plátano, cuando llegue acá ya no sirve porque los carros se demoran tres o cuatro días para llegar a Florencia. Lo mismo para bajar, son pésimas, pésimas, las vías (Entrevista 22, Don Jesús, 50 años).

¿Por qué cree que seguirá la coca?

Porque hay personas que no tienen tierra para trabajar entonces les toca. Porque desafortunadamente la tierra en Colombia la tienen unos poquitos, todo aquí la tierra en Colombia ya es eximida para el pobre, para el rico no es eximida porque puede comprar lo que quiera, el pobre no tiene con qué comprarla, y día a día el territorio colombiano nos lo están comprando los ricos y están desplazando las personas pobres. (Entrevista 23, Don Segundo, 60 años).

En las respuestas de los campesinos hay una idea del estado como garante de sus derechos, los de la infraestructura, la tierra, por ejemplo, que no cumple y por el contrario, que usa su poder para favorecer sectores privilegiados. Esta imagen del estado se suma a la del que ejerce la violencia sobre ellos y sus familias, los que son corruptos y los bombardean, produciendo un procesos de deslegitimación. Cuando el estado señala al campesino como “sin raíces”, “falto de educación”, “delincuente”, “auxiliar de la guerrilla” y “quienes no cumplen la ley”, los cultivadores de coca responden señalando al estado como “represor” y también como “quien no cumple la ley”, la ley de la constitución política donde se afirma que se deben garantizar sus derechos, como señaló don José en medio del paro campesino, *¿por qué hacerle caso a la ley del estado si el estado no hace nada, lo que necesitamos son hechos [...] el estado no cumple la Constitución del 91* (Entrevista 20, Don José).

La lucha sobre el estigma del campesino cocalero entre este y el estado se hace, en parte, en el terreno de la legalidad pues ambos se señalan de incumplir la ley, uno como incapaz de garantizar los derechos y el otro como quien se salta la ley. En particular el discurso del cultivador está fuertemente influido por el ciudadano sujeto de derechos que culpa a un estado colombiano que no es garante e incumple. Esto llama la atención porque no hay una discusión (o puesta en duda o debate)

sobre la ilegalidad de la actividad cocalera, esa se da por sentada, se naturaliza y hasta es apoyada, cuando se tocan temas como de consumo, visto como algo negativo, y de legalización de las drogas, que rechazaron contundentemente¹⁹⁸.

De este modo, no se pone en duda que “la mata sea mala”, sino que se justifica que “me tocó cultivar” por dichos motivos, deslegitimando el estado en su actuar como garante de la constitución mas no como quien construye un discurso criminalizador de la planta en el marco de la lucha contra las drogas. El marco simbólico común es el de la legalidad/ilegalidad de la actividad cocalera, es la manera como el discurso hegemónico reduce y estrecha el espacio de la lucha que los dominados despliegan ante la dominación, por fuera de él no hay manera de pensar la actividad cocalera.

De la ilegalidad a la legitimidad del cultivo de coca

Dentro de la idea de la salvación y la condena hay una serie de argumentos sobre lo que es y no es aceptado dentro de la actividad que atraviesan las entrevistas de las cultivadoras y cultivadores de coca y que parten de la “ilegalidad” de la actividad y que se mezclan con argumentos morales. Detrás hay una idea de algo que está prohibido, que está incorrecto, y va más allá de la idea de “ilegalidad” por parte de los estatutos y disposiciones legales en contra de las drogas.

¿Qué significados adquiere la coca en la vida del campesino? Dentro de las personas que no cultivan en este territorio cocalero o que han tenido malas experiencias, es más fácil seguir el rastro de una especie de “demonización” de los ingresos cocaleros que consiste en una recurrente consideración de este dinero como una “plata maldita”,

Eso es la facilidad de la plata de la coca, me la gasto y me vuelve fácil; tengo la plata y después no. Eso no es así.

[...]

Esa plata de la coca, así como fácil se consigue, fácil se gasta. Esa es plata maldita, muchas familias se dañan por eso, porque el marido no piensa que eso se va a acabar. Eso va en perjuicio de la sociedad, eso daña la vida (Entrevista 53, Jonathan, 28 años).

Mis papás nunca sembraron ni mis hermanos. Ellos dicen que es mafia, ellos dicen que es plata maldita, mal habida. Y nos criaron así, nos educaron (Entrevista 46, Doña Ana, 32 años).

Porque esa plata es una plata maldita, una plata que lleva mucha sangre encima (Conversación grupal I y, Doña Marta, 43 años).

La coca es la ilusión. En la época del apogeo, en los laboratorios lo esperaban a uno a que sacara. Era plata de bolsillo, uno se ganaba 2 o 3 millones y como salía que a los 45 días, salía más, uno se la gastaba. Es muy escaso que el que trabajó eso tenga plata. Existían cantinas y vivían borrachos. Yo estaba joven y raspando encontraba plata (Entrevista 54, Don Jeison, 48 años).

Dada esa carga moral sobre el cultivo de coca, sobre el dinero que estaba alrededor de este y la presión o necesidad de “limpiarlo”, se asume al raspachín como un sujeto que no le gusta trabajar (o “echar rula”) y hasta algunos optaron por no inmiscuirse directamente, como por ejemplo, cultivando

¹⁹⁸ En todas las entrevistas cuando se preguntó por la ilegalización de las drogas, la respuesta de los campesinos fue que estaban en contra porque eso afectaría entonces sus ingresos, reconociendo que el valor del producto recaerá en su ilegalidad. Esto suma un elemento más a la discusión, porque se reafirma esta idea de que ellos no están discutiendo que la coca sea ilegal sino que ellos tienen que cultivar coca porque el estado colombiano no cumple su deber.

solo la hoja de coca, sin procesarla, otorgándole al procesamiento un papel particular. Esto ocurrió por ejemplo con Don Celso, que relató,

Yo he sido guapo para trabajar, yo le trabajo lo que sea, todo me gusta menos eso. Y hay gente que le gusta eso pero yo no, yo prefería rula y echar machete, tumbar monte. Ese es el problema de los raspachines no les gusta volar rula.

Yo cultivé eso pero yo pagaba para que lo volvieran polvo, yo no me propuse aprender. Le pagaba a otro para que sacara el polvo (Entrevista 44, Don Celso).

Quienes han sido cultivadores de coca o han estado involucrados con la actividad señalan su imagen de lo aceptado o no con el cultivo en términos de “conciencia”, lo que les permite saber que eso “está mal”.

La mayor rabia es que lo hubieran a uno sacado del pueblo cuando la coca ya se había acabado y ya se estaba produciendo el caucho, el cacao, arroz, teníamos molino. Ya *estábamos conscientes* de que la coca se tenía que acabar. (Entrevista 54, Don Jeison, 48 años)¹⁹⁹

Esa *conciencia* determina que algo “esta mal”, que la coca es “un problema” y que era necesario dar el paso hacia “la legalidad”, muchas veces planteado como un ejercicio de pedagogía, de *concientización*.

Esta separación entre lo que está “mal” y lo que está “bien” en la actividad cocalera se nota en el uso de los ingresos de la coca, cómo esto constituye un argumento aceptable en términos de los pequeños cultivadores y el argumento de “aprovechar” la coca. Por un lado, los ingresos cocaleros se legitiman dependiendo de su uso. Hay un camino para este dinero que es recurrente encontrar en las entrevistas y tiene que ver con el paso de la “ilegalidad” hacia la “legalidad” de estos fondos y en esta medida, estos ingresos son aceptados cuando están dirigidos a hacer esta transición en las familias campesinas por ejemplo, invirtiendo en vacas o solventando la sobrevivencia de la familia o la atención de emergencia, y los más afortunados a través del ahorro,

Hago lo que salga, material. Desmatorro potreros, fumigo, trabajo en casa familiar, lo que salga. Nosotros producimos poco, poco se nos da. Lo normal para la solvencia y para las necesidades es la coca. (Entrevista 40, Belén, 26 años)

Nos dieron un baldío, un pedazo de tierra y sembramos coca porque es el de las finanzas. Con la coquita, ahorramos para ganado y ahorramos para la enfermedad. (Entrevista 38, Eva, 49 años).

El dinero de la coca tiene un destino específico como un proceso de “marcaje social del dinero”, como lo ha señalado Zelizer, donde se enfatiza el uso de este dinero en una dinámica social resaltando las múltiples caras de la moneda en la vida cotidiana²⁰⁰. No es lo mismo el uso que se le da al dinero que entra por otras actividades y los de la coca, o la manera en que se describe este y cómo

¹⁹⁹ Don Jeison se refiere en este comentario al desplazamiento forzado del que fueron objeto en Peñas Coloradas, en el Caquetá.

²⁰⁰ Zelizer señala que

Un modelo por completo sociológico del dinero debe mostrar cómo, cuánto y por qué, incluso en el corazón del capitalismo, diferentes redes de relaciones sociales y sistemas de significados marcan el dinero moderno, al introducir controles, restricciones y distinciones que son tan influyentes como las formas primitivas de racionar el dinero (Zelizer, 2011).

Este aporte va en la línea de la propuesta de Polanyi (1976): El dinero, el comercio y el mercado son fenómenos sociales que anteceden al capitalismo pero que el economicismo neoclásico considera a los tres como inseparables. De este modo, se estudian mercados capitalistas donde no los hubo solo porque se usa la moneda o hay comercio, mientras a su vez se ignora o subvalora el estudio de formas de dinero o de comercio porque no hacen parte de experiencias mercantiles. Por ejemplo, el dinero como un reproductor de la desigualdad como el asistencialismo de organizaciones sociales y estatales hacia los pobres o el dinero para los hijos y las esposas; la existencia de dinero “sucio”, obtenido de formas ilícitas y la separación del dinero con diferentes objetivos: la navidad, una boda, una inversión, un gasto, una fiesta sagrada, etc. Todas comprenden las múltiples caras de la moneda (Zelizer, 2011).

se distribuye en los ingresos de la casa. Hasta la misma negativa a cultivar de algunos entrevistados tiene como sustento representar estos ingresos con una connotación negativa, “la plata maldita”.

En la visita de campo realizada a diferentes cultivos en la cordillera, se encontró por ejemplo que la presencia de fincas con ganado y coca. La respuesta a esta combinación es que el ganado era el del ahorro y la coca el del diario, y de este modo cada animal era una forma de ahorro “en vida” que tenían los campesinos: una cuenta de ahorros. Otras fórmulas que utilizan las unidades familiares campesinas es repartirse entre los diferentes participantes (hijos, esposas, padres) pedazos de sus fincas (menos de una hectárea) para “plantar” de coca para que ellos mismos lo exploten y tengan para el gasto como formas de transferir mesadas.

Esta distinción entre la salvación y la condena determina la manera en que los propios campesinos coccaleros agrupan a “los buenos” y “malos” en la actividad. El grupo “malo” está compuesto por los coqueros grandes, quienes son los que tienen mucho dinero y lo ostentan con lujos, están cercanamente involucrados con actos de violencia y los diferencian por sus “valores” como el trago y las mujeres, pero también por coqueros pequeños, que solo se dedican a eso y no hacen el traspaso de los ingresos ilegales a la inversión legal,

No, el coquero era el que mandaba y todos andaban armados. Todos querían ser coqueros para tener poder. Antes alrededor la gente no tenía, después llegó la coca pero ahora tampoco. La coca dejó muchos muertos, mucha sangre derramada. Una mano de viciosos, no le importaba gastar. Las mujeres se prostituyeron, tenía que ser pieza de todos. El coquero nunca valoró la mujer como mujer sino como propiedad de servicios. Con lo que ganaban compraban cadenas de oro, antes. Todo lo que se imagine. Ellas no se valoraban como mujer sino como trabajadoras [Entrevista 28, don Gerardo, 63 años].

A mi nunca me gustó la coca pero yo manejaba un motor que subía y bajaba coca. Era para seis personas, subía al patrón y droga. Solo coca y dinero (...) El coquero pequeño es un coquero igual que todos nosotros. Pero el grande si no, es diferente. El pequeño es lo mismo que uno. Es como de 3 hectáreas para abajo. Los otros tienen entre 10 y 20 para arriba. Ellos ya están enseñados a hacer eso. Hacen eso como yo hago la leche [Entrevista 48, Don Alfredo, 65 años].

Por encima del coquero grande, está la *mafia*, “los que verdaderamente se benefician de la coca”. Los valores de la estos y los coqueros están más cercanos entre ellos que a los del campesino coccalero. La *mafia* es ese grupo que va entre las grandes plantaciones, los cristalizadores y el tráfico de cocaína, un mundo al que el campesino no accede sino cuando los violentan o trabajan para ellos. El relato de María ilustra esta diferencia; ella trabajaba con una pareja de *mafiosos* que le propusieron acompañarlos en un viaje para llevar “mercancía” pero se escondió,

A los ocho días de eso yo salía a Paujil y fui a donde una amiga y le pregunté, qué pasó con aquello y me dijo usted no sabe! Yo de aquí no he vuelto a salir, entonces yo le conté la situación, y ahí fue donde a yo me dio miedo, y me dijo venga y le cuento! nos tomamos una gaseosa ahí en la casa. Cómo le parece que si usted se hubiera ido, usted no viviría, resulta que Doña Gloria ella metía mucho de esa coca y el marido también. Y ella llegó a Pereira y se metió al apartamento y agarró a meter mercancía duro y se enloqueció, llamo a la policía, entregó la mercancía y entregó el muerto porque ella mató a Don Omar, entregó el muerto y se entregó ella. Con la pistola. Yo le tenía respeto a esa señora porque abajo ella comenzaba, yo le preparaba a ella los cigarrillos, ella me decía que le preparara una o dos docenas de cigarrillos, con mercancía, y ella le sacaba toda la vaina al cigarrillo y se terminaba todas esas dos docenas con botella y yo le decía hágale que si se matan son ustedes [Entrevista 45, María, 52 años].

Yo solo pensaba en mis hijos, los dejé donde una señora. La primera vez yo salí de noche y nos tocó quedarnos en un hotel esa noche con dos tipos. Yo decía, donde se vengano yo no sé que hacer. Porque la mafia es eso, drogas, trago y sexo (Entrevista 45, María, 52 años).

Porque al campesino eso no le dejó nada al campesino. Los únicos que se lucraron fueron *las mafias*. Los mafiosos fueron los que se lucraron. Los pobres campesinos únicamente les tocó perder lo que ellos tenían, y perder su propia conciencia. Porque a través de los cultivos ilícitos llegó la descomposición social y ahí se terminó todo y hoy en día los campesinos seguimos siendo campesinos y pobres como antiguamente, como antiguamente (Entrevista 23, Don Segundo, 60 años).

Los campesinos coccaleros se reconocen como aquellos que tienen pequeñas propiedades, con *plantes* y lo hacen para subsistir, para acompañar la agricultura tradicional. Son los que tienen una o dos hectáreas de coca cultivadas máximo y diversifican la producción de su finca con queso o leche por ejemplo. El paso de ingresos ilegales a inversión legal es una estrategia de crecimiento para los campesinos y también es un mecanismo que construye justificaciones para la actividad coccalera, es decir señala cuáles coccaleros se suponen legítimos y cuáles no, que se dividen entre los que “aprovecharon” o no este dinero para levantar y mejorar la finca que se refiere a aquellos que lograron dejar de cultivar coca.

Entre ellos hacen una distinción entre los que “aprovecharon” y los que no “aprovecharon” de la bonanza coccalera, es decir, quienes supieron sacar beneficios y materializarlos en actividades legales, los que aspiran a dejar de cultivar coca y los que se “enseñaron”²⁰¹ a eso. Esto produce un abanico de actores “buenos” y “malos” que constituyen la manera en que se crean formas de legitimidad alternativas de la ilegalidad.

Pero no, la cogían pero eso no mejoró nadie, yo hago el cálculo que eso de 10 personas que la cogían, 3 salieron adelante. El resto la malbarataron.

[...]

Hubo gente que aprovechó pero de 10 personas 5 han matado. Otros están en la ruina, 3 han salido adelante. Eso es entre los que han matado, los pobres y los que se quedaron si nada (Entrevista 55, Don Ramiro, 47 años).

Esos coqueros, solo gastan en alcohol, en trago. Yo de joven me tomaba mis tragos, pero con hijos no, yo era muy feliz con mis hijos, viéndolos crecer. Yo abandoné el trago.

Los coqueros se venían a Cartagena y había gente que compraba eso, era muy bueno porque tenía diferentes compradores y había competencia. Cuando yo vine harta mercancía para vender, eso subían y bajaban por ese río, mucho comercio. Pero los coqueros botaron la plata, se emborrachaban. A los que botaban la plata en fiesta y la lanzaban al aire para que las viejas lo cogieran, me los encontré después jornaleando. Hay personas que no aprovecharon cuando Dios les dio la bendición. Casi todos los coqueros quedaron en nada, son como los mineros, se van de mina en mina pero siguen igual de quebrados. Se les acaba la mina y se quedan sin nada Yo desde que llegué he trabajado y trabajo hasta los domingos. Como es típico de afuera, a jornalear. En cambio, yo conocí un coquero que botaba la plata en las fiestas y al final lo vi pegando clavos, arreglando casas, murió pobre (Entrevista 44, Don Celso).

De pronto el que consiguió plata y supo aprovechar la bonanza está bien, y los que no pues están con una mano adelante y otra atrás y por ahí pidiendo limosna porque muchos perdieron hasta la tierra (Conversación grupal 1, Doña Marta, 43 años).

“Aprovechar” significa que invierte en la finca, no se gasta el dinero solo en trago, el que traslada esos ingresos a algo legal y en el mediano plazo podría salir de la “condena” de cultivar coca o tiene más probabilidades de hacerlo en un futuro. Ellos son vistos con más admiración, con la fortuna de haber salido del círculo de la coca,

²⁰¹ Acostumbraron

Pero créame que a mi no conseguí plata pero tampoco me fue mal con ella porque aprovechaba lo más que podía de ella con eso, y ...

Alcanzó a ahorrar...

Pues sí pero cuando me separé con esposa se quedaron las ganancias allá. Pero de todas maneras o sea eso sí dio una época para vivir, la coca en esa época dio para vivir y para mantener, y para usted pensar en abrir una finca ganadera, lo podía hacer. Si tenía suficientes matas, pues mejor (Conversación grupal 1, Don Giovanni, 41 años).

Estas razones sobre quiénes fueron los exitosos y quiénes los perdedores, los “buenos” y los “malos”, permite comprender una serie de reflexiones que a lo largo de la historia de la coca en la región, los campesinos han hecho sobre su situación frente a su familia y a la sociedad. Para el pequeño campesino cocalero esta legitimación giró en torno al interés de producir legalmente, a no vivir solamente de eso (aunque en términos porcentuales pueda ser mínimo el aporte de ingresos legales), a la protección de la familia, a su preocupación por la “descomposición social” de la “fiesta” de la coca” y sobre su vulnerabilidad ante la violencia, viniera de quien viniera. También enfrenta la tensión entre los y las que trabajan duro y los jóvenes que “ya no quiere trabajar”, “no quieren volar rula”. Esto podría explicar en parte también parte de la aceptación del papel de la guerrilla en esta región, como una “policía” que disminuye los riesgos de la delincuencia y la violencia que desataría la existencia de cárteles o ejércitos privados que defienden feudos, por ejemplo²⁰².

La apuesta por las actividades legales van principalmente hacia la ganadería; las aspiraciones de las familias cocaleras es consolidar una ganadería, resultado del fuerte proceso identitario de reconocer esta región y su población como ganadera pero también por ser estas los pocos sectores que empujan la economía rural en el Caquetá.

Ahora, estos procesos de legitimación no son ajenos al marco común del discurso hegemónico de la criminalización, son parte de este. Los campesinos están buscando la forma de no verse como criminales, en insistir en la idea de que cultivan por necesidad, de que aprovechan en dinero para dedicarse a lo legal y en señalar a los demás (la *mafia* y los *coqueros*) como actores diferentes a ellos. Esto muestra que hay una interiorización del señalamiento de ellos como ilegales, se asumen como tales.

Comentarios Finales

En este capítulo se debate la mirada tradicional que concibe la legalidad como algo en automático, legítimo por sí mismo que emana del estado colombiano. Por el contrario, se contempla la ley contra las drogas como un ejercicio de violencia simbólica que construye un discurso hegemónico

²⁰² Esto le da sentido a las preocupaciones que los campesinos extendían sobre el proceso de paz al insistir en que la desmovilización de las FARC significaba que perdían la tranquilidad y seguridad que habían logrado consolidar en ciertas regiones, porque “allá no hay ladrones”. Esto también va de la mano con lo que le dijo un Comandante de las FARC a Alfredo Molano, según lo reseña él “La gente nos pregunta en las calles, en las veredas, en las carreteras, en sus fincas: ‘Camaradas, en el momento de firmar la paz, tenemos miedo porque nos quedamos sin la protección de ustedes, ¿qué va a ser de nosotros? Cuando se firme la paz, ¿qué va a hacer el gobierno con los ladrones, con los viciosos, con la delincuencia que va a proliferar? Nosotros no queremos que se acabe esta ‘paz’ que estamos viviendo’. Porque aquí los campesinos salen, dejan sus casas abiertas y no pasa absolutamente nada” (Molano, 2014). También con lo que Timochenko, Jefe del Secretariado de las FARC, señaló en su primera entrevista a Telesur el 29 de Septiembre afirmó sobre lo que los campesinos le han hablado sobre el proceso de paz. (Telesur, 2015)

que delimita un marco común de lenguaje entre lo que es legal e ilegal, que funciona también como ejercicios de clasificación territoriales y poblacionales. Esto ocurre con los y las cultivadoras de coca cuando son señalados como criminales, justificando las agresiones que se imponen sobre ellos de parte del estado, el despliegue de un tipo de políticas pública asistencialistas y la privación de espacios de discusión democrática de las poblaciones del Caquetá con el estado colombiano.

Como otras experiencias han mostrado, la legitimidad se construye sobre lo informal o lo ilegal, y la legalidad puede llegar a ser ilegítima (Cielo, 2010; Martel, 2010). Lo legal y lo legítimo entonces hacen parte de una relación mucho más compleja que la que las iguala automáticamente y un ejemplo es la actividad cocalera, donde se construyen formas de legitimidades alternativas que se insertan (luchan) en los discursos hegemónicos de lo que es justo o lo que se justifica.

¿En qué consiste esta relación entre la legalidad y la legitimidad en el caso del pequeño cultivador de coca? La legalidad no necesariamente representa la legitimidad, los campesinos han construido de la actividad cocalera como una actividad legítima a pesar de que sea ilegal. Ahora, esto no significa que la legalidad no pueda ser pasada por alto o que la legitimidad se allá construida por fuera de este marco hegemónico de criminalización que justifica la violencia sobre el campesino.

Este discurso hegemónico tiene como ejemplo las diferentes representaciones que el estado colombiano ha construido sobre el papel del campesino cultivador de coca por ejemplo el de ser destructor del medio ambiente hasta enemigo de la nación y auxiliar de la guerrilla. La criminalización ha levantado una serie de estigmas que no solo se reproducen entre la opinión pública nacional y las políticas públicas sino que también operan en los territorios cocaleros. La representación más reciente es la que individualiza la responsabilidad al sujeto de su condición de pobre y cocalero, generando un nuevo contexto de estigmatización, acorde a las políticas neoliberales globales. ¿Cómo asumen esta individualización de la responsabilidad las y los campesinos cultivadores de coca?

Hay que partir de que se concibe la ilegalidad del cultivo de la coca como normal y hasta aceptado por términos económicos: todos los campesinos cuando se les preguntó por la legalización de la coca estuvieron en contra, señalando que eso iba a destruir el negocio y por ende, su fuente de subsistencia. No hay un argumento que cuestione a la mata de coca como algo que no sea punible y desde esta naturalización del concepto criminal de esta actividad es que surgen las formas de legitimarla.

La manera de legitimar la actividad cocalera en sus vidas gira en torno a un *continuum* que se mueve entre la coca como salvadora, como una opción que les ha permitido no solo cubrir las necesidades sino poder permanecer en el campo y vivir su vida como pobladores rurales, y la coca como una condena, atada a la violencia, la delincuencia y la “descomposición social” que suponen deben soportar para poder sobrevivir. Esta tensión se ha construido en gran parte basada en la memoria de la época de boom y crisis de la economía de la coca; por ejemplo, la experiencia de la época del boom tiene que ver con lo que consideraron excesos, intranquilidad y violencia.

Particularmente el boom cocalero dejó una idea de que la coca estaba estrechamente relacionada con la violencia, la “descomposición familiar” y el caos, que fue entendido principalmente como consecuencia de los actores armados pero también de ellos mismos, como los responsables de este “deterioro”; ellos eran quienes “se emborrachaban”, “dejaban a la mujer”, “eran agresivos”, etc. Este contexto es el que señalan como *la condena* que deben pagar si quieren cultivar coca, a manera de castigo, de intercambio, “porque toca”.

La legitimidad del cultivo se construye a partir de las condiciones que enfrentan como pobladores rurales del Caquetá y su relación con el estado a la que califican de abandono. Es entonces por necesidad, insisten, que se dedican a la coca, por falta de tierras y de infraestructura suficiente para consolidar un mercado agrícola legal. Dos elementos sobresalen que logran legitimidad entre los pequeños campesinos: su interés por “convertir” los ingresos ilegales en legales, invirtiendo en la finca o en la familia, pensando en el futuro dejar de depender de la coca y segundo, reconocer a quienes “aprovechan” los buenos precios, es decir, quienes realmente invierten para dejar de cultivar la coca. El objetivo para ellos, y lo que soporta la legitimidad, es entonces romper el círculo vicioso que los hace depender de la coca, pero todo en el marco de pasar de lo ilegal a lo legal.

Con el discurso individualizador de la culpa reaccionan de manera diferente a otros procesos de individualización donde la idea de sujetos de derechos difícilmente es tocada. Por el contrario, hay un reclamo muy fuerte ante las autoridades estatales sobre el derecho de ellos como colombianos a exigir y a la vez no se pone en duda el discurso criminalizador del negocio de la coca; está muy presente la discusión del pacto constitucional y la manera en que el estado colombiano no cumple este pacto. Esta ambigüedad se presenta entonces cuando exigen al estado como garante de sus derechos pero a la vez aceptan la criminalización por parte de este; es decir, no ponen en duda la política y discurso de la ilegalidad del cultivo y este es el marco común en el que se presenta la lucha de significados.

Los campesinos cocaleros le otorgan un valor negativo a su participación en la coca, de ahí que insistan en que es una necesidad y que lo hacen obligados. Este juicio moral se traslada al uso que se hace del dinero de la coca, a la necesidad de pasarlo de su carácter ilegal al legal, por ejemplo de invertir en mejorar la finca, comprar reses, hacer una platanera, esto diferencia a quienes “lo aprovechan” de quienes “no lo aprovechan”, donde estos últimos son duramente juzgados por los campesinos entrevistados por despilfarrar los ingresos de la coca. Esta visión negativa está atada a la criminalización del estado y a las memorias de excesos, violencia y derroche que se tienen de la época del boom cocalero.

El marco común de discusión es entonces el lenguaje de la criminalización, de la tensión ilegal/legal y los debates entre el campesino sujeto de derechos y el estado que no cumple la ley; en este se ha planteado la lucha dentro del discurso hegemónico por parte de los cultivadores y el estado. A pesar del interés por individualizar la culpa de estos, la interiorización de su rol como culpables no es claro; más bien aceptan la ilegalidad como algo dado y sin discusión pero su respuesta ha sido en este mismo espectro de legalidades: *el estado no nos garantiza nuestros derechos, por eso cultivamos.*

CAPÍTULO 8. Conclusiones

En esta investigación abordamos dos dimensiones claves para entender la actividad de cultivar coca. La primera se centró en las trayectorias biográficas de los campesinos del Caquetá, cuyo análisis nos permitió mostrar que éstos llegan a cultivar coca como el resultado de un complejo proceso en el que la violencia, la falta de apoyo del estado, las condiciones de la colonización se convirtieron en las desventajas se acumulan durante el curso de vida. La segunda dimensión se orientó a explorar cómo perciben su lugar como coccaleros, desde la ilegalidad y específicamente en la construcción de la legitimidad del cultivo de coca.

El énfasis en la voz del campesino coccalero ha sido la perspectiva privilegiada en esta investigación; es a partir de sus historias de vida, sus narrativas y percepciones del entorno que procuramos entender en qué consiste esta actividad, de qué manera se articula con sus biografías, qué significa para ellos el cultivo de coca y las lógicas subyacentes. Rescatar no sólo la manera en que son vistos, sino cómo significan y experimentan su situación es una manera de desafiar las perspectivas que imponen la “ilegalidad” como una categoría estigmatizadora.

El tema de la economía de la coca en las últimas décadas ha sido central en la historia de Colombia; es inevitable que en el extranjero cuando saben que alguien es colombiano, pregunten por las últimas telenovelas sobre narcotráfico y por la vida de Pablo Escobar. El debate nacional, particularmente durante el Plan Colombia y la presidencia de Álvaro Uribe [2002-2010], se polarizó más que nunca; cualquier voz que planteara una oposición a las políticas de seguridad y guerra era visto como un potencial enemigo. Así, la discusión ha transcurrido entre lo anecdótico de las vidas de los narcotraficantes y el discurso hegemónico de la estigmatización y el narcoterrorismo.

Ya en los últimos años, tras la salida del expresidente Álvaro Uribe, nuevas voces desde el mismo estado y la academia han manifestado su rechazo la política de lucha contra las drogas, y empezaron a plantear interrogantes sobre esta, particularmente en cuanto a la criminalización del campesino²⁰³ y su ineffectividad. A esto se suma el nuevo fenómeno del aumento de los cultivos de coca en el país.

La falta de resultados de la estrategia convencional (aspersión, criminalización y guerra) y los diálogos de paz en La Habana entre Santos y las FARC dieron un nuevo aire para reformar la política contra los cultivos de coca. En 2015 las fumigaciones con glifosato fueron suspendidas por el Consejo Nacional de Estupefacientes con particular concentración en Nariño y Caquetá (TIEMPO, 2015). El reto siguiente fue diseñar una estrategia de atención a los cultivos de coca, que fue publicada en Octubre por el gobierno de Colombia, denominada Plan Integral de Sustitución de Cultivos, focalizada en los lugares con más cultivos y que aborda seis frentes de atención: la inversión social, la sustitución, la interdicción, la investigación y judicialización, el consumo y la reforma institucional. Entre los objetivos, se resalta el cambio de énfasis de la estrategia hacia los eslabones intermedios y superiores de la cadena (procesamiento, tráfico y lavado de activos) y la disminución de vulnerabilidades en zonas afectadas por los cultivos de coca.

²⁰³ Un académico que también ha ocupado puestos públicos es Alejandro Gaviria, ex decano de Economía de la Universidad de los Andes y actual Ministro de Salud, ha sido uno de los más recientes detractores de la política contra las drogas. Su influencia fue parte de las razones por las que él con otros ministros declararon la suspensión de las fumigaciones de glifosato en el Consejo Nacional de Estupefacientes en Mayo del 2015.

Las políticas planteadas son entre otras, la exigencia del gobierno de la erradicación inmediata para acceder a estos programas, y la firma de acuerdos comunitarios, más que individuales (que es a grandes rasgos como se está trabajando actualmente). También la creación de comercializadoras sociales rurales para impulsar la circulación de productos y la creación de incentivos para quienes abandonen la coca, por ejemplo, la adjudicación de la propiedad para aquellos que muestren haber dejado de cultivar coca durante 5 años.

Al final del año 2015, esta propuesta planteaba crear la Agencia para el Desarrollo Alternativo en zonas de Cultivos Ilícitos, bajo el mando de Eduardo Díaz Uribe, ex director entre otros del Plan Nacional de Rehabilitación, el primer programa de atención a zonas de cultivos de coca y pobreza rural que se creó en la década de 1980. La información en el 2016 sobre el tema no han sido mayor y el debate reciente gira en torno al aumento del número de hectáreas cultivadas con coca.

La legalización todavía no es una salida visible, a pesar de que el discurso a favor de esta se ha hecho cada vez más fuerte. Ante esta posibilidad, lo que se constató en el trabajo de campo, es que los campesinos temen que la legalización de la coca sea el quiebre de la única forma que tienen para sostenerse actualmente.

Es en este tránsito de una política de criminalización extrema durante Álvaro Uribe [2002-2010] a un ejercicio por lo menos de atención al campesino cocalero y suspensión de fumigaciones en el gobierno de Juan Manuel Santos [2010-2018], en el que se inscribe esta investigación; en la necesidad de conocer otras dimensiones del cultivo de coca, como la campesina, y darle voz a los protagonistas. También de desmontar la visión simplista e individual de la “ilegalidad” como el resultado de un comportamiento caprichoso e irracional o económico de los sujetos. La ilegalidad que se pensó en este caso se concibió como un proceso de exclusión, dinámico y parte del mismo funcionamiento del estado (Smart y Heyman, 1999). En el contexto de persecución del campesino y de lucha contra las FARC, el argumento de la “cruzada por los valores” con la cual se legitima la política anti-drogas carece de fundamentos, y ciertamente no permite explicar los impactos territoriales de esta.

En la tensión entre las condiciones estructurales en las que se mueve el sujeto y también las experiencias subjetivas de una actividad como el cultivo de coca, a continuación se plantean los principales hallazgos de esta investigación.

Campesino y Cocalero: vidas y experiencias

Estudiar las trayectorias de los campesinos cocaleros permitió comprender la formación del campesino caqueteño como resultado de un proceso histórico en el que varios elementos se articulan, como la violencia y la desvinculación al mercado. El campesino cocalero es parte de la configuración histórica del poblador rural caqueteño como un actor social, resultado de la migración de campesinos andinos desvinculados del mercado y que colonizaron (muchas veces de manera forzada al ser expulsados durante La Violencia, otros atraídos por el espejismo de la coca) los territorios amazónicos del Caquetá. El cultivador de coca no puede ser comprendido por fuera del proceso campesino andino - colono caqueteño - campesino caqueteño, y en que la coca irrumpe de múltiples formas y en el que la

misma migración colonizadora se repite muchas veces en sus trayectorias. Esto hace que su formación esté estrechamente conectada con la construcción de la región amazónica dentro del estado nación colombiano y las políticas globales contra las drogas deban ser estudiadas como esas formas intermedias que articulan las regiones con las naciones.

Una de las características de este proceso de articulación ha sido el fuerte presidencialismo que ha definido la política pública en estas regiones, consideradas como “periféricas” o “márgenes”; esto quiere decir que presupuestal y clientelamente su política social se ha convertido en un brazo directo de los presidentes de Colombia hace 30 años en estas regiones. Esto le ha restado integralidad, continuidad y eficacia a los programas de desarrollo alternativo, que van más sobre los intereses electorales y criminalizadores y menos sobre la construcción de una política rural integral e institucional.

Dos ideas son importantes resaltar: en primer lugar, que parte de esta construcción del estado nación colombiano ha sido la elaboración de la figura del “cocalero”, es decir, el discurso en torno a su lugar en la sociedad colombiana basado en la criminalización y su señalamiento de delincuente, entre otros. En segundo lugar, que el estado colombiano ha estado presente en todas las etapas de la configuración regional; la crítica no debe ir sobre su ausencia sino el tipo de región que ha querido delimitar y moldear este. Lo que busca mostrar este estudio es que más allá del interés del estado de moldear, delimitar y clasificar a una población, los cultivadores de coca son un grupo heterogéneo de intereses, posiciones y aspiraciones; no obstante, comparten una aspiración generalizada por ser ganaderos y un pasado colonizador que evocan basado en ideas de sacrificios y comunidad.

¿Cuáles son las imágenes del estado colombiano que el campesino cocalero tiene? Esta investigación muestra cómo en esta transición, el poblador rural del Caquetá entra en relación con el estado en puntos clave: el acceso a la tierra y la ganadería, donde el cultivador de coca carece de papeles sobre la tierra y su más generalizada aspiración es levantar una ganadería. También para la consolidación de su unidad familiar rural, es muy importante la infraestructura y la inversión estatal, y la disminución de la violencia. En todos estos aspectos, el estado ha sido incapaz de garantizar los derechos de los campesinos.

Para estudiar al campesino y su trayectoria se partió también del análisis de la unidad campesina familiar, que ha sido uno de los ejes para la comprensión de las dinámicas y ciclos de vida del campo. La familia rural en tanto que unidad de producción y consumo es muy sensible a los cambios en su constitución dado que depende de la mano de obra de los miembros del hogar. Se examinaron las lógicas mediante las cuales el campesino piensa el cultivo de coca como una actividad económica y la manera en que cotidianamente se relaciona con este.

La actividad cocalera tiene varias etapas. La primera de ellas es el cultivo de coca y la recolección de la hoja. Esta etapa es una actividad exclusivamente campesina, por ejemplo requiere conocer la tierra, el clima, las semillas, esto es el “amor por la planta”, como mencionaba una campesina entrevistada. Esta funciona de manera diferente según la región geográfica a estudiar en el Caquetá, sea la cordillera o las planicies caqueteñas. Esta distinción territorial es central para comprender el fenómeno en el departamento.

La otra etapa refiere al procesamiento; la técnica de sacar la pasta base de las hojas de coca se basa en un proceso químico que requiere insumos específicos y un procedimiento casero de aislamiento del alcaloide. La lógica de los campesinos detrás de estas dos etapas es “sacar el rinde”, la máxima cantidad de gramos por arroba de hojas de coca. Por un lado, significa “jugar” con la

semillas adecuadas y la ubicación de la tierra. Por otro, es tener un procedimiento que permita convertir las arrobas de hojas recolectadas en suficiente porcentaje de pasta base para sacar una ganancia mínima. En esta etapa también participan la familia y en la recolección de la hoja los raspachines, jornaleros itinerantes que van raspando la hoja de coca según las capacidades de inversión de la familia.

La venta es el siguiente eslabón de la cadena y se presenta en formas dispares según la coyuntura del conflicto y lo pone en contacto con nuevos espacios de ilegalidad. Es en este punto donde intervienen otros actores, como la guerrilla, los paramilitares y los compradores como “la mafia”. En algunos lugares, las FARC restringe el acceso a los compradores (o la compra directamente), para evitar la formación de un mercado que podría explotar a los campesinos y para impedir el acceso a los paramilitares detrás del negocio. En las memorias de muchos está aún el recuerdo de esta época de apogeo en la que era muy fácil encontrar el comprador en el pueblo y la gente iba sin problemas a vender la “merca” lo que contrasta actualmente con las dificultades actuales para la venta en época de guerra; en épocas donde la guerra lo exige, ciertas regiones se “cierran” y los compradores no pueden entrar.

Una de las diferencias centrales del funcionamiento del mercado de la pasta base en estas regiones es la presencia de la guerrilla, que controla el acceso de compradores en esta región de manera estricta en la que se desincentiva el surgimiento de una clase intermediaria de traficantes que funciona en conexión con los grandes cárteles y que en cualquier momento pueden llegar a entrar en guerra, como ocurre con *los patrones* y *las firmas* en el Valle del Alto Huallaga en el Perú (Van Dun, 2009), donde hay una especie de “mercado libre” de compra y venta. Los intermediarios son gente de la ciudad o de afuera de la región que no llegan a conformar una clase que se confronte a la autoridad de la guerrilla. Los *traquetos* no llegaron a tener la presencia en las zonas rurales del Caquetá como Van Dun señala en su investigación sobre el Perú.

En medio de esta cadena, los campesinos comparten y confían (en algunas ocasiones envían su coca con los vecinos para ser vendida), escogen las mejores estrategias para lograr el rinde, con base en cambiar los insumos, la semilla y hasta hacer trampa (“la liga”). Cada una de esta etapa tienen riesgos, la pérdida del cultivo o la producción es un golpe económico muy fuerte; la aspersión o la erradicación forzada pueden significar la ruina.

Esta mirada al proceso de cultivo y procesamiento de pasta base permite estudiar la manera en que el campesino se inserta en esta actividad y las lógicas subyacentes a esta; el tiempo que le dedica, los conocimientos que aprenden y adaptan, los materiales que utilizan, los obstáculos que se le presentan y los intereses que tiene sobre cada etapa. Es una dinámica que la estigmatización de los campesinos cocaleros como “criminales” no permite observar; un ejercicio para ver la gente y la cotidianidad detrás de estas etapas desde sus propias voces, en un contexto en el que la figura del campesino cocalero se ha borrado detrás del “auxiliar de la guerrilla” o el “narcoterrorista”. Esta mirada cotidiana permite identificar las diferencias y los denominadores comunes entre quienes participan en esta actividad donde la lógica mercantil está estrechamente unida a la apuesta del poblador rural cocalero por permanecer en el campo.

Es común suponer que la relación entre la violencia y los cultivos de coca es directa pero los relatos de los campesinos han mostrado lo contrario en los últimos tiempos. En las zonas controladas por la guerrilla, en épocas de paz es cuando se permite mayor acceso a los compradores y el negocio fluye mejor; por el contrario, cuando el conflicto se agudiza, los controles sobre el territorio y la

población se hacen más estrictos y se restringe el acceso a los compradores. Esto puede dar pistas sobre el aumento acelerado de cultivos de coca en el periodo de las negociaciones de paz en La Habana entre las FARC y el gobierno de Santos en medio de una reducción histórica de los enfrentamientos y las tasas de violencia en el país.

Esta cotidianidad está marcada por coyunturas históricas de violencia que impactaron las trayectorias de los campesinos entrevistados. Tres olas de violencia han atravesado sus vidas : La Violencia a mediados del siglo XX que los expulsó de sus tierras, la Guerra del Caquetá y del Yarí, que azotó la región en la década de 1980 como una confrontación entre las guerrillas, el estado colombiano y el narcotráfico, y recientemente, la coyuntura que desde 1998 convergieron el despliegue del Plan Colombia y la incursión paramilitar. Es así que la criminalización no puede ser vista simplemente como una aplicación de la lucha contra las drogas, sino que obedece a una confrontación más amplia de guerra anti-insurgente con participación tanto de los Estados Unidos como del paramilitarismo.

Las trayectorias estudiadas muestran un enorme impacto de las múltiples violencias en sus experiencias biográficas, aumentando su vulnerabilidad y dificultando su acceso a mercados que les permitan cierta estabilidad en la unidad económica familiar. A esto se le suma que pueden ser tres generaciones que han vivido la guerra y que no han tenido acceso a ningún tipo de justicia ni reparación ni atención integral. Las formas en que se reflejan estas coyunturas de violencia en la vida de los campesinos son entre otras, por medio del desplazamiento forzado que en varios casos fue múltiple; llegar al Caquetá no significó resolver su acceso a la propiedad de una vez por todas sino dentro del departamento tuvieron que seguir migrando, huyendo de la guerra y buscando mejores tierras para producir. También a través del asesinato de sus familiares, desarticulando la vida familiar. Así, el ciclo ya descrito de migración-conflicto-migración permite comprender este desplazamiento regional, la violencia es otro factor central en esta migración y colonización sin pausa.

La Guerra del Caquetá puso también entre la espada y la pared al campesino, algunos terminaron en la guerrilla y otros, de civil, tuvieron que aguantar la estigmatización de todos los bandos. Particularmente recuerdan en este periodo la fuerte represión del ejército sobre la población civil, marcada por la desaparición, la amenaza y el ataque indiscriminado a las poblaciones.

El último periodo es el de la militarización y paramilitarización durante el Plan Colombia. Las nuevas tecnologías y el apoyo económico de los Estados Unidos les permitió crear nuevos mecanismos de ataque, como el bombardeo. En esta nueva etapa se conjugaron estrategias de vigilancia (retenes, estigmatización, patrullas) con uso del terror (bombardeos, ataques indiscriminados, hostigamientos y desaparición forzada). La respuesta de las FARC fue hacer más estrictos los controles sobre la población, lo que resultó también en desplazamiento forzado. Más que un control panóptico foucaultiano, dadas las condiciones de lo rural, se extendieron redes de vigilancia y terror.

En estos contextos, los campesinos tuvieron que adaptarse a las reglas de la guerra y no significó que fueran pasivos, obedientes o no tomaran ningún partido. Ellos crearon estrategias para sobrevivir en medio de un contexto en el que su propia vida peligró: el desplazamiento fue una opción (con las implicaciones que tiene esto sobre la unidad campesina familiar) y “no comprometerse” fue otra, evitar inmiscuirse con los actores armados, es decir, callar, evitar enterarse y ver para otro lado esperando a que las cosas pasaran pronto. Pero la guerra no puede ser reducida a un conflicto entre las fuerzas de la guerrilla y del ejército y a los aldeanos en la mitad; estos últimos también fueron

reclutados e informantes. Por ejemplo, muchos de los conflictos vecinales, venganzas o envidias fueron resueltos a través de “chismes”, “rumores” que llevaron a la guerrilla o a los paramilitares, como también lo señala Van Dun que ocurrió en el Valle del Alto Huallaga en el Perú (2009).

El análisis de la violencia en las vidas de los campesinos giró en torno a la “administración” del sufrimiento que señala Das (2010c) por parte del estado pero también por los demás actores armados y la manera en que esta violencia se relaciona con formas de autoridad. El estado colombiano es comprendido como el agente represor que los abandona (en términos paternalistas) pero también en términos legales, como quien no es garante de los derechos constitucionales a los que ellos tienen derecho como ciudadanos; es así que el estado colombiano termina en *rebeldía* ante el mandato de la Constitución.

En este proceso de construcción del estado colombiano a través de la fuerza y la violencia en las regiones márgenes, se evidencia como fracturado en las imágenes que los campesinos cocaleros tienen de él en el Caquetá. Por un lado, puede pensarse que esta idea de la Constitución que no es cumplida por el estado colombiano les permite darle coherencia a su rol contradictorio y bipolar en estas regiones (violencia y paternalismo), o por el contrario, esta autoridad estatal ya es concebida como fragmentada y el proceso de construcción ideológica de “un estado colombiano” ha fracasado. Es así que la idea del *estado centauro* que señalan Wacquant y Bourdieu podría ser complementada estudiando la manera en que la misma población lee, interpreta y le intenta dar coherencia a esta *bipolaridad estatal*, afectando la manera en que este es legitimado en las “márgenes de la nación”. Ante los retos de construir una gobernanza democrática y plural en el posconflicto, desenredar el hilo de la legitimidad del estado en estas regiones será clave; un primer paso es reconocer que la criminalización del campesino cocalero no tiene ningún sentido en este nuevo proyecto nacional.

Los campesinos generalmente eran muy cuidadosos en no adherir a ningún actor armado, entre líneas era necesario descifrar sus afinidades. Exceptuando aquellos que se habían ido a la ciudad, que abiertamente hablaban del orden impositivo y violento de la guerrilla, quienes eran aún pobladores rurales sostenían una idea de que esa era la forma en que las cosas funcionaban. Los tres ejercicios de autoridad son leídos por los campesinos como ejercicios de aplicación de una “ley”, de unas normas de regulación.

Los ejercicios de autoridad de la guerrilla incluían el castigo y la reglamentación de la vida cotidiana, la participación de la comunidad en ciertas decisiones, la comunicación con los pobladores rurales y la dirección de los procesos de colonización y de regulación de los pueblos cocaleros. Este orden social de la guerrilla en estos pueblos se veía alterado por las dinámicas de la guerra y las arbitrariedades se hacen más continuas.

La autoridad paramilitar por el contrario se basa en el terror y la incertidumbre. La “ley” paramilitar inicialmente es comprendida como un mecanismo de regulación pero la violencia e irregularidad la desbordan, por lo que es una ley que no se cumple y que genera inseguridad. Mientras la autoridad guerrillera es justificada a partir de su regularidad, la paramilitar se convierte en un ejercicio caprichoso y cruel.

Das habla de la forma en que el sufrimiento es entendido a partir del orden jurídico al que hace parte (¿eran culpables? ¿violaron la regla? ¿se lo merecían?) y se construyen comunidades morales que la justifican y legitiman. No obstante no son comunidades homogéneas ni en el espacio ni en el tiempo; la gente cambia de lugar, de desplaza forzada o voluntariamente; las coyunturas se

transforman, el conflicto se agudiza o se hace más tranquilo. Estas comunidades y sus normas cambian.

Por ejemplo, un año después del trabajo de campo, regresé y encontré de nuevo a uno de los líderes de las víctimas del desplazamiento de Peñas Coloradas que había sido parte de las entrevistas y que tenía unos lazos muy fuertes con la comunidad a la que pertenecía. Le pregunté sobre cómo iba el proceso y alguien conmigo le preguntó si él regresaría a Peñas Coloradas si el ejército les permite de nuevo entrar y él respondió un rotundo “No!, yo no volvería. Yo no podría poner a mis hijos a sufrir como nos tocó sufrir a nosotros, a nosotros nos tocó muy duro, levantar el pueblo, aguantar tanto”. Lo mismo ocurría con la gente que se iba del área rural y cambiaban las “normas”, o con una joven a la que entrevisté que señalaba que ella creía que la guerrilla eran héroes hasta que se fue de allá. Una pregunta pertinente entonces en el marco del posconflicto es cómo estos órdenes jurídicos y de violencia se pueden transformar en espacios de relaciones de reconciliación y reconstrucción del tejido social.

Es estas circunstancias, la coca emerge como una opción posible y razonable. No es en un escenario de competencia perfecta ni imperfecta, ni de racionalidad maximizadora, ni siquiera de información parcial. Abordar la comprensión de las acciones de los cultivadores de coca solo desde la perspectiva económica deja por fuera este contexto que construye, delimita y articula los marcos de acción de los sujetos. Ante esta situación, modelar como iguales las dinámicas de la maximización del estado colombiano, estadounidense y la de los campesinos cocaleros carece de asidero. El ejercicio de la estatalidad en esta región está muy cercana a lo que se denomina como *un estado centauro*, que articula tanto un ala penalizadora, castigadora y represiva con un ala asistencialista y paternalista [Wacquant, L., 2012].

En esta investigación hemos sostenido que la ilegalidad no es una característica intrínseca del campesino cocalero, ni de ningún individuo en particular, sino el resultado de procesos de exclusión. ¿Qué elementos caracterizaban las trayectorias que llevaron a los campesinos a cultivar coca? Entre los entrevistados que cultivan o cultivaron coca, se encontró que la mayoría sufrieron de “rupturas” en su unidad familiar campesina, y/o fueron forzados a transitar hacia la adultez con menos recursos y capacidades. Con base en esto se mostraron los ejemplos de violencia y de transiciones en sus vidas.

La violencia y la vulnerabilidad²⁰⁴ son concebidas dentro de las trayectorias de vida de los campesinos como resultantes de múltiples eventos o acontecimientos [Dewilde, 2003], que provocaron la ruptura de las unidades familiares campesinas, o por lo menos su vulneración²⁰⁵. También se identificó una transición [Dewilde, 2003], el “abrirse de la casa” como un camino hacia la independencia en la vida campesina. Ambos elementos (la violencia, la vulnerabilidad y el camino a la independencia) procedieron en convergencia la mayoría de las veces, es decir, rupturas violentas en la unidad familiar implicaron transiciones a la independencia en condiciones difíciles y desembocaron por lo tanto en mayor propensión al cultivo de coca.

Esta transición a la independencia de manera desventajosa es parte de la explicación de la persistencia de la actividad cocalera. Este proceso de independencia en el ciclo familiar permite definir si el poblador rural va a seguir viviendo en el campo o no, y se constituye casi como un momento de aprendizaje (ritual) por el que los jóvenes deben transitar para hacerse a su propia finca y familia. El

²⁰⁴ En este caso específico, es la vulnerabilidad ante accidentes o la muerte de alguien en la unidad familiar que puede afectar la dinámica; que el padre o la madre mueren de alguna enfermedad o un accidente fue varias veces relatado dentro de los campesinos entrevistados.

²⁰⁵ Ruptura como un evento que irrumpe en la unidad familiar campesina y puede hacerla más vulnerable o desintegrarla.

análisis de diferentes experiencias (trayectorias medianamente manejables por las familias y otras que los llevaron a círculos de desventajas), permitió contrastar los caminos de vida de los campesinos cocaleros y no cocaleros.

Ahondando el estudio de la transición a la independencia, se resalta también que estas decisiones se dan sobre una estructura de oportunidades específica; más que caprichos o comportamientos “desviados”, el estudio de socio-biográfico permitió comprender las dinámicas particulares en las que las decisiones de los campesinos fueron tomadas. Uno de los denominadores comunes es una insistencia tenaz por permanecer en el campo y que cuando se resuelven limitaciones o carencias claves (como la propiedad de la tierra o el acceso a créditos, por ejemplo), los campesinos pueden llegar a romper las desventajas heredadas de rupturas familiares tempranas y hacer un camino hacia la independencia, formar su familia y levantar su familia sin necesidad de la coca. Por el contrario, estas trayectorias, a partir de las rupturas y desventajas estructurales, pueden convertirse en procesos de acumulación de desventajas muy difíciles de superar. La coca entra en estos espacios, dándole un respiro al campesino para sobrellevarlo.

Se encontró también en esta transición que una de las maneras en que se articula la coca con la vida del campesino es a través del ser raspachín. En condiciones sin coca, este proceso de independencia se ejercía principalmente siendo jornalero en diferentes lugares hasta lograr el ahorro y la manera de hacer su propia finca. Ser raspachín es una manera de ser jornalero, un trabajo que paga mucho mejor. Es en este periodo también donde los sujetos aprenden sobre el cultivo de coca y a manejar también la zozobra que esto implica. Sus experiencias muestran que a través de la “iniciación” siendo raspachines, la coca se extendió a lo largo de la región.

Las mujeres también han sido parte de esta actividad, con trayectorias diferentes a las de los hombres. Las campesinas cocaleras entrevistadas han enfrentado esta transición de manera diferente: han salido de la casa de los padres siendo adolescentes con una pareja para formar una familia o lo han hecho solas por intereses específicos, como estudiar, cuando no se encuentran satisfecha con el rol que tienen en el campo. La manera en que se involucran en la actividad es diversa, principalmente a través de sus maridos: algunas participan relativamente como iguales (particularmente en aquellas familias que tienen su finca y viven de ella), y otras en contextos de mayor desigualdad (como aquellos que administran fincas cocaleras) donde la mujer tienen que trabajar cocinando para muchos trabajadores sin pago. A esto se suma que en el periodo de apogeo de la coca, cuando habían grandes plantaciones con gran número de raspachines, el entorno se volvió violento hacia la mujer; el aumento de la prostitución y del consumo de alcohol, y en general en cambio de “los valores” del campesino la enfrentaron a situaciones de rupturas y violencia familiar. Algunas campesinas entrevistadas se quejaron del comportamiento de los hombres y hasta se separaron en este periodo ; otras forzaron al marido a salirse de la coca. La satisfacción o insatisfacción de la mujer en este contexto pudo definir la ruptura de la unidad familiar campesina con la coca.

El grupo de campesinos estudiado no es homogéneo, ha sido ya clasificado por grupos en varios trabajos sea por el número de hectáreas que trabaja y por lo que cultiva. La manera de diferenciarlo según los campesinos entrevistados en esta investigación se hizo a partir de tres elementos: la dependencia a los ingresos de la coca, el tamaño del cultivo y sus aspiraciones. Esto permitió visualizar un panorama sobre quiénes participaban de la actividad en el campo caqueteño: los campesinos cocaleros, los coqueros y los cocaleros migrantes.

Un primer grupo es el de los coqueros, que dedican la mayor parte de su tiempo a cultivar coca, lo que redundaría en la manera en que se organiza su unidad familiar tanto en términos de consumo como la producción. Su aspiración central es seguir cultivando coca. El otro grupo de campesinos fue el que encontró en la coca un mecanismo para migrar a la ciudad; muchos lograron ahorrar y comprar una casa o un lote en la ciudad lo que les permitió irse a vivir ahí; el último grupo, en el que centró esta investigación, es el del pequeño campesino cocalero. No solo pequeño porque alterna la coca con cultivos de uso legal o actividades legales, sino porque además está atrapado en un ciclo de desventajas; a pesar de que su aspiración es mejorar la finca con el dinero de la coca, muchas veces no le alcanza y debe volver a cultivar. Su vida contrasta con el discurso generalizado del cultivador de coca que se enriquece fácil y vive entre lujos; éste apenas compagina la ganadería y la coca, y su unidad familiar se organiza en torno a esta. Esta diferenciación no es meramente económica, sino que involucra lo que se considera como pobreza, sus aspiraciones, los riesgos y la manera en que conciben la relación entre el campo y la ciudad. Por ejemplo, sus aspiraciones frente a la ganadería, el rol que ocupan en el hogar en el caso de las mujeres y las maneras de concebirse ellos como “ignorantes”, “incapaces de vivir en la ciudad”.

El campesino del Caquetá no es eminentemente un agricultor. La dinámica que lo caracteriza es un arraigo al espacio rural, pero desarrolla otras actividades como la ganadería, algunos tienen negocios (restaurante, venta de comidas, administran residencias) en los pueblos. Sus trayectorias y experiencias muestran que no son campesinos aislados y tampoco carentes de “legalidad” o ignorantes de la ley; no son fugitivos históricos, tampoco “atrasados” ni “irracionales”. Son hombres y mujeres desplazados y violentados buscando romper un ciclo de desventajas que han acumulado y soportan desde que nacieron, y que buscan de nuevo vincularse al mercado no solo para sobrevivir sino para realizarse como campesinos; “nosotros también queremos crecer” decía uno de ellos.

La ilegalidad, a través de estas trayectorias, se constituye como el resultado de un proceso largo de exclusión. Ellos no solo son habitantes de la frontera sino que su vida misma es la frontera, son seres fronterizos, donde las dicotomías de lo legal e ilegal se difuminan entre la sobrevivencia y el arraigo a la tierra (Martel, 2010). El ejercicio de la violencia es de múltiples formas, tanto a través de la violencia física como el desplazamiento y la represión por parte del estado, pero también a través de la manera en que este crea espacios de ilegalidad, como el cultivo de coca, que hace más vulnerable a la población campesina del Caquetá.

Esta tipología basada en las aspiraciones y el papel de los ingresos en la familia cocalera busca mostrar que las “ventajas” o las “desventajas” no son elementos ahistóricos o arbitrarios sino se basan en representaciones del campesino de lo que es válido, lo que merecen y lo que aspiran y desmarcan el debate en términos del “buen camino” y “el mal camino”. Así, en vez de hablar de las “ansias de enriquecimiento fácil”, lo que se evidencia es el derecho de los campesinos de mejorar su condición, de desarrollar sus proyectos en un contexto en el que es muy difícil salir adelante si no es por estos medios, pero también permite no caer en el error de considerar la coca como una simple “ventaja”, desconociendo todo lo que implica para el campesino ser perseguido y hostilizado por diferentes actores en sus regiones.

Percepciones y legitimidades de lo campesino y lo cocalero: dilemas

Una segunda pregunta se enfoca en la manera en que los pequeños campesinos perciben al estado y construyen de la actividad cocalera como un trabajo legítimo. Esta relación entre el campesino y el estado colombiano se estudió a partir de tres elementos centrales de la unidad familiar campesina: el acceso a los mercados, a la propiedad y la mano de obra familiar. En estas experiencias y percepciones hay una fuerte desconfianza hacia el papel del estado colombiano a pesar de que se mantiene la demanda por la necesidad de que “haga presencia”.

El proceso colonizador fue un trabajo riesgoso y difícil de tumba de montaña que los campesinos enfrentaron con la ayuda de la comunidad, pero sin ningún apoyo del estado colombiano que fue incapaz de dirigir los proyectos colonizadores en la Amazonia caqueteña. Sus relatos están marcados por el valor de la ilusión de la finca propia y el sacrificio que les costó. Un tercer elemento que resalta es la apuesta por lo comunitario que se expresó además acompañado de marcos legales de organización como la fundación de veredas y de juntas de acción comunal. Estos tres valores fueron parte del proceso de configuración del colono en campesino caqueteño, a través de un arraigo a la tierra, a la comunidad y una demanda constante de apoyo para acceder al mercado. Esta apuesta por lo comunitario va acompañada por una queja recurrente ante la falta de apoyo del Estado para el proceso colonizador.

La condición de la infraestructura es una preocupación recurrente entre los campesinos entrevistados; la falta de vías y de acceso a servicios que les permita una vinculación con el mercado agrícola o ganadero (lechero y de carne), afecta la capacidad de los campesinos de insertarse en la economía legal. Parte de la dinámica de inversión en infraestructura de esta región está basada en los intereses de la guerra, lo que impide que en zonas rojas, muchas veces las que tienen cultivos de coca, sea donde se invierta. El mejoramiento en infraestructura reciente en los puentes y la vía de la Marginal de la Selva corresponden a intereses del Plan IIRSA y a la creciente incursión petrolera en la región, que transporta el crudo en carro-tanques. Esta dinámica de la guerra y la infraestructura es percibida por el campesino en tanto que el estado pierde legitimidad.

Otro cuello de botella que los campesinos relatan es el acceso a la propiedad y el continuo proceso de consolidación del latifundio. La economía cocalera ha actuado de forma desigual como cualquier negocio capitalista; el campesino es el que recibe menos beneficios de la cadena productiva y es quien tiene más problemas para el acceso a la propiedad. Mientras tanto, el proceso de apropiación de tierras por medio de lavado de dinero de los medianos y grandes narcotraficantes persiste; ellos son quienes son un poderoso motor de la dinámica de consolidación de la propiedad “legal” en el departamento. Una de las desigualdades se basa en la falta de apoyo institucional, el estado impide o desincentiva la legalización de las tierras por parte del pequeño campesino.

Los campesinos afirman que encuentran en la legalización de la propiedad una posibilidad de acceso a créditos. Algunos, los más politizados, llegan a desconfiar y temer del crédito pero otros no; una posibilidad de un crédito se les aparece como una oportunidad de crecer.

Las dificultades para el acceso a atención en salud son persistentes. Las historias de falta de atención y de muerte de familiares y conocidos son un denominador común en los relatos de los campesinos que minan aún más la percepción que tienen del Estado. Ellos han creado sus mecanismos de protección, como la atención por parte de curanderos indígenas, pero tienen alcances limitados; los accidentes por caída de árboles o picadura de animales o enfermedades crónicas son recurrentes en sus vidas y no son atendidos. El único mecanismo de atención pública al que están

inscritos es el carnet del SISBEN, un documento muy valorado, pues les da acceso a atención a la atención en salud, particularmente para quienes viven cerca de los pueblos o donde haya infraestructura en salud; para quienes viven fuera llegar a un hospital es un camino muy complejo. La falta de acceso a la salud obstaculiza la dinámica de la unidad familiar campesina, donde la pérdida de una vida, como la de los padres, puede causar la ruptura de la unidad familiar. Muchas de las rupturas estudiadas que desataron ciclos de acumulación de desventajas como se mencionó anteriormente, partieron de la muerte de uno de los padres por estas causas.

El estado colombiano en el Caquetá ha desplegado diferentes tipos de programas de fortalecimiento rural y desarrollo alternativo basado en una idea de las “márgenes” que le otorga un tratamiento especial al departamento. Desde el Plan Nacional de Rehabilitación hasta el Plan Consolidación, lo que ha habido es un proceso de debilitamiento de los espacios de participación local donde los campesinos han visto crecer la presencia militar y la ejecución de programas de transferencias como Familias en Acción o Familias Guardabosques. Es en este doble juego, de militarización y asistencialismo es en el que se desenvuelven los campesinos actualmente. Estos perciben un alto grado de corrupción en estas políticas, su cercanía a los intereses de la guerra, lo que también impacta la legitimidad del estado en la región.

Un último elemento a destacar, es la manera en que el campesino ha construido a la actividad cocalera como legítima e ilegítima, es decir, la legitimidad que han construido en torno a esta. La manera en que están contruidos estos argumentos se basan en su experiencia, particularmente las diferencias entre las épocas del auge y las de la crisis: la memoria funciona como un elemento (des)legitimador. Se muestra cómo la legalidad y la legitimidad no van de la mano sino son dos procesos articulados de cierto modo pero no automáticos; los campesinos desde la ilegalidad pueden construir formas de lo legítimo y lo que no lo es. Se señala también cómo esta legitimidad muestra cómo el grupo de los campesinos cocaleros no es homogéneo.

La ley antidrogas se concibe como un ejercicio de violencia simbólica que delimita un discurso hegemónico en el que se desenvuelve el tratamiento del tema de los cultivos ilícitos en el país, que entre otras cosas, clasifica y delimita el debate en torno a los cocaleros y justifica el uso de la violencia y su exclusión de las dinámicas políticas sobre esta población. Un primer argumento compartido por los campesinos es que es una actividad punible, y que de su criminalización es que emana su éxito como actividad económica.

Un segundo elemento es que parte del discurso actual del castigo al cultivo de coca tiene que ver con individualizar la culpa del cultivador. Al contrario de estudios sobre la pobreza urbana donde efectivamente los sujetos entrevistados internalizan esta culpa, en los campesinos cocaleros esto no ocurre completamente pues ellos le otorgan gran margen de responsabilidad al estado.

Las memorias sobre la experiencia cocalera han sido fundamentales para la construcción de la legitimidad de la actividad. Las épocas del boom cocalero son recordadas como momentos de abundancia pero también de descomposición social y violencia con peleas, trago, prostitución, asesinatos y robos, la violencia relacionada con la guerra contra los cultivos de coca y la insurgencia; entre esta doble cara es concebida la actividad. En el contexto de pobreza y vulnerabilidad rural es comprendida como una salvación, pero los cultivadores son conscientes también de que a cambio, han tenido que acostumbrarse a la violencia e intranquilidad, la coca como una condena.

La memoria del boom cocalero marca un antes y un después donde se resalta el derroche y se critica a quienes “no aprovecharon” los buenos precios. Hay un señalamiento constante de esas

épocas de manera negativa por lo que insistencia actual de los campesinos es que sí usan “bien” este dinero y no se enriquecen. Es un juego de memorias que se construye para una lectura y la legitimación del presente.

En el presente entonces plantean sus razones para cultivar. Uno de los argumentos es el “abandono del estado” que se expresan de múltiples formas, por ejemplo, los obstáculos que impone a los campesinos caqueteños para el acceso a la tierra. La época actual es caracterizada como de “crisis”, por lo que insisten en que el cultivo es una necesidad y apenas ofrece lo necesario para vivir. La coca en este contexto es comprendida como una forma de crecer y obligación para “salvarse” del hambre, pero también una condena, que los expone al conflicto armado y a la persecución del estado.

El discurso hegemónico concibe como ilegal la coca, como algo negativo y parcialmente este discurso es apropiado por el campesino, que legitima su actividad como una necesidad, pero no pone en cuestionamiento la política que lo criminaliza, la idea de “la mata que mata”. Una manera en que se refleja este discurso hegemónico es por ejemplo el manejo de dinero de la coca en dos sentidos, el argumento entre quienes no cultivan de que “esa plata es maldita”, “es un engaño”, y en la manera en que los pequeños campesinos cocaleros insisten en que disponen de ese dinero, para la enfermedad, para el ahorro, para la finca o para los gastos de los hijos pero no para los lujos o el derroche.

Los campesinos se ven a sí mismos como pequeños cocaleros que apenas tienen para subsistir y usan la distinción entre “los que aprovecharon” y “los que no aprovecharon”. Quienes aprovechan son aquellos que logran usar el dinero de la coca para mejorar la finca e invertir, es un proceso en que la “legalidad” toma un nuevo sentido cuando el dinero de la coca (el “ilegal”) se traslada a usos legítimos para sus intereses como campesinos, más animales, más tierra o ahorros (lo “legal”), no la fiesta ni el despilfarro. Para hacer legítima su actividad entonces el dinero “ilegal” lo transforman en “legal” a partir de lo que aspiran como lo que consideran ser campesinos, en beneficio de su unidad familiar, de la finca, de la ganadería.

La división entre lo “bueno” y “lo malo” de la actividad cocalera también se nota en la manera en que el pequeño campesino se visualiza a sí mismo en la cadena de producción. La distinción entre la salvación y la condena determina lo (i)legítimo de los campesinos cocaleros como ganadores y perdedores, “buenos” y “malos. Un primer grupo son los coqueros, vistos como los censurables, los del derroche, los que “no aprovecharon”. Pero también lo que solo se dedican a eso, por lo cual, son diferentes a los pequeños campesinos. Arriba del coquero está “la mafia”, que es el mundo de las grandes plantaciones, los cristalizaderos y el tráfico de cocaína, de la que se separan los campesinos, en particular por los valores que representan basados también en el derroche.

La ley formal (la del estado colombiano) que sostiene el marco de la lucha contra las drogas es entendida tradicionalmente como una herramienta exclusivamente instrumental que tiene como objetivo desincentivar la siembra de coca. Este instrumentalismo asume la realidad social como externa e independiente de los sujetos y de las institucionales. Para muchos, la ley del estado colombiano aparece como algo externo y pre-existente en la sociedad y cuya legitimidad con ella viene por añadidura, indiscutida. De ahí, hay quienes se insertan como legales y otros como ilegales, como un proceso “natural”.

Esta investigación cuestiona este argumento enfatizando la construcción de un discurso hegemónico sobre los cultivos ilícitos y la manera en que es apropiado por los campesinos, analizando la experiencia de la ilegalidad desde abajo, es decir, como una imposición sobre un grupo social que reinterpreta, reflexiona y legitima su vida y su actividad en torno a esta. Es esta experiencia

y legitimación de la ilegalidad, el cultivar coca, la que se convirtió en el eje del análisis, ¿cómo, siendo la actividad cocalera perseguida e ilegal, la viven, articulan a sus vidas, experimentan y legitiman los campesinos? ¿en qué consiste este marco común sobre las drogas?

La ley como una imposición también es parte del marco de acción de los individuos, pero la manera en que es experimentada y legitimada son procesos que van más allá de la simple promulgación. La comprensión del campesino cocalero nos exige indagar el contexto en el que éste se desenvuelve. Partir desde su caracterización de ilegal, como desviados, delincuentes, ignorantes de la ley, portadores de capital social negativo y fugitivos históricos a disciplinar, simplemente evaden la discusión, haciendo de la ilegalidad una característica estática y propia del ser campesino caqueteño, “la gente sin ley”, justificando así las acciones del Estado, las violentas y las disciplinarias. Pareciera más bien que lo que se vive es un exceso de ley.

La ilegalidad se plantea entonces como el resultado de un proceso, en este caso particular, un proceso de exclusión que se desarrolla en un contexto de pobreza rural y violencia. A partir de este marco debe entenderse entonces la situación que enfrentan los campesinos cocaleros del Caquetá y desde esta situación de exclusión es que el campesino construye la legitimidad de su actividad. El marco común de lenguaje es el de la criminalización y los cultivadores de coca construyen sus formas de legitimarla en torno a esta.

En este proceso de construcción de la legitimidad es donde aparece la dimensión rural como un conflicto de valores y de memorias. Mientras para el estado colombiano el cultivador de coca es un personaje que se enriquece y derrocha, que solo piensa en su interés, estos pequeños pobladores rurales resisten y luchan por desvincularse de este estigma, reforzando lo que consideran como legítimo, la defensa de su unidad familiar (de consumo y de producción), y sus aspiraciones, pero partiendo de que la coca es ilegal.

El estudio del delito debe salir de la referencia normativa y enfatizar las dinámicas que se extienden entre lo legal e ilegal más allá de lo dicotómico. Las fronteras entre lo legal y lo ilegal no son siempre tan estrictas y los actores, desde el estado hasta los campesinos, están lejos de moverse en una sola. Como afirma Kessler y Da Silva Telles (2010), son objetos movedizos y cambiantes. La relación entre lo legal y lo legítimo es compleja y no es directa; hay formas ilegales que son legítimas, como en el caso del campesino cocalero, como formas legales que se hacen ilegítimas para ciertas poblaciones, como la violencia que ejerce el estado colombiano en el Caquetá o la corrupción que ellos perciben en los programas estatales que operan en la región. Los campesinos construyen formas de (i)legitimidad y le dan sentido a su actividad y experiencia en el contexto de guerra que viven bajo la política de la “lucha contra las drogas”. Así, el campesino construye la legitimidad de su actividad pero a partir del marco común discursivo basado en el sistema impositivo que lo criminaliza: la forma de legitimarlo descansa en una apuesta por lo rural, por permanecer en el campo.

Que legitimen su actividad ilegal no quiere decir que no se apropien de elementos del orden normativo dominante, al contrario, las demandas que plantean tienen que ver con el acceso a la legalidad por medio de la garantía de sus derechos como ciudadanos; un ejemplo es la fundación de veredas o la demanda por “más estado”.

La experiencia socio-biográfica y sus percepciones muestran que el campesino cocalero es un sujeto activo y reflexivo; su sobrevivencia en un contexto de violencia y pobreza se ha basado en esto. Pero el análisis de su comportamiento no debe soportarse en términos solo estructurales (cultiva por hambre), sino por el deseo del campesino por realizarse y por reproducirse socialmente desde sus

sueños y aspiraciones. Es decir, no hay que esperar a que se muera de hambre, lo que hay que visualizar es su relación con la tierra y el deseo de seguir arraigado en ella.

Se plantean temas para la política pública relevantes; la reevaluación de la idea de la “cultura de la legalidad” como una estrategia contra los cultivos de coca, o la presencia institucional del estado sin una reflexión más profunda sobre el cambio en la manera en que este se relaciona con lo local, más allá de la dinámica de la guerra o el asistencialismo. Los mismos cultivadores, en la forma de legitimar la actividad cocalera lo muestra, han defendido sus aspiraciones como productores legales a raíz de su apuesta por permanecer en el campo y la vida rural. Es un llamado a que la salida para romper el ciclo de la persistencia de la coca sea a través del apoyo a esta apuesta.

Un ejemplo es comprender estos procesos de transición centrales para la reproducción tanto del campesino cultivador de coca como la independencia, el “abrirse de la casa”. Además, pensar en términos del fortalecimiento de la educación rural, donde se articulen lo rural de una manera armoniosa en la escuela. Y también a pensar políticas diferenciadas para los grupos de cocaleros o el diseño de una política integral que pueda articular las diversas maneras en que el cultivo y el campesino se relacionan por ejemplo considerando la juventud campesina. La política pública en torno a los cultivos de coca debe apuntarle a formas alternativas de fortalecer estos aspectos, más que a la política del garrote y la zanahoria.

Esta investigación pretende además, ser un aporte a la discusión sobre qué hacer en el caso en que se firme exitosamente un acuerdo con la guerrilla. Es necesario fortalecer la discusión sobre la regionalización de los estudios de la coca que pueda generar comparaciones; también pensar las diferencias sub-regionales del funcionamiento de esta actividad, por ejemplo entre la cordillera y la planicie amazónica. También, es preciso un balance sobre la manera en que estas formas de legitimidad se articulan con las múltiples legalidades que operan en estos territorios, es decir, las leyes de la guerrilla, de los paramilitares, de las juntas de acción comunal, del estado; no es un campesino sin ley, es uno con demasiadas leyes. Esto permitiría comprender mejor el entorno en el que se desenvuelven los y las cultivadoras de coca, reflexionar desde el pasado para situarse en el presente y sentar las bases para pensar el futuro digno, no necesariamente sin cultivos de coca.

Breve reflexión sobre los acuerdos de La Habana en torno al punto 4 acerca de drogas ilícitas

El cuarto punto de los acuerdos de La Habana refiere a la solución del “problema” de las drogas de uso ilícito en el país. Caquetá es un territorio que ha sido históricamente lugar de cultivos de coca, ha tenido presencia de las FARC y tiene entre su transición a la consolidación de la paz estable y duradera el reto del “fin de los cultivos de coca”. Pero no solo eso, los desafíos departamentales también refieren al asunto del consumo de drogas pues a pesar de que no hay estudios específicos para la Amazonía, la tendencia a nivel nacional de consumo de narcóticos muestra un crítico aumento, principalmente de consumo de heroína entre hombres. Entre los caqueteños y caqueteñas es cada vez más un secreto a voces el aumento crítico de consumo de drogas entre los jóvenes.

Otra realidad que enfrenta nuestra región es el tema de la penalización y el encarcelamiento. En términos de la lucha contra el tráfico de narcóticos, uno de los impactos más crueles de la guerra ha sido el aumento del número de mujeres, campesinos y campesinas, o pobres urbanos, encarceladas por el porte de drogas; dos indicadores son concluyentes, entre 2000 y 2014, el dato de las mujeres privadas de la libertad en Colombia creció en un 271%, de los cuales el 60% fue por delitos no violentos

relacionados con la coca y mientras la población carcelaria de mujeres ha aumentado el 51.6% entre el 2000 y el 2014, este indicador para los hombres ha aumentado en un 20%.

Es así que este acuerdo llega en un contexto en el que hay un consenso global -político y académico- sobre la ineficacia de la lucha contra las drogas y el llamado a la aplicación de políticas alternativas e integrales ha empezado a extenderse en los países del primer mundo, a pesar de que el discurso en la opinión pública que se maneja de dientes para afuera diga lo contrario. Uno de los ejemplos de la ineficacia es que a pesar de esta política, los cultivos, no solo en Colombia, sino en el mundo están expandiéndose; en África por ejemplo ahora hay cultivos de marihuana. Es en este escenario donde lo firmado en La Habana se convierte en una política trascendental que marca la pauta para el cambio de las políticas sobre el tratamiento de las drogas de uso ilícito en el mundo que está señalado en el texto firmado como una “nueva visión”; de su éxito depende la paz estable y duradera, y el giro definitivo de una política global, o por lo menos regional.

¿Qué dice el acuerdo?

Sobre el cultivos, consumo y tráfico enfatiza el acuerdo cuarto sobre la “solución al problema de las drogas” que se firmará el 26 de Septiembre de este año. Estos acuerdos tendrán el enfoque de derechos humanos y salud pública, con inclusión de políticas diferenciales y de género, que tienen en cuenta la atención diferenciada a los eslabones más débiles de la cadena y tiene como clave la construcción territorial de alternativas. Los principios de este acuerdo son la igualdad soberana y la no intervención pero sí la acción coordinada a nivel global teniendo en cuenta que es un mercado transfronterizo, y reconoce los usos ancestrales y tradicionales de la hoja de coca, y la posibilidad de usos medicinales y científicos de las drogas de uso ilícito que se establezcan.

Cultivos de uso ilícito

Este punto del acuerdo está atado directamente con el punto 1 sobre Reforma Rural Integral, que invoca la transformación estructural del campo. Esto cambia el discurso sobre el tratamiento de los campesinos coccaleros, que ya no deben ser vistos como “narcoterroristas”, “criminales” sino como sobrevivientes del empobrecido y ruinoso campo colombiano y en particular, de procesos colonizadores de la Amazonia colombiana que no han sido acompañados por las garantías constitucionales del estado colombiano, sino al contrario, han sido violentados y agredidos por la fuerza pública. Para esto, el estado colombiano se compromete a disminuir la corrupción y los lazos con el narco, y las FARC-EP se comprometen a poner fin a cualquier relación que en función de la rebelión se hubiera dado entre ellos y el mercado de las drogas de uso ilícito.

Para este fin se va implementar el Programa de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito (en cabeza de la presidencia de la república) a través de la construcción de Planes Integrales de Desarrollo con participación de las comunidades en el diseño, ejecución y evaluación de los programas de sustitución y recuperación ambiental de las áreas afectadas por dichos cultivos. La base entonces son estos planes que van a estar integrados a la Reforma Rural Integral, con un plan de construcción conjunta y participativa enraizada en las comunidades, basada en las normas del estado social de derecho y la sustitución voluntaria. El objetivo de estos planes es superar las condiciones de pobreza rural, ofrecer bienestar y buen vivir para los territorios coccaleros que permitan una sustitución

voluntaria de los cultivos de uso ilícito y se basan en acuerdos con las comunidades, se priorizarán los territorios y establecerá un tratamiento penal diferencial con lo pequeños agricultores.

La base de la construcción de estos Planes son las Asambleas Comunitarias que estarán compuestas por delegados de las comunidades, harán un diagnóstico colectivo de caracterización social, económica, ambiental del territorio que estudiará la dotación necesaria y las potencialidades del territorio que se va a intervenir. Los planes serán construidos por asambleas comunitarias, municipales, comisiones de planeación participativa y autoridades del programa a nivel nacional.

Uno de los componentes de estos Planes Integrales de Sustitución es un plan de atención inmediata y de desarrollo de proyectos productivos, una atención a recolectores, a la primera infancia, población escolar y adultos mayores. También se harán obras de infraestructura social de ejecución rápida, habrá un componente de recuperación ambiental y se desarrollarán planes de formalización de la propiedad entre otras cosas.

No menos importante, hay un compromiso en los acuerdos por hacer las reformas jurídicas necesarias en menos de dos años en la Ley 30 de 1986 para darle un tratamiento penal diferenciado a los pequeños y pequeñas cultivadoras de coca, lo que reduciría la presión sobre la población más vulnerable de la economía de las drogas ilícitas.

Programas de Prevención del Consumo y Salud Pública

La atención al consumo se hará desde la salud pública, desde una política de prevención y atención integral. Para esto se creará el Programa Nacional de Intervención Integral frente al consumo de drogas de uso ilícito basado en enfoque de derechos humanos, de salud pública, diferencial y de género. Para esto se crea el Sistema Nacional de Atención al Consumidor con un enfoque de rehabilitación e inserción social, en el que se reformulará la política pública en torno al consumo hacia políticas orientadas a salud, prevención y superación del consumo, y se construirán planes de acción participativos con enfoque territorial y poblacional. Uno de los elementos claves son el ataque a la estigmatización y acciones para mejorar la atención a los consumidores. Esto va acorde a la política actual del tratamiento del problema establecida en el Plan Nacional de Promoción de la Salud, Prevención y Atención del Consumo de SPA 2014-2021, que privilegia el tratamiento del problema del consumo desde la salud pública.

Solución al fenómeno de la producción y comercialización de narcóticos

El objetivo es desarticular las organizaciones del narcotráfico con énfasis en los grandes beneficiarios y menos con los eslabones más débiles que son los más afectados pero cuya penalización no afecta significativamente la operación el mercado ilícito. Esto apunta a esclarecer la múltiples relaciones que se han establecido entre la sociedad y el estado con el narcotráfico, por ejemplo en relación al paramilitarismo y a la corrupción. Además, la idea es crear un escenario de judicialización efectiva de los actores criminales con el apoyo interinstitucional e internacional, atacar el lavado de dinero y los activos del narcotráfico, y establecer controles a los insumos. Una de las claves de este apartado en el punto de drogas es la construcción de espacios de diálogos académicos e institucionales sobre las políticas de la lucha contra las drogas, pero también colaboración entre estados para el ataque a las redes internacionales del tráfico de drogas.

Prepararse para la implementación: el papel de los caqueteños y caqueteñas

¿Cómo se deben preparar los campesinos y campesinas cocaleras del Caquetá?

a. Todos los cultivadores y cultivadoras de coca deben leer los acuerdos y conocerlos a profundidad. El futuro de sus familias depende de que conozcan a qué tienen derecho, cómo participar y qué responsabilidades tienen ante la transformación rural que se pretende lograr.

b. Es urgente el fortalecimiento del movimiento cocalero en el Caquetá. Por ejemplo, las Asambleas Comunitarias tendrán sentido en la medida que tengan la suficiente claridad sobre su situación, sus necesidades y los compromisos del estado colombiano; para esto se necesita que los delegados y delegadas, y las comunidades que los eligen, estén en capacidad de crear diagnósticos acertados y que haya un seguimiento estricto a los compromisos por parte de los cocaleros. También a la hora de negociar los planes de sustitución, estas asambleas deben tener suficiente poder de negociación ante los demás actores. Todas estas cosas se logran con el apoyo y la coordinación de un movimiento cocalero regional y nacional, lo suficientemente fuerte que sirva de soporte para los campesinos y campesinas delegadas en las asambleas.

c. Deben ir pensando los mecanismos para la conformación de las asambleas comunitarias y la elección de los delegados. Esto quiere decir que deben tener en cuenta la inclusión de las mujeres y los jóvenes en estas asambleas, para que permitan la mirada de todos los actores en el territorio. También de estructuras de administración territorial precedentes como las Juntas de Acción Comunal.

d. Deben crear y exigir mecanismos de seguimiento a los planes de sustitución que monitoreen el cumplimiento del estado de los compromisos dentro de los planes de sustitución territorial. Uno de los mecanismos creados serán los consejos municipales de evaluación y seguimiento, en los que participarán activamente diversas fuerzas de la sociedad. Las organizaciones sociales deben tener participación allí.

e. Desde el Plan Nacional de Rehabilitación en la década del ochenta, la cabeza de estos planes de sustitución y transformación de territorios cocaleros ha sido presidencia. Así, a lo largo de estas décadas lo que se ha aplicado sobre la política de sustitución es un presidencialismo estricto que se refleja en las regiones en una caja menor del clientelismo político que se mueve como una palanca de cambios desde la oficina de presidencia. Los y las campesinas, y en general todo el departamento, deben ser veedores de estos recursos, exigir transparencia en el diseño y la ejecución de los compromisos. Si estos recursos siguen siendo malbaratados, se repetirá lo que ocurrió con el Plan Consolidación en el departamento, y los demás planes de sustitución cuyos recursos se quedan en contrataciones amañadas y nóminas sin transformaciones rurales.

f. Visualizar el campo más allá de lo eminentemente agrario; los cultivadores y cultivadoras pueden ser los agentes de cambio asumiendo su rol como campesinos o ganaderas o también como maestras, líderes, promotores de salud, enfermeras, defensores

del medio ambiente, reforestadoras, artesanos, etc. El territorio cocalero tiene que verse como el corazón de la transformación rural de la Amazonia colombiana.

¿y la sociedad ante el consumo de drogas de uso ilícito?

a. La sociedad (escuelas, universidades, familias, iglesias, organizaciones sociales, etc.) debe hacer una reflexión profunda de su relación con las drogas y el narcotráfico, donde la mayor estigmatización se ha dado en los eslabones más débiles, los consumidores y los pequeños campesinos. Es urgente romper los círculos de estigmatización sobre los consumidores y demandar políticas de tratamiento integral para estos.

b. La prevención es el principal camino para minimizar los impactos negativos del consumo de las drogas. Por esta razón es necesario que exijamos una política integral de fortalecimiento de los derechos de los niños y las niñas y adolescentes en todos los niveles institucionales, desde la escuela hasta las instituciones del estado, y una apuesta real a la defensa de esta población en nuestro departamento.

c. Las universidades y instituciones de investigación deben estar listas para aportar en el proceso de formulación de los planes territoriales para el tratamiento del tema. Los universitarios deben tener en la mira investigaciones de calidad sobre consumo a nivel territorial, sobre impactos diferenciados en hombres y en mujeres, y en propuestas para su atención.

d. Uno de las falencias más importantes del tema del tratamiento del consumo en Colombia es la falta de continuidad y financiamiento en los programas. La mayoría son planes cortoplacistas que rompen con los procesos de atención que a duras penas se logran iniciar con tantas dificultades. Los caqueteños y caqueteñas debemos ser veedoras y exigir la importancia que tiene la continuidad en el tratamiento desde la perspectiva de la salud pública del consumo de drogas de uso ilícito.

Reflexiones a futuro

Antes de terminar, es importante señalar hacia dónde se debe apuntar en el mediano plazo. Una primera idea refiere a la “ilegalidad” de los cultivos de coca y marihuana. Mientras se ha avanzado en la legalización de la marihuana, los cultivos de coca siguen siendo perseguidos, por ejemplo en el acuerdo el objetivo es el “fin de los cultivos de uso ilícito”. A pesar de los acuerdos, insistimos que la política tiene que tender hacia su legalización y el fortalecimiento de los usos científicos y medicinales de la hoja de coca, y hacia allá debe ir la presión de las organizaciones sociales.

Para esto, las poblaciones rurales cocaleras deben rechazar la estigmatización y al contrario, construir en torno al movimiento cocalero el orgullo y la dignidad que esta planta y sus usos merecen. Nunca la coca será “la mata que mata”, por el contrario, la coca debe ser apropiada por el poblador rural como la creadora, y sus usos y los saberes en torno a ella deben ser cuidados y valorados por todos; el rechazo radical al discurso de la “ilegalidad” es el primer paso. Para esto se hace urgente la creación y fortalecimiento del movimiento cocalero en el Caquetá, que les de mejor poder de negociación de los planes de sustitución ante el gobierno nacional; para esto la “identidad negativa” debe ser sustituida

por un ejercicio de defensa del territorio y orgullo por la fiera apuesta de los pobladores rurales del Caquetá por ver en el campo su proyecto de vida.

CAPÍTULO 9. ANEXOS

Reflexiones en torno al trabajo de campo en territorios en conflicto

La naturaleza de las actividades ilegales hace que el monitoreo, la sistematización y la cuantificación de la información sobre su dinámica sean cuestionables. La recolección de información sobre los espacios de lo ilícito enfrenta retos que son importante resaltar.

Se podría afirmar de manera convencional que el trabajo de campo se realizó con base en entrevistas semi-estructuradas a campesinos tanto cocaleros como no cocaleros del Caquetá que conocí a través de contactos con organizaciones y personas de la región entre el 2013 y el 2015. Pero la dinámica de esta investigación implicó una serie de decisiones que es importante precisar.

Ya se ha argumentado por qué es importante prestar atención a las vidas y experiencias de los campesinos cultivadores de coca²⁰⁶: sus trayectorias biográficas y narraciones permiten comprender las formas en que le otorgan sentido a sus estrategias²⁰⁷, los cambios, los recursos, apoyos, las crisis y formas de adaptación, entre otras. También permite aproximarse al significado que tiene el cultivo de coca en sus vidas, que es el centro de la discusión de esta investigación y para ello la perspectiva socio-biográfica se hizo central.

El trabajo de campo fue complejo, dado el contexto en el que se desarrolló la investigación. En primer lugar porque el Caquetá ha sido el centro de operaciones del Plan Colombia y ha sido uno de los lugares de la presencia histórica de las FARC; este lugar, como todo lugar de guerra, combina múltiples y complejas formas de silencios, reglas, complicidades, señalamientos, amenazas, temores y por supuesto, el temor a la muerte.

El periodo más crítico de violencia había sido superado tras la desmovilización de los paramilitares, pero la persecución y el señalamiento de la política del Plan Colombia sobre los campesinos se ha mantenido²⁰⁸. Hablar de la coca genera también más suspicacias; hay muchas formas de sentir este entorno de violencia, y para un extraño puede no ser claro. Parte del trabajo de campo fue comprenderlo, entenderlo y moverse en este²⁰⁹.

²⁰⁶ La definición de Dubet (2007) de experiencia social no se limita al sentido tradicional de la descripción comprensiva de un fenómeno, de una práctica, de una situación. Por el contrario, el reto recae en aprender a comprender esta experiencia, a aproximarse a ella a través de la "intervención sociológica" adecuada, en hacer de esta observación una herramienta verídica sobre las acciones, sobre las formas en que el sujeto resiste, se rebela, se defiende y construye representaciones del mundo social. La experiencia social consiste en definir el contexto a partir de la manera en que los actores se comportan. Se trata de mostrar

Cómo esa experiencia, esos sentimientos, esas emociones, esas acciones eran plenamente sociales y no podían comprenderse independientemente de los sistemas de relaciones y de representaciones que los "fabrica" (58).

...

En vez de pasar de la situación a la acción y sobre-determinar el análisis de la acción por la objetividad de la situación de los actores, pasando de la objetividad a la subjetividad, me parecía indispensable recorrer el camino inverso. Describir y analizar la experiencia de los individuos, al observar lo que para ellos tiene sentido y constituye un problema, lo que es pertinente y lo que no lo es, lo que es coherente y lo que es menos (Dubet, 2007: 58).

²⁰⁷ Esta investigación se adhiere al concepto de estrategia que Bourdieu propone "Por estrategia no se refiere a la búsqueda intencional o premeditada de metas calculadas (como lo hace Coleman [1986]), sino al despliegue activo de "líneas de acción" objetivamente orientadas que obedecen a regularidades y conforman patrones coherentes y socialmente inteligibles, aun cuando no siguen reglas conscientes o apuntan a las metas premeditadas determinadas por un estratega". (Bourdieu, P., y Wacquant, L., 2008: 51).

²⁰⁸ Hasta hace poco más de un año, las FARC declararon el Cese Unilateral al Fuego (20 de Diciembre del 2014, renovado a mitad del año del 2015) y finalmente el gobierno de Santos declaró el Cese de Bombardeos (25 de Julio del 2015). Esto ha traído un clima de mayor tranquilidad para los campesinos en la región, grandes beneficiados de estos ceses al fuego, y también el aumento de las hectáreas cultivadas de coca.

²⁰⁹ Como afirma María Clemencia Ramírez, uno de los aspectos que se deben tener en cuenta cuando se entra a hacer el trabajo de campo en un territorio es si este está en disputa. La recolección de información en este contexto puede generar suspicacias para diferentes partes del conflicto, puede ser considerado, como ella señala, como parte de un "trabajo de inteligencia" (Ramírez M.C., 2014). Por ejemplo, en uno de los viajes que se hicieron a San Vicente del Caguán, viajé con un investigador alemán que estaba haciendo un

El objetivo de esta sección es sintetizar y argumentar una serie de decisiones que se tomaron durante el trabajo de campo que tienen que ver con la recolección de información etnográfica y de entrevistas durante la investigación.

Una primer decisión fue en torno a dónde iba a hacer el estudio, si iba a priorizar algún lugar o no. Lo que me encontré es que por un lado, mi interés estaba en resaltar la diversidad de formas en las que los campesinos del Caquetá se relacionaban con la coca, por lo que enfocarme en áreas específicas hubiera sido dejar de lado dinámicas de diferenciación; muchos de los espacios se especializan en un tipo de productores o de formas de producción y quería evitar esto. Por otro lado, acceder a la información sobre una actividad ilegal hace menos controlable la muestra, simplemente tenía que desplegar una serie de redes para llegar donde la gente quisiera compartir su experiencia sin mayores prevenciones. Esta investigación es un punto de partida para ahondar en un futuro sobre estas diferenciaciones subregionales que puedan encontrarse en miradas inicialmente generales; uno de los resultados por ejemplo fue la diferenciación entre la actividad rural en la montaña y la de “la vega”.

Mi eje de operaciones fue Florencia, capital del departamento, que está en el centro de la organización urbana de la región por lo cual quedaba fácil moverse tanto al sur por el camino hacia el municipio de Belén de los Andaquíes como hacia el norte, los municipios de San Vicente del Caguán y Montañita principalmente. Además, desde ahí podía estar en contacto con los diferentes espacios rurales a los que quería ir (por ejemplo llamar), donde normalmente no hay señal de teléfono y mucho menos internet (parte de la vida rural de los campesinos es identificar los lugares donde “entra la señal”). Irse al campo en la mayoría de los lugares significaba quedarse incomunicado, algo que no podía permitir cuando estaba haciendo lazos de comunicación con campesinos de diversas regiones y filiaciones.

Esta movilidad también me permitió introducir miradas diferentes al problema en una región donde la influencia de las FARC, del Ejército y de otras organizaciones campesinas, civiles y religiosas (la Vicaría del Sur, Asocosurc, Caguán Vive, Coordosac por ejemplo) se extiende en el territorio. Esta es una premisa que no solo funciona para el Caquetá sino podría ser útil para otros trabajos de campo en la región: emprender estos ejercicios de recolección de información etnográfica debe partir de comprender estas dimensiones espaciales del conflicto, el mapa de dominación o autoridad de diferentes organizaciones, desde las civiles, como la Iglesia y las campesinas, hasta las armadas (FARC, paramilitares). Es decir, el investigador debe saber de “quién” es cada zona, cómo se estructuran las relaciones de poder espacialmente hablando.

El Caquetá en particular es una sobre posición de mapas y “autoridades”; en el sur tenemos una fuerte influencia de la Iglesia por medio de la Vicaría del Sur, una migración colonizadora más conservadora, menos influida por las FARC, pero que tuvo que enfrentar el terror paramilitar de poco menos de una década. El norte es una zona de colonización campesina liberal y guerrillera, donde las FARC tienen más influencia y estas diferencias hacen que en el norte operen organizaciones campesinas diferentes a las del sur. A esta sobre posición de mapas se le suma la de los frentes de las FARC y en su época a los bloques paramilitares, los batallones y bases militares del ejército, los comandos y operaciones militares que el estado despliega. Ahora se habla también de los municipios que están dentro del Plan Consolidación, por ejemplo. Comprender estas dinámicas, la manera en que

trabajo sobre la ley de víctimas. Él era un hombre muy blanco, de pelo rubio, ojos azules y alto; los campesinos se le acercaban y le decían que con él no hablaban porque lo habían visto en las bases militares, él para ellos era “un gringo”.

se diferencian los territorios es clave tanto para la seguridad como para dimensionar la riqueza de las vidas campesinas en este departamento. Esta investigación buscaba extraer la riqueza las historias de la coca, que tomaban matices diferentes según me ubicara en el mapa regional; la heterogeneidad de las experiencias dependía de este conocimiento²¹⁰. La seguridad, también.

Para el momento que inicié con los trabajos de campo pilotos, se iniciaron las conversaciones de paz en La Habana con las FARC. Esto generó un clima diferente, no solo en la región sino en todo el país. Esto significó sentarse a hablar con ese “monstruo” que había construido los medios de comunicación y el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, como imaginario del enemigo, contra el cual se valía cualquier cosa y era necesario aniquilar. Esta mirada había deshumanizado no solo al otro sino que ponía en peligro de muerte a todo aquel que simplemente se opusiera a esta imagen.

En una zona donde Raúl Reyes, Iván Márquez o Joaquín Gómez (cabecillas del secretariado de las FARC) trabajaron como civiles, hicieron política y después se hicieron a las armas, el señalamiento y la estigmatización se vive como una situación cotidiana. Al contrario de lo que piensan fuera de la región, no es una tierra de guerrilleros; particularmente los pobladores urbanos han mostrado una posición adversa y desconfiada de los partidos, movimientos, líderes de izquierda, sin importar si tienen relación o no con la guerrilla, en parte por la gran influencia de la actividad ganadera terrateniente. En medio de este cruce de desconfianzas, estigmas y señalamientos, de afuera y de adentro, que la violencia sea cotidiana no significa que sea menos peligrosa y que la gente lo vea como algo menos importante, al contrario, es una situación constante de tensión, como caminar sobre cáscaras de huevo.

En este clima de intranquilidad surgen formas diferentes para medir el peligro. Para un investigador poder comprender este entorno es fundamental, no solo para su trabajo sino para su propia seguridad. Uno de los mecanismos que fueron útiles en esta investigación fue estar atenta a los rumores, que se convierten en advertencias, noticias y al final “verdades” (Goldstein, 2014)²¹¹. En últimas, todo el funcionamiento de la guerra se ha basado en gran medida en estos mecanismos de comunicación.

Esta comunicación alterna (los rumores) podría tener raíces en la tradición oral campesina adaptada para los contextos de guerra, en los que las noticias, anuncios, mensajes se lanzan así, oralmente. Por ejemplo, ahora está el rumor de que hay un grupo paramilitar esperando operar, que patrulla por ciertas zonas. Esto alerta a la gente. Cuando ocurrió la invasión a una finca de un narcotraficante, sucedió lo mismo; una cosa es lo que presentan las noticias pero otra lo que se comenta y se declara como “verdad” entre la gente. Las cafeterías, como la de la Universidad, se convierten en centros de información donde llega la gente a contar lo que ha visto, lo que mandan decir, lo que le han contado que ocurre en otros lados. En medio del trabajo de campo lo mismo ocurre cuando uno habla con la gente y dicen “andan diciendo que la guerrilla está mandando...”, “andan

²¹⁰ Esto entra en diálogo con lo que María Clemencia Ramírez comenta sobre los lugares y el tiempo destinado al trabajo de campo, una disyuntiva entre permanecer mucho tiempo en un lugar o hacer viajes rutinarios y moverse. Esto porque entre otras cosas, en el caso de su trabajo sobre el Putumayo, evitaba que la relacionaran dentro de las dinámicas locales que tenderían a definirla como aliada de algún grupo parte del conflicto armado (Ramírez, *The Familiar and The Foreign: Local and visiting researchers in highly violent areas*, 2014). En este sentido hablé con diferentes organizaciones, hasta rivales entre ellas, y también busqué campesinos que no fueran parte de ninguna de ellas. Todos me recibieron con mucha disposición.

²¹¹ Durante uno de los trabajos de campo, ocurrió la invasión a una hacienda de un reconocido narcotraficante. La noticia se extendió a lo largo de la región y mis conocidos llegaban con versiones distintas sobre qué era lo que estaba ocurriendo; quiénes la invadían, con qué objetivo, con permiso de quién, auspiciado por quienes. En una de las visitas que hice, encontré a líder de la invasión, que invitó a unas cervezas. Estaba en otras entrevistas y no pude hablar con él pero mi guía sí se quedó con él. Después me enteré de más cosas, la gente llegaba con información diferente: que la guerrilla les había mandado irse a los campesinos, que realmente eran testaferros de paramilitares que querían tener un centro de operaciones en la finca, que el narcotraficante les había entregado la tierra para que no se la quedara el Estado, una serie de versiones que peleaban por ser la oficial. Al final, después de unos meses regresé y la invasión había sido desalojada, pregunté al respecto, las versiones se contaban como si fueran verdades ya confirmadas.

diciendo que los paramilitares están por estos otros”. Uno no sabe quién dice, quién manda a decir, pero tiene que afinar su intuición para saber hasta dónde puede llegar y qué rumor debe tener en cuenta.

Pero además de ser un ejercicio comunicador, también es un ejercicio de poder, una serie de mensajes que flotan entre todos y se disputan la potestad de ser la versión oficial. Los rumores son importantes porque, entre otras cosas, son la forma de acceder a los territorios (“dicen que ahora está difícil y no se puede ir” o “ya está calmado, dicen que sí se puede subir”).

Los rumores muestran entonces que el trabajo de campo no se reduce a una recolección de entrevistas sino a la preparación previa, a ganarse la confianza, a comprender dónde se puede ir y dónde no, a saber qué preguntar y a callar. También a desconfiar y a tratar de evitar estar en el lugar y el momento equivocado o de violar códigos no escritos que gobiernan áreas en guerra, como señala Daniel Goldstein (Goldstein, 2014). Por cuestiones de sobrevivencia es necesario comprender mínimamente estos códigos que también utilizan los pobladores de estas regiones, lo que implica no simplemente hacer entrevistas formales sino hablar, conversar, salir a la calle, preguntar, compartir momentos de ocio y departir (tomar cerveza, aceptar los tintos, comer juntos, caminar y acompañar y esperar)²¹². Así comprender los temores de los demás y las maneras de actuar de la población que vive en estos lugares ante estos²¹³.

Mi investigación se centró tanto en hombres como en mujeres que viven en el campo o que hubieran sido desplazados recientemente a los pueblos. La mayoría fueron cocaleros pero también se entrevistaron campesinos que no habían cultivado coca. A algunos de ellos los entrevisté un par de veces, para aclarar algunos puntos. Entre los cocaleros entrevistados, hubo algunos que ya habían dejado de cultivar y otros que seguían cultivando, la condición fue haber cultivado en algún momento. De esta forma pude obtener información sobre diferentes periodos históricos de la coca en la región y me interesaba mucho percibir la manera en que se estructuraba un territorio cocalero.

En este recorrido, las consideraciones y el equilibrio entre obtener confianza y tener seguridad marcaron el rumbo de las decisiones que se tomaron en torno al trabajo de campo.

Un primer elemento es el de la confianza: Por un lado algunas entrevistas fueron grabadas, particularmente las primeras, pero después tomé notas de las conversaciones. En los trabajos de campo piloto me di cuenta de que la grabadora de voz generaba una especie de “ruido” entre los campesinos y yo, que tomó varias formas: desconfianza, temor, malos entendidos (algunos quedaban con la imagen de que era una periodista). Algunas veces pasó que apagaba la grabadora y los entrevistados empezaban a contar de manera más confiada sus vidas y sus experiencias.

También sentía temor por la información que iba recolectando; las historias sobre violencia, actores armados, ilegalidad, nombres, situaciones y espacios hacía que las grabaciones recolectadas se convirtieran en objetos que podrían poner en peligro a las personas con las que hablaba. Por esta razón, me sentí más responsable por dejar en el mayor anonimato posible a las personas que con confianza me relataban sus vidas y en cierta medida, también sus angustias y temores, que

²¹² Como afirma Goldstein, “Una forma efectiva de hacerlo es adoptar las normas culturales y lingüísticas que los sujetos utilizan para cuidar su propia seguridad. En otras palabras, los investigadores, sin importar la disciplina, pueden llegar a ser “etnógrafos” de la violencia local y las respuestas que esto provoca, y emular los comportamientos que sus informantes han aprendido para mantenerse ellos mismos seguros” (Goldstein, 2014). Ahora, este acompañamiento debe ser cauteloso, no es ser inoportuno, atravesar espacios privados, preguntar incautamente, etc. El peligro, afirma, puede ser tanto el que se vive en el entorno como el que también representa el investigador, por llamar la atención de manera indebida (Goldstein, 2014).

²¹³ Por ejemplo, para acceder a las regiones, ir a veredas y algunos pueblos, es necesario el permiso de la Junta de Acción Comunal, que decide si puede uno entrar o no. Para esto hay que tener paciencia, hablar con las personas correctas y esperar a que ellos digan cuáles son las condiciones para acceder a estos territorios.

nombraban personas, señalaban instituciones, comandantes, frentes, información delicada. Estos temores los externaban de diferentes formas: una de las que más recuerdo es la de Juan Francisco, un niño de 6 años que no solo nos acompañaba sino hacía de guía en la parcela de coca en la que trabajaban sus padres. Cuando estábamos viendo el procesamiento, se acercó y me preguntó “¿usted no va a ir a decirles que estamos acá, cierto?”, se refería a acusarlos con la policía o el ejército. Solo un niño pudo externalizarlo con esa simpleza pero es inevitable pensar en los círculos de desconfianza que se deben romper a la hora no solo de preguntarle a las personas sobre su vida, sino también sobre cómo se desenvuelve en una actividad ilegal.

Se debe señalar que en las conversaciones grupales, la situación fue diferente. El ritmo de las conversaciones y el interés permitió a la gente olvidarse de que la grabadora estaba presente y se crearon conversaciones dinámicas, con ritmos propios y enriquecedores. Es como si la sensación de seguridad de algunos contactos se contagiara y permitiera que las cosas fluyeran mejor.

La presión por no perder palabras en la toma de notas para ser lo más fiel posible a las conversaciones generó un efecto particular. Además de crear estrategias para poder escribir rápido y no perder el ritmo de la conversación, las conversaciones adquirieron otro pulso. Los campesinos algunas veces esperaban a que yo terminara y como en la foto de Taussig con el cacique indígena en el Putumayo, sentados en una mesa y ambos viendo su cuaderno de notas, en muchas ocasiones parecían dictando, atentos de que no se perdiera la información.

Para ganar confianza en este contexto de guerra también fueron claves las relaciones que establecí y había establecido yo a lo largo de mi vida con la región. Mi condición era particular porque nací ahí y a pesar de que me fui a estudiar la universidad afuera, he mantenido contacto. No obstante, mi conocidos y mi relación con el Caquetá no se habían basado en torno a los cultivos de coca; sabía cosas porque todos en la región sabemos algo pero yo no tenía un conocimiento profundo sobre el tema, casualmente había conocido cultivos, tampoco me había interesado por preguntar mucho al respecto. Esto me puso en una situación particular; era una persona de la región, que tenía muchos contactos disponibles pero que apenas se adentraba en el mundo de los cultivos de coca. Así pude mantener la distancia con el objeto porque cada paso era un descubrimiento para mi pero a la vez pude aprovechar los recursos, particularmente mis relaciones, para acceder a este mundo.

A pesar de que el tema de la distancia del investigador y su objeto de estudio ha sido largamente discutido, no creo que la idea de un investigado aséptico, neutral y espectador por eso parto de que fue a partir de la articulación de mi vida como parte de la región que pude acceder a esta información, interpretarla y desde ese punto lo hago. Esto también tiene que ver con que le apuesto a la salida política al conflicto, a la defensa de la población campesina en el departamento y en la seriedad de sus demandas. Lo que surgió de esta experiencia fue una manera de repensar y re articular de nuevo mi propio lugar en relación con lo que conocía y comprendía; a pesar de la cotidianeidad del tema en la región, no era algo a lo que yo había tenido acceso.

Cuando pude abrir esta puerta comprendí cómo se vivía esta cotidianeidad; estudiantes, vecinos, conocidos y amigos de amigos habían estado involucrados de una u otra forma con esta actividad, se articulaban a ella de formas diversas; los estudiantes de la universidad tenían su cultivo para poder pagar su matrícula y estaba en la capital; las empleadas domésticas habían sido campesinas cultivadores de coca desplazada; las figuras políticas habían sido parte de cárteles, hasta un político en elecciones había sido “químico”; otros habían estado en la cárcel por transporte de pasta base; otros eran los abogados de campesinos y de las mulas. Todos en una u otra forma hacían parte

del mundo de la coca (sin que eso necesariamente signifique que fueran culpables o delincuentes). En este escenario, abrir la puerta significó ver algo que era parte de la vida cotidiana de la región y la investigación fue tanto un ejercicio de comprobación de hipótesis, como un proceso de aprendizaje de este mundo que me rodeaba. No era la existencia de “territorios cocaleros”, como islas en medio de una región sino toda esta se articulaba con esta actividad, diluyendo la idea de espacios de legalidad vs ilegalidad. Estoy segura que no es solo a nivel regional, en todo el país y el planeta ocurre lo mismo.

Fue a partir de articular los contactos que pude acceder a las personas que entrevisté, en un contexto en que debía salir al campo y el de guerra, donde el acceso a veredas y pueblos está restringido²¹⁴. Las juntas de acción comunal controlan la llegada de cualquier extraño y acceder a estas implicaba contactar a quienes hicieran parte de éstas y esperar la toma de la decisión (en algunas la orden la dan la guerrilla, en otras las juntas son autónomas, dependiendo de la dinámica de la guerra; si hay temor de bombardeos o ataques, se aíslan los territorios). Este acceso lo logré en parte por medio de organizaciones campesinas que aglutinan a muchos campesinos en el norte y en el sur del departamento y por medio de conocidos que me presentaban a las Juntas. Así pude entrar a ellas, hablar con campesinos cocaleros y no cocaleros, compartir espacios y observar la manera en que vivían.

Esto funcionó particularmente durante el Paro Nacional Agrario, que movilizó a cientos de campesinos a donde asistí a las diferentes concentraciones en los alrededores de Florencia. Mi primera imagen del paro empezó cuando aterrizó el avión en Florencia, porque la concentración estaba justo al lado cerrando la vía que conectaba el norte del departamento con la capital. La vía con el aeropuerto estaba cerrada por lo que los viajeros tenían que llegar a Florencia por el río, algo bastante pintoresco; no elegí irme por el río sino caminar del aeropuerto a la concentración, atravesando el grupo de militares que con un tanque apuntaban a la montaña donde iniciaba la concentración y cruzando la trinchera de seguridad que habían puesto los campesinos y que controlaban unos jóvenes encapuchados. Yo pude cruzar porque quienes me esperaban estaban al otro lado y habían hablado con los líderes: recuerdo al cruzar ver los campesinos jugando fútbol, muchísimos con la camiseta de selección de fútbol de Colombia y de sus equipos de afición, echados en las hamacas entre los árboles, las parejas abrazadas por ahí, pegados al radio tratando de distraerse en medio de la alerta de la llegada del ESMAD.

Este fue el periodo de más tensión dado que la amenaza constante era el uso de la violencia contra los campesinos, que estaban en zozobra, y yo los visitaba a las concentraciones donde estaban reunidos. Estos espacios no estaban exentos de ser infiltrados por el ejército, que estaban pendientes de quién entraba y quién salía, tomaban nota de quiénes participaban y generaban más desconfianza²¹⁵. Ahí pude hablar con algunos, pero se notaba el temor que vivían, lo que hacía más tensas las conversaciones. La espera de un paro hacía que la gente viviera esperando lo peor, mientras trataban de pasar el tiempo jugando fútbol o cartas. En las entrevistas y conversaciones los discursos fueron más politizados.

²¹⁴ Es importante señalar que tuve la fortuna de hacer el último trabajo de campo, el definitivo, durante cese al fuego por parte de las FARC como parte de las negociaciones de paz de La Habana.

²¹⁵ Fui testigo de la entrega de un infiltrado que encontraron en la concentración vía al aeropuerto. Se hizo pasar por periodista con documentos falsos y los campesinos lo detectaron. Hicieron la entrega a la Personería del municipio unos campesinos que se presentaron encapuchados, formalizando la queja ante el personero y mostrando su disposición a negociar con el Estado. Ellos estaban preocupados por la información que pudo haber obtenido este sujeto; a uno de los líderes se le perdió la billetera al otro día lo que puso en riesgo su identidad.

En esta coyuntura pude comprender la dinámica de la movilización social y en particular el papel de los coccaleros en estas movilizaciones; aunque no fuera mi tema, verlos y preguntarles por sus vidas y por qué estaban ahí fue muy útil para conocer sobre el “mundo del coccalero”. Este periodo también fue interesante para conocer el papel del Estado ante las movilizaciones, que fueron reprimidas duramente. Todavía recuerdo el temor que se sintió la noche que entró el ESMAD a atacar a los campesinos: en Florencia se fue la luz y en medio de una tormenta se supo que habían perseguido a los campesinos hasta las calles de la ciudad que corrieron buscando refugio.

Además de las organizaciones, otra forma de acceder al mundo de los campesinos coccaleros fue a través de conocidos y amigos, que resultaron ser una llave maestra. Todos conocían a alguien o eran familiares de alguien que cultivaba, que tenía su parcela, que sabía “cómo era eso”; este fue una manera de entrar con más confianza y lejos también de la politización de las organizaciones.

Otros espacios que me permitieron acceder a este mundo fue en los talleres de campesinos, organicé eventos sobre narcotráfico y foros de discusión regional. Esto me permitió acceder con más facilidad a diferentes lugares y conseguir la confianza necesaria para acceder a información de temas que la gente no toca abiertamente. A pesar del tema, lo que encontré en general fue una cantidad de gente queriendo compartir sus experiencias de manera generosa y espontánea.

Se desarrollaron también conversaciones grupales. A pesar de que no hacían parte del plan original, fueron espacios abiertos en los cuales los campesinos quisieron compartir sus experiencias y percepciones en torno a temas específicos. Las discusiones fluían y por respeto también a su disposición me parecieron apasionantes y generosas en información. Estas conversaciones grupales sirvieron para discutir temas generales y compartir experiencias, menos para rastrear trayectorias aunque en algunos casos sí se logró. A pesar de que iba guiando el tema de la discusión, una de las primeras conversaciones introduciría un tema fundamental en la investigación: la violencia.

Esta situación me mostró que la manera en que va madurando una investigación. Un día en una conversación mientras yo estaba pensando en la legalidad, la legitimidad, el estado, la coca, dejé en la mesa una discusión sobre el estado colombiano en la región, qué opinaban de él, y de repente todas las respuestas de los campesinos desembocaron en sus experiencias de violencia. Yo me extrañé, me preguntaba por qué me hablaban de violencia cuando el tema era otro, cuando me di cuenta que esta era la manera en que este se presentaba en esta región y ellos lo estaban exponiendo de esa forma. Los campesinos con los que conversaba habían sido víctimas de la violencia desde la Guerra del Caquetá hasta la incursión paramilitar más reciente, que azotó el departamento hace casi 10 años. Contaron desgarradamente cada una de sus experiencias y fue no solo un ejercicio valioso para mi trabajo sino para ellos mismos.

Todos estos espacios los abrí para complejizar la muestra que recolecté. Para tener campesinos líderes pero también para tener campesinos “de a pie”, para tener coccaleros y simples campesinos, para encontrar mujeres y personas que habían migrado tanto al campo como a la ciudad. También entrevisté a indígenas, que me permitían contraponer diferentes dimensiones de la coca, la sagrada y la comercial.

En este camino, tres fueron guías fundamentales. Uno fue un joven de no más de 20 años con quien hice una buena amistad y me acompañó en medio del Paro. Con su compañía pude acceder a los campesinos que yo quisiera entrevistar, si el entrevistado estaba de acuerdo, por supuesto. Otro joven guía me llevó a visitar su finca y sus vecinos, coccaleros, con la confianza de un amigo más. Con él conocí a campesinos “coqueros duros”. Finalmente, fue por medio de otro amigo de un familiar que

pude acceder a cultivos en la cordillera, entablar conversación con campesinos coccaleros de la cordillera. Todos me apoyaron desinteresadamente.

Además de estas entrevistas a campesinos, me reuní con funcionarios públicos encargados de los programas de cultivos ilícitos con los que por ejemplo conocí un poco su relación con el Ejército y el funcionamiento del Plan Consolidación. También me entrevisté con abogados expertos en temas de la Ley 30 sobre narcotráfico y también con abogados que han liderado los casos de demanda al Estado por las fumigaciones con glifosato sobre cultivos campesinos.

Esto no quiere decir que situaciones de desconfianza no se dieran. Por ejemplo, una entrevista a una mujer fue difícil, lenta, con información enredada y comentarios difíciles de entender a cabalidad. No se sentía cómoda respondiendo y era comprensible, nos habíamos conocido el día anterior. Al final de la entrevista, me preguntó de nuevo para qué era (yo inicialmente ya le había explicado), mi nombre y mi trabajo. Esto lo sentí como una entrevista de vuelta también, pero en la cual mostré tranquilidad y la disposición completa para mostrar que era una persona confiable. Al final se fue con un papel con mis datos.

También ocurrieron casos en los que al final me confundían con una periodista, por la grabadora, a pesar que había explicado mi trabajo. Esto tiene que ver con la manera en que uno se presenta, cómo debe ser lo suficientemente claro y usar las palabras adecuadas en estos contextos; cosas que parece inocentes como por ejemplo decir “hago una investigación” muchas veces genera suspicacias (¿investigar? ¿a quién? O la relación de la palabra con el entorno judicial). Un ejercicio de reflexión fue entonces aprender a presentarme a mi misma y a la investigación²¹⁶ e implicó una reflexión de desde dónde trabajo, cómo me presento y cuál es mi rol para ser sincera y clara a la vez.

A la hora de entrevistar un tema sensible como lo es el de la coca también tuve que pensar la forma de hacerlo menos intrusivo²¹⁷. Algunas veces no había problema, los campesinos trataban el tema sin mayor desconfianza y se asumían como coccaleros, pero otras veces, algunas personas ni siquiera la llamaban por su nombre sino decían “esa mata”. Un tema central fue entonces cómo introducir el tema de manera que no se sintiera cohibido a contar experiencias sobre temas que en algunos casos pueden ser tabú. Cada entrevista entonces tuvo que tratar de leer esta tensión; en unos casos no había necesidad de plantear el tema, salía naturalmente pero en otros casos, la estrategia fue indirectamente tocarlo y esperar a que el entrevistado respondiera a esta especie de provocación.

La seguridad de la información también fue un factor clave. Además de utilizar seudónimos para todas las personas, por ser trayectorias de vida se trató de evitar tocar nombres de lugares explícitos o de personas. A medida que iba recolectando información, inevitablemente iban saliendo historias de mucha violencia por parte de los actores armados (El Estado, la guerrilla, los paramilitares). Dado que ellos siguen en estos territorios, era inevitable pensar en la necesidad de guardar la información. Todas las noches después de las entrevistas me sentaba a transcribir las

²¹⁶ Esto es algo que también analiza María Clemencia Ramírez en su reflexión sobre el trabajo de campo en el Putumayo. Es sobre la necesidad de que nos demos cuenta como investigadores cómo somos percibidos y aprender a presentarse a uno mismo y a la investigación en este contexto. “Ella viene de México”, “Ella está haciendo un trabajo sobre los campesinos del Caquetá” fueron unas de las formas en las cuales mis guías me presentaban ante las personas que me interesaba entrevistar. No utilicé la coca como un tema inicial para presentarme, porque mi análisis se dirigía no solo a la experiencias de la coca sino a la dimensión campesina de esta actividad, por eso privilegié la presentación como el estudio sobre los campesinos del Caquetá y la coca. El tema de venir de otro país llamaba mucho la atención y me abría puertas, después se sorprendían que les decía que vivía en México pero que era de Florencia, “era caqueteña”. Tras esta presentación, normalmente venían preguntas sobre el país, la violencia en México y por supuesto, la música ranchera, principalmente de un reconocido cantante mexicano, conocido por sus fiestas con narcotraficantes en la región en las épocas de boom.

²¹⁷ Muchas veces sentí que yo consideraba más “ilícita” la actividad que ellos, es decir, me preocupaba más de la cuenta sobre este tema, el acceso a la información. Por ejemplo, no quise llevar la cámara profesional pensando en que eso iba a llamar la atención y de pronto iba a generar ruido en mi relación con los campesinos. En las visitas que hice, en ambas, sentí que las personas se desilusionaron cuando vieron que tomaba las fotos con el celular. Fueron momentos en los que pensé “¿por qué no traje la cámara?”.

notas, para tenerlas lo más “frescas” posibles, y tomaba las medidas necesarias para que quedaran resguardadas.

Finalmente quisiera presentar dos últimas reflexiones sobre las estrategias que utilicé para el desarrollo de la investigación que pueden ser útiles para futuras investigaciones. Una es sobre la curiosidad; descubrí, como mencioné anteriormente, una diferencia entre la comprobación de las hipótesis y el aprendizaje del mundo que me interesaba descubrir. Esta experiencia a partir de la curiosidad me permitió tomar una distancia con el objeto, es decir, me permitió mostrar una *ingenuidad auténtica* ante la situación a la que me enfrentaba, ante la información que iba levantando. Conocía muy bien el contexto histórico y político, el mapa general de las tensiones y conflictos, el territorio también, me podía mover con facilidad en él pero aprender del mundo de la coca me ponía en una posición que fue muy provechosa, y fue la idea de que el campesino me enseñara qué hacía, cómo era su vida, cuál era su mundo, sus temores y aspiraciones. Más que un investigador que ve de arriba hacia abajo, me convertí como en un tipo de aprendiz, que preguntaba cómo hacer cada cosa sin pretender presentarme como una experta ni como una igual a ellos para “congeniar”. Esta posición no significó que creyera acriticamente la información que iba recolectando, pero sí que fuera capaz de recolectar las historias, datos, testimonios de una manera en que me sentía más honesta a la hora de relacionarme con los sujetos y lo menos impositivo posible.

Un segundo elemento clave que finalmente quisiera resaltar es el de desarrollar una investigación cuando su objeto de estudio está lejos, no solo a la distancia, sino lejos de ser percibida sus dinámicas y coyunturas de manera cotidiana; cuando no se tiene acceso a la comunicación formal (prensa, comunicados) o informal (rumores, chismes, comentarios) de manera directa, por ejemplo. En las coyunturas cambiantes de las áreas en confrontación, como ya se mencionó, saber cómo fluyen estas dinámicas es fundamental para planear el trabajo de campo. La manera de superar esta distancia fue fortaleciendo las redes de comunicación con la región y el país; escuchar las noticias en la mañana, leer los periódicos regionales, escribirme con conocidos, preguntar a los conocidos diariamente. Como migrante, reconocía las maneras en que uno podía desarticularse de la vida cotidiana de su lugar de origen, la manera en que se perdía cierto “olfato” para entender entre líneas los mensajes y las discusiones²¹⁸. Mi preocupación por mantener estas conexiones activas, hizo que estas estrategias me permitieran estar medianamente conectada a las discusiones que se generaban tanto en el país como en la región sobre el tema por medio de las múltiples herramientas de nuestros tiempos, a conocer lo que iba pasando y a medir las tensiones, obstáculos y peligros que se podrían presentar en el campo. También poder estar a tono con las conversaciones, los temas que le preocupaban a la gente, herramientas que servían para romper el hielo y para fortalecer las entrevistas.

2. Cuadro 1. Perfil de los Entrevistados

²¹⁸ No hacer parte del lugar puede hacer que se exageren peligros donde no hay o se omitan donde sí lo están.

No. De Entrevista	Tipo	Nombre	Edad	Sexo	Ocupación	Relación con la coca	Municipio de Residencia
1	Entrevista	Don Roberto	47	H	Campesino	Cultivador	San Vicente del Caguán
2	Entrevista	Doña Patricia	40	M	Campesina	Cultivadora	San Vicente del Caguán
3	Entrevista	Don Carlos	45	H	Campesino	Cultivador	San Vicente del Caguán
4	Notas en Foro	Don Rubén	X	H	Líder Indígena	Cultivo tradicional	Dep. del Huila
5		Don Omar	43	H	Campesino	Cultivador	San Vicente del Caguán
6	Entrevista	Don Fabio	43	H	Campesino	Cultivador	San Vicente del Caguán
7	Entrevista	Don Felipe	46	H	Líder campesino	Cultivador	Cartagena del Chairá
10	Entrevista	Don Ernesto	47	H	Líder campesino	Ninguna	San Vicente del Caguán
11	Entrevista	Don Diego	46	H	Líder campesino	Cultivador	San Vicente del Caguán
14	Entrevista	Hernando	26	H	Indígena	Ninguna	Aracuaara- Florencia
15	Entrevista	Don Darío	60	H	Campesino	Raspachín	Montañita
16	Entrevista	Doña Olga	60	M	Empleada doméstica	Cultivadora	Florencia
19	Entrevista	Don Mauro	X	H	Campesino	Cultivador	La Montañita
22	Entrevista	Don Jesus	50	H	campesino	Cultivador	La Montañita
23	Entrevista	Don Segundo	60	H	Campesino	Cultivador	San Vicente del Caguán
24	Entrevista	Don Evaristo	58	H	Campesino	Cultivador	Cartagena del Chairá
25	Entrevista	Don Roberto	47	H	Líder campesino	Cultivador	San Vicente del Caguán
26	Entrevista	Don Marco	X	H	Líder indígena	Ninguna	San Vicente del Caguán
27	Entrevista	Don Jairo	68	H	Campesino	Ninguna	Paujil
28	Entrevista	Don Gerardo	63	H	Campesino	Transportador	Belén de los Andaquíes
29	Entrevista	Don Yesid	40	H	Campesinos	Ninguna	La Montañita
30	Entrevista	Don Pedro	45	H	Líder campesino	Cultivador	La Montañita
31	Entrevista	Lucía	23	M	Movimiento estudiantil	Transporte. Hija de Cocaleros	Florencia-Cartagena del Chairá
32	Entrevista	Don Francisco	50	H	Líder campesino	Cultivador	Solano
33	Entrevista	Don Javier	50	H	campesino	Cultivador	Paujil
34	Entrevista	Don Jorge	47	H	campesino	Ninguna	Paujil
35	Entrevista	Doña Olga		M	Empleada doméstica	Cultivador	Florencia
36	Entrevista	Don Andrés	77	H	Campesino	Cultivador	La Montañita
38	Entrevista	Doña Eva	49	M	Campesina	Cultivadora	La Montañita
39	Entrevista	Doña Diana	45	M	Campesina	Cultivadora	Solano
40	Entrevista	Doña Belén	26	M	Campesina	Cultivadora	La Montañita
43	Entrevista	Doña Carmen	67	M	Campesina	Ninguna	Florencia- La Montañita
44	Entrevista	Don Celso	65	H	Campesino desplazado	Cultivador	Florencia- Albania
45	Entrevista	Doña Maria	52	M	Campesina	Cultivadora	Florencia
46	Entrevista	Doña Ana	32	M	Migrante campesina	Ninguna	Florencia
47	Entrevista	Don Omar	34	H	Campesino	Ninguna	La Montañita
48	Entrevista	Don Alfredo	65	H	Campesino	Ninguna	La Montañita
49	Entrevista	Don Pedro	45	H	Campesino	Cultivador	La Montañita
50	Entrevista	Don Santiago	45	H	Campesino	Cultivador	La Montañita
51	Entrevista	Doña Teresa	65	M	Campesina	Ninguna	La Montañita
52	Entrevista	Doña Rosa	65	M	Campesina	Ninguna	La Montañita
53	Entrevista	Jonatan	26	H	Campesino	Raspachín	Florencia
54	Entrevista	Don Jeison	48	H	Campesino	Cultivador	La Montañita
55	Entrevista	Don Ramiro	47	H	Campesino	Cultivador	Milán
58	Entrevista	Don Eliécer	50	H	Campesino	Ninguna	Florencia
60	Entrevista	Don Alejandro	40	H	Campesino ex guerrillero	Ninguna	La Montañita
61	Entrevista	Hernando	26	H	Indígena	Ninguna	Aracuaara- Florencia

Conversación Grupal 1	Doña Marta	43	M	Campesina	Cultivadora	Morelia
	Marco	21	H	Campesino	Ninguna	Morelia
	Don Giovanni	41	H	Campesino	Cultivador	Morelia
	Doña Claudia	43	M	Campesina	No informa	Albania
	Don Miguel	42	H	Campesino	Cultivador	San José del Fragua

Conversación Grupal 2	Don Celso	65	H	Desplazado	Cultivador	Florencia- Albania
	Doña Carmen	70	M	Desplazada	Cultivadora	Florencia- Albania
	Doña Maria	52	M	Desempleada	Mula	Florencia

Conversación Grupal 3	Lorenzo	38	H	Líder Indígena	Raspachín	Resguardo Indígena
	Luis	21	H	Indígena	No informa	Resguardo Indígena

Conversación Grupal 4	Don Juan	39	H	Empleados Urbanos	Cultivador	Florencia
	Doña Silvia	36	M	Empleados Urbanos	Cultivador	Florencia

Conversación Grupal con Concejales de San Vicente del Caguán y de La Montañita

Entrevista a funcionarias del Departamento para la Prosperidad Social en Florencia.

Imágenes



Imagen 1. El Triunfo (La Montañita) poblado que fue desplazado en el incursión paramilitar en el Caquetá, que fue desplazado por las FARC justo antes de iniciar enfrentamientos con el ejército en mayo del 2002 (Verdad Abierta, 2016).



Imagen 2. Caminos campesinos por la montaña caqueteña. Subiendo a las fincas cocaleras y con ganadería en la cordillera, Para las veredas a donde me dirigía, eran los únicos accesos que transitaban, cuando se podía a caballo, llevando queso, reses, sus remesas y coca.



Imagen 3. La economía ganadera también se extiende en la cordillera pero enfrenta difíciles condiciones de acceso a mercado. Por ser zonas de nacimientos de ríos, deberían tener vocación de protección ambiental, y los campesinos deberían encontrar en esta responsabilidad un empleo. Programas de desarrollo alternativo deberían incluir este componente.



Imagen 4. Casa campesina de la montaña caqueteña. Sus dueños son padres de unos cultivadores de coca, que viven en al finca junto a la de ellos, y está hecha de madera y piso de tierra, tiene dos grandes salones (uno de ellos herramientas) y una cocina aparte. Un marrano engordaba en uno de los corredores.



Imagen 5. Caminos de la planicie caqueteña son terracerías que en tiempo de verano se ven como en la foto pero que llegan a ser intransitables con cualquier lluvia.



Imagen 6. En el camino hacia los cultivos en “la vega”, se puede experimentar lo que significa que el centro del departamento sea considerada una de las zonas más deforestadas del continente. En la mitad del camino, en medio de miles de hectáreas de potreros, se alzaban parches del antiguo ecosistema, bosques altos que refrescaban el camino, lleno de ruidos de animales y sombra.



Imagen 7. El espacio de la “cordillera” en el Caquetá es lo que se conoce como el piedemonte, con características diferentes a las de las planicies amazónicas, como la temperatura fría y el bosque húmedo tropical.



Imagen 8. Las planicies del Caquetá estaban hace un siglo ocupadas con la selva amazónica. Ahora son grandes praderas de pastos con impactos negativos sobre el ecosistema amazónico como la destrucción de ecosistemas protegidos como los cananguchales y los sistemas hídricos, la erosión y la alteración en los patrones climáticos.



Imagen 9. Uno de los cultivo de coca en la cordillera estaba recién sembrado, las plantas tenían poco más de 15 centímetros. En la ladera de la montaña el color verde claro de sus hojas combinaba con el naranja del suelo, típico de los terrenos de la región.



Imagen 10. En las visitas a los cultivos en la “vega” conocimos una pareja que administraba un cultivo. Ante el cielo y sin ningún “pudor” ante los aviones de fumigación y monitoreo se extendían laderas de coca.

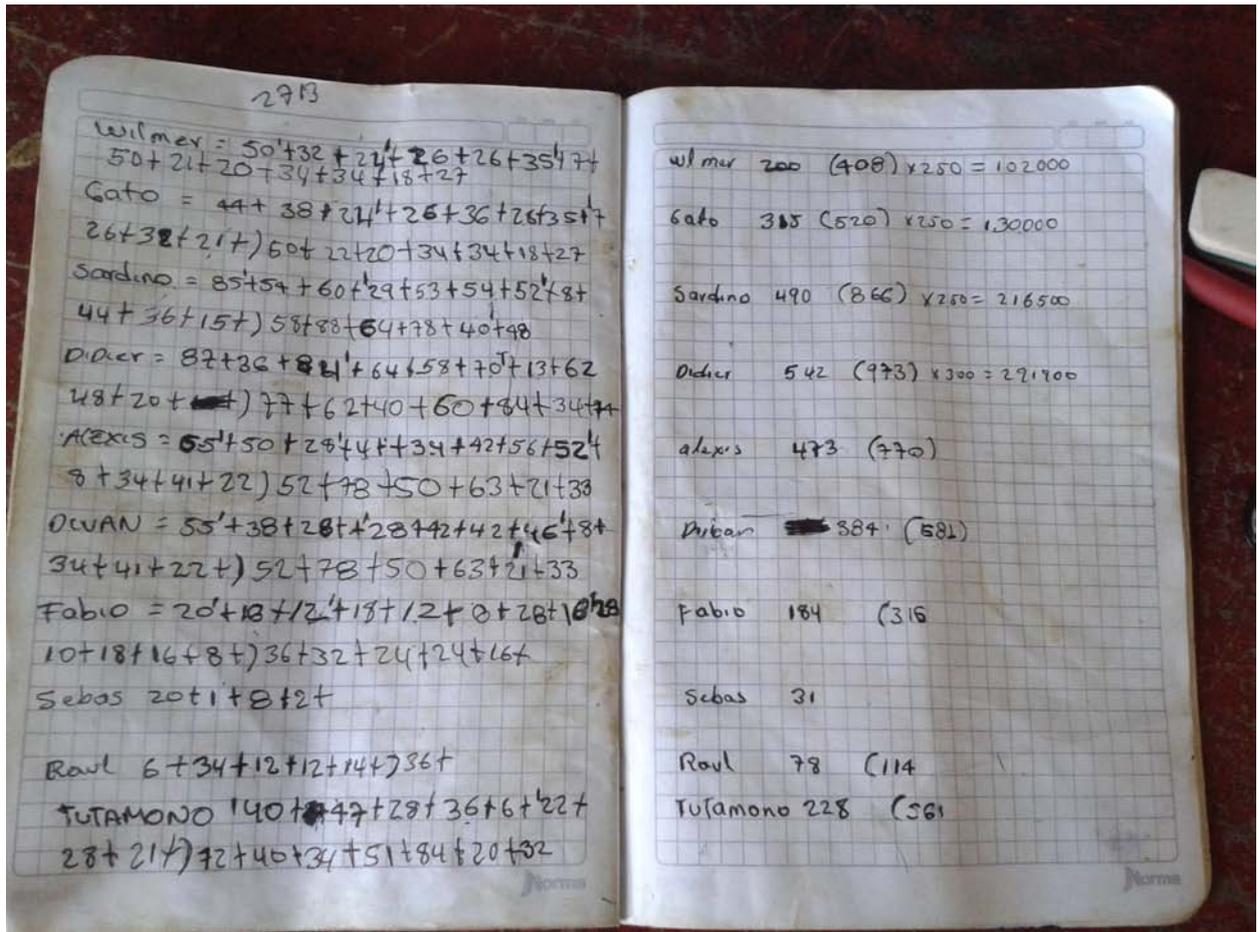


Imagen 11. En la visita a la “vega”, Don Federico nos mostró el cuaderno de control de pago para los jornales de los raspachines donde contabilizan las arrobas de hoja recogidas por cada uno y así poder pagarles sus jornales.



Imagen 12. En ese mismo cultivo, el campesino nos mostró tres kilos de pasta base guardados en una mochila que no había vendido esperando a que mejorara el precio. Entre los tres sumaban 6 millones de pesos, alrededor de 3 mil dólares.



Imagen 13. El cultivo de “la vega” era administrado por una pareja que tenían seis hijos. Dos de ellos vivían con ellos y hace un año había perdido una bebé recién nacida. Los dos niños de 2 y 6 años tenían signos de desnutrición. Vivían en una casa de madera, con dos habitaciones (una para herramientas) y una cocina.



Imagen 14 . En la casa de Don Federico había una placa en la cocina en la puerta del fogón construido donde quedaba la constancia de que había sido donado por Corpoamazonia y Colombia Responde, parte del Plan Consolidación.



Imagen 15. Vista del cultivo de Don Federico, el “coquero” antes de que señalara con orgullo si ya le había tomado fotos. En este momento explicaba con mucha atención y pasión cada paso del proceso.



Imagen 16. En la visita a Don Federico nos mostró además de su cultivo, uno que ha levantado en sociedad con unos vecinos, de 5 hectáreas. Estaban preocupados porque hace unos días había pasado el avión de monitoreo y ellos ya estaban a punto de recoger la hoja.

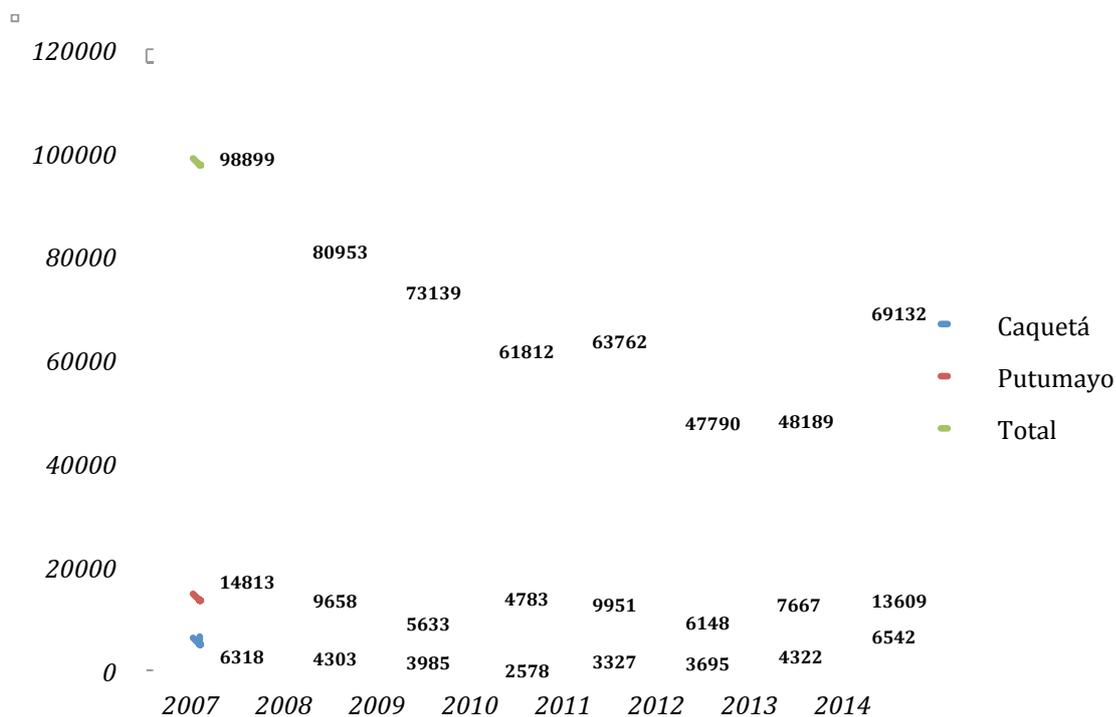
Tabla 1. Ganancias Brutas en el negocio de la cocaína en Estados Unidos y a nivel Global.

Ganancias Brutas en el Negocio de la Cocaína en EEUU	
24.2	Minoristas Estados Unidos
5.3	Mayoristas Estados Unidos
2	Tráfico mayoristas México-Estados Unidos.
3.3	Procesamiento/tráfico en países en tránsito
0.5	Cultivadores Andinos

Ganancias Brutas en el Negocio de la Cocaína Global	
54	Minoristas
10	Mayoristas Nacionales
12	Mayoristas Internacionales
8	Tráfico de país de origen a los de tránsito
1	Valor en el país de origen

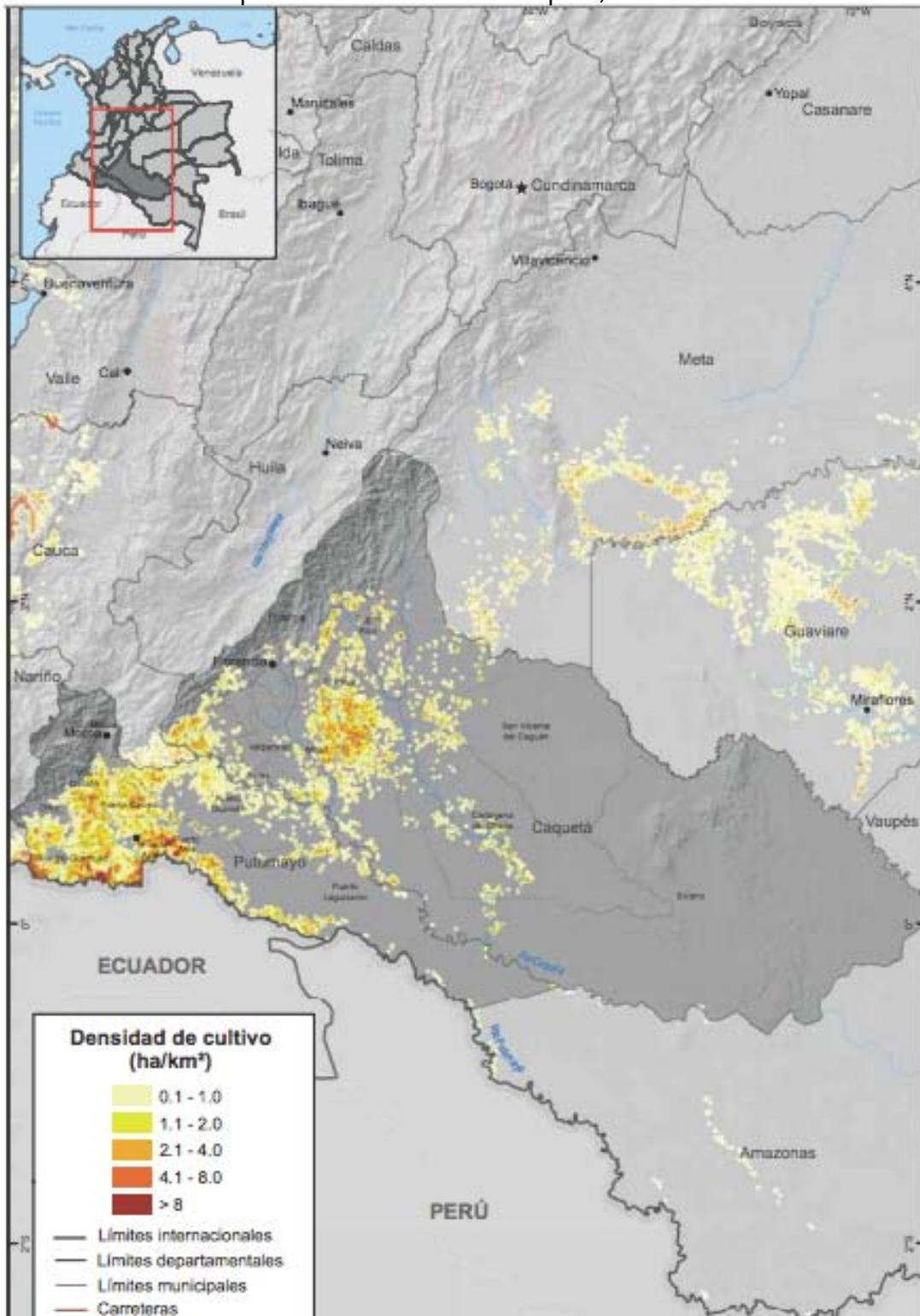
Fuente: Insulza, J.M., 2013.

Gráfico 1. Cultivos de coca en Colombia, en el Caquetá y el Putumayo entre 2007- 2014.



Fuente: Datos UNODC, 2015

Mapa 2. Cultivos de coca en el Caquetá, 2014.



Fuente: UNODC, 2015.

Referencias

- Abrams, P., Gupta, A., & Mitchell, T. (2015). *Antropología del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Acción Social/ UNODC. (2007). *Sembramos y ahora recogemos: somos Familias Guardabosques. Estudios de Casos*. Bogotá: UNODC.
- Acemoglu, D., & Robinson, J. (2012). *Por qué fracasan los países: los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Deusto Ediciones.
- Archila Neira, M. (2003). *Idas y Venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: CINEP- ICANH.
- Arcila Niño, O., González León, G., Gutiérrez Rey, F., Rodríguez Salazar, A., & Salazar, C. A. (2002). *Caquetá: Construcción de un territorio Amazónico en el siglo XX*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas.
- Artunduaga, F. (1999). *Historia General del Caquetá*. Florencia: Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes en el Caquetá.
- Atkinson, R. (1998). "The life story interview". *Qualitative Research Methods*. (Vol. 44). Sage Publications.
- _____ (2002). "The life story interview". En G. Jaber, & J. Holstein, *Handbook of Interview Research*. Sage Publications.
- Bayón, M. C. (2005). "La "vieja" pobreza en el nuevo escenario económico: privación, desempleo y segregación espacial en Argentina". *X Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública*. Santiago de Chile.
- _____ (2015). *La integración excluyente: Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México*. México: Bonilla Artigas Editores, IIS UNAM.
- _____ (Enero-Abril de 2013). este "Hacia una sociología de la pobreza: la relevancia de las dimensiones culturales". *Estudios Sociológicos*, 87-112.
- Becker, G., Murphy, K., & Grossman, M. (Diciembre de 2004). "The economic theory of illegal goods: the case of drugs". *NBER Working Paper No. 10976*.
- Becker, H. (1991). *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*. The Free Press.
- _____ (2009). *Trucos del Oficio: cómo conducir su investigación en Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bolívar, I. (2010). "Formación del Estado y biografía de las categorías". *Nómadas* (22), 94-107.
- Bourdieu, P. (2000). *La fuerza del derecho: Pierre Bourdieu y Gunter Teubner*. Bogotá: Siglo del Hombre; Uniandes; Instituto Pensar.
- _____ (2002). *Razones Prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (2009). *El sentido práctico*. México: Siglo XXI Editores.
- _____ (2010). *La Miseria del Mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Braun, H. (2007). "Los mundos del 9 de Abril, o la historia vista desde la culata". En G. Sánchez, & R. Peñaranda, *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá: La Carreta Editores.

- Camacho G., Á.** (2007). "Cinco tesis para una sociología política del narcotráfico y la violencia en Colombia". En G. Sánchez, & R. Peñaranda, *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*. Medellín: La Carreta Histórica.
- Camacho, Á., López, A., & Thoumi, F.** (1999). *Las drogas: una guerra fallida: visiones críticas*. Bogotá, Colombia: IEPRI- Tercer Mundo Editores.
- Cann, M., & March, T.** (1995). "Law and Everyday forms of resistance: A sociopolitical assessment". En A. Sarat, & S. Silbey, *Studies in Law, Politics and Society*. Londres.
- Cárdenas, C. J.** (2012). *Negociando el futuro de Colombia: historia del proceso de paz en el Cauca*. Florencia, Caquetá: Copygraficas.
- Carton de Grammont, H.** (2004). "La nueva ruralidad en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología*, 279-300.
- _____ (2009). "La desagrarización del campo mexicano". Conferencia. *Revista de Ciencias Sociales* (50), 13-55.
- _____ (2010). "La evolución de la producción agropecuaria en el campo mexicano: concentración productiva, pobreza y pluriactividad". *Revista Andamios*, 7 (13).
- _____ (2010). "Nueva Ruralidad ¿un concepto útil para repensar la relación campo-ciudad en América Latina". *Ciudades* (86), 2-6.
- Casement, R.** (1985). *Putumayo, caucho y sangre. Relación al Parlamento inglés (1911)*. Quito, Perú: ABYA-YALA.
- Castillo, E.** (1997). "El conflicto agrario de 1996 en el Cauca: Actores y protesta social en zonas con cultivos comerciales y procesamiento de hoja de coca". *X Congreso Nacional de Historia de Colombia*. Medellín.
- Castillo, E.** (1998). "La encrucijada de la Amazonía frente a los cultivos ilícitos, el narcotráfico y la guerra química: propuestas para la paz". *Congreso Nacional Ambiental Ambiente y Paz*. Guaduas.
- Castro Caycedo, G.** (2014). *Nuestra Guerra Ajena*. Bogotá: Planeta.
- Chamberlayne, P., Rustin, M., & Wengraf, T.** (Edits.). (2002). *Biography and Social Exclusion in Europe* (1º Edición ed.). Bristol, UK: The Policy Press.
- Chayanov, A.** (1974). *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Cielo, C.** (2010). "Informalidades e legitimidades dans periferias bolivianas (Cochabamba)". *Tempo Social*, 22 (2), 101-121.
- Ciro, C. A.** (2015). "Unos grises muy berracos": Poder político local y configuración del Estado en el Cauca 1980-2006. Bogotá: Ingeniería Jurídica.
- _____ (2009). *De la selva a la pradera. Reconfiguración espacial del piedemonte caqueteño, 1950-1965*. Bogotá, Colombia: Documento CESO. Uniandes.
- Ciro, A., Barbosa, J., & E. C.** "El mapa petrolero en el territorio amazónico y la resistencia a su imposición en el Cauca: los retos de la paz en el marco del pos-conflicto" en (2016) *Extractivismos y posconflicto en Colombia: Retos para la paz territorial*. Universidad Nacional de Colombia - CINEP: Bogotá.
- Ciro, E.** (2008). *El Estado en las Fronteras: proceso de avance estatal en el piedemonte caqueteño 1875-1930*. Bogotá: Tesis Maestría en Historia.

- _____ (2015). La suerte aún no está echada: los acuerdos sobre cultivos de coca de La Habana a la luz del "Modelo Caguán". *A la Orilla del Río. Boletín Académico y Cultural desde la Amazonía Colombiana*, 1 (1), 16.
- CODHES.** (2004). El éxodo y el exilio: la cara oculta del Plan Patriota en el Caquetá. Codhes.
- Collier, P.** (2001). "Causas económicas de las guerras civiles y sus implicaciones para el diseño de las políticas". *El Malpensante* (30).
- Comarrof, J., Lazarus-Black, M., & Hirsch F., S.** (1994). *Contested States: Law, Hegemony and Resistance*. Nueva York: Routledge.
- Cubides, F.** (2004). Narcotráfico y Guerra en Colombia: los paramilitares. En E. Lair, & G. Sánchez, *Violencias y estrategias colectivas en la región andina: Bolviia, Colombia, Perú y Venezuela*. IFEA-IEPRI- Norma.
- Das, V.** (2008a). "La antropología del dolor". En V. Das, F. Ortega, & F. Ortega (Ed.), *Veena Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/ Facultad de Ciencias Humanas.
- _____ (2008b). "Sufrimientos, teodiceas, prácticas disciplinarias y apropiaciones". En V. Das, & F. Ortega, *Veena Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Pontificia Universidad Javeriana Instituto Pensar.
- _____ (2008c). "El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad". En V. Das, F. Ortega, & F. Ortega (Ed.), *Veena Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Pensar.
- _____ (2008d). "Tecnologías del yo. La pobreza y la salud en un entorno urbano". En V. Das, *Veena Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Pontificia Universidad Javeriana.
- Das, V., & Poole, D.** (2009). *Anthropology in the margins of the State*. Santa Fé, Nuevo México, EEUU: School of American Research Press.
- De Rementería, I.** (2009). La guerra de las drogas: cien años de crueldad y fracasos sanitarios. *Nueva Sociedad* (222), 70-80.
- Delgado, Á.** (1987). *Luchas sociales en el Caquetá*. CEIS.
- Dewilde, C.** (2003). "A life-course perspective on social exclusion and poverty". (L. S. Science, Ed.) *British Journal of Sociology*, 54 (1), 109-128.
- Díaz, A. M., & Sánchez, F.** (2004). *A geography of illicit crops (coca leaf) and armed conflict in Colombia*. Development Research Centre, Crisis States Programme.
- DNP (2002).** CONPES 3218. Programa de Desarrollo Alternativo 2003-2006. DNP, Departamento Nacional de Planeación, Bogotá.
- Domínguez, C., & Gómez, A.** (1990). *La economía extractiva en la Amazonia Colombiana, 1850-1930*. Bogotá: Tropenbos- Corporación Araracuara.
- Dubet, F.** (2011). *La experiencia sociológica*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Dubet, F., & Martuccelli, D.** (2000). *¿En qué sociedad vivimos?* Buenos Aires: Losada.
- Duncan, G.** (2006). *Los señores de la guerra: de paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia*. Planeta.
- _____ (2015). Más que plata o plomo. El poder político del narcotráfico en Colombia y México. México: Debate.
- Durkheim, E.** (1999). *La división del trabajo social*. México: Colofón .
- Eastwood, D., & H.J., P.** (1987). The accelerating growth of coca and colonization in Bolivia. *Geography*, 72 (2), 165-166.

- Echandía, C.** (2013). *Narcotráfico: génesis de los paramilitares y herencia de bandas criminales*. Fundación Ideas para la Paz, Bogotá.
- Emerson, R., Fretz, R., & Shaw, L.** (2011). *Writing Ethnographic Fieldnotes*. The University Chicago Press.
- Espinosa, N.** (2007). "Política de Vida y Muerte. Apuntes para una gramática del sufrimiento de la guerra en la Sierra de la Macarena". *Revista de Antropología Iberoamericana*, 2 (1), 43-66.
- _____ (2009). "Etnografías de la violencia en la vida diaria. Aspectos metodológicos de un estudio de caso". *Universitas Humanística*, 67.
- _____ (2009). "Violencia y vida campesina: reconstrucción etnográfica de la violencia en la vida diaria en zonas rurales de la Sierra de la Macarena". *Revista Colombiana de Sociología* (27), 151-168.
- _____ (2010). "El justo comunitario, las leyes y la justicia en una región con fuerte presencia del conflicto armado. Etnografía del pluralismo jurídico en la sierra de La Macarena". *Diálogos de Derecho y Política*, 3, 1-26.
- Estrada, J.** (2001). *Plan Colombia: Ensayos Críticos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales. .
- Etter, A., & Sarmiento, A.** (2009). "La reconfiguración del espacio rural en Colombia: entre la expansión de la frontera agropecuaria y la intensificación de la agricultura". En F. Lozano, & J. G. Ferro, *Las configuraciones de los territorios rurales en el siglo XXI*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Ewick, P., & Silbey, S.** (1992). *Conformity, contestation and Resistance: an account of legal consciousness*. *New England Law Review*, 26 (3).
- _____ (1998). *The Common Place of Law: Stories from everyday life*. Chicago: University of Chicago Press. .
- Fajardo, D.** (1993). *Espacio y sociedad: formación de las regiones agrarias en Colombia*, . Bogotá: Corporación Colombiana para la Amazonia-Araraucara.
- _____ (2009). *Territorios de la agricultura colombiana*. Bogotá: Centro de Investigaciones sobre Dinámica Social.
- _____ (2015). *Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad*. Universidad Externado de Colombia, Comisión Histórica del Conflicto y Sus Víctimas, Bogotá.
- Fals Borda, O.** (1961). *Los Campesinos de los Andes: Estudio Sociológico de Saucío*. Tesis Monografía Sociología. Facultad de Sociología Universidad Nacional.
- Fals Borda, O.** (1982). *Historia de la Cuestión Agraria en Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Ferro, J. G., & Uribe, G.** (2002). *Las marchas de los cocaleros del departamento del Caquetá, Colombia: contradicciones políticas y obstáculos a la emancipación social*. *Cuadernos de Desarrollo Rural* (49).
- Ferro, J. G., Osorio, F. E., Castillo, O. L., & Uribe, G.** (1999). *Jóvenes, coca y amapola*. Bogotá: Javegraf.
- Fonseca, D., Gutiérrez, O., & Rudqvist, A.** (2005). *Cultivos de uso ilícito en el sur de Bolívar: aproximación desde la economía política*. Bogotá: UNDP ASDI Gente Nueva Editores.
- Forero, J.** (2013). "The Economy of Family Farming Production". *Cuadernos de Desarrollo Rural*, Bogotá (Colombia), 10 (70), 27-45.
- _____ (2003). *Economía campesina y sistema alimentario en Colombia: Aportes para la discusión sobre seguridad alimentaria*. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales.

- Forewaker, J.** (1981). *The struggle for land. A political economy of the pioneer frontier in Brazil from 1930 to the present day.* Cambridge University Press.
- Foucault, M.** (2011). *Seguridad, Territorio, Población.* Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Franzoi, J.** (2001). *Río Caguán: Memorias y leyendas de una colonización.* Bogotá: Comunicación Evangelizadora La Consolata.
- García, C. I.** (1996). *Urabá: región, actores y conflictos 1960-1990.* Medellín: CEREC.
- _____ (2003). *Fronteras, territorios y metáforas.* Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- García, M.** (2003). "Symbolic power without symbolic violence? Critical comments on legal consciousness studies in USA". *Droit et Societé* (53), 137-161.
- _____ (2008). Dimensiones simbólicas de la inmigración indocumentada. Rituales de paso de "norteños" y "norteñas" nahuas del sur de México hacia Estados Unidos. *Norteamérica*, 3 (1), 121-151.
- _____ (2014). La eficacia simbólica del derecho. *Sociología política del campo jurídico en América Latina.* Bogotá, Colombia: UNAL.
- García, M., & Espinosa, J. R.** (2012). "Incorporación institucional de la periferia en Colombia: descentralización, regalía y el Plan Nacional de Consolidación". *DeJusticia, Documentos de Discusión No. 9,* Bogotá.
- Gibbs, G.** (2014). *El análisis de datos cualitativos en Investigación Cualitativa* (1º ed.). Madrid, España: Morata.
- Goffman, A.** (2009). "On the Run: Wanted Men in Philadelphia Ghetto". *American Sociological Review* , 74, 339-357.
- Goldstein, D. M.** (2014). "Qualitative Research in Dangerous Places: Becoming an "ethnographer" of Violence and Personal Safety. Social Science Research Council". *Working Papers, Drugs, Security and Democracy Program.* DSD Working Papers on Research Security. .
- González Cangas, Y.** (2003). "Juventud Rural. Trayectorias Teóricas y Dilemas Identitarios". *Revista Nueva Antropología*, XIX (63), 153-175.
- González, F. E., Bolívar, I., & Vázquez, T.** (2009). *Violencia Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado.* Bogotá: CINEP.
- González, J. J.** (1998). "Cultivos ilícitos, colonización y revuelta de raspachines". *Revista Foro* (35).
- Guber, R.** (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo.* Buenos Aires: Paidós.
- Gupta, A., & Sharma, A.** (2006). *The Anthropology of the State.* Blackwell Publishing.
- Guzmán Gómez, E.** (2005). *Resistencia, permanencia y cambio: Estrategias campesinas de vida en el poniente de Morelos.* Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Harvey, D.** (2004). "El nuevo imperialismo: Acumulación por desposesión". *Socialist Register.*
- Healy, K.** (1988). "Coca, the State and the Peasantry in Bolivia 1982-1988". *Journal of Internamerican Studies and World Affairs*, 30 (2/2), 105-126.
- Heyman, J.** (1999). *States and Illegal Practices.* Oxford Berg Publishers.
- Hungerbühler, W., Tejero, E., & Torradabella, L.** (2002). *Suffering the fall of the Berlin Wall: blocked journeys in Spain and Germany.* En P. Camberlayne, M. Rustin, & T. Wengraf (Edits.), *Biography and Social Exclusion in Europe* (1º Edición ed., págs. 23-40). Bristol, UK: The Policy Press.
- Ibañez, M.** (2010). *Poverty, equity and growth in developing and transition countries: statistical methods and empirical analyss. Who crops coca and why? The case of Colombian farmers.* Goettingen , Alemania.

- IGAC (2012). Atlas de la Distribución de la Propiedad. Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi.
- Iglesias, J. (2003). Representaciones en el discurso estatal de los pequeños cultivadores de plantas de usos ilícitos (1994-2002). Bogotá: UNIANDES, Tesis de Licenciatura en Antropología.
- ILSA, & Ordóñez Gómez, F. (2012). Zonas de Reserva Campesina: elementos introductorios y de debate. Bogotá: Gente Nueva.
- Isacson, A. (2005). Failing Grades: Evaluating the Result of Plan Colombia. *Yale Journal of International Affairs*. Summer/Fall.
- Isacson, A., & Poe, A. (2011). Stabilization and Development: Lessons of Colombia's "Consolidation" Model. Center for International Policy, International Policy Report.
- Jansson, O. (2008). The cursed leaf. An Anthropology of the political economy of cocaína. Production in southern Colombia. Uppsala : Uppsala Universitet.
- Jaramillo, J. E., Mora, L., & Cubides, F. (1986). Colonización, Coca y Guerrilla. Bogotá: Alianza Editorial.
- Järvinen, M. (2000). "The Biographical Illusion: Constructing Meaning in Qualitative Interviews" (S. Publications, Ed.) *Qualitative Inquiry*, 6 (3), 370-391.
- Jiménez, E. (2007). La diversificación de los ingresos rurales en Bolivia. *ICONOS*, Revista de Ciencias Sociales. (29).
- Katzman, R. (1999). Marco Conceptual sobre Activos, Vulnerabilidad y Estructura de Oportunidades. Obtenido de CEPAL. Publicaciones. : <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/6/10816/LC-R176.pdf>
- _____ (2002). "Convergencias y divergencias: exploración sobre los efectos de las nuevas modalidades de crecimiento sobre la estructura social de cuatro áreas metropolitanas en América Latina". En R. y. Kztzman, *Trabajo y Ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*.
- Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal ¿Una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*, 71 (4), 607-645.
- Kerblay, B. (1979). Chayanov y la teoría del campesinado como un tipo específico de economía. En T. Shanin, *Campesinos y sociedades campesinas*. México: Fondo de Cultura Económica .
- Kessler, G., & Da Silva Telles, V. (2010). Apresentação. Dossie. Ilegalismos na América Latina. *Tempo Social*, 22 (2).
- Krathausen, C., & Sarmiento, L. (1993). Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro. . Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Tercer Mundo.
- Larson, B. (1986). Explotación y economía moral en los andes del sur: hacia una reconsideración crítica. Reproducción y transformación social en las sociedades andinas. Quito.
- Legrand, C. (1988). Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Lemaitre, J. (2011). ¿Constitución o barbarie? Cómo repensar el derecho en las zonas "sin ley". En C. Rodríguez G., *El Derecho en América Latina. Un mapa para el pensamiento jurídico del siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Llambí, L. (1994). "Procesos de transformación del campesinado latinoamericano". *Economía Teoría y Práctica* (2), 59-83.
- Llambí, L., & Pérez Correa, E. (2007). "Nuevas Ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana". *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 4 (59), 37-61.
- Llanos Vargas, H., & Pineda Camacho, R. (1982). Etnohistoria del Gran Caquetá. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas.

- López, C.** (2010). *Y refundaron la patria*. Bogotá: Debate.
- Machado, A.** (1988). *El Café. De la aparcería al capitalismo*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- _____ (2003). *Colonización, una revisión de los aportes de la academia*. Colciencias - CID, Prospectiva de desarrollo rural y agrario para la paz, Bogotá.
- _____ (2004). *Estado del Arte sobre la Producción Académica en el Sector Rural*. Universidad Nacional de Colombia, Centro de Investigaciones para el Desarrollo, Bogotá.
- Maldonado, S.** (2010a). "Globalización, territorios y drogas ilícitas en los Estados-Nación. Experiencias Latinoamericanas sobre México". *Estudios Sociológicos*, 28 (83), 411-442.
- _____ (2010b). *Los márgenes del Estado mexicano. Territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán*. México D.F., México: El Colegio de Michoacán.
- _____ (2012). "Cultivos ilícitos, territorios y drogas en Latinoamérica: Perspectivas comparativas". *Dilemas: Revista de Estudios de Conflicto e Controle Social*, 5 (4), 569-595.
- _____ (2012). "Drogas, Violencia y Militarización en el México Rural. El caso de Michoacán". *Revista Mexicana de Sociología*, 74 (1), 5-59.
- _____ (2014). "You don't see any violence here but it leads to very ugly things": forced solidarity and silent violence in Michoacán, México. *Dialect Anthropology* (38), 153-171.
- Marsh, R.** (1983). *Development strategies in rural Colombia: the case of Caquetá*. Latin American Center Publication. Universidad de California Los Angeles.
- Martel, R.** (2010). "Community Pact and Protection in San Salvador". *Tempo Social*, 22 (2), 17-38.
- Martínez, M.** (1980). "Comunidad y familia en la dinámica social campesina". *Nueva Antropología*, IV (14), 243-259.
- Martínez, M., & Rendón, T.** (1978). "Fuerza de trabajo y reproducción campesina". *Comercio Exterior*, 28 (6), 663-674.
- Marx, K.** (2009). *El Capital. Tomo I. Libro Primero. El proceso de producción de capital*. (Vol. 8a Edición). Iztapalapa, México: Siglo XXI Editores.
- McCann, M., & March, T.** (1995). *Law and Everyday Forms of Resistance: A sociopolitical Assessment*. En S. Sarat, & S. Silbey, *Studies in Law, Politics and Society*. Londres.
- Mejía, D., & Gaviria, A.** (2011). *Políticas antidrogas en Colombia: Éxitos, fracasos y extravíos*. Bogotá, Colombia: Uniandes.
- Mejía, D., & Rico, D.** (2010). *La microeconomía de la producción y el tráfico de cocaína en Colombia*. Uniandes, Facultad de Economía. Bogotá: Documento CEDE.
- Merry, S.** (1990). *Getting Justice and Gettin Even: Legal Consciousness among Working-Class Americans*. Chicago: University of Chicago Press.
- Merton, R. K.** (1987). "Three fragments from a sociologist's notebooks: Establishing the phenomenon, specified ignorance and strategic research materials". *Annual Review of Sociology*, 13, 1-28.
- Migdal, J.** (2001). *State in Society*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Mills, C. W.** (2010). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mitchell, T.** (1991). "The limits of the state: beyond statist approaches and their critics". *The American Political Science Review*, 85 (1), 77-96.
- _____ (1987). *Selva adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Molano, A.** (1988). *Algunas consideraciones sobre colonización y violencia*. En M. d. Agricultura, *El agro y la cuestión social*. Bogotá: TM Editores, Banco Ganadero, Caja Agraria, Vecol.

- _____ (1990). *Aguas arriba: entre la coca y el oro*. Bogotá: El Áncora Editorial.
- _____ (2006). *Siguiendo el corte: relatos de guerras y tierras*. Bogotá: Alfaguara.
- Molina Portuguese, A. L.** (2012). *Cultivos de uso ilícito y dinámicas territoriales: análisis de los municipios de San Pablo y Cantagallo, Sur de Bolívar, Colombia*. Tesis de Maestría . Bogotá.
- Murard, N.** (2002). "Guilty victims: social exclusion in contemporary France". En P. Chamberlayne, M. Rustin, & T. Wengraf (Edits.), *Biography and Social Exclusion in Europe* (1º Edición ed., págs. 41-60). Bristol, UK: The Policy Press.
- Orsini, G.** (2007). *Poligamia y contrabando: nociones de legalidad y legitimidad en la frontera guajira*. Bogotá: CESO Uniandes.
- Ortiz, C.** (2003). "Cultivos Ilícitos y nueva ruralidad en Colombia". *Cuadernos de Desarrollo Rural* (50).
- Palacios, M.** (1979). *El café en Colombia (1850-1970): una historia económica, social y política*. Bogotá: Editorial Presencia.
- _____ (2008). *Las sociedades agrarias en América Latina desde 1930 al presente*. En M. Palacios, *Historia General de América Latina desde 1930 al presente (Vol. VIII)*. Madrid: UNESCO/Trotta.
- Palou, J. C., & Arias, G.** (2011). *Balance de la Política Nacional de Consolidación*. Fundación Ideas para la Paz, *Serie Informes No. 14*, Bogotá.
- Pecaut, D.** (2001). *Orden y Violencia: Evolución Socio-Política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Editorial Norma.
- Pecaut, D.** (2007). "De las violencias a la Violencia". En G. Sánchez, & R. Peñaranda, *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores.
- Perelman, M.** (2011). *La construcción de la idea de trabajo digno en los cirujas de la ciudad de Buenos Aires*. *Intersecciones en Antropología* (12), 69-81.
- _____ (2013). "Trabajar, Pedir, Vender. El caso de los Vendedores Ambulantes en Trenes de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina". *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* , 18 (2), 231-250.
- Pineda, R.** (1982). *Historia oral y proceso esclavista en el Caquetá*. Bogotá, Colombia: Finagro.
- _____ (2011). "El río de la mar dulce. Imaginarios sobre la Amazonia: los dilemas entre un paraíso y un infierno verde". En C. Pérez Niño, & J. A. Echeverry, *Amazonia colombiana: imaginarios y realidades*. Bogotá: IMANI. UNAL.
- _____ (2000). *Holocausto en el Amazonas: Historia Social de la Casa Arana*. Bogotá: Espasa Fórum.
- PNUD** (2011). *Informe Nacional de Desarrollo Humano. Colombia Rural: Razones para la Esperanza*. Bogotá: PNUD.
- Polanyi, K.** [(1974) 2000]. *La Gran Transformación*. México: Juan Pablos Ediciones.
- Polanyi, K.** [(1976)]. "El sistema económico como proceso institucionalizado". En M. Godelier, *Antropología y Economía*.
- Pontes Fraga, P. C.** (2012). "Plantaciones ilícitas como fuente de ingresos alternativa y expresión de desigualdad: el caso del cultivo de cannabis en el nordeste de Brasil". *Estudios Sociológicos* , XXX (88), 143-169.
- Ramírez, M. C.** (2009). "El Plan Colombia y la promoción de la Seguridad y el "Buen Gobierno": ¿Militarización del contrato social como estrategia para afianzar la democracia?" *Democracy, Participation and Conflict in Contemporary Colombia- XXVIII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de Lasa*.

- _____ (2011). *Between the guerrillas and the state. The cocalero movement, citizenship, and identity in the Colombian Amazon.* (Kindle ed.). Durham - London: Duke University Press.
- _____ (2012). *El Placer: Mujeres, coca y guerra en el Bajo Putumayo.* Bogotá: Centro de Memoria Histórica.
- _____ (2014). "The Familiar and The Foreign: Local and visiting researchers in highly violent áreas". *Social Science Research Council / Working Papers No. 8, Drugs, Security and Democracy Program*.
- Ramírez, M. C., & Iglesias, J.** (2010). "Paradojas del desarrollo alternativo en la Amazonia Occidental Colombiana". En M. Chaves, & C. Del Cairo, *Perspectivas antropológicas sobre la Amazonia Contemporánea.* Universidad Javeriana.
- Ramírez, W.** (1990). *La guerrilla rural en Colombia: ¿una vía hacia la colonización armada?* En W. Ramírez, Estado, violencia y democracia. Bogotá: IEPRI- Universidad Nacional de Colombia- Tercer Mundo Editores.
- Ramírez, W.** (2001). "Colonización armada, poder local y territorialización privada". *Journal of Ibero and Latin American Studies*, 7 (2)
- Reséndiz García, R. R.** (2013). "Biografía: procesos y nudos teóricos-metodológicos". En M. L. Tarrés, & M. L. Tarrés (Ed.), *Observar, Escuchar y Comprender sobre la Tradición Cualitativa de la Investigación Social* (1º ed., págs. 127-157). Ciudad de México, México: FLACSO- México y El Colegio de México.
- Reyes Posada, A.** (1997). "Compra de Tierras por Narcotraficantes". En F. Thoumi, S. Uribe, & Rocha R., *Drogas ilícitas en Colombia, su impacto económico, político y social.* Bogotá: PNUD Ministerio de Justicia y Derecho DNE.
- Reynaga Farfán, G.** (1996). *Cambios en las relaciones familiares campesinas a partir de la violencia política y el nuevo rol de la mujer.* Obtenido de Instituto de Estudios Peruanos. Documento de Trabajo, No. 75. : <http://lanic.utexas.edu/project/laoap/iep/ddt075.pdf>
- Rivera, J. E.** (1985). *La Vorágine.* Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Roberts, B.** (2009). *Biographical Research* (3º Edición ed.). UK: Open University Press.
- Rojas Wiesner, M. L.** (2013). "Lo biográfico en sociología. Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos". En M. L. Tarrés, *Observar, Escuchar y Comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (1º ed., págs. 159-186). Ciudad de México, México: FLACSO- México y El Colegio de México.
- Romero Cabrera, J.** (2012). "Lo rural y la ruralidad en América Latina: Categorías conceptuales" en debate. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 11 (1).
- Roseberry, W.** (2002). "Hegemonía y lenguaje contencioso". En G. Joseph, & N. Daniel, *Aspectos cotidianos de la formación del estado: La revolución y la negociación del mando en el México moderno.* México: Ediciones Era.
- _____ (2014). *Antropología e Historia. Ensayos sobre Cultura, Historia y Economía Política.* Ciudad de México, México: El Colegio de Michoacán.
- Rustin, M., & Chamberlayne, P.** (2002). "Introduction: from biography to social policy". En P. Chamberlayne, M. Rustin, & T. Wengraf (Edits.), *Biography and Social Exclusion in Europe* (1º Edición ed., págs. 1-22). Bristol, UK: The Policy Press.
- Salgado Ruiz, H.** (2009). "El campesinado de la Amazonia colombiana: una historia de menosprecio institucional, constitución identitaria y lucha por el reconocimiento". *Novos Cadernos NAEA*, 12 (2), 115-136.

- Salgado, C.** (2002). Los campesinos imaginados. Cuadernos Tierra y Justicia No. 6, Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos ILSA, Bogotá.
- Sánchez Serrano, R.** (2013). "La observación participante como escenario y configuración". En M. L. Tarrés (Ed.), *Observar, Escuchar y Comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (1º ed., págs. 93-126). Ciudad de México, México: FLACSO- México y El Colegio de México.
- Sarat, A.** (1990). "Off to meet the Wizard: Beyond validity and reliability in the search for a Post-empiricist Sociology of Law". *Law and Inquiry* , 15 (1).
- Saraví, G.** (2005). Nuevas dimensiones de la pobreza en América Latina: acumulación de desventajas y biografías de exclusión. X Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y la Administración Pública . Santiago de Chile.
- _____ (2005). Nuevas realidades y nuevos enfoques: exclusión social en América Latina. En G. Saraví (Ed.), *De la pobreza a la exclusión: continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. México: CIESAS, Prometeo Libros.
- _____ (2009). *Transiciones Vulnerables: Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México DF: CIESAS.
- Scott, J. C.** (1985). *Weapons of the weak Everyday forms of peasant resistance*. Yale University Press.
- Serje, M.** (2005). *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá, Colombia: Uniandes.
- Serrano, E.** (1994). *El modelo ganadero de la gran hacienda: un paso atrás en el desarrollo del Caquetá*. Florencia: IAMI. Universidad de la Amazonia.
- Shanin, T.** (1979). *Campesinos y sociedades campesinas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Shantz, J.** (2009). "Biographical Sociology: Struggles over an Emergent Sociological Practice". *Auto/Biography Studies* , 24 (1), 113-128.
- Silva, R.** (1994). *Territorios, regiones, sociedades*. Cali: CEREC.
- Tarrés, M. L.** (2013). Lo cualitativo como tradición. En M. L. Tarrés, *Observar, Escuchar y Comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (1º ed., págs. 37-62). Ciudad de México, México: FLACSO México y El Colegio de México.
- Teubal, M.** (2001). Globalización y nueva ruralidad en América Latina. En G. Norma, ¿La Nueva Ruralidad en América Latina? CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Thompson, E.** (1984). El Entramado hereditario: un comentario. En E. Thompson, *Tradición, Revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Editorial Crítica. Grijalbo.
- _____ (2000). *Costumbres en Común*. Barcelona: Crítica.
- Thoumi, F.** (2002). "Illegal drugs in Colombia: from illegal economic boom to social crisis". *Annals of the American Academy of Political and Social Science* , 582, 102-116.
- Thoumi, F., Uribe, S., & Rocha, R.** (1997). *Drogas ilícitas en Colombia, su impacto económico, político y social*. Bogotá: PNUD DNE Ministerio de Justicia y Derecho.
- Tierney, W. G.** (1999). "Guest Editor´s Introduction: Writing Life´s History". (S. Publications, Ed.) *Qualitative Inquiry* , 5 (3), 307-312.
- Tokatlian, J. G.** (2001). *Estados Unidos y los cultivos ilícitos en Colombia: los trágicos equívocos de una fumigación fútil*. Berkeley, CA: UC Berkeley.

- Torres, L.** (2000). "Costos de la producción de coca a nivel campesino en la región del Caguán, Caquetá-Colombia. Un análisis comparativo". *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 45.
- Trujillo, S.** (2008). Cien años de vida de Arcadio Trujillo Losada 1908-2008. Florencia.
- UNODC.** (2015). Colombia. Monitoreo de Cultivos de Coca. Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. UNODC / SIMCI, Bogotá.
- Uribe, G.** (1997). "Caquetá. Contexto y dinámica de las marchas campesinas". *Revista de la Dirección Nacional de Estupefacientes*, 5 (3).
- _____ (1998). Veníamos con una manotada de ambiciones: un aporte a la historia de la colonización del Caquetá. Bogotá: Editorial Unibiblos UNAL.
- Valdivia, G.** (2012). "Coca's haunting presence in the agrarian politics of the bolivian lowlands". *GeoJournal*, 77 (5), 615-631.
- Van Dun, M.** (2009). Cocaleros. Violencia, drugs and social mobilization in the post-conflict upper huallaga valley, Perú. Tesis. Universiteit Utrecht.
- Vargas, R.** (1999). Fumigación y conflicto: políticas antidrogas y deslegitimación del Estado en Colombia. Bogotá: Transnational Institute.
- _____ (2002). Cultivos ilícitos, conflicto y proceso de paz en Colombia. Memorias del Foro. Bogotá: Uniandes.
- Vásquez, T.** (2014). Caquetá. Análisis de conflictividades y construcción de paz. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.
- _____ (2015). Territorios, Conflicto Armado y Política en el Caquetá: 1900-2010. Bogotá: Prometeo Uniandes.
- Vásquez, T., Vargas, A., & Restrepo, J.** (2011). Una vieja guerra en un nuevo contexto: Conflicto y territorio en el sur de Colombia. Bogotá: Colección territorio, poder y conflicto. CINEP.
- Vela Peón, F.** (2013). "Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa". En M. L. Tarrés, *Observar, Escuchar y Comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (1º ed., págs. 63-91). Ciudad de México, México: FLACSO México y El Colegio de México.
- Vergara, W.** (2011). Desarrollo del Subdesarrollo o Nueva Ruralidad para Colombia. Cartografías del desarrollo rural. *Revista de la Universidad de la Salle* (55), 33-64.
- Vilar, P.** (2004). Pensar históricamente. Barcelona: Crítica.
- Wacquant, L.** (2010). Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social. Barcelona: Gedisa.
- _____ (2010). Crafting the Neoliberal State: Workfare, Prisonfare, and Social Insecurity. *Sociological Forum*, 25 (2).
- _____ (2010). Las cárceles de la miseria. Buenos Aires: Manantial.
- _____ (2012). "Tres pasos hacia una antropología histórica del neoliberalismo real". *Revista Herramienta* No. 49 (XVI).
- Wolf, E.** (1971). Los campesinos. Barcelona: Editorial Labor.
- Zelizer, V.** (2011). El significado social del dinero. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zinn, J. O.** (2004). "Introduction to Biographical Research". (S. U. Kent, Ed.) *Social Contexts and Responses to Risk Network (SCARR)*, 4, 3-11.

Prensa y Material Digital

- AlaOrillaDeIRío.** (8/3/2015). Proceso de Resistencia en Valparaíso, Caquetá. Obtenido de Proceso de Resistencia en Valparaíso, Caquetá: <http://alaorilladelrio.com/2015/03/08/big-data-analysis-can-yield-big-benefits/>
- Alliance, R.** (2014). Rainforest Alliance. Obtenido de Ganadería sostenible en la Amazonia Caqueteña: <http://www.rainforest-alliance.org/es/publications/ganaderia-sostenible-en-la-amazonia>
- Bermúdez, A.** (22 de 01 de 2015). James Robinson alebresta a los intelectuales. Obtenido de La Silla Vacía: <http://lasillavacia.com/historia/james-robinson-alebresta-los-intelectuales-49426>
- Bolívar, I.** (2006). La legitimidad de los actores armados en Colombia: los actores armados ilegales colombianos y sus cambiantes relaciones con las sociedades regionales. Recuperado el 01 de 10 de 2015, de Instituto de Investigación y Debate sobre la Gobernanza: <http://www.institut-gouvernance.org/es/analyse/fiche-analyse-250.html>
- Caracol Radio** (25 de 08 de 2011). Recuperado el 20 de 03 de 2015, de El "patron de patrones" sigue en campaña por la gobernación del Caquetá: http://caracol.com.co/radio/2011/08/23/nacional/1314062100_535635.html
- Colombia, L.** (2014). Visión Directa- Oxfam. Recuperado el 08 de 08 de 2015, de <http://visiondirecta.com/oxfam/Proyectedeley133ZIDREScorregido2.pdf>
- DDHH.** (12 de 2003). Panorama Actual de los municipios que conformaron la Zona de Distensión. Recuperado el 2 de 12 de 2014, de <http://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/DBAA1F458A529C97C1256E29003CC997-govcol-col-28jan.pdf>
- DNP** (2014). Regionalización Plan Plurianual de Inversiones 2011-2014 Preliminar e Indicativa Caquetá. Obtenido de Departamento Nacional de Planeación: <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/PND/9B.%20Caquet%C3%A1.pdf>
- Dodwell, H.** (15 de Junio de 2014). Insight on Conflict. (H. Dodwell, Productor) Obtenido de Insight on Conflict: <http://www.insightonconflict.org/2014/06/cocaleros/>
- El Espectador** (14 de 10 de 2013). Colombia es el único país del mundo que usa glifosato . El Espectador .
- El Espectador** (24 de 08 de 2014). Tres soldados heridos deja atentado con carro bomba en Caquetá. El Espectador .
- El Tiempo** (15 de 05 de 2015). Es oficial: termina era del glifosato en fumigaciones en Colombia. El Tiempo .
- El Tiempo** (16 de 10 de 2015). Los duros cuestionamientos del Tribunal de Medellín sobre Álvaro Uribe. El Tiempo .
- El Tiempo** (27 de Febrero de 2014). Señalan a empresario del Caquetá de nexos con el "Chapo". EL TIEMPO .
- Garzón, J. C., & Wilches, J.** (13 de Julio de 2015). Las razones del aumento de la coca. Recuperado el 2016 de 10 de 01, de Razón Pública: <http://www.razonpublica.com/index.php/conflicto-drogas-y-paz-temas-30/8588-las-razones-del-aumento-en-la-produccion-de-coca.html>

- Insulza, J. M.** (2013). El problema de las drogas en las Américas. Obtenido de Organización de las Naciones Unidas: http://www.pnsd.msssi.gob.es/novedades/pdf/OEAS_Informe.pdf
- Isacson, A.** (15 de Febrero de 2011). El fin de la era Plan Colombia. El Espectador .
- La Silla Vacía.** (1 de 10 de 2009). Otro político con subsidios de Agro Ingreso Seguro. Recuperado el 13 de 10 de 2015, de La Silla Vacía: <http://lasillavacia.com/queridodiario/4551/otro-politico-con-subsidios-de-agro-ingreso-seguro>
- Molano, A.** (12/07/2014). ¿Cómo es hoy la república independiente de El Pato? El Espectador
- MOVICE.** (23 de 01 de 2014). Denuncia Pública: Amenazas de Paramilitares a defensores del Caquetá. Recuperado el 02 de 01 de 2015, de MOVICE: http://www.movimientodevictimas.org/versionantigua/index.php?option=com_k2&view=item&id=3607:denuncia-p%C3%BAblica-amenazas-de-paramilitares-contradefensores-en-caquet%C3%A1&Itemid=336
- Nación, L.** (11 de Marzo de 2014). Cuatro militares muertos en Caquetá. La Nación .
- Pérez, E.** (s.f.). Agricultura, cultivos ilícitos y desarrollo rural en Colombia. Obtenido de 2006: <http://www.cepes.org.pe/cendoc/eventos/Libro-Foro-Reforma-Agraria-2007/13-%20perez-colombia.pdf>
- PrensaRural** (1 de Octubre de 2013). Pliego de Peticiones del Paro Nacional Agrario Popular. Agencia PrensaRural .
- PrensaRural.** (06 de 2015). PrensaRural. Obtenido de Militares agreden a campesinos en San Juan de Lozada: <http://prensarural.org/spip/spip.php?article14530>
- PrensaRural.** (17 de 02 de 2014). PrensaRural. Obtenido de Civiles en riesgo por bombardeos: <http://prensarural.org/spip/spip.php?article13390>
- Restrepo, C. d.** (11 de 04 de 2014). Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo. Obtenido de Nuevas amenazas para dirigentes del Caquetá a organizaciones populares: <http://www.colectivodeabogados.org/?Nuevas-amenazas-para-dirigentes-de>
- SEMANA.** (27 de 02 de 2014). EEUU revela nexo de colombiano con el "Chapo". SEMANA .
- Telesur.** (29 de 09 de 2015). La esperanza de la paz está llegando a la gente. Obtenido de Telesur: <http://www.telesurtv.net/news/Timochenko-recuerda-labor-de-Hugo-Chavez-para-lograr-paz-en-Colombia-20150929-0059.html>
- Torres, M. C.** (2008). Un campesino ilícito construyendo Estado. Campesinos, ilegalidad y construcción local del Estado. Obtenido de Instituto de Investigación y Debate sobre la Gobernanza: <http://www.institut-gouvernance.org/es/analyse/fiche-analyse-338.html>
- Transnational Institute.** (s.f.). Políticas de drogas y situación carcelaria en Colombia. Obtenido de Drug Law Reform: http://www.druglawreform.info/images/stories/documents/Sistemas_sobrecargados/Resumenes/sistemas%20sobrecargados-%20-resumen%20colombia-%20-web.pdf
- Uribe, S.** (23 de Noviembre de 2015). Resurgimiento de cultivos de coca. Obtenido de Razón Pública: <http://www.razonpublica.com/index.php/economia-y-sociedad/9000-resurgimiento-de-cultivos-de-coca.html>
- Uribe, S.** (4 de Abril de 2016). Los cultivos de coca, las FARC y el posconflicto. Recuperado el 2016 de 01 de 10, de Razón Pública: <http://www.razonpublica.com/index.php/conflicto-drogas-y-paz-temas-30/9349-los-cultivos-de-coca,-las-farc-y-el-posconflicto.html>

VerdadAbierta (09/03/2016). El Triunfo, un pueblo desterrado por las FARC:
<http://www.verdadabierta.com/victimas-seccion/los-resistentes/6200-el-triunfo-un-pueblo-desterrado-por-las-farc>

VerdadAbierta (17/02/2010). El bloque central Bolívar y el narcotráfico en el Caquetá.

VerdadAbierta (18/01/2016). El Camino Violento hasta la Masacre de los Concejales en Puerto Rico. Recuperado el 10 de Febrero de 2016, de Verdad Abierta:
<http://www.verdadabierta.com/masacres-seccion/6147-el-camino-violento-hasta-la-masacre-de-concejales-en-puerto-rico>

VerdadAbierta. (1 de 11 de 2011). La Incursión Paramilitar en el Caquetá . Recuperado el 2 de 2 de 2014, de VerdadAbierta: <http://www.verdadabierta.com/justicia-y-paz/imputaciones/574-bloque-central-bolivar-frente-heroes-de-los-andaques/3639-la-incursion-paramilitar-al-caqueta>

WOLA/TNI. (16 de Julio de 2012). El costo humano de la guerra contra las drogas. Leyes de drogas y cárceles en América Latina . (http://www.wola.org/es/informes/el_rostro_humano_0, Ed.)